



UNA NOVELA CRIMINAL

Giancarlo De Cataldo

Lectulandia

Después de que el Frío y el Libanés den su primer golpe con éxito, comienza a formarse en sus cabezas la idea de conquistar Roma. Para ello necesitan crear una organización criminal que empiece por dominar el negocio de la droga y acabe por extender sus tentáculos a cualquier negocio sucio de la ciudad. Pronto conseguirán reunir a su alrededor una fiel banda, sanguinaria y sin escrúpulos que penetrará en todas las capas de la sociedad. A través del tráfico de drogas, la prostitución y el juego, se apoderarán de la criminalidad romana y tomarán contacto con todo lo podrido que la puebla: jueces y policías corruptos y organizaciones terroristas, en una de las épocas más convulsas de la reciente historia italiana.

Una novela criminal ha merecido los premios Camaiore Giallo, Biblioteche di Rima, Sandro Onofri y el prestigioso Giorgio Scerbanenco.

Lectulandia

Giancarlo De Cataldo

Una novela criminal

ePub r1.0

dacordase 06.05.14

Título original: *Romanzo Criminale*

Giancarlo De Cataldo, 2002

Traducción: Patricia Orts

Retoque de cubierta: dacordase

Editor digital: dacordase

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

A Tiziana

La limitación al mínimo, la racionalización del derramamiento de sangre es un principio comercial.

BERTOLD BRECHT,
notas a la *Ópera de cuatro cuartos*

Te ruego que mantengas siempre la calma y que seas honrado, correcto y coherente, que sepas aprovechar la experiencia de las experiencias padecidas, que no desacredites todo aquello que te dicen, busca siempre la verdad antes de hablar y recuerda que nunca basta tener una sola prueba para afrontar un razonamiento. Para estar seguro de un razonamiento se requieren tres pruebas, y corrección y coherencia. Que el Señor os bendiga y os proteja.

BERNARDO PROVENZANO,
julio de 1994

Introducción

Entre 1977 y 1992 operó en Roma la «Banda della Magliana», una banda criminal que tomó su nombre de un barrio de esta ciudad que por aquel entonces estaba muy degradado. Fundada por un grupo de jovencísimos delincuentes, la Banda no tardó en imponer su despiadada ley metralleta en mano, y llegó a controlar la totalidad del mercado de heroína y cocaína de la capital. Las Fuerzas del Orden y la Magistratura, empeñadas en la lucha contra el terrorismo rojo y fascista que estaba ensangrentando Italia en aquel período, conocido como los «años de plomo», subestimaron en un principio el peligro que representaba esta nueva fuerza criminal compuesta por jóvenes barriobajeros que no tenían miedo a nada ni a nadie, y que no respetaban ninguna de las reglas de la criminalidad tradicional. Los jefes de esta banda, hábiles y carentes de escrúpulos, se aprovecharon de estas circunstancias para intentar un ambicioso salto de calidad. Y así fue como entraron en contacto con la Mafia y la Camorra, con sectores desviados de los Servicios Secretos, con logias masónicas, con terroristas neofascistas. A consecuencia de ello, la banda dejó de ser una mera asociación de criminales «puros» para convertirse, en un abrir y cerrar de ojos, en una especie de *holding* a caballo entre criminalidad y política que se vio involucrado en algunos de los más intrincados misterios italianos de aquellos años: el secuestro y posterior asesinato del presidente de la Democracia Cristiana, Aldo Moro; el asesinato del periodista Mino Pecorelli; el atentado al vicepresidente del Banco Ambrosiano, Roberto Rosone, brazo derecho del banquero Guido Calvi, ahorcado en la primavera de 1982 bajo el Blackfriars Bridge de Londres. A mediados de los años ochenta las diferencias entre los miembros de la banda se fueron intensificando hasta llegar al enfrentamiento directo, hecho que los llevó a la ruina. Gran parte de los miembros más relevantes de la organización fueron eliminados en sanguinarios arreglos de cuentas. Algunos se arrepintieron durante los años sucesivos. Otros siguen expiando sus penas en las cárceles italianas. *Una novela criminal* se inspira en los sucesos que rodearon la vida de esta banda, si bien se separe en muchas ocasiones de ellos. Cada vez que el autor se ha encontrado en la tesitura de tener que elegir entre la fidelidad a la crónica y la dirección que los personajes imponían al relato, ha optado por esta última, leal, en ello, a las palabras de Tolstoi según el cual la Historia sería una gran cosa... siempre y cuando fuese verdadera.

Prólogo

Roma, hoy en día

Agazapado entre dos coches aparcados, esperaba el próximo golpe tratando de taparse la cara. Eran cuatro. El peor era el más pequeño, el del costurón en la mejilla. Entre un asalto y otro bromeaba por el móvil con su chica: la crónica de la paliza. Por suerte, pegaban a ciegas. Para ellos era pura diversión. Pensó que podrían ser sus hijos. Quitando al negro, claro está. Jóvenes macarras. Pensó que algunos años atrás, les hubiera bastado oír su nombre para dispararse a sí mismos con tal de no tener que enfrentarse a la venganza. Hace algunos años. Cuando las cosas todavía no habían cambiado. Un instante fatídico de distracción. La bota claveteada le dio de lleno en la sien. Se hundió en la oscuridad.

—Vamos —les ordenó el pequeño—, ¡éste no se vuelve a levantar!

Pero, en cambio, se levantó. Se levantó después del anochecer, con el tórax inflamado y la cabeza confusa. A pocos pasos de él había una fuente. Se lavó la sangre coagulada y bebió un buen trago de agua ferrosa. Estaba de pie. Podía andar. Por la calle, coches con la radio a todo volumen y grupos de jóvenes que jugueteaban con sus móviles y se mofaban de su paso tambaleante. La luz azulada de mil televisores atravesaba las ventanas. Un poco más allá, un escaparate iluminado. Estudió su reflejo en el cristal: un hombre encorvado, con el abrigo desgarrado y manchado de sangre, una cabellera rala y grasienta, y los dientes podridos. Un viejo. En eso se había convertido. Pasó una sirena. Se pegó a la pared por instinto. Pero no lo buscaban a él. Nadie lo buscaba ya.

—¡Yo estaba con el Libanés! —murmuró casi incrédulo, como si acabase de apropiarse de la memoria de otro.

Le habían quitado el dinero, pero aquellos muchachos no habían notado el pasaporte y el billete. Y tampoco el Rolex, cosido en un bolsillo interno. ¡Estaban demasiado entretenidos como para registrarle a fondo! Se le escapó una sonrisa. ¡Todavía les quedaban muchos mendrugos por comer!

Aún faltaban tres horas para el embarque. Tenía todo el tiempo del mundo. El campo de gitanos distaba menos de un kilómetro.

El negro fue el primero que lo divisó. Se dirigió al pequeño, que se estaba besuqueando con su chica, y le dijo que el abuelo había vuelto.

—Pero ¿no se había muerto?

—¿Y yo qué sé? ¡Ahí lo tienes!

El hombre cruzaba sin prisa la plaza, mirando a su alrededor con una sonrisa bobalicona, como si quisiese disculparse por la intrusión. El resto de los muchachos, después de lanzarle una mirada distraída, volvieron a concentrarse en sus asuntos.

El pequeño ordenó a su chica que fuese a dar una vuelta y lo esperó con los brazos cruzados. El negro y dos más, uno altísimo, con la cara picada, y otro gordo y tatuado, lo flanqueaban.

—Buenas tardes —dijo—, tenéis algo que me pertenece. ¡Quiero que me lo devolváis!

El pequeño se volvió a sus compañeros.

—¡Por lo visto no ha tenido bastante!

Todos se echaron a reír. Él sacudió la cabeza y sacó la pistola.

—¡Todos al suelo! —dijo tajante.

El negro se agitó. El pequeño escupió en el suelo, impávido.

—Pero bueno, ¿qué pretendes? ¿Que nos echemos una siesta? ¿A quién pretendes asustar con ese juguete?

El hombre observó con aire contrito la pequeña semiautomática calibre 22 que el gitano le había dado a cambio del Rolex.

—Es verdad, es pequeña... pero sabiéndola usar...

Disparó sin apuntar previamente y sin apartar los ojos del pequeño. El negro cayó al suelo con un grito, sujetándose la rodilla. De repente se había hecho un gran silencio.

—¡Fuera de aquí todos! —ordenó sin girarse—. ¡Todos, menos estos cuatro!

El pequeño agitó las manos, como si quisiese tranquilizarlo.

—Está bien, está bien, ahora lo arreglamos todo... pero tú tranquilo, ¿de acuerdo?

—He dicho que todos al suelo —repitió lentamente.

El pequeño y los demás se arrodillaron. El negro rodaba por el suelo sin dejar de lamentarse.

—Le he dado el dinero a mi novia —lloriqueó el pequeño—. Ahora la llamo al móvil y le pido que te lo traiga, ¿eh?

—Silencio. Estoy pensando...

¿Cuánto podía faltar para embarcar? ¿Una hora? ¿Algo más? La chica llegaría en unos minutos. Podría recuperar su dinero. Venezuela lo esperaba. Le iba a costar un poco ambientarse pero... por allí no debía de ser tan difícil... sí. Llegados a ese punto, lo más sensato habría sido retirarse. Pero ¿había sido sensato alguna vez? ¿Alguno de ellos lo había sido en alguna ocasión? Además, el miedo del pequeño... el olor de la calle... ¿acaso no habían vivido todos ellos para momentos como ése?

Se inclinó sobre el pequeño y le susurró su nombre al oído. El tipo se echó a temblar.

—¿Has oído hablar de mí? —le preguntó con dulzura.

El pequeño asintió. Él sonrió. Le apoyó con delicadeza el cañón en la frente y le disparó en el entrecejo. Indiferente al llanto, al ruido de pasos, a las sirenas que se aproximaban, le dio la espalda y, apuntando a la luna bastarda con el arma gritó con todo el aliento que tenía en el cuerpo:

—¡Yo estaba con el Libanés!

PRIMERA PARTE

1977-1978

GÉNESIS

I

El Dandi había nacido donde Roma sigue siendo de los romanos: en las casas de Tor di Nona.

Cuando tenía doce años lo deportaron al Infernetto. En la orden del alcalde figuraba escrito: REESTRUCTURACIÓN DE LOS INMUEBLES DEGRADADOS DEL CENTRO HISTÓRICO. La historia proseguía desde tiempos inmemoriales pero el Dandi no dejaba de repetir que, tarde o temprano, regresaría al centro. Como el amo. Y todos tendrían que inclinarse a su paso.

Por el momento vivía con su mujer en un apartamento de dos habitaciones con vistas al Gazometro.

El Libanés fue a pie desde el Testaccio. Estaba a dos pasos, pero el sudor de agosto le pegaba la camisa negra al tórax cubierto de vello. A medida que caminaba la rabia que sentía hacia el muchacho iba en aumento.

El Dandi le abrió con semblante aturdido. Lucía un batín rojo a lunares. En una ocasión había leído por casualidad algunas páginas de un libro sobre lord Brummel. Desde entonces se preocupaba por resultar elegante. Por eso le llamaban el Dandi.

—Necesito la moto.

—No hagas ruido. Gina duerme. ¿Qué ha pasado?

—Me han robado el Mini.

—¿Y qué?

—La bolsa estaba dentro.

—Vamos.

Sobre la Kawasaki, el viento de siroco hasta resultaba agradable. Se tragarón la carretera hasta llegar a las pompas de agua de la Magliana, aparcaron delante de un cierre metálico completamente oxidado y entraron en el prado. La caseta se encontraba entre un cementerio de coches y un almacén de hierros. La puerta estaba atrancada, no había luces.

—Todavía no ha vuelto —concluyó el Libanés.

—¿Quién es?

—Un muchacho. El sobrino de Franco, el barman.

El Dandi asintió con la cabeza. Se acomodaron alrededor de un viejo tronco hueco. El Dandi sacó un porro. El Libanés le dio dos caladas y se lo volvió a pasar. No era momento para aturdirse. Permanecieron un rato en silencio. Con los ojos cerrados. El Dandi disfrutaba del agradable relax que le producía el hachís.

—Estamos perdiendo el tiempo —dijo el Libanés.

—Ese capullo tendrá que volver tarde o temprano.

—Ése no es el problema. Hablo en general: estamos perdiendo el tiempo.

El Dandi abrió los ojos. Su compañero estaba inquieto.

El Libanés era pequeño, atezado, cuadrado. Había nacido en San Cosimato, en el mismo corazón del Trastevere, pero sus padres eran originarios de Calabria. Se conocían desde siempre. De niños habían formado una banda de chiquillos y ahora eran una *batteria*.

—Estoy pensando en el barón, Dandi.

—Ya hemos hablado de eso mil veces, Líbano. No es el momento. No somos suficientes. Además eso es asunto del Terribile. Y ése jamás nos lo permitirá.

—De eso se trata, Dandi. Estoy harto de pedir permiso. Hagámoslo sin él.

—Podría ser. Pero, en cualquier caso, seguimos siendo pocos.

—Por el momento, por el momento —le atajó pensativo el Libanés.

Una gruesa luna amarilla se había apoderado del horizonte. El Libanés no se equivocaba. Había que empezar a picar más alto. Pero un equipo de cuatro muchachos no tenía un gran porvenir. Una organización. ¿Cuántas veces habían discutido sobre ello? ¿Y con quién? Un perro se puso a ladrar.

—¿Has oído?

Pasos en el adoquinado. Quienquiera que fuese, no se preocupaba por pasar desapercibido. Se deslizaron con cautela hasta una pila de neumáticos de camión. El chico, enjuto y encorvado, avanzaba haciendo eses. Cuando lo tuvieron al alcance, saltaron sobre él con un ademán de complicidad.

El Libanés lo agarró por los hombros y lo inmovilizó. El Dandi le asestó una patada en el bajo vientre. El muchacho se dobló con un gemido. El Libanés le hundió la cara en la tierra seca, sacó el revólver y le apoyó el cañón en la nuca.

—¿Has entendido quién soy, bestia?

El chico asintió furioso con la cabeza. El Libanés apartó el arma.

—Levántate.

El muchacho se arrodilló.

—Apesta como un macho cabrío —dijo el Dandi asqueado.

—Es la droga. Está completamente colocado. He dicho que te levantes.

El chico trataba a duras penas de ponerse de pie. El Libanés sonrió.

—Le he prometido a tu tío que no exageraré, pero no me hagas perder la paciencia. Responde sólo sí o no.

El muchacho lo miraba pasmado. Tenía la cara llena de granos. El Dandi le dio una patada en la mandíbula.

—¿Sí o no?

—Sí.

—Está bien —prosiguió el Libanés—, le has cogido el Mini en Testaccio,

¿verdad?

—Sí.

—¿Has mirado en el baúl?

—No.

—¿Seguro?

—Sí.

—Mejor para ti. ¿Dónde está el coche?

—Ya no lo tengo...

El Dandi se limitó a darle una bofetada en la nuca. El muchacho empezó a gimotear. El Libanés suspiró.

—¿Lo has vendido?

—Sí.

—¿A quién?

El chico cayó de rodillas. No podía decirlo. Era gente peligrosa. Lo matarían.

—Menudo lío, ¿eh, muchacho? —dijo el Libanés—. Si hablas, éstos te dispararán. Si no hablas, te dispararemos nosotros...

—Líbano, una vez vi un *western*...

—¿Y qué tiene que ver eso ahora?

—Tiene que ver, ahora verás. Había un caballo herido, pobre, agonizaba y su dueño no sabía qué hacer... pobre bestia, lo miraba con unos ojos... por qué tengo que sufrir así, decía...

—¡Aaahhh! ¡Ahora lo entiendo! Y luego va el dueño y le da el golpe de gracia... ¡*pam!*

—¡Eso es!

—Pero... pero Dandi, perdona, ¿sabes?, tengo algo que decirte.

—¡Dime, Libano!

—Aquel caballo estaba herido... y este muchacho, en cambio, me parece que rebosa salud...

El Dandi le disparó en una pierna. El chico se cogió la rodilla y empezó a gritar.

—¡Míralo bien, Libano!

—Tienes razón, Dandi. ¡Está realmente mal! ¡Y hay que ver cómo sufre! ¿Qué me dices, le damos el golpe de gracia?

El muchacho habló.

II

El Mini lo tenía ahora el Frío. El Libanés no sabía nada de él, pero el Dandi se lo había cruzado un par de veces. Un tipo serio, taciturno, con una cierta experiencia en despachos de apuestas. Arrestado por extorsión a un cocinero, había salido indemne porque la víctima se había retractado. En pocas palabras, un tipo de confianza.

Aun así entraron apuntando con las pistolas en el almacén abandonado que había detrás del restaurante El Champiñón. El Libanés encontró un interruptor. Además de la peste a gasolina, sólo encontraron el bastidor de un 850 y, protegida por una cristalera que había conocido tiempos mejores, una especie de oficina de contable.

Se miraron desconcertados. El muchacho les había parecido sincero, pero nunca se sabe. El Libanés casi se había arrepentido de la clemencia con que lo había tratado.

Se dieron la vuelta lentamente. Eran cuatro. Debían de haberlos esperado en la calle, escondidos en alguna parte, puede que dentro de un coche. El Libanés los retrató de inmediato: dos tipos bajos y rechonchos, en pantalón corto y camiseta, idéntico rostro torvo, de gemelos malnacidos, un barbudo con físico de luchador y un ojo que miraba a la India y otro a América, y en el centro el más joven. Moreno, con el pelo rizado, delgadísimo. El Frío. Casi un muchacho. Mirada penetrante. Atento, resuelto. En cuanto al Dandi, estudiaba el arsenal: tres semiautomáticas, y el Frío un revólver de cañón largo. Colt calibre 38. Una bonita bestia: fiable, tradicional.

—¿Cómo estás, Frío?

—Os estábamos esperando.

Situación crítica. Clara desventaja. Los otros no mostraban ningún nerviosismo. De no ser así, habrían disparado de inmediato. El Frío parecía capaz de controlar a los suyos. El Libanés pensó que no por nada le habían adjudicado aquel nombre, y esbozó una vaga sonrisa conciliadora. El Frío apenas movió la cabeza y Ojo Feroz se dirigió con parsimonia a la oficina, atento a no ponerse en línea de tiro. Un minuto después arrojaba un saco de boxeo a los pies del Libanés. La bolsa.

—Controla. Está todo. Cuatro Beretta, dos Tanfolio, los cargadores y los cartuchos —dijo el Frío.

—Me fío, Frío. He oído hablar de ti.

—Tú debes ser el Libanés. Para el Mini es ya demasiado tarde, lo siento.

Lo dijo con una especie de mueca. Debía de ser su manera de sonreír.

—No importa. Estaba asegurado.

La tensión restante se disolvió en una carcajada colectiva. Todos soltaron las armas. El Dandi propuso que fuesen a beber algo al Rey de Picas. El Libanés les

pidió que le dejaran usar el teléfono, en caso de que hubiera uno. Ojo Feroz lo escoltó hasta la oficina. Desde allí llamó a Franco *el Barman* y le aconsejó que fuese a recuperar a su sobrino.

—Está ileso, tranquilo. Puede que cojee un poco, pero no ha sido para tanto.

El Frío presentó a los hermanos Bufones y a Ojo Feroz. El garito estaba ya casi vacío, aparte del barman con pajarita y de dos furcias de espantosas ojeras. Pidieron una botella de champán y una baraja de cartas, y se entretuvieron hasta tarde jugando con desgana a sacanete. Algo flotaba en el ambiente, algo que tarde o temprano acabarían por decir. Pero no sabían por dónde empezar. Al amanecer, el Dandi y los Bufones se habían hartado ya. Ojo Feroz se había quedado dormido sobre la mesa de juego. El Frío se ofreció a acompañar al Libanés al Trastevere. Subieron al Golf negro de cinco puertas y el Libanés probó a tantear el terreno.

—Este Rey de Picas es un tugurio.

—Y que lo digas.

—¿De quién es este sitio?

—Oficialmente de una cierta Rosa, una vieja furcia. Pero el auténtico dueño es el Terrible.

—El Terrible por aquí, el Terrible por allá... estoy hasta las narices de toparme con ese Terrible de los cojones... un gilipollas descerebrado. Si alguien como nosotros tuviese un sitio así, lo convertiría en una mina de oro.

El Frío no respondía, aparentemente concentrado en el volante. Pero en sus ojos se había encendido una luz. El Libanés decidió ir al grano.

—Piénsalo bien, Frío: unas cuantas mesas de póker, apuestas y bote, pero sólo para clientes selectos. Un ambiente discreto. Unas cuantas chicas como dios manda, nada de fulanas decrepitas... un barman que conoce su oficio... ¿cuánto rendiría un sitio así, eh? ¿Qué piensas? ¿Cuánto al mes? ¿A la semana?

—Un montón de pasta. Pero para ponerlo en marcha hace falta mucha también.

—Todo se puede conseguir. Basta con encontrar a las personas adecuadas.

El Frío se detuvo en seco en la esquina entre la avenida Trastevere y San Francesco en Ripa, y le clavó aquella mirada hosca e indescifrable que lo caracterizaba.

—¿Qué te ronda por la cabeza?

—Un secuestro.

—¿De quién?

—El barón Rosellini. El de los caballos.

—¿Por qué él?

—Es muy metódico. Horarios fijos, costumbres inamovibles. Un trabajo fácil.

—Un trabajo así nunca es fácil. Según tú, ¿cuántos hombres harían falta?

—Unos veinte... puede que podamos arreglarnos con quince.

—Yo tengo los que has visto. ¿Cuántos sois vosotros?

—El Dandi, yo, Satanás, el Esqueleto...

—Cuatro más cuatro ocho. Menos de la mitad.

—¿Crees que no encontraremos más?

—Dame dos semanas.

El Libanés se reclinó reconfortado sobre el respaldo. Por fin se empezaba a vivir.

III

Secuestrar al barón fue cosa de niños. Tal y como había previsto. El Libanés había dejado para un segundo momento la revelación de la identidad del autor de las llamadas. Alguno había protestado, pero el Frío había hecho pesar su autoridad. La alianza empezaba a funcionar. Llegarían muy, muy lejos. Juntos. En lo relativo a la persona que debía efectuar las llamadas, el Libanés tenía una idea de su propia cosecha. Algo relacionado con la lealtad, el miedo y el dominio de los más débiles. Nada más llegar a casa, llamó a Franco *el Barman* e hizo acudir al muchacho.

Éste llegó en menos de media hora, con los ojos todavía hinchados de sueño. Cojeaba de la pierna herida pero al menos se había dado una ducha y ya no apestaba. El Libanés lo invitó a acomodarse en uno de los dos sillones cubiertos por una tela negra. El chico vacilaba, interesado en el busto que había sobre la cómoda que el Libanés se había agenciado en Porta Portese.

—¿Quién es éste?

—Mussolini.

—¿Y quién es?

—Un gran hombre. Siéntate.

El muchacho obedeció. En sus ojos brillaba un pavor salvaje.

—¿Cómo va la pierna?

—Regular... hago rehabilitación...

—¿Te sigues chutando?

—Estoy limpio, se lo juro.

—Eso no te lo crees ni tú. ¿Quieres trabajar?

—¿De qué tipo de trabajo se trata?

—Contesta sí o no.

El muchacho se estremeció. El Libanés tuvo que hacer un esfuerzo para contener la sonrisa.

—¿Cómo te llamas?

—Lorenzo.

—Me recuerdas a una rata, todo contraído... como una rata... Entonces qué, ¿sí o no?

—Sí.

—Respuesta justa. Estás enrolado, Rata. Ahora te irás a Florencia y hasta que yo no te autorice no quiero más pinchazos. En cuanto al trabajo, se trata de hacer algunas llamadas por teléfono.

El Frío también volvió a casa al alba. Gigio lo esperaba en la puerta, entumecido de frío.

—¿Qué haces aquí?

—No pienso volver a casa jamás.

—¿Papá te ha vuelto a pegar?

Gigio hizo un ademán negativo.

—¿Entonces?

—¡Entonces basta! En el colegio me va fatal, y estoy siempre sin blanca. Déjame trabajar contigo. Te lo ruego...

Gigio tenía seis años menos que él. La polio le había deformado una pierna y su cerebro tampoco era lo que se dice una gran cosa. El Frío experimentaba un extraño afecto por aquel hermano desgraciado. Una vida diferente, ¿por qué no? ¿Dónde está escrito que el destino sea imperativo? En una de sus raras fantasías se había imaginado a su hermano convertido en médico. Hurgó en sus bolsillos y le tendió un billete de cien mil.

—Ahora vuelve a casa, cámbiate y vete al colegio. O te juro que te parto la cara. ¿Está claro?

Gigio encogió la cabeza entre los hombros. Dispuesto a obedecer, como siempre. Y a permanecer al margen de todo aquello, como siempre. Cuando se quedó a solas, el Frío se dejó caer sobre la cama, sin ni siquiera quitarse las botas.

IV

Informe judicial sobre el secuestro con finalidad de extorsión en perjuicio del barón Valdemaro Rosellini (realizado por el comisario Nicola Scialoja).

De las averiguaciones realizadas sobre el hecho arriba mencionado, resulta cuanto se expone a continuación:

En el momento del secuestro, el barón **ROSELLINI** viajaba a bordo de su vehículo, un Mercedes turbo diesel de color beis. El acto fue cometido en las proximidades de la calle del Casale di San Nicola, localidad La Storta. Dos vehículos obligaron al coche del secuestrado a detenerse de través. Según lo referido por el testigo Oscar Marussi que seguía al secuestrado con su propio vehículo, un **FIAT 131**, se trataba de un **CITRÖEN DS 21** y de una **ALFETTA** 1750 de color azul claro. El mismo Marussi ha declarado que los dos vehículos se pegaron a ambos lados del Mercedes del barón, forzándolo a parar. A continuación, cuatro personas se apearon del **ALFETTA**, aferraron al barón y lo arrastraron hasta el **CITRÖEN**, impeliéndolo a entrar en el mismo. El vehículo se puso de nuevo en marcha en dirección a Roma en tanto que los cuatro delincuentes, tras amenazar a Marussi, se marchaban también, tres a bordo del **ALFETTA** y el cuarto en el Mercedes del barón, que fue encontrado al día siguiente en la calle **Cristoforo Colombo**, cerca del número **459**.

Los contactos telefónicos con la familia del secuestrado fueron efectuados desde localidades fuera del distrito (región geográfica diferente de Lazio) con el fin de impedir que funcionase el bloqueo de la red dispuesto por la Sip.

No obstante, de las grabaciones efectuadas por el personal operativo en el aparato receptor resulta que el autor de las llamadas, siempre la misma persona, debe de ser un individuo de sexo masculino, de edad comprendida entre los veinticinco y los veintiocho años, carente de un acento particular o capaz de simular diferentes acentos regionales.

La familia ha recibido cinco cartas en la que se les exige el pago de un rescate. Las mismas se han redactado empleando la técnica del collage de letras recortadas de los diarios romanos de mayor tirada (*Il Messaggero* y *Paese Sera* y, en una ocasión, el *Secolo d'Italia*, periódico de extrema derecha).

Las llamadas pedían en un principio un rescate de diez mil millones de liras, que posteriormente fueron rebajadas a siete y luego a tres. De acuerdo con las declaraciones de los parientes del barón Rosellini, ésta parece ser la cantidad que al final se ha pagado.

El primer mensaje fue dejado el **29 de diciembre de 1977** en las cercanías de la plaza Cavour y el mismo iba acompañado de tres fotografías Polaroid en las que aparece el secuestrado con una copia del *Messaggero* en la mano.

El **2 de enero de 1978**, a las 16 horas, fue concertada una cita en el bar Cubana, donde el hijo del secuestrado, Alessandro, esperó en vano una llamada que se produjo después de que éste hubiese abandonado el local. A la cita del mismo día en el bar Georgia tampoco se presentó nadie.

El **11 de febrero** informan de la existencia de un mensaje en un bidón de basura del *lungotevere*^[1] di Pietra Papa, sin resultado.

El **15 de febrero** citan a **ALESSANDRO ROSELLINI** en la estación de Termini para que retire el mensaje que han dejado en el interior de una cabina automática de fotos. El mensaje, redactado con la habitual técnica de las letras recortadas, le ordena que se vaya a **Torvajanica**. En esta localidad, el joven recibe un segundo mensaje que fija una ulterior cita en el autoservicio de la estación de **Pontecorvo** en la Autosole. A la misma no se presenta nadie.

El autor de las llamadas echa en cara a **ROSELLINI** el hecho de haber sido seguido por la policía.

El **23 de febrero** tiene lugar una nueva cita en el **Fungo dell'Eur**, de nuevo no aparece nadie.

Lo mismo sucedió en la sucesiva, fijada para el **27 de febrero** en la localidad de **Piancastagnaio di Siena**.

El **2 de marzo** se efectúa por fin el pago del rescate en la **calle Cassia**, en el enlace con Monterosi di Viterbo. El testigo –que en ese momento no era objeto de vigilancia por expresa disposición de la autoridad judicial precedente– ha declarado que arrojó la bolsa con el dinero siguiendo las órdenes de tres individuos con la cara oculta que se encontraban en el interior de una furgoneta Fiat con **matrícula Vt, Viterbo**.

Los billetes del rescate han sido localizados en varias localidades italianas, sin que sea posible deducir de ello ningún elemento relevante para la investigación.

Resulta superfluo indicar que el hecho de que el secuestrado no haya regresado a su casa, a pesar de que se haya producido el pago del rescate, hace pensar que la conclusión del delito ha sido la más trágica posible.

El problema lo habían causado los cataneses de Casal del Marmo. El barón le había visto la cara a uno de ellos, por lo que éstos se habían visto obligados a eliminarlo. Incluso en el supuesto de que hubiesen podido —algo imposible porque se les informó con posterioridad a los hechos— ni el Libanés ni el Frío habrían movido un dedo. Por otra parte, sin testigos era menos arriesgado. Después de entregar al Escoria su parte, habían decidido cortar toda relación con aquellos aficionados. El Búfalo, un muchacho corpulento de Acilia que había procurado el cloroformo y el Alfetta 1750, había sugerido que los exterminaran. Pero al final había prevalecido la euforia por las ganancias: una vez deducida la parte de los achaparrados de Casal del Marmo les quedaban dos mil quinientos millones a repartir de acuerdo con las reglas ya establecidas en la fase preparatoria. Dos mil quinientos millones entre diez.

El Libanés los había convocado en el apartamento de San Cosimato. Estaban todos. El Dandi, el Tapón, un tipo rechoncho de la Pirámide muy hábil con la pistola; Satanás, un elemento algo desquiciado pero duro, con una cabellera pelirroja más bien escasa y una cazadora negra de Diabolik,^[2] el Esqueleto... en resumen, no faltaba nadie, exceptuando al Rata. El Libanés había dejado en suspenso el juicio sobre él: había hecho un par de llamadas colocado, corriendo el riesgo de mandarlo todo al garete. Pero, en general, se las había arreglado bastante bien. En cualquier caso, pagaría con su parte.

El dinero, ya. Ni siquiera en el cine había visto tanto a la vez. Y sin embargo, lo que más le interesaba era observar la reacción de los demás. Los hermanos Bufones, por ejemplo: Aldo —o Ciro, era difícil distinguirlos— trataba de hacerse un sombrero de papel con los billetes. Mientras que Ciro —o Aldo— explicaba:

—Que le den por el culo al gilipollas de mi padre, que quería mandarnos al taller.

El Búfalo había conseguido que le dieran a crédito un frasquito de coca y, atontado delante del botín, se abandonaba de cuando en cuando a una especie de rictus colmado de suspiros (¡eh!, ¡ih!, ¡eh!, ¡eh!). El Dandi hojeaba un catálogo de Ferragamo y el folleto de una exposición de pintura. Ojo Feroz se había sacado del bolsillo un folio cuadriculado y arrugado lleno de números de teléfono.

—¡La mejor tía de Roma!

Mientras se pasaban las cervezas y los porros, todos pensaban en el modo más rápido y estúpido de gastarse su parte. Casi todos. El Frío se había quedado al margen. Y miraba por la ventana: una mañana gris sobre el mercado, una llovizna tonta que te calaba hasta los huesos.

—¿Dividimos?

El Búfalo se había despabilado.

—Veamos: quinientos para esos cerdos. Amén. Sobran dos mil quinientos. Líbano y el Frío salen a cuatrocientos cada uno. Es lo justo, ¿no?, la idea fue suya. Sobran mil setecientos. Nosotros somos ocho. Doscientos cada uno hacen mil seiscientos. Los cien que sobran nos los podemos fundir en un garito, ¿qué os parece?

¿Era necesario contestar? Todos se arrojaron sobre la pasta, incluso el Esqueleto a quien, de puro delgado, bastaba darle un golpe con un hombro para tirarlo al suelo. El Libanés y el Frío fueron los únicos que permanecieron inmóviles: uno con la mano sobre el cabezón del Duce y el otro apoyado en la ventana con un chicle entre los dientes.

El Libanés se decidió a poner las cartas sobre la mesa.

—¡Un momento, compañeros!

—¿Y ahora qué quiere éste? —El grupo se volvió para mirarlo como se mira a un loco. El Búfalo, incluso, se llevó la mano a la pistolera que tenía bajo la axila. Susplicaces, oliéndose la trampa. El Libanés se quedó sentado, y extendió los brazos en un ademán tranquilizador. El Frío seguía con su habitual concentración los movimientos de los demás.

—Quiero decir: ahora tenemos dos mil quinientos millones. Que es algo muy distinto a que yo tenga cuatrocientos millones, tú doscientos y también cien para el garito...

—Pero ¿qué está diciendo? —protestó Ojo Feroz.

—Silencio —intervino el Frío—. Prosigue, Líbano.

—Tú, Dandi, empiezo por ti porque somos viejos amigos... tú ahora te renuevas el vestuario porque eres el Dandi... has de hacer honor a tu nombre.

—La verdad es que también la Kawasaki está un poco oxidada...

Algunas carcajadas. El Búfalo soltó la pistolera. El Libanés recuperó el aliento.

—Y tú, Esqueleto...

—Esta mañana me he pasado por Bandiera & Bedetti y he visto un par de Rolex de puta madre.

—Ojo Feroz, tú... ¿tías, coca y champán?

—Lo mejor de la vida, ¿no?

Más carcajadas. El Libanés se estaba enfervorizando. Hasta el Búfalo empezaba a mostrarse interesado.

—Quiero decir: todos tenemos nuestros deseos, nuestras ambiciones...

—¡Lo que es justo, lo que nos corresponde! —prorrumpió de repente Satanás.

Alguno asintió. El Libanés se manifestó de acuerdo.

—Sólo nos corresponde una cosa: lo mejor.

—En ese caso, ¿qué coño estamos esperando para repartirnos el dinero?

El Libanés intuyó que Satanás iba a ser el más difícil de convencer, de forma que se dirigió a él, clavándole la mirada en sus diminutos y alucinados ojos.

—Hoy dividimos, de acuerdo. Y mañana o pasado mañana nos encontraremos de nuevo con la caja vacía. Los coches se hacen viejos, la coca se acaba, el coño se seca por falta de líquido... y digo líquido, dinero, Ojo Feroz... pero si en lugar de eso no nos repartimos estos dos mil quinientos millones, si los mantenemos unidos, si nos mantenemos unidos nosotros... ¿os imagináis adónde podemos llegar? En lugar de tener poco, tendremos mucho. Y cuanto más tengamos, más iremos teniendo... ¿te acuerdas del cura, Satanás? Quien más tiene, más tendrá... eso es precisamente lo que debemos hacer nosotros: tener algo menos hoy para poder tenerlo todo el día de mañana.

—A ver si lo entiendo... —aventuró el Búfalo, a todas luces interesado.

El Libanés le sonrió, aunque con la mirada buscaba al Frío. Sólo que a saber dónde se había metido éste, rígido, inmóvil, con los ojos reducidos a dos hendiduras.

—Esto es lo que pienso, Búfalo: sigamos siendo un equipo. Cogemos un poco de dinero para los pequeños gastos... pongamos unos cincuenta millones cada uno.

—¿Tú también? —preguntó el Búfalo asombrado.

—Yo también. ¡Todos a partes iguales!

—¿Todos, todos? —le provocó Satanás, lanzando una ojeada perpleja al Frío. Él era el otro león de la manada. Le había llegado el turno de pronunciarse. Pero el Frío no movió ni un solo músculo mientras sus ojos pasaban del busto al espantoso espejo con la virgencita bajo la campana de cristal, a los sillones con el paño negro o al estéreo adquirido en la calle Sannio.

—Cincuenta millones por diez... reconozco que hay para todos... eso significa que sobran dos mil millones —puntualizó el Esqueleto.

—Dos mil millones constituyen una buena base —insistió el Libanés—. Necesitamos armas y un depósito seguro para guardarlas... para el proyecto común podríamos invertir mil quinientos millones, tal vez mil ochocientos...

—¿De qué proyecto hablas?

—Pero ¿es que todavía no lo has entendido, Satanás? ¡Yo quiero lo mismo que todos vosotros!

—¿A qué te refieres?

—A Roma.

—¡Bum! ¡Acaba de hablar Mussolini! ¿Y se puede saber cómo coño piensas apoderarte de la ciudad?

—Por las buenas y, si es necesario, también por las malas, imbécil. Con la droga. Con el juego...

Sus palabras desencadenaron una auténtica algarabía. Todos querían intervenir: palabras, amenazas, gestos de exaltación. El Libanés se levantó con parsimonia y se

acercó al Frío. Ambos intercambiaron una penetrante mirada. Entre ellos corría un silencio que los aislaba del resto del grupo. El Frío extrajo el revólver del bolsillo y lo arrojó con fuerza sobre la cómoda.

—Callaos un momento.

Ni siquiera tuvo necesidad de gritar.

—El Libanés tiene razón. Si dividimos el dinero, éste no nos servirá para nada. El único modo de ganar es permanecer unidos. Me has convencido, Líbano. Hacemos una parte igual para todos y el resto lo metemos en un fondo común. Tal vez deberíamos apartar algo para las necesidades más urgentes... para cuando uno de nosotros vaya a parar al trullo, por ejemplo, o tenga problemas con la familia.

—Me parece razonable —convino el Libanés—. En los periodos de escasez nos podremos financiar con esta... llamémosla reserva. En cualquier caso nos saldrán un par de billetes al mes.

—Estoy de acuerdo —dijo el Dandi. La Kawasaki podía esperar; el centro histórico, no.

—Es una idea estupenda, compañeros —masculló el Búfalo mientras le daba una palmada en la espalda al Libanés. En el fondo, el dinero sólo servía para evitar los marrones. ¡Qué era eso en comparación con la calle!

Ojo Feroz dijo que sí: con las cincuenta mil se podía permitir de todas formas un par de semanas de sexo.

El Esqueleto dijo que sí: el Rolex se lo agenciaría de otra manera. La habitual.

El Tapón, que vivía solo con su madre a la que le había prometido la lavadora, el lavaplatos y un televisor en color nuevecito, dijo que sí.

Aldo y Ciro dijeron también que sí: las órdenes del Frío iban a misa para ellos.

Cuando llegó su turno, Satanás se puso a contar los doscientos con aire desafiante.

—Por lo visto, no estás de acuerdo —lo retó el Libanés.

—Por lo visto, os habéis sorbido el seso.

—Ay, Satanás —intervino el Dandi—, ¡nadie tiene la culpa de que tú lo hayas perdido hace ya tiempo!

Carcajadas malignas. Igual de malignas que la mirada de Satanás.

—En primer lugar: estamos hablando de juego... y todos sabemos que el juego es cosa del Terrible.

—Podemos hablar con él —propuso Ojo Feroz conciliador.

—¿Y si ése nos manda a tomar por culo?

—Le disparamos —abrevió el Búfalo seráfico.

—¿Al Terrible? ¿Y quién le dispara? ¿Tú?

—Sí, yo. ¡Y si no te parece bien, te disparo a ti también, gilipollas!

Búfalo puso cara de pocos amigos y Satanás se llevó la mano al bolsillo. El

Libanés trató de aplacar los ánimos. Sólo les faltaba un duelo con el botín al descubierto.

—Calma, calma. Si Satanás no quiere, nos las arreglaremos sin él. Coge tu parte y vete, Satanás. Quedamos como amigos.

Pero Satanás no se resignaba.

—En segundo lugar —prosiguió, haciendo caso omiso de la invitación—, se habla de droga... eso es cosa de los napolitanos, el mercado es suyo. ¿Qué piensas hacer, Búfalo, dispararles también?

—En eso te equivocas, Satanás —intervino el Dandi—, hace años que el Puma importa mercancía de China y nadie le ha dicho nunca ni mu...

—¡No pierdas tu tiempo con este animal! —masculló el Búfalo.

Satanás no lo oyó, o se hizo el sordo. Ahora era el turno de enfrentarse al Dandi.

—El Puma paga una parte a los calabreses. ¿No lo sabías?

—Nosotros no pagaremos a nadie —precisó el Libanés—, como mucho, llegaremos a acuerdos entre iguales...

—Tú quieres apoderarte de Roma, Líbano, pero esta ciudad nunca pertenecerá a nadie. Además, qué puedes saber tú, que eres medio africano...

Todas las miradas se deslizaron de Satanás al Libanés. Éste suspiró. ¿Conseguirían alguna vez, el Frío y él, dominar el talante de esos muchachos? Aquélla era gente que se inflamaba por nada, mientras que para abrirse camino en este mundo se requería frialdad y lucidez. Satanás le estaba provocando. Si no respondía a la ofensa, se jugaba el respeto de los demás. Esbozó una sonrisa, sacudió la cabeza y asestó a Satanás una bofetada en la mejilla.

—¡Yo te mato, bastardo!

La reacción era previsible, pero Satanás había sido rapidísimo y lo había pillado por sorpresa. Mientras se tambaleaba haciendo un movimiento con las caderas digno de una culebra, el Libanés se encontró con la pistola bajo la garganta. Por suerte el Frío estaba alerta: con un golpe de rodilla en los riñones hizo que Satanás se doblase como un saco vacío. El Búfalo se había apoderado del arma que había resbalado durante la caída.

—¡Ahora sí que nos vamos a reír!

Pero el Frío se la arrancó de la mano y ayudó a Satanás a levantarse.

—Coge tu dinero y desaparece, y da gracias a Dios porque estamos de buen humor...

Satanás asentía, torvo. Antes de arriar la bandera, recorrió con la mirada el panorama de la organización recién nacida.

—Esos dos cabrones os han metido en una buena. ¡Ya os daréis cuenta!

Nada más salir, el Búfalo se precipitó en pos de él. El Libanés le cerró el paso.

—¿Se puede saber adónde vas?

—A dejar seco a ese canalla, ¿no?

—Tú no vas a dejar seco a nadie, Búfalo.

El tono del Frío no admitía réplica.

—Ahora somos una sociedad, compañero —le explicó el Dandi—, las decisiones las tomamos juntos y nadie actúa por su cuenta.

El Búfalo agachó la cabeza.

1978, febrero

ACUERDOS

Satanás no se equivocaba. Si uno quería entrar como protagonista en el negocio de la droga tenía que llegar a algún tipo de acuerdo con los napolitanos. Lo que significaba pasar por Mario *el Sardo*. El encuentro lo organizó el Búfalo, cuya cabeza era incluso razonable cuando le daba por pensar. El garante era Treintamonedas, uno de Forcella que al principio estaba con los Giuliano. Un buen día había peleado con los Licciardello, aliados de los Giuliano, y dos santistas^[3] habían acabado tendidos en el suelo. Treintamonedas se amparó en Cutolo, quien lo recibió con los brazos abiertos en la Nueva Camorra Organizada.^[4] Al final, después de un arreglo consistente en *trenette* con chipirones y bejel en salsa de ajo y tomate, el tribunal de los *cumpiarelli*^[5] lo absolvió y desde entonces Treintamonedas fue considerado por ambas facciones un interlocutor atendible. Nada mal para alguien que había cambiado ya dos veces de bando haciéndose merecedor del apodo de Judas.

Treintamonedas había hecho el bachiller en el Genovesi, procedía de una familia honrada y se jactaba de sus relaciones y de sus maneras refinadas. Era una especie de bestia de un metro noventa de estatura, con el cuerpo cubierto de arabescos tatuados que —según decía— iban a juego con las llamativas corbatas de Manirella que le encantaba lucir hasta en la intimidad. Con las ganancias que le había procurado la cocaína había amueblado al estilo Portoghesi un apartamento en el Eur, cercano a la residencia de algunos aristócratas.

—La princesa es una señora de la cabeza a los pies —dijo mientras mostraba a sus huéspedes la barandilla que daba a un patio de altos magnolios y setos *italian garden*—. Lástima que sea comunista. ¡La verdad es que no entiendo por qué a ciertos ricos les da por hacerse rojos!

El Libanés asintió convencido. Siempre había sido fascista: en su opinión, la derecha se identificaba con el orden y la organización. Y eso era precisamente lo que estaba tratando de hacer con la banda. Imponer el orden y la organización a una manada de cabezas ardientes e indisciplinadas. El poder debe premiar a aquel que tiene las ideas más claras y la fuerza para imponerlas.

Mientras el Búfalo y Treintamonedas se abrazaban intercambiándose alegres insultos, el Frío y el Libanés inspeccionaron el lugar. Todo parecía tranquilo. El Dandi, en cambio, se había quedado maravillado por el esplendor de la casa de Treintamonedas. Muebles de diseño, mesitas de cristal, estéreo con altavoces ultramodernos, la pantalla de cine, el inmenso salón con grandes sofás... ¡aquello sí

que era estilo! Aquélla sí que se podía llamar vida... Treintamonedas lo cogió por el brazo, amistoso.

—Te gusta, ¿eh? Si te digo lo que me ha soplado el arquitecto... pero se nota la mano de un auténtico profesional, ¿eh? Pongo un poco de música...

De los enormes altavoces se elevó una lúgubre melodía de iglesia. El Búfalo se llevó las manos a los oídos. El Libanés preguntó con ironía si los discos también los había elegido el arquitecto. Treintamonedas les explicó riendo que aquélla era la «música ambiental» de la que se valía para ligarse a las psicólogas, las periodistas y a alguna que otra abogada.

—¿También a las abogadas?

—¡Ésas son las más zorras!

Mario *el Sardo* se hizo esperar hasta el anochecer, cuando ya empezaban a hartarse de la música y del exceso de hilaridad de Treintamonedas. Llegó acompañado de Ricotta. Al Libanés le sorprendió volver a ver a aquel viejo colega al que creía encerrado en la cárcel por un buen puñado de años.

—El abogado hizo bien su trabajo. ¡Montó un buen lío con las penas y aquí estoy ahora!

Mario *el Sardo* se había evadido hacía dos meses del manicomio judicial de Aversa, aprovechando un permiso experimental. Imputado por tentativa de homicidio, extorsión y asalto, había conseguido que le declarasen enfermo mental gracias a un informe pericial. Declaración que, por otra parte, se había ganado a pulso: en la primera entrevista con el doctor, se había meado sobre los documentos de éste. A la segunda, el médico se había presentado con cuatro guardias y Mario se había encerrado en un absoluto mutismo. La tercera vez se había puesto a llorar como un niño pidiendo un chupete y un biberón. Los exámenes se habían prolongado durante un año, en medio del desconcierto general. Al final, Mario había conquistado la confianza del capellán, y para vencer las últimas reticencias del psiquiatra había puesto en escena un simulacro de suicidio atragantándose con hostias consagradas. Moraleja: clínicamente loco, socialmente peligroso, pero sólo un poco, ¿eh? La evasión —en teoría un error, dado que sólo le faltaban tres meses para el nuevo examen de peligrosidad— había sido ordenada por el mismo Cutolo. El Profesor y él se habían conocido en Aversa, y el Sardo se había pegado a él hasta tal punto que Cutolo se había decidido a «bautizarlo» y a nombrarlo jefe de Roma. De alguna forma, en la decisión de Cutolo de mandar a aquel territorio a su nuevo lugarteniente habían influido también el Libanés y los suyos: Radio Cárcel había hecho circular la noticia de que el secuestro de Rosellini era obra de los napolitanos, y Cutolo había hecho las correspondientes averiguaciones.

—¡Y en cambio fuisteis vosotros!

—Y en cambio fuimos nosotros.

—Nada mal, tratándose de un primer golpe —reconoció el Sardo.

Era casi calvo, menudo, tosco, con la frente surcada por una vieja cicatriz de arma blanca. Tenía a Ricotta completamente dominado e incluso Treintamonedas mostraba hacia él auténtica deferencia. Al Libanés se le atravesó de inmediato. Imposible saber lo que pensó de él el indescifrable Frío.

—Tenemos un poco de pasta para invertir y querríamos invertirla en droga —explicó el Dandi.

—¿Cuánta pasta? —preguntó con sequedad el Sardo.

—Uno, uno y medio...

—Con eso ya se puede hacer algo. Treintamonedas ha abierto un buen canal con los sudamericanos. Yo os procuraré la cocaína y os autorizaré a distribuirla en el mercado, excluyendo la zona del Terrible. Me llevaré el setenta y cinco por ciento del útil y el diez por ciento del capital invertido.

Ni siquiera al Corbatero, el usurero del Campo dei Fiori se le ocurriría algo semejante, pensó instintivamente el Dandi. El Libanés se acariciaba la barbilla. El Frío tenía los ojos entornados. El Búfalo parecía seguir el diálogo esforzándose por comprender los fragmentos que se le escapaban. Treintamonedas se liaba un porro con fingida indiferencia. Ricotta se anudaba y se desanudaba una corbata más bien hortera, decorada con un sol amarillo y una luna negra.

—Tal vez el Dandi no se haya explicado bien —dijo el Libanés en son de paz—, nosotros no estamos pidiendo autorización a nadie, y el Terrible nos importa un comino. Lo que queremos es proponerte un negocio a medias. Cincuenta y cincuenta de principio a fin. Tú nos vendes la droga al precio que establezcamos y nos dividimos las ganancias. Sobre toda Roma...

El Sardo prosiguió en tono cortante.

—¿Acaso no sabes con quién estás hablando, Líbano?

—Si no lo supiésemos, no estaríamos aquí —le respondió desabrido el Frío.

El Sardo lo miró levemente desconcertado. El Frío, pensó el Libanés, sabía imponerse.

—Imaginemos que nos ponemos de acuerdo. Para cubrir Roma hace falta mucha gente. ¿De cuánta disponéis vosotros?

—Unas quince personas —exageró el Dandi.

—No son suficientes.

—Podemos encontrar más sin problemas —insistió el Dandi.

—Siguen siendo pocas.

—Podrías intervenir tú también —le sugirió el Frío—. Con alguno de los tuyos, quiero decir...

—Me estás proponiendo un acuerdo.

—Creo que ya te lo he dicho.

El Sardo se dirigió al Libanés.

—¿Cómo piensas proceder?

—Organizando las redes por zonas. Cada zona abarcará dos o tres barrios. Cada barrio contará con seis o siete camellos pequeños con uno mayor a la cabeza. Los pequeños se someterán a los grandes y éstos a nosotros. Considerando, pongamos, ocho zonas...

—¿Y la competencia?

—Con el Puma podemos llegar a un acuerdo. Hace años que nos conocemos... los demás son morralla.

—¿Y el Terrible?

—Si está de acuerdo, bien. En caso contrario...

El Libanés dejó la frase inacabada, pero su sentido no dejaba lugar a dudas. El Sardo se rascó la cicatriz.

—Lo que pedís es tremendo. En Roma nunca se ha visto una cosa igual...

—Mejor. Eso quiere decir que seremos los primeros. Nosotros y vosotros. Juntos. El Frío una vez más. De contundente acero. Un jefe.

—¿Juntos? Quizá. Pero con un único jefe. Yo —dijo el Sardo.

—Me ha entrado hambre —aventuró el Dandi.

Se produjo un momento de silencio. El Búfalo y Treintamonedas se dirigieron hacia la salida intercambiando una mirada. Ricotta fue en pos de ellos.

En la calle, señales invernales: muchachas en maxifalda y un cielo negrísimo, con un retumbar de truenos. El Búfalo y Treintamonedas arrastraron a Ricotta hasta un restaurante donde pidieron pollo, patatas y pizza para todos.

—¿Qué pensáis, se cierra el trato? —preguntó Treintamonedas.

El Búfalo abrió los brazos y dijo que el Sardo era un auténtico capullo.

—No, te equivocas, Mario es así... verás como al final se cierra.

En el camino de regreso, Ricotta les contó que el Tribunal de Casación había decidido quemar la última película de Pasolini.^[6] Cosa que les traía sin cuidado, pero le dejaron hablar por amistad. Cuando era un muchacho, Ricotta había hecho breves apariciones en el barrio Finocchio. Se decía que el mismísimo Pier Paolo Pasolini le había enseñado a leer y a escribir, lo que no le había convertido en un intelectual pero que sí hizo que, apenas salido de la cárcel, acudiera en peregrinación al Idroscalo, donde el loco de Pino la Rana había asesinado al poeta homosexual.

Llegaron a tiempo para la fase de los abrazos. El Dandi les informó de los términos del pacto: cincuenta por ciento para todos y un cinco por ciento en contante para el Sardo por «poner su nombre y por garantizar el éxito del acuerdo». Las ganancias las administrarían a medias Treintamonedas y el Dandi, lo que equivalía a un representante de cada grupo. En cuanto a la cuestión del líder, habían llegado a un compromiso: propondrían juntos que el Puma asumiera el papel de garante sobre

ambas partes. Ni que decir tiene que el Sardo estaba convencido de ser de todas formas el número uno. Estaba previsto que el primer cargamento de cocaína llegase en quince días vía Buenos Aires. Cuestión zanjada, entonces. Al ver el modo en el que el Libanés, el Frío y el Dandi se miraban a espaldas del Sardo, el Búfalo comprendió que aquello no duraría mucho.

—Hazme caso —susurró a Ricotta—, deja estar a ése. Tú eres uno de los nuestros.

II

El Puma tenía cuarenta y dos años y había pasado media vida entre el hotel Roma y el Regina.^[7] Llevaba algún tiempo liado con una colombiana veinte años más joven que él, una mulata con cara de india, sobrina de un soldado del cartel de Cali. Vivían en una casa del barrio de Cassia con Rodomiro, su hijo recién nacido. A la reunión acudieron cuatro de ellos: el Dandi y el Frío de una parte, y Treintamonedas y Ricotta de la otra.

El Puma los recibió en el jardín con el niño en brazos, y un grueso perro pastor que olfateaba inquieto mientras agitaba su larga cola palmada. La colombiana les sirvió algunos licores y una torta. Treintamonedas, con su habitual lenguaje abigarrado, expuso los términos de la propuesta. El Puma lo dejó hablar sin parpadear. Y al final, con las miradas de todos clavadas sobre su persona, les contestó que no.

—Pero Puma, ¿qué dices? ¡Te estamos ofreciendo la medalla de oro! —estalló Ricotta.

El perro gruñó. El niño se puso a lloriquear. La colombiana se asomó desde el interior de la casa. El Puma le entregó el niño y él se encendió un puro.

—Me retiro, Ricotta. Decídselo al Líbano, al Sardo, decídselo a todos, sobre todo a la policía...

Todos se echaron a reír. El Puma dio dos profundas caladas a su cigarro.

—Estoy cansado. Tengo ya cuanto necesito... esta casa, un poco de dinero en el banco... María Dolores... el niño... ¿habéis visto lo guapo que es? No, estoy cansado. Estoy harto de esta vida.

—Estás diciendo una sarta de gilipolleces, Puma. Dentro de cuatro días te llega de Palermo un kilo del Chino. Lo sabe toda Roma.

El Puma se volvió pausadamente hacia el Frío.

—Si me dejáis este kilo, me hacéis un favor. Rendirá lo suyo. Pero si preferís quedároslo, hacedlo. Es mi último golpe. Decidís vosotros. Yo cambio hasta de aires. Me voy de Roma...

Su calma había impresionado al Frío. El Puma no hablaba nunca por hablar. Si decía que lo dejaba, era cierto. ¿Cuestión de edad? ¿Estaba de verdad tan desgastado como pretendía hacerles creer? El Frío no conseguía resignarse.

—Además habéis de saber que llevo veinticinco años en el hampa... he visto locuras y he hecho de todo. ¿Cómo se dice hoy? Mi currículum es más que respetable... pero hay dos cosas por las que no paso: el secuestro y el homicidio. Yo

jamás he raptado a nadie, ni tampoco he matado.

—Nosotros también sentimos lo del barón —insinuó Dandi—. Pero ¿qué podíamos hacer?

—No hablo de eso, chicos. El pasado no me preocupa.

—Entonces ¿qué es lo que te preocupa? —preguntó el Frío.

—El futuro. Lo que va a suceder con todos nosotros... por eso me aparto, Frío.

—¿Por qué? ¿Qué piensas que puede ocurrir?

Ricotta se había hinchado como un globo: había sacado pecho haciendo revolotear su habitual corbata ridícula. Treintamonedas, que se había concedido para la ocasión un suéter de cachemir rojo de Cenci, lo escrutaba con aire de conmiseración.

—Pues que os despedazaréis como cerdos. Os mataréis unos a otros como lobos. Garantizado. Y yo no quiero tener nada que ver.

—Vámonos, muchachos —estalló Treintamonedas—. ¡El viejo es también un gafe!

Regresaron a Roma silenciosos e irritados. El Frío no lo había digerido. Lo que le preocupaba no era el rechazo del Puma sino el hecho de que éste hubiese dado la impresión de querer indicarles, a todos ellos, otro camino, una vida diferente. ¡Menudo absurdo! Para eso podían haberse dedicado a trabajar como dependientes en una tienda. Acabar como su padre: asalariado y sin huevos. El Puma no era más que un viejo agilipollado.

Treintamonedas había insistido para que saliera a cenar con él y con la abogada que se había ligado hacía unas dos semanas. Pero él había preferido quedarse solo. Colocarse con el vino delante del espejo que, junto a la cama y a la mesita, constituían los únicos muebles del estudio de la calle Alessandro Severo. Pero antes tenía que cumplir una antigua promesa. Hizo que lo dejaran en casa del Mangione y encargó una moto para Gigio.

III

Patrizia no debía de tener más de veintidós o veintitrés años. Morena, piel suave y lisa, pechos pequeños y duros, axilas perfectamente depiladas, piernas largas y un culo capaz de desquiciar a cualquiera. Cuando le abrió la puerta luciendo una combinación negra y un diminuto sujetador del cual sobresalía la aureola de un seno ya turgente, el Dandi no se arrepintió de haberse dirigido a Ojo Feroz, el mayor experto en furcias de la banda. Comparada con Gina, que engordaba a ojos vistas y que empezaba a exagerar con la cerveza y las pastillas, aquella criatura era una reina. El local, además, era pequeño, pero cálido y acogedor. Sobre la cama recién hecha había algunos animales de peluche.

—Cobro cien por un servicio normal y ciento cincuenta por los extras —le anunció Patrizia. Voz baja, ronca, indiferente.

El Dandi le mostró la cartera rebotante de dinero. La codicia hizo brillar los ojos de ella. El Dandi contó tres billetes de cincuenta y se los metió en el sujetador. Patrizia empezó a desvestirse.

—¿Quieres que te haga un numerito?

El Dandi ni siquiera le contestó. O se la tiraba en menos de diez segundos o iba a explotar. Se arrojó sobre ella sujetándola por las caderas con sus manazas. Le dio la vuelta, se la sacó y se la metió por detrás. Se corrió a la cuarta sacudida, gruñendo como un animal. Mientras ella iba a limpiarse, el Dandi se tumbó entre los peluches y se encendió un cigarrillo. La intensidad del orgasmo le había dejado un agudo dolor difuso y una cierta insatisfacción.

—¿Todavía estás aquí?

Su frialdad, aquel fondo de desagrado en la mirada... Patrizia lo excitaba. Inmensamente.

—¿Tienes amo?

—¿Qué dices?

—Un amo... un chulo... un protector...

—¿No te parece que eso es asunto mío?

—¿Lo tienes o no?

—Uno probó una vez y aún sigue llorando.

—¿Estás con alguno?

—Pero bueno, ¿eres de la policía?

El Dandi soltó una carcajada. Ella seguía seria, jugueteando con el borde de sus bragas. Negras. El Dandi se sentía ya listo para el segundo asalto.

—Ven aquí —le dijo con gentileza.

Ella no se movió.

—Has pagado, has tenido lo tuyo, ¿qué más quieres?

Con un suspiro, el Dandi cogió la cartera y se la tiró. Patrizia la agarró al vuelo.

—¿Cuánto piensas que vales?

—¿Estás seguro de que podrás permitírtelo?

—Coge lo que necesites.

—Lo necesito todo.

—¡Entonces cógelo todo!

Por primera vez le pareció verdaderamente indecisa.

—Quiero que estemos juntos —le susurró él.

—Ya te lo he dicho: nada de chulos.

—¿Y quién habla de chulos? Yo quiero estar contigo... vernos, salir a cenar por la noche, venir a verte cuando quiera y encontrarte lista... presentarte a mis amigos... una historia, vaya...

Patrizia se echó a reír. El espectáculo de aquellos senos en agitación lo volvía loco.

—¡Menudo tío! Viene, va, dispone, propone... pero ¿quién te has creído? Ni siquiera sé cómo te llamas.

—Soy el Dandi. Y soy un tipo con clase...

—¿Y se puede saber en qué consiste, esa clase?

—Una bonita casa amueblada por un arquitecto. Un cuadro de Schifano... el que compra la mercancía al Sardo... nosotros los llamamos el «Schiffato», el asqueado... un secreter de época, alfombras orientales, buena música, champán de buena añada... la clase, ¿no? ¿Has visto alguna vez un desfile de moda? Esto es lo que tengo previsto para ti, amor mío...

Patrizia se dobló en dos.

—¡Clase! Folla como un animal, tracatrás... aahhh, qué maravilla. Ahí queda eso. ¡Y luego habla de clase!

—¡Enséñame tú, entonces!

Patrizia le lanzó una mirada prolongada, penetrante. ¿Valía la pena intentarlo? ¿Por qué no? No era guapo, olía mal y no sabía manejarse. Pero tenía energía para dar y vender. Y también cara dura. Y, sobre todo, ¿qué podía perder, ella?

—Ve a darte una ducha, querido —le ordenó con dulzura.

El Dandi salió apresuradamente, excitadísimo. Cuando oyó correr el agua, Patrizia vació la cartera y metió los billetes en el cajón de la mesilla de noche.

Cuando el Dandi entró de nuevo en la habitación, se la encontró tendida en la cama con las piernas abiertas.

IV

El Libanés no daba crédito a sus ojos. Lanzó una mirada de preocupación al Búfalo, que danzaba a su alrededor como un oso patoso, y le preguntó por enésima vez si no se trataba de una broma.

—¡Venga, Líbano! ¡Es la cosa más seria del mundo!

—Precisamente. A nadie se le ocurrirá jamás.

Ya. A nadie se le ocurrirá. Y sin embargo, justo allí se encontraban. En el Eur, delante del ministerio, a dos pasos de la comisaría, a trescientos metros de la estación de metro. Al fondo, la torre del Fungo, en los oídos el zumbido del tráfico en la Colombo. En el ministerio. El Búfalo silbó y de las sombras del porticado emergió un hombre alto, entrecano, trajeado. Se llamaba Ziccone. Ujier de profesión. Era un tipo perfumado y un poco grasiento, con la voz ronca del gran esnifador de coca. Él y el Búfalo eran viejos conocidos. Ziccone administraba un giro de apuestas en el hipódromo y, en caso de necesidad, podía incluso armar financieras de poca monta dispuestas para inversiones a breve plazo y para favores un tanto especiales. Como procurar locales para almacenar armas. En el sótano del ministerio.

Ziccone los condujo, a través de una puertecita cubierta con los graffiti de adolescentes holgazanes, hasta el trastero. Según les dijo, allí vivía el ayudante del portero. Un hombrecillo gris con aire de tener pocas luces al que se le entregaban seiscientos mil al mes para que vigilase bien el cargamento. El hombre —Brugli dijo que se llamaba con un soplido lamentable— dio dos juegos de llaves al Libanés y le instruyó sobre el funcionamiento de las cerraduras y sobre el trayecto más conveniente. No había peligro de encontrarse con sorpresas desagradables: el edificio llevaba años abandonado. No obstante, observó el Libanés, siguen pagando a un portero.

—Porque aquí una vez había un pasaje que conducía a la secretaría particular del ministro —explicó Ziccone—, luego lo tapiaron, pero nadie se ha dado cuenta todavía y por eso Brugli todavía conserva su puesto.

Regresaron al coche, bendiciendo la santa burocracia que les iba a permitir hacer lo que les viniera en gana bajo los ojos benévolos del Estado. Ziccone fue recompensado con dos gramos de coca que se disparó en un abrir y cerrar de ojos con tanta avidez que hasta el Búfalo le aconsejó que fuese con calma. A continuación el Libanés los dejó en un garito de la Aurelia y salió en busca del Frío. Pero en el bar de Franco no lo habían visto —allí estaba sólo el Rata rascándose las pústulas con la mirada perdida— y en su casa nadie respondía al teléfono. Un poco tenso, entre una

llamada y otra, consiguió que Ojo Feroz le dijese dónde podía encontrar al Dandi, y fue allí de inmediato.

Le tocó esperar tres cuartos de hora junto al portón de la calle Cavour, y menos mal que tenía el coche limpio y que había salido sin la pistola. El Dandi apareció tambaleándose y se sorprendió de verlo. El Libanés fue directamente al grano y le preguntó por la reunión que habían tenido en casa del Puma. Cuando supo que había ido mal, resopló. Paciencia. Lo resolvería de otra manera. Después lo puso al corriente del depósito del ministerio. Se rieron de buena gana y a continuación el Dandi, que se había puesto muy serio de repente, le dijo que se había enamorado.

—¿De esa furcia? —se asombró el Libanés—. Pero si ni siquiera sabes quién es...

—¿Y qué? ¿Cómo se dice? Amor a primera vista...

—No me gusta. ¡Mantén la boca cerrada!

—En dos meses me voy a vivir con ella.

—¿Y Gina?

—¡Venga, Líbano, déjalo ya! No quiero pensar en ella ahora. Además, ¿qué puedes saber tú de eso? A propósito, ¿a qué se debe que no estés con una mujer? No serás marica, ¿verdad? Mira que a mí no me importa... Fifi...

No, no era marica. Las mujeres le gustaban, vaya que sí. Pero ¿cómo explicárselo al Dandi? Habría tenido que decirle que se trataba de una cuestión militar. Ésta era una guerra. Y cuando estás en guerra no puedes permitirte ciertas distracciones. Lo que no significaba que un polvo pudiese hacerle daño, pero... nada de compromisos. Tenían que mantenerse limpios... ¿cuál era la palabra? Castos, eso, castos de alguna manera. Como los curas. Ya tendrían tiempo después. Antes tenían que ganarla, esta guerra. Apoderarse de la ciudad.

El Dandi comprendió que no era el momento y regresó junto a su moto. Ardía en deseos de contarles a todos lo de Patrizia. Decidió que empezaría por Treintamonedas. A él podría incluso arrancarle algún consejo. Al napolitano le sobraba clase.

Treintamonedas, a esa hora, estaba demasiado bien acompañado como para hacerle caso. Le abrió en alboroz, con la nariz blanca de nieve y ojos de poseso, precedido por la música ambiental que se oía al fondo.

—Ven, ven, amigo, nos faltaba justo el cuarto para redondear.

El Dandi lanzó una ojeada al salón. En el gran sofá blanco se agitaban dos formas femeninas. De la maraña emergió una cabeza rizada y rubia. Los ojos del Dandi se cruzaron con los de la abogada Mariano. La otra era una desconocida con pinta de colgada. La abogada hizo un ademán de saludo antes de hundirse de nuevo entre las piernas de su compañera.

—Entonces qué, ¿vienes o no, Dandi? Mira que vale la pena...

Dijo que no sin pensar. En la cabeza tenía sólo a Patrizia.

El comisario Nicola Scialoja era un muchacho inquieto. Había pedido dos veces que lo pasaran a Antiterrorismo y las dos veces le habían dicho que no. Políticamente sospechoso. Algunos meses atrás había tenido una historia con una de la Autonomía, [8] hija de un pez gordo del Banco de Italia. Vivía en un ático grande con vistas a Villa Pamphili. Recogía fondos para los prisioneros políticos. Una noche le preguntó por qué no se había quedado en el pueblo en lugar de probar fortuna en Roma. Final de la historia. Sus colegas lo consideraban o un hijo de papá o un tipo extraño, o las dos cosas a la vez. En teoría era un investigador, en la práctica el eterno suplente. La noche en la que habían secuestrado al barón Rosellini sustituía a un colega más experto ocupado —inútil decirlo— con la investigación de una madriguera de brigadistas. Se había encontrado mano a mano con el juez instructor Borgia. Los dos se habían caído bien por instinto. Ambos eran altos y ágiles, ambos carecían de protecciones políticas, ambos se encontraban al margen de los grandes círculos. Borgia había conseguido agregarlo a la escuadra de la Policía Judicial. Su informe final sobre el secuestro del barón había gustado. Borgia lo había elogiado delante del dirigente de la Brigada Criminal. Habían acabado bebiéndose una cerveza durante la pausa para comer. El café de la calle Golametto, delante de la entrada del tribunal, era un pulular de abogados excitados, magistrados embutidos en sus togas y policías de voces arrogantes. Olores de humo rancio, posos de café, plancha incandescente de hamburguesas y lonchas de queso fundido. El juez estaba cansado. Su mujer estaba embarazada. El clima doméstico era tenso.

—Tengo casi treinta años —dijo—, y mi vida está a punto de cambiar.

Scialoja le habló de Sandra, la de la Autonomía. Todavía no se había recuperado del todo. Borgia lo consoló con algo de envidia: afortunado él, que seguía siendo un hombre libre. Entró un veterano de la patrulla social. Se intercambiaron un ademán de saludo. El veterano susurró algo al oído de la cajera. Scialoja vio cómo ésta enrojecía. El veterano le guiñó un ojo.

Archivo. La identidad de los autores del hecho seguía siendo desconocida.

El juez instructor le estaba diciendo que a pesar de que el informe era bueno, no habían conseguido sacar nada en claro. El barón había desaparecido. Y no había rastro de sus captores.

—El fiscal sostiene que mi escuadra es excesivamente... como te diría yo... numerosa —susurró Borgia.

De forma que Borgia estaba a punto de devolverlo al sitio de donde había venido.

A remitir documentos. A buscarse una nueva ocasión. No había obtenido resultados. No había tenido éxito. No se habían producido arrestos. Sin arrestos no se va a ninguna parte. Es la regla principal. Scialoja decidió coger el toro por los cuernos.

—Necesito un poco de tiempo —le dijo sin más preámbulos.

—Si por mí fuese... hemos trabajado bien juntos, pero el hecho es que la igualdad no está de moda en la magistratura... el hecho es que yo soy un recién llegado... las cosas serían distintas si tuviésemos detrás a los brigadistas, pero tengo miedo de que el barón, en este momento...

Borgia estaba avergonzado. Consultó su reloj. Era hora de volver al despacho. El policía insistió en invitarlo. Cuando se quedó solo, Scialoja pidió otra cerveza. El veterano de la patrulla social, sentado dos mesas más allá, hojeaba el *Corriere dello Sport*. De vez en cuando bajaba las páginas del periódico y buscaba con la mirada a la cajera, pero ella le rehuía. Debía de tener como mucho veintidós o veintitrés años. Menuda, pálida, ojos grises, pecho plano, aire de mala leche, ningún atractivo aparente. Scialoja pagó su consumición. El veterano de la patrulla social le dio alcance en la verja del tribunal.

—He oído decir que vuelves.

—Así parece.

—Podrías venir a trabajar con nosotros...

—Gracias, pero no creo tener temple de putero.

—Tan amable como siempre, ¿eh, *dottor*?^[9] Como quieras, lástima. No sabes lo que te pierdes...

—¿A qué te refieres?

—He visto cómo mirabas a la rubita del bar.

—¿Qué rubita?

—La cajera.

—Pero si eras tú el que la mirabas...

—Muy bien. Observación objetiva. Cobra a cincuenta mil el polvo. Si quieres, te doy la dirección.

—Pero ¿qué estás diciendo?

—Parece una cría como las demás, ¿no? Nada de particular, ¿no? Pues bien, es una puta irregular. Desmonta el chiringuito a las seis y va a abrirse de piernas en un apartamento detrás del Vaticano. Roma está llena de tipas como ella. Ahorran un poco de dinero y luego se casan con el primer iluso que las toma por santas. Si me permites el juego de palabras, viven aterrorizadas porque alguien les haga una putada y las descubra. A los hombres les gusta confiarse con las putas. Un buen policía puede tener un chanchullo como ése durante toda su carrera. Y arrestar a un montón de gente. ¡Piénsatelo bien, muchacho!

Le dijo que se lo pensaría. Lo contempló mientras se alejaba con los andares

caracoleantes de un cuarentón con los huevos bien puestos. Consideró con un escalofrío el pelo aceitoso, los dientes podridos, la piel grasa. Ser policía. Hacer chanchullos con la corrupción. Quedar reducido a eso. Un día. Un día no muy lejano. Volvió al café. Directo a la caja. Compró cigarrillos, regaliz, dos barras de chocolate fondant. Con el único fin de mirarla a los ojos. Para buscar en ellos los indicios que se le escapaban. Pero no había ninguno.

Se pasó la tarde dando vueltas por las dos habitaciones de un edificio de los años de la guerra del barrio universitario, entre la minúscula nevera, cada vez más vacía, un montón de libros viejos y polvorientos, y el televisor en blanco y negro que sintonizaba sólo la RAI. Se preguntaba sobre los confines entre el bien y el mal, sobre su lugar en el mundo. Deseaba la gloria, deseaba a las chicas que no había tenido el valor de afrontar, deseaba un cambio. No debían apartarlo de la investigación. No lo enviarían a remitir documentos.

Se concentró en el expediente Rosellini. Avisos en balde. Soplos inconsistentes. Interrogatorios que no conducían a nada. Falsas alarmas. Mitómanos alucinados. El vacío. Se preguntó si sería posible conseguir algún indicio del blanqueo del dinero. Una pequeña parte del rescate había sido efectuada con billetes marcados. Menos del cinco por ciento. Introducidos a espaldas de los familiares. Habían aparecido algunos billetes. Alguien había realizado una lista. Tres en Cerdeña. Los carabinieri habían presionado a los sardos. Planchazo. Diez billetes en Calabria. La guardia de Finanza había tirado de las orejas a algún pez pequeño de la *'ndrangheta*^[10]. Nuevo planchazo. En Roma. Se habían encontrado billetes en Roma. Siete de cincuenta, cuatro de cien. Once en Roma sobre un total de veinticuatro. Scialoja cogió papel y lápiz y trazó un diagrama. Billetes en Monteverde: dos. Billetes en el Esquilino: nueve. Nueve en el mismo barrio. Un estanco. Una tienda de ropa. Una perfumería. Otro estanco. Una tienda de ropa interior femenina. Todo entre las calles Urbana, Paolina, Santa Maria Maggiore y Cavour. Un cuadrilátero de apenas unos cientos de metros. Los dueños de las tiendas habían sido interrogados: no recuerdo, no sé, tal vez fuesen clientes ocasionales. Clientes que estaban siempre en la misma zona. ¿Y si se tratase de uno solo? Estanco. Ropa interior femenina. Peluquería femenina. Perfumería. Era una mujer. Una mujer. Scialoja exploró la minúscula nevera. La cerró desfallecido. Bajó a cenar a un comedor de estudiantes. Los estudiantes hablaban a voz en grito. Los estudiantes se besaban. No hacía mucho que él era uno de ellos. Vivía como un estudiante. Sólo le faltaba la estudiante aplicada. Pensaba en la cajera del café de la calle Golametto. Las escenas de sexo le horadaban la mente. Él y la muchacha del bar. La muchacha del bar y el veterano de la patrulla social. Él y Borgia. La soledad se le estaba subiendo a la cabeza. Se acabó el pollo requemado y la achicoria en vinagreta y regresó a su expediente. Una mujer. Una mujer del Esquilino. ¿Cuántas posibilidades? ¿Diez mil? ¿Veinte mil? Estaba fantaseando. No

había nada que justificase un informe suplementario. Estaba perdiendo tiempo. Acabaría en la patrulla social. O en una oficina administrativa. Timbrando pasaportes. Se fue a dormir. Soñó con la muchacha del bar. Se despertó mojado en medio de un sueño. Controló las fechas. Los billetes no habían sido gastados en un solo día. Nueve visitas a las tiendas en veinte días. Tiendas femeninas. Una mujer. Una mujer que fuma. Una puta. Una banda secuestra al barón. Los familiares pagan el rescate pero el secuestrado no vuelve. Los bandidos se dividen el botín. Uno de ellos paga a una mujer con los billetes del rescate. La mujer se gasta uno, dos. El bandido vuelve a verla. Más billetes. Ella ejercita su profesión en el Esquilino. El bandido es un cliente habitual. Scialoja se sintió próximo a un resultado. Ya no tenía sueño, las visiones cambiaban de carácter. Un arresto. Una cadena de arrestos. Joven funcionario resuelve el caso Rosellini. Ahora se trataba de convencer a Borgia. Necesitaba hombres. Medios. Tiempo, sobre todo. A la mañana siguiente, el juez instructor ni siquiera le dejó abrir la boca. Su asignación a la escuadra de la Policía Judicial había sido revocada. Volvía a estar a disposición del dirigente de la Brigada Criminal. Con efecto inmediato. Scialoja tenía unos veinte días de vacaciones que recuperar. Decidió invertirlos en una apuesta de su futuro. Lo celebró con un Campari en el bar de la calle Golametto. En lugar de la cajera había un estudiante barbudo que en los momentos de pausa subrayaba Wittgenstein.

1978, marzo-abril

NEGOCIOS, POLÍTICA

Treintamonedas tenía que ir a recoger al correo en la terminal de Fiumicino. Solo. El Libanés había insistido para que alguno de los suyos lo acompañase. El Sardo había montado una escena: un hombre llama menos la atención que dos, mal empezaban si no se fiaban de él. El Frío lo había atajado: o se hace como decimos nosotros, o el asunto salta. El Sardo había dado su brazo a torcer. El Búfalo era el segundo hombre. El napolitano le resultaba simpático: soltaba auténticas retahílas de gilipolleces y con él uno no corría el riesgo de aburrirse. El Búfalo temía al aburrimiento por encima de todo: el aburrimiento te chupa como un agujero negro, para escapar a él se hacen cosas sin pensar y luego, para remediarlas, uno se las ve y se las desea.

Cuando la pareja de mestizos que arrastraba a duras penas dos grandes maletas emergió del puesto de control, el Búfalo comprendió la insistencia del Libanés y su admiración por él aumentó. El Libanés tiene las ideas claras. El Libanés es uno que las ve venir: se había hablado de un cargamento, pero el Sardo esperaba dos. ¿Lo entiendes, el muy bastardo? ¡Acabamos de hacernos socios y ya nos quiere robar!

También Treintamonedas se había dado cuenta enseguida de las implicaciones. El Búfalo lo vio palidecer y le dio una palmada en el hombro.

—¡No sabía nada, te lo juro!

—Te creo, te creo, ¡pero tu jefe tiene que andarse con cuidado!

Regresaron a Roma en dos taxis. Otra medida de seguridad del Libanés. Al Búfalo le tocó ir en el coche con la mujer, una india con la cara picada que apestaba a sudor y a perfume barato. Miraba por la ventanilla y le sonreía con aire atontado. El Búfalo pensó que no sería capaz de tirársela ni aunque fuese la última mujer sobre la tierra. Treintamonedas había subido al otro vehículo con el tipo alto que parecía un remedo de Tomas Milian en su versión para películas de segundo orden del inspector Basura. El hombre estaba asustado y desencajado: giraba constantemente la cabeza y de vez en cuando contraía la mandíbula en una mueca de dolor. Será capaz de haberse tragado unos cuarenta óvulos, pensó Treintamonedas, asunto suyo si uno se le rompe justo ahora.

No sucedió nada y en casi una hora estaban todos en casa del Libanés quien los esperaba arrellanado en su sillón compulsando las páginas de las carreras de caballos. El Sardo, el Frío, Ricotta y el Dandi jugaban al póker blasfemando sobre las cartas, las muy zorras, y con ellos estaba, quién lo iba a decir, el Rata, tan enclenque que parecía a punto de deshacerse, sacudido por un temblor enfermizo.

El Búfalo y Treintamonedas se saludaron con una inclinación de cabeza y

entregaron las maletas al Sardo. Éste montó una escena indescriptible: él no sabía que se trataba de un doble envío, aquello debía de ser una broma de los chilenos, en los negocios tiene que haber una cierta ética, etcétera, etcétera. El Frío lo atajó resuelto.

—Basta ya. Cargamento doble, doble beneficio. Con las mismas reglas.

El Búfalo se rio. El Sardo le lanzó una mirada malévola. Ricotta se sacaba los mocos bajo la mirada de asco del Dandi. El Libanés se despabiló y sacó las maletas con el dinero. La india dijo que quería ir al cuarto de baño: la que llevaba los óvulos en el cuerpo era ella y había llegado el momento de expulsarlos.

El Rata se había acercado al Libanés y lo fijaba con una mirada implorante. El Libanés extrajo del bolsillo un sobre de tabaco, abrió una de las maletas que contenían la droga, apartó vestidos y paquetes, levantó el doble fondo y tanteó las bolsas hinchadas de nieve. Cogió una, la abrió con los dientes, procurando no dejar caer ni una mota del polvo blanco, dejó resbalar en el sobre unos diez gramos y se los lanzó al Rata.

—¡Gracias, Líbano! ¡Eres un tío grande!

—Ésa corre de vuestra cuenta —precisó con sequedad el Sardo.

—Dadle la moneda, que se nos pone nervioso —comentó ácido el Dandi.

El Rata se había ido a la cocina a chutarse como Dios manda. El Sardo hizo saltar la cerradura de las maletas del dinero y llamó a Ricotta para que lo ayudase con las cuentas: cuatro ojos ven mejor que dos. El Frío y el Libanés se pusieron a pesar la mercancía.

El inspector Basura, el chileno, había permanecido todo el tiempo con una mano sobre la cabezota del Duce. Su palidez asustaba. Treintamonedas, apiadado, le alargó un vaso de whisky.

—Todo va bien... todo *okey*, ¿me entiendes?

La india se asomó a la puerta del cuarto de baño. Ahora tenían que recuperar los óvulos y limpiarlos. Un trabajo de mierda. Un trabajo que no era propio de hombres. Un trabajo de ratas.

—¡Rata! —gritó el Libanés.

El muchacho volvió de la cocina arrastrando los pies, con los ojos apaciguados por el buen chute. El Libanés le indicó la taza. El Rata se dirigió a ella con la cabeza gacha.

Todos entendieron entonces por qué lo habían llamado: una vez más, al Líbano no se le había pasado nada por alto.

II

Patrizia tenía una amiga. Daniela no se teñía el pelo y no se depilaba las axilas, pero había hecho ya un par de películas porno. El número con los tres dejó al Dandi insatisfecho: con Patrizia era diferente. Ni siquiera la esnifada lo había estimulado como se debía, al contrario: después de apenas medio gramo se había hundido en una melancolía que no había experimentado ni siquiera cuando era joven, el domingo por la tarde, cuando iba con Líbano a robar neumáticos y motos y acababan contemplando el mar de Ostia sin saber lo que sería de ellos no sólo al día siguiente, sino incluso un segundo más tarde...

Al final despidieron a la amiga y se dedicaron a ver la televisión. Patrizia hubiera preferido salir: una cena y luego a bailar, o al cine. Pero al Dandi se le había metido en la cabeza que tenían que hacer el amor como se debe, así que no hicieron nada. Se durmieron delante de una reposición de Alighiero Noschese^[11]. A media noche a ella le entró un ataque de hambre canina. El Dandi la sorprendió delante de un helado de chocolate y al verla desnuda, con las piernas dobladas bajo las nalgas sobre la silla de piel negra, tuvo de nuevo un deseo sano. ¡Quería a su Patrizia! Ella lo dejó hacer sin participar demasiado: de todas formas, el Dandi aprendía deprisa y se había refinado. En cuanto al placer, Patrizia había aprendido hacía ya tiempo que se podía encontrar en cualquier parte, salvo entre las piernas.

La llamada del Libanés sorprendió al Dandi en plena pesadilla *western* en la que él era un sheriff con la estrella de plata y Patrizia una piel roja que se dejaba sodomizar por el jefe de los malos.

—Han secuestrado a Moro.

—¿A quién?

—A Moro, el de la Democracia Cristiana...

—Hablamos más tarde, ¿eh?

El Dandi colgó y se volvió del otro lado. Patrizia aún dormía, o fingía dormir. Le metió una mano entre los muslos, para probar. Patrizia se deshizo de él con un gruñido de malhumor. El teléfono volvió a sonar.

—Escúchame, idiota: las Brigadas Rojas han secuestrado a Aldo Moro, el jefe de los democristianos, y han asesinado también a cinco agentes de su escolta...

—¿Y qué, Líbano? Asunto suyo, ¿no?

—No. Asunto nuestro también. Nos vemos dentro de una hora en el monumento.

Patrizia le dejó las cosas bien claras: o se daba una ducha de inmediato o se podía ir olvidando del sexo. El Dandi obedeció de mala gana, pero consiguió hacerlo todo a

tiempo y a las diez y media se presentaba puntual a la cita.

El Libanés, en cambio, se retrasaba. El Dandi intercambió un saludo con el Corbatero, que pasaba por allí para retirar los intereses de los puestos del mercado, y se encendió un cigarrillo bajo la estatua del fraile que los curas habían quemado en el pasado. Los vendedores de periódicos iban y venían con las ediciones extraordinarias del *Paese Sera* y del *Messaggero*. Todos murmuraban sobre ese Moro. El Dandi consideraba que los terroristas eran una lata: puestos de bloqueo, controles continuos, avisos sobre posibles sospechosos. En pocas palabras, espacios estrechos y peligro en aumento. Pero era gente que sabía lo que hacía. Gente con huevos. ¡Lástima que se perdieran con la política!

A Giordano Bruno, cubierto de excrementos de paloma, le importaba un carajo. Los miraba a todos desde lo alto, él. El Dandi pensó que debía de ser horrible morir en la hoguera. Hacía algunos años había leído en el periódico que un estudiante se había quemado vivo para protestar. El muy gilipollas. Para su último momento, deseaba una bala fría e inesperada. Amén.

El Libanés llegó en moto y le indicó con un ademán que se subiese detrás. Se adentraron en los callejones y, tras pasar por la calle del Pellegrino, salieron a la Moretta y cogieron el *lungotevere*. El Libanés parecía sombrío, ensimismado.

Mario *el Sardo* los esperaba bajo el puente de la Magliana. Lucía una cazadora blanca, un par de gafas de espejo, una corbata tricolor y llevaba consigo un maletín de cocodrilo.

—¿De qué vas? ¿De hombre de negocios?

El Sardo ignoró la pulla del Dandi y los puso al corriente de la situación.

—Cutolo se ha puesto en contacto conmigo. Tenemos que hacer algo por Moro.

—¿De qué se trata?

—No ha sido muy preciso. Creo que tenemos que encontrar dónde lo han encerrado, liberarlo, algo por el estilo...

—¿Nosotros? —se sorprendió el Dandi.

—O nosotros o la policía. Sólo tenemos que pasarles la información.

—Pero bueno Sardo, ¿qué es esto, un reclutamiento extraordinario? ¿Ahora somos buenos?

—Puede ser, Dandi, puede ser. Trata de verlo de este modo: esos fanfarrones de la policía no saben qué peces pillar. Así que han pedido ayuda a Cutolo. Cutolo sabe que aquí, en Roma, puede contar conmigo. ¡Y yo cuento con vosotros!

—¿Y nosotros qué ganamos con todo esto? —insistía Dandi. El Libanés intervino.

—Sería una especie de intercambio, ¿no, Sardo? Hoy por ti, mañana por mí.

El Sardo asintió.

—Podemos hacerlo —concluyó el Libanés—, ¿por dónde empezamos?

—Ya os lo comunicaré —respondió el Sardo.

III

El Puma tenía algún que otro problema con el kilo de coca. La mitad se la había pasado al por mayor a un grupo de calabreses que estaban a punto de salir para Buccinasco: la droga serviría para concluir un acuerdo en Milán entre Turatello^[12] y los cataneses de Epaminonda *el Tebano*. Pero el Puma no quería meterse en esos líos. Había decidido marcharse, basta. Por eso, el medio kilo del que se arriesgaba a no poder desembarazarse, se lo vendió a precio de coste al Frío, quien invirtió en ello todo lo que le quedaba de su parte en el secuestro. De forma que, en el momento del reparto, al kilo y trescientos gramos de *Brown Sugar* que habían traído los correos chilenos, añadieron también el medio kilo de colombiana rosa que el Puma había ya cortado con anfetaminas y lidocaína.

Se habían reunido en la caseta del Rata. Los hermanos Bufones eran los encargados del corte: al treinta por ciento, ya que si lanzaban sobre el mercado una mercancía demasiado pura, corrían el riesgo de causar una masacre y de que les cortaran los huevos. Y tres kilos y medio de heroína al por menor eran un buen negocio.

El Búfalo, Treintamonedas y Ricotta habían hecho un buen trabajo de reclutamiento. Habían acudido los hombres del Sardo y todos los muchachos que habían conseguido reunir. El Libanés había sacado un cuaderno de notas en el que había esbozado la división por zonas. A medida que las bolsas con la mercancía cortada estaban listas, se las entregaba a un camello y registraba el peso y el lugar. Todo debía estar bajo control. Había que describir y regular cada detalle minuciosamente.

—¡Esto parece una cadena de montaje! —comentó el Dandi—. ¡Mira tú por dónde, acabar de obrero!

—¡De la galardonada empresa Hero, Coca e hijos! —bromeó el Búfalo.

—Esto es sólo el principio... —les tranquilizó el Libanés—, luego, con el tiempo, las cosas rodarán solas...

NOTAS DE DISTRIBUCIÓN

17 de marzo de 1978

ZONA	CANTIDAD	JEFE DE ZONA	CAMELLO
Magliana	700 gr.	Treintamonedas	Bebécebada

Monteverde	Búfalo	Pescadofresco	
Portuense			
Trullo	700 gr.	Hermanos Bufones	Papanatas
			Bola de Nieve
Garbatella	700 gr.	Esqueleto	Yeimsbond
Tormarancia	Ojo Feroz		El Marroquí
Trastevere	1.500 gr.	Dandi	Rata
Topignara		Líbano	Petulante
Centocelle		Tapón	
		Frío	
Ostia-Acilia	150 gr.	Sardo	Bergantín
Avenida Marconi	150 gr.	Ricotta	Sádico

En Testaccio no se vendía: la solicitud que el Tapón había hecho a este respecto había sido aceptada. La culpa de aquello la tenía su madre, quien no habría tolerado ver la plaza de su infancia proletaria invadida por una horda de drogatas sarnosos. En cuanto al medio kilo de cocaína, habían aceptado la propuesta de Treintamonedas. La intercambiarían con dos colegas de Nápoles por una cantidad de heroína tailandesa ya cortada al veinticinco por ciento. Los quinientos gramos de tailandesa debían ser ulteriormente divididos entre los grupos de Ostia-Acilia y de la avenida Marconi (doscientos gramos por grupo) y los cien restantes a medias entre Garbatella y Trullo.

El último en salir fue el Sádico, un cojo de la calle Orderisi da Gubbio que debía su apodo a la costumbre de pegar a las prostitutas con las que se gastaba todo su dinero.

Sólo se quedaron el Rata —que había conseguido agenciarse otro chute extra—, el Frío y el Libanés. Éste encendió dos Marlboro y le pasó uno al Frío. Sonreía. La sonrisa de un verdadero amigo.

—¿Sabes, Frío, ese medio kilo de coca...?

—¿Sí?

—La idea fue tuya, tú has puesto el dinero... si lo hubieses vendido por tu cuenta, nadie te lo habría reprochado...

—Era más justo compartirlo...

—¿Cuántos crees que habrían hecho una cosa así?

—¿Y yo qué sé? Tú, el Búfalo... tal vez Ojo Feroz.

—El Dandi.

—El Dandi, sí, claro.

—Pero los demás no, ¿eh?

—Bueno, tenemos que conseguir que a los otros les nazca también hacerlo... a todos, incluso a Ricotta... incluso a Mario *el Sardo*...

—¿Y por qué?

—Porque el día que razonemos todos de la misma manera... ese día nadie será capaz de detenernos...

—¿Y si alguien se niega?

—¡Entonces nos lo quitamos de encima!

Pero el Frío era muy reservado. Siempre tan hermético, tan impenetrable. El Libanés le dio una palmada en el hombro.

—Lo conseguiremos, socio.

—Sí.

—Y abriremos ese local.

—Puede.

—A setenta, ochenta el kilo ganaremos un montón de pasta. Una parte la metemos en el fondo común, otra la reinvertimos y la última la repartimos entre los muchachos... y nosotros abrimos ese local.

—Quizá.

—¡Vaya, qué entusiasmo!

—He oído que nos tenemos que ocupar de Moro.

El Libanés aplastó la colilla y se encendió otro cigarrillo.

—Es un buen asunto.

—La política nunca es un buen asunto, Líbano. Eso me huele a trampa.

—Pero ¡qué dices! Imagínate que encontramos a ese desgraciado: le hacemos un favor al Estado y el Estado cierra los ojos... y de eso se trata Frío: ¡del gran juego!

El Frío encogió los hombros. El Frío era así. Con el eterno temor de que en cualquier momento le hiciesen una jugada. Porque cuando las cosas parecen empezar a funcionar bien, llega el diablo para estropearlas.

IV

Scialoja se había visto obligado a involucrar al colega de la patrulla social. Necesitaba una lista de las prostitutas del Esquilino. Nada de irregulares o de putas callejeras: sólo las *call-girls* de cierto nivel. Había tenido que exponer su teoría. Soy un criminal que acaba de meter la mano en un gran botín. Estoy cachondo. Busco lo mejor. El colega se mostraba escéptico. Al final sacó cinco nombres y un número idéntico de fotografías. A cambio Scialoja prometió al colega que le dejaría participar en los arrestos. En caso de que los hubiese. De que la puta hubiese contribuido de alguna manera. De que existiese realmente una puta. Scialoja enseñó las fotografías a los comerciantes. Uno de los dos estanqueros las conocía a todas. Fumadoras empedernidas de cigarrillos. Al hombre le sudaban las manos. Ni que decir tiene que debía de haber pasado por la cama de alguna de ellas. La dueña de la tienda de perfumes no reconoció a ninguna. La dependienta de la lencería reconoció a la número tres. Scialoja controló la ficha: Vallesi, Cinzia, veinticuatro años. Nombre profesional: Patrizia. Prohibición de residencia en Vicenza y Catania. Ninguna condena. Scialoja volvió a la perfumería y obligó a la dueña a hacer memoria. «Puede ser, esa cara me dice algo pero no estoy del todo segura. Puede que la señorita haya comprado algo. Es posible que haya pagado en contante.» Era un indicio débil, pero era el único.

A primera hora de la mañana siguiente, Scialoja buscó a Borgia. Le contó todo, o casi todo. Le sugirió que presionase a la muchacha. Que la siguiese. Los conduciría hasta el secuestrador. Hacían falta hombres, medios. El juez instructor estaba de pésimo humor. Tenía la lividez de aquel que no ha conseguido pegar ojo soportando las paranoias de la mujer embarazada. ¿Hombres, medios? ¿Con todos los uniformes de Italia buscando al pobre Moro? ¡Menuda locura! Se separaron con un saludo crispado.

Scialoja tenía una dirección. Transcurrió dos de sus valiosos días de libertad plantado delante del viejo portón de la calle de Santa Maria Maggiore. Ella llegaba sobre las once y nunca se volvía a marchar antes de las siete de la tarde. Viéndola así, vestida de civil, por decirlo de algún modo, tenía una cierta clase. Imposible distinguirla de una joven secretaria o de una estudiante con los pies sobre la tierra. El edificio no tenía portero. El vaivén de hombres era constante. Aquél era un trabajo inútil, una auténtica pérdida de tiempo. Scialoja estaba buscando a un criminal. Pero era imposible distinguir al padre de familia de vuelta a casa, del cliente ávido de sexo. Patrizia tenía un viejo Fiat 500 Catarrosa. La tercera noche la siguió. Como todas las

putas de un cierto nivel, tenía una casa y un lugar para recibir. La casa se encontraba en el barrio Giardinetti, donde la ciudad muere en la unión de la calle Casilina con la gran circunvalación. Patrizia subió a cambiarse de ropa, bajó con un vestido de noche, subió al Fiat doblando con cuidado la larga falda con una vertiginosa abertura lateral, controló el maquillaje y arrancó el coche. Scialoja le dio un cuarto de hora de ventaja para evitar el riesgo de posibles cambios de idea repentinos. Luego se puso manos a la obra. La calle estaba desierta. El portón abierto. En el telefonillo figuraba el verdadero nombre de ella. El apartamento estaba en el segundo piso. La cerradura, una Yale ordinaria sin pasadores ni placas de refuerzo, cedió a la llave maestra. Ni siquiera él sabía lo que estaba buscando. Ni tampoco si Patrizia era la mujer que buscaba. Pero tenía que entrar. Estaba a punto de cometer algunos delitos. Estaba perjudicando en modo irreparable la investigación. Sólo un vistazo. Cinco minutos. Cerró con delicadeza la puerta a sus espaldas. Encendió la luz. Una casa pequeña y bien cuidada. Olor a cera. Papel pintado con dibujos de cachorros. Un sofá, un televisor. En la otra habitación una cama de cuerpo y medio, un pequeño espejo de mal gusto, un armario lleno de vestidos y una colección increíble de zapatos. Muchos bolsos. Tres cajones llenos a rebosar de ropa interior refinada, nada llamativa. Ah, pero claro, ella no recibe aquí. Aquí es sólo la simpática señorita Cinzia, la amable vecina del segundo piso... De la ropa emanaba un perfume tenue, mañanero. Femenino, desde luego, pero sin evocar el sexo: más bien un despertar prolongado, la pereza de la niña que remolonea en la cama todavía tibia. Cinzia: la niñita buena. En el cuarto cajón encontró fotografías y los cuadernos escolares. Cinzia a los siete años. Al fondo la playa de Capocotta. Basura y guaperas empapados de sudor y con el ombligo al aire. Un hombre con un tupido bigote le daba la mano. Ella miraba enfurruñada el objetivo. Cinzia el día de su primera comunión. El hombre del bigote tenía algunas canas más y ella era más alta. El hombre lucía el uniforme de suboficial de la Marina. La mirada de ella: perdida en algún lugar. Ninguna madre conmovida. Cinzia era huérfana. Cinzia no había crecido en la calle. Cinzia pasada la adolescencia. Bajo las luces del flash, en una discoteca. Abrazada a un ligue con la camisa abierta hasta el ombligo. Aire de chico de buena familia. Cinzia con minifalda. La mirada de ella: penetrante y levemente rapaz. Scialoja volvió a colocar todo en su sitio y registró por encima el resto de la casa. Ninguna huella de presencia masculina. Patrizia no tiene protectores. En la lavadora encontró una llave. El cofre estaba en la cisterna del váter. Una ingenuidad que lo hizo sonreír. Empezaba a hacerse una idea de ella. En el cofre: unas cuantas monedas, algunos anillos, pendientes de oro, una cartilla al portador en la que figuraban escritos con caligrafía pulcra e insegura los ingresos periódicos. La caja de Patrizia, la niña buena y ahorradora. Tres folios doblados. Una foto de Raquel Welch en bañador sacada de una revista sensacionalista que anunciaba «El amor secreto de la mujer más hermosa

del mundo». Una faja publicitaria sobre las últimas joyas de Bulgari. Con el folleto de un «Viaje de ensueño a los mares del Sur». Los sueños de Cinzia. Los sueños de una que vende su cuerpo en cuatro frases. Scialoja sabía que lo más sensato era marcharse cuanto antes. Decidió quedarse. Violar aquella intimidad ajena lo había excitado. Apagó todas las luces, verificó que la pistola reglamentaria estuviese en orden, se acomodó en el sofá. Cualquiera podía tener a Patrizia; él tomaría a Cinzia. La espera podía ser larga.

Habían cogido al Rata mientras entregaba un paquete de papelinas a dos camellos de Cinecittà. Los camellos habían puesto pies en polvorosa dejando la mercancía en el suelo. Eran seis: los cuatro hermanos Gemitto, Checco Bonaventura, de Spinaceto y Saverio Solfataro, un siciliano que había pasado siete años en un manicomio penal. Habían arrastrado al Rata a un solar y le habían obligado a tragarse un gramo de mierda. Luego, después de haberle roto un brazo, lo habían abandonado rodeado por su propio vómito. El muchacho se había salvado de milagro, y ahora estaba bajo vigilancia en arresto hospitalario en el San Camillo. Franco *el Barman* les había contado cómo habían sucedido las cosas. El Libanés y el Frío decidieron no ir a verlo: era demasiado arriesgado. Líbano, antes de despedirse de Franco, le había entregado diez millones de liras para el tratamiento y todo lo demás.

Así que el Terrible les había asestado un golpe. Había ido a por el más inofensivo de todos: el infeliz del Rata. Era una declaración de guerra en toda regla. Imposible desentenderse de ella. El Búfalo, que había asistido con el Dandi, Treintamonedas y Ricotta al gran consejo, propuso que recuperasen las armas del ministerio y que fuesen a hacer una bonita escabechina.

—Sé dónde está ese cabrón —gritaba—, vamos enseguida. ¡No se lo espera! Lo pillamos por sorpresa y lo dejamos tieso. ¡Vamos ahora!

—Yo también sé dónde está ese canalla —dijo impasible el Libanés—, está en un búnker en Garbatella. Cristales blindados y guardaespaldas por todas partes. Y si hay un momento en el que espera que vayamos, es justo éste...

—Entonces ¿tenemos que dejarla pasar? ¿Nos la tragamos y amén?

—Faltaría más. Lo dejamos para más tarde, eso es todo.

—¡Lo dejamos para más tarde! ¿Para cuándo?

El Libanés buscó el apoyo del Frío. Éste le indicó con un gesto que prosiguiese.

—Un tiroteo ahora sería un suicidio.

—Entonces ¿qué hacemos?

—Ante todo hay que pensar en colocar el cargamento. Todo. Sin más pérdidas. Sólo hay un modo de conseguirlo: tenemos que negociar con el Terrible.

Se organizó un escándalo. El Búfalo daba puñetazos a la cabezota del Duce. El Dandi trataba de tranquilizar a Treintamonedas que amenazaba en dialecto. Ricotta intentaba contactar por teléfono con Mario *el Sardo*, quien había ido a hablar con Cutolo sobre el asunto de Moro. El Frío aguardó a que las aguas se calmasen. Luego le pidió al Libanés que expusiese su propuesta.

—Les ofreceremos el diez por ciento a cambio de que nos dejen distribuirla libremente...

—¡Dijiste que no pagaríamos el impuesto a nadie! —gritó el Búfalo con los ojos inyectados en sangre.

—Déjalo ya —susurró el Frío.

—Disimulamos... le haremos creer que reconocemos su autoridad —prosiguió el Libanés—, le decimos que él sigue siendo el número uno... lo mantenemos tranquilo mientras nos resulte útil... dos... tres meses... hasta que coloquemos el cargamento, todo, hacemos llegar otro... y le ofrecemos el veinte... él se sentirá seguro, segurísimo... bajará la guardia, y entonces saltaremos sobre él. Con calma. Cuando decidamos nosotros. Como decidamos nosotros. ¡Donde decidamos nosotros!

El Puma intervino para organizar el encuentro. Un hombre de palabra, el Puma: había vendido la casa a bombo y platillo y ahora estaba disfrutando de su niño y su mestiza al fresco de Acquapendente. No fue fácil convencerlo, pero al final Dandi lo consiguió, entre bromas y carantoñas al crío. El Terrible fijó las reglas: nada de armas, sólo dos hombres del grupo; él, en cambio, tenía derecho a ir con todos los que quisiese. El escenario: las ruinas de la antigua Ostia. Puma, el garante. Durante el trayecto, el Frío podía sentir la crispación del Libanés.

—Nos estamos jugando todo —le explicó el socio—, sólo necesitamos tiempo pero si el Terrible se niega, no podremos controlar a los muchachos. Nos estamos jugando todo.

Aquello era una verdad a medias. Ahora que había aprendido a conocerlo, al Frío no se le escapaba que el Libanés le estaba escondiendo algo. Algo diferente, más personal. Sintió curiosidad, pero no era el momento de hacer preguntas. El Terrible y los cuatro hermanos Gemitos los estaban esperando, con las manos apoyadas en las caderas. El Puma, que estaba con ellos, se apartó del grupo y se acercó a recibirlos. Con la excusa del saludo, les dio a entender que el Terrible estaba que echaba chispas.

—Ah, Líbano. ¿Cómo va el muchacho? ¿Cómo es que lo llamáis? ¿El Rata?

—Está bien, Terrible. Te manda un saludo...

—Ah, bueno, menos mal, ¡eso quiere decir que me ahorraré el dinero de la corona!

El Libanés esbozó la sonrisa más conciliadora de su repertorio y les tendió de inmediato la mano: venían en son de paz, para llegar a un acuerdo e impedir una guerra que podía perjudicar a todos.

—A mí nadie me causa problemas, imbécil. ¡Eres tú el que tienes que estar atento a tu sombra!

El Puma trató de aplacarlos: si empezaban así, no llegarían a ninguna parte. En el fondo, los muchachos habían ido para disculparse por haber invadido la zona del

Terrible, y él debía tener en cuenta su disponibilidad y mostrarse más razonable. El Terrible pareció reflexionar por unos momentos, y acto seguido se dirigió al Frío.

—¿Y tú qué coño dices?

El Frío hizo como si no lo hubiese oído y se encendió un cigarrillo. Pero el Terrible insistía: y qué coño haces por aquí, y a quién coño estás buscando por allá, e incluso un empujón al Puma, que trataba de arreglar las cosas. Era la primera vez que el Frío veía al Terrible. Todos sabían que había empezado robando coches, después había pasado a la usura en los burdeles y de ahí a las apuestas. El Terrible era el rey de los perros y de los caballos. Con el dinero que le había procurado todo aquel tráfico había abierto un par de carnicerías y un almacén de material de construcción en Primavalle. Mantenía a unos quince secuaces, adquiría material robado. Los Gemito eran su guardia pretoriana: a ellos se les permitía ejercer por su cuenta la extorsión y la usura. El Frío lo sopesó: cerebro de gallina y grasa de buey oriental. Si hubiese tenido un revólver lo habría fulminado en el acto. Pero el Libanés lo detuvo con una mirada. Al amigo que llama, se le debe respuesta.

—Hemos venido para pedir disculpas, Terrible. Nos equivocamos y ahora queremos remediarlo.

—¡Vaya, veo que ahora empezamos a razonar!

Engreído y gilipollas: mientras los Gemito se relajaban y el Puma suspiraba aliviado, el Libanés expuso su propuesta. El Terrible lo dejó acabar, luego lanzó la suya: el veinticinco de inmediato, el treinta sobre el próximo envío. Ninguna implicación directa en el tráfico de drogas y Centocelle *off limits*. El Libanés representó durante unos diez minutos la comedia del grupo de muchachos que, si bien están a punto de imponerse, siguen pendientes de los labios del viejo líder lleno de autoridad. Acordaron el veinte por el momento y el veinticinco para el segundo cargamento. Tuvieron que ceder sobre Centocelle: paciencia, la conseguirían la próxima vez. El Terrible y los suyos se marcharon sin ni siquiera saludar al Puma. Cuando se quedaron solos, el Frío se percató de la media luna que iluminaba el cielo glacial de aquella noche de marzo y del temblor del Líbano: miraba el horizonte del anfiteatro con los puños apretados y la mandíbula apretada. Quiso regresar solo a Roma. El Puma se ofreció para acompañar al Frío. Él fue el que le contó durante el trayecto la razón del viejo odio que el Libanés sentía por el Terrible.

—Una historia de críos, un viejo asunto, qué quieres... pero el Libanés no se lo perdona...

Por aquel entonces tenía dieciséis años. Y le gustaba una tipa del callejón Bologna, en el Trastevere, una morenita hija de un brigadier de la Seguridad Pública. Se habían besado ya y ella se había dejado tocar las tetas la noche en la que el Libanés decidió presentarse con un cochazo para impresionarla. Sólo que robó el Lancia equivocado: uno de los muchachos del Terrible incluso lo vio manipulando

los hilos del encendido. Los sorprendieron a la salida de la pizzería y los llevaron a rastras ante el gran jefe. En la trastienda de un garito de las Pompas de la Magliana, el Terrible se meó encima de él mientras que dos de los suyos obligaban a la morenita a chupársela. Luego los dejaron salir de allí, y fue un milagro que no la violasen. El Libanés nunca la volvió a ver.

—Yo creo que el Terrible acabará pagándolas todas tarde o temprano, porque ha hecho demasiadas —concluyó el Puma—, por eso precisamente me he retirado. Qué quieres que te diga, Frío, ¡la sangre me repugna!

El Frío decidió que el honor del primer golpe le correspondía al Libanés. Pero el segundo se lo asestaría él mismo a aquel taimado.

VI

Esperaban al Dandi agazapados en el campo que rodeaba el Gazometro. Esperaban y fumaban. Scialoja estaba también con ellos. Quería encontrarse cara a cara con el hombre al que Patrizia había traicionado. Dos horas antes el juez instructor Borgia había firmado las órdenes de arresto. El secuestro del barón Rosellini era obra de una banda compuesta por pequeños criminales romanos. Sus nombres: el Dandi, el Libanés, el Frío, el Búfalo, Satanás, el Tapón y unos cuantos más que todavía estaban por identificar. El testigo ocular Marussi había reconocido al Dandi en la fotografía. Todo figuraba escrito en el informe suplementario de Scialoja. La información provenía de «fuentes confidenciales». El reconocimiento fotográfico era una confirmación formidable. Los cogerían a todos. Y a todos juntos. Scialoja sabía que no iba a ser fácil ganar el proceso. A los magistrados no les gustan los chivatos. El testigo del secuestro podía flaquear. Necesitaban un poco de suerte. Alguno de ellos podía cantar. En cualquier caso, la batalla acababa de empezar. Tenían que sentir que les estaban pisando los talones. Tenían que saber que habían sido identificados. Tenían que temblar. Tenían que cometer un error. Esperaban y fumaban. Scialoja pensaba en Patrizia. Pensaba en la investigación. Una vez conseguido el soplo inicial, el resto había sido coser y cantar. Usando el cerebro. El corazón. Patrizia había hablado. Si al menos le hubiesen garantizado un mínimo de cobertura, un mínimo de colaboración, habría hecho que seis hombres siguiesen al Dandi y en cuatro días habría sabido su vida y milagros. Pero estaba solo. Se había visto obligado a improvisar una estrategia diferente. Corazón y cerebro. Se había presentado a la Brigada Criminal. Había hecho unas cuantas preguntas ingenuas. Ofrecido cenas a viejos colegas que jamás se habían dignado ni siquiera a mirarle. Los había agasajado, adulado, acariciado, había alimentado su vanidad: tengo que aprender de vosotros. Soy un novato, echadme una mano. Los veteranos habían hecho a un lado su desconfianza. Scialoja había acumulado información. En Roma nunca ha habido un grupo más fuerte que otro. Las bandas nacen y mueren en el intervalo de una mañana. Los pactos aquí se tambalean con el primer golpe de brisa. Todos se odian y si pueden joder al otro lo hacen con mucho gusto. Por eso en Roma cualquiera puede instalar su propio chiringuito: sardos, marselleses, calabreses, puglieses, incluso los de Ciociara, como Lallo *el Cojo*, uno que usaba a sus víctimas para dar de comer a los cerdos. Van y vienen, y nadie vive lo bastante como para poder contárselo a sus nietos. En este momento el hombre fuerte es un cierto Terrible. Especialista en extorsiones y juego de azar. Scialoja había dejado caer con cautela el asunto que de

verdad le interesaba: si el Terrible era el jefe, ¿cómo era posible que un hecho tan clamoroso como el secuestro del barón Rosellini hubiese escapado a su jurisdicción? La respuesta había sido una franca carcajada. El Terrible mantiene su terreno y no sale de él. El Terrible sabe que en Roma es necesario adaptarse. El Terrible no es tipo de secuestrados.

—¿Y el Dandi? —había insinuado entonces como quien no quiere la cosa.

—¿Ése? Es un presuntuoso, un pez insignificante, una nulidad.

Se había reincorporado al servicio ocho días antes del final de las vacaciones. El director había abierto los brazos en señal de resignación: ¿y ahora qué hacemos con el señorito? Había logrado que lo asignasen a los juegos de azar. A fin de cuentas, era el territorio del Terrible. Si él y el Dandi se habían asociado para el secuestro, lo descubriría. Había estudiado. Había desenterrado viejas denuncias, revisado informes olvidados. El Terrible tenía propiedades, hombres, relaciones. Había individuado un pequeño truhán sobre el que pesaban numerosas demandas. Aquel Pino Gemito era una especie de guardaespaldas, un musculoso descerebrado a quien habían pagado para ir a la cárcel en lugar del jefe. Scialoja le gritó al oído que él y sus amigos eran sospechosos del secuestro y del asesinato del barón. Dejó caer el nombre del Dandi. Las pruebas se iban acumulando. Los iba a joder a todos, era sólo cuestión de tiempo. Aquella especie de memo se sorprendió, mudó de color, a punto estuvo de tener un infarto. Era evidente que no sabía nada pero Scialoja sólo pretendía una cosa: que la noticia llegase a oídos de su jefe. Los veteranos decían que en el hampa romano no había solidaridad. Tal vez alguien hablase por miedo. Hacía ya varios años que Gemito era el confidente preferido de uno de los veteranos. Éste irrumpió en el despacho de Scialoja y lo arrojó contra la pared.

—Si quieres durar aquí será mejor que te aprendas las reglas, capullo. ¿Qué es esa historia del secuestro? ¿No se te ha ocurrido que si fuese cosa del Terrible yo lo sabría ya? Me parece que aquí dentro tienes los días contados...

El colega fue a ver al Terrible en persona y lo tranquilizó. Aquella historia era una pura payasada. Un pequeño trepa que se la jugaba y que iba a durar muy poco. El Terrible se lo agradeció y le prometió que le devolvería el favor a su debido tiempo. Pero, mientras tanto, el «pequeño trepa que se la jugaba» le había dado una idea. El Libanés y sus pintamonas se estaban poniendo muy gallitos. La ocasión la pintaban calva: ¿por qué dejarla escapar? El policía le estaba siguiendo la pista al Dandi. ¿Por qué no servirle en bandeja también a los demás? Cuando lo había visto salir de la sombra del portón, Scialoja había buscado furibundo la Beretta reglamentaria. Pero Pino Gemito se acercaba a ellos con las manos levantadas en son de paz. Les traía nombres, fechas, detalles, información muy valiosa. La única condición era el anonimato. Scialoja había aceptado el pacto. El otro había mostrado su mercancía. El riesgo era enorme. Pero lo había corrido hasta el final. Había ganado. Por el

momento. Scialoja fumaba y esperaba al pez gordo. Todavía no conseguía entender por qué Patrizia se había decidido a hablar.

Tampoco Patrizia lo comprendía. Las cosas habían salido así, eso era todo. Recordaba cada detalle de aquella noche. Había regresado a casa poco antes del amanecer. Al verlo había gritado. Lo primero que había pensado era que se trataba de un maníaco. Pero él había agitado su tarjeta de identificación con aire irónico.

—Hola, Cinzia, te estaba esperando.

Movida por el instinto, Patrizia se había precipitado hacia la puerta.

—Más vale que te rindas. Soy más fuerte que tú y sé lo que quiero.

Algo en el tono de su voz le había convencido a resignarse. Así que se había quitado los zapatos y el bolso.

—Tengo que mear.

Se había mostrado deliberadamente desagradable, vulgar. Quería hacerle sentir todo el peso de su desprecio. Pero al pasar por delante de él había sentido el olor de la excitación. Él le había aferrado un brazo.

—Deja la puerta abierta.

—¿Qué pasa, te gustan las marranadas?

—No quiero sorpresas.

—Te doy mi palabra.

—¿La de Cinzia o la de Patrizia?

Se había cerrado con llave, y él no había tratado de impedirselo. Tal vez fuese sólo un madero que estaba cachondo. Quizá pudiese salir del paso con un trabajito rápido.

Regresó a su lado luciendo un kimono barato y una sonrisa maligna. Dispuesta a arreglárselas sola, como siempre. Encendió una barrita de incienso.

—Por la peste a madero.

Él le había dado dos billetes de cien.

—Aquí no trabajo.

—Ah, es verdad, se me olvidaba... ésta es la madriguera de la pequeña Cinzia...

Pero seguía agitando los billetes. Al final ella los cogió con melancolía. Y se quitó el kimono. Él observó los senos pequeños, atravesó con una mirada indescifrable su desnudez, se detuvo sobre el vello castaño del pubis.

—¿Te gusta mirar?

Patrizia se había acercado. A ver si se daba prisa. Estaba cansada. Los árabes del Hilton la habían dejado exhausta. Le había aflojado el nudo de la corbata. Su olor era discreto, tabaco y colonia amarga. El olor de un hombre en su primera experiencia morbosa. Él la había apartado con una especie de mueca.

—¿Te gusta hacerlo vestido, cariño?

Él había rozado su largo cuello, le había acariciado un seno.

—¿Nos relajamos, eh?

Él la había rechazado de nuevo. Ella había vuelto a la carga. Él la había alejado con mayor determinación. Ella se había irritado. ¿A qué estaba jugando aquel tipo? Se había encendido un cigarrillo. Sonreía. Dueña de la situación. Un poli joven. Alto, delgado, guapo, caliente. Y sin embargo, había dado marcha atrás en lo mejor. Patrizia se había vuelto a poner el kimono.

—Venga, dime, ¿qué pasa?

—Ven aquí, tenemos que hablar.

—Yo no tengo nada que contar a la policía.

—¿Quieres un cigarrillo?

—¡Que te jodan!

—Podía haberte citado, haberte hecho arrestar...

—¿Y por qué? No hago nada malo. ¡Ésta es mi casa!

—Bueno, siempre se puede encontrar un motivo. Basta querer. En cualquier caso, aquí estoy...

—¿Y qué?

—Eres curiosa, ¿eh?

—Estoy cansada. Tengo sueño. He tenido una noche pesada.

—Ah, ya, trabajo... los clientes... todo ese vaivén de hombres...

—¿Se puede saber qué eres? ¿Un sádico? ¿Uno de esos maníacos que se excitan atormentando a las mujeres? Mira que si eso es lo que buscas, te has equivocado de dirección. A mí hay ciertas cosas que no me gusta hacer. Pero puedo indicarte un par de amigas...

—Basta ya, Cinzia. Sólo soy uno que trata de hacerte un favor.

—¡No me llames Cinzia! Has pagado, ¿no? Llámame Patrizia.

—Un favor muy grande... Patrizia.

—¿Un favor? ¿A mí? ¡Ah, ahora lo entiendo! ¡Otro aspirante a protector! No, corazón, de eso nada. Yo no quiero amos. Hoy estoy aquí, pero mañana quién sabe. Si piensas que es suficiente alzar la voz para asustarme...

—Tienes un cliente que te paga con dinero sucio. Billetes procedentes del secuestro de una persona. Te ha dado al menos cuatro. El rehén ha muerto. Un asunto de cadena perpetua.

Ella se había llevado las manos a la cabeza. La había pillado al vuelo. Sólo había alguien que podía haberle gastado aquella broma. Aquel animal que la rondaba. El fanfarrón. Aquel chulo retrasado, ¿cómo se llamaba?, el Dandi. El madero había suspirado, comprensivo.

—Veo que empiezas a entenderlo. Ven aquí.

Patrizia se había acercado a él y se había sentado a su lado. Él la había atraído

hacia su cuerpo. El madero amable. El madero de la voz cálida y convincente.

—Estoy seguro de que sabes de qué se trata. Sólo quiero que me digas cómo se llama. Te mantendré al margen de todo. Te lo juro. Dime sólo su nombre...

—Yo no sé nada de esta historia. Vienen, pagan, no puedo controlar...

—Lo sé, estás limpia. Su nombre y te dejaré en paz.

Patrizia se había sentido muy confundida. La oferta parecía razonable. Pero si cantas una vez con un madero, cantas para siempre. Pasas a estar bajo su protección. Y ella no quería protectores. En su vida no había espacio para un protector. Lo había jurado sobre la cara desfigurada del Ruso. El Ruso la había violado. El Ruso había pagado. El Ruso no había ido por ahí contando lo que había pasado.

—¿Y bien?

—Dame un cigarrillo.

Ella se había inclinado para encenderlo. El kimono había dejado a la vista uno de sus pequeños senos. Lo había pillado mirándolo por el rabillo del ojo. Había notado su tensión. Ella lo había mirado, lanzándole pequeños anillos de humo. Él le había devuelto la mirada. Sus cabezas se rozaban, peligrosamente cercanas. Patrizia había cruzado las piernas, dejando al descubierto un resplandor de muslos morenos. El policía había tragado saliva. Patrizia había comprendido que aquellos fugaces atisbos lo excitaban, mientras que la desnudez de antes lo había dejado indiferente. Ahora la miraba como a una zorra. Ella había entendido que el madero era un hombre como los demás. Uno que la deseaba. Si cedía, si le daba aquel nombre, se convertiría en su amo. El kimono había resbalado. Se había pasado una mano entre las piernas, la había impregnado con su olor, le había acariciado la cara. Le había introducido la lengua en una oreja. El policía la había estrechado contra su cuerpo, incapaz de controlarse. Ella había empezado a toquetear su cinturón.

—¡El nombre! —había repetido él con voz agónica.

—No lo sé —se había reído ella, con la boca hundida en la oreja de él—, y aunque lo supiese, ¡jamás te lo diría!

Él la había zarandeado vigorosamente.

—¡No me hagas perder la paciencia!

Patrizia se había desasido. Le había clavado dos uñas en el cuello. Lo había arañado. En la piel habían quedado dibujadas dos rayas rojizas. A continuación había rodado hasta el extremo opuesto del sofá. Dispuesta a afrontar los insultos. Dispuesta a defenderse de la previsible violencia. El madero se había pasado las manos sobre las heridas. Como incrédulo. La había mirado fijamente, ardiendo de deseo. Patrizia había sentido su excitación ir en aumento. Se había arrastrado hasta él. Había empezado a lamerle la sangre que manaba de los arañazos. Le había cerrado los ojos. Lo había desnudado. Con las uñas clavadas en su espalda. Cuando se sentó encima de él, estaba ya listo. He ganado, decían los ojos de ella, después. Has pagado, te has

corrido, no he hablado. Él le había inmovilizado los brazos, la había empujado contra la pared, la había obligado a mirarlo a los ojos.

—Eres una tórtola.

—¿En serio?

—Las tórtolas parten de la rama más baja y alcanzan la cima matando a sus compañeras. De una en una. Primero se acercan a ellas, luego ejecutan una pequeña danza de sumisión, y, al final, cuando las otras se han confiado, zac, un golpecito con el pico en la base del cuello. ¡Nuestras queridas, pequeñas y gentiles tórtolas!

En ese momento había decidido decírselo.

—Ese dinero me lo dio uno al que llaman el Dandi.

Scialoja encendió el enésimo cigarrillo. El colega que vigilaba en la Portuense le comunicó por radio la llegada de un vehículo de gruesa cilindrada.

—Ya está —susurró el jefe del equipo.

Controlaron las armas. Deslizaron las balas en el cañón. Un coche giraba en el callejón, con los faros apagados. El vehículo se detuvo. Un hombre robusto, achaparrado. El Dandi. El jefe del equipo ordenó el ataque. Scialoja fue el primero en llegar al objetivo. El Dandi no opuso resistencia. Estaba desarmado. Mientras le cerraba las esposas en las muñecas, Scialoja pensaba en su última conversación con Borgia.

—Esa prostituta... ¿cómo se llama?

—Vallesi, Cinzia... Patrizia para la profesión...

—Ya. Patrizia. ¿Por qué no se la menciona aquí?

—Es inútil. Lo negaría todo y sólo nos haría perder tiempo.

—Scialoja...

—Diga, *dottore*.

—No será que... aprovechando la ocasión... usted y esa mujer...

—¿Está bromeando, *dottore*?

—Disculpe, hablaba por hablar.

Había mentido. Había sido convincente. Qué extraño: no había experimentado ninguna emoción. Qué extraño: se había sentido ligero, en paz.

VII

Tal y como había previsto el Dandi, la historia de Moro se estaba convirtiendo en un auténtico calvario. Puestos de bloqueo en todas las calles, controles asfixiantes, miles de uniformes en libre circulación. El riesgo de toparse con una patrulla de las de rompe y rasga era altísimo y había que protegerse. El Frío se había vuelto, si cabe, aún más taciturno; si abría la boca, era sólo para maldecir la política que les impedía concentrarse en las cosas más serias. Casi todos eran de la misma opinión.

El Libanés, en cambio, estaba de buen humor. La venta de droga iba viento en popa. A esos intelectuales del ministerio se les había ocurrido la brillante idea de apostar milicianos en las zonas más calientes. Que, tal vez, fuesen buenos identificando terroristas —¿y cómo, además? ¿Por la pelambreira? ¿Por el mal olor? — pero que en cambio eran capaces de dejar pasar por delante de sus mismas narices un gramo de mercancía. Los polis tenían los ojos inyectados en sangre como después de una buena esnifada, pero estaban tan hambrientos de carne de brigadas que todo el resto les importaba poco menos que un comino. Nadie, sin embargo, se había molestado en indagar seriamente sobre la desaparición de una furgoneta cargada de abrigos de piel de lujo: obra del Búfalo que, cansado de estar mano sobre mano, había ejecutado el golpe gracias al soplo de un policía endeudado hasta las orejas con las apuestas de perros. Concluido el asunto, la deuda había sido condonada y el Búfalo, disciplinado, había metido el botín en el fondo común. De vez en cuando, el Libanés daba carta blanca a sus muchachos. Todos habían obtenido, pues, el permiso de llevarse una o dos prendas para sus mujeres, madres, hermanas, amantes y puterío vario. Era justo empezar a hacer ver que el trabajo estaba dando sus frutos.

Y todo gracias a Moro; aunque sólo fuese por eso, merecía la liberación. El Sardo estaba convencido de conseguirla. Por otra parte, además de la contrapartida, al Libanés no le desagradaba en lo más mínimo la idea de dar por el culo a los rojos.

Al final, una mañana de abril, el Libanés dijo al Frío que había que ir a un cierto sitio en Maremma.

—El Sardo ha encontrado a Moro.

—¿Está en Toscana?

—No. El que está allí es Cutolo. Vamos a hablar con él.

El Frío dijo que no pensaba hacer nada: su opinión sobre el asunto era de sobra conocida y no tenía ninguna intención de que lo involucrasen en él. El Libanés le rogó que lo acompañase: un favor personal a un amigo y compadre. Imposible negarse. El Frío lo castigó guardando un obstinado silencio durante todo el trayecto.

El lugar era una granja en medio del campo que se preparaba para el despertar de la primavera. Un par de muchachos de aire resuelto y armados con unas metralletas checoslovacas vigilaban la avenida de acceso. El Libanés se presentó. Los tipos pidieron órdenes por el *walkie-talkie*, acto seguido los dejaron pasar.

Moscas, mosquitos, y un pequeño rebaño de ovejas gruesas rodeadas por una camada de corderitos. En la explanada del edificio había aparcados cinco o seis coches. Dos tipos que apestaban a Estado se apearon de un BMW blindado con los cristales ahumados y una matrícula provisional. El Sardo estaba en el umbral, gesticulando con los brazos para indicarles que se diesen prisa.

—Yo no entro —dijo resuelto el Frío. El Libanés, exasperado, se encaminó a la entrada sin contestarle.

El Frío se encendió un cigarrillo y se puso a contemplar los corderos. Se movían en grupo, inesperadamente, sin una razón, en una carrera desordenada. De repente se detenían y corrían a refugiarse entre las tetillas de mamá oveja. El ruido de unas pisadas lo obligó a volverse. Los dos guardianes lo miraban ensimismados. El hedor a Estado se hizo fortísimo, insoportable. Le pidieron tabaco. Les ofreció la cajetilla. Le dieron las gracias con una inclinación de cabeza y a continuación el más alto de ellos saltó la verja y entró en el recinto. Los corderos emprendieron de nuevo su loca carrera. Un animal más lento que los demás chocó con las piernas del hombre. Éste lo inmovilizó con movimiento rápido, le rompió el cuello sin el menor esfuerzo y se lo echó al hombro. Al volver a pasar por su lado, lo saludó con un ademán de la mano.

El Frío se estremeció. Por un momento le pareció ver la cara de Gigio en aquel cordero. Al instante regresaron el Libanés y el Sardo, con semblante serio, y todos se metieron en el coche.

Durante el viaje de vuelta le contaron al Frío cómo habían ido las cosas. Cutolo había presentado a su colaborador, Pino *el guapo*, uno elegante que habría hecho morir al Dandi de envidia, y a otros dos con traje de chaqueta cuya identidad era mejor ignorar: Zeta y Equis, basta. Pero entre todos ellos había un gran respeto. El Sardo no veía la hora de contar lo que sabía: se había enterado por un soplo del lugar donde tenían encerrado a Moro. Fuente: un ex autónomo que después se había pasado a la derecha. Un tipo un poco irascible, pero de fiar. Según él, Moro se encontraba en un apartamento cercano al hospital de San Camillo. Los detalles dependían de la cantidad de cuartos que estuviesen dispuestos a gastarse. Pero habían hablado de todo, salvo de Moro. De la evasión de don Rafele del manicomio, al que él denominaba «mi ruidoso exilio» (habían echado abajo el portón con tres kilos de TNT), de cómo iban los negocios de la organización en Nápoles, del secuestro del hijo de De Martino^[13], una cosa de críos, según palabras del mismo Profesor, de un próximo viaje a América, hasta de la cena a base de cordero e hierbas aromáticas que había que comer en honor de la inminente Santa Pascua. Todas las veces que el Sardo

trataba de abrir la boca, cambiaban de inmediato de tema. Hasta el punto que, al final, el Libanés se había permitido un agrio comentario.

—Don Rafe', hemos venido porque nos habéis llamado. Quisiera saber por qué.

Y don Rafele lo había mirado desde detrás de sus gafas, con aquella media sonrisa suya que significaba todo y nada, y había pronunciado la sentencia:

—Muchacho, ¿quieres entender de una vez que a esa criatura de Dios la quieren muerta?

Así habían ido las cosas. Pero el Libanés no se quería resignar: ahora que tenían la información había que venderla. Quizá a los democristianos; alguien tenía que haber, entre toda aquella gente, que quisiese salvarle la piel a Moro. Bastaba encontrar a la persona justa y la cosa todavía se podía llevar a cabo.

—No has entendido —dijo el Sardo—, las órdenes de Cutolo no se discuten.

—Yo no acepto órdenes de nadie —lo provocó el Libanés.

El Sardo lo dejó estar y añadió que había llegado el momento de saldar su propia cuenta con la justicia.

—Un par de días para arreglar las últimas cosas y luego me presentaré en el manicomio de Sant'Efremo. Las cosas se están poniendo feas. Las Brigadas Rojas matarán a Moro tarde o temprano y a partir de ese momento las cosas se tornarán incomprensibles para todos.

Lo acompañaron a casa de Treintamonedas. Mientras el Libanés trataba de convencerlo de la necesidad de una tentativa extrema, el Frío seguía dándole vueltas a la cabeza de cordero con la cara de Gigio.

Cuando se separaron, a altas horas de la noche, todavía no les había dicho ni sí ni no.

La Brigada Criminal los cogió al alba.

1978, abril-julio

DENTRO Y FUERA

El primero en entrar fue el Libanés. Inmediatamente después el Frío. Y algunos minutos más tarde, uno a uno, el Esqueleto, los hermanos Bufones, Ojo Feroz, el Dandi, el Tapón y, por último, Satanás, quien se guareció en un rincón con la cabeza gacha y una mirada hosca para dejar bien claro que él no se relacionaba con cierta gente.

Sólo el Búfalo no había acudido a la citación.

A medida que iban llegando, se saludaban con un apretón de manos y unas palmaditas en la espalda. En Roma todos sabían que se frecuentaban desde hacía años. Fingir que no se conocían hubiera sido como agitar el capote rojo delante del toro y no era cuestión de provocar a la pasma antes de comprender bien qué pasaba. Si sabían algo o si, por el contrario, estaban dando palos de ciego. Cuánto sabían. Si algún canalla había cantado.

De forma que, a la espera de que llegase el fiscal de la República, los cigarrillos pasaban de mano en mano y el juego de gestos y miradas era continuo pero, eso sí, en medio del más absoluto silencio. El hecho de que los hubiesen puesto juntos debía de obedecer a un motivo: seguro que los estaban observando desde el otro lado del cristal, listos para pillar cualquier expresión de miedo, cualquier frase reveladora. En vano: a esas alturas ni siquiera los más jóvenes caían en el juego del acuario.

Y eso sin contar que el canalla podía ser uno de ellos.

Durante dos días los mantuvieron en el baño maría del aislamiento. La ley se lo permitía y ellos aprovecharon la posibilidad. Dos días llenos de pensamientos y paranoias para el Libanés. Imposible sacarle algo al encargado de barrer, un condenado a cadena perpetua de la región de las Marcas —tras estrangular a su mujer, la había despedazado y luego la había arrojado a un pozo— y ni siquiera habían probado con los vigilantes. Algo se podía deducir de la orden de arresto. Les acusaban de secuestro a fines de extorsión en la del barón, pero no se hablaba de homicidio. No se habían atrevido a ir más allá. *Ergo*, como decía su tío, cura de la iglesia de San Francisco de Asís, cuando se daba cuenta de que le habían forzado el cepillo, *ergo* no habían encontrado nada. *Ergo* sabían algo pero no todo. *Ergo* aquello olía a chivatazo. No sería la primera vez. Tampoco la última. Por miedo, o por dinero, en Roma se acaba siempre por encontrar a alguien dispuesto a traicionar. Sicilia era otra cosa. Allí no se traicionaba a nadie. Allí había respeto. Pero paciencia: ya se ocuparían ellos de cambiar a Roma. Sólo necesitaban un poco de tiempo. Mientras fumaba nerviosamente su cigarrillo, el Libanés trataba de estudiar a los demás.

La mayoría de ellos parecían molestos, indiferentes, arrogantes, seguros de sí mismos. Su mirada se cruzó con la del Frío. Ambos asintieron con la cabeza, como si cada uno de ellos fuese capaz de leer el pensamiento del otro. También el Frío pensaba que había un traidor. En el grupo, sólo ellos dos eran capaces de razonar con perspectiva. Sin ellos a la guía, los demás se dispersarían en un abrir y cerrar de ojos. Y todo concluiría antes incluso de haber empezado. El Dandi también permanecía al margen, luciendo todavía la bata de marca que llevaba puesta cuando lo habían detenido. También él perplejo y desconcertado. El Libanés pensó que el Dandi estaba madurando. Tal vez fuese gracias a Patrizia, una mujer dura. Puta, pero dura. Día a día, el Dandi se iba haciendo un hombre a su lado. Sería bueno que cada muchacho pudiese tener a su lado a una mujer con agallas. Pero tal vez sea pedir demasiado, concluyó el Libanés: en cualquier caso, por el momento había que pensar en el modo de salir de aquel lío.

Mientras tanto, empezaban a llegar con discreción los abogados. Del Búfalo seguía sin saberse nada. Era el único que había faltado a la citación. Por la cabeza del Frío empezaba a serpentear una mala idea.

Los abogados que habían nombrado en la secretaría de Regina Coeli eran los mismos de siempre: Terenzi, Piancastelli, Biancolillo, Domineddò y los relativos portamaletines y pasantes. Gente de frontera, dignos artesanos que jamás habían ido más allá de la usura y los atracos, pequeñas rapaces en el linde con el gran bosque. Mientras el Libanés se preguntaba si no sería el caso de hacer llamar a alguien de reputación más consolidada, llegó el abogado Vasta escoltado por un subteniente con tres barras. Les acompañaba una chica de pelo rubio y rizado enfundada en un traje de chaqueta. El Dandi la reconoció y le dirigió una sonrisa maliciosa: era la Mariano, la amiguita de Treintamonedas. Ella enrojeció mientras un destello de pánico atravesaba sus ojos azules. El Dandi la tranquilizó con un gesto imperceptible de la cabeza, e hizo al Libanés el signo de la victoria con los dedos.

Mientras tanto, los colegas menos eminentes habían rodeado a Vasta. Se decidió que cada uno de ellos contaría con la asistencia de dos defensores: el que ya les había sido adjudicado y Vasta que, de esta forma, podría seguir a la vez todos los casos.

El juez Borgia entró e informó a los defensores de que tenían derecho a hablar con sus clientes antes del interrogatorio. A su lado había una cara nueva. Un policía joven, con aire de crío. El Libanés apenas podía contener la risa. ¿De forma que pretendían hacer prevalecer la Ley y el Orden valiéndose de novatos como aquél, recién salidos de la universidad? ¡Pues estaban listos!

—Podemos proceder, *dottor* Borgia, mis defendidos pretenden acogerse a su derecho a no responder.

Vasta había hablado en nombre de todos. Los otros abogados asintieron. A Borgia se le escapó una mueca malvada. Pero no había nada que hacer. El interrogatorio se

redujo a una mera formalidad. Uno a uno fueron informados de los cargos, declararon que preferían guardar silencio, y fueron acompañados de nuevo a las celdas de aislamiento. Uno a uno fueron llevados del aislamiento al locutorio, donde les esperaban Vasta y la Mariano.

Antes de mediodía todos estaban al corriente de lo que había pasado: el Búfalo estaba en el bar de debajo de su casa jugando a sacanete cuando se habían presentado dos coches patrulla en pie de guerra. Si no hubiesen tenido tantas ganas de jugar a indios y vaqueros, lo habrían cogido. Pero gracias al escándalo que organizaron, el Búfalo había podido escapar con toda tranquilidad. Del bar a casa de Treintamonedas, desde la que había llamado a la Mariano, y ésta, a su vez, a Vasta. El Búfalo estaba ahora a buen recaudo y, en cuanto a los gastos, no había por qué preocuparse: Treintamonedas le había pagado un buen anticipo. El sistema del Libanés empezaba a funcionar. El informe de Vasta había sido alentador.

—No han sacado nada en claro de los registros. El proceso se anuncia sin pruebas materiales. No creo que el fiscal cuente con testigos serios. Como mucho, alguna fuente confidencial. Pero eso no se puede usar durante las audiencias. Os someterán a careos, reconocimientos, exámenes de huellas. Os pedirán que digáis una frase delante de la grabadora. Servirá para identificar al autor de las llamadas. De manera que, si alguno de vosotros tiene algo que ocultar, será mejor que vaya pensando en un fuerte constipado o en algo parecido. Por lo demás, recusaremos al juez instructor y, si las cosas van mal, siempre nos queda la casación. A menos que suceda algo, os sacarán en dos o tres meses con mil disculpas.

II

Les sacaron del aislamiento en una semana. En el patio había un sol que reconfortaba los huesos y el alma después de la humedad de la celda. El Libanés y el Frío evitaron al grupo de macarras que se entretenían con el consabido partido de fútbol y se pusieron a estudiar la orden de arresto apoyados contra el muro que había bajo la torre de vigilancia.

—Es más lo que omite que lo que dice —comentó el Libanés.

—Conocen el hecho, pero les faltan los detalles —corroboró el Frío.

—No saben nada del Escoria y de los otros cuatro de Casal del Marmo.

—Por eso nos atribuyen el secuestro y no el homicidio. Creen que el barón sigue vivo...

—No. Saben de sobra que está muerto y enterrado. Lo que pasa es que no tienen pruebas.

—No tienen nada.

—Nada de nada. Ni siquiera una palabra sobre la droga...

—No tienen nada.

—Ni siquiera una frase sobre el Sardo y Treintamonedas...

—Nada de nada.

De forma que se trataba de un soplo. Ahora estaba bien claro. Pero no procedía del grupo. Incluso Satanás, que estaba dentro con los demás, quedaba fuera de toda sospecha. Alguien ajeno a ellos, por tanto; bien informado, sin lugar a dudas, aunque eso no tenía nada de extraordinario. Cualquiera persona de su entorno sabía quién había eliminado al barón. Así pues, uno al margen del asunto, o uno que los odiaba.

—¿El Rata? —sugirió el Frío.

—No creo. Vasta ha dicho que están buscando al autor de las llamadas... si lo tuvieran, habrían dejado de darnos la tabarra con las pruebas fónicas.

—Podría ser una cortina de humo...

—Ni pensarlo. ¿Te has fijado en Borgia? Es... ¿cómo se dice? Un idealista... se ve a la larga, a qué raza pertenece. No. Si estamos en el trullo, es porque alguien nos la tiene jurada.

—Vasta dice que todos los informes los ha escrito el policía que lo acompañaba, el nuevo...

—Sí, ya lo he oído. No parece gran cosa, pero tal vez me equivoque...

—Era él el que tenía la información.

—El chivato es cosa suya...

—El chivato es uno que está metido en esto.

—Se me ocurre un nombre —rio sarcástico el Frío al cabo de unos instantes.

—Dime, colega, ¿estás pensando lo mismo que yo?

—Depende. ¿Qué piensas tú?

—Pienso en alguien al que le jode que ciertos muchachos se estén abriendo camino en la vida...

—Un tipo cuyo momento pertenece ya al pasado...

—Y que en vez de retirarse tranquilo se dedica a conversar con la pasma...

—¡Algo terrible!

—Tú lo has dicho, colega. Una cosa realmente terrible...

¿Y quién sino el Terrible podía haber cantado? En el supuesto de que todavía quedase alguna perplejidad sobre su destino, aquellos arrestos tan tempestivos pretendían cancelarla. Y para el Terrible había empezado ya la cuenta atrás.

El Dandi, que se había parado a confabular con don Pepe Albanese y con dos secuaces de su *'ndrina'*^[14], gesticulaba tratando de llamar su atención. El Frío y el Libanés se encaminaron hacia el trío con aire indolente. Los dos secuaces se apartaron para dejar espacio al *boss*. Se saludaron inclinando repetidas veces la cabeza. Como los japoneses en las películas, pensó irónico el Libanés. Luego don Pepe hizo un ademán al soldado que estaba a su derecha, quien se apresuró a meterle un cigarrillo en la boca. El otro soldado, con idéntica diligencia, le ofreció fuego.

—He sabido que os estáis moviendo bien.

El Libanés y el Frío recibieron el cumplido sin mover un músculo.

—Venid a verme uno de estos días. Me gustan los muchachos despabilados. Necesito gente como vosotros en Roma.

—Nosotros no pagamos el impuesto como el Puma, don Pepe —precisó el Frío.

Los dos soldados, menudos, achaparrados, negrísimos, dieron muestra de inquietud. Albanese los calmó con una mueca bonachona. Era un anciano con una larga cabellera blanca, las uñas pulidas y un afeitado perfecto, que olía a loción con aroma a pino silvestre.

—Me han dicho que el Sardo se ha entregado —prosiguió el calabrés cambiando de tema.

El Libanés asintió.

—¿A qué viene tanta prisa por apartarse de la circulación?

—Qué quieres que te diga —se entrometió el Dandi—, cuando uno no está acostumbrado al aire puro... llega un momento en que le entra la nostalgia...

Don Pepe sonrió. Los soldados sonrieron.

—Habéis hecho bien dejando a un lado la historia de Moro —dijo Albanese, poniéndose serio de repente—, el favor nos lo pidieron también a nosotros y después nos dijeron también que ya no les interesaba. Y otra cosa te quiero decir —añadió

atravesando al Frío con la mirada— no pienses que antes no te he entendido. No creas que la vida la has inventado tú, que ahora eres el rey de este mundo sólo porque te has llevado los cuatro cuartos del barón Mierdanoséqué... puede que mañana yo salga de aquí, y que tú salgas también y, una vez fuera, ya veremos lo que pasa...

El Libanés negaba con la cabeza.

—Yo también te tengo que decir una cosa, calabrés: yo en tu lugar, esta noche dormiría preocupado...

Los dos soldados estaban a punto de saltar. Pero a medida que la conversación iba subiendo de tono, el Tapón, los Bufones, el Esqueleto y alguna que otra cara nueva se habían colocado junto al Dandi. Don Pepe sopesó la situación con una vaga sonrisa.

—No es momento para peleas, Libanés. He venido en son de paz. Ya tendremos ocasión de volver a hablar, ¿no?

—Puede ser... —le concedió el Libanés, luego pronunció entre dientes una frasecita—: y a ver si mañana consigues que te envíen a San Vittore para que podamos respirar mejor.

Don Pepe se dio media vuelta, escupió en el suelo, chasqueó dos dedos. Sus secuaces lo flanquearon.

El Frío siguió con la mirada el ritual de retirada del boss: el partido de fútbol se había interrumpido, y los macarras, alineados en dos filas, se inclinaban al paso del trío.

—Es un desafío —observó el Tapón—, me parece que hemos hecho una gilipollez.

—¡Nooooo, pero qué dices! —ironizó sombrío el Dandi—. ¡Acabamos de rechazar una succulenta oferta de trabajo y hemos tratado a patadas en el culo al jefe de una poderosísima banda! ¡Los que vamos a dormir preocupados esta noche vamos a ser nosotros!

—No digas estupideces —le atajó el Libanés—, no se trata de ningún desafío. Se marchan. Ha entendido que aquí los más fuertes somos nosotros. Si queremos, esta noche les podemos cortar los huevos a rodajas.

—¿Quieres declarar la guerra a los calabreses? —preguntó el Dandi asombrado.

—No hace falta. Abandonan. Y además, aunque así fuese... ¿acaso no sabes que los enemigos aumentan con el honor?

—Pues sí que... ¿de quién es ese sermón?

—¡Mussolini! —gruñó el Libanés que, en lo tocante a cuestiones de pasión política, no transigía.

—¡Ay Líbano, estás verdaderamente obsesionado! —le dijo el Dandi riéndose.

III

Los días pasaban. La sección instructora del tribunal había demolido el recurso de Vasta, pero el abogado estaba seguro de ganar en casación. Y Vasta no era uno acostumbrado a perder. El testigo ocular del secuestro había organizado un buen lío: primero había reconocido al Dandi, luego a un policía, después a otro detenido que no tenía nada que ver con el asunto, un pobre yugoslavo al que habían pillado en la frontera con un camión TIR cargado de heroína.

Los días pasaban. De acuerdo con lo previsto, los calabreses se habían largado al día siguiente del encontronazo. Radio Cárcel confirmaba el cabreo épico de don Pepe, pero también la clarividencia del Libanés: el prestigio del grupo aumentaba a ojos vistas. Tonino Sciacquatore y un par de muchachos de la Marranella se habían «puesto a su disposición». También se habían acercado a ellos Pino Passalacqua, un siciliano que controlaba dos garitos en Primavalle, un tipo resuelto y taciturno, parecido al Frío; y el Rana, un marica que había hecho su agosto procurando compañía femenina a los marselleses de Bergamelli y ahora estaba considerado el número uno de la organización de burdeles más punteros. Para hablar con el Líbano y el Frío había que ponerse en fila. Se ofrecían tanto barriobajeros con tantos agujeros como un queso suizo, como viejos rateros tuberculosos: atraídos, los primeros, por el milagro de la droga y, los segundos, por el deseo de volver a empezar. El Libanés debía armarse de paciencia para escuchar las sandeces de las que se jactaban: una palabra de esperanza para todos, órdenes concretas de asistencia a la viuda transida de dolor y al huérfano desgraciado, porque la esperanza sin pan no fructifica, y, día a día, la base se iba ensanchando. Todos unidos por el sueño de poder contar por fin para algo, todos hartos de soportar a los viejos jefes y a los extranjeros que venían a adueñarse de la propia casa. Todos exaltados con la fantasía de apoderarse de una vez y para siempre de la puta eterna con su loba y los gemelos. Hasta los guardias veían crecer día a día su influencia y poder: los favores iban en aumento y las molestias eran siempre menores. Algún que otro secuaz del Terrible refunfuñaba, es cierto, pero a aquellos memos también se les aplicaba la ley que había acabado con los calabreses. ¿Las cuentas? Más tarde, una vez estuviesen fuera. Donde el primero que se moviese se quedaría con la caja y con toda la pasta.

El Dandi observaba y aprendía: el Líbano era un jefe nato. Sabía cómo hacerse respetar por aquella banda de sanguinarios y dar nuevos bríos a los que desfallecían.

El Libanés había decidido, por ejemplo, evitar cualquier contacto con el Sardo y con Treintamonedas. Incluso había impuesto una regla de hierro para las visitas: sólo

se admitía a los familiares e, incluso con ellos, la boca cosida. De esta forma, el Tapón veía a su madre, quien lo consideraría siempre y en cualquier caso la víctima de una abominable maquinación de la magistratura. El Frío pasaba ratos interminables escuchando las lamentaciones de Gigio, ofreciéndole a cambio de sus protestas los consejos, buenos a la par que banales, de cualquier hermano. De los demás, sólo los Bufones estaban casados como Dios manda: con dos hermanas, como no podía ser menos, pero de esas que sólo servían para cobrar a final de mes y lloriquear por las facturas y el niño. El Libanés parecía encontrarse solo en el mundo: nadie pedía verlo y él tampoco se ponía en contacto con nadie.

Como canal para comunicar con el exterior se valían de la Mariano. Que una abogada se entretuviese en una conversación con uno de sus clientes no tenía nada de extraño. Además, a los abogados no se les podía registrar. De forma que, cuando tenían que comunicar algo, preparaban el mensaje y ella se los hacía llegar a Treintamonedas. Sistema que funcionaba como un reloj. El dinero no escaseaba, como tampoco los paquetes, o la asistencia a las familias que se encontraban fuera. Y todo gracias a la organización ideada por el Libanés.

El único que organizaba un poco de jaleo era el Dandi, que se había enojado cuando le habían prohibido que buscara a Patrizia. Al Dandi sólo le importaba ella, lo que no impidió que el Libanés rompiera en sus mismas narices el formulario 80 de declaración de convivencia.

—¡No te fías de ella! ¡Te has opuesto desde el primer momento!

—La regla que nos hemos aplicado vale para todos: nada de extraños.

Así que el Dandi tenía que soportar su ración semanal de suplicio con su querida Gina. Y eso que Gina, en su día, había sido guapa. Una tiarrona curvilínea con una sonrisa ingenua y deliciosa a quien, eso sí, le faltaba un tornillo. Y no porque ahora hiciera cosas extrañas: lo que pasaba era que, cada vez más a menudo, se hundía en la catatonia. Le bastaba una cerveza y una pantalla que mirar. O una imagen sagrada porque, entre otras obsesiones, deliraba sobre el padre Pio. Engordaba y adelgazaba de golpe. Culpa del marido, que llevaba mucho tiempo sin tratarla como a una mujer. Por lo demás, de haber tenido la cabeza en su sitio no se habría dejado embaucar por uno como el Dandi. Con aquel fondo de perversidad: ¡sólo a él se le podía ocurrir la idea de valerse de la pobre Gina para enviar mensajes amorosos a Patrizia! Pero ella se lo consentía todo, decía que sí a todo, incluso a la pesada carga de tener que hacer de intermediaria con aquella zorra haragana que la hacía esperar una hora entera en el portal y después apenas le concedía treinta segundos de desdeñosa atención antes de deshacerse de ella a toda prisa. Y al Dandi:

—Ha dicho que te echa de menos y que piensa en ti.

No obstante, Gina había conseguido imponerse en un tema: ¿su marido requería sus servicios de alcahueta? ¡A cambio debía, por lo menos, salvar su alma! De forma

que el Dandi se había visto obligado a prometerle que no se perdería una misa, que incluso se tragaría la hostia consagrada previa confesión. Promesa mantenida gracias al Libanés, al que no se le había escapado el posible beneficio.

—Vas a ir y cómo, es más, quiero que te pegues al capellán y le digas que tienes una crisis mística.

—¿Yo? ¿Te has sorbido el seso, Líbano?

—Tú, tú. Así no te tendré siempre por medio dando el coñazo con esa Patrizia, y tal vez nos ayude a conseguir alguna noticia, algún pequeño favor... la parroquia es como una gran madre y don Dante es un buen hombre...

Moraleja: Dandi *el redimido* ayudaba en misa y pasaba largas horas en la biblioteca adoctrinándose sobre los fundamentos de la Santa Madre Iglesia. Algún que otro mensaje salía con destino reservado —un primo, padre, tan desgraciado, pobrecillo, pero tan bueno; un joven como se debe, ese napolitano, incluso licenciado — y las noticias serias llovían por adelantado. La información es el alma del comercio. Palabra de Libanés.

IV

El mes de mayo se había precipitado sobre Roma con toda la violencia de su incandescente primavera. Pero era un mayo extraño. Triste. En una ciudad suspendida en una angustia insonorizada, como aplastada por una nevada de poliestireno. En una ciudad aprisionada en el interior de una de esas campanas de cristal bajo las cuales los viejos conservan la imagen de la Virgen. O de un Cristo con el corazón sangrante y la cara de Aldo Moro. Scialoja soñaba con Aldo Moro. Millones de italianos soñaban con Aldo Moro. Los colegas soñaban con Aldo Moro. Soñaban con un final idéntico al de los cinco mártires de la calle Fani^[15]. Los colegas odiaban a los comunistas belicistas porque los brigadistas mataban en nombre del comunismo. Los colegas odiaban a los socialistas porque querían negociar, el «gesto humanitario unilateral», porque con los canallas nunca se pacta. Los colegas odiaban a los democristianos, a su milenaria experiencia en cuestiones de martirio: rezaban con los labios trémulos y los párpados cerrados, lo que no era óbice para que luego se lavasen las manos como en tiempos de Poncio Pilato. Los colegas sólo respetaban al viejo Papa que se había hincado de rodillas para suplicar a «los hombres de las Brigadas Rojas». Mientras tanto, engrasaban las armas. Si tengo que irme al otro mundo, quiero hacerlo acompañado de unos cuantos de esos cabrones rojos. Había atmósfera de guerra. Atmósfera de derrota. Los jueces bregaban. Los intelectuales no llegaban a ninguna conclusión. El «movimiento», desde las radios libres, se enfrentaba dialécticamente con los «camaradas que se equivocan». Era increíble que no se consiguiese localizar la prisión del pueblo. Mientras tanto, el prisionero escribía cartas que sus destinatarios se apresuraban no reconocer. Y los correos de las BR deambulaban alegremente entre bidones de basura y cabinas telefónicas. Llovían las denuncias falsas. A Moro lo habían buscado en varias casas de la periferia y en un lago helado. Los brigadistas orquestaban el juego mientras ellos hacían de blanco, furibundos, deprimidos, inofensivos. Pendientes del gerundio de un comunicado de los carceleros: concluimos el proceso ejecutando la sentencia. Eso quiere decir que todavía no la han cumplido. Mientras hay vida hay esperanza. La investigación sobre el secuestro del barón había caído en el olvido. Todos corrían detrás de los inaprensibles guerreros. Incluso Borgia, ocupado con algunas corrientes marginales de la vasta área antagonista «a la izquierda de la izquierda extraparlamentaria». Hasta Scialoja, que ahora disfrutaba de un puesto permanente junto al juez. En el fondo, ya que decían que tenía un pasado de izquierdas, ¿por qué no aprovecharlo? Scialoja se había dejado crecer la barba. La entrada en el Antiterrorismo, tanto tiempo anhelada,

le había causado una profunda desilusión. Las jornadas transcurrían entre reuniones informativas y el análisis de los más que prolijos documentos de los colectivos que salían como setas en el barrio universitario. Y por la noche, disfrazado de ex joven, a las asambleas, donde le tocaba confraternizar con una banda de mocosos consumidos por el anhelo de lucha armada, artistas de la elocución oscura que diseccionaban la duda «me adhiero/no me adhiero». Veleidosos, románticos tardíos, a veces involuntariamente cómicos, con aquella manía de las siglas y de las acusaciones a la Tercera Internacional. Avanguardia operaia, AO, acusaba al Movimiento estudiantil de ser la «nueva policía». Lotta continua, LC, acusaba a AO de ser la «nueva nueva policía». *Autonomia operaia*, Autop, acusaba a LC de ser la «nueva nueva nueva policía». Y todo ello bajo la mirada de la única y auténtica policía, estratégicamente diseminada en los puntos cardinales del salón, del aula magna, del sótano de turno. Scialoja, que había incluso leído al Che, alcanzaba a comprender algunos de sus razonamientos. Pero no podía olvidar la sangre de los caídos en la calle Fani. Cuando uno hace correr la sangre, pasa al lado equivocado. Scialoja se imaginaba a los brigadistas duros, cuadrados, fríos, meticulosos, banales en lo cotidiano, contables metódicos del terror. En caso de que hubiese algo que pescar, el de las barbas, el tono iracundo, y el rito colectivo era el mar erróneo. Éstos podían masacrarte con citas de Marx, Deleuze y Guattari. Aquéllos tenían como mucho el diploma de algún curso nocturno y las manos encallecidas, pero eran capaces de desmontar una metralleta en cuarenta y cinco segundos. Éstos eran un río de palabras. Aquéllos una lluvia de plomo.

Una noche como muchas otras, en la que lo habían enviado a una asamblea ampliada del Círculo de Contracultura Obrera de la calle Luigi Luigi del barrio de la Garbatella, Scialoja oyó que le pedían fuego. Se hurgó en los bolsillos y tendió maquinalmente su encendedor.

—¡Gracias camarada!

La entonación le pareció burlona. Escrutó al tipo. Éste le guiñó un ojo. Tagliaferri, llamado *el Alfiler*. Servicio operativo de los carabinieri. Un camarada, si es que esa palabra cabe entre un policía y un carabiniere.

—De nada, camarada.

—¿Tú también por aquí esta noche, camarada?

—Así lo han decidido, camarada.

Tagliaferri era un livornés mordaz. Se jactaba de tener tres muescas en la Beretta reglamentaria: tres tiroteos, dos con los cataneses instalados en Versilia y uno con los buenos chicos de Prima Linea^[16]. Pero jamás una herida, ni siquiera un rasguño. Se colocaron bajo una pérgola de glicinas que sobresalía de una casa cercana. El ingreso en el círculo estaba vigilado por dos tipos con aire de no ser precisamente unas lumbreras. Los camaradas iban entrando en pequeños grupos. Nadie parecía

prestarles atención. Tagliaferri le explicó que el grupo era conocido desde hacía ya algún tiempo. No eran clandestinos. No les preocupaba la seguridad. No obstante, estaban previstos algunos arrestos. El carabinero se mostraba más que propenso a las confidencias. Scialoja no lo alentó. Fumaba también su cigarrillo, observaba indolente el flujo de militantes, aspiraba el aroma levemente alcohólico de la glicina. En el cineclub de la calle Benaco proyectaban *Sed de mal*. La hubiera visto más que a gusto por decimoprimer, no, duodécima vez. En cada una de ellas, la historia le había causado una crisis. Charlton Heston era un policía democrático y respetuoso de la ley, tal y como él aspiraba a ser. Orson Wells era un bandido uniformado, sucio, ávido, corrupto. Un fascista, como la mayor parte de sus colegas. Pero Heston era también un blando capaz de dejarse manejar por las lágrimas de uno que tiraba bombas. Mientras que Wells era un genio de la investigación capaz de oler al culpable cuando el cadáver de la víctima todavía no se había enfriado. ¿Cómo era posible no admirarlo? Cuando estaba a punto de ponerse de acuerdo con Tagliaferri para pirarse de allí, la vio. Vaqueros ajustados, camiseta blanca, cazadora negra. Había pasado a menos de un metro de ello. No había reparado en él. Uno más de los innumerables camaradas dispuestos a lanzar ardientes discursos contra los patrones y los burgueses. ¡Ojalá fuese él capaz de una santa indiferencia como la suya! En cambio se había sobresaltado. Y Tagliaferri se había dado cuenta.

—¿La conoces?

—¡De nada!

—Pensaba que... está buena, ¿eh?

—Sí.

—Sandra Belli. La camarada Sandra. Una dura. Cuando los jefes nos dan el visto bueno, es la primera en entrar en el trullo. Me gustaría arrestarla. Me gustaría que el arresto fuese movidito. Uno de éstos en los que el sospechoso reacciona y te ves obligado... digo obligado... ¡a meterle mano!

Scialoja se encendió otro cigarrillo.

Arrestos, prosiguió el carabinero. Dos, quizá tres. La Belli, por descontado. El grupo del círculo obrero, en sí mismo, no les preocupaba lo más mínimo. Pero esos cretinos estaban tratando de ponerse en contacto con un tipo al que buscaba la columna romana. El camarada Nardo. Un tío duro. Dos homicidios confirmados. La Belli podía conducirles hasta él. Había una operación en curso. El tiempo apremiaba.

—Tal vez mañana, quizá en una semana, quién sabe.

—Puede que nunca —aventuró Scialoja.

—Excluido. Tarde o temprano la pillaremos.

Los dos forzudos que estaban apostados a la entrada del círculo obrero lanzaron un silbido agudo. Tagliaferri les respondió con otro silbido.

—Todo va bien. Ahora vamos.

Los forzudos entraron. Tagliaferri le dio a Scialoja una palmada en la espalda.

—Son tan imbéciles que me han aceptado en el servicio de seguridad. No sé si te has dado cuenta, ¡pero me han enviado para que te controle! ¿Vamos?

Tagliaferri se había puesto en movimiento, seguro de que lo seguiría. Pero Scialoja no podía ir. Sandra lo reconocería nada más verlo. Corría el riesgo de descubrir al carabiniere. Apretó el paso para darle alcance y le soltó el más clásico de los embustes. Tagliaferri hizo alarde de comprensión.

—Una amiguita, ¿eh? Eh sí, reconozco que con éstas no hay mucho que hacer... ¡ve con Dios, compañero! ¡Pero recuerda que me debes un favor!

Scialoja desplazó su vieja Mini Minor de color berenjena bajo las glicinas y se puso a esperar. Pasadas tres horas y cincuenta cigarrillos salió ella, miró en derredor, y empezó a andar resuelta volviéndose cada cinco o seis pasos. En un manual de la antiguerrilla que circulaba en el despacho había leído que, en tiempos de los partisanos, el cabecilla era siempre el primero en abandonar las reuniones. Scialoja le concedió unos cincuenta metros de ventaja y luego arrancó el coche. El resto de sus compañeros empezaban a salir en grupos. Scialoja avanzaba a paso de hombre con los faros apagados. Sandra se detuvo a la altura de su vieja Vespa. Hurgó en sus bolsillos en busca de las llaves. Scialoja encendió los faros. Encaró el coche a la acera. Se apeó de él y se acercó a ella.

—Hola, Sandra.

—¿Nico? ¿De verdad eres tú? Qué peripuesto vas.

La registró sin darle tiempo a salir de su asombro. No iba armada. La aferró, indiferente a sus protestas. La empujó al interior del coche. Arrancó haciendo chirriar los neumáticos. Sus compañeros, que iban detrás de ellos, no se habían percatado de nada: ¡bien por la vigilancia!

El tugurio de la calle del Mattonato era una especie de templo de lo alternativo. Cuatro mesitas, luz tenue, tisanas, té y galletas macrobióticas. El olor a canutos era asfixiante. Como música de fondo, Claudio Rocchi y Ravi Shankar. De las paredes colgaban unos *batik* descoloridos con imágenes de divinidades con cara de elefante.

—Ganesh, el dios que colma los deseos imposibles —dijo Sandra burlona.

—Como nuestra santa Rita da Cascia.

—No sabía que te habías vuelto beato.

—Y tú espiritualista.

—Yo odio a los espiritualistas. Da la impresión de que para ellos no ha sucedido nada.

—Estoy de acuerdo. Pero es un sitio tranquilo. Bueno para hablar.

—¿Hablar? ¡Pensaba que se trataba de un secuestro!

—Perdona, pero quería asegurarme que no ibas armada.

Sandra se encogió de hombros. Una muchacha de aspecto atemorizado les tomó

nota. Pidieron una botella de vino. La muchacha les explicó que no tenían licencia para vender alcohol. Se conformaron con una tisana. Sandra se encendió un cigarrillo.

—¿Sigues viviendo en esos dos cuartos mugrientos de la calle Pavia?

—¿Y tú sigues escupiendo sobre las alfombras persas de tu familia?

—Te encuentro bien, Nicola. Ni siquiera pareces un madero.

—¿Qué es eso, una propuesta?

La muchacha regresó con dos tazas humeantes sobre una bandeja de mimbre.

—Chin, chin —dijo Scialoja.

Ella se echó a reír. Él retuvo una mano de ella entre las suyas. Ella la retiró. Él la miró a los ojos.

—¿Hasta qué punto estás involucrada?

—¿Y a ti qué te importa?

—Me gustaría entenderlo. Eres una burguesa. ¿Por qué odias tanto a tu gente?

—Porque los conozco. Porque sé de lo que son capaces. Hay que detenerlos antes de que sea demasiado tarde.

—¿Y cómo? ¿Con las balas?

—Y ¿por qué no? Pero no ahora, cuando llegue el momento adecuado...

—¿Crees que llegará, ese momento?

—Tarde o temprano. Ahora no, en cualquier caso...

La tisana tenía un sabor acídulo, a menos que el gusto se lo estropeasen los cigarrillos que se había fumado. Scialoja le cogió de nuevo la mano. Esta vez, ella no se desasía.

—¿Has disparado alguna vez?

—No.

—Te creo. Pero tienes que marcharte, Sandra.

—¿Me crees? ¡Muchas gracias! ¿De verdad piensas que tu opinión me importa?

—Tienes que marcharte, Sandra. Enseguida.

Se lo contó todo. Ella lo escuchó en silencio. Cuando acabó, Sandra se pasó una mano por el pelo y le sonrió. Acto seguido le dio una bofetada. Alguien se volvió a mirarles. Un espiritualista juntó las manos y dijo: ¡Om! La muchacha de aspecto atemorizado empezó a temblar. Sandra se levantó y se encaminó resuelta hacia la salida. Él la contempló mientras se alejaba, fascinado por el cimbrear de sus caderas. ¿Se parecía a la otra, a Patrizia, o aquella impresión era sólo producto de su fantasía? Lo invadió una oleada de deseo. Seguirla. Afrontarla. Revivir su maldita historia, de la A a la Z. Obligarla a escucharlo. Secuestrarla, si era necesario. Permaneció inmóvil. La había esperado. Había hablado. Ella estaba ahora al corriente. Ella decidiría. La vida era suya. Scialoja encendió el último cigarrillo y pidió otra tisana.

Al día siguiente por la tarde encontraron a Moro en la calle Caetani. Alguien dijo que lo habían soltado adrede a medio camino entre la calle de Botteghe Oscure y la

plaza del Gesù^[17]. Había que dejar bien claro que aquello era el final del compromiso histórico entre católicos y comunistas. Scialoja se abrió camino agitando su tarjeta envuelto en una sensación de tristeza, de rabia, de dolor. Esto es un parricidio, pensó. Han disparado al viejo padre, lo han mirado a los ojos mientras agonizaba. Esto es un parricidio. La sangre del padre salpica siempre a los hijos. Aquella cara enflaquecida, huesuda, de pájaro; aquella barba gris sin afeitar le habían recordado a su padre en el ataúd. El anciano que había muerto invocando al hijo lejano. El anciano enfermo al que no había tenido tiempo de besar por última vez.

Cuando se corrió la voz de que habían encontrado el cadáver de Moro, el Libanés, sombrío, le dio una bofetada al Esqueleto al ver cómo éste se reía batiendo las manos.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—No, eres tú, mierda, ¿a qué viene esa risa?

—Y yo qué sé, ha muerto uno de éstos, ¿no? El enemigo, como lo llamas tú...

—¡Pero de qué enemigo hablas! ¡Si no nos hubieran pescado a todos, lo habríamos salvado y ahora seríamos unos héroes!

—¿Qué pasa, ahora quieres que seamos héroes?

—Mira que a los héroes no les registran la casa de madrugada en busca de droga... los héroes están por encima de cualquier sospecha... pero ¡para qué me molesto en hablarte si no entiendes nada!

Dos meses después, el tribunal de casación anuló las órdenes de arresto por «absoluta carencia de pruebas».

El Búfalo los esperaba a la salida, con una cara tan radiante como el sol.

Había sido imposible retener al Dandi. Nada más salir se había precipitado a casa de Treintamonedas para sacar veinte de los grandes del fondo común: anticipo sobre los beneficios, las cuentas ya las haremos después, te dejo un pagaré, cómo es que no te fías de un viejo colega, ese tipo de cosas. Todo para el regreso memorable junto a Patrizia con la que había soñado durante todos aquellos largos e interminables meses. Siempre. Treintamonedas lo había aconsejado sobre los adornos, indispensables, había añadido, tratándose de una mujer de clase como tu Patrizia.

Tras una sesión de sauna y algunos golpes de tijera al pelo, reseco a causa de la cárcel, el Dandi había intentado rehacerse un guardarropa en una tienda elegante del centro, donde el dependiente le había tratado como a una mierda, hasta el punto de que había llegado a acariciar la idea de volver con el revólver y ponerlo todo patas abajo. Pero lo de Patrizia era más urgente, de forma que se había replegado a los más alentadores almacenes Clarke, recién inaugurados en la avenida Marconi. Chaqueta, pantalón, seis pares de calcetines y calzoncillos de seda, tres corbatas que, en su opinión, no eran demasiado llamativas, abrigo: mientras se probaba se había encontrado a una cabina de distancia de un consejero de la Fiscalía General al que había visto pasar en varias ocasiones por el hotel Regina para los interrogatorios. Cómica, la situación, el fiscal y el granuja que se acicalan a dos metros de distancia: y, como no, el otro también lo había reconocido. Pero entre hombres de mundo estas sutilezas son irrelevantes. Luego los zapatos, cuatro pares, dos mocasines y dos de

cordones, en Boccanegra, en el Testaccio. Y para el gran final, una magnum de champán y, con el anticipo de cinco billetes en contante, una nueva Kawa 1300 que todavía tenía la matrícula de prueba. Limpia, regular.

Patrizia le abrió con un vestido de noche. Escrutó el revoltijo de colores, olfateó la loción para afeitado Metal Atkinson's, frunció la nariz y congeló la sonrisa de él con una ácida mueca.

—Ah, eres tú. Podías haberme llamado. Me encuentras de milagro. Ven, vamos.

Le quitó la magnum de las manos dejándolo plantado en la puerta, regresó después de haber metido la botella en la nevera, lo cogió por el brazo y lo arrastró imperiosamente fuera.

Patrizia estaba aún más guapa y atractiva de lo que la recordaba. Muy por encima de sus fantasías más desenfadadas. Pero era fría, distante, maldispuesta. De irse a la cama, ni hablar. Todo cuanto le concedió fue tocar sus pequeños senos puntiagudos, el aromático contacto con sus brazos desnudos, después, mientras se dirigían en moto al Climax Seven.

Era un piano-bar que se encontraba detrás de via Veneto. Lentejuelas y putas, a algunas las conocía de vista, otras se las indicaba Patrizia, precisando la especialidad de cada una de ellas. En una mesa junto al pianista, dos o tres jugadores del Lazio. Y periodistas, comendadores, rufianes, árabes, una princesa de sangre real con un perrito en brazos, un político de segundo orden, el director general de un ministerio, una actriz ajada enfrentada a unas facciones de contornos indefinidos causados por un *lifting* cuando menos desastroso.

El pianista atacó *La bambola*. El Dandi bebía. Patrizia parloteaba: excitada, guapísima, intocable. Al oír *Questo piccolo grande amore*, de Claudio Baglioni casi le entraron ganas de llorar, pero ¿qué hacían en aquel sitio de mierda? ¿Qué tenía que ver su pequeño gran amor con aquella gentuza?

Luego las luces se atenuaron, un proyector iluminó una cortina que había al fondo de la sala y apareció Franco Califano. El Dandi experimentó una sacudida eléctrica. El Califa era un mito. Estrechó con fuerza la mano de Patrizia y le susurró unas tiernas palabras de agradecimiento. El Califa inició con *Una ragione di più*. El Dandi no pudo controlar las lágrimas por más tiempo, lágrimas de champán y de liberación. Al final de la canción, se puso de pie de un salto, aplaudiendo como un loco. Todos lo miraban. Cuando gritó: «¡Eres grande, Califa!», el cantante le sonrió. El Dandi se desplomó en su asiento, con el corazón encogido. Patrizia se había marchado. Inspeccionó la sala con la mirada encendida. Ah, ahí estaba: charlando con una pareja distinguida, él tenía aire de intelectual, con sus pequeñas gafas y ella... ella, Daniela, la amiga de Patrizia. Lo atravesó un presentimiento. El Califa cantaba *Dammeli per più tardi quegli attimi d'amore*, dámelos para después, esos momentos de amor. Patrizia volvía a la mesa contoneándose.

—Tengo que marcharme.

—¿Cómo?

—Un trabajo —susurró, indicando al intelectual que cogía de la mano a Daniela.

—Tú no vas a ninguna parte.

Había alzado el tono, quizá sin darse cuenta. Sus ojos se cruzaron con la mirada ceñuda del Califa. El alcohol palpitaba en sus venas.

—Tú no vas a ninguna parte —repitió, bajando la voz.

Patrizia recibió su declaración encogiéndose de hombros y se encaminó hacia la pareja que la estaba esperando. Desaparecieron detrás de la cortina roja. El Dandi se puso a duras penas de pie. Las piernas le temblaban. Volcó dos mesas. El público lo miraba indignado mientras avanzaba tambaleándose. ¡Vaya cogorza, coño! El Califa parecía dirigirse directamente a él: porque mañana o quién sabe, cuando las cosas tal vez cambien y los besos que tú no me des...

Fuera, el aire de la noche fue como una bofetada. El trío estaba subiendo a un Porsche Carrera. Con un esfuerzo terrible consiguió aferrar a Patrizia antes de que ésta subiese al coche. El intelectual le lanzó una mirada angustiada.

—¡Déjame! ¡Estoy trabajando!

—Tú no trabajas. ¡Tú eres mi mujer!

Los gorilas del local se acercaron a ellos corriendo. Portazos. Con un zumbido, el Porsche se alejó de allí. Los gorilas los rodeaban. Uno lo conocía, había estado dentro con el hermano.

—¡Todo va bien, chicos! —dijo para mantener apartados a los demás, y acto seguido añadió en voz baja, dirigiéndose a él—: Dandi, por favor, no me organices un lío, me juego el puesto...

Patrizia se lo llevó a rastras de allí. Sus tacones repiqueteaban iracundos contra el asfalto.

—¡Conmigo has acabado, capullo!

—Mi mujer no trabaja. ¡Mi mujer no es una puta! —Voz desgarrada, sabor a vómito en las papilas.

—¡Tú no tienes ya ninguna mujer, animal!

El Dandi levantó una mano, para golpearla. Pero algo en la mirada de ella le hizo renunciar a la violencia. La perdería para siempre. Patrizia no se podía domar. La imagen del Libanés, una luz de consuelo. El Libanés sabría darle el consejo adecuado.

—Patrizia, yo...

Palabras vanas. Patrizia estaba entrando de nuevo en el local. Le llamarían un taxi. El Dandi se apoyó en la pared y vomitó el alma.

VI

Los demás, mientras tanto, lo celebraban en casa de Treintamonedas.

Habían vendido todo el cargamento. Una vez liquidados los gastos judiciales, el beneficio neto era de los que daban vértigo. Esta vez, el Libanés no se mostró tacaño con los muchachos: doscientos millones a todos. Otros seiscientos para el fondo común, que funcionaba a las mil maravillas. Luego, reinversiones: un cuarto en el sector de la usura, que fue confiado a Ziccone, el que había facilitado el depósito de armas en el ministerio. Lo demás en un nuevo envío de heroína, mercancía tailandesa, esta vez, que ya había llegado y que ya había sido depositada en el ministerio de siempre.

Treintamonedas había preparado el *sartú*^[18] de arroz y procurado un par de cajas de mozzarella de búfalo procedentes de la pequeña fábrica de un amigo suyo de Casal di Principe: el mejor queso del mundo. Se comía, se bebía y se fumaban porros. Sólo el Libanés y el Frío se mantenían, como siempre, lúcidos.

En el grupo había una cara nueva, Vanessa. Una enfermera de unos treinta años a la que el Rata, todavía en mal estado por la paliza, se había ligado de manera inexplicable durante su estancia en el hospital. Treintamonedas se quedó impresionado: una tía rubia cuya sonrisa tímida no lograba ocultar su predisposición al vicio. No era una tipa para el Rata. Pero le había venido bien a éste. El muchacho parecía renovado: seguía pinchándose, como no podía ser menos, pero había disminuido las dosis y ahora podía permitirse una jeringuilla limpia para cada chute. Ella, Vanessa, no tenía pinta de drogadicta. Ante todo parecía una mujer inteligente: no había llegado con las manos vacías, había traído una cajita de morfina y algunos frascos de metadona por si las moscas. Y mimaba a su Rata como una solícita madrecita. El Libanés se apresuró a nombrar al Rata responsable del sector metadona y medicamentos legales: éstos se podían revender a buen precio a los drogadictos en tratamiento en el servicio de recuperación. Una pequeña fuente autónoma de ingresos para el muchacho y Vanessa, un quince o veinte por ciento de lo ganado, digamos. El resto, claro está, al fondo común.

Una vez acabado el reparto del dinero, el Libanés mandó a todos a casa. Sólo se quedaron él, Treintamonedas, el Búfalo y el Frío.

Treintamonedas dijo que el Terrible había respetado los pactos por el momento. Ningún camello había vuelto a ser molestado. Ahora tocaba liquidar las cuentas pendientes. El Libanés soslayó el tema y le pidió al Búfalo que repitiera delante de todos lo que le había contado por la tarde. El Búfalo carraspeó.

—Uno de Aversa va diciendo por ahí que el Sardo está cabreado con nosotros.

—¿De verdad?

El Frío había arqueado una ceja. El Búfalo se rio, y se dirigió a Treintamonedas.

—Tu jefe dice que desde que está dentro le llega poco dinero. Dice que su cuota se ha elevado al sesenta. A partir de este nuevo cargamento. O no se hace nada.

Treintamonedas se quedó pasmado. ¡Pero si había efectuado regularmente todos los ingresos! ¡Pero si le había comprado a la hermana un coche nuevo! ¡Pero si le había dado trescientos millones al correo para que los llevase a Suiza! ¡Pero si incluso los napolitanos no habían dicho ni mu sobre el reparto!

—Tengo la impresión de que antes o después vamos a tener que hablar con el Sardo —comentó el Frío.

—Cuando salga —profetizó el Búfalo, acariciando la culata de su pistola.

—Una cosa a la vez —lo aplacó el Libanés—, digamos que el Sardo está cabreado porque el juez ha decretado que en lugar de los tres meses residuales le tocará pasar los dos años en el manicomio... ¿cómo se dice? *Ex novo!*

—¿Entonces? —preguntó el Búfalo un poco decepcionado.

—Entonces, Treintamonedas le va a escribir una bonita carta en la que le explicará que aquí las cosas van bien, pero que todavía necesitamos un poco de tiempo para asentarnos. Que tenga paciencia, que todo se resolverá. Una carta amistosa, ¿eh?

Treintamonedas estaba de acuerdo. Resuelta la cuestión de la carta, se pasó al asunto del envío. Una cosa temible: trece kilos de *Brown Sugar* para cortar, como mínimo, al treinta y cinco por ciento. Si se ponían manos a la obra ya, la heroína podía estar en la calle en unos tres o cuatro días.

—Pero nosotros la tendremos almacenada durante un mes, o un mes y medio —dijo secamente el Libanés.

Los demás lo miraron perplejos.

—¡Mira que todos esos colgados están ya que no pueden más!

—En la calle corren detrás de la mercancía...

—Esta vez sí que no te entiendo, Líbano...

El Libanés los dejó desahogarse. A continuación se encendió un cigarrillo y les expuso su idea. Con la parsimonia que lo caracterizaba.

—Es la ley de la demanda, colegas. Los dejamos secos durante treinta o cuarenta días. Mientras tanto cortamos la heroína no al treinta y cinco por ciento, sino al cincuenta o al sesenta. Cuando todos, digo todos, estén ya con la lengua fuera, desparramamos por la calle todo el cargamento. Doblando el precio...

—¡Coño! —silbó el Búfalo.

El Frío reflexionaba.

—La idea no es mala. Pero ¿qué hacemos si, mientras tanto, alguien nos birla el

mercado?

—¿Quién? —replicó el Libanés—. Los napolitanos están de nuestra parte. El Puma está fuera de juego. ¿De quién debemos tener miedo, Frío?

A Treintamonedas le había bastado oírlo para convencerse. El Frío oponía todavía alguna resistencia.

—No lo sé, Líbano. Un mes y medio me parece demasiado...

—Bueno —accedió el Libanés—, podemos mantenerlos a raya con el hachís.

—El costo me parece cosa de macarras —protestó el Búfalo desdeñoso.

—¡Pero cuando no hay caballo —lo corrigió el Libanés—, es como el oro!

Todos se echaron a reír. El Frío dio su brazo a torcer.

—Y ahora hablemos de cosas más serias —anunció el Libanés—. ¿Cuándo está prevista la cita con el Terrible?

1978, agosto-septiembre

AJUSTE DE CUENTAS

I

El Sardo se había unido a ellos en el último momento. Sin saber cómo, el juez de vigilancia le había concedido un permiso. Tal vez para dorar la píldora, o porque le habían convencido las lagrimitas de Barbarella, su adorada hermana. Era él quien le había presentado a Rizo de Oro, su actual compañero. Y Rizo de Oro también había seguido al Sardo durante el permiso. Incluso se había subido con él al 131 que el Rata había robado y que ahora conducía el Frío. El otro grupo lo componían los Bufones, Ojo Feroz y el Búfalo, que iban a bordo de un 132 azul oscuro que conducía el Esqueleto. Faltaba Ricotta, al que habían dejado repartiendo las reservas de hachís; al igual que el Dandi o Treintamonedas porque, en caso de que las cosas se torcieran, era necesario que alguien permaneciese fuera. Tampoco iba con ellos el Libanés. Esto último había sido idea del Frío.

—Todos saben el odio que sientes por el Terrible. Serás el primero al que vendrán a buscar. Búscate una coartada y nosotros nos ocuparemos de lo demás.

Así pues, Treintamonedas había ido a cenar a la calle Garibaldi con el Dandi y la abogada Mariano, a la que no le importaba que la vieran con él y que durante toda la noche había tenido que soportar la tabarra sobre Patrizia. Y el Libanés, que al final había aceptado la sugerencia del Frío, había acudido a una timba de Monte Mario. Ni que decir tiene que le corroía tener que hacer de fugitivo mientras los demás arriesgaban la piel en una acción tan grave como aquélla. Pero el Frío, esta vez, le había impartido una santa lección. El Frío había razonado por él. Cuando uno está demasiado involucrado en una cosa, el corazón acaba por reblandecer el cerebro y eso no es bueno, ya que es necesario poder razonar en todo momento. Al menos unos cuarenta tipos lo vieron perder una carretada de millones al bacarrá. Porque, a pesar de todo, no conseguía concentrarse en las cartas: estaba con la bala que iba a eliminar al Terrible, persiguiendo una venganza que ansiaba desde que era joven, desde aquel momento que había cambiado su vida.

El Terrible había bajado la guardia después de recibir su parte en el cargamento. Salió de casa tranquilo, sin escolta y sin tomar precauciones, y se encaminó sereno y arrogante hacia su Mercedes. El Búfalo y el Frío arrancaron al mismo tiempo y se acercaron a él desde ambos lados del angosto callejón sito en el corazón de la Garbatella. El Terrible tuvo que notar algo en el zumbido de los motores, porque se olió la trampa y buscó refugio detrás de una furgoneta mientras rebuscaba en su chaleco para sacar la pistola. El Frío fue el primero en darle alcance. Bastó un leve golpe con el guardabarros para que el Terrible saliera volando con las piernas por el

aire. El Búfalo y el Sardo se precipitaron de inmediato sobre él, con la bala ya en el cañón, y le descargaron en el pecho tres, cuatro, cinco tiros. El Terrible se retorció como una culebra. El Búfalo y el Sardo subieron de nuevo al coche, gritando que había que marcharse de allí, deprisa, que ya estaba hecho. El Frío puso el vehículo en punto muerto, echó el freno de mano, se apeó impasible e indiferente a los insultos de sus compañeros, y se aproximó al cuerpo. El Terrible agonizaba. El Frío se inclinó sobre él, extrajo el revólver y le dio el tiro de gracia en la nuca. El Terrible se estremeció, y luego todo acabó. La acción debía de haber durado cuarenta, cincuenta segundos, como mucho un minuto. Fuera estaba oscuro, soplaban un viento de poniente, no se veía un alma. Antes de marcharse, el Búfalo disparó al único farol encendido: tal vez le disgustase dejar el último cartucho en la cámara de explosión, tal vez sólo fuese un modo de expresar su entusiasmo por su primer homicidio.

Sí, porque ninguno de ellos había dado jamás el gran paso. Bien mirado, ni siquiera se habían manchado las manos con la sangre del barón: aquello había sido cosa de los de Casal del Marmo; si hubiese dependido de ellos, una vez obtenido el rescate no le habrían tocado ni siquiera un pelo.

El Búfalo gritaba como un loco: «Somos fuertes, ¡vamos Roma! ¡Que te den por culo Terrible!», hasta el punto que Ojo Feroz se vio obligado a arrancarle la pistola de la mano y fue necesario parar en un bar para calmarlo antes de rociar con gasolina el 132 en Sacrofano, donde les esperaban los coches listos para el regreso.

El Frío conducía con precaución, respetando las señales. ¡Sería bueno que los pillaran ahora, en caliente! Pero nadie parecía prestarles atención.

—¡Mierda, te ha dado!

Rizo de Oro dio la voz de alarma. El Sardo perdía sangre de una pierna. Sólo que con la excitación del momento no había sentido ningún dolor.

—Te has disparado tú —comentó secamente el Frío.

Cuando se reunieron con los demás en Sacrofano, se dieron cuenta que uno de los tiros efectuados por el Búfalo había rebotado en el asfalto y a consecuencia de ello había rozado el muslo del Sardo. Un simple arañazo, pero estaba perdiendo sangre, y, en cualquier caso, era imprescindible curar la herida. El Esqueleto se ocupó del asunto: contactaría con Vanessa por medio del Rata, confiando en que estuviese de turno en el hospital. Una enfermera podía intervenir sin necesidad de expedientes, inscripciones, preguntas inoportunas. Rizo de Oro los acompañó.

Los Bufones se quedaron para quemar los coches. Ojo Feroz se encargó de volver a llevar las armas al ministerio. El Búfalo ardía en deseos de dar la noticia al Libanés.

El Frío se quedó solo. Durante el trayecto de regreso, se esforzó por entender su estado de ánimo. ¿Sentía algo? En cierta manera, se había tratado de un caso de legítima defensa. Bueno, tenía que reconocer que la eliminación del Terrible había sido planeada, pero tras la infamia de la denuncia se había convertido en algo

inevitable. Así pues, legítima defensa: quizá preventiva, pero absoluta, en cualquier caso. El muerto no le daba ninguna lástima, no sentía miedo por las consecuencias, no sentía nada. Y el golpe de gracia era un regalo a su amigo el Libanés: era como si él mismo en persona hubiese apretado el gatillo.

Los de la Brigada Criminal lo esperaban debajo de casa. El Frío se preguntó cómo era posible que hubiesen podido llegar tan pronto, a menos que hubiesen cometido un error irreparable; por un momento experimentó la tentación de escapar. Pero al verlos armados y resueltos decidió seguirlos sin rechistar: si en aquel momento le hubiesen hecho las pruebas balísticas, habría sido condenado a buen seguro a cadena perpetua.

II

Pero no hubo ninguna prueba balística, como tampoco ningún interrogatorio. El final del Terrible no tenía nada que ver con todo aquello. La idea de mantener al margen al Libanés había sido una jugada maestra. Radio Cárcel confirmó que tres viejos usureros habían sido denunciados por el homicidio: si bien estaban completamente al margen de aquel asunto, a ver quién era el guapo que lo explicaba así que, por el momento, *raus*, al trullo.

En cuanto al arresto, estaba relacionado con una vieja orden que había quedado en suspenso tras un recurso. Un asunto que al Frío se le había pasado por completo: como si perteneciese a otra vida, a un Frío diferente. Se trataba de la extorsión al Tigame, el dueño de los cementerios de coches de Vitinia, un taimado que en lugar de quedarse donde le correspondía se había mosqueado de mala manera por unos cuantos millones. Le habían hecho de todo: llamadas telefónicas, neumáticos pinchados, latas de gasolina y cabezas de ovejas muertas delante del depósito. Pero no había servido de nada, al contrario, el tipo los había denunciado: a él, a Ojo Feroz, y a los Bufones.

De manera que se encontraban de nuevo dentro: en Rebibbia, esta vez. Conscientes de que aquello no podía durar mucho: hasta el punto que, personalmente, el Frío estaba dispuesto a olvidar aquella historia. Cosas de otra vida, de hecho. Inútil removerla. Vasta, por su parte, que había acudido pocos minutos después de recibir la llamada oliendo todavía a loción para el afeitado, esbozó una sonrisa tras examinar los documentos y escuchar el relato de los muchachos.

—¿Sabes de cuándo es esa llamada? De noviembre de 1977. Hace casi un año. Borgia todavía no ha digerido la historia del barón y os quiere tener pillados por los huevos. Pero no hay historia. No hay testigos. Sólo su palabra. Y Tigame es uno con más antecedentes que vosotros. Esto acabará como la otra vez, tenéis mi palabra. Sólo que en esta ocasión será más rápido: en veinte días estaréis fuera.

El Libanés estaba con el Búfalo cuando le contaron lo del arresto. Puso mala cara. Atravesaban una fase peligrosa, llena de incógnitas. No podían permitirse el menor error. Después de la muerte del Terrible, se corría el riesgo de desencadenar una espiral de anarquía. Otros grupos desearían ocupar el espacio que había dejado vacante el viejo *boss*. Empezaban a temerles, pero el miedo que inspiraban todavía no era suficiente. Había que afirmar de manera indiscutible un señorío destinado a durar para siempre en la Vieja Puta. Fallar con uno de ellos significaba fallar con todos.

—Es decir: uno para todos y todos para uno, Búfalo —resumió el Libanés antes

de pasar a las conclusiones.

Era intolerable que un miserable como Tigame saliese de rositas después de haber mandado a la cárcel a uno como el Frío. Se imponía un castigo ejemplar. El Tigame debía morir.

—Está bien, está bien —le interrumpió el Búfalo, cuya particular y macabra ironía hacía brillar sus ojos—, cuando hablas en latín, me cuesta seguirte. ¿A qué esperamos? ¡Nos hacemos con dos hierros y vamos!

El Libanés comprendió que su amigo lo había calado. Cuidado con subestimar al Búfalo. Se había criado en la calle, no tenía la menor noción de lo que era una estrategia, pero no le faltaba instinto, una especie de doble visión. En este caso se había percatado de que el Libanés hablaba para convencerse a sí mismo.

Cogieron dos revólveres del ministerio y una moto que un idiota había dejado en el *lungotevere* de Pietra Pat; sin dirigirse la palabra se encaminaron como una exhalación a Vitinia donde, al atardecer, se plantaron a las puertas del bar al que Tigame, con el mono todavía grasiento, solía acudir a soplarse su botella de licor de café; le pegaron tres tiros cada uno, y acto seguido emprendieron el camino de regreso. Demostrando una cierta clase, el Búfalo volvió a dejar la moto a apenas cien metros de donde la había robado.

—¿Estás más tranquilo ahora, Líbano? —fue su saludo.

El Libanés llegó a pie bajo el puente Marconi. Las piernas le temblaban, la adrenalina descendía poco a poco. Tal vez hubiese una buena razón para eliminar a Tigame. Tal vez tuviese de verdad sentido el bonito discurso que le había soltado al Búfalo. Tal vez. Pero lo cierto era que se debía algo a sí mismo. A sí mismo y al Frío. Con la historia del Terrible habían sellado un pacto de amistad. Un pacto sagrado. Definitivo. El sacrificio de Tigame había sido su modo de honrarlo.

Pero ni siquiera esto era del todo cierto.

Más allá de cualquier plan, mucho más allá de la razón, el cemento que los unía era la acción.

Ninguna estrategia, por muy sofisticada que fuese, lo convertiría por sí sola en un jefe. Nada podía compensar a la acción. Había que ensuciarse las manos. Como los demás. Con el Tigame o con cualquiera, eso era lo de menos. No eran nada, no eran nadie. La acción. Enseñar al Búfalo a convertirse en uno como él. Y convertirse él mismo en uno como el Búfalo. El Búfalo, que llevaba dentro la acción, sin que nadie tuviese que explicarle cómo se hacía.

Respirando el aliento fangoso del río recuperó el control de sí mismo. Y una sensación de indomable poder lo elevó a alturas estratosféricas: sintió que aquel muerto le había beneficiado, percibió el impacto devastador del rito que acababa de celebrar junto al Búfalo, en nombre de todo el grupo. Porque ahora eran por fin un grupo. Estaban unidos. Eran invencibles.

Habían pasado cuatro días desde la muerte del Terrible.

III

—La lucha contra el terrorismo no es competencia de la Magistratura, sino de las fuerzas del orden. Los magistrados deben controlar, verificar escrupulosamente la legalidad de la acción policial. ¡Defender los derechos y libertades por encima de todo!

—Pero cuando la democracia está en peligro ciertos excesos de protección jurídica son un lujo. Lo que obliga a invertir la regla de la presunción de inocencia. El presunto terrorista es el que debe demostrar que no lo es, y no al contrario.

—Preservar las garantías del Estado de Derecho: ése es el valor principal.

—Decapitar la mala hierba de los sanguinarios: ésa es la prioridad.

—El hecho de que estemos en guerra no es motivo suficiente para renunciar a nuestra propia y secular tradición legalista.

—Estamos en guerra, el motivo es la guerra: ¡a la guerra hay que enfrentarse con la guerra!

Las intervenciones se sucedían a un ritmo incesante. El clima de la asamblea se iba calentando minuto a minuto. Jueces, políticos, abogados, numerosos estudiantes, ciudadanos de a pie. Había que hacer una «recapitulación» sobre el terrorismo. El pretexto: la aprobación de nuevas leyes excepcionales destinadas, según pretendían sus promotores, a «secar el mar en el que nadan habitualmente los peces brigadistas». El enfrentamiento entre los represivos y los defensores de la protección jurídica era radical, irreconciliable. Borgia, que escuchaba con creciente embarazo, mimetizado entre los estudiantes de las últimas filas, se concentraba en particular en los oradores que abordaban la cuestión de Moro. También sobre este tema había dos tendencias. «No hemos conseguido salvarlo porque su muerte nos resultaba más cómoda. Cada vez que nos encontrábamos a un paso de cualquier progreso significativo, la investigación se veía obstaculizada por misteriosos aparatos cuya intervención iba dirigida a boicotear, interrumpir, apaciguar». O bien: «Los brigadistas son invencibles porque los jueces y los policías tienen las manos atadas por unas leyes excesivamente permisivas». Borgia giraba entre los dedos la hoja en la que había anotado una frase de Leonardo Sciascia: «Es posible escapar de la policía italiana —de la policía italiana tal y como es, instruida, organizada y directa— pero no del cálculo de probabilidades. Y según las estadísticas del Ministerio del Interior relativas a las operaciones efectuadas por la policía en el período que va desde el secuestro de Moro al hallazgo de su cadáver, las Brigadas Rojas han escapado precisamente al cálculo de probabilidades. Lo que es verosímil, pero no puede ser verdadero y real».

La reflexión del maestro de Racalmuto era su última meta. Borgia sentía la desagradable sensación de encontrarse a caballo entre los defensores de las garantías y los represivos. Estamos en guerra, de acuerdo, pero en cualquier guerra los medios cuentan por lo menos tanto como los fines. Estamos en guerra, de acuerdo, pero se trata de una guerra oculta, que nadie ha declarado. Y sobre todo, estamos en medio de un terreno de batalla cuyos confines son, cuando menos, inciertos. Lo que equivale a decir: se equivoca quien dispara y al Estado hay que defenderlo en cualquier caso. Pero ¿qué sentido había que atribuir a las ambigüedades, a las reticencias, a los misterios que constelaban la investigación sobre la calle Fani? Cuando, en el curso de una operación militar, después de un rastreo exhaustivo, te encuentras delante de una puerta cerrada y no la echas abajo; cuando te enteras a continuación de que detrás de aquella puerta, justo aquella, y no otra, detrás de aquella única puerta que no has echado abajo podían estar los carceleros del secuestrado... cuando, por decirlo de algún modo, vives una enormidad semejante en directo, te preguntas si la improvisación, si las órdenes contradictorias, si la falta de preparación ante la fuerza del enemigo y la ingenuidad del funcionario público bastarán para explicarlo todo. O si, más bien, la proclamada holgazanería de los investigadores no será la enésima burla de una mente refinadísima, si en el origen de todo no se encontrará uno de esos fantasiosos ilusionistas que se mueven con el talento de un mago del cine sobre el filo de la navaja que transforma al aliado en adversario, a la víctima en carnicero. E incluso admitiendo, como sostenía Scialoja, el pragmático Scialoja, que, en caso de que se hubiese producido una intervención oculta, ésta sólo había tenido lugar en una segunda fase... es decir, si alguien, de acuerdo con sus propios cálculos, había dado una mano a los brigadistas tras el secuestro de Moro... protegiéndolos... advirtiéndolos... obstaculizando su captura... ¿acaso no significaba eso que los buenos eran también responsables en alguna medida por haber cooperado de manera decisiva en el cruento final? Esto era lo que, tal vez, intentaba decir Sciascia cuando había escrito que algo «literario» animaba los cincuenta y cinco días posteriores al 16 de marzo. La verosimilitud, la apariencia, pero no la verdad. En el país de Pirandello y de Maquiavelo. Esto pensaba el juez instructor Borgia mientras abandonaba la bulliciosa asamblea de la cual no iba a obtener ningún alivio a sus atormentadas dudas.

La mayoría de aquellos que pensaban como él —y que no eran pocos— habían resistido en primera línea, quizá para tratar de amortiguar el daño. Borgia escapó de allí precisamente por esa manera de ver las cosas que ponía en peligro a cualquier magistrado de la República. Solicitó que lo dejaran ocuparse de nuevo de la delincuencia común. Nadie se opuso. Scialoja decidió seguir sus pasos la mañana en la que recibió la tarjeta con la Torre Eiffel. No estaba firmada, pero el mensaje era claro: Sandra estaba a buen recaudo en París. La circunstancia se la confirmó el

subteniente de los carabineros, Tagliaferri, llamado el *Alfiler*, delante de un trozo de sandía helada, en la esquina del puente donde el año anterior habían asesinado a la estudiante Giorgiana Masi.

—¿Recuerdas a la tía buena? Ha conseguido escabullirse. Quién sabe por obra de la casualidad, o por algo peor. ¡Esos revolucionarios de buena familia encuentran siempre el modo de arreglárselas!

Los camaradas de su grupo vegetaban en la Rebibbia. Ninguno se había declarado prisionero político. De sus confesiones a medias se desprendía que sí, que habían intentado entrar en contacto con un tipo que se encontraba bajo orden de captura por ser sospechoso de haber participado en la emboscada de la calle Fani. Pero sólo por razones humanitarias; los jovencitos confiaban en poder convencer al «camarada Nardo» de que soltasen a Moro. Y no porque fuesen contrarios al derramamiento de sangre en nombre de la Causa por una cuestión de principios. Su oposición se debía más bien a un cálculo político más «agudo» y «estratégico» que el de los brigadistas.

Despedirse del reino de la política supuso un alivio para los dos. Y la noticia de los homicidios ordinarios, por llamarlos de algún modo, del Terrible y del Tigame, casi los puso de buen humor. Al menos tenían algo concreto de qué ocuparse. Sabían, o creían saber, dónde estaba la frontera que los separaba del mal.

Dos homicidios en cuatro días, por lo tanto. Un *boss* temido y respetado como el Terrible, y un cero a la izquierda como el Tigame. Tanto Borgia como Scialoja intuían la relación entre ambos. Escaseaban, como sucedía a menudo, las pruebas. Pero si bien la supresión del Terrible podía obedecer a diez mil razones, el asesinato de aquel desgraciado de Vitinia parecía no encajar en el esquema. Tenían ante sus ojos a los directos beneficiarios de la eliminación del único testigo de la acusación, pero éstos contaban con la coartada más indiscutible de este mundo. De no haber sido por el carácter trágico del asunto, aquello habría tenido su lado cómico. Era como si alguien, desde fuera, hubiese querido hacerle un favor al Frío. Un vínculo, claro está. Pero de ahí a las pruebas... y, sin embargo, algo estaba cambiando rápidamente en el hampa. ¿Las personas, quizá? No sólo. Un proyecto diferente, más bien. Similar a una estrategia militar. El preludio de una mutación que posiblemente se encontrase ya en marcha. Y ellos, como siempre, serían los últimos en darse cuenta. Borgia trazó un organigrama.

—Veamos, tenemos al Frío, a los Bufones, y a Ojo Feroz dentro... y de los implicados según sus... fuentes confidenciales... tenemos al Búfalo, al Dandi y al Libanés fuera...

Scialoja asintió. Eran dos grupos. Se habían juntado. Se habían convertido en una banda. Y desde entonces no estaban dejando títere con cabeza.

Interrogaron al Frío, a Ojo Feroz, interrogaron a los Bufones, interrogaron al Búfalo, interrogaron al Libanés. Los interrogaron dos, tres, cuatro veces. Los

sometieron a careos. Nada. Cero absoluto. Ellos se mostraban desdeñosos y seguros de sí mismos, a veces repentinamente sumisos. Mentían siempre y en cualquier caso. En las raras ocasiones en las que se encontraban acorralados, intercambiaban una mirada con el gélido abogado Vasta y se acogían a su derecho a no responder. Scialoja empezó a hacerse una idea de sus respectivos caracteres. Ojo Feroz y los Bufones gritaban, voceaban, alborotaban, escupían y lanzaban injurias e insultos de carácter sexual. Chusma. La mano de obra. Moralidad cero. Aunque no traicionaban. El Libanés tenía una sonrisa oblicua que ninguna presión conseguía borrarle de la cara. Era duro y frío. En la cárcel había mandado a la mierda a un *boss* de la *'ndrangheta*. Tenía carisma. Era un líder nato. El secuestro sólo podía habersele ocurrido a él. Ojo Feroz y los Bufones lo miraban con el mismo arrobó con el que los niños contemplan al Sagrado Corazón de Jesús durante el catecismo. Era él el que los mantenía unidos, el cemento. El Libanés era una pista muerta para los investigadores. Demasiado duro. El Frío, por su parte, hablaba lo mínimo indispensable. No insultaba. No revelaba nada de sí mismo. Jamás se llegaba a saber lo que realmente estaba pensando. Como esos niños a los que el exceso de sufrimiento ha privado de la capacidad de expresarlo. El Libanés y él se trataban como iguales. Como si cada uno de ellos buscara en el otro la cualidad que le faltaba para ser perfecto. ¿Sería quizá una cuestión de cantidad o de calidad del valor? ¿De desprecio por el peligro? ¿De capacidad para concebir proyectos? Sus biografías eran singularmente diferentes. El Libanés había nacido en la calle, el Frío en el seno de una buena familia. En un cierto momento de sus vidas, habían unido sus respectivas depravaciones. Y ello había generado una fuerza temible. Scialoja la sentía crecer como un monstruoso organismo. En cualquier caso, el Frío era un enigma. A Scialoja, por instinto, le gustaba más que los otros. El Búfalo, un corpulento hombretón, jugaba a hacerse el loco entre silencios y estallidos de cólera. Pero no era idiota: lo demostraban ciertos accesos repentinos de burda camaradería hacia los Bufones, cuya personalidad era más débil, o la benévola consideración que demostraba hacia él el Libanés. La misma de la que gozan ciertos muchachos bien dotados que, sin embargo, corren el riesgo de precipitarse en cualquier momento en un abismo sin salida. Al Búfalo no se le podía perder de vista. Era peligroso, imprevisible. Luego estaba el Dandi. Scialoja lo interrogó dos o tres veces. El Dandi era el más arrogante de todos. Su altivez era sutil: estudiada y consciente pero, al mismo tiempo, instintiva. Iba perfectamente afeitado, lucía trajes de corte impecable, y se mostraba deferente con el juez. En caso de necesidad sabía ser cortante: pero si se le concedía la oportunidad era parlanchín y hasta chistoso. Hacía esfuerzos inauditos para comportarse como un señor. Scialoja se preguntó si detrás de aquella apariencia de aspirante a burgués no estaría una mujer. Quizá se tratase de Patrizia. Tal vez la relación entre los dos fuese más compleja de la que normalmente existe entre una zorra y uno de sus clientes de paso. El Dandi no

poseía ni la inteligencia aguda del Libanés, ni el carácter imprevisible del Búfalo, ni la oscura fuerza que emanaba de los silencios del Frío. Pero era como si, a fuerza de estar con ellos, se le hubiesen adherido a la piel algunos fragmentos de todas estas cualidades. Si el Libanés era el líder nato, el Dandi era el alumno que no tardaría en superar al maestro. La gente a la que se debían enfrentar era de este calibre. Scialoja fue a Canossa, a casa del antiguo colega de la Brigada Criminal que tenía una antigua relación confidencial con Pino Gemito, el gorila del pobre Terrible. Pero Pino Gemito no estaba, o si estaba, dormía tan profundamente que el ruido de los golpes en la puerta no lo despertó. Los tres monos, en pocas palabras.

—Aquí tenemos la prueba final —concluyó Scialoja—, ¡lo hicieron ellos!

Borgia asintió.

—Si a uno como Pino Gemito le matan al jefe y él insinúa...

—¡Eso significa que ahora mandan los otros!

Scialoja redactó un breve informe lleno de alusiones y de ecuaciones con tres incógnitas: suponiendo que... existen fundamentos para sugerir la tesis de una relación entre... Vasta soltó una carcajada y solicitó la excarcelación para todos. Borgia se opuso. Pero sólo para no tener que dar su brazo a torcer: el abogado tenía razón. Esta vez ni siquiera hacía falta llegar al tribunal de casación. Esta vez sería el juez instructor en persona el que los pusiese en libertad. Mientras firmaba los cuatro folios notariales cuyo único efecto iba a ser hacer perder algún día de libertad a los presuntos culpables, Borgia expresó sin querer un pensamiento en voz alta:

—No obstante, me pregunto... ¿qué harán con el dinero del secuestro? ¿Será posible que se lo gasten todo en coca y furcias?

Scialoja se deshizo del disfraz de castrista y fue a ver a Patrizia. Al teléfono, ella le explicó con dureza que sólo recibía con cita previa. A gente forrada. Y que sólo comunicaba la dirección cuando el interlocutor le ofrecía amplias garantías: ¿cómo había obtenido su número, dado que el mismo no aparecía en la putanoteca oficial de los anuncios del *Messaggero*? ¿Quién le había hablado de Patrizia? Scialoja se inventó a un hombre de negocios de paso por la ciudad. El portero del hotel le había sugerido la manera de pasar agradablemente el tiempo libre que le quedaba antes de marcharse. Patrizia le dio la dirección. Era un sábado por la noche. Scialoja compró un pequeño tigre de peluche en una tienda del centro. Había recordado algunas de las fotografías que había visto en casa de Cinzia. Al llegar ante la puerta de ella, seguía preguntándose por la razón de aquel gesto y no lograba encontrar una respuesta. Patrizia lo reconoció de inmediato. Trató de impedirle el paso. Pero él fue más rápido y bloqueó la puerta con el pie. Scialoja entró y arrojó sobre el sofá la bolsa de plástico con el animalito envuelto. Patrizia cruzó los brazos.

—Vete, estoy esperando a alguien.

—¿A un hombre de negocios de paso por Roma?

Patrizia abrió los brazos exasperada. Lucía un corsé rojo, medias negras, pulseras en los tobillos. Scialoja hizo un ademán de saludo con la mano.

—Mira que los precios han subido —le espetó ella.

—Esta vez no pago.

—Esta vez no follamos.

—Estás en deuda conmigo.

—¡Estás loco!

Scialoja pasó por su lado. Se adentró en el apartamento. Tras cruzar el vestíbulo, entró en el dormitorio. Vio la amplia cama en perfecto orden. La colección de látigos. Los peluches sobre la colcha. En el televisor, encendido y sin volumen, aparecían escenas de violencia metropolitana. Aspiró el perfume de Patrizia, completamente distinto del que había respirado en casa de Cinzia. Regresó a la otra habitación. Ella se había puesto un suéter de cuello cisne. Fumaba sentada en el sofá con las piernas cruzadas. Recelosa, ceñuda. Scialoja se encendió también un cigarrillo. Se sentó al lado de ella, apartando la bolsa con el pequeño tigre envuelto. Le dijo que su amigo el Dandi era un asesino. Ella le contestó que le importaba un comino. Que no era asunto suyo. Se nace, se muere, unos viven mejor, otros peor: ¿dónde está la diferencia? La amenazó: le diría al Dandi que había sido ella la que lo había traicionado. Ella se rio a carcajadas.

—No te creerá. Y aunque lo hiciese, ¡ya procuraría yo hacerle cambiar de idea!

Scialoja le dijo entonces que el Dandi cometería un error tarde o temprano. Todos los criminales lo cometen un día u otro. Lo capturarían. Le caería cadena perpetua. No volvería a salir de la cárcel. Ella le contestó que si como policía era ya repugnante, como hombre era aún peor.

—¿Querías un nombre? Lo tuviste. ¿Y qué hiciste con él? Nada. Pero bueno, ése no es mi problema. Yo trabajo aquí, ¿queda claro? Y tú me estás haciendo perder tiempo. ¿Queda claro? Así que, o sueltas algo de pasta...

—O no se folla, he entendido —concluyó él irónico.

Se levantó a echar una ojeada por la ventana. Una cálida y luminosa noche de verano. Turistas. Familias ajetreadas e indiferentes. Scialoja se sintió repentinamente triste, vacío.

—O bien un día lo matarán —dijo dulcemente.

—¿A quién? ¿Al Dandi? ¡Y a mí qué! ¿Quieres entender de una vez que el Dandi, tú, todos los hombres que pasan por aquí, que van y vienen, me importáis un carajo... un auténtico carajo?

Estaba preciosa, en la penumbra creciente. Estaba preciosa cuando se alteraba y daba pequeños puñetazos al brazo del sofá. Estaba preciosa mientras la miraba como se mira a una mujer y no a una puta, y sentía como se apoderaba de él una furia que no sabía motivar, y una añoranza que no conseguía relacionar, ni siquiera de forma

confusa, con una pérdida, un sentimiento, un sufrimiento. Scialoja cogió la bolsa con el tigre y se la tendió.

—Esto es para ti —le dijo con dulzura antes de marcharse.

Patrizia desenvolvió el paquete. El tigre de peluche tenía los ojos azules, un largo bigote, y una sonrisa de ternura y resignación. Patrizia lo estrechó contra su pecho y empezó a hacerle carantoñas como a un niño. Entró en su dormitorio y lo colocó junto a los otros muñecos. Saltaba a la vista que juntos estaban felices. Se hacían compañía. Patrizia sintió que la invadía una rabia sorda. Cogió el tigre y le arrancó un ojo. Agarró un cuchillo y lo hundió en la tripa de tela. Al instante recuperó la calma. Sacó el cuchillo. Trató de arreglar lo mejor que pudo el desgarro. Volvió a colocar el ojo en su sitio. Acomodó al tigre sobre el almohadón. Ahora iba todo mejor, mucho mejor. El olor del madero seguía flotando en la habitación. Un olor a tabaco y a empalago. Patrizia miró el reloj de pared. Faltaba media hora para la cita con los tres futbolistas. Daniela debía de estar ya lista. Se dirigió al baño. Dejó correr el agua de la ducha. Se enjabonó entre las piernas. Cogió una navaja de afeitar. A algunos clientes les gustaba así.

IV

Fuera, mientras tanto, se había corrido la voz de la venganza de la nueva banda. Y mientras el Sardo y Rizo de Oro disfrutaban en el manicomio, donde se habían apresurado a entrar limpios de polvo y paja —¿El arañazo en la pierna? Una caída de la moto, señoría—, en casa del Libanés la procesión de mendigos era ininterrumpida. El repentino castigo infligido al Tigame había dejado bien claro a aquel universo con quién se las tenían que ver.

El Corbatero del Campo dei Fiori hizo saber al Dandi que cierta gente quería verlos. Así, una mañana, el Libanés y él conocieron a Nembo Kid.

Nembo Kid era un muchachote del Pigneto. De él se decía que en el pasado había frecuentado la banda de Lallo *el Cojo*, pero el directo interesado desmentía secamente estos rumores.

—¿Yo con esos zulúes? ¡Ni de broma!

Era cierto, sin embargo, que había tenido negocios con los marseleses de Berenguer y Bergamelli, que había pasado un período en Francia realizando asaltos itinerantes, y un año en Milán, en la corte de Turatello.

—Luego se organizó un buen lío y la vida se complicó... ¿sabéis que Epaminonda *il Tebano* le ha regalado un león a un político?

El Corbatero aseguraba que Nembo Kid era uno «con los contactos adecuados». Al Dandi le cayó enseguida bien. Alardeaba de saber desenvolverse en las altas esferas, se paseaba montado sobre una enorme moto aerodinámica con una cazadora de cuero negro y era delicado con las mujeres. Poco tiempo después, en la discreta sala de un restaurante de pescado del Nomentano, Nembo Kid les presentó a sus «contactos»: el Maestro y el tío Carlo.

El Maestro había empezado con la usura, negocio que después había cambiado por las inversiones inmobiliarias en el sur del país y en Cerdeña. El tío Carlo, un anciano distinguido que apenas hablaba y que saludaba con respeto a todos, fue presentado como un «amigo de Sicilia».

El Dandi y el Libanés intercambiaron una elocuente mirada. Mafia. Y eso que todos sabían que ellos no estaban dispuestos a someterse a las órdenes de nadie, quienquiera que fuese.

El Maestro les aconsejó que pidieran *linguine* con calamares y pulpitos, regados con un robusto Regareali bien frío y, como segundo plato, el obsequioso dueño del local les mostró una dorada de unos dos kilos con una gran herida de arpón en el dorso. En la sala estaban sólo ellos. Dos camareros se ocupaban de que nadie les

molestase.

—Éste es un sitio seguro —les explicó el Maestro—, el pez nos lo suministran los primos de Mazara del tío Carlo.

Pero el Dandi y el Libanés, gente de tierra adentro, prefirieron *buccatini all'amatriciana* y cordero lechal muy caliente. El Maestro, con una mueca, ordenó que sirviesen una botella de *barolo*.

El tío Carlo les dijo que había oído hablar de ellos a don Pepe Albanese y, por primera vez desde que se habían visto, sonrió.

—Resumiendo, podríamos necesitar colaboradores en Roma y creo que se puede contar con vosotros.

Una propuesta como la de tío Carlo, manifestada con semejante educación, resultaba bien distinta de las zafias ofertas del calabrés. El Maestro les explicó que los grupos serios, como el que representaba el tío Carlo, no tenían por costumbre invadir con arrogancia el territorio ajeno. Lo que suponía el explícito reconocimiento de que aquella ciudad eterna donde todos confluían inevitablemente cuando había algún asunto serio a la vista... aquellas antiguas piedras imperiales... incluso aquel plato de *bucatini* que el Libanés dejaba enfriar mientras constataba que su sueño estaba tomando cuerpo... todo, en suma, era «su territorio»...

—Hace tiempo se abrió un canal con Turquía —explicó el Maestro—, es la ruta balcánica. Los húngaros, como sabéis, aseguran ser comunistas, pero lo cierto es que el comunismo les trae sin cuidado, de forma que tanto sus bancos como sus carreteras son muy seguras.

—Durante un cierto período —precisaba el tío Carlo— nos hemos apoyado en una familia cercana a don Pepe Albanese —nueva sonrisa—, pero últimamente, estos viejos amigos se han mostrado un poco...

—No están a la altura del proyecto —intervino Nembo Kid.

—Digámoslo así —convino el tío Carlo.

La Mafia los había elegido. Pero no como lacayos, como habrían pretendido los calabreses. Lo que les proponían era un acuerdo entre iguales: una *joint-venture*, la definió el tío Carlo, que alardeaba de su experiencia en el terreno financiero y, de vez en cuando, no desdeñaba concederse una buena lectura.

—La mercancía debería llegar en cantidades de diez o quince kilos de materia prima cada veinte o veinticinco días —puntualizó el Maestro.

El Dandi y el Libanés palidecieron. Nembo Kid sonrió. El tío Carlo enarcó una ceja.

—¿Estáis seguros de poder permitirnos un trabajo como ése?

—Lo intentaremos —aseguró el Libanés muy serio. El tío Carlo pareció apreciar aquella modestia.

—El Maestro y Nembo Kid serán vuestros puntos de referencia. Dirigíos a ellos

en caso de problemas. Los cargamentos deberán ser pagados en contante en el momento de la entrega, a precio de mercado. El corte, la distribución y los beneficios son exclusivamente vuestros. Para nosotros se trata de una operación de deflación, que, a la vez, nos permite contar con una base en Roma. Cuando sea necesario, os pediremos apoyo logístico y, si nos hace falta, algún hombre en préstamo. ¿Alguna observación?

Ninguna, ni que decir tiene. Más que un *partnership*, era el maná. El Dandi y el Libanés se despidieron con ojos resplandecientes. Nembo Kid se marchó con ellos. El tío Carlo los contempló mientras se alejaban gesticulando excitados.

—¿Qué piensa, tío Carlo?

—Me parecen unos buenos chicos. Pero un tanto... vulgares... Deberían vestirse mejor, cuidar un poco más su aspecto... un poco de clase no les iría mal, vaya.

—Son muy jóvenes, ya aprenderán.

—Convendría que Nembo Kid entrase en el grupo.

—Nos hemos puesto ya de acuerdo.

—Cuestión zanjada —concluyó el tío Carlo. Y como estaba verdaderamente satisfecho, se guardó muy mucho de sonreír.

Dos días más tarde, un tirador de elite hizo saltar a don Pepe Albanese la tapa de los sesos con un único disparo efectuado desde trescientos metros, mientras salía de Palmi tras haber superado los límites del arresto provisional.

—Era de esperar —comentó Nembo Kid, quien había ido a verlos para probar una muestra de la coca de los napolitanos. Cuando el Dandi le preguntó cómo podía decir una cosa semejante, Nembo le explicó que al nombrar al calabrés el tío Carlo había sonreído. Dos veces.

—Ese hombre no se ríe nunca, Dandi. Sólo cuando está a punto de matar a alguien o lo ha hecho ya.

Tras el acuerdo con los sicilianos, los canales de la heroína se habían multiplicado y la estratagema para subir los precios ideada por el Libanés había bastado, por sí sola, para quintuplicar el rendimiento. Para la venta directa de la coca habían encargado a Treintamonedas que tantease la disponibilidad de los personajes del mundo del espectáculo. Lo ayudaba Nembo Kid, quien se había integrado en el grupo sin más.

Incluso los hermanos Gemitto, destrozados por la prematura desaparición del Terrible, recibieron sus migajas. Con el rabo entre las piernas, los Gemitto habían pedido y habían conseguido que les dejaran seguir gestionando los garitos y un par de giros clandestinos de apuestas de caballos. A condición de que entregasen, claro está, el cincuenta por ciento de los beneficios y respetasen las directivas del nuevo organismo. Decisión del Libanés, que el Búfalo había criticado ásperamente.

—No te fíes, son unas víboras.

—Son unos pobres huérfanos. Y tienen ya su clientela. Nos pueden servir.

El Libanés había solucionado incluso la cuestión entre el Dandi y Patrizia. Dado que el amigo se estaba consumiendo de mal de amores, el Libanés se había visto obligado a hablarle sin tapujos: o se olvidaba de esa gran furcia de una vez por todas, o se la quedaba tal y como era. En cualquier caso, era imposible cambiarla.

—Mira que con ésa no funcionan los sistemas habituales. ¿Sabes por qué le gusta tanto a tu Patrizia ser una puta? ¡Porque así no tiene que rendir cuentas a nadie!

—¿Y entonces? ¿Qué debo hacer?

—Cómprale un burdel.

—¿Qué? ¿Hacer de chulo? ¿Yo?

—Tú te quedas al margen. Ella se ocupará de todo. ¡Así tendrá sus propios ingresos y dejaréis de darnos el coñazo!

Dicho y hecho. El Libanés se interesó en persona por el burdel. Con la ayuda de la Rana, el gran experto del ramo del sexo de pago, encontraron y adquirieron, previa escritura, una vieja casa solariega de tres pisos en la plaza de los Mercanti, en el Trastevere. El Libanés le explicó a Patrizia que se trataba de un préstamo a fondo perdido: ella sólo tenía que devolverles la inversión inicial. Sin intereses. En cuanto al resto, todos los beneficios serían para ella con sus mejores deseos de buena suerte. Ella era ahora la mujer del Dandi. Para siempre. Hasta que la muerte os separe, habría dicho el cura. Amén. De la decoración se ocupó un amigo arquitecto de Treintamonedas. Patrizia tuvo carta blanca en el reclutamiento de las muchachas, en las tarifas, en el horario de trabajo, en las prestaciones. A darle una mano, además de

Daniela, se había ofrecido Donatella la mujer de Nembo Kid, una morenaza de ojos verdes con un pasado de bailarina en el cuerpo de baile de Ambra Jovinelli.

Tal y como había previsto el abogado Vasta, el Frío y el resto de colegas fueron excarcelados a principios de octubre. El Frío salió discretamente, sin ni siquiera esperar a sus compañeros que, sin duda, le habían preparado un digno recibimiento. La primera noche de libertad la pasó con Gigio. La madre —con ella hablaba sólo por teléfono— le había dicho que su hermano iba fatal en el colegio. El muchacho había adelgazado y temblaba de frío. Su hermano sospechó que se drogaba. Gigio protestó diciendo que él con la nieve o el caballo no tenía nada que ver.

—Mejor para ti. Como te pille en falta te mato.

La noche siguiente se reunieron con el Libanés delante del bar de Franco. Dentro estaban, entre otros, el Búfalo y Treintamonedas: ¡champán gratis para todos y ojo con rechazarlo!

El Libanés y el Frío se abrazaron.

—Gracias.

—Gracias a ti —respondió el Frío unos instantes después.

Acto seguido, el Libanés lo arrastró hasta el nuevo Alfetta Spider rojo, y de ahí en volandas hasta un chaletazo de dos pisos en la Olgiate.

—Éste es el sitio.

El Frío contempló el jardín pelado, las órbitas oscuras de las ventanas, la apariencia sólida y lúgubre del edificio, el cartel de SE VENDE colgado del hilo de hierro ruinoso de la verja.

—¿Qué sitio?

—El club. Mil trescientos metros cuadrados distribuidos en dos pisos, y en el sótano la sala de billar e incluso, si queremos, la piscina. El propietario no se podrá negar. Con quinientos millones nos lo quedamos todo. Si estás de acuerdo, firmamos mañana.

El Frío encendió dos cigarrillos y le pasó uno al Libanés. Daba la impresión de que le costaba permanecer quieto de pie.

—¿Por qué yo?

—Escucha, Frío, esa historia del Terrible, yo...

—Me has dado ya las gracias —le atajó el Frío y se encaminó hacia el Alfetta.

El Libanés fue en pos de él sacudiendo la cabeza.

—No te convence, ¿eh?

El Frío se detuvo.

—No, no me convence.

—¿Por qué?

—Es demasiado pronto.

—¿Pronto para qué? ¿A qué debemos esperar? Los negocios van viento en

popa... tenemos a Roma a nuestros pies... compremos esta casucha y transformémosla en el club más elegante de la ciudad... el bar en la planta baja, con espectáculos de clase, gente distinguida. Y en los saloncitos de arriba ruletas, tapetes verdes...

—Jamás nos concederán los permisos. Saben quiénes somos.

—Nos valdremos de un testafarro.

—No me convence.

—Pero ¿por qué?

—No lo sé, no me convence.

En ciertas ocasiones, el Frío era exasperante. El Libanés se preguntó si no tendría miedo. Luego recordó la escena del Terrible: de acuerdo con la versión del Búfalo, el Frío era uno que tenía hígado para dar y vender. El miedo quedaba, pues, excluido. Entonces ¿qué?

—Es nuestro sueño, Frío. El salto de calidad. Pensándolo bien, tampoco nos ha costado tanto llegar: ha sido suficiente con tener las ideas, algo de determinación... el mundo está ya más que maduro, esta ciudad está ya más que madura... todos esperaban a alguien decidido... alguien como nosotros... alguien con nuestro corazón y nuestro cerebro...

—¿Por qué he de ser yo? Pídeselo al Dandi...

—¡Todavía no está preparado!

—Pídeselo al Búfalo, al Esqueleto, a Treintamonedas, al Sardo...

—No están preparados... no valen para esto... corazón y cerebro, Frío... sólo los tenemos tú y yo...

—No me convence, Líbano, lo siento.

A la mañana siguiente, el Frío pagó un anticipo por una casa monofamiliar en Casalpalocco. Era bastante grande para sus padres y Gigio, y contaba asimismo, en caso de que decidiese usarlo, con un cuarto para él. Los vecinos eran un médico y un abogado. Su padre se negaba a aceptar cualquier cosa de él, de forma que tuvo que ponerse de acuerdo con su madre. Siempre por teléfono. En cuanto a la oferta del Libanés, la rechazó definitivamente con el enésimo «no me convence». Sin saber muy bien por qué motivo. Sentía que no era algo bueno, simplemente. Por lo demás, hacía ya tiempo que había renunciado a dar ningún tipo de explicación.

VI

A Patrizia le gustaba el Rana. Era su amigo, su confidente. El Rana siempre estaba de buen humor. Sabía manejarla cuando estaba enfurruñada. Sabía calmarla cuando estaba furiosa. Pero lo que más le gustaba de él era el modo en el que le contaba sus sueños.

—Soy rubia, mido uno y ochenta de estatura y tengo dos tetas así. Estoy en lo alto de una escalinata cubierta por una alfombra violeta y llevo en la mano un ramo de iris blancos. Debajo de mí hay un montón de chicos guapísimos vestidos de esmoquin. La orquesta entona *I Wanna Be Loved By You* y en mis larguísimas manos inmaculadas aparece como por milagro un pequeño banjo. El foco me ilumina. Empiezo a bajar, un escalón tras otro. Los muchachos deliran... los siento... siento su calor animal... soy su presa preferida... soy Norma Jean Baker...

—¿Quién?

—¡Marilyn Monroe, tontina!

Bastaba bien poco para que sus malos pensamientos se evaporasen. Patrizia se reía. El Rana era poco menos que un enano y tenía la piel verdosa.

—Estoy en el desierto de Sonora, en Arizona... Soy Minneaha, la reina de las pieles rojas. Los cazadores de cueros cabelludos me han capturado. Estoy atada a un árbol, iluminada por el claro de luna. Los cazadores me matarán. Pero antes tienen que violarme, uno a uno. Yo sé que Serpiente de Oro, mi hombre, está al acecho en algún sitio, detrás de una roca, o de un cactus, con su arco y sus flechas, listo para salvarme. Lo sé, y estoy cachonda. ¡Deseando que se retrase para que yo pueda gozar como se debe con ese hatajo de bestias!

—Pero ¿de dónde sacas esos sueños, Rana?

—Del cine, tesoro. Del gran cine de antaño. ¿Y tú? ¿Qué sueñas?

—Yo nunca sueño.

—¡Pobrecita! ¡Pero eso es terrible! ¡Nadie puede vivir sin soñar, nadie! Incluso... incluso el diablo, eso es, incluso él sueña de vez en cuando... y se imagina como un lindo angelito...

—Yo nunca sueño.

—Eso es porque tienes algo dentro de tu cabecita que te lo impide, cariño. Una especie de peso. Un peso que te oprime. Si te esforzases un poco por hacerlo salir, ese maldito peso...

—¡Ni hablar!

—¡Madre mía, Patrizia! ¡Eres un desastre! ¡No sabes soñar... no sabes llorar...!

Y, sin embargo... Dios mío, qué bien le vendrían unas cuantas lágrimas a esa carita afilada y astuta que tienes...

Llegados a ese punto, se acababa el juego. Patrizia lo interrumpía con cualquier excusa. Ella sentía que el Rana rozaba algo peligroso. Que la obligasen a mirar en su fuero interno: ésa era la única cosa que la espantaba de verdad.

El Rana tenía una cicatriz causada por un cuchillo que le atravesaba la mejilla izquierda.

—Un amante fogoso —le gustaba repetir, malicioso, mientras hacía parpadear sus diminutos ojos brillantes a los que rodeaba una tupida red de arrugas refractarias a cualquier crema de belleza. Y añadía canturreando el estribillo de la vieja canción de Tony Renis, *Quando dico que ti amo*:

—¡Es la pura y sacrosanta verdad!

El Rana sentía debilidad por los juegos peligrosos. Había nacido rico, había estudiado, siempre había sido raro. Por Patrizia hubiera sido capaz de dejarse cortar una mano, puede que incluso las dos. Era él el que la había convencido de que en un burdel como se debe no podía faltar un muchachito bien caliente.

—Para la clientela refinada con gustos un poco particulares...

Al principio, Patrizia no quería oír hablar ni de maricas ni, sobre todo, de menores. Por mucho que el asunto pudiese mantenerse en secreto, tarde o temprano el burdel acabaría adquiriendo una cierta reputación. Y entonces empezaría los problemas. Patrizia sabía que con la Patrulla Social era posible llegar a un acuerdo sobre todo, excepto sobre los menores. Los menores eran una cuestión tabú. Bastaba hacer entrar una sola vez por la puerta a uno de esos críos para arruinarse el resto de la vida. Recurriendo al llanto, a las ocurrencias y a las orquídeas, el Rana logró al final arrancarle un pacto: gestionaría personalmente una habitación en el segundo piso; pero, a diferencia de las chicas, algunas de las cuales eran huéspedes permanentes, los jovencitos, cuya edad, por encima de los veintiuno, debía quedar siempre rigurosamente garantizada, se reclutarían de una vez para otra, según la necesidad, y no podrían quedarse a dormir en el burdel. Cuando se supo la historia de los maricas, el Dandi se apresuró a mofarse de Ricotta.

—Eh, Rico, tú que te lo hacías con Pasolini: ¿no tendrías por ahí un par de culos frescos?

Y Ricotta, tragando bilis, maldijo la vez en la que se le había escapado que él también, en una ocasión, una sola, ¿eh?, con el poeta...

Si al Rana le hubiesen gustado las mujeres, se habría casado con ella. Patrizia era su tipo. Puede que incluso estuviese un poco enamorado de ella. Por eso, cuando se presentaron los agentes Zeta y Equis les rogó que echasen tierra sobre el asunto. Pero para Zeta y Equis aquello era una cuestión de trabajo. Órdenes. Órdenes del mismísimo Viejo en persona.

—Os mandará a hacer puñetas —imploró el Rana.

—Y entonces nosotros le cerraremos el chiringuito —replicó Zeta.

—No es lo que creéis.

—¿Y quién ha hablado aquí de creencias? ¿Me equivoco o esto va de folleto?

—¿Se puede saber por qué tenéis que ser siempre tan condenadamente vulgares?

—¿Y por qué eres tú tan condenadamente marica?

—Buscaos a otro. Yo no os haré ese favor. Antes muerto.

—Muerto no, pero dentro de unos quince años, quizá...

Era una cuestión de trabajo. De chantaje. El Viejo decía siempre que los mariquitas eran terreno abonado. Los mariquitas son frágiles banderitas víctimas de la pasión. Todos los mariquitas acaban por cometer un error más o menos irreparable. Y acaban en el libro de asalariados del Viejo. Así era y así sería siempre. De forma que, a pesar de lo mucho que gritó e imprecó, al Rana no le quedó mas remedio que presentarlos a Patrizia como dos clientes de absoluta confianza. A ella le bastó una ojeada para calarlos: pasma, o incluso algo peor. Pero, eso sí, muy diferentes de aquel figón que la había atormentado antes de unirse al Dandi. Scialoja. Ése olía... ¿a qué olía? Ah, ése olía a tabaco y a empalago. Éstos apestaban a cuero y a metal. Mala gente. Patrizia se deshizo del pobre Rana con una mirada iracunda.

—Os habéis equivocado de día. Las chicas libran hoy. Pero si me concedéis media hora, os llamo a Milly la pelirroja y a Ketty la rubia...

—¡Vaya prisas! —le contestó el más alto de los dos, un hombre de ojos grises, pelo hirsuto, traje de corte impecable, agua de colonia de aroma amargo.

—Sí, ¿a qué vienen tantas prisas? —convino el otro, achaparrado, macizo, grasiento, un tipo de redecilla, brillantina y mechón sobre la calva.

El Gato y el Zorro, pensó Patrizia. Querían echar un vistazo al local. Patrizia los condujo para empezar a la planta baja. Zeta y Equis alabaron la sobriedad del mobiliario.

—Un acogedor saloncito para recibir a los clientes con la mayor discreción... pero ¿no hubiera quedado bien un bar?

—Hay bebidas en todas las habitaciones.

—Bebidas y a lo mejor un poco de coca, ¿eh?

—Aquí dentro nada de drogas.

—Lástima.

—¡Pues sí, una auténtica lástima!

En los pisos de arriba estaban las habitaciones.

—En el primer piso están las muchachas fijas. En el segundo las demás.

—¿Y esa puerta de ahí qué es?

—Ésa es por si os gustan los jovencitos.

—¡Por el amor de Dios! ¿Nos tomas por maricones?

—Venga, no me puedo creer que nos hayas confundido con unos mariposones.

Zeta y Equis inspeccionaron dos habitaciones al azar. Nada había sido dejado a la improvisación. De la gran cama circular a la nevera llena de bebidas, a las imágenes eróticas colgadas de las paredes, a los proyectores de dieciséis milímetros con una amplia oferta de películas pornográficas, o a los armarios abarrotados de instrumentos de todo tipo. Todas las habitaciones contaban con un pequeño baño. A saber cuánto habrían costado las obras. El Viejo, como siempre, había dado en el clavo: la situación era prometedora.

—¡Realmente admirable!

—¡Desde luego!

—Pero un tanto frío, ¿no te parece?

—Sí, recuerda a un hotel... ¡aunque tal vez a algunos les guste así!

—Puede ser.

—Además —añadió Patrizia, tratando de conducirlos hacia el salón de entrada—, en el sótano está el cuarto oscuro...

—¡Uhhh! ¡Eso huele a pecado!

—¡Apesta a pecado!

Zeta y Equis insistieron en verlo. El cuarto oscuro olía a desinfectante. En el centro había una mesa de mármol. Colgados de la pared: látigos, vestidos de látex, máscaras, cadenas. En uno de los muros había dos anillas. Zeta abrió un armario. Dentro había un auténtico almacén de lavativas.

—Os imagináis para qué sirven, ¿no?

—¡Qué asco!

—Los hombres son asquerosos —afirmó Patrizia.

—Si tú lo dices... —soltó Zeta.

Equis se echó a reír. Regresaron al piso de arriba. Patrizia intentó mencionarles de nuevo a las chicas. Zeta se acomodó en un sofá rojo. Equis, de pie, se encendió un cigarrillo. Patrizia le tendió de mala gana un cenicero.

—Un bonito negocio, en serio. Sería una auténtica lástima que le sucediese algo desagradable...

—¿Es una oferta de protección?

—Digamos que es una propuesta que podrías tomar en consideración... siempre que tengas ganas de...

—¿Qué necesitáis?

—Una habitación —susurró Zeta.

—Mejor dos —aventuró Equis.

—¡He dicho una! —lo fulminó Zeta.

—Es posible que se pasen por el burdel clientes relevantes. Clientes muy especiales. Hombres importantes que entre un negocio y otro de sus tumultuosas

existencias sienten la necesidad de concederse una pausa. Una pequeña e inocente bocanada de oxígeno en el mar de las adversidades cotidianas. Cabe la posibilidad de que estos hombres deseen desahogarse de una amargura, celebrar un éxito largo tiempo perseguido y por fin alcanzado. Sería interesante poder asistir a esos momentos de abandono. Observar. Escuchar.

—Entiendo. Queréis hacerles chantaje.

Zeta soltó una carcajada.

—¿Chantajear por vicios sexuales? ¡Qué idea tan absurda! Esto no es América, querida. Estamos en Italia. En nuestra querida y vieja Italia. ¡Aquí cuanto más poderoso es un hombre, más folla, y cuanto más folla, más le gusta a la gente!

—¡No olvides que somos católicos!

—¿Queréis que haga de espía?

—Pero ¡qué dices! Nos alquilas un cuarto... un cuarto desde el que podamos observar sin ser vistos... escuchar sin ser oídos... y nosotros a cambio te garantizamos que nadie, digo nadie, nunca, bajo ningún concepto... ¡te molestará!

—Para ser más exactos, dos cuartos —puntualizó Equis, ignorando la mirada de su colega.

—Pero no hace falta que lo decidas ahora —la tranquilizó Zeta.

—Volveremos.

—Mientras tanto, dado que ya nos conocemos y que el sitio parece bastante acogedor...

—Os llamo a las dos chicas —suspiró Patrizia.

Zeta negó con la cabeza. Equis sonrió.

—Con una hermosa señora como tú a nuestra disposición...

—¿Los dos juntos o uno a uno? —preguntó ella, gélida, mientras se quitaba el suéter.

Zeta admiró su frialdad.

—Ve a dar una vuelta —ordenó al colega.

Después de liquidar a los dos agentes, Patrizia llamó al Dandi y le contó lo sucedido. El Dandi le preguntó si habían follado. Patrizia lo mandó a la mierda. El Dandi se lo contó al Libanés. El Libanés dijo que a esos dos tipos había que cogerlos con pinzas. Viejos conocidos de Nembo Kid. Cuando llegase el momento oportuno, se lo explicaría todo. En cuanto al acuerdo, le pidió un poco de tiempo para reflexionar. En cualquier caso, aquello era asunto suyo. Patrizia no perdonó al Rana. Se sentía traicionada. Exigió su cabeza. El Rana le confesó llorando que aquellos dos bastardos le estaban chantajeando. Porque la única vez en su vida en la que, jugando a tú-das-yo-recibo, él había querido experimentar la emoción de dar, un pobre muchacho... por desgracia... un accidente... sin querer... no se había vuelto a levantar del suelo... Patrizia se mostró inamovible. El Rana se encontró en la calle

con los bolsillos llenos del dinero que le correspondía, y en el corazón un vacío desgarrador. Se ligó a un árabe en la plaza Navona y lo llevó a una pensión de detrás de la estación. El árabe tenía una especie de cuchillo, una navaja ridícula. Mientras le hacía cortes, el Rana cerró los ojos y se imaginó como el cuadro de San Sebastián.

1979, enero-junio

LA IDEA

I

La patria está amenazada por la chusma roja. Los colmillos escarlata de los bolcheviques están listos para despedazar a la nación. La Democracia Cristiana se embriaga con los cosacos, que patalean ansiosos por abreviar en la Plaza de San Pietro: se ve que no han tenido bastante con la lección de Moro. Hordas de jóvenes exaltados por las desviaciones marxistas se han apoderado de las calles. La universidad es una madriguera de subversión. La economía se encuentra a la deriva, lo que causa una gran satisfacción a los banqueros judíos. América está demasiado lejos para intervenir. Aquí no estamos en Chile, y ni siquiera es posible divisar a un posible Pinochet en el horizonte. Hay que moverse desde el interior. Como en Grecia. Cuando un sistema está podrido, es necesario derribarlo y sustituirlo por otro diferente. Cuando un miembro enferma de gangrena, hay que amputarlo. Es inútil, y suicida, esperar a que la infección se propague. Por eso ha llegado el momento de aunar las fuerzas antisistema alrededor de un gran proyecto purificador. Hacer un llamamiento a quienes, en las fuerzas armadas, en la policía, en la judicatura, en la Iglesia, en la universidad e incluso en la política no quieren resignarse a comer arroz y a permitir que los mongoles y los mujiks le pisoteen. Reunirlos a todos pero sin olvidar a la gente de la calle, por supuesto. Militantes idealistas, mafiosos, soldados en desbandada y también ladrones, asesinos, aquellos que, en definitiva, el lloriqueo comunistoide definía como «criminales». Todos unidos en la batalla común contra el Estado corrupto de la Estrella Roja de cinco puntas. Porque sólo destruyéndolo todo hoy será posible reconstruir mañana. Porque sólo aniquilando el viejo orden actual se podrá instaurar un Nuevo Orden para el futuro.

Cuando tenía que recuperar el aliento entre una filípica y otra, cosa que apenas sucedía, el profesor Sesudo se pasaba un pañuelo con sus iniciales por su espaciosa frente, una mano entre los muslos y el paquete marcado por lo ajustado de los pantalones, y los miraba uno a uno a los ojos con expresión alucinada.

Ellos le respondían con miradas distraídas y con sonrisitas de educación, las justas para simular un cierto interés, y en las que el Profesor, sin embargo —sin percatarse en lo más mínimo de las señales que ellos trataban de lanzarle—, encontraba el ardor necesario para embarcarse en una nueva parrafada. Entonces sus ojos volvían a vagar por las paredes del estudio —grabados con escenas de caza, un garabato futurista, una foto de tamaño gigante de aquel famoso escritor japonés que se había hecho el harakiri, banderas de Salò^[19], otra con la dedicatoria autógrafa del

príncipe Julio Valerio Borghese: «A los valerosos de la X MAS —EIA EIA EIA ALALA»^[20] — para después detenerse brevemente, con aire de reproche en el Dandi, quien se limaba absorto las uñas.

—Como iba diciendo... como iba diciendo... se trata de implantar una coalición de marginados. Es necesario sembrar el pánico. Desencadenar una campaña de terror capaz de hacer palidecer de envidia al mismo Robespierre. Nadie podrá ya sentirse seguro en la calle, en el estadio, en los trenes, incluso dentro de su propia casa. La gente no podrá por menos que preguntarse, confusa: pero ¿dónde estamos? Pero ¿en qué mundo vivimos? Y la pregunta sucesiva será: ¿quién nos podrá salvar? Entonces se precipitarán sobre nosotros, se arrojarán en nuestros brazos. ¡Y nosotros estaremos listos para acogerlos! A eso me refiero cuando hablo de «coalición de desviadores». ¡A los brazos y a las piernas que tendrán que poner en marcha nuestro Nuevo Orden!

Lo que quería decir el Profesor, tradujo el Frío, era que ellos se iban a verse obligados a colocar alguna que otra bomba, a disparar en la cabeza a unos cuantos rojos, y a cambio... sí, lo que ellos obtenían a cambio era lo más enigmático. El Profesor juraba por todos los santos que el Nuevo Orden tomaría el poder en poquísimo tiempo. Ellos mismos se quedarían estupefactos si supiesen cuántas personalidades de primer orden estaban al corriente del proyecto y aprobaban sus objetivos. Si no revelaba sus nombres, era por una cuestión más que comprensible de prudencia y, a la vez, porque no quería que lo tomaran por loco. Pero cuando el Nuevo Orden se hubiese instaurado, sus pecados serían amnistiados y sus méritos recompensados.

—Habrà que organizar un ejército... será necesario un servicio eficaz de espionaje... la experiencia de gente como vosotros resultará impagable... y lo que hayáis hecho por el advenimiento del Nuevo Orden se recordará siempre.

Al Frío, a quien le bastaba oír la palabra «política» para que le entrasen ganas de organizar una escabechina, la perspectiva de convertirse en general o en espía jefe le parecía más irresistible que una película de Alberto Sordi. ¡Sí, eso es, incluso ministro! ¡Señoras y señores, tengo el honor de presentarles a su excelencia el Frío, gran conde de Spinacetto, embajador del Infernetto!

—¡Vosotros no sois criminales, sino auténticos soldados de la Revolución Nacional! ¡Vosotros robáis y matáis para hacer realidad un objetivo más elevado! Vuestras actuaciones muestran de forma despiadada la progresiva decadencia y reblandecimiento de la horda roja... ¿qué otra elección puede tener en el día de hoy un joven inteligente, un talento forjado en la Tradición, sino la de practicar, cotidiana y conscientemente, el Mal?

¡Qué demonios sabría él!

Incluso el Libanés, a pesar de sus creencias fascistas, estaba perdiendo la paciencia. El asunto Moro no le había gustado. En cuestiones de política, el

escepticismo del Frío estaba más que justificado. Lo que había que hacer era aprender de tipos como el tío Carlo: vencieran los rojos o los negros, lo importante era permanecer en la cresta de la ola. El resto era pura barahúnda.

En cuanto al Dandi, después de haberse metido la lima en el bolsillo, se había puesto a contemplar el triste atardecer en la Ciociaria que presagiaba lluvia, o incluso nieve. La noche en el Climax Seven corría el riesgo de saltar. Hacer caso a un perdedor como Mazzocchio había sido una estupidez.

Mazzocchio, que había organizado el encuentro, veía cómo se le deslizaba entre los dedos el magnífico proyecto en cuyo éxito había invertido sus últimos restos de credibilidad. Tras una serie de golpes más bien desgraciados, había sido readmitido en el ambiente gracias a la intercesión del Puma. El arreglo con el Profesor debía constituir el pasaporte para un regreso por la puerta grande. Pero el tiro le estaba saliendo por la culata. Al parecer, iba a tener que seguir contentándose con las migajas.

El Profesor, mientras tanto, agitaba un viejo ejemplar de un libro con una esvástica en la portada.

—¡Aquí está escrito todo! —gritaba, haciendo aspavientos—. ¡Leedlo! ¡Documentaos! ¡Leed los *Protocolos de los sabios de Sión!*^[21] ¡La conspiración judía! ¡El proyecto sionista para conquistar el mundo! ¡Leedlo! Cultivaos un poco...

—¡Ahora sí que me ha tocado los huevos!

Flotaba en el aire. Había tirado tanto de la cuerda, el Profesor, que al final el Frío lo había enviado a freír espárragos. Se pusieron las cazadoras, listos para largar las velas, cuando Mazzocchio los detuvo con un gemido esperanzador.

—¡Esperad! El Profesor puede ayudarnos con las peritaciones...

El Libanés se encogió de hombros y siguió por su camino sin hacerle caso.

En cualquier caso, el Dandi había cogido el libro. En una revista había visto unas fotografías de una de las muchas casas que le gustaría tener. Estaba llena de libros. Aquello podía ser una buena señal.

II

La Mariano abortó a mediados de febrero. Vanessa, que a medida que pasaban los días se estaba convirtiendo en un elemento cada vez más valioso, se ocupó de todo. Treintamonedas la invitó a cenar a la noche siguiente. La Mariano estaba ya en Udine, en casa de unos parientes. Se escribieron un par de cartas desgarradoras, pero ella nunca volvió. Mejor así: aparte el hecho de que, en algún lugar de Campania, Treintamonedas tenía ya una mujer oficial y dos hijos, no existía ninguna certeza de que aquel hijo fuese realmente suyo. Con todo lo que había pasado entre las piernas de la Mariano, a saber quién era el que había dado en el blanco. En consecuencia: mientras se tratase de pequeñas orgías, camas redondas, esnifadas y veladas no había problema. Pero el amor era otra cosa, y no digamos los hijos, a éstos los llevamos en el corazón.

Vanessa, en cambio, era muy distinta a aquella grandísima zorra, incluso medio lesbiana, de la abogada. Una personita distinguida, elegante, una tipa con clase, que recordaba vagamente a la actriz con cara de niña enfurruñada que se dejaba untar con mantequilla en *El último tango en París*: es decir, al verla sonreír y cruzar las piernas se comprendía que en el interior había fuego. Sólo que era un fuego que antes había que domar. Como a todas las mujeres de verdad, como en todas las historias serias, no era el caso de tirársela a la primera de cambio. La Mariano, en cambio... le había abierto la bragueta la primera vez que se habían cruzado en el estudio de Nino Vasta... una auténtica furcia...

—¿Quieres un poco más de champán?

—Gracias.

Un auténtico desperdicio, que una como ella estuviese con un asqueroso como el Rata, que si no se chutaba, era porque iba ya empastillado, y que, si le fallaba la materia prima, era capaz de esnifarse hasta el gas del encendedor. Pero era sólo cuestión de paciencia, al final... Mientras tanto, disfrutaban de la velada en el Climax Seven. Un local que no estaba nada mal. Frecuentado por gente famosa. Todo en orden, en apariencia. Pero el Dandi se había enterado de que Nembo Kid tenía al gerente en un puño: deudas de juego, usura, unas cuantas fotografías comprometedoras con menores, en fin, que en unos tres o cuatro meses el tipo se vería obligado a ceder la licencia. Desde la noche en la que había hecho el ridículo con Patrizia, el Dandi se había jurado que aquel sitio acabaría siendo suyo. Nembo Kid y él se lo habían comentado al Libanés quien, incomprensiblemente, vacilaba. El Libanés iba detrás del Frío por el asunto de la villa en la Olgiate. Pero el Frío, como

siempre, no iba detrás de nadie. Al enterarse del asunto, Treintamonedas se había apresurado a informar al Sardo, quien se reconcomía en el manicomio. El Sardo le había ordenado que observase y vigilase. Por eso, además del placer de la compañía, aquella noche estaba allí cumpliendo una misión.

—¡Hola, Vanessa!

Treintamonedas alzó la mirada y se cruzó con la sonrisa de un joven alto que lucía una bonita chaqueta de paño oscuro y una corbata en toda regla. Vanessa, que le había devuelto el saludo, se lo presentó.

—Fabio Santini, un viejo compañero del colegio.

Antes de que hubiese tenido tiempo de inquietarse, Treintamonedas se dio cuenta de que Santini, Fabio, iba acompañado de una mulata despampanante con dos muslos interminables y una minifalda de vértigo que hacía hervir la sangre. Nada de celos, entonces, ningún motivo de preocupación. Se levantó educadamente e invitó a los recién llegados a unirse a ellos.

Fabio era una persona de conversación amena, un tipo como se debe: la mulata, que se llamaba Desy, no entendía una palabra de italiano y se restregaba sin cesar contra el joven susurrándole estupideces en una mezcla de español y dialecto incomprensible. Vanessa se mostraba relajada, a gusto, con el «viejo compañero de colegio». Era probable que por aquel entonces se la hubiese tirado. La verdad era que, a juzgar por la mulata, de mujeres sabía un rato. Podía tratarse de un joven abogado, o de uno simplemente forrado. En cualquier caso, a Treintamonedas no le disgustaba el muchacho y además el ambiente se estaba calentando, de forma que les propuso acabar la velada en su apartamento, donde un par de rayas de coca tal vez le ayudasen a desbloquear la situación con la enfermera.

Una vez en casa, mientras Treintamonedas ponía una de esas melodías ñoñas que tanto les gustan a las mujeres, Fabio y Desy se hicieron tres rayas de boliviana rosa. Rabiosos como gatos salvajes, con la nariz todavía enharinada, se abalanzaron sobre el sofá blanco que antaño había acogido las proezas de la Mariano. Vanessa no le hizo ascos a la mercancía, pero sólo le concedió un par de besos y le permitió que le toqueteara el pecho antes de anunciarle que estaba demasiado cansada, que había tenido un día muy pesado y que al amanecer empezaba su turno. Treintamonedas, un señor de la cabeza a los pies, se ofreció a acompañarla. Vanessa prefirió un taxi. Los dos pichones habían encontrado solos el camino del dormitorio. De nuevo a solas, Treintamonedas se percató de que no conseguía dominar el deseo que Vanessa —una auténtica «mujer con clase», un bizcocho al ron— había encendido y decepcionado. Mientras pensaba en llamar a Ojo Feroz para pedirle una de sus fulanas, su mirada se posó en la chaqueta de Santini, Fabio, que había caído a los pies del sofá durante el arrebato amoroso. Treintamonedas se acercó para verla mejor. Si se hubiese tratado de una pistola normal, no le habría prestado mayor atención. Pero lo que asomaba del

bolsillo interno era una Beretta 92S bifilar «perteneciente a las fuerzas del orden». De forma que de las dos posibilidades había que descartar una: o el tipo era un listillo, uno que circulaba con una pistola robada a algún policía, quizá un terrorista, o era uno de las «Fuerzas del Orden». Antes de nada, Treintamonedas se metió el arma en el bolsillo, entornó la puerta corredera de la alcoba, donde los dos se meneaban bien a gusto y la negrita chillaba como un águila, y a continuación procedió a efectuar un meticuloso registro. Cuando encontró el carné con la foto y el número de registro, comprendió que se le había metido en casa un madero.

Y ahí estaba el lío. Podía dispararles de inmediato, tanto a él como a la mulata, pero entonces tendría que enfrentarse al problema de las manchas de sangre, por no hablar del de los cuerpos y, sobre todo, de la posibilidad de que algún vecino mirón los hubiese visto subir. Podía llevarlos con una excusa a dar un paseo a orillas del río, pero el riesgo de un plan improvisado así por las buenas lo aterrorizaba. Y, sin embargo, tenía que tomar una decisión. Lo que le preocupaba no era el par de muertos: le había sucedido ya en Nápoles y se las había arreglado. Pero en este caso se trataba de una cuestión diferente. Estaba en su casa. Y no se le ocurría nada. Por eso, cuando el muchachote salió del dormitorio, desnudo y empapado de sudor, Treintamonedas sintió que lo invadía la cólera al ver su sonrisa franca e inoportuna. Le asestó una patada en los huevos y mientras el tipo se desplomaba con cara de asombro, le golpeó con el antebrazo en la nuca. Acto seguido se abalanzó sobre él y le apretó el cuello.

—¡Infame! ¡Madero de mierda! ¿Qué te pensabas que estabas haciendo, eh? ¡Vienes a mi casa, follas, y sólo eres un madero de mierda!

El otro forcejeaba, farfullando frases incomprensibles. Treintamonedas no soltaba la presa. El policía se estaba poniendo morado. Se asomó la mulata. Al ver la escena soltó un grito y se precipitó hacia la salida. Treintamonedas se arrojó sobre ella, la aferró por la cintura y la lanzó sobre el sofá.

—¡Ahora me ocuparé de ti, zorra!

Pero el policía había tenido tiempo de recuperarse, o al menos de llegar arrastrándose hasta la parte posterior de un mueble de estilo inglés por el que Treintamonedas había pagado un pastón a un anticuario de Coronari. A sus espaldas había dejado un rastro baboso de sangre, como el de un caracol. ¡Sólo faltaba que encima le estropeasen los muebles!

—Espera, te lo puedo explicar...

—¿Qué coño me tienes que explicar? Eres hombre muerto, ¿lo entiendes?

—No, te lo ruego, espera, pertenezco a la Criminalpol, te puedo ayudar...

Treintamonedas, que había cargado ya la Beretta, bajó el arma.

—Yo esnifo, amigo. Y tengo que mantener a Desy... mi vida no es fácil... cuando nos vimos en el local, llevaba dos días sin coca... estoy sin blanca, amigo. Nos

podemos echar una mano... tú a mí y yo a ti...

Parecía sincero. Pero ¿quién no lo parece cuando se encuentra desnudo y desarmado ante el cañón de una semiautomática con once balas dentro?

—¿Y Vanessa? ¿Qué sabe de ti Vanessa?

—¡Nada, te lo juro! Íbamos al mismo colegio, de verdad. Ella cree que soy periodista... venga, baja esa pistola... hablemos...

Acabaron por llegar a un acuerdo. Fabio le pasaría información sobre los procesos, cuando los hubiera, y lo avisaría de los eventuales arrestos. A cambio, Treintamonedas le suministraría la coca. Fabio le prometió presentarle a otros dos colegas interesados en hacer negocio. Treintamonedas le permitió vestirse de nuevo y retuvo la Beretta como prenda.

—¿Y yo qué hago? ¿Qué les cuento a mis superiores?

—Invéntate una historia. ¡Y ahora desaparece!

Al final, de todo aquello había salido un buen arreglo. En Nápoles pagaban y en Roma tendrían que empezar a hacerlo antes o después. Ahora sabía qué decirles a los demás: he reclutado a dos o tres de la bofia y los mantengo con coca. Nos pueden servir. Y si bien no era toda la verdad, poco importaba. Que, a fin de cuentas, no estaba casado con sus colegas: hacían negocios juntos pero, según se dice, hoy aquí, mañana ¿quién sabe?

III

Si bien la historia con el profesor Sesudo había acabado de aquella manera, se había corrido la voz de que el grupo tendía más bien a la derecha. Por ese motivo, en un abrir y cerrar de ojos se vieron asediados por una multitud de escolares, muchachotes con el pelo cortado al rape, suéteres firmados y palabras sangrientas en unas boquitas que seguían oliendo a leche. Fingían encontrarse con ellos por casualidad en el bar de Franco, o en los restantes sitios que frecuentaban, como en el Eur o en Fiumicino. Buscaban cualquier excusa para poder meter baza en la conversación, exhibían como trofeos de guerra armas que habían robado a la Brigada Política o a los carabineros, se lanzaban a cruentas descripciones de verdaderas o presuntas hazañas. Alguno había ya experimentado de verdad el bautismo de fuego, pero en su mayoría eran un bluf: pasada la cogorza, en caso de que consiguiesen salir de ella, corrían a refugiarse en brazos de mamá.

A algunos, como Sellerone, se les había metido en la cabeza adoctrinar a aquellos macarras, siguiendo el modelo del Profesor. El Libanés les había concedido una media hora de audiencia una tarde en la que se encontraba de particular buen humor: dos horas antes había decidido junto al Dandi y Nembo Kid alquilar la famosa villa de la Olgiata. Sin contar con el Frío, porque si tenían en cuenta sus vacilaciones, corrían el riesgo de tener que esperar hasta que las ranas criaran pelo. Sellerone, una especie de seudointelectual medio tiñoso que venía de Castelli y divagaba sobre los Maestros de la Tradición, trataba de explicarles que «todos los hombres que había eliminado» habían sido «justamente sacrificados a la Idea». Al margen de que el Libanés dudaba seriamente de que aquel desgraciado hubiera «eliminado» de verdad a alguien, aquella historia de la Idea se estaba convirtiendo en una auténtica tabarra.

—Pero vamos a ver, la Idea, la Idea... ¿se puede saber qué has salido ganando con esa Idea?

—Con la Idea no hay beneficios, Líbano. La Idea es precisamente lo opuesto al beneficio. La Idea aborrece el beneficio. Cualquier beneficio conlleva usura, y la usura es cosa de judíos...

—A ver si lo entiendo: ¿quieres ser pobre?

—Pobre en dinero, quizá, pero rico de gloria. ¡Y de tradición!

Mientras discutían, se había formado un grupo a su alrededor. Cuando el Libanés soltó aquella ocurrencia, se produjo una carcajada general:

—¡Entonces eres comunista!

Sellerone se puso como un tomate, parecía estar a punto de estallar. El Libanés

hizo un ademán al Esqueleto para que se acercase y le pidió su reloj. A continuación se sacó del bolsillo un juego de llaves y apoyó todo sobre la barra del bar.

—Esto es un Rolex, Sello. Y éstas son las llaves del Alfetta. ¿Sabes cómo consigue uno estas cosas? Con el corazón y con el cerebro. ¡Y no con la Idea! ¿Quieres un consejo? Mejor dicho, más que un consejo es, cómo se dice, una ocasión... mañana por la mañana llega un amigo de Sicilia. Un buen muchacho. Hay que ir a buscarlo a la estación, ayudarlo a descargar las maletas, pasearlo un poco por Roma y enseñarle las maravillas de la ciudad eterna... el pobre dispone de poco tiempo, tiene que volver a coger el tren por la noche... ah, me olvidaba: él nos trae una cosa y tiene que regresar con otra... coge tu coche y hazme este servicio, coges su cosa y le das a cambio la cosa que yo te daré a ti... luego, cuando hayas acabado, lo acompañas de nuevo a la estación, te aseguras que suba al tren y que éste se ponga en marcha... sólo cuando oigas el silbato... ¿sabes lo que es el silbato? Búfalo, ¿cómo hace el silbato del tren?

—Tuuuuu... tuuuu...

—Eso, muy bien. Tututu... tututu... sólo entonces puedes volver al coche y regresar aquí. Después me das el paquete del siciliano y a cambio obtendrás un Alfetta o un Rolex como éstos. Te aseguro que luego te irás a la cama contento y la Idea te importará un carajo... Bueno, ¿qué dices? ¿Te va la idea?

Sellerone del color rojo había pasado al tierra. Y las carcajadas a su alrededor eran de evidente escarnio. El Libanés pidió silencio. Las risas se acallaron.

—Vamos, Sello, di algo.

—Tú... ¡tú no crees en nada, Líbano!

—Pero ¿qué dices? ¡Yo soy fascista desde antes de que tú nacieses!

—¡Pero de qué fascismo hablas! —explotó Sellerone—. Esto es... esto es...

—¿Qué es esto? —lo provocó el Libanés.

A Sellerone le faltaban las palabras. O tal vez lo que le faltaba era valor para decir lo que pensaba. Aquella historia de la «coalición de desviadores», objetivo por el cual el Profesor lo había «infiltrado» en el grupo, era una auténtica gilipollez. Sello retrocedió y se marchó, seguido de las pullas del Búfalo.

—Cuando veas a la Idea... ¡salúdala de mi parte!

Pero había uno diferente de los demás, uno que no malgastaba saliva y que al final se convirtió de verdad en uno de ellos, uno que encajaba. Se hacía llamar el Negro^[22], era alto y enjuto, como el Frío, y su carácter se asemejaba además un poco al de éste. Ambos se hicieron amigos sin mayores preámbulos. Cuando estaban juntos, les bastaba la recíproca compañía para sentirse cercanos. Era como si todo lo que cualquiera de ellos mantenía a buen recaudo en su fuero interno entrase en sintonía con aquello que el otro ocultaba a su vez. Pero ¿qué había dentro de ellos tan duro que no fuera posible expresarlo? ¿Una rabia, algo no dicho y que no se podía

decir? No se podía decir, justamente. Entre ellos se entendían.

Una noche en la que el Frío estaba probando una partida de coca de los napolitanos, el Negro pasó por allí. Esnifaron juntos y el Negro le confesó que para él era la primera vez.

Había que hacerlo. Para probar. En esta vida hay que probarlo todo.

Se lo había enseñado su único y auténtico maestro: Julius Evola. Un genio condenado a una silla de ruedas por una bomba de guerra. Muerto hacía ya algunos años, viejísimo. Vivía en una casa miserable y le gustaba rodearse de jóvenes. En su juventud había sido pintor. No hablaba de política: sólo de la vida. El Negro lo había conocido y frecuentado cuando todavía era un menor. Nunca lo olvidaría.

—Todo, todo, ¿entiendes? Con él comprendí de verdad el significado de la Idea. La Idea no son palabras. La Idea son gestos sin palabras. Todo. El río de la vida. Y cuando se acaba, se acaba.

El Frío sentía que aquellas palabras descendían en su interior como una corriente de calor blanco. Y quiso revelarles una cosa que jamás le había dicho a nadie y que nunca le volvería a decir a nadie.

—Yo sólo he pensado una vez en el final, Negro. Tenía cinco años y estaba con las monjas. Me habían dado una sopa asquerosa, y yo la había tirado por la ventana. Pero la madre superiora se dio cuenta y nos hizo bajar a todos al patio. Una vez allí me dijo que recogiera la sopa con la cuchara y que me la comiese. Allí, delante de todos. Hasta la última cucharada. Ha sido la única vez en mi vida en la que he deseado morir. Y decidí que jamás me volvería a sentir así...

—Si quieres, puedo matar a esa monja.

El Frío sonrió.

—De eso se ha encargado ya el cáncer.

—Habrán sido tus oraciones. Esas cosas funcionan, Frío.

—¿Tú crees en ellas?

—Forman parte de la vida, ¿no? ¡Así que me las creo!

Grandes amigos, pues. Hasta el punto de que cuando el Negro le pidió un par de hierros para un asunto personal, el Frío le pasó sin hacerle preguntas una bolsa con dos revólveres, una semiautomática y una metralleta checoslovaca que habían robado a un botarate de la Autonomía.

IV

Al final abrieron el garito. Justo entonces el grupo de obreros que había contratado Ziccone terminaba de rehabilitar la villa del Frío en Palocco. Todos asistieron a la inauguración del Full'80. El Libanés, el Esqueleto, el Dandi, Nembo Kid, los Bufones, el Tapón, incluso Ricotta, en chaqueta y corbata: tan ridículo y fuera de lugar que le habían ordenado que se dejase ver lo menos posible y él, que el fondo era un buen muchacho, no se lo había tomado mal y había ido a hacer compañía al Búfalo. Montaban guardia en el exterior por si se producía alguna sorpresa desagradable: con el canuto en la boca, la mano en el hierro, y la atención puesta en todo aquel esplendor de tías despampanantes a sólo dos pasos, mientras rezaban porque les dejasen un poco también a ellos, pobres desgraciados.

Ojo Feroz, siempre a la caza, echaba una mano, y en caso de necesidad incluso las dos, a las muchachas reclutadas por el trío compuesto por Patrizia-Daniella-Donatella, yendo y viniendo del salón al piso de arriba y viceversa. El Frío había hecho un aparte con el Negro. Al Rata, cada vez más colocado, lo controlaba Vanessa. Treintamonedas, que la encontraba arrebatadora enfundada en aquel vestido de gasa sin sujetador, procedía con la habitual discreción. Sin prisas, ya que estaba escrito que antes o después la enfermera y él acabarían como tenía que ser. El Corbatero había acudido también acompañado de su mujer, sepultada en oro. El Maestro se asomó, saludó, y les deseó buena suerte en nombre del tío Carlo.

—Espero que no lo haya dicho sonriendo —aventuró el Dandi.

—Estaba muy serio —lo tranquilizó el Maestro.

Llegaron también el Puma, con su Dolores, que había engordado hasta el punto de resultar irreconocible, y Mazzocchio, con sus maneras taimadas.

En fin, toda una fiesta. Aparte de ellos, el público estaba fundamentalmente compuesto por invitados de honor. Gente de clase. En un cierto sentido, al menos. Califano y Fred Bongusto les habían dado plantón. Cuando el Búfalo había propuesto a Lando Fiorini, todos habían arrugado la nariz. Al final habían tenido que conformarse con un semidesconocido, Mimino Vitiello, uno que se consideraba como Buscaglione y que con su inglés aproximado destrozaba las canciones de Frank Sinatra. Lo soportaron durante un cuarto de hora, pasado el cual, decidieron que quizá fuese mejor sin la música y lo despidieron con un cheque falso: a fin de cuentas, aquel tipo no iba a protestar.

Pero entre actores, futbolistas y grandes comerciantes, con sus correspondientes señoras, el nivel de la velada seguía siendo alto. Entre los asistentes había también

una cara desconocida, un barrigudo perfumado de ojos porcinos que iba escoltado por dos guardaespaldas: vestía con mucho gusto y con el mismo gusto engullía. E incluso dos auténticos maderos —uno de la comisaría de la zona y otro de la calle Genova—, presentados por Santini, Fabio, que intercambiaba grandes palmadas en la espalda con Treintamonedas. Con una compañía así uno no podía por menos que sentirse blindado.

El Libanés le dijo al Frío que al barrigudo lo llamaban el Seco.

—Luego te lo presento. Tenemos que hablar.

Pero el Frío no perdía de vista a los dos amigos de Nembo Kid. Unas caras extrañas, que le recordaban a alguien. Conversaban con Nembo, el Tapón y el Dandi.

—¿Has visto alguna vez a esos dos? —le preguntó al Negro.

—No los conozco de nada.

Al responder, el Negro había desviado la mirada.

El Frío se acercó al grupo de Nembo Kid. El Dandi le presentó a los desconocidos: les habían echado una mano con los permisos y la licencia del local, dijo. El Frío no estrechó la mano que el más alto de los dos le tendía. Lo había reconocido. Se habían visto por primera y última vez en casa de Cutolo.

—¿Estaba bueno, el cordero?

El hombre sonrió y abrió los brazos como diciendo: ¿qué pretendes? Nembo Kid y el Dandi intercambiaron una mirada de preocupación. El Frío se despidió de ellos llevándose dos dedos a la sien, y se fue a hacer compañía al Búfalo y a Ricotta.

El Negro fumaba nervioso. No le gustaba mentir a los amigos. Pero no había tenido más remedio. No se había sorprendido al ver a los agentes Equis y Zeta conversando despreocupadamente con Nembo Kid, el Dandi y el Tapón. Aquella gente iba siempre detrás de algo. Lo habían abordado una mañana, hacía tres meses.

—Hay cosas que el Estado no puede ni hacer, ni reconocer que ha ordenado que se hagan. Pero para eso están los chicos listos como tú —le había dicho Equis.

Y el Negro, simulando sumisión, les había preguntado por el precio. Equis había soltado una cifra. El Negro se había dado media vuelta para marcharse. Zeta lo había llamado ofreciéndole el doble.

—La mitad ahora y el resto después.

El Negro había aceptado y ellos le habían pagado. Antes de dejarse, Zeta le había dicho que «perteneían al mismo bando».

Los dos espías creían haberlo reclutado. Pero iban muy desencaminados. La idea que le atribuían no era la auténtica Idea. Para él se trataba sólo de un experimento. Uno más entre muchos. Por eso le había mentido al Frío. Le gustaba separar las diferentes esferas de su existencia. Tal vez un día le contaría todo, quizá nunca. Justificaba en parte su conducta el hecho de que el acuerdo hubiese sido estipulado antes de que el Frío y él se conociesen. Se trataba de un mandato abierto: tenía que

estar siempre listo para entrar en acción.

El Libanés encontró al Frío contemplando la luna medio flipado y lo llevó al piso de arriba, donde habían dispuesto la sala de juego. A la misma se accedía por una puerta con un cartel en lo alto que rezaba: PRIVADO. Uno de los Bufones vigilaba la entrada. Dentro había cuatro mesas de póker, un banco de chemin y una ruleta abatible, un pequeño bar bien provisto y, en el papel de *maître*, el actor Bontempi. Años atrás había sido uno de los rostros más queridos del cine italiano. Después la coca, el juego y el whisky lo habían demolido. Ahora lo contrataban como carabina cuando había una partida millonaria. Una larva: en su cara marcada sólo quedaba un pálido atisbo del encanto que había tenido una vez. El Seco, sentado a una de las mesas de póquer, observaba el escenario. El Libanés le presentó al Frío y expuso su proyecto.

—Se trata de lo siguiente. El Seco es un artista en hacer circular el dinero. Nos ha echado ya una mano con el... local de Patrizia. Propongo que le confiemos la caja. O mejor dicho: una cuota de la caja. Él nos garantiza unos beneficios del cuarenta y cinco por ciento del capital invertido en seis meses.

El Frío escrutó al grasiento aspirante a socio.

—¿Y qué sabe hacer que nosotros no podamos hacer? ¿Usura? ¿Recuperación de créditos? ¿Inmuebles? ¿De verdad necesitamos otro socio?

Era evidente que aquella noche el Frío estaba molesto, pensó el Libanés, porque antes incluso de entender su idea ya la atacaba. El Seco no se inmutó y le respondió con una amplia sonrisa.

—Vosotros tenéis ya mucho que hacer, una infinidad de ocupaciones... yo, en cambio, sólo pienso en hacer circular el dinero. Es mi especialidad. Hablo de bancos, créditos altos, Bolsa, especulaciones inmobiliarias... hablo del capital... cojo el diez y os devuelto el cuarenta y cinco, tal vez incluso el cincuenta... yo sólo pienso en esto...

Aquel hombre no le gustaba. Como tampoco los policías de abajo. Toda aquella situación no le gustaba. Había demasiada confusión. El Frío necesitaba tiempo para pensar.

—Es igual que el cuerpo humano, Frío —proseguía el Seco—, están las piernas para andar, el cerebro para pensar, el corazón para las decisiones...

—¡Corazón y cerebro! —rio con amargura el Frío y añadió, mirando fijamente al Libanés—: A nosotros no nos faltan, Líbano. ¿Qué necesidad tenemos de él?

El Libanés se enardeció.

—¡No podemos hacer todo solos! El volumen de los negocios se multiplica a diario... y no podemos pasarnos el tiempo haciendo cuentas... dentro de nada tendremos que volver a la calle...

—¿Cómo lo sabes?

—¡Lo presiento! ¿Me he equivocado alguna vez? ¡Lo presiento! Además, para ser francos, tú y yo, tal vez el Dandi y Nembo Kid... somos gente que razona... pero ¿y el resto?... ¿Durante cuánto tiempo crees que conseguiremos tenerlos bajo control? El Búfalo, el Esqueleto, Treintamonedas, pueden hacer una gilipollez en cualquier momento, y nosotros nos veremos obligados a remediarla... necesitamos dinero, hombres, ideas... ¡no podemos hacerlo todo solos, Frío! ¡Hazme caso, por el amor de Dios!

El Libanés no se equivocaba. El Libanés nunca se equivocaba. El Frío dijo que aceptaría el plan a condición de que cada uno de ellos pudiese seguir invirtiendo por su cuenta una parte de los beneficios.

—¿Y quién ha dicho lo contrario? —sonrió el Libanés—. Imagina que tenemos que repartir dos o tres mil millones: mil millones, una cantidad miserable, se la damos al Seco para que la invierta. Con ella ganamos mil quinientos...

—Incluso mil setecientos si todo va bien —precisó el Seco.

—Mil setecientos —prosiguió el Libanés—, uno lo cobramos nosotros y siete se los damos de nuevo al Seco que los convierte en...

—Está bien, me habéis convencido —le interrumpió el Frío, quien empezaba a perder la paciencia.

A continuación cogió al Libanés del antebrazo y se alejó con él unos pasos.

—Abajo he visto dos caras de mierda...

—Entiendo, entiendo. Pero no te preocupes. Son amigos de Nembo Kid. Nos pueden ayudar. Protección, ¿entiendes? Para nosotros y también para Patrizia... Luego te cuento... ¿Cuánto crees que nos seguirán dejando en paz Borgia, la pasma, y el resto de la compañía? Ahora somos famosos, amigo mío. ¡La protección nos sirve y cómo!

Cuando el Frío estaba a punto de replicarle, oyeron un vocerío procedente del piso de abajo. El Seco se puso de pie de un salto mascullando algo sobre sus guardaespaldas. El Libanés y el Frío se precipitaron escaleras abajo.

El Sardo había obtenido a la fuerza otro permiso: aquel manicomio era un auténtico colador. Ahora pedía venganza a voz en grito porque no sólo habían organizado todo aquello sin informarle, sino que además ni siquiera lo habían invitado a la inauguración.

Treintamonedas, que aprovechando una visita del Rata al baño para pincharse, había acorralado a Vanessa en un rincón, tuvo en el silencio cargado de tensión una salida afortunada:

—¡Aquí tenemos al labriego!

De forma que al Sardo no le quedó más remedio que tragarse la rabia: las pistolas no sirven de nada contra las carcajadas.

Al ver aquella máscara cubierta de sangre que seguía implorando sigue, otro golpe, sigue, amor mío, el muchacho árabe se había asustado. Se había vestido a toda prisa, había arramblado con la cartera del Rana y había salido de allí como alma que lleva el diablo. El portero de noche había sospechado al verlo pasar como alucinado por delante de él, había subido a echar un vistazo a su viejo amigo, el Rana, marica, pero amable y generoso. Había abierto la puerta 216 con la llave maestra, había vomitado y había llamado a una ambulancia. Pero el Rana era uno que no se moría aunque lo matasen. Y, si bien había perdido mucha sangre, todavía le quedaba bastante para otra decena de años de juegucitos obscenos. Para ponerlo fuera de combate había sido necesario usar doble anestesia. Antes de perder el sentido había tenido tiempo de soltar un torrente de maldiciones contra sus salvadores: porque él no quería que lo salvaran. Él quería morir, y morir feliz. Y el hecho de que fuese alguien diferente no era un buen motivo para negarle el consuelo de una muerte deseada. Ahora, en una habitación miniaturizada del Policlínico, vendado como una espantosa momia, con los brazos inmovilizados por el gotero, todavía atontado por los sedantes, y sin poder dormir a causa del escozor incandescente de las heridas, trataba de convencer a aquel atractivo policía de aire sombrío que todo aquello no había sido sino un intento de suicidio.

—¿Y el árabe?

—No había ningún árabe.

—El portero les vio.

—El portero se equivoca.

—Ustedes subieron juntos.

—Por pura coincidencia.

—No voy a tener más remedio que denunciarle por complicidad.

—Haga lo que quiera.

Scialoja lo observó con una sonrisa de compasión. Era una de las criaturas más espantosas que había visto jamás. Tenía una sarta de antecedentes por delitos sexuales. Sus colegas de la Patrulla Social decían que era un conocido gerente de burdeles. Un delincuente sin remisión posible. Su familia de origen —profesor universitario el padre, arquitecta la madre—, había renegado de él. Scialoja sólo veía en él a un viejo homosexual desesperado. Y las heridas no tenían mucho que ver.

—¿Quiere un vaso de agua?

—¿No ves el gotero? No puedo beber.

El policía suspiró. El Rana se arrepintió de haberse mostrado tan rudo. En el fondo, aquel tipo sólo cumplía con su deber. En el fondo, había intentado ser amable. En el fondo, era un pedazo de tío.

—Perdone —susurró—, estas malditas heridas...

—No importa. Hábleme de usted. Dice que quería morir. ¿Puedo saber por qué?

—¿Y usted por qué vive?

Scialoja cerró su cuaderno.

—Volveré mañana. Espero encontrarle más disponible.

—¡No se marche! —refunfuñó el Rana—. No se vaya...

Aquel cuerpo caliente, a dos pasos de su propia ruina, le estaba devolviendo unas peligrosas ganas de vivir. Scialoja permaneció de pie junto a la puerta.

—No me creerá, pero todo empezó con una mujer...

—¿Está enamorado de ella?

—Extraño, ¿verdad? Pero así es. Patrizia es una mujer única... Si le hablase de ella es probable que usted la viese sólo como una puta.

Scialoja no se inmutó. Pero en su fuero interno saboreó el triunfo. Por fin aquella triste visita empezaba a tener un sentido. Porque el Rana significaba Patrizia: en eso consistía todo su interés por aquel crimen de tercera. El portero de la pensión lo había puesto sobre la pista después de que el binomio homicidio/complicidad que los chicos de la Brigada Criminal le habían gritado al oído le hubiese soltado repentinamente la lengua. ¿El Rana? ¿El Rana? Vive en la plaza Mercanti. Los muchachos de la Criminal se habían precipitado a dicha plaza y en ella habían encontrado a «la señorita Vallesi, Cinzia, conocida de la víctima, ajena por completo a los hechos». El informe había ido a parar al dossier contra desconocidos que había sobre el escritorio de Borgia, convertido en el cocinero de las sobras que los gastrónomos de la Fiscalía desdeñaban como si fuese queso podrido. Borgia lo había leído, se había reído muy a gusto, y le había pasado el expediente a Scialoja. Mientras tanto, el Rana hablaba de esa amante imposible que jamás podría poseer, y su lenguaje se iba tornando elevado, casi poético. Scialoja lo escuchaba fascinado, tenso. El Rana le pidió que le arreglara los almohadones. Se trataba de una simple excusa para sentir más cerca aquel cuerpo caliente. El policía se inclinó sobre él. Olía a tabaco y a resignación. Pero tenía los sentidos despiertos, en alerta. El Rana empezó a sospechar que el interés por Patrizia era algo excesivo. El Rana se enorgullecía de su talento natural como carabina. En su rostro lacerado se dibujó una sonrisa meliflua. Scialoja captó la señal y se refugió en el aplomo del comisario.

—Todavía no me ha dicho por qué quiere morir... ¿porque no puede ser suya?

—¡Pero si yo no quiero que sea mía! Es imposible adueñarse de Patrizia, nadie podrá ser jamás su dueño, incluso aquellos que piensan que la tienen en un puño...

—Ni siquiera usted...

—Digamos que ha decidido negarme su compañía.

—¿Se ha cansado de usted?

—Le presenté a las personas erróneas... pero tenía que hacerlo...

—¿Por qué?

—Sobre esto, si me permite, me acojo a mi derecho a no responder.

Scialoja comprendió que el momento mágico se estaba desvaneciendo.

—Se lo agradezco. Ha sido usted muy útil. Ahora me marcho, le dejo en paz...

El Rana soltó una carcajada. Una punzada de dolor le cortó la respiración. Tosió.

Con un ademán, indicó a Scialoja que se acercase.

—¡Detesto que me dejen en paz! Usted, más bien...

—¿Yo?

—A usted —susurró—, a usted no le importo nada... igual que la investigación... a usted le interesa Patrizia... quiere conocerla... o quizá... quizá la conoce ya, ¿eh?

Scialoja retrocedió. El Rana le aferró una mano.

—Venga a verme otra vez... le hablaré de ella... le diré cuáles son sus puntos débiles... pero no se haga ilusiones... acabará como todos los demás...

Scialoja cruzó el umbral, seguido de la risita venenosa del mariposón, y fue directo a la plaza Mercanti. Vio la casa, vio los coches de gruesa cilindrada que había a la entrada, vio dos jetas con aire de gorilas que vigilaban la entrada. Efectuó una visita al catastro y descubrió que la casa pertenecía a Vallesi, Cinzia, llamada Patrizia en su ambiente. Había sido adquirida en contante por un importe que sin duda era falso. El propietario anterior, un cierto Luciani, vivía en la calle Aurelio Saffi. Pero en dicha calle no había casas. Sólo una vieja caravana aparcada bajo un techo de paredes medio derruidas. Luciani era un viejo obeso y tatuado que apestaba a vino barato y que amenazó con azuzarles un perro roñoso y bastardo que olía a alcantarilla, y que no se hubiese movido ni siquiera a bastonazos. Un testafarro. Scialoja regresó con una garrafa de Olevano dulce y le hizo escupir el nombre.

—El Seco. Fue ese canalla, el que se ocupó del asunto. ¡Maldita sea, si pienso en todo el dinero que me pasó por las manos! Pero sólo pasó, ¿eh? Porque yo con el Seco tenía pendientes unas cuantas deudas... me quitó el coche, incluso la casa... ¡y ahora me veo obligado a vivir aquí!

En los archivos de la Brigada Criminal el archivo sobre el Seco era, cuando menos, voluminoso. El Seco poseía propiedades inmobiliarias. El Seco hacía circular el dinero. Pero se trataba de simples «se dice que»: nadie había conseguido pillarlo con las manos en la masa. El Seco tenía más conchas que un galápago. El Seco le había birlado la casa a Luciani y al final de la historia Patrizia resultaba ser la única y absoluta propietaria de la misma. El Seco nunca hacía las cosas por altruismo. ¿Estaba con Patrizia? ¿Era su tipo? ¿Y el Dandi? ¿Qué había sido de él? Scialoja volvió a acechar a Patrizia. La vio al tercer día. Salió por la mañana en compañía de

una amiga. Estuvieron fuera un par de horas y regresaron cargadas de paquetes y de bolsas. Desde su puesto de vigilancia, Scialoja reconoció las marcas de algunas grandes firmas de moda. Antes de volver a entrar, Patrizia se quitó las gafas de sol y pareció mirar en su dirección. Scialoja intentó esconderse instintivamente. ¡Vaya idiotez! ¡Ella no podía verlo! Y, sin embargo, aquella mirada le había llegado directa al corazón. A ciertas horas del día entraban unas muchachas, en otros momentos salían otras muchachas. Pocos hombres, y todos muy distinguidos: un presentador de televisión, un famoso periodista, un futbolista. Dos treintañeros de aire decidido, políticos o quizá militares, se presentaron juntos y se les hizo entrar. El cuarto día se dejó caer por allí el Dandi. Se apeó de una moto monstruosa, cogió una bolsa con el anagrama de Valentino de las maletas de la moto, y cruzó el portón mientras los vigilantes lo saludaban con deferencia. Aquella misma tarde aparecieron el Búfalo, un muchacho larguirucho que parecía nervioso, y Ojo Feroz, rodeando por la cintura a una tía despampanante con cara de aburrimiento. Scialoja redactó un informe informal para Borgia: el Seco le ha comprado un burdel a Patrizia. «Nuestros» chicos acuden asiduamente al local. El Seco no es un altruista. El burdel es una inversión.

—¿Recuerda cuando me preguntó que hacían con todo aquel dinero... el dinero del secuestro? Pues bien, aquí tiene la respuesta: compran, invierten. Están arraigando en el territorio... igual que ha hecho siempre la mafia...

Borgia consideró que aquello podía ser un buen punto de partida para una investigación, pero le replicó con un argumento basado en el sentido común.

—¿Y se habrían gastado todo ese dinero en un simple regalo a esa...?

—Vallesi, Cinzia... Patrizia.

—¡Porque en el fondo la propietaria es ella!

—Es la mujer del Dandi.

El juez ordenó que se procediese a una investigación fiscal. Scialoja le arrancó un puñado de hombres y volvió a la plaza Mercanti. Dos agentes pidieron la documentación a los gorilas de la entrada y se los llevaron a la Jefatura para verificar su identidad. Otros cuatro permanecieron de guardia para disuadir a los eventuales clientes. Scialoja entró con toda tranquilidad. Necesitaba un poco de tiempo. Patrizia, enfundada en un traje de chaqueta y con la melena recién cortada por un buen peluquero, parecía una ejecutiva.

—Hola, palomita. Veo que has ascendido unos cuantos peldaños. ¡Estás casi en la cima!

—Hola, madero. No me hago demasiadas ilusiones. Caer es muy fácil.

Si le sorprendía aquella visita inesperada, no lo daba a entender. Y tampoco daba muestras de estar asustada. Scialoja pensó que le habría gustado beberse con ella un Negroni bien frío. Patrizia le preguntó si quería echar un vistazo a la casa o si prefería pasar a la acción sin más preámbulos. Scialoja se encendió un cigarrillo.

—¡Vaya prisas!

—A alguien le podría parecer desagradable tu presencia aquí.

—¿Te refieres al Dandi?

Patrizia se encogió de hombros. Scialoja le dijo que no corrían peligro de ser molestados. Los ojos de ella brillaron irónicos.

—¿Se trata de una visita... oficial?

—¿No tenéis por costumbre ofrecer algo de beber aquí, en tu casa?

—Sólo se sirve en las habitaciones, querido. ¿Quieres que te llame a una chica?

Él dijo que no con la cabeza. Y la miró intensamente. Ella esbozó una leve sonrisa y le respondió con otro gesto negativo. Scialoja suspiró. Patrizia se sentó, cruzando sus largas piernas.

Una gatita dura y con garras... una de deja rastro por donde pasa...

Scialoja aplastó con rabia el cigarrillo. Patrizia no perdía el control. La situación estaba empezando a resultar paradójica. Cada vez que se encontraba delante de aquella mujer se hundía en la paradoja. Recordó al Rana, a su venenosa advertencia. Cinzia había crecido. Hasta su perfume era diferente. Más amargo, más contundente. Ahora transmitía mayor seguridad en sí misma. Cada minuto que pasaba con ella era como un reto. Scialoja deseaba doblegar aquella voluntad indiferente. Tenía ganas de hurgar bajo sus vestidos. De adentrarse más y más, hasta llegar al fondo. Al alma. En caso de que tuviese una.

—¿Hacemos una apuesta, Cinzia?

—Sólo si al final gano yo.

—¿Apostamos que consigo cerrar este sitio en... pongamos... una semana?

Ella se echó a reír. Con aquella risa suya, profunda, ambigua, gutural.

—¡Hazlo y me caso contigo!

Scialoja redactó un informe detallado para Borgia. Había que golpearlos en aquello que más se estimaban: el dinero, las propiedades. Había que empezar por aquel burdel. Irrumpir en él, fichar a todos los presentes, secuestrar el material, denunciar a la señorita Vallesi por administrar una casa de citas. Tenían pruebas para dar y regalar. Había que corregir el tiro. Hacerles daño. Todo el daño posible. Borgia se dejó vencer por los escrúpulos.

—Eso es asunto de la Patrulla Social.

—Son unos corruptos. Adelantémonos a ellos.

—No existe ninguna relación directa con el Dandi y con el resto del grupo... Me acusarán de invadir su terreno.

—Que digan lo que quieran. Actuemos antes de que sea demasiado tarde.

Pero la decisión correspondía al juez. El informe fue a parar a la Patrulla Social. A Scialoja no le gustó nada la sonrisa aviesa con la que, tres días después del envío de los documentos, el jefe de los puteros le comunicó que las investigaciones

seguían su curso.

1979, julio-diciembre

VIVIR EL MOMENTO

Al Angelito, un tipo insignificante, lo eliminaron la noche el 15 de agosto dos asesinos desconocidos. Un buen trabajo: siete disparos de semiautomática, quizá una Smith Wesson calibre 357 y, para mayor seguridad, un tiro de gracia en la nuca, debajo de la masa de rizos rubios que le había valido el celestial apodo. En vida, el Angelito de angelical había tenido bien poco, o nada, más bien: en cualquier caso, el honroso pasado de atracos y viajecitos de coca a Sudamérica no parecían motivos suficientes para justificar una saña semejante. A menos que la razón hubiese que buscarla en su parentesco con el Puma, porque el Angelito había sido, y hubiese seguido siendo por mucho tiempo de no haber tenido aquella inoportuna indigestión de plomo, el novio de la hermana del Puma.

Así, mientras Giuliana se desesperaba sobre el cadáver aún caliente rodeada de los agentes de la Científica y del juez instructor de turno diseminados, con aire de falso ajetreo, por el pedregal que había bajo el Ponte Bianco, lugar donde se había producido la desgracia, el Puma mostraba su pesar en el bar de Franco.

—Ya te dije cómo acabaría esto, Frío. Y a ti también te lo dije, Líbano. Pero... ¡vais a perder la cabeza! Que por tres miserables gramos de mercancía tenga que morir un buen chico como ése... ¿qué os costaba venir a buscarme? ¡Nos habríamos sentado alrededor de una mesa y habríamos resuelto todo! También a él, al pobre Angelito, se lo advertí: déjalo estar, mira que ésa es gente que no se anda con bromas... y ahora haced lo que os parezca, yo soy uno de la vieja escuela, yo no hablo, ¡pero en mi opinión os habéis convertido todos en unos infames!

—Puma —dijo el Frío muy serio—, yo te respeto por tus canas. A pesar de que te retiraste en el momento justo. Pero eso es agua pasada. Si hubiese habido algún problema, te habríamos buscado y habríamos hablado contigo. ¡Nosotros no tenemos nada que ver con la muerte del Angelito!

No sólo no tenían nada que ver, lo cierto era que nunca habían oído hablar de aquel tipo. De forma que, después de haber dado el pésame al Puma, se devanaron los sesos para resolver aquella historia. Cuando recuperó la calma, el Puma les contó que el Angelito, con el fin de apoderarse de un lote de mercancía que había dejado escapar cierta gente que no era de Roma, y dado que no podía perder tiempo, había contraído una deuda de sesenta millones. Pensaba devolverlos una vez vendida la droga, pero aquéllos le metían prisa, se produjo alguna que otra pelea, y al final lo habían castigado. La mercancía la guardaba él, el Puma, en un lugar seguro. El Puma, tras sumar dos más dos, había llegado a una conclusión:

—En Roma la droga es ahora cosa vuestra. Jamás me tragué esa historia de la gente de fuera que había dejado escapar tres gramos. Ya sabéis cómo era el Angelito: sabía guardar un secreto. No obstante, se lo dije: yo iré a hablar, trataremos de llegar a un acuerdo. Pero él se cerró en banda. Ahora vosotros me decís que no tenéis nada que ver y yo os creo, pero entonces ¿quién ha sido?

Pues sí. Buena pregunta. Al Libanés le preocupaba aquella historia. Que una partida de mercancía hubiese podido quedar fuera de su control lo inquietaba. Una de dos: o bien se trataba de una organización rival, o bien en el grupo había algún judas que estaba tratando de hacer negocios por su cuenta como en los viejos tiempos. Eso sin contar con que con el homicidio se arriesgaban a volver a tener a Borgia pisándoles los talones: exceptuando a los terroristas, los únicos que habían disparado últimamente en la calle habían sido ellos. Todo hacía pensar que al Angelito lo había dejado tieso uno de ellos, o uno que los estaba emulando. El Frío quiso ver la droga.

El Puma los condujo a un garaje de la Ostiense. La coca estaba en una caja fuerte encastrada en el hueco que había entre dos tabiques, cubierta por el extintor reglamentario. El encargado del negocio era Rostro Pálido, un plasta con un pie en cada bando, informador a la vez que socio ocasional. El Frío admiró el dispositivo, pero no pudo por menos que preguntarse si el Puma le habría contado toda la verdad. Lo mismo pensó el Libanés: desde que se había negado a formar parte del grupo, el Puma les estaba ocultando algo. En cualquier caso, estaba claro que la mercancía no era suya: coca de mala calidad, cortada y vuelta a cortar, que producía picor en la nariz e hinchaba de inmediato la garganta. Material sólo apto para pijos de permiso en los barrios bajos. El Angelito debía de estar loco si pensaba lanzarse con un negocio tan miserable. Y, sin embargo, alguien lo había engatusado a lo grande.

—Te tendremos al tanto, Puma. Pero te repito: nosotros no tenemos nada que ver.

De vuelta en el bar de Franco, el Libanés y el Frío se pusieron manos a la obra. Convocaron a los jefes de zona y ordenaron un control general sobre las entradas y salidas de droga. Informaron a los compañeros y a la noche siguiente sacaron cuentas en casa de Treintamonedas. Uno a uno, el Dandi, Treintamonedas, el Tapón, los Bufones, Ojo Feroz y el Esqueleto cantaron la misma canción: por cada gramo de droga que había salido había entrado una cantidad de dinero equivalente. Todos los camellos tenían al día sus pagos. Nadie había señalado ningún movimiento sospechoso. El Libanés verificó personalmente las cuentas. Todo estaba en orden. Lo que significaba que, a menos que uno de los compañeros de mayor confianza hubiese cambiado de chaqueta repentinamente, ninguno de ellos era responsable de lo que le había sucedido al Angelito. Entonces, ¿de quién se trataba?

Ojo Feroz aventuró una teoría.

—Lo mató la pasma. La coca procede de un secuestro y él se había metido en tratos con uno de esos canallas uniformados.

El Libanés encargó a Treintamonedas que ordenase a Santini, Fabio, que hiciese averiguaciones: si detrás de toda aquella historia había un policía corrupto ¿quién, mejor que él, podía descubrirlo?

Ojo Feroz dijo que, según contaba una de sus amigas furcias, alguien había visto a los hermanos Bordini frecuentar la zona durante los días precedentes.

El Dandi se echó a reír: conocía a los Bordini desde los tiempos de la guardería. Eran dos tipos imprevisibles, de acuerdo, pero también una auténtica nulidad, gente que sólo servía para tirar del bolso. Imposible imaginarlos como autores de un delito tan bien urdido y tan magníficamente ejecutado. El Frío le replicó que, en cualquier caso, valía la pena indagar también en aquella dirección. El Tapón se ofreció como voluntario.

Ricotta propuso que informaran de los hechos al Sardo, quien, a fin de cuentas, seguía siendo su jefe. Sus palabras produjeron un silencio colmado de sobreentendidos. A raíz, sobre todo, de la escena del Full'80, el Sardo estaba perdiendo puntos. Hasta el punto que había empezado a asediarles con cartas infames desde el manicomio: pedía esto y aquello, nada le parecía bien. En pocas palabras, tarde o temprano no iban a tener más remedio que afrontar también aquel problema. Pero Ricotta, que tenía un corazón de oro, no tenía por qué participar del hastío general. Todavía no, al menos. Cuando llegase el momento oportuno, tendría que decantarse por unos u otros.

—Está bien, escríbele una carta y averigua si sabe algo —le concedió ambiguamente el Libanés.

Todos se echaron a reír: la escasa familiaridad de Ricotta con el alfabeto era legendaria.

En ese momento, Nembo Kid miró en derredor y preguntó por qué el Búfalo no estaba allí.

II

El Búfalo había visto a Treintamonedas por la tarde y le había dicho que en su zona todo estaba también en orden. A continuación había añadido que lo sentía por el Angelito, pero que en el fondo se la había buscado él. Parecía normal, quizá un poco eufórico, pero era el Búfalo de siempre, vaya. La crisis le sobrevendría un par de horas después. No obstante, llevaba ya un rato deambulando por los barrios presa de una agitación que no era capaz de definir. Tal vez se debiese al verano, a los muros sudados y a la hedionda mezcla del calor y los gases de los coches. Quizá fuese a causa del episodio del burdel: una de las chicas de Patrizia se había negado a que le apagase el cigarrillo en el pecho. En realidad, el Búfalo no tenía ningún interés en quemarla. Sólo que, buscando el modo de excitarse había recordado la fotografía de una revista pornográfica, cosas del pasado, de cuando, como cualquier adolescente, iba tirando gracias a las pajas. Lo cierto es que el asunto se podía haber arreglado por las buenas: si la chica no se hubiese puesto a gritar que era un loco peligroso, un sádico, o algo por el estilo, él se habría contentado con un polvo rápido y el asunto no habría pasado a mayores. Pero la muchacha no dejaba de chillar, y el Búfalo se había visto obligado a cerrarle la boca con una bofetada. Un ligero guantazo, nada más. Sólo que la situación se había precipitado. Patrizia había bajado a toda prisa al sótano, lo había agarrado por el cuello —¡vaya fuerza tenía, la muy zorra!— y el Búfalo se había encontrado de patitas en la calle. Tomarla con las mujeres no era posible, y hasta el deseo de quemarlo todo se lo había tenido que aguantar: Patrizia era intocable, el Dandi nunca se lo perdonaría. Había que mantener la calma, como habría dicho el Libanés. ¡Calma! ¡Una palabra! Ni siquiera él sabía cómo había ido a parar a aquella porquería de bar, en esa lechería, que había a espaldas de la vieja fábrica de la MiraLanza. Pero cuando el Lejía, el albino, un chulo de mierda, un cero a la izquierda, una auténtica nulidad, le había echado en cara una vieja historia de cobros de créditos, toda la agitación que llevaba dentro explotó. Cogió una botella y se la rompió en la cabeza. El Lejía, convertido en una máscara sanguinolenta, retrocedió unos pasos. El Búfalo agachó la cabeza y le dio de lleno en la tripa. El Lejía se desplomó. El Búfalo, a caballo sobre él y con las manos en la garganta, lo habría estrangulado allí mismo, delante de quince personas como mínimo, de no haber sido porque lo apartaron de allí.

—¡Ésta me la pagas, cabrón!

Al Búfalo se le había pasado la cólera. Él era así. Volvía a ver con claridad, la niebla que lo rodeaba apenas unos momentos antes se había disipado en un abrir y

cerrar de ojos. Ni siquiera temblaba ya.

—Olvidémoslo —dijo, sacudiendo la cabeza. Pero el Lejía insistía mientras se limpiaba la cara.

—Pero ¿quién te crees que eres? Yo no te tengo miedo... yo no tengo miedo de nadie... ¡acabaré contigo, pedazo de mierda!

—Olvídalo, que es mejor...

—¡Ya te gustaría a ti! Me has arruinado la cara, me has... ¿qué te has creído, Búfalo? ¿Que porque tienes dos o tres amigos toda Roma se caga encima al verte pasar? Me meo en ti, en el Frío, y en ese otro que llaman el Libanés... ¿lo entiendes?

—Deja en paz al Libanés, que es mejor para ti...

—¡Me cago en vosotros, capullos!

¿Qué hacer? El Búfalo estaba exhausto y no veía la hora de volver a casa tranquilo. Los quince de la lechería, además, empezaban a mirarlo en un modo extraño. Si les daba tiempo de organizarse, acabarían dándole una tunda. Sólo que aquel animal había insultado a sus amigos y tenía que pagar por ello. Con calma, no obstante, como habría dicho el Libanés.

—Nos volveremos a ver —dijo el Búfalo, y se encaminó hacia la salida. Nadie osó detenerlo. El Lejía seguía dedicándole todo tipo de insultos.

La proeza llegó a oídos del Libanés. El Búfalo aguantó el chaparrón con el rabo entre las piernas. Con todo lo que había en juego, y a él le daba por ir a jorobar a las muchachas. Y en el local de Patrizia, para mayor inri. De no haber sido porque se trataba del Búfalo, un viejo colega, el Dandi lo habría despedazado con sus propias manos. ¡Cómo se le ocurría insultar a aquella pobre chica! ¿Le parecía un comportamiento digno de un hombre, el suyo? ¡Cigarrillos!

—Ya sabes cómo es, Líbano, a veces me agarra una cosa y ni siquiera yo...

¡Y luego estaba la gilipollez de la lechería! Ahora no les quedaba más remedio que dar una lección a aquel rufián de tres al cuarto. ¡Ensuciarse las manos con un guñapo como ése cuando tenían a Roma a sus pies!

—¡A ver al Lejía voy yo, Líbano!

—Eso sí que no, guapo. ¡Iremos todos!

Y fueron todos. O casi todos. Un bonito ramillete, en cualquier caso. Excluido el Dandi, a quien era mejor tener al margen debido a la historia con Patrizia, el grupo lo formaban el Libanés, el Frío, el Esqueleto, con un pasamontañas, los hermanos Bufones, Ojo Feroz y, como no, el Búfalo, al que todos habían maldecido y que ahora se mostraba silencioso y arrepentido. Eran altas horas de la noche, pero el Lejía tenía las ventanas de su casa abiertas. El calor era asfixiante, la camisa se les pegaba al cuerpo y los vaqueros eran una auténtica tortura. La miserable chabola estaba sumergida en el silencio. Una hora antes, Ojo Feroz y el Frío habían discutido seriamente sobre la cuestión de las armas. Ojo Feroz se había emperrado en coger la

metralleta checoslovaca, la que le habían cogido al autónomo. El Frío le explicó que se la había prestado al Negro.

—¿Y quién te lo ha ordenado? Ahora le dices que te la devuelva.

Dado que las armas pertenecían al grupo y que el préstamo había sido una iniciativa personal, el Frío llamó al Negro. El Negro le dijo que por el momento no podía restituirla.

—Te lo explico mañana.

Y Ojo Feroz se tuvo que contentar con una Colt de cañón recortado y seis balas. El Frío eligió una Bernardelli *long-rifle*. Los demás tenían carabinas y revólveres.

Pero la pelea había enrarecido el ambiente y por eso estaban nerviosos cuando tiraron abajo la puerta a patadas y el Búfalo, abriéndose paso a codazos, entró disparando a ciegas sin preocuparse por apuntar. La oscuridad era absoluta. El resplandor del tiroteo iluminaba unos cuerpos que buscaban desesperadamente amparo bajo las sábanas y detrás de los muebles. Intuyeron, sin poder verlos bien, a dos mujeres y dos hombres, y el Libanés gritó que apuntaran a las piernas. El hedor acre de la pólvora se mezclaba con el sudor rancio de la noche estival. Los de dentro gritaban, imploraban. El Frío pensó que si los hubiesen querido matar, habrían bastado tres disparos certeros. Aquel despilfarro de balas era la coreografía impuesta por el Libanés. Aquella expedición contra esa partida de miserables era una porquería, pero no había más remedio que hacerla, maldito Búfalo.

—¡Venga! ¡Vámonos! —ordenó el Libanés.

Se retiraron dejando a sus espaldas un rastro de sangre, las luces que se iban encendiendo en las casas vecinas, y los gemidos de los heridos. Si nadie había hecho una gilipollez, no habría muertos. El Libanés se había mostrado categórico:

—Toda ofensa tiene un valor. Nunca se debe exagerar. Si se empieza a exagerar, se muere pronto.

III

El Negro y el Frío paseaban por el *lungotevere* de la Vittoria.

—No puedo devolverte las armas.

—Eso es un problema.

—Lo sé, pero no puedo hacer nada. Ya no las tengo.

—¿Se las has dado a alguien?

—Sí.

—¿A quién?

—A Sellerone.

El Frío se encendió un cigarrillo. El Negro debía de haber tenido sus buenos motivos para hacerlo, pero aquella entrega era como una especie de traición a su confianza.

—Sellerone es un cretino, Negro.

—Su Idea no coincide con la mía, aunque, en el fondo, es aceptable...

—Tienes que devolver las armas.

—Te las devolveré. Sólo es cuestión de tiempo.

—Sólo podré defenderte durante algún tiempo. Los demás están cabreados.

—¿No te fías?

—De Sellerone, no.

—¿Y de mí?

—Con los ojos cerrados.

El Negro asintió. Las cosas iban bien. También aquel problema se resolvería. No obstante, se había cometido un error. De una manera u otra, el Frío y sus amigos debían ser compensados por ello. El Negro decidió hablarles del asalto a la Caja de Ahorros.

—¿Fuiste tú?

—Yo y algunos muchachos más.

—¿Asunto político?

—También.

—Un buen golpe —le felicitó el Frío.

—Organización, preparación, estudio meticoloso... pero los billetes estaban marcados.

—Hay que blanquearlos.

—Pensaba dirigirme a unos tipos de Milán.

—¿Para qué ir tan lejos? Podemos hablar con el Seco...

- Es una idea
- Tendrás que decírselo a los demás.
- Cada uno tiene su parte, yo respondo de la mía.
- ¿Y la Idea?
- Cada uno tiene la suya, Frío.

Así era como debía funcionar entre hombres, pensó el Frío mientras le pasaba el cigarrillo. Pocas palabras y buena sintonía. El Negro dio una calada con desgana y se detuvo a observar a dos chicas rubísimas que caminaban apresuradamente en dirección al hostel del Flaminio. Turistas medio desnudas. Tetas grandes y largas piernas de ave zancuda.

- ¿Te gustan las mujeres, Negro?
- ¿Y a ti?
- Como a todos.
- ¿Vas a menudo al local de Patrizia?
- Nunca. He dicho mujeres, no putas.
- Putas, mujeres... ¿qué diferencia hay? ¡El acto es siempre el mismo!
- ¿De verdad lo crees?

—No siempre. Pero las mujeres pueden ser un problema. No hay que dejarse dominar por ellas.

- Basta encontrar la adecuada.
- ¿Existirá?

—Yo todavía no la he encontrado.

—Yo ni siquiera pienso en buscarla. Las mujeres van y vienen, Frío. Como todo en esta vida.

- Exceptuando la amistad.
- Eso. Exceptuando la amistad.

También Treintamonedas pensaba que la amistad era una gran cosa. Sobre todo, era importante tener los amigos justos en el momento justo. Santini, Fabio, sin ir más lejos. Al principio le había parecido alguien insignificante y, sin embargo, según parecía, a la larga se iba a revelar como un elemento muy valioso. En el ínterin había llevado a cabo una rápida investigación y le había garantizado que en el asunto del Angelito no había ningún uniforme de por medio. Luego, una noche en la que ambos se encontraban en el Climax Seven, el policía había dejado caer la bomba.

—Cincuenta kilos de Peshawar purísima. Secuestrados a un hindú de paso por Fiumicino. La mercancía no estaba destinada a nuestro mercado. Ese imbécil iba directo a Londres pero los perros lo delataron. La droga está en el depósito donde conservan las piezas de convicción. Tengo un amigo que trabaja allí, un empleado civil. Entrar será un juego de niños. A mi amigo lo contentamos con unas migajas. Yo quiero dos kilos de coca y un poco de dinero para saldar algunas deudas.

Treintamonedas informó al Libanés y al resto del grupo. El golpe parecía atractivo, cosa de coser y cantar, siempre y cuando las informaciones del policía fuesen exactas. Treintamonedas y el Tapón se encargaron de verificar que el asunto fuese factible. Al Búfalo, que deseaba una rápida remisión, le habría gustado participar en la acción. Pero no tuvo la posibilidad, dado que la Brigada Criminal lo arrestó en su casa a finales de agosto. En la orden de captura se hablaba —de hecho— de intento de asesinato. ¡Y pensar que el Lejía, su cuñado y sus respectivas furcias sólo habían recibido un par de arañazos en las piernas! Treintamonedas, por medio del consabido Santini, consiguió obtener un acta sujeta a secreto de sumario, que envió al abogado Vasta. De la misma resultaba que el Lejía había mencionado al Búfalo entre los posibles agresores. La investigación correspondía a Borgia. Carlo Bufones propuso que lo liquidasen de una vez para siempre. El Frío sugirió en cambio una oferta considerable y una retractación convincente: si lo hubiesen matado de inmediato incluso uno más estúpido que Borgia habría entendido. El Libanés le tendió la mano. El Frío fue a visitar al Lejía al hospital. Éste aceptó la oferta y prometió que, apenas le diesen el alta en el hospital, se presentaría al juez para retractarse.

A principios de septiembre, dado que el Negro había desaparecido de la circulación y que no se sabía nada de las armas, el Frío, Ojo Feroz y dos camellos deseosos de hacer carrera cogieron a Sellerone delante de la estación de Trastevere y lo condujeron a una casa segura en los alrededores de la calle Imbrecciata, que les había procurado Ziccone.

—Te doy una semana —le explicó el Frío—, o nos devuelves las armas o te convertimos en pasto para los cerdos.

IV

En la plaza Mercanti no hay ni ha habido nunca ningún burdel. Los reiterados controles, las entradas, los registros y la vigilancia no habían generado ningún «elemento penalmente relevante». Todo era fruto de la ceguera de un policía tan diligente como indiscreto. El comisario Scialoja había hecho una pifia colosal.

—¡Es una vergüenza! Tenía razón usted, no debía haberme fiado de los de la Patrulla Social... me equivoqué al no seguir su consejo...

Borgia sacudía rabioso el informe con el que la Patrulla Social había dado por zanjada la investigación. Scialoja nunca lo había visto tan encolerizado. Borgia pretendía que él lo consolase. Scialoja rehuyó la mirada lúcida e indignada del juez y se guareció en el humo del enésimo cigarrillo. Borgia seguía dando vía libre a su legítimo desdén. Scialoja buscaba las palabras adecuadas para desanimarlo. La noche anterior, Zeta y Equis lo habían esperado a la salida del cineclub donde proyectaban *Los vividores*, de Altman. No los había visto llegar. Había sido el último en salir de la sala, acompañado a la puerta por el proyccionista exhausto. Con un cigarrillo apagado en la comisura de los labios y conservando en los ojos y en el corazón la mirada perdida de Julie Christie, aturdida por el opio, y en los oídos la voz profunda de Leonard Cohen, había vislumbrado con un segundo de retraso a los dos tipos que habían salido de repente de detrás del tronco de un grueso tilo. Se había apresurado a buscar la pistola, pero aquellos dos habían sido más rápidos. El pequeño y robusto le había asestado un golpe con la rodilla en los riñones. El cigarrillo se le había desmenuzado entre los dientes, dejándole un gusto amargo en el paladar. El otro, alto y distinguido, vestido con un traje de lino blanco que brillaba en la estrellada noche estival, le había quitado la Beretta con una sonrisita burlona. Luego lo habían cogido de los brazos como al clásico juerguista borracho y lo habían arrastrado hasta los jardines cercanos de la plaza de Quiriti. La fuente canturreaba y el aire olía a jazmín y a abandono. El distinguido le había ofrecido un cigarrillo. Scialoja, todavía confuso por el golpe, lo había aceptado con gesto cansado. Al identificarse, Zeta y Equis hicieron centellear por un momento sus carnes.

—¿Quién me asegura que son auténticos?

—Lo son, lo son —le había respondido Zeta filosófico.

Se habían sentado en el borde de la fuente. Los últimos enamorados habían abandonado el último banco. Un pájaro nocturno había emitido su grito estridente. Zeta se limaba las uñas. Scialoja ya había visto a aquellos dos. Pero no recordaba ni dónde ni cuándo.

—Apoyo al terrorismo.

—Complicidad.

—Asociación subversiva.

—Banda armada.

Scialoja sintió una punzada lacerante en el estómago.

—No sé de qué estáis hablando.

—Sandra Belli. Prófuga en Francia. La ayudaste a escapar.

—Le avisaste de la redada.

—Has protegido a una brigadista.

—Estás hundido en la mierda.

—Hasta el cuello.

—Con el terrorismo no se bromea.

—Has pasado al otro lado de la barricada.

—Eres un policía vendido.

—Estás hundido en la mierda.

Se habían callado. Lo habían escrutado. Sarcásticos, despectivos.

—Sandra no es una terrorista.

Zeta se había echado a reír. Equis se había echado a reír.

—Ya. Sandra no es una terrorista. ¡Y Patrizia no es una puta!

Scialoja había recordado. Los había visto mientras vigilaba la plaza Mercanti.

Frecuentaban el burdel. Lo protegían.

—¿Qué queréis de mí?

—Un acuerdo —había suspirado Zeta.

—En el fondo estamos en el mismo bando.

—En el fondo no eres un mal muchacho.

—Sólo un poco indiscreto.

—Sólo un poco arrogante.

—Digamos que se te ha subido a la cabeza.

—Digamos que entre tres personas razonables siempre es posible llegar a un acuerdo.

—Digamos que la historia de la brigadista es asunto zanjado para nosotros.

—Digamos que te tomas unas vacaciones y te olvidas de Patrizia y de su...

—¿Actividad comercial?

—Digámoslo así: actividad comercial.

Scialoja se había encendido un cigarrillo.

—¿Y bien? ¿Qué dices? Me parece una oferta conveniente, ¿no, colega?

Scialoja había dado una calada con rabia.

—Escuchad. Puede que haya cometido una gilipollez con Sandra. En caso de ser así, estoy dispuesto a pagar las consecuencias. Pero esto no tiene nada que ver con el

burdel. Es sólo una tapadera. Una inversión para una enorme organización criminal. La mayor que haya operado jamás en Roma. ¡Estoy hablando de mafia, colegas!

Zeta había dejado de limarse las uñas con aire de disgusto. Equis había abierto los brazos en ademán de resignación.

—¿Lo oyes? ¡No lo entiende!

—¡No lo entiende!

—Nosotros venimos en son de paz...

—¡Y él nos sale con la mafia!

—¡Qué capullo!

—¡Un auténtico capullo!

—Tal vez no hayamos sido bastante claros...

—Tal vez hayamos sido demasiado buenos...

—Tal vez...

A Scialoja le habían entrado ganas de desenterrar el cinturón negro que reposaba en algún lugar de su armario. Equis había puesto cara de pocos amigos.

—Escucha, imbécil: estás jodido. Punto y final. Jodido. ¿Está claro? ¡Una palabra de más y mañana te encontrarás en Forte Boccea con una orden de arresto de un kilómetro!

—En otras palabras, te tenemos cogido por los huevos.

Antes de marcharse, Zeta le había devuelto la pistola.

Borgia caminaba arriba y abajo por su despacho.

—¡Esto no se va a acabar así! ¡Organizaré una buena! ¡Organizaremos una buena! He pedido una cita con el fiscal general. Yo sigo adelante. Si creen que basta con un informe anodino para... pero bueno ¡diga algo! ¡Mire que le están acusando de ser un retrasado, un idiota! ¡Diga algo, Scialoja!

Scialoja agachó la cabeza.

—Creo que tienen razón —susurró, incapaz de mirar fijamente a su interlocutor.

—¿Qué? Pero ¿qué dice?

—Tienen razón. Me equivoqué. Eso es todo.

Eso era todo. Scialoja dio marcha atrás. Abandonó a su destino la ira de los justos y la mala conciencia. Tras una semana de ausencia injustificada, el director mandó una patrulla a recogerlo y lo transfirió con efecto inmediato. Scialoja partió en dirección a Módena con una maleta llena de libros y el hígado rebosante de licor.

Las dos muchachas elegidas por Patrizia, una morena y la otra rubia natural, se afanaban con el pene de látex. El Negro, sentado en la posición del loto, observaba distraído sus movimientos sobre la gran cama con el baldaquín rojo. Su mente seguía el hilo de los recuerdos. Había regresado a la última noche que había transcurrido en casa de Evola. El Maestro, casi en las últimas, les relataba la aparición de Khrisna a Arjuna. Avatar: el dios se manifiesta en los momentos de crisis para llamar al hombre al orden. Khrisna le explica a Arjuna que cualquier acción es en sí misma inútil y superflua, pero que si la acción no existiese, los hombres pensarían que todo es inútil y se hundirían en un tedio mortal. El tedio de la no-acción que conduciría fatalmente al género humano a la extinción. Por eso es necesario actuar, pero con indiferencia hacia los frutos de las propias acciones. Actuar, sin gozar de la acción: ésa es la esencia. Mientras todos escuchaban fascinados la áspera voz del Maestro, el Negro lo había interrumpido, violando al hacerlo una regla sagrada.

—Pero ¿acaso no significa eso que la acción es hermosa en sí misma?

Un murmullo escandalizado había seguido a su intervención. El Maestro lo había invitado a precisar el concepto.

—Lo que quiero decir es que tal vez Khrisna lanza un mensaje oculto. Él, un dios, tiene frente a sí a un hombre, Arjuna. Khrisna sabe que la acción es el único valor que el hombre puede comprender. Y se lo ofrece en bandeja de plata...

—¿Con qué finalidad?

—Para que Arjuna cumpla con la misión que él mismo, el dios, le ha asignado... para que se decida de una vez a hacerlo sin plantearse demasiadas preguntas...

—Según usted, entonces, ¿se trataría de una vulgar técnica de control? En definitiva, ¿de una mera cuestión de poder?

—Eso es, Maestro.

—Vuelva cuando sea capaz de comprender —le sonrió el Maestro.

No había vuelto. Ya no tenía necesidad de maestros. Zaratustra había sido muy claro sobre ese punto: no respeta a su maestro quien sigue siendo alumno durante toda su vida. De aquel fragmento de su vida no le restaba sino la belleza del gesto. Las muchachas jadeaban. La morena se había percatado de la risa que asomaba por sus labios huidizos.

—¡No te rías! Estamos trabajando.

—Perdón. Seguid.

Se concentró en ellas. Hacían lo imposible por excitarlo y lo estaban

consiguiendo. Se dejó involucrar lentamente, con creciente convicción. El orgasmo empezó a subir: una marea rabiosa que ascendía de lo más hondo de sus entrañas. Cuando estaba a punto de alcanzar el cenit, lo contuvo mordiéndose la lengua. No podía perder energía. La iba a necesitar pronto. Muy pronto.

—Basta.

Las muchachas se dejaron caer sobre la sábana de seda. Haciendo una mueca, la rubia se pasó una mano entre las piernas. La morena desató el pene artificial y lo arrojó sobre la mesilla. A pesar de que ambas eran un regalo de Patrizia, les pagó generosamente. Se despidieron con un beso, luego el Negro se volvió a vestir, cogió la bolsa con las armas y recuperó la Honda con las matrículas falsas que había aparcado en el *lungotevere*.

Del hombre que debía eliminar sólo sabía que escribía en un periodicucho sensacionalista y que había molestado a la persona equivocada. Ni siquiera lo consideraba un hombre, sólo un blanco. El blanco de la acción. Lo llamaban el Piojo. Al darle vía libre, Zeta le había contado el origen del apodo. Se lo había puesto el político que lo tenía entre ceja y ceja en el curso de una de las innumerables cenas de poderosos. Zeta repetía riendo la frase exacta: «Si no deja de organizar líos, uno de estos días lo voy a aplastar como a un piojo».

El Piojo mantenía a una amante en el barrio Nomentano. Pasaba a visitarla regularmente dos veces por semana. Jamás se marchaba antes de la diez. El Negro llegó un cuarto de hora antes del tiempo límite. El Siciliano estaba ya en su puesto. Se intercambiaron un ademán de saludo. Un muchacho menudo, atezado, con unos grandes ojos que centelleaban inesperadamente de terror. Semianalfabeto. Un hijo del campo: Zeta le había contado que cuando era niño había sido violado por unos pastores. Su presencia sellaba un acuerdo cuyos detalles pocos conocían. El Negro no era uno de ellos, pero no era demasiado difícil entenderlo. Bastaba fijar unos puntos, trazar unas líneas, ver dónde se cruzaban éstas. Se movía como pez en el agua en aquella zona gris en la que el Estado y el Antiestado se estrechaban la mano. El secreto era que todo aquello le asqueaba y por eso salía de ello cada vez más limpio. Paradójicamente, la Acción lo mantenía casto.

Empezaba a caer una leve llovizna. El Siciliano, cuya misión consistía en cubrirlo, tenía orden de intervenir tan sólo en un segundo momento y en caso de necesidad. Lo que significaba que si algo salía mal, el Siciliano debería matar al Piojo y eliminar también al Negro. Al Negro esto no le preocupaba demasiado. Formaba parte de una táctica militar con la que estaba familiarizado. No debía haber testigos de lo acaecido. En cualquier caso, antes de tomar posición inspeccionó la larga calle arbolada, esforzándose por alcanzar con la mirada los techos en pendiente y las ventanas de los sólidos y elegantes edificios. Al parecer no había testigos molestos: para cualquier eventualidad, como medida defensiva extrema, llevaba consigo una

pequeña granada.

El Negro buscó amparo bajo una cornisa. Se había llevado un libro y fingía leerlo. Mientras el Siciliano podía despertar una cierta curiosidad, él no se diferenciaba en nada de la multitud de jóvenes que frecuentaban el Oficina, el cineclub de izquierdas cercano que habían incendiado ya un par de veces. En cualquier caso, la lluvia arreciaba y la calle estaba desierta. El Negro se arrebuja el cuello de la cazadora, cargó la pistola y enroscó el silenciador artesanal, un tubo de metal con un disco de madera y un poco de estopa. El arma era una Tanfolio: no muy reciente, pero de la mayor precisión. En el cargador había cinco cartuchos Fiocchi y cuatro Winchester modificados. Los peritos balísticos se llevarían las manos a la cabeza. El portón se abrió a las diez en punto. El blanco, enmarcado por la mortecina luz de una lámpara alta, tenía el aire sórdido de un chupatintas oprimido por su miserable condición. Miró en derredor, arrojó con un gesto colérico el cigarrillo que sostenía entre dos dedos y se puso en camino. El Negro salió de la sombra, dio dos o tres pasos y se colocó justo detrás de él. El blanco no se había dado cuenta de nada. La calle estaba desierta. El Negro sacó la pistola y efectuó tres rápidos disparos. El ruido de una lata aplastada. El blanco se retorció, jadeó y cayó sin un grito. El Negro se inclinó sobre él. Apoyó el silenciador en su frente y tiró por última vez. El cráneo explotó, proyectando fragmentos de sangre, huesos, materia gris. El Negro se había apartado oportunamente a un lado para esquivar las salpicaduras. Ya está, comunicó a su colega agitando la Tanfolio. El Siciliano alzó un brazo en señal de saludo y echó a correr en dirección de la plaza Verbano. El Negro se dirigió con calma al cineclub. La idea de pasar una hora en aquella madriguera de rojos le parecía un delicioso toque de clase. El problema fundamental de los rojos era que se sentían «masa». Y creían en el hombre. Y hasta es posible que fuesen una masa, pero de idiotas. En la caja había una muchacha de aire desolado, con el pelo rizado y dos tetitas inquietantes, que lo miró con malos ojos. Cumplimentó el carné con un nombre falso, pagó, ella arrancó el billete y se lo entregó con desgana. Mientras entraba en la sala oyó las primeras sirenas. La película era de los hermanos Marx: judíos pero divertidos. El Negro necesitaba relajarse. La acción lo había dejado exhausto. La energía que había generado gracias a las dos furcias y que había retenido en su interior se había desvanecido con los disparos. Le aguardaba un día importante. Debía ingresar el resto de la retribución. Debía resolver el asunto de Sellerone.

Equis le entregó el maletín con el dinero en el atrio de la Biblioteca Nacional, felicitándolo por el éxito de la misión. El Negro recibió sus palabras con una sonrisita de desdén. La historia del Piojo estaba en las primeras páginas de todos los periódicos. Se lanzaban encendidas acusaciones contra el presunto organizador. Corrían el riesgo de que aquel desgraciado resultase más peligroso muerto que vivo. Zeta, Equis, y aquel que les impartía las órdenes podían tener al Estado en sus manos,

pero lo cierto era que se comportaban como aficionados en su primer disparo.

Al caer de la tarde se reunió con el Frío delante de la estación de Trastevere, donde habían cogido a Sellerone, y le entregó una bolsa con dos pistolas y un fusil ametrallador del ejército.

—No son las mismas que me diste, pero son seguras.

—Está bien. Subo y te envío a Sellerone.

—Me alegra que todo se haya resuelto.

—A mí también. Sellerone habla demasiado pero en el fondo tenías razón tú, es un pobre diablo...

Se despidieron con un apretón de manos. El Frío estaba ya en el interior del Golf cuando el Negro lo volvió a llamar.

—La Tanfolio quema.

El Frío lo escrutó. Una mirada perpleja, una frase seca.

—El Piojo.

—Sí.

—Ten cuidado con los políticos —le advirtió el Frío, y arrancó.

VI

A pesar de la retractación, el Búfalo permaneció en Regina Coeli, y el Lejía fue acusado de complicidad. Desde que había perdido a su fiel Scialoja, a Borgia le rechinaban los dientes. Y por lo visto sus ideas empezaban a difundirse porque el juez instructor, en el auto en el que rechazaba la solicitud de puesta en libertad, había definido al Búfalo como un «exponente importante de una nueva criminalidad que se caracteriza por la extrema resolución en los medios empleados y por un absoluto desprecio por la vida humana».

—¡Yo lo mato! —había amenazado durante un coloquio con el abogado Vasta. Éste lo había calmado con una sonrisita de desdén.

—¿Por tan poca cosa? En Navidad estarás en casa. Te lo garantizo.

Quizá. Pero mientras tanto los días se sucedían interminables y aburridísimos. Por primera vez, al Búfalo le pesaba la cárcel. Recordaba algunas escenas de fuera, sobre todo aquella maldita tarde en la que se había comportado como un idiota. Corría el riesgo de arruinarlo todo. Pero por mucho que se esforzaba por encontrar una razón o una justificación, acababa siempre de forma ineludible en el mismo punto: soy así, no puedo evitarlo. Sucedió y basta.

Menos mal que del exterior, además de los paquetes y del dinero de la caja común, sólo le llegaban buenas noticias. El golpe de la droga había salido redondo. Treintamonedas, el Frío y el Tapón, con el Negro de cobertura, habían visitado el depósito de piezas de convicción a plena luz del día, pasando los controles gracias a las tarjetas que les había procurado el amigo de Santini. Los cincuenta kilos de Peshawar habían sido distribuidos en dos maletas de metal que habían pasado ante las mismas narices del cuerpo de guardia. Así que quizá por este motivo, y también porque pensaba en cómo se lo debían de estar pasando fuera los demás, el tiempo parecía no pasar nunca allí dentro.

En Navidad, por decisión de un subteniente de los carabineros dotado de un gran sentido del humor, le asignaron un compañero de celda: el Niño, que acababa de cumplir dieciocho años y estaba recién salido del reformatorio.

El Niño empezó con buen pie: al entrar saludó con educación y se presentó con su verdadero nombre, le pidió permiso al Búfalo para arreglar su camastro y le preguntó si le molestaba el tabaco. Era un muchacho delgado, menudo, de aire honesto y semblante astuto, mirada franca y una chaqueta de *tweed* propia de un actor de cine. El Búfalo, temiéndose que fuese un pijo, le preguntó de qué barrio venía.

—Nací en la plaza Euclide —respondió el Niño.

—No soporto a la gente bien de Parioli. ¿De qué se trata? ¿Canutos?

—Homicidio.

La cosa se ponía interesante. El Niño le contó su historia sin hacerse de rogar. Dijo que pertenecía a una organización revolucionaria nacionalsocialista que había decidido eliminar a un canalla, un abogado que los había vendido al *MSI* de Almirante^[23]. Él y otros cuatro compañeros habían preparado la emboscada y habían dejado tesa a la víctima a golpe de metralleta. Pero algo había salido mal en el momento de huir: un coche patrulla de los carabineros los había interceptado, se había producido un tiroteo y tres de ellos habían sido capturados.

—Por si fuera poco, eliminamos al hombre equivocado. Uno que se parecía al abogado, pero que no era él.

—¿Y ahora qué vas a hacer? ¿Invocar a san Nosénada?

—Prácticamente me cogieron en flagrante.

—¿Y qué?

—Me he declarado ya prisionero político.

—¡Uhhh, otro idealista! ¡Vaya coñazo con la política!

En cualquier caso, el pijo parecía un tipo cabal. A los jueces que acudían a interrogarlo los recibía con un silencio desdeñoso o los obligaba a rendirse a base de agrios comentarios. Durante los coloquios lo visitaban una señora elegante y una muchachita asustada: su madre y su hermana, invariablemente cargadas con ropa interior limpia, suéteres de cachemir a la moda y tortas de chocolate que el Niño repartía con generosidad. Sabía comportarse en la cárcel: a pesar de su juventud, tenía el aplomo de un veterano. Pasaba dos horas al día levantando pesas en la celda, sus cosas estaban siempre en orden y el Búfalo jamás lo había visto desgreñado o con un calcetín que desentonase con el resto de su vestimenta.

Poco a poco, también el Búfalo se abandonó a las confidencias. Le contó una parte —sólo una parte, ¿eh?— de sus asuntos, le habló del Libanés y del Frío, de Treintamonedas, del Sardo y del Dandi, de Patrizia, de sus chicas, de la droga, de los garitos, de la calle, en pocas palabras, y de la antigua y electrizante fascinación que ejercía ésta. El Niño lo escuchaba con atención, absorbía cuanto le decía, interrumpía poco y jamás sin motivo, hasta el punto que, por primera vez en su vida, el Búfalo se sintió el hermano mayor de alguien. Como una especie de Libanés o de Frío, vaya: aquélla era una sensación nueva a la vez que estimulante. El Búfalo había sido siempre un solitario. El afecto que empezaba a sentir por aquel muchacho le caldeaba el alma. Incluso lo obligaba a usar el cerebro: y no porque le faltase, como había intuido el Libanés, sino porque a menudo y de buena gana se olvidaba de tenerlo. De esta forma el Búfalo tuvo una feliz idea: le contó la historia del muchacho al abogado Vasta. El leguleyo había oído hablar de él: buena familia, parientes bien colocados, un montón de pasta. Claro que era una pena echarse a perder de esa forma en pos de

una idea que, si bien podía ser justa, sin la necesaria participación de otros no dejaba de ser una utopía. Claro que si al Niño lo asistía alguien... en los tribunales, se entiende... la persona adecuada...

—Está bien, abogado, he pillado el concepto. Pero ¿ahora qué le digo yo a ése?

Vasta le ofreció un consejo preliminar. Por la noche, el Búfalo le planteó la cuestión al Niño.

—Escucha: ¡como sigas adelante con la historia del prisionero político acabarás saliendo de aquí con los pies por delante!

—¿Y qué se supone que tengo que hacer?

—Confesar.

El Niño reaccionó con dureza.

—¿Crees que me asusta la cárcel?

—No, sé cómo eres. No tienes miedo. Pero tarde o temprano te hartarás. Piensa en cambio cuántas cosas estupendas podrías hacer fuera de aquí... con los amigos adecuados, quiero decir...

El Niño reflexionó por un momento, resopló y negó con la cabeza.

—¿Por qué no? —insistió el Búfalo.

—Si hablo, traicionaré a mis camaradas...

—¡Pero si no hace falta que les des ningún nombre, idiota! Basta con que les echés un hueso... Sí, su señoría, fui yo. Admito mi responsabilidad. Me arrepiento sinceramente de ello y quiero remediar las consecuencias. Pero nombres no...

—¿Crees que se conformarán con eso?

—¡Ay, Niño, mírate! Eres uno que ha estudiado, se ve a la legua... buena familia... te ha explicado bien que el delito lo cometiste cuando eras aún menor... con un buen abogado... confiesa, te aplicarán los atenuantes, le dices a papá que ofrezca un cheque a la familia de la víctima ¡y dentro de diez años pones el pie en la calle! O eso o la cadena perpetua.

El Niño pasó dos días aturdiéndose entre pesas y flexiones. Mudo como un muerto. Era evidente que pensaba seriamente en la propuesta. Y no hablaba. Se guardaba todo para sí. Un hueso duro de roer. El Búfalo, que no sabía lo que era espera y paciencia, lo despertó a la tercera noche con la excusa de que roncaba.

—Niño, quítame una curiosidad: ¿por qué vosotros y los fascistas os llamáis camaradas, como los otros?

—¿Y por qué no? «Camarada» es una bonita palabra.

—¿Has pensado en lo que te dije?

—Está bien, confieso y no vendo a nadie. Está bien, me creen. Pero así acabo, de todas formas, fuera de mi círculo...

—¿De qué círculo?

—Del mío.

—¿En qué sentido?

—Bueno, pensarán que soy un renegado...

—Ah —el Búfalo exhaló un suspiro de alivio—, si es por eso, deja que me ocupe yo. Dos palabras al Negro y todo resuelto...

—¿Conoces al Negro?

—El Negro está con nosotros.

En fin, que tras un breve tira y afloja, el Niño revocó al abogado de oficio, nombró a Vasta, y escribió una larga carta al Ministerio Fiscal.

A mediados de enero, el tribunal de casación aceptó el recurso del abogado Vasta y el Búfalo fue puesto en libertad. Salió de la cárcel convencido de haber hecho una buena obra: el Niño se estaba haciendo un hombre y él lo había ayudado a crecer. Algo en su fuero interno le decía que algún día se volverían a ver.

1980

CONSERVAR LA CALLE

El 7 de febrero por la tarde, Donatella sorprendió a Nembo Kid con una colombiana. Estaban en el picadero que Ojo Feroz tenía detrás de la basílica de San Paolo. Nembo trató de engañarla.

—No es lo que piensas... ella trabaja en la embajada... estoy poniendo en marcha un negocio...

Tras enviar a la sudamericana a recuperar su sujetador de talla XL y su par de medias de color turquesa, Donatella esperó pacientemente a que la morenaza largase velas y acto seguido sacó una navaja y le dejó un pequeño recuerdo a su hombre en el hombro.

Por la noche, cuando Nembo Kid se presentó en el Full'80 con cara de pocos amigos y el brazo en cabestrillo, fue recibido con una carcajada colosal. El detalle que más les divertía era que, hacía justo una semana, Nembo en persona le había regalado la navaja a Donatella. Añadiendo que era para su defensa personal: con todos los delincuentes que andaban sueltos...

Mientras celebraban aquel golpe memorable, Ricotta les presentó a cuatro tipos: jóvenes, elegantes, bien vestidos, habían pronunciado la contraseña correcta, por lo que parecían en regla. Los tomaron por amigos del actor Bontempi y los invitaron a beber con ellos. Con todo lo que aquellos primos iban a dejar en las mesas, bien podían mostrarse generosos con ellos.

Pero los cuatro rechazaron educadamente la invitación y a continuación extrajeron uno a uno sus tarjetas y se identificaron. Carabineros. El Búfalo, armado con el revólver, consiguió deslizarse sigilosamente hasta la salida. El Libanés tuvo la impresión de que los carabineros se daban cuenta de la maniobra y que, sin embargo, lo dejaban huir. Segundo elemento extraño, si se añadía a lo de la contraseña. Tercer elemento extraño: desdeñando el salón de recepción, en orden y con todas las licencias en regla, y antes de que pudiesen reaccionar, los guardias subieron sin más preámbulos al piso de arriba, irrumpieron en la sala de juegos, identificaron a los presentes y secuestraron cartas, fichas, dados, cheques, dinero en contante y pagarés. El cuarto y último elemento extraño, e inquietante a decir poco, era que sólo arrestaron al Dandi, al Libanés, a Nembo Kid y a Ricotta, quienes al amanecer habían recibido ya sábanas, mantas y una confortable habitación en el hotel de Puente Mammolo. Así como una orden de arresto por asociación delictiva para fines de estafa y ejercicio del juego de azar. Cosa de risa, de acuerdo, pero todas aquellas entradas y salidas se estaban convirtiendo en una auténtica lata.

Además, Rebibbia no era Regina Coeli: si bien había más espacio y el hedor a carne humana era menor, el reglamento era más severo y antes de que pudieran salir de las celdas de aislamiento, transcurrió una larga semana. Cuando por fin se volvieron a encontrar en el patio, todos estaban furiosos, decepcionados y en guardia.

En los días precedentes, Vasta les había hecho una demostración personal de su habitual buen humor.

—En lo que concierne al juego de azar, la imputación es errónea. El fiscal es Sciancarelli, un cretino. Podéis estar tranquilos. Si las cosas se ponen feas, cuando os pongan en libertad siempre podremos decir que al Full'80 ibais tan sólo a jugar, y lo resolvemos con una multa. Por desgracia, han precintado el local y me temo que os vais a tener que olvidar de él. En cuanto a la estafa, es necesario que los jugadores declaren que hacíais trampa. Lo que me parece bastante improbable y, en cualquier caso, por el momento no hay nada en las actas. ¡Animaos, como mucho, a principios de abril volveréis a estar fuera!

De forma que habían perdido el garito. Un daño insignificante, pero... paciencia. Nada más salir abrirían otro. Aún más grande, y rentable. El dinero no escaseaba. Lo primero era coger al canalla que había intentado jugársela, y hacérselo pagar.

¿De dónde vendría esta vez el ataque?

Nembo Kid, al que, a fin de cuentas, Donatella había hecho un gran favor, había sido internado en la enfermería. Aquí, por medio de un carcelero aficionado a la coca, había conseguido un poco de polvo para esnifar y un mensaje de Treintamonedas: Santini, Fabio juraba y perjuraba que la Brigada Criminal no sabía nada del asunto. Los habían dejado al margen, en pocas palabras: y, lo que era aún peor, algunos de sus amigos carabineros le habían dado a entender que la operación Full'80 había sido ejecutada «con la mayor discreción» y «siguiendo órdenes procedentes de lo alto». Lo que sucedía en aquellas alturas era una incógnita insondable.

El Libanés, que admiraba en el fondo aquella acción fulminante, quirúrgica, se preguntaba a qué se debería aquella selección en las detenciones. Por qué ellos cuatro y no todos. ¿Apuntaban a los jefes, o a aquellos que consideraban como tales? En ese caso, ¿por qué habían ignorado al Frío? ¿Por qué cargar con Ricotta, que era un buen chico, pero cuya autoridad...? ¿O es que trataban de sembrar cizaña? ¿Hacerles creer que uno de ellos era un traidor? Conocían la contraseña, que cambiaba dos veces a la semana. Muchos jugadores la sabían, de acuerdo. De forma que, cualquiera podía... Por una vez, al menos, no se enfrentaban a Borgia. Y también esto podía ser señal de la existencia de un problema: una ulterior indicación de que había otros enemigos de los que tenían que protegerse. El Libanés estaba seguro de que conseguirían salir bien parados de aquella historia. Su temor, como siempre, era que no se resquebrajase el grupo. Bueno, fuera quedaban el Frío y Treintamonedas, por lo que, con él y el Dandi dentro, las cabezas pensantes en libertad quedaban reducidas a la mitad. Tal vez

pudiesen involucrar más al Negro: pero ¿hasta qué punto se podían fiar de él? Ése iba, venía, desaparecía, mantenía su autonomía, en pocas palabras. Y sólo el Frío conseguía hablar con él. Sí, había que reconocer que aquel nuevo encarcelamiento era, cuando menos, inoportuno. En el futuro había que tener más cuidado. Diversificar las alianzas. Habían llegado a un punto en el que pagar a algún que otro madero corrupto ya no garantizaba nada. Quizá fuese ése el mensaje.

Una noche —una noche de principios de marzo—, fueron convocados al despacho del director. Pero el guardián encargado de escoltarlos, en lugar de dirigirse al edificio donde estaban las oficinas, los acompañó a otro en rehabilitación destinado a albergar a los terroristas, verdaderos y falsos, que entraban a mansalva en aquellos días. Y sin dignarse a contestar a sus apremiantes preguntas, los dejó plantados en una sala de visitas iluminada por un miserable neón.

—Esto no me gusta —comentó Ricotta.

—No te pongas nervioso —filosofó el Libanés, que a base de darle vueltas, algo había alcanzado a comprender.

Así que, cuando aparecieron junto a la puerta blindada que el guardián había dejado entornada, no le sorprendió que se tratase de sus viejos amigos Zeta y Equis.

—¡Así que esta broma es cosa vuestra!

El Dandi y Nembo Kid hicieron ademán de abalanzarse sobre ellos. Zeta levantó la mano en son de paz. Equis arrojó sobre la mesa una papelina de coca.

Nembo Kid se acercó a la droga, introdujo en ella la punta del meñique y la probó.

—Parece buena.

—Tened cuidado —les advirtió Equis—, está al ochenta y cinco por ciento.

—Nadie os obliga a apurarla esta noche —precisó Zeta—, nosotros nos vamos, pero aquí se queda...

El Dandi fue el primero en esnifar, seguido de Ricotta y Nembo Kid. Zeta y Equis cogieron dos sillas y se acomodaron en ellas.

—¿Tú no te sirves, Libanés? —preguntó Zeta.

—Primero los negocios. Habéis venido por eso, ¿no?

—Quién sabe si te esperabas nuestra visita... eres un tío listo, Líbano. Y por eso hemos venido...

El Libanés se acercó deprisa a la mesa, cogió la coca, cerró la papelina y se la metió en el bolsillo. Ricotta lo miraba desconcertado. El Libanés se encendió un cigarrillo. Zeta inició su perorata.

Lamentaba la historia del garito, pero estaba seguro de que no tardarían en recuperarse. Tenían que considerar lo sucedido como una especie de pequeña muestra de su poder. En cualquier caso, si aquella conversación daba los frutos esperados, el asunto no pasaría de ser una pompa de jabón. Y todos sacarían de él un buen

provecho. Ya habían tenido que intervenir una vez para salvar el burdel de las iniciativas de aquel policía desquiciado, aquel Scialoja que pensaba que iba a poder pisotearles sin pagar por ello. ¿Había salido bien o no? Acto seguido, llegaron las condiciones. Zeta habló largo y tendido. A su alrededor caía la noche, marcada por los pasos cadenciosos de la ronda. Zeta habló mientras el Dandi, Nembo Kid y Ricotta asentían con la cabeza, cada vez más convencidos, casi exaltados, y el Libanés permanecía apoyado a la pared. Impasible. Impenetrable. Al final, cuando Equis, que hasta ese momento no había abierto la boca, preguntó si el pacto se podía considerar sellado, antes de que los demás se dejasen llevar por el entusiasmo, el Libanés escrutó con malignidad a Zeta.

—¿Por qué no habéis arrestado al Frío?

Zeta sonrió.

—Tal vez no era necesario...

—¡No habéis entendido nada!

Zeta y Equis intercambiaron una mirada de preocupación.

—Escucha, Libanés...

—No, escucha tú: puede que nosotros tengamos necesidad de vosotros, pero no tanta como vosotros tenéis de nosotros. Los palacios son vuestros, la calle nuestra. Y eso es lo que os interesa, la calle. ¡Porque sin ella vuestros palacios valen poco menos que nada! Nadie controla la calle como el Frío. Nadie. El Frío es la calle. Por eso... ¡sin él no hay acuerdo!

—¡Tienes razón, coño! ¡O todos o nadie! —gritó Ricotta, dando un puñetazo sobre la mesa.

El Libanés buscó la conformidad del resto de sus compañeros. Pero el Dandi parecía rumiar algo indescifrable. Y Nembo Kid miraba al suelo con las manos hundidas en los bolsillos. Al Libanés aquello le olió a oportunismo. Si a él le pasaba algo, ¿qué sería de ellos?

—Sin el Frío —repitió contundente—, no hay acuerdo.

—Tenemos que hablar con el Viejo.

—¿Quién es el Viejo?

—El Viejo es el Viejo.

—Muy bien, pues decidle esto al Viejo: ¡sin el Frío no hay acuerdo!

Zeta suspiró. Bien mirado, las órdenes habían sido, en este caso al menos, bastante elásticas. Había que llevar al Viejo un resultado, y un resultado lo habían obtenido; además, a la hora de negociar siempre hay que ceder en algo.

—Haz lo que quieras —convino—, pero el garante eres tú.

El Libanés asintió. Sacó la papelina de coca y la arrojó sobre la mesa.

—Asunto concluido, entonces.

Más tarde, mientras el carcelero, que hizo caso omiso de la coca, los conducía a la

celda, el Dandi le dijo al Libanés que se había comportado como un auténtico jefe con aquellos dos. El Libanés quiso mirarlo a los ojos, pero el Dandi lo esquivó. El Libanés se fue a dormir con una sonrisa, entre irónica e inquieta, en sus finos labios.

II

A Patrizia le gustaba el mar en invierno. Hacía juego con su soledad. Con su aburrimiento. Con el Dandi dentro y la empresa bien encarrilada, su presencia en Roma no era imprescindible. El Rana, a quien al final había perdonado, le había dejado una vieja casa en la costa, entre Terracina y Sperlonga. Hacía frío, barruntaba lluvia. Patrizia hojeaba una revista de viajes delante de la chimenea. El Rana ya no era el de antes. Había empezado a consumir morfina para aplacar los dolores que le causaban las heridas, y ahora se metía medio gramo de heroína al día. Guardaba sus provisiones en un secreter junto a un collar de perlas y a un reloj que había robado a su padre antes de echarse a la calle. También sus sueños habían dejado de ser tan fantasiosos y abigarrados como antaño.

—Estoy en una habitación negra. Soy Ida Lupino, soy huesuda y masculina. Llevo un vestido gris. Estoy atada a la pared, con las muñecas aprisionadas en unas gruesas anillas. En el suelo hay una escudilla para perros llena de agua. Los gánsteres que me han cogido quieren saber dónde se esconde Johnny Ray. Pero yo no tengo intención de decírselo. Estoy dispuesta a morir, pero no revelaré mi secreto...

—¿Eso es todo?

—¡Un poco de paciencia, cariño! ¡Todavía no he soñado el resto!

El Rana se había vuelto triste. El atardecer era triste. El mundo era triste. Patrizia no se divertía. Patrizia se sentía tan vacía como cuando era simplemente Cinzia, y antes de desabrocharse el sostén tenía que dejar las cosas bien claras a los hombres demasiado impacientes. El Rana asaba pescado en la barbacoa.

—¿Qué te parece Marruecos, Rana?

—Buena idea. Incluso en esta época tiene un clima templado que calienta el corazón. Conozco unos chicos en Casablanca... podríamos ir juntos...

—¡Ni hablar!

—Podrías ir con el Dandi.

—¡Jamás!

—Entonces con el Libanés.

—¿El Libanés? A ése no lo sacas ni muerto de Trastevere. ¡Tiene miedo de que le quiten la silla de debajo del culo si se aleja!

—¿Ojo Feroz?

—Apesta.

—¿Ricotta?

—¡Puaj!

—¿Nembo Kid?

—¿Se lo cuentas tú a Donatella?

—¿El Negro?

—¡Vaya diversión!

—Entonces el Frío.

—El Frío nunca me mira a los ojos.

—Porque te respeta. ¡Eres la mujer de su amigo y quiere darle a entender que guarda las distancias!

—No, en eso te equivocas. El Frío me desprecia. A mí y al resto de las muchachas.

—¿Le gustan los hombres?

—Pero ¡qué dices! Él busca el gran amor...

—Ah, entiendo, es un romántico. Jamás los he entendido, a los románticos. Amar a una sola persona, ¡menuda locura! Atarse para siempre. Promesas eternas y todas esas gilipolleces por el estilo. El amor no debería tener límites. Así lo veo yo.

—El amor no debería existir. Así lo veo yo.

El Rana dio la vuelta a las doradas, olfateó el aroma que se desprendía de ellas y asintió con la cabeza.

—Casi están listas. No estarás enamorada, ¿verdad, Patrizia?

—No digas estupideces.

—Una vez, cuando estaba en el hospital, vino a verme un policía... una buena pieza... del tipo apasionado, modelo Monty Clift con un toque de James Bond joven, pero menos neurótico, estilo buen chico, más bien... creo que si le pidieses que te acompañase a Marruecos, diría que sí sin pensárselo dos veces.

—Hablas demasiado, Rana.

Se desplazaron al patio. El Rana sirvió el pescado y destapó una botella de vino blanco bien frío. En la jaula que había al fondo del jardín, mamá coneja temblaba víctima de las contracciones.

—¡Va a dar a luz! ¡Quiero ver salir a las crías!

—No es, lo que se dice, un espectáculo maravilloso. Son una especie de monstruos rosados y sin piel, con los ojos cerrados y cubiertos por un líquido repugnante...

—Quiero verlos de todas formas.

—Bueno, nacerán en unos diez minutos. ¡Un poco de paciencia!

—No me gusta la paciencia, Rana.

—Ese policía, cómo se llamaba...

—¿Quieres dejarlo ya?

El Rana se disculpó y entró en la casa. Danos hoy nuestro chute de cada día. Patrizia dio un sorbo a su copa de vino. El Rana la ponía nerviosa. Salir de Roma

había sido un error. Como también lo había sido aislarse con un marica medio loco. Jamás había pensado en el policía. O tal vez sí. Cuando Zeta y Equis le habían dicho que le habían dado lo que le correspondía. Se había divertido imaginando lo que sucedería si cerraban el burdel. La cárcel, el proceso. Volver a empezar desde cero. Tenía bastante dinero ahorrado como para no preocuparse. El Dandi observaba y la dejaba hacer. De vez en cuando le daba algún arrebato de celos: ¿vas todavía con hombres? ¿Qué quieren de ti? ¿Lo haces? ¿Cómo lo haces? El Rana se dejó caer fatigado sobre su sillón. Tenía los ojos turbios.

—Un día te haré un retrato, Patrizia.

—¿También sabes pintar?

—Más o menos. Hice dos años de Bellas Artes. Te representaré como eres. Como te veo yo. Como tú ni siquiera te imaginas que eres.

—¿Ah sí? ¿Y cómo?

—Geométrica. Puntiaguda. Eslava. Tú no tienes una cara romana. Las caras romanas son redondas y dulces, tienden a difuminarse en la languidez, inspiran lujuria. Tú haces que uno sienta ganas de desafiarte. Eres una mujer inacabada, Patrizia. No se ven muchas caras como la tuya.

El Rana deliraba bajo los efectos de la heroína. Patrizia se acercó a la conejera. Mamá coneja estaba expulsando las crías, una a una. Cada vez que salía una, ella se apresuraba a lamerla con dulzura. Esto es la maternidad. Una cosa asquerosa. El Rana tenía razón. Aquellos pequeños monstruos eran repulsivos. La voz del Rana era un dulce susurro alucinado.

—Eres una mujer en el umbral, Patrizia. Estás aquí porque no sabes qué hacer. Te sientes atrapada y querrías liberarte. Pero la libertad es la cosa más cara del mundo. Ni siquiera todo el dinero del Dandi bastaría para pagarla. No harás nada. Te resulta demasiado difícil. Como a todos, por otra parte.

—Te voy a despedazar, Rana. Considérate un marica muerto.

Pero el Rana no la había oído. La heroína lo había machacado. Roncaba dulcemente, con la boca abierta y los brazos cruzados sobre el cuerpo agarrotado. El ruido procedente de la conejera llamó su atención. Inexplicablemente, un perro, un pequeño chucho de aire espabilado, había conseguido entrar en la jaula. Mamá coneja resoplaba amenazadora. El perro no le prestó la menor atención. Se acercó a las crías, las olfateó, y las engulló todas. Mamá coneja lanzó un débil gemido. El perro la ignoró y desapareció en la oscuridad. Patrizia entró en la casa e hizo a toda prisa la maleta. El BMW la esperaba bajo el enrejado. En una hora y media podía estar en casa. Se cambiaría. Iría a bailar. Sola. O tal vez podía llamar a Alitalia y reservar el primer vuelo para el destino que le viniese en gana. No estaba obligada a rendir cuentas a nadie. El mundo era triste. El mundo era un asco.

III

El Viejo era el Viejo. El Viejo ordena y Dios dispone. El Viejo estaba al mando de una unidad informativa de nombre neutro y cuyo poder sólo conocía un reducido número de elegidos.

Rodeado de sus juguetes mecánicos, auténticas piezas austríacas del siglo XVIII, prototipos de los modernos autómatas, el Viejo combatía el insomnio jugando a desordenar el mundo.

Hacía ya tiempo que el Viejo había echado la vista encima a un grupo de criminales que empezaban a hacerse un nombre en la ciudad. Había ordenado que explotasen el burdel. La inversión había resultado ser muy rentable. La información empezaba a afluir. Mao se equivocaba: el poder no se apoya en el cañón del fusil, sino en la información.

Con posterioridad, había ordenado a Zeta y Equis que intensificaran los contactos con ellos valiéndose del viejo método. Los americanos, que en su infinita arrogancia creían ser los primeros en haberlo llevado a la práctica —como si jamás hubiesen existido los Sun Tzu y los Von Clausewitz— los americanos lo llamaban *Sting Operation*, «operación agujón». Coges a un delincuente o a un supuesto delincuente, lo obligas a apartarse del buen camino, lo pillas con las manos en la masa y lo colocas ante una brutal alternativa: o infringes la ley para mí o estás acabado. En la mayor parte de los casos funcionaba. Y ahora tenía al Libanés y a sus muchachos. ¿Para qué? Para jugar, naturalmente.

Al Viejo le había gustado mucho el discurso del Libanés sobre la calle. Sentía que entre él y aquel macarra había una cierta sintonía. Que tenía que ver con el juego y con el desorden. ¿Acaso no era el Libanés un jugador empedernido? Claro que era un aficionado. Por el momento seguía cultivando el sueño de ordenar el caos. Mientras que el juego exigía hacer justo lo contrario: introducir el caos en el orden. Desordenar el mundo.

El Viejo experimentaba un gran desprecio por los llamados grandes de la Tierra. Consideraba a los banqueros, a los traficantes, a los políticos y a las cabezas coronadas que se engañaban imaginando que eran ellos los que manipulaban los hilos del juego, una banda de aventureros mediocres y estúpidos. Gente incapaz de concebir la trama en su globalidad. Aprendices que corrían en pos de objetivos ridículos: conquistar un Estado, derrocar un gobierno, aplastar la mala hierba subversiva. Antaño, él también se había sentido seducido por estas sirenas. Cuando le habían entregado el primer distintivo del ministerio, se había estremecido de orgullo.

Y cuando los americanos lo habían elegido su hombre de confianza, aceptándolo en la elite cósmica más selecta del siglo XX, se había sentido invadido por una infinita alegría. ¡Ah, los americanos! ¡Los guardianes de la libertad! ¡Los protectores de la Democracia! *With God on my side!* ¡Tan sencillos, tan directos, tan amablemente, íntimamente e inocentemente fascistas! Tan orgullosos de su tradición Wasp y de su atávico prognatismo, aunque bastase rascar en su pedigrí para que brotasen los hispanos, los griegos, los armenios y los turcomanos... las razas inferiores, las razas malditas... El Viejo no odiaba a los americanos: los compadecía, como un padre a un hijo tonto.

Todo esto había sucedido hacía mucho, mucho tiempo. Ahora el Viejo sabía. Entre el mar de idioteces de las que se había servido Mao Tse-tung para embobar a su pueblo había una sacrosanta: grande es el desorden bajo el cielo, el momento es por tanto excelente. El único recurso de una mente superior: jugar a desordenar el mundo para preparar un caos siempre novedoso. Si alguien hubiese podido leer sus pensamientos más recónditos, habría descubierto escandalizado que el hombre de orden es el más feroz de los anarquistas: como su héroe preferido, el Profesor de Conrad, que deambula por las calles con su secreto cargado de odio y muerte.

Con un suspiro de cansancio y un fondo de ligera excitación en el costado, el Viejo apuró su whisky, detuvo el mecanismo del autómata jugador de ajedrez y se levantó a duras penas del inmenso sillón negro. A la mañana siguiente, a las nueve y media, tenía audiencia con el ministro. Para informar sobre los progresos de la actividad antiterrorista. A las once y cuarto reunión con los homólogos sudafricanos. A la una, comida en el Trastevere con el representante de la OLP. Encargar a Zeta que tomase las disposiciones adecuadas para el burdel. A las cuatro y media: reunión privada con el delegado del Mossad. Encargar a Zeta que tomase las disposiciones adecuadas para el burdel. Evitar que ambos enemigos históricos se encontrasen. O quizá propiciarlo. Tenía que pensarlo un poco. Ocho y cuarenta: reunión de la logia en casa del abogado Considinis. Lo esperaban largas horas alejado de sus amados autómatas.

Antes de final de año debía organizar una cita con el Libanés.

IV

Alto, grueso, calvo, en tiempos de los marseleses se recurría al Arenque para recuperar las deudas de juego. Bastaba que se presentase con su jeta de pirata medio lelo para que el más impenitente de los tramposos se lo hiciese encima. Tocado por la investigación sobre un par de secuestros en los que las víctimas habían acabado siendo pasto de los cerdos, después de un sobreseimiento en fase instructora tan generoso que ni él mismo podía dar crédito, se había reciclado como usurero y perista. En los últimos tiempos había surgido una amistad entre él y el Esqueleto: unidos por la pasión por los caballos, los dos habían hecho alguna que otra apuesta en Agnano, donde los colegas de Treintamonedas les habían echado una mano para que ganasen unos pencos que ni siquiera tenían las cuatro patas reglamentarias.

El Arenque, en resumen, era un tipo tranquilo: tal vez se emborrachase demasiado a menudo, pero nadie había tenido hasta entonces nada que reprocharle. Por eso todos se quedaron boquiabiertos cuando el Pajizo, uno de los camellos de Villa Gordiani, les contó que el Arenque llevaba un par de semanas molestando a los vendedores de la zona. A una tipa que acababan de reclutar, Silvana, una que a duras penas se mantenía en pie y que había llegado al extremo de chutarse alrededor de las tetas, dado que ya no le quedaban más venas libres, el Arenque le había destrozado la mandíbula a patadas.

El Esqueleto fue enviado en avanzadilla con el encargo de quedar con el Arenque en el bar de Franco. Y regresó con las manos vacías y muy tenso: no sólo el Arenque se había negado a seguirlo, no sólo lo había tratado a él, a un viejo colega, de mala manera, sino que encima se había puesto a insultarlo delante de todos y al final el Esqueleto había tenido que batirse en retirada para evitar daños mayores. Y, por si fuera poco, había pronunciado una frase cuando menos ultrajante: «¡Dile a esos capullos que si quieren hablar conmigo, ya saben dónde encontrarme!».

—¡Se ha vuelto loco! —comentó Treintamonedas—. Sea como sea, ¡un reto es un reto!

El Búfalo pataleaba de impaciencia.

—Vamos, ¿no? Voy a ver a Ziccone y le pido que me dé dos o tres pistolas...

—Espera. Antes debemos entender qué pasa... —dijo el Frío.

—Pero ¡qué hay que entender! El asunto está bien claro: nos han ofendido y nos vengamos. ¿Qué más necesitas?

—Pruebas.

—¿Pruebas de qué?

Desde que el Libanés estaba en la cárcel, el Frío había asumido la tarea de mantener unida la compañía. Y, según les explicó a los demás, le preocupaba aquella insolencia en un ser tan insignificante como el Arenque. Le preocupaba tanto como el arresto, todavía rodeado de misterio, de una parte de ellos. Sumando dos más dos, el resultado olía a cuerno quemado y a peligro inminente. Cabía la posibilidad de que el Arenque no fuese sólo un loco, como todos creían; los dos hechos, la rebelión y el arresto, podían ser fruto de un mismo plan y no meras coincidencias. Antes de decidirse a actuar, tenían que aclarar las cosas. Sólo después podrían fijar una pena adecuada a aquella violación de las normas.

—¡Ah! —exclamó el Búfalo estupefacto—. ¿Qué pasa, ahora resulta que nos hemos convertido en jueces? La pena por aquí... la pena por allá... ¡pena de muerte y basta!

Al final acabó por convencerse: se fiaba del Frío.

Algunas noches más tarde, el Frío, el Búfalo, el Tapón y el Esqueleto sacaron al Arenque de un garito de la calle del Gelsomino. Estaba completamente borracho y los recibió con un sonoro eructo. Apeataba a lo lejos y tenía la barba llena de porquerías incrustadas. Lo acompañaban dos viejos conocidos, los hermanos Bordini. Por un instante, el Frío pensó que tal vez el Arenque estuviese detrás de la historia jamás aclarada del Angelito y de la partida de coca sin pagar. Se rumoreaba sobre los Bordini, pero el Tapón había hecho sus averiguaciones tiempo atrás y no había sacado nada en claro. Al entrar los cuatro, los Bordini se apartaron tras intercambiar un ademán de saludo con el Tapón. Era un modo elegante de quedarse al margen. Con cara de pocos amigos, el Frío le preguntó al Arenque lo que tenía en contra de ellos.

—¿Quieres saber lo que tengo en contra de vosotros? ¡Ahora te lo digo!

Desde que ellos habían entrado en el giro, los negocios les iban mal a todos. O estabas con ellos o no existías. Se estaban beneficiando de un momento especial, pero la situación no podía durar mucho. Roma no estaba dispuesta a dejarse pisotear por una banda de pelagatos. El viento estaba cambiando. El número de aquellos que no temían sus métodos no hacía sino aumentar. De nada servía que siguieran haciendo bravuconadas: su suerte estaba echada. No tardarían en unirse a los cuatro cabrones que estaban ya entre rejas. O peor, bajo tierra. Donde habían enviado a aquel desgraciado del Terrible: toda Roma sabía que habían sido ellos. Los jueces eran los únicos que todavía no se habían dado cuenta. ¡Pero a quién le importaban los jueces! ¡Ya se ocuparían otros de darles su merecido!

—Pero bueno ¿hasta cuándo vamos a tener que seguir escuchando a este retrasado?

El Búfalo se había adelantado, con aire amenazador. El Arenque lo sopesó con desdén a través de sus ojos empañados y enrojecidos por el vino, y luego le escupió.

El Búfalo se abalanzó sobre él. Al recibir el golpe, el Arenque se tambaleó, casi se dobló en dos y cayó sobre la mesa de billar. Con el Búfalo encima. El Esqueleto trató de separarlos, y recibió un castañazo del Búfalo. El Búfalo soltó al Arenque y se arrojó sobre el amigo: el Esqueleto era un pajarito de dos patas y con la violencia a que hervía en el interior del Búfalo, éste corría el riesgo de hacerlo entrar en coma. El Frío ordenó la retirada. Algunos minutos más tarde, una vez en el coche, el Búfalo volvió a la carga. El Arenque debía morir. De inmediato.

—Ni hablar —le atajó el Frío.

—¡Ahora sí que me has hartado, Frío! Si no quieres, puedo ir yo. ¡Sólo!

—Eso es Búfalo, eso es. Ve a coger la pistola, vuelve al bar y déjalo tieso, si puedes delante de los mismos testigos que hace una hora te vieron zurrarlo...

El Búfalo agachó la cabeza entre los hombros. El Esqueleto, con la mejilla todavía dolorida por el golpe, les rogó e imploró que se lo pensasen dos veces. El Arenque siempre había sido un tipo correcto. Era evidente que había perdido la cabeza. Pediría perdón. Él se encargaría de hablar con él. El Frío se tomó su tiempo antes de responder. Mientras el Arenque hablaba sin ton ni son, se había percatado de que algo no iba por buen camino. Otra pequeña señal que venía a añadirse a las otras muchas que estaba recopilando en los últimos tiempos.

—Por el momento cerraremos la boca. Cuando salga el Libanés, hablaremos.

Nembo Kid, el Libanés y Ricotta fueron puestos en libertad a finales de marzo, con más de una disculpa. El Dandi, en cambio, tuvo que cargar con una condena definitiva de veinticinco días: el viejo artículo 80 del código de la circulación, conducir sin carné, casi una ofensa para una persona de su calibre. Pero los carnés, los pasaportes y los permisos en general iban a dejar de ser un problema después del acuerdo con Zeta y Equis. Los espías habían vuelto a visitarles un par de veces en Rebibbia. Nembo Kid les había pedido ayuda para su viejo colega Turatello, quien estaba pasando una mala racha en Milán. Zeta le había sugerido una persona a la que dirigirse. Nembo Kid y Donatella cogieron un avión rumbo a Milán. Era la primera vez que volaban. En la boutique de Fiumicino, Donatella vistió a su hombre de pies a cabeza. Entre la ropa de marca y la corbata, Nembo Kid, que era alto y musculoso, se sentía como un maniquí embalsamado. Pero no desentonaba en la plaza abarrotada de pijos de aire arrogante, tipo el Negro, a la que daba el hotel de cuatro estrellas.

—Toma ejemplo del Dandi —le amonestaba ella.

—El Dandi es un fanático.

—Dado que ni siquiera sabes a quién vamos a ver, al menos ponte algo elegante.

—¿Qué es eso de «vamos» a ver? Tú no vas a ninguna parte. Éstas no son cosas de mujeres.

Pero Donatella, que desde la historia de la colombiana no se fiaba un pelo de él, lo siguió paso a paso en su recorrido por las casas, despachos, restaurantes, clubes y galerías que visitó. Vio negocios de un lujo desenfrenado, y se le ocurrió abrir algo semejante en Roma. Vio bares deslumbrantes, y recordó decepcionada el Full'80, que en su tiempo le había parecido el no va más y que ahora, en cambio, no resistía la comparación. Vio mujeres consumidas y muy dignas, y notó con qué hambre de lobo escudriñaban al cerdo que llevaba al lado. Decidió empezar a ir a un gimnasio y esperó poder convencer de ello a Patrizia. Asistió a una pelea furibunda entre Nembo Kid y un señor de mediana edad de maneras empalagosas que lo llamaba «mi querido amigo», o «queridísimo» y que afirmaba estar «desolado» por no poder «hacer nada más» para resolver los asuntos judiciales del «querido Francis». Vio también a Turatello o, mejor dicho, lo divisó tras colarse en el locutorio de San Vittore gracias a los permisos que les había procurado, como no, Zeta. Un tiarrón exuberante, un poco macarra, pero guapo y, según se podía intuir, desenfrenado como un animal. Como su Nembo Kid, pero con más estilo. La verdad, consideró, mejor conservar lo que tenía, libre y de carne y hueso, que suspirar por el amante perdido detrás de los barrotes.

Sólo le prohibieron acudir a una reunión. Una ceremonia exclusivamente masculina de la cual Nembo regresó a altas horas de la noche con semblante sombrío y hecho un basilisco. No quiso decirle nada y, cuando ella insistió, le soltó una bofetada. Donatella no era de las que ponen la otra mejilla, por lo que se la devolvió lanzándole una lámpara que fue a estrellarse contra el papel pintado de la lujosa suite. Tras una retahíla de gritos y llantos, hicieron el amor como salvajes y antes de dormirse, mientras Nembo roncaba con la boca abierta y con la cabeza apoyada en su regazo, Donatella pensó que la vida que había elegido era la mejor de las vidas posibles.

En Roma, entretanto, mientras el Libanés buscaba el mejor modo de explicar al Frío la historia de los dos espías, ambos se toparon con el Arenque a la entrada del cine porno de la calle Macerata.

Se había recuperado del pedal, el muy bestia, y ahora se hacía el santo. Arrodillado a los pies del Búfalo, rogaba clemencia. Debía estar loco, cuando dijo esas cosas. No las pensaba seriamente. Todo había sido culpa del vino, y de una mujer que no quería saber nada de él, y de los caballos que le habían jugado una mala pasada. Excusas, en pocas palabras, o, como diría un abogado, atenuantes. Afirmaba estar dispuesto a sufrir cualquier tipo de humillación, a ir a cuatro patas hasta el Divino Amor^[24] lamiendo mierda de perro, a matar a quien quisieran cuando quisieran, a darles la casa, la mujer, los hijos. Convertido en una máscara de lágrimas, agitaba una foto tamaño carné de dos críos de sonrisa desdentada, y sorbía por la nariz peor que un cocainómano tenaz, mientras entre un sollozo y otro afluían retazos de viejas oraciones: «No, si ahora resultará —pensaba el Búfalo furioso—, que además de juez voy a tener que hacer de santo.»

—Ya vale, lo hemos entendido. Levántate y olvidemos este asunto.

El Búfalo no podía creer lo que veían sus ojos. ¿De verdad iban a permitir que ese infame se marchase como si nada? El Arenque tampoco las tenía todas consigo, de forma que el Esqueleto tuvo que repetírselo varias veces hasta que la idea se abrió paso en su mente y cambió el llanto de desesperación por el de consuelo. Al final, para quitárselo de encima se lo soltaron al Esqueleto, quien también estaba encantado por el modo en el que se habían resuelto las cosas. Y como tenían ganas de quedarse a solas, el Frío y el Libanés se despidieron también del Búfalo, que seguía refunfuñando incrédulo, y se fueron a fumar tranquilos a la playa de Castelporziano.

Ni siquiera cuando se encontraban ya tumbados frente a la brisa helada del mar, el Libanés encontró la fuerza necesaria para aludir a los dos espías. Hablaron de todo un poco, pero no de eso. Hablaron del negocio de la droga, que iba viento en popa. Del garito, que a esas alturas debían considerar ya perdido, aunque no tardarían en abrir otro similar en cualquier otra parte. El Frío le contó el proyecto del Negro para reciclar el dinero del asalto y le dijo que ya habían entrado en contacto con el Seco. El Libanés insistió en la idea de adquirir el Climax Seven, para dar contenido a las

inversiones. Luego el Frío encendió un canuto, le dio dos profundas caladas, y mientras se lo pasaba a su amigo le dijo que había que eliminar cuanto antes al Arenque.

—¡Pero si es un pobre desgraciado! ¡Como los hermanos Gemitos! Basta hacerle ¡bu! para que se cague encima... sería malgastar plomo.

—Ya te dije que cometías un error fiándote de los Gemitos. Y, además, lo del Arenque es otra historia...

—¿A qué te refieres?

—Para entenderlo deberías haber estado aquella noche en el bar, mientras le daba a la lengua. Si lo hubieses visto, estarías de acuerdo conmigo.

—Está bien. No lo vi. Explícate mejor, ¿no?

El Frío se había convencido al ver las miradas del resto de los presentes. Seis o siete jovencitos, absortos en la escena. A un par de ellos el Rata los había usado ya como camellos. Muchachos que se podían formar o perder como si nada. El Arenque estaba loco, de acuerdo. No contaba con el apoyo de nadie. De acuerdo. Pero cuando hablaba de ellos, y de Roma, y de que se estaban convirtiendo en una especie de dictadores, que todos aquellos que estaban por debajo de ellos acabarían rebelándose un día... pues bien, en eso el Arenque tenía razón.

—Mientras lo escuchaban se iban convenciendo. Se veía en sus ojos, Líbano. Estaban con él, con el Arenque, y si no se movían era por miedo...

—El miedo es un buen amigo, Frío —filosofó el Libanés; el canuto le había sentado bien y le daba risa ver cómo se dilataban los puntitos lejanos de las estrellas. Sin saber por qué, se sentía feliz.

—Sí, el miedo, precisamente por eso hay que eliminar al Arenque. Para que los demás tengan miedo... porque hoy es el Arenque, pero mañana será Fulano o Mengano... y no podemos perdonar a todos, ¿verdad?

—Entonces liquidemos al Arenque... imagino que no será el último.

—No —corroboró el Frío—, pero después de eso tendremos que calmarnos un poco.

—¿Y por qué? Todo va a pedir de boca.

—Hay algo que me da mala espina, Líbano. Es como si uno de los nuestros siguiese con nosotros pero tuviese ya la cabeza en otra parte... así no podemos conservar la calle... no podemos perdonar a todos, ¡pero tampoco podemos matar a toda Roma!

—Sí, tienes razón, tenemos que liquidar al Arenque.

El Libanés pensaba que el Frío había llegado a las mismas conclusiones que él por su propia cuenta. Si había un momento propicio para hablar, era precisamente ése. Pero la marihuana se le había subido a la cabeza, y las estrellas le deslumbraban, y después de lo del Arenque tendrían tiempo para conversar, y, en fin, que no tenía

ganas. Punto y basta. De forma que tampoco aquella noche el Líbano abrió su corazón a su amigo de siempre.

VI

Para deshacerse del Arenque esperaron el regreso de Nembo Kid y la puesta en libertad del Dandi. Porque ninguno de los involucrados en la pelea de la calle Gelsomini debía aparecer, es más, todos ellos debían inventarse y poner en práctica una coartada inatacable. Cuando le dijeron que la acción le correspondía a él, a Ricotta, a Ojo Feroz y a Nembo Kid, el Dandi torció la nariz. Pero ¡cómo! ¡Acababa de salir de la Rebibbia, ni siquiera había tenido tiempo de pasar cuarenta y ocho horas como se debe con Patrizia y ya lo estaban echando de nuevo a la calle! ¿Por qué no iban los Bufones, o Treintamonedas, o alguno de esos nuevos muchachos que trataban de hacerse un nombre y que no lo dejaban ni a sol ni a sombra en su afán por quedar bien? Por si fuera poco, el Nembo les había traído como regalo de Milán un cachorro de puma llamado *Alonzo*. Desde que se había enterado de la historia del león que Epaminonda *il Tebano* había regalado a un político, al Dandi se le había metido en la cabeza que poseer un animal salvaje era propio de gente fina. Nembo había conseguido que la mujer de un banquero, una de esas furcias cubiertas de pieles que Donatella se había prometido ofrecer como pasto al animal una vez que éste hubiese crecido, le regalase el cachorro. Patrizia, a quien habían confiado el bebé, montó en cólera cuando *Alonzo*, a base de zarpazos, le hizo jirones un par de alcobas, sembrando el terror entre las muchachas. De esta forma, el puma había ido a parar a casa de Gina, quien al verlo lo había estrechado contra su pecho mientras se echaba a llorar: *Alonzo* le recordaba mucho al hijo que tan desesperadamente había deseado y que jamás llegaría a tener.

—Pero en mi casa no se puede quedar —se justificó el Dandi—. No es posible...

Y es que, desde que el profesor Sesudo le había puesto entre las manos los *Protocolos de los sabios de Sión*, el Dandi se había aficionado a los libros. Para leerlos no, claro está. Lo que pasaba era que se había encaprichado con las cosas raras y antiguas: hacía que le llenasen la casa de tomos viejos, si tenían miniaturas o algunas cartas náuticas desvaídas en latín, aún mejor. Así que, como el puma roía, roía y roía y aquellos libros, además, valían una fortuna, el Dandi no podía unirse al comando ya que estaba demasiado atareado tratando de encontrar un nuevo acomodo para *Alonzo*.

Cuando el Búfalo se enteró de la historia, soltó una carcajada.

—El Dandi se ha aburguesado. ¡A ver si ahora se nos hace maricón!

El Libanés no estaba para bromas. Hizo un aparte con él y le dijo mirándolo a los ojos:

—Si te lo ordenaran los otros... los dos de Rebibbia... irías corriendo, ¿no?

El Dandi tragó saliva, a todas luces cohibido.

—En cualquier caso, eso quiere decir que iré yo en tu lugar.

El Dandi se amilanó y, sin añadir nada más, fue a retirar las armas.

La cita con el Arenque la concertó el Esqueleto quien, si bien no estaba de acuerdo con ella, no se opuso a la opinión general. El Esqueleto recogió al Arenque de camino, procurando que no hubiese testigos. La excusa era un trabajito sencillo. El pobre Arenque se dejó engatusar sin sospechar nada. E incluso cuando vio a Ojo Feroz, al Dandi, a Nembo Kid y a Ricotta fumando bajo el puente treinta y cinco del Laurentino, se acercó a ellos sonriendo. El primer disparo lo efectuó el Dandi, y el Arenque cayó de rodillas con una expresión de incredulidad en la cara: pero ¿cómo? ¿No se había acabado todo? ¿No eran amigos? Luego, disparando por turnos, los colegas lo remataron. Abandonaron el cuerpo bajo el puente.

En cuanto a los demás, el Búfalo se fue a ver todo contento a Treintamonedas, con un par de pizzas y una botella de vino blanco helado. Al ver que Vanessa había elegido justo aquella noche para ponerle los cuernos al Rata, que Treintamonedas le abría la puerta con cara de pocos amigos y que en el salón-garito el aire estaba cargado de emanaciones de porro y de hembra en celo, se quedó de piedra. Al final hicieron llegar a una de las chicas de Patrizia y el Búfalo compartió la pizza con ella. Nadie sabía dónde estaba el Libanés. El Frío, en cambio, había ido a buscar a Gigio a una pequeña taberna que había junto al mercado de San Giovanni di Dio. Había oído decir que su hermano tenía novia, y sentía curiosidad por verla. Roberta tenía el pelo rubio y rizado, y estudiaba en la universidad, su padre era un empleado municipal. Le dijo que ayudaría a Gigio a acabar el bachiller y le preguntó en qué trabajaba.

—Negocios —le contestó el Frío vagamente.

Ella no le creyó, por descontado. Durante toda la noche Roberta no dejó de hablar de sí misma, de sus proyectos, de su vida, dirigiéndose casi exclusivamente al Frío. Gigio, pálido satélite del hermano, la miraba embobado y no se daba cuenta de lo que estaba sucediendo. El problema era que el Frío, nada más verla, se había quedado fulminado por sus ojos azules e impertinentes. Mientras ella engarzaba una ocurrencia tras otra, un cigarrillo tras otro, le venían a la mente paisajes campestres, mares, y otras imágenes de las que jamás hubiera creído capaz a su limitada fantasía. Y algo cálido y tenso le aferraba la boca del estómago, y se deslizaba hacia abajo, aún más abajo, hasta llegar al sexo, cuando ella esbozaba una sonrisa furtiva o dejaba caer una caricia distraída sobre su muslo. Y Gigio, afectuoso, perdidamente enamorado, no dejaba de repetir lo fuerte que era su hermano, lo astuto, cómo resolvía todos los problemas de la familia, cómo había construido casi con sus propias manos aquella inmensa casa.

—¡Pero él no vive en ella, es un solitario!

—Tal vez —insinuó Roberta provocadora—, todavía no haya encontrado la compañía adecuada.

—Pero ¡qué dices! —se entusiasmaba Gigio—. Si algo le sobra, son las mujeres, ¡menudo es mi hermano!

—Puede ser —insistía Roberta—, pero ¿la apropiada?

El Frío se hartó de aquella comedia, pagó la cena y se libró de ellos con una banal excusa.

Antes de que se marchase, Roberta retuvo largo rato una de sus manos entre las suyas. Así fue como el Frío encontró una notita con un número de teléfono escrito dentro de un pequeño corazón.

1980

MUERTE DE UN JEFE

El Frío vivía ahora en Pigneto, en un gran apartamento de los antiguos edificios de los ferroviarios, a dos pasos del viaducto de la Casilina vieja. El equipo de Ziccone se lo había rehabilitado y, si un día el Frío se decidía a ocuparse de los muebles, el lugar podía convertirse en una auténtica mansión real. Pero el Frío no pensaba en estas cosas: se contentaba con un sofá, una cama, dos sillones y algunas lámparas irregulares.

El Libanés fue a visitarlo una noche de finales de junio. El Frío estaba delante del televisor con una chica de cabellera rubia y rizada. El Frío le dijo que se llamaba Roberta. La muchacha se marchó pasados unos minutos, cuando el Libanés le hizo comprender que quería quedarse a solas con el Frío.

El Libanés se acomodó. La pantalla mostraba las imágenes de Ustica^[25]: al Libanés le impresionó en particular un cadáver sin pierna que flotaba en las azules aguas del Tirreno. El Frío apagó el aparato.

—Si nosotros nos merecemos la cadena perpetua, ¿qué crees que les debería caer a éstos?

—Dicen que ha sido un accidente.

—Sí, claro, un accidente... ¿quién era ésa?

—Una.

—¿Una seria o una cualquiera?

—Una seria.

El Libanés pensó que la tipa tenía una sonrisita poco prometedora, de furcia resabiada. Pero no dijo nada.

—Tenemos que hablar —dijo, contundente.

—¿Problemas?

El Libanés abrió uno de los esquemas que solía trazar periódicamente para mantenerse al día sobre la situación del grupo.

INVERSOR: El Libanés

RECICLADOR: El Seco

RESULTADOS: Cuota Climax Seven, cuota tienda Sandy, calle de los Giubonnari; cuota tienda Cameo '700, calle de los Coronari, apartamento Torretta (2); edificio Prenestina (1), villa y terreno La Storta (1).

INVERSOR: El Dandi

RECICLADOR: El Seco (por medio del Libanés)

RESULTADOS: Cuota Climax Seven, cuota tienda Sandy, calle de los Giubonnari; cuota tienda Cameo '700, cuota boutique Donna Chic, calle de los Santi Quattro, apartamento Torretta (2); villa Olgiata (1).

INVERSOR: Hermanos Bufones

RECICLADOR: Ziccone

RESULTADOS: Usura; apartamentos Vitina (dos, uno a cada hermano).

INVERSOR: Ojo Feroz

RECICLADOR: Ziccone

RESULTADOS: Usura; apartamento Casalbruciato.

INVERSOR: Búfalo

RECICLADOR: Ziccone

RESULTADOS: Fundación La Malana (Grotta-rosa); usura; cuota peluquería Sabrina (Ostia). Fundación en pasivo.

INVERSOR: Nembo Kid

RECICLADOR: Seco (por medio del Libanés)

RESULTADOS: Cuota Climax Seven, cuota Cameo '700; cuota Sandy; cuota Donna Chic; apartamento calle del Peregrino (2). Porcentaje casa (Donatella).

INVERSOR: El Tapón

RECICLADOR: Seco (por medio del Libanés)

RESULTADOS: Cuota Climax Seven, cuota Cameo '700; cuota Sandy; cuota bar Franco; cuota autolavado Equal's (Santa Maria Liberatrice); usura; casa calle Bianchi; apartamentos calle Dall'Ongaro (3).

INVERSOR: El Esqueleto

RECICLADOR: Seco (por medio del Libanés)

RESULTADOS: Cuota Climax Seven, cuota Cameo '700; cuota Sandy; cuota bar Franco; usura; apartamentos *lungotevere* de Pietra Papa (3); villa Olgiate.

INVERSOR: Treintamonedas

RECICLADOR: Napolitanos

RESULTADOS: Apartamento calle Como; ?

INVERSOR: El Sardo

RECICLADOR: Napolitanos

RESULTADOS: ?

INVERSOR: El Frío

RECICLADOR: Seco

RESULTADOS: Blanqueo Negro —apartamento de los padres— apartamento Pigneto.

INVERSOR: El Negro

RECICLADOR: Seco

RESULTADOS: Blanqueo Frío - ?

El Frío le devolvió el folio con una mirada interrogativa.

—Cuando sucedió lo del Arenque me dijiste que algo te daba mala espina... que teníamos que calmarnos... —dijo el Libanés—, ¡pues tenías razón!

Bastaba leer el esquema, le explicó, para comprender que el grupo estaba netamente dividido en dos. La mercancía entraba y salía que era una maravilla: los negocios iban sobre ruedas, como dirigidos por un piloto automático. La cuota era igual para todos, y para todos suponía un buen pellizco. Las diferencias venían después, cuando se pasaba al capítulo de las «inversiones».

El Seco estaba haciendo circular el dinero a su manera. Tenía en la mano al

director de un banco y, después del horario de cierre, ocupaba su despacho y prestaba dinero a personas endeudadas a intereses de usura. Aquellos que no pagaban veían desaparecer en un abrir y cerrar de ojos sus coches, casas, terrenos, empresas. De los desesperados se ocupaban los hermanos Bufones y ciertos gitanos con los que el Seco mantenía una estrecha relación. Según decía el propio Seco, no existía la persona que no tuviese nada que perder, por lo que al final siempre era posible sacar algo de todos. A fuerza de acumular casas y créditos, el Dandi, Nembo, el Tapón, el Libanés y el Esqueleto se estaban convirtiendo en una potencia económica. ¡Pero los otros! El Búfalo se las arreglaba sostenido, sobre todo, por el instinto. Treintamonedas era un misterio. El Sardo no le preocupaba porque ése, a menos que sucediese un milagro, tenía el destino marcado en cuanto saliera del manicomio. ¡Pero los otros! ¡De Ojo Feroz, a los Bufones, pasando por los diferentes acólitos... menudo desastre! El dinero que malgastaban en mujeres y droga era mucho más del que se metían en el bolsillo acabada la noche. Gastaban a manos llenas, sin preocuparse por el mañana, y a ese paso la envidia no tardaría en reconcomerles. Estaban viajando ya a dos velocidades.

—Vamos a tener problemas, Frío. Debemos hacer algo.

—¿Qué?

El Libanés le expuso la idea que había elaborado durante sus largas y solitarias noches. El problema principal era suprimir las diferencias ya que, de no ser así, la división entre ricos y pobres acabaría desencadenando odios, antagonismos y venganzas a largo plazo. Y un día correría la sangre.

—La cuota igual para todos no la podemos tocar: a todos nos corresponde una parte de cada cargamento de mercancía. Pero nada nos impide intervenir en las inversiones.

—Explícate mejor...

De inmediato. Seguirían repartiendo las cuotas sólo que, nada más hacerlo, una parte consistente de las mismas, pongamos un setenta o setenta y cinco por ciento, debía ser retirada por el Libanés y confiada al Seco para que la invirtiese. Los beneficios derivados de dicha inversión se repartirían de nuevo en partes iguales, con las que se procedería de igual modo. Por ejemplo: las cuotas del Climax, que por el momento pertenecía sólo a algunos de ellos, serían distribuidas entre todos. Todos participarían en igual medida tanto en los gastos como en los beneficios. Al Seco le correspondía individualizar las inversiones más rentables y cultivar su especialidad: hacer circular el dinero. Todo nuevo negocio debía ser propuesto y discutido y, en caso de que fuese aceptado, se gestionaría de acuerdo con dichas reglas.

—¿Qué significa eso, Líbano, nos quieres tener a sueldo?

—¡Es el único modo de permanecer unidos! En lugar de que cada uno decida por su cuenta, centralizamos los movimientos...

—¿Y si uno quiere retirarse?

—Vende sus cuotas, coge el dinero y lo despilfarra como le parezca... pero, en este caso, el grupo deja de tener cualquier tipo de obligación con él.

—¿Qué piensan los demás?

—Eres el primero en saberlo, Frío.

—¿Por qué yo?

—Porque tú y yo tenemos la misma cabeza. Porque tú y yo pensamos más en el grupo que en nosotros mismos. Porque sin nosotros todo se iría al garete...

El Frío sirvió dos whiskies y se lio un porro. Roberta y él estaban juntos desde hacía unos días. Él le había contado toda su vida. Ella no lo había criticado, aunque tampoco lo había apoyado. Le gustaba como era. Todavía no había hablado con Gigio, y la mala conciencia lo atormentaba. El Libanés estaba convencido de su plan. El Frío le dijo que no podía funcionar.

—Los demás no querrán. Jamás se ha hecho algo semejante en Roma...

—Tampoco se había visto nunca un grupo como el nuestro... y en cambio aquí estamos, ¡y somos fuertísimos!

—Mientras dure...

—Si hacemos lo que yo digo, durará para siempre...

El Frío sacudió la cabeza.

—Y si no se hace lo que digo —insistió el Libanés—, uno de estos días se deshará todo... el Búfalo, por poner un ejemplo, empezará a decir que cómo es posible que el Dandi se de a la buena vida mientras él está siempre sin un duro... debería reconocer que el otro es un tío como se debe mientras que él es un cretino, pero nunca lo hará y dado que tendrá que echarle la culpa a alguien...

—Hay otro modo —insinuó el Frío—, podemos detenernos ahora...

—Imposible —se apresuró a replicar el Libanés.

Y le habló de los dos espías.

—Ésos saben todo, y son muy poderosos. ¡Si nos retiramos, nos joderán!

El Frío arrojó al aire la botella de whisky. Apretó los puños y achicó los ojos hasta que éstos quedaron reducidos a dos fisuras malignas. El Libanés jamás lo había visto con un semblante tan espantoso.

—¡De forma que ahora tenemos amo! ¡Y qué amo, por si fuera poco! ¡El Estado! ¡El sucio Estado! ¡Coño, Libanés, nos has vendido por un plato de lentejas!

El Libanés intentó explicarle que las cosas no eran así. Que no se trataba de amos y siervos, sino de aliados. Aliados cuyo valor aumentaba a medida que el volumen de negocios lo hacía también. Cuanto más se expandieran, más necesidad iban a tener de contactos, de seguros, de relaciones privilegiadas. Ahora ya no se trataba de pagar a un policía corrupto para apoderarse del acta de un arresto. Ahora formaban parte de los grandes. Y el acuerdo con los espías era un acuerdo entre iguales. Como con el tío

Carlo. Yo te doy una cosa y tú me das otra. Ellos nos dan los palacios y nosotros les damos la calle. Eso es todo. ¿Qué hay de malo?

El Frío iba recuperando poco a poco la calma. Volvió a sentarse y se lio otro canuto. Pero lo encendió y le dio una calada sin ofrecerle a su compañero.

—¡Perfecto Líbano! Veo que has formado una banda integrada por fascistas, napolitanos, Cosa Nostra y ahora hasta espías... ¿adónde quieres ir a parar?

Molesto por el sarcasmo del Frío, el Libanés agitó los brazos resoplando. Con aquel gesto parecía querer decir dos cosas, o al menos eso fue lo que entendió el Frío: que era posible abrazar a todo el sucio y jodido mundo, y que preguntarse «hasta dónde» era estúpido e inútil.

—Si estás de acuerdo —dijo, por fin—, ¡yo este negocio lo convierto en un Ferrari!

—¿Yo? —rio con amargura el Frío—. ¡Se te han subido los humos a la cabeza, Líbano!

Ahora fue el Líbano el que perdió los estribos. ¡Que se burlase si quería, el Frío! Pero ¿qué se creía? ¿Que todo ese juego él, el Libanés, lo había montado para acabar como un barriobajero de mierda, como un macarra de dos liras? Si quería seguir siendo un piojoso durante toda su vida, que se fuese a la fábrica o, peor aún, que acabase sus estudios, que una porquería de trabajo fijo, con su inteligencia, lo encontraba seguro. ¡Pero él quería todo, todo lo mejor, y ése era el mejor momento para conseguirlo! ¡Detenerse! ¡Menuda estupidez! ¡Detenerse y malvivir como un criminal de barrio cualquiera! ¡Detenerse, y quizá toparse con la bala de un botarate a la salida de un miserable tugurio! ¡Que se las quedase él, el Frío, esas delicias! ¿O es que tal vez aquella Roberta lo había atontado? ¿Había sido ella la que le había metido en la cabeza la idea de la renuncia? ¿De la retirada?

—Deja en paz a Roberta —le amenazó el Frío.

—¿Y quién se ha metido con ella? —gritó el Libanés, y salió dando un portazo, negro de rabia. ¿Había perdido al Frío? Mejor, seguiría adelante solo.

II

En Módena, Scialoja había entrado en letargo. En Módena había más comunistas que en todo el resto de Italia. En Módena había más Ferraris que en todo el resto de Italia. Drogadictos en la avenida de las Rimembranze, drogadictos delante del teatro Storchi, drogadictos alrededor del anillo del viejo terreno municipal, drogadictos al estilo hippy con guitarras y largas barbas, drogadictas que se vendían por una miseria, drogadictos que se dormían para siempre con la jeringuilla en la vena sobre un mugriento cartón y aguardaban en medio de la multitud matutina la llegada de la policía mortuoria. Drogadictos, drogadictos, drogadictos por todas partes. Scialoja soñaba con ellos de noche. La droga era la clave de todo. La droga era el chorro de dinero que alimentaba el crimen. La droga era el medio contemporáneo más perfecto de acumulación de capital. Scialoja debía sentirse agradecido a los drogadictos de Módena. Porque ellos le habían abierto los ojos. Ahora sabía adónde había ido a parar el dinero del secuestro del barón. Los muchachos del Libanés lo habían usado para apoderarse del mercado de la droga. Quien controla el mercado de la droga controla la ciudad. Los muchachos del Libanés controlaban la ciudad. Ahora lo sabía. Pero Roma seguía siendo *off limits*. No había vuelto a hablar con Borgia desde aquella mañana infeliz en la que él había girado la cabeza del otro lado y había dicho «a sus órdenes». Scialoja limpiaba de drogadictos las calles de la opulenta Emilia roja y, en su letargo, aprendía a olvidar. Jamás cambiaría el mundo. Jamás volvería a ver a aquella puta que le hacía perder la cabeza. Scialoja se deslizaba en una benéfica narcosis. Devoraba jamón de Languirano, torreznos, y *erbazzone*, la torta de espinacas y manteca de cerdo de las colinas que dominaban Reggio. Engordaba y dormitaba entre una intervención de emergencia y otra. Se había comprado una vieja Ducati aerodinámica de segunda mano. Un colega de Formiggine le había trucado el motor. Recorría la via Emilia en dirección a Bolonia en diecisiete minutos. La niebla le importaba un comino. Engordaba, dormitaba. Se alojaba en el cuartel. En la explanada había chopos. Las esporas habían empezado a brotar en primavera. El patio estaba tapizado de pelusa. Scialoja se despertaba con los ojos hinchados y la cabeza a punto de estallar. Había conocido a una chica. Era ella la que lo había abordado a la salida de un cine. Proyectaban *Atlantic City*, de Louis Malle. La muchacha se llamaba Marilena y enseñaba en un instituto técnico. Decía que era democristiana. Decía que cualquiera que hubiese nacido en Módena o que viviese en la ciudad durante más de seis meses, no podía por menos que acabar odiando a los comunistas. Decía que quien tenía un poco de cerebro acababa en la parroquia o en la

montaña, como los viejos partisanos. Decía que bastaba echar una ojeada en derredor para entender por qué las Brigadas Rojas habían nacido precisamente allí. Los fines de semana iban a la discoteca. Hacían el amor en casa de ella, en el casco antiguo de la ciudad. Marilena había salido durante varios años con un psicoanalista de moda. Consideraba antinatural todo aquello que a él le parecía fantasioso. No había entusiasmo, no había pasión entre ellos. El sexo empezaba a convertirse en una especie de gimnasia. Scialoja empezó a tomar en consideración la idea de un futuro conveniente e incoloro. Jamás cambiaría el mundo, porque el mundo no deseaba cambiar. Una compañera dócil, un trabajo rutinario: eso era lo que el destino había decretado para él. Así que mejor resignarse. Scialoja estaba ya muerto por dentro cuando, el 2 de agosto, el comisario principal le ordenó que organizase un equipo con tres hombres duros y dos ambulancias.

—En la estación de Bolonia ha estallado una caldera de gas. El caos es enorme. Movilización general.

La historia de la caldera prevaleció hasta el caer de la noche, pero ya antes, alrededor de mediodía, había quedado clara la causa de la explosión. Uno de los miembros de equipo de Scialoja era un suboficial que en el pasado había sido soldado artificiero. Tras echar un vistazo al agujero, sacudió la cabeza y sentenció:

—Una mierda, gas. Ha sido una bomba.

Habían hecho saltar por los aires la estación. Las sirenas aullaban. Los militares y los voluntarios, con la nariz protegida por unas máscaras, excavaban conjuntamente en los escombros a la búsqueda de cualquier señal de vida. Algunos lloraban pero la mayoría redoblaban los esfuerzos para posponer la cita con la rabia y el desaliento. Llegaron las televisiones. Una multitud de familiares angustiados asaltaba las vías. Una palabra maldita y reveladora circulaba entre el gentío: masacre. Las manillas del gran reloj de la explanada del Oeste se habían detenido a las 10:25. La hora en la que el corazón de Italia había empezado a sangrar. Scialoja se concedió un cigarrillo. Una periodista entrometida se le acercó de inmediato. Scialoja la mandó a hacer puñetas y volvió a ponerse la máscara. De debajo de dos vigas rotas, que habían quedado milagrosamente encajadas formando por debajo de ellas una especie de cavidad natural, le llegaba un débil lamento. Scialoja se precipitó hacia ellas. Vio una mano menuda cubierta de arañazos, la aferró, y tiró de ella. Las vigas resistieron. La niña estaba en estado de shock, pero respiraba. Lo miraba con unos ojos enormes y estupefactos, y respiraba. Scialoja la cogió en brazos y se la entregó a una enfermera. La niña era rubísima y no entendía el italiano. Un oficial de carabinieri con el uniforme de gala lo detuvo al vuelo.

—¡Usted! Vaya inmediatamente a la vía uno. ¡Hay que organizar un servicio de escolta para las autoridades!

Scialoja lo mandó también a hacer puñetas y volvió al trabajo. Su ropa estaba

hecha jirones, estaba sudado, apestaba. Pero no sentía el cansancio, como tampoco las molestias. Había dormido durante demasiado tiempo. El letargo había acabado. Scialoja seguía como un animal el rastro de la mezcla acre que formaban el polvo y la sangre. Scialoja seguía el ensordecedor olor de la muerte, absurdamente convencido de que todavía quedaban víctimas por extraer de la química de la descomposición, niños que restituir a sus madres, cuerpos destrozados que recomponer. Salvó a una anciana que estrechaba contra su pecho un rosario quemado. Recuperó un cadáver desmembrado y lo repuso con piedad. Cerró los ojos a una muchacha sin brazos y de exangües labios rosas. Espantó a un perro callejero que se había aproximado para curiosear. Caída la noche, seguían excavando, esperando contra cualquier esperanza. Los faros de los ingenieros militares iluminaban el acero torturado, las piedras lunares del balasto proyectadas al interior de los vagones destrozados, los cristales hechos añicos de los depósitos, la hierba quemada en la que los técnicos de la Policía Científica escarbaban con las frías y patéticas lámparas de acetileno, buscando restos de explosivo. A medianoche, derrotado por la piedad, se tumbó en una vía y se encendió un cigarrillo. La noche era serena. La noche era estrellada. Scialoja sintió que una mano áspera lo zarandeaba.

—Aquí no se puede estar. Documentación.

Scialoja se incorporó y sacó del bolsillo el carné doblado. El policía de la Ferroviaria se rascó la cabeza.

—Disculpe, comisario. Pero tengo órdenes de alejar a todos de esta zona.

—¿Qué pasa? ¿Está llegando Pertini?^[26]

—No sé. Me limito a cumplir órdenes.

Scialoja se alejó unos pasos, perdiéndose en la oscuridad. Pero la curiosidad lo hizo permanecer en la zona. Pasados unos minutos llegaron tres hombres. Scialoja reconoció de inmediato a Zeta y a Equis. Los acompañaba un hombre anciano y corpulento. Un pez gordo, a juzgar por el respeto con el que los dos espías se dirigían a él. Scialoja estaba demasiado lejos para poder entender lo que decían. Pero el sentido estaba bastante claro. Zeta gesticulaba con los brazos. El viejo asentía con la cabeza, poco convencido. Equis miraba preocupado a su alrededor. Zeta trataba de convencer al viejo de algo. El viejo no se dejaba convencer. Zeta se justificaba. Zeta tenía problemas. Scialoja pensó que hubiera sido divertido acercarse a ellos. Sacar la pistola y darles el alto. Pedir a aquellos desconocidos que se identificasen. Disfrutar de su desconcierto e irritación. Pero enfrentarse a ellos sería una provocación. La presencia de hombres de los Servicios en la escena de la masacre estaba más que justificada. Investigan, es su oficio. No obstante, él sabía quiénes eran aquellos hombres. Sabía a quién protegían en Roma. ¿Investigan para saber o para evitar que los demás sepan? Scialoja intuyó las relaciones, los caminos principales, las desviaciones por callejones oscuros y malsanos. La enormidad del escenario que se

abría ante sus ojos lo hizo temblar. Scialoja retrocedió, se adentró en la noche. Hubiera preferido no haberlo visto, pero lo había hecho. El letargo había acabado. Algunos días más tarde, mientras todas las policías de Europa perseguían a un fantasmagórico grupo neonazi bávaro al que los informes de los Servicios acusaban del atentado, Scialoja redactó su confesión y se la remitió al juez Borgia. Estaba listo para volver a Roma. Estaba listo para volver a empezar desde el punto en el que su cobardía lo había detenido. Estaba listo para afrontar las consecuencias. Se fiaba de Borgia. Era justo que el otro estuviese al tanto. Scialoja mandó la carta y esperó.

III

El Libanés no era de los que renuncian a una idea. Con el Dandi, Nembo, el Tapón y el Esqueleto no hubo problemas, porque entre ellos ya había sintonía. Con los demás habló uno a uno, menos claro que con el Frío, sin mencionar el asunto de los espías y procurando adaptar el sermón a la psicología de cada individuo. Treintamonedas se tomó su tiempo. El Búfalo, después de sacudir la cabeza, cogió toda la cuota de aquel mes y fue a entregársela al Seco. Ojo Feroz y los Bufones rezongaron. Ricotta soltó una carcajada y lo mandó a freír espárragos: ¡su dinero era suyo y con él hacía lo que quería! El Negro se tomó en serio la propuesta y le aseguró que entraría en el negocio de los locales y de las tiendas apenas hubiese resuelto «ciertos obstáculos», lo que equivalía a decir, más o menos, en otoño. El Libanés empezaba a sentir estima por el Negro, le gustaba su discreción, sus maneras resueltas y jamás arrogantes. Le pidió que hablase con el Frío.

—Probaré. Pero el Frío no es de los que dan marcha atrás.

Al Frío se dirigieron también los indecisos, incluido Ricotta, que una vez más volvió a salir con la propuesta de escribir una carta al Sardo. Y el Frío, leal como nadie, le respondió que el Libanés era una persona con los huevos bien puestos, pero que cada uno de ellos debía decidir con su propia cabeza. El Libanés se enteró por Treintamonedas, quien había intuido el malestar existente entre los dos.

—¡Eso sí que es un amigo!

Sí, eran amigos, y lo seguirían siendo en cualquier caso. No se hablaban, pero el deseo de hacerlo era inmenso. Ninguno se decidía a dar el primer paso. Que volvieran a discutir sobre el tema estaba completamente descartado. Pero, después de todo aquello que los había unido, ambos vivían mal la separación.

El Frío había aclarado la situación con Gigio. Su hermano se había echado a llorar entre sus brazos y a continuación se había marchado, después de haberlo mirado con ojos de cordero. Una desesperación que el Frío no podía soportar. Se sentía una bestia, eso era todo. Había ido a ver a Roberta para decirle que no se podían ver más. Habían acabado en la cama. No había remedio: el destino había decidido por todos.

En cuanto al Libanés, cuanto más trataba de mantenerse lúcido en los negocios, peor se comportaba con sus semejantes. Los espías le habían metido en la cama a una refugiada cubana que le había resuelto el problema de castidad. No obstante, él no le había tomado cariño y no se interesaba por ella: el tiempo de echar un polvo y adiós. Nada de confidencias, sobre todo: porque era evidente que la furcia era una informadora, así que piernas abiertas y boca cerrada.

El demonio del juego se había vuelto a apoderar de él, y todas las noches perdía hasta la camisa. Daba la impresión de que las cartas eran las primeras que sentían la ausencia de un amigo como el Frío.

A finales de julio, en el Rey de Picas, donde todo había empezado la noche en la que habían planeado el secuestro del barón Rosellini, Nicolino Gemito le ganó con un trío de ases treinta y cinco millones de liras. Pero como no le había gustado la sonrisita desdeñosa con la que el otro había mostrado su juego, le dijo que no le pagaría.

—Está bien, Líbano, ha sido una mala noche... son cosas que se dicen...

—No, no te pago. ¡Ni esta noche ni nunca!

Porque él era el Libanés, el número uno. Porque ningún piojo como Nicolino Gemito podía decirle qué era lo que tenía que hacer y cuándo. Porque si los Gemito seguían vivos y coleando, era gracias a él, y sólo a él. A su generosidad. De forma que, mejor que no lo cabreasen ya que si no, la generosidad se iba a acabar muy pronto. Y que no circulase por Roma ni una sola palabra de aquella desgraciada noche, o la timba sería arrasada con un incendio que haría palidecer de envidia al mismo Nerón. Porque él era el Libanés. Él podía hacer todo. Una sola palabra suya era capaz de abrir todas las puertas, un sólo gesto suyo y los Gemito, con sus furcias y mocosos incluidos, acabarían directos en el depósito.

Si aquella noche, después de desahogarse, hubiese tenido la suerte de cruzarse con el Frío, tal vez se hubiese parado a pensar. Habría llegado a un acuerdo con los Gemito. Incluso habría pagado su deuda: porque si algo en Roma tenía peso era, precisamente, la palabra del Libanés. Sólo que después de haber aguantado tanto, de haber aclarado tantas ideas y de haber calculado el momento, los movimientos, los posibles riesgos, había perdido la cabeza. ¡Y no tenía a nadie, a nadie con quien compartir la enorme carga de todo el lío que había organizado! ¿Y quién se atrevía a decirle una palabra al Libanés? Ni siquiera cuando era necesario advertirle: ¡detente!

Si aquella noche hubiese visto al Frío...

Pero el Frío llevaba una semana en Regina Coeli. Mientras circulaba en el coche con el Negro, un vulgar exceso de velocidad en la circunvalación de Clodia había llamado la atención de la Policía de Tráfico. Del control de los papeles se había llegado a los antecedentes y el Golf había sido confiscado. En un maletín había dinero negro que el Seco debía reciclar. El juez Borgia se apresuró a interrogarlos aquella misma noche. El Frío y el Negro admitieron la posesión de los billetes marcados: dijeron que se los había dado un español y que estaba buscando a alguien para colocarlos. Admitieron la receptación y fueron acusados de asalto. Vasta, con su habitual sonrisa, les garantizó que saldrían antes de septiembre. Sin pruebas, la acusación de asalto caía por su propio peso.

En la cárcel se encontraron con el Niño, hecho un cachas de tanto levantar pesas,

y a la espera de un permiso especial para poder asistir a la boda de su hermana, que se casaba con un joven periodista. En primera instancia le habían caído nueve años: la estrategia del Búfalo había funcionado.

El 2 de agosto, cuando se difundió la noticia de la explosión de Bolonia, el Negro reaccionó con una expresión furiosa.

—¡De forma que lo han hecho!

El Frío no hizo preguntas. Para poder obtener coloquios regulares con Roberta, ésta presentó una declaración de convivencia. Cuando sus padres se enteraron, la echaron de casa. Patrizia se ofreció a albergarla. El Frío le hizo llegar un mensaje: al mínimo intento de acercarse a su novia, podía considerarse una puta muerta.

El 14 de septiembre fueron excarcelados. Durante su estancia en la cárcel, el Frío pensó en escribir una carta al Libanés, pero al final ni siquiera consiguió poner dos frases juntas. Decidió, sin embargo, que iría a verlo.

No le dio tiempo.

Al Libanés lo mataron la noche del 15 a la salida del bar de Franco. Le disparó uno desde el asiento posterior de una moto robada. Conducía una mujer: luego se enteraron de que se trataba de un hombre con una peluca. La primera bala le entró en la espalda: un pequeño fragmento de cielo constelado de estrellas, el olor acre de un charco, y el Libanés comprendió que su final había llegado. Antes de que el golpe de gracia le provocase el estallido de la carótida, los ojos se le anegaron en lágrimas que eran a la vez de dolor y de risa. Su último pensamiento fue para sus compañeros: ¿qué iba a ser de ellos, sin él?

SEGUNDA PARTE

1980-1985

ΥΒΡΙΣ, ΔΙΚΗ, ΟΙΚΟΣ

I

Venganza, decidieron esa misma noche en el tugurio del Rata. Venganza despiadada, absoluta. Pero venganza lúcida, al igual que había sido lúcido el Libanés. Porque todos —incluido el Búfalo, quien sujetaba su enorme cabeza con las manos, o Ricotta, para quien aquel día, junto al 2 de noviembre de Pasolini, era el peor de su vida—, todos se esforzaban en razonar como si el Libanés se encontrase todavía entre ellos. Hablaban en voz baja, con gestos de desesperación contenida, como hieráticos. Incluso Nembo Kid, con su cazadora negra y brillante, parecía menos macarra de lo habitual. También se mostraba circunspecto Treintamonedas, a quien de repente se le habían pasado las ganas de bromear. Y el Esqueleto, que de joven había servido en misa en Donna Olimpia, se había llevado un viejo rosario y pasaba las cuentas farfullando frases sin sentido, una oración de muerte que le habría valido la maldición *in aeternis* del cura en caso de que éste la hubiese oído. Los hermanos Bufones lloraban en silencio.

Era necesario hacer averiguaciones. Acordaron que el Frío se encargase de ellas. Pero éste estaba ya al corriente y nadie sabía dónde podía haber ido para digerir la noticia.

Acudió el Seco, con dos gorilas que se quedaron fuera de la puerta. Acudió el Seco a dar el pésame, a poner a disposición de su dolor sus ojos, oídos e informaciones: habían vuelto a ver al Escoria, el tipo que les había causado problemas en tiempos del barón Rosellini, ¿y sabéis quién lo acompañaba? ¡Satanás, ese renegado!

—Ya veremos —le atajó Nembo Kid.

El Búfalo escupió al suelo. La información era sin duda falsa. Lo más probable era que el Seco hubiese tenido algún problema con Escoria o Satanás y ahora buscara la excusa para quitárselos de encima. El Seco no se ensuciaba las manos. Le importaba un comino la muerte del Libanés. Aquella bola de grasa tenía grabada en los ojos la \$ del dólar, como el tío Gilito. Todos pensaban lo mismo que el Búfalo. El Seco hizo un aparte con el Tapón: el más razonable. Después del Dandi, por supuesto.

—Esto, bueno, hay un problema...

—¿Qué problema?

—Quiero decir... puede que no sea el momento más oportuno, pero... en lo que concierne a la cuota del Libanés... las sociedades, digo, nuestras inversiones...

El Tapón le dio un empujón y volvió con el resto del grupo. ¡Esos tipos dejaban de razonar apenas veían un poco de sangre! ¡Razonable! ¡Como si fuese posible

resucitar al Libanés, al que Dios tuviese en su gloria! El Seco se introdujo en el BMW mientras uno de sus gorilas le sujetaba con premura la puerta y el otro se abalanzaba sobre el volante. Se encendió un cigarrillo, esbozó una sonrisa relajada. Bueno, lo había intentado. Nadie podría acusarlo de reticencia. Pero mejor así. Se lo diría en el momento oportuno. Con las palabras adecuadas. El Seco sabía manejarse con las palabras. Casi como con las cuentas. Preparó el discursito que les soltaría. Lo cierto era que el Libanés no tenía la cabeza clara en los últimos tiempos. Estaba echando a perder todo. Él se había visto obligado a intervenir para salvar el negocio. Y le había costado convencerlo porque, hablando sin tapujos, ¡el Libanés tenía el seso sorbido en los últimos tiempos! En cualquier caso, habían llegado a un acuerdo... El Seco se imaginaba sus caras de pasmo. El gran golpe estaba reservado para el final: la verdad era que el Libanés había muerto pobre. Todo cuanto poseía, desde las cuotas de participación a las cuentas bancarias, todo, todo, todo era ahora suyo. El Seco no se hacía ilusiones. Todavía no era lo bastante fuerte como para poder pasarse sin ellos. No era el momento de mostrarse codicioso. Quería que lo supiesen, que lo valorasen. Sus palabras serían firmes y leales. Aquí tenéis los libros de contabilidad. Controlad si queréis. Todo cuanto figura escrito en ellos será redistribuido hasta el último céntimo. Una vez detraído, claro está, el consabido diez por ciento de provisión. El Seco se jactaba de conocer a los hombres. El Seco estaba seguro de que si el Libanés hubiese seguido con vida, le habría hecho la única pregunta para la que no había respuesta: «¿Y qué me dices de todo lo que no está en los libros?».

Pero el Libanés ya no estaba. Y ninguno de los demás, por el momento al menos, era capaz de llegar a una conclusión semejante. Ninguno se enteraría de que la mitad del tesoro del Libanés no figuraba en los libros.

—¡Párate aquí, tengo sed!

El Seco entró en el Harry's Bar enjugándose el sudor de la frente. Un *maître*, o algo semejante, arqueó las cejas. El Seco anotó mentalmente: comprar el tugurio, preparar una camisa de cemento armado para este capullo.

El Frío, mientras tanto, se había llevado al Negro al mismo lugar de Castelporziano donde en primavera el Libanés y él se habían dicho las primeras verdades. Empalmaban un porro con otro mientras se bebían una botella de champán. Pero ni la droga ni el alcohol eran capaces de colocarlos en ese momento. Aquella lucidez, bajo aquellas estrellas, era espantosa, alucinante.

—Hace un par de años celebraron aquí un festival de poesía —dijo el Negro—, cosa de progres.

—¿Ah, sí? ¿Y tú qué sabes?

—Asistí a él.

—Me importa un carajo, Negro.

En cualquier otro momento, el Negro se habría callado. Pero en el humor sombrío

del Frío había algo malsano. El Frío se sentía culpable. Debía hacerle entender que el Libanés se había forjado por sí solo su destino. Que había sido todo un hombre incluso en el instante de la muerte.

—Salía con una de izquierdas... además era judía, ¿te imaginas? Sabía todo sobre el karma, pero no había entendido una palabra... en el fondo todos somos muy diferentes... un buen polvo, en cualquier caso...

—No tengo ganas de hablar.

—Los progres fumaban y follaban. Y hasta aquí... Da la impresión de que se divierten mucho. Pero en el fondo es gente triste. Si consiguen mantenerse a flote, papá acaba por encontrarles un buen trabajo y... cómo se dice... sientan la cabeza. Ésa es la diferencia. Nosotros, en cambio, seguimos adelante hasta el final. Nosotros no nos morimos en la cama. Nosotros morimos como el Libanés. Pero hay modos y modos de morir. ¡El Libanés se equivocó!

—Déjame en paz, Negro.

El Negro suspiró.

—El Libanés se la buscó, Frío.

El Frío estaba a punto de estallar, pero al ver la lúgubre sonrisa que se dibujaba en los finos labios del Negro, se aplacó.

—Fueron los Gemitos. Por una deuda miserable. El Libanés había perdido la cabeza, Frío...

El Frío cogió un puñado de arena húmeda y la arrojó al mar. El viento se la tiró de nuevo a la cara. El Frío tenía ganas de llorar.

—Las lágrimas del guerrero hieren a las estrellas —susurró el Negro, que parecía haberle leído el pensamiento—, y regresan a la tierra como estiletes de sangre.

El Dandi llegó a la casa a las dos de la mañana. Abrazó a todos y les dijo que la casa del Libanés estaba limpia. Cualquier huella susceptible de azucarar a la pasma había sido borrada. Nembo Kid le lanzó una mirada significativa y el Dandi asintió con la cabeza: Zeta y Equis estaban al corriente.

II

El Viejo liquidó a Zeta con dos frases cortantes, restituyó el aparato al *maître*, y se disculpó vivamente con el compañero Solomonov.

—¿Problemas? —le preguntó el ruso con afabilidad.

—Ybris —suspiró el Viejo.

—¿Cómo dice?

—La locura. La locura que los dioses meten en la cabeza a aquellos a los que quieren llevar a la perdición. Una historia tan antigua como el hombre. Nada serio, en cualquier caso. ¿Pedimos?

—¡Con mucho gusto, *tovarisch!*

Pero en su fuero interno el Viejo estaba furioso con el Libanés. No toleraba las derrotas, no digamos las decepciones. A pesar de su carisma, el Libanés no había sido capaz de tener bajo control a cuatro gariteros de mierda como los hermanos Gemito. Los demás no le interesaban en absoluto. Tiempo perdido. Enojoso.

El funcionario del KGB, un armenio de ojos maliciosos, había susurrado una pregunta de la que él no se había percatado.

—Sí, claro —respondió mecánicamente como uno de sus autómatas.

El ruso lo miró estupefacto.

—¿De verdad tienen ustedes ya claro el escenario del atentado de la estación?

No, claro que no. O sí, dependiendo de los puntos de vista. No debía mostrarse demasiado seguro de sí mismo, eso podía ser un error. O quizá una ventaja. Dado que el ruso estaba tan excitado, que creyese pues en el enésimo misterio-oculto-por-la-podrida-y-corrupción-democracia-filoyanqui. La verdad era que estaba pensativo. Ybris. Pecado típicamente humano. Los dioses eran inmunes a él. Por eso él jamás resbalaría.

—¡En cualquier caso, no sabemos nada de ese asunto!

Asintió. Apenas alcanzase un acuerdo con el armenio examinaría con más calma la situación. Tal vez, después de todo, hubiese todavía un par de sujetos recuperables. Todo dependía del resultado de la previsible guerra que se desencadenaría a continuación. Pero ¡qué irritante despilfarro de tiempo y de energía!

El juez Borgia se enteró pasadas veinticuatro horas. Hasta ese momento el asunto había sido subestimado: ¡toda una ironía, tratándose de un ambicioso como el Libanés! El hecho era que la noche anterior estaba de turno en el juzgado un colega pachón y alérgico a los problemas. Tanto a él como al teniente del Friuli, que se encontraba al mando del pequeño grupo de guardias, aquel muerto del Testaccio no

les había provocado la menor sinapsis. Tras leer a hurtadillas la noticia en el *Messaggero*, entre una audiencia y otra, Borgia se precipitó al despacho del fiscal de la República y le solicitó hombres, medios, escuchas, órdenes, carta blanca.

—En Roma hay una banda peligrosa. El Libanés era uno de sus jefes, tal vez el único. El hecho de que lo hayan eliminado delante de su casa puede significar dos cosas: ¡o bien se trata de un ajuste de cuentas, o bien se está organizando una banda rival!

El fiscal, escrutándolo a través de sus gruesas lentes de jurista, le pidió «pruebas, pruebas consistentes». Borgia, estupefacto, por decir poco, le recordó que el oficio de fiscal consistía precisamente en eso: en buscarlas, las pruebas. El fiscal le ofreció un cigarrillo y una sonrisa partenopea.

—Así pues, en tu opinión, ¿qué deberíamos hacer?

—Tengo una lista de nombres. Algunos están sin lugar a dudas relacionados con el Libanés, otros podrían estarlo. Registrémoslo todo. Apostemos dos o tres hombres para vigilarlos, día y noche, y verá que...

—¡Sí, claro, dos o tres hombres! ¡Se los podríamos pedir al FBI! ¡No creo que ese asunto nos pueda llevar muy lejos!

—¡Pero se trata de mafia, señor fiscal!

—¡Mafia, mafia... en Roma! ¡Con todos los problemas que tenemos ya con el terrorismo y ahora éste me sale con la mafia!

—A propósito de terrorismo, ¿sabía que el Frío y el Negro fueron arrestados juntos? Uno de la banda y un terrorista.

—¿Terrorista terrorista?

—Extremista sospechoso de estar relacionado con grupos terroristas — pormenorizó Borgia.

—¿Qué tipo de grupos?

—Nazi-fascistas.

—Ah, bueno... los rojos y los fachas son un peligro para las instituciones, pero si quieres saber mi opinión... ¡el fascismo está muerto y enterrado! ¡Y las Brigadas Rojas son mucho peores! De todas formas, nuestro objetivo prioritario es la defensa de las instituciones.

—El Libanés era un *boss*. ¡Tengo miedo de que esto genere una matanza!

El fiscal se encogió de hombros.

—Francamente, si a cuatro cabrones les da por matarse entre ellos...

Borgia regresó a su despacho presa de una rabia sorda. Menosprecio. Indiferencia. Investigadores que se comportaban como toros: sólo se agitaban con el color rojo. El resto les importaba un comino. Agarró con brusquedad el auricular e hizo algo que debía haber hecho ya hacía mucho tiempo, mientras se llamaba idiota por haber esperado tanto. Tres días después, Scialoja entraba en su despacho mirando

a derecha e izquierda con circunspección. Borgia notó que estaba pálido, hinchado, abatido, y reprimió una carcajada maligna. ¿Qué se esperaba, una pareja de carabineros equipados para la guerra con la orden de arresto? Sin ni siquiera invitarlo a sentarse, le lanzó una plica arrugada. Scialoja reconoció su caligrafía y le echó una ojeada con aire de preocupación.

—Rompa esa cosa, comisario.

—Pero ¿qué dice?

—Su amiguita... Sandra Belli... la causa ha sido sobreseída. Insuficiencia de pruebas. No hay apelación. Los del Servicio ya no le podrán molestar.

—Soy libre.

—Eso parece. Libre e inmaculado, ¡mi querido corazoncito!

Scialoja pasó de la exaltación al cabreo cuando Borgia, riéndose por debajo de los cuatro pelos del bigote que se obstinaba en dejar crecer obedeciendo a un capricho de su mujer, le dijo que se había enterado del archivo de la causa hacía ya más de un mes.

—¡Y me ha tenido todo este tiempo en ascuas!

Borgia no respondió. Scialoja debía entenderlo por sí mismo. Debía comprender que no tenía ningún derecho a descargar sobre su juez aquel maldito conflicto de conciencia. Y le debía, además, una mínima compensación por los días de mierda que le había hecho pasar desde que había leído su confesión. Días de dudas y de pesadillas, días que sería mejor borrar y que había transcurrido en una lucha desgarradora entre la fidelidad a la Institución, que imponía la incriminación de Scialoja, y la firme convicción de que la Belli era sólo una idiota que jugaba con cosas que le venían grandes, los espías dos ambiguos hijos de mala madre y Scialoja una buena cabeza con una única y gran debilidad: el exceso de testosterona. Al final había optado por llamar al colega encargado de la investigación. Para justificar la absolución de la supuesta brigadista, su amigo se había basado en la intrínseca debilidad de las averiguaciones. En un momento en el que, en cuestión de terroristas rojos, la sospecha era ya de por sí una certeza, Borgia estaba legitimado a imaginar que la decisión podía haber estado influenciada por la presencia de una estrella de la abogacía y por las presiones de una poderosa familia de la alta burguesía muy bien relacionada con el Vaticano. En fin: una vez salvada la Belli, su primer impulso había sido llamar a Scialoja. Pero luego se había echado atrás. En cualquier caso, el policía había cometido un error. ¿Era este error imperdonable? ¿Todavía lo necesitaba? Como se suele decir en la jerga de la curia: el magistrado «se había reservado». La muerte del Libanés había disipado sus últimas dudas. Y ahora se volvían a ver. Uno al lado del otro. Scialoja trataba de disculparse. Borgia lo detuvo con un gesto seco, arrojándole a las manos el expediente rosa que contenía las ACTUACIONES RELATIVAS AL ASESINATO DEL LIBANÉS.

III

El Corbatero vivía en una villa de la Ardeatina: mil seiscientos metros cuadrados repartidos en tres pisos y un parque de cuarenta hectáreas. En menos de ocho meses había conseguido arrebatárselo a un peletero judío incapaz de hacer frente a un interés del doscientos setenta y cinco por ciento en un mes. Nada más instalarse en sus nuevas posesiones, había hecho grabar en la placa de la verja: VILLA CANDY. En memoria de cuando, antes de entrar en el giro importante, vendía lavadoras en Monteverde viejo. El Corbatero era así: un sentimental. Dos días después de la muerte del Libanés invitó al Dandi y a Nembo Kid a una fiesta en Villa Candy.

—Ha venido la media Roma que cuenta —dijo al recibirlos—, ¡y los que faltan están que echan humo!

El Dandi y Nembo Kid no estaban para fiestas: la herida del Libanés les seguía escociendo, y toda aquella alegría les resultaba irritante.

Entre las actrices, los tiburones del sector inmobiliario, los consejeros, los curas, los abogados, los asesores fiscales, e incluso un par de jueces, y el puterío de rigor que los escoltaba, se paseaba, como huésped de honor, el Maestro. Acababa de tener un hijo varón y se pavoneaba en medio de un grupo agitando orgulloso una fotografía de la feliz mamá. El bebé tenía una cara rojiza y cubierta de granitos.

—Se llama Danilo. Como mi padre. ¿Sabíais que mi padre, cuando estaba en Sicilia, era tan pobre que algunas semanas tenía que comer piel de higos chumbos rebozados? ¡Es cierto, os lo juro! ¿Sabéis cómo se hace? Se cogen las pieles de los higos chumbos... sí, justo las que tienen espinas... y se escaldan, para que éstas se caigan. Luego se cortan a tiras muy finas y se pasan por harina y huevo... empanadas, vaya. A continuación se fríen. Y cuando están bien fritas, se echa por encima una salsa hecha con aceite, vinagre, azúcar, alcaparras y, si tenéis a mano, sardinas. ¡Pero mi padre era tan pobre que las sardinas sólo las veía en sueños! ¡Dandi... Nembo, amigos, venid, venid!

El tío Carlo llegó poco antes de la medianoche, escoltado por tres tipos vestidos de oscuro, y el Corbatero se apresuró a ofrecerles su despacho privado.

El Dandi y Nembo Kid fueron introducidos en una amplia estancia presidida por un escritorio de caoba con librería a juego, y repleta de bustos de Cesar sobre pedestal, alfombras persas, cuadros de la escuela napolitana de Salvador Rosa, espejos enmarcados en oro e infolios repartidos en varios atriles. El Dandi, que iba por delante en lo que a progreso estético se refiere, frunció la nariz. Ciertamente, sólo piezas únicas, e incluso de valor, pero amontonadas sin orden ni concierto en aquel

angosto espacio, lo que revelaba la profunda vulgaridad del Corbatero, un multimillonario con alma de encubridor de barrio. El tío Carlo se percató del desagrado que sentía el Dandi, al igual que de su sobrio vestido. El muchacho se estaba refinando a ojos vistas. ¡Con tal de que aquella vida de señor no lo reblandeciese demasiado! Nembo Kid, en cambio, había nacido zafio y zafio moriría. El tío Carlo abrazó al Maestro y le felicitó por el recién nacido.

—Mi padre era analfabeto. Yo apenas acabé la secundaria. ¡Mi hijo Danilo estudiará en América y un día será un hombre importante!

El tío Carlo les dio el pésame por el Libanés. El Corbatero destapó una botella de Krug y todos bebieron a la salud del amigo desaparecido. El Maestro dijo que estaban contentos por el modo en que iban los negocios.

—Pero ahora tenemos que ocuparnos de otra cosa. Existe una posibilidad de invertir en Cerdeña. Terrenos seguros, de altísima rentabilidad. Una compleja red de sociedades. Hacen falta capitales frescos que las sostengan. El tío Carlo piensa que podríais uniros al negocio. Al principio os quedaréis en descubierto, pero en unos seis o siete meses los ingresos serán consistentes. ¡Realmente consistentes!

—¿Cuánto? —preguntó el Dandi.

El Maestro disparó una cifra. El Dandi le contestó que podían probar. El Maestro dijo que sería útil visitar el lugar. Podían salir para la isla a la mañana siguiente.

—Ahora no podemos movernos de Roma —susurró Nembo Kid—, ¡hay que vengar al Libanés!

El tío Carlo asintió con la cabeza.

—La venganza es un noble sentimiento. Es cosa vuestra. Los terrenos son un negocio importante. Yo estoy muy interesado. Y esto, en cambio, es una cosa tanto vuestra como nuestra. Tratad de seguir ambas cosas al mismo tiempo. ¡Y hacedlo bien! —concluyó, mirando a los ojos al Dandi.

Pero la venganza era la única cosa para los demás. El Frío opinaba que ésta debía convertirse en el cemento que el Libanés había buscado durante tanto tiempo. Para vengarse había que actuar, pensar, vivir y respirar como un único organismo.

Pasados diez días, tenían el cuadro completo de la situación.

La eliminación del Libanés había sido decidida en el curso de una reunión en el Rey de Picas a la que habían asistido los cuatro hermanos Gemitto. Los ejecutores materiales habían sido elegidos a suertes. Uno —el que iba disfrazado de mujer— era «con toda probabilidad» Nicolino Gemitto. La identificación se basaba en su complexión y en la causa inmediata del asesinato: se trataba del acreedor directo del pobre Libanés. El otro hombre del comando debía de ser Saverio Solfatara, el siciliano loco. La descripción correspondía y había un detalle inquietante que no debían subestimar: Solfatara estaba «formalmente» ingresado en el manicomio de Castiglione delle Stiviere. Oficialmente chiflado, o casi, como el Sardo. Pero durante

aquellos días de septiembre —la información la había procurado un nuevo contacto de Treintamonedas, un secretario del Palacio de Justicia adicto a la coca— Saverio *el Loco* disfrutaba de quince días de permiso por graves motivos familiares. Pero si bien éstos constituían el brazo ejecutor, la condena a muerte se extendía de forma pacífica a toda la estirpe Gemito y a sus acólitos.

El primer y mayor problema era encontrar a aquellos infames. Los garitos que el Libanés, movido por su excesiva y suicida generosidad, les había permitido mantener estaban ahora cerrados. Los apartamentos desiertos, así como los picaderos de las diferentes amantes. Los Gemito parecían haberse evaporado. Pero algún día tendrían que asomar la cabeza. Nembo Kid sugirió una solución. ¡Cojamos a los niños y veréis como esas ratas salen de su madriguera!

El Búfalo se rascó la cabeza. Coger a los niños... ¿le habría gustado al Libanés una idea semejante? Él no estaba dispuesto, pero el suyo era sólo un voto. Si los demás decidían lo contrario... Nembo Kid insistía, apoyado por el Tapón. Vittorino Gemito, por ejemplo, el menor y menos duro de los cuatro hermanos, tenía dos gemelos que frecuentaban una piscina del Trastevere. Bastaba esperarlos a la salida, subirlos a un coche y hacer saber a quien correspondiese que «los mocosos estaban en su poder».

—¿Y si algo va mal? —intervino Ojo Feroz—. ¿Qué hacemos? ¿Les disparamos? ¿A los niños?

—No dejan de ser de su misma raza —le atajó Nembo Kid.

Todas las miradas se posaron en el Frío.

—No es una buena idea. A las ratas no las haremos salir cogiendo a esos niños. Será una pérdida de tiempo. Mejor esperar.

El Negro, que no había asistido a la reunión, se puso enseguida de parte del Frío. Algunas reglas son sagradas: las mujeres y los niños quedan fuera del combate.

Así pues, tiempo de espera y de paciencia. Entretanto, los negocios debían seguir su curso. El Libanés habría hecho lo mismo. El Frío encargó a Treintamonedas y al Dandi que se ocupasen de los asuntos corrientes. Los demás se dividieron en pequeños grupos. Quienquiera que se topase con uno de los Gemito o con el siciliano loco tenía vía libre.

IV

Scialoja había necesitado dos semanas para excluir la hipótesis de un arreglo de cuentas entre los miembros de la banda. Quince días de vigilancia, soplos y sabio uso de la razón: al final había surgido la historia de la deuda con los Gemito, e incluso el fiscal había considerado evidente que el plomo procedía de aquella dirección. Pero, como de costumbre, faltaban testigos y los sospechosos se encontraban en paradero desconocido. Borgia estaba angustiado por el inevitable derramamiento de sangre. Scialoja miraba más allá. Intentarán vengarse, es obvio. Pero esto no es Calabria, o Palermo. En Roma las venganzas no duran. Aquí la tragedia tiene poco margen de maniobra. Ésta es la ciudad de la eterna comedia. Los huérfanos del Libanés se pondrán a hacer negocios tarde o temprano. Tal vez alguno de ellos lo esté ya pensando y mire la venganza con un cierto desapego. Creía conocerlos ya. El alma de la venganza no podía por menos que ser el Frío. Pero ¿y el Dandi? ¿Hasta qué punto lo seguiría el Dandi, al que observaba desde un principio? Scialoja soñaba con enfrentarlos. Y mientras tanto se preguntaba adónde habría ido a parar el dinero del Libanés, que había muerto casi sin blanca.

—Por lo visto se despojó de todo como san Francisco —ironizó Borgia.

—Me gustaría encontrar al pobre que se ha enriquecido con su manto...

Pues sí. ¿Dónde había acabado el tesoro del Libanés? ¿Y qué tenían que ver con todo esto los servicios secretos? ¿Cómo explicar, además, la relación entre el Frío y el Negro? Se mirara por donde se mirase, en el juego se entrelazaban toda una serie de variantes impredecibles. Sólo una cosa era segura: la muerte del Libanés los había dispersado. Había que asestarles un buen golpe. Scialoja volvió a la carga y propuso una irrupción en el burdel. Borgia «se reservó» con una sonrisa sarcástica y la exhortación de no dejarse llevar por las hormonas. Scialoja no se lo tomó a mal. Borgia acabaría por ceder.

Mientras tanto, la tragedia iba incorporando elementos de comedia de segundo orden, o quizá de farsa. Pero ¿es que de repente los Gemito se habían vuelto invulnerables? ¿Es que Satanás en persona había tendido su ala protectora sobre aquel clan de presuntuosos? Ricotta había llegado incluso a soñar con el jefe de los demonios. Hablaba con el Libanés y a sus pies se encontraba Roma, capital eterna e inmortal. Lucifer desplegaba sus alas y soltaba una carcajada: «Ay, Líbano, se te hace la boca agua».

Lo que equivalía a decir: te gustaría que las cosas fuesen como quieres y en cambio...

El primer soplo les llegó un mes después del funeral a través de Sciancato, un drogadicto que el Rata usaba como catador de heroína: si sufría una sobredosis — cosa que había sucedido ya en dos ocasiones—, eso significaba que la mercancía era demasiado pura y que había que reconsiderar el corte.

—Buscan coca para una fiesta en Grottaferrata. Esta noche estarán todos allí.

El Frío y el Negro efectuaron un reconocimiento por la tarde. La villa estaba aislada, protegida por una verja eléctrica con cámaras de circuito cerrado, y en el parque se oía ladrar a los perros. Imposible entrar. Delante de la casa había unas obras. El Frío decidió que apostarían dos coches junto a las palizadas. Con los faros apagados. Para pillarlos a la salida. Se sabía que Nicolino tenía un cupé rojo fuego. A la cita acudieron el Frío, el Negro, los Bufones y el Búfalo; Ricotta, Nembo Kid, Ojo Feroz, el Tapón y el Esqueleto. El primer coche que se asomó por la verja recibió una lluvia de plomo. Tras los disparos se pusieron a gritar, a bailar, con mitras y revólveres, exaltados, el Búfalo con lágrimas en los ojos y una banda de ninja en la frente, tan trastornados y locos de sangre que sólo cuando el Negro, el único que había mantenido la calma, arrancó materialmente la ametralladora de manos de Nembo, se dieron cuenta de que en el Volkswagen no iban los odiados hermanos, sino una pobre pareja de novios que no tenían nada que ver y a los que sólo la mala suerte había puesto en su línea de tiro.

Los dos hermanos escaparon, como también escapó diez días después Pino Gemito, al que el Tapón y Ricotta sorprendieron, tras la oportuna emboscada, en la calle Laurentina: culpa de la Beretta de Ricotta, que eligió el peor momento para declararse en huelga, y de la agilidad del blanco, quien volvió sano y salvo a casa gracias a un trompo digno de un corredor de *rallies*.

Cuarenta y ocho horas más tarde, en Vigna Murata, Nembo Kid, el Tapón y el Dandi consiguieron herir a Vittorio Gemito, pero sólo en un brazo: el Tapón, con las prisas, lo había apuntado de lejos.

Demasiadas balas desperdiciadas en vano. El tiempo pasaba sin obtener resultados. El deseo de venganza corría el riesgo de desvaírse. El Búfalo empezaba a sentirse oprimido por los dolores de cabeza, que adoptaban la forma de algo parecido al tono monocorde de un bajo orquestal. Algunas noches sentía la tentación de coger la pistola y disparar en la boca del primer transeúnte que encontrase. Aunque sólo fuese para demostrar que no estaba completamente agilipollado. ¡No era posible que las cosas fuesen siempre tan mal!

El Frío estaba tenso, preocupado. ¡La calle lo traicionaba! El Maestro le había hecho saber que el tío Carlo estaba un tanto molesto. El Sardo los bombardeaba con cartas ofensivas: sin el Libanés no eran más que una manada de retrasados. Menos mal que no tardaría en volver a su lado, ¡y entonces ya verían cómo cambiaba la música!

Por si fuera poco, había también otros asuntos más urgentes, lo que aplacaba asimismo el deseo de venganza.

El 23 de noviembre un terremoto arrasó medio sur de Italia. Treintamonedas se frotaba las manos. El pastel de la reconstrucción le hacía la boca agua: lo sentía por los muertos pero, siempre que los políticos lo permitiesen, el reparto bien podía durar más de veinte años. Treintamonedas habló con el Dandi, Nembo y el Seco y partió en calidad de explorador. No estaría de más contactar con algún viejo zorro de las familias históricas: un kilo de cocaína podía servir como regalo propiciatorio. El tiempo de Cutolo había pasado. Si bien aseguraba que había «vuelto a entrar», en realidad lo habían apresado y de los asuntos familiares se ocupaba ahora su hermana Rosetta, quien se estaba haciendo odiar tanto por la vieja como por la nueva camorra.

Algunos días después, el Sultán, un joven de buena familia que había perdido en el juego su patrimonio, vendió a Tomasso Gemito a cambio de la cancelación de una deuda de cuarenta millones: el muy lelo jugaba en un garito de Monte Mario todos los viernes hasta pasadas las cuatro de la madrugada. Esta vez hicieron las cosas como Dios manda: tres coches, colisiones durante el trayecto, mitra y bombas de mano, y a Tomasso lo dejaron seco en medio de un charco de sangre.

Pero ni siquiera este despliegue de fuerzas fue suficiente. Cosa del destino. En el telediario explicaron que el «famoso miembro de un clan de la capital» había «escapado milagrosamente de la emboscada que le habían tendido algunos elementos de un grupo rival».

Una noche de diciembre, el Dandi invitó a todos a su nueva casa del Campo dei Fiori. Patrizia había contratado a un decorador de moda. En el interior de la mansión se navegaba entre las menudas mujeres del pintor Renato Guttuso, alfombras bukhara, bustos metafísicos y libros antiguos. El Búfalo deambulaba respetuoso y algo perplejo en medio de todo aquel lujo. Al pequeño *Alonzo*, que crecía bien alimentado y gruñón, le habían construido una cómoda jaula. El Frío se despidió a medianoche. El Dandi acababa de proponer un brindis en memoria de John Lennon. Si se quedaba un minuto más, acabaría rompiéndole en la cabeza toda la colección de cuadros de autor. Así no se podía seguir adelante. Todo estaba muriendo. El Frío sentía el peso del fracaso, el mordisco del aislamiento, la gélida caricia de la indiferencia. Era como si se hubiesen olvidado ya del Libanés. No era la calle la que los traicionaba: eran ellos los que traicionaban a la calle.

Aquella noche, un grupo a las órdenes de Scialoja irrumpió en el burdel de la plaza de los Mercanti. Patrizia no estaba. La arrestaron a la mañana siguiente mientras salía cargada de paquetes de Nazzareno Gabrielli. Con una sonrisa de mofa, pidió al agente que le notificaba la orden de arresto que le sostuviese la pesada bolsa.

La carcelera le ordenó que se desvistiese. Patrizia se quitó el traje de Basile y se quedó en combinación. La otra se impacientó.

—He dicho que todo.

Patrizia se quedó desnuda. La carcelera le ordenó que se inclinase hacia delante. Patrizia obedeció. La carcelera se puso los guantes y procedió al registro de las partes íntimas. Patrizia cerró los ojos y pensó que en el fondo no era tan diferente de lo que hacía con los clientes. La mujer se esmeró en su trabajo, aunque sin exagerar.

—Está limpia —dijo al final a alguien que los observaba al otro lado del espejo sin azogue—, ahora puede volver a vestirse —añadió después con amabilidad.

Patrizia abrió los ojos de nuevo y le dio las gracias con una breve inclinación de cabeza. Los clientes no le hablaban de usted.

Le entregaron una manta y la metieron en una celda con dos drogadictas y una rubia teñida cubierta por una tupida red de tatuajes. Entró sin saludar a nadie y se aproximó al camastro que le habían asignado: una dura y vieja red clavada al suelo a dos pasos del microscópico cubículo que hacía las veces de baño. La celda olía a ropa interior sucia, a posos de café, a leche cuajada. Las drogadictas gemían dulcemente. Patrizia se tendió en el catre, giró la cabeza y se durmió. La despertó el roce áspero de una mano que se insinuaba entre sus piernas. Patrizia apartó a la intrusa y se incorporó. La sonrisa de la rubia teñida dejaba al descubierto unos dientes podridos por los que emanaba un fuerte olor a ajo.

—Si lo intentas de nuevo, te saco los ojos.

La otra se echó a reír. En su mano había aparecido un pequeño y puntiagudo trozo de cristal. Patrizia le dio una patada. La rubia teñida perdió el equilibrio. El trozo de cristal salió volando. Patrizia se apresuró a cogerlo. La rubia teñida trataba a duras penas de levantarse. Patrizia pensó que no le resultaría difícil cogerla por los hombros. Sujetarle la frente y alzarle la cabeza. Abrirle la garganta de un lado a otro. Sentía el imperioso deseo de hacerlo. Las dos drogadictas se abrazaban, temblando de miedo. La rubia teñida escupió al suelo.

—Estás muerta. Dime como te llamas, quiero saber tu nombre antes de matarte.

Patrizia se lo dijo. La rubia teñida palideció. Volvió a escupir. Se llevó las manos a la cabeza.

—¡Hostia, la mujer del Dandi!

—¿Cambia algo? —preguntó Patrizia sin dejar de blandir el trozo de cristal.

La rubia teñida le pidió disculpas.

—¡No lo sabía! Por Dios, te juro que no sabía quién eras. Este sitio te juega malas pasadas, Patrizia... puedo llamarte Patrizia, ¿verdad? ¡Perdóname, perdóname! Ten cuidado con esas dos... son espías del director... acabas de llegar, ¿verdad? Bien, haz que te metan en una celda de aislamiento. La verdad es que, ahora que lo pienso, ni siquiera deberías estar aquí. ¡Tú debes estar en aislamiento! Te han metido aquí porque esperaban...

—Cállate, quiero dormir.

Volvió al camastro. Se giró de nuevo hacia la pared. Pero no conseguía dormirse. Patrizia apretaba el trozo de cristal como si fuese uno de sus animalitos de peluche. No lograba dormirse sin ellos. Si tuviese un hombre a su lado... incluso el Dandi... tenía que darse la vuelta y no pensar. Apretar su peluche y no pensar. Las drogadictas hablaban en voz baja a sus espaldas. La rubia teñida roncaba. Las carceleras pasaban una y otra vez. De cuando en cuando, alguna abría la mirilla y observaba el interior de la celda. Las más sádicas golpeaban los barrotes para despertar a las presas que dormían. Poco antes del amanecer, llevaron a una novata. Otra drogadicta. Completamente colocada. Casi una cría, con una cara dulce y redonda, y los ojos alucinados. Por increíble que pudiese parecer, le habían dejado conservar las joyas. La nueva lloraba y se revolvía. Se aferró a una carcelera, no quería que se marchase, gritaba que llamasen a su padre. La carcelera la apartó brutalmente y cerró la puerta. La drogadicta seguía gritando. La rubia teñida se movió. Patrizia la detuvo con una mirada autoritaria. A continuación se acercó a la nueva y le acarició el pelo. La chica dejó de gritar. Ahora temblaba de pies a cabeza. Olía a sudor ácido y a un perfume demasiado intenso. Poco a poco se calmó. Patrizia la acompañó a su catre y aguardó a que se durmiese. La rubia teñida y las otras dos la miraban incrédulas. Patrizia les pidió un cigarrillo. La rubia teñida se apresuró a ofrecerle un paquete arrugado de Marlboro.

—¿Cómo te llamas?

—Ines. Ines Rapino. Pero todos me conocen como Ines del Trullo.

—Escucha, Ines. ¿Ves a ésta, a la nueva?

—Sí.

—Si le pasa algo, te degüello, ¿queda claro?

Por la mañana, el director le comunicó que se encontraba en régimen de aislamiento. Le preguntó si las otras reclusas la habían molestado. Patrizia esbozó su sonrisa más seductora y le respondió que estaba encantada con sus nuevas amigas. El director la dejó marchar sorprendido de su frialdad. La mantuvieron durante algún tiempo al baño maría y cuando casi habían pasado cuarenta y ocho horas desde su arresto, se reunió con el juez y con el abogado Vasta en la sala de visitas. Con ellos estaba también el policía, cómo no. Pálido como un muerto. Patrizia pensó que sería divertido acercarse a él y preguntarle en tono de gran señora: «Hola, querido, ¿cómo

estás? ¿Se te han ido ya las marcas que te dejé la última vez que follamos?». Luego, para completar el efecto, le podía dar un beso en la boca. Pero en la sala había un espejo. Patrizia notó las manchas de grasa en la chaqueta, la falda arrugada, las carreras en las medias. Tenía el pelo asqueroso. Necesitaba una buena ducha y una rociada de desodorante. Se arriesgaba a parecer una buscona patética y ajada. Estrechó la mano de Vasta y se sentó con un suspiro a su lado. Se veía que estaba destrozada. Scialoja sintió lástima y remordimientos. La estaba usando para llegar al Dandi y sus amigos. Siempre la había usado. Su plan había sido ése desde un principio. ¿Pero ahora? Borgia carraspeó.

—Permítame que le recuerde su derecho a no responder.

—Respondo, respondo —dijo ella a media voz antes de que Vasta pudiese intervenir—, no tengo nada que ocultar...

—Eso lo veremos —replicó el juez.

Duro, pero amable, Borgia. Inflexible pero con un fondo de ironía. Impermeable a cualquier forma de seducción, no digamos en el estado en el que se encontraba Patrizia después de dos días en chirona. El juez preguntaba por el burdel, pero saltaba a la vista que el sexo le importaba bien poco. Todos se encontraban allí por una especie de sarcástica ficción. Por persona interpuesta. Detrás de Borgia estaba el policía. A ella la retenían porque era la mujer del Dandi. Vasta se oponía, disertaba, obstaculizaba, indiferente, como los demás, al destino de Patrizia. Vasta era los ojos y los oídos del Dandi. Borgia empleó una hora en hacer la pregunta que más le interesaba.

—Usted es propietaria de un inmueble transformado en casa de citas. A la magistratura le gustaría saber cómo lo adquirió. ¿De dónde sacó el dinero? ¿Quién se lo dio?

—Una mujer joven tiene muchos recursos.

—No lo dudo, señorita Vallesi. El hecho es que incluso calculando... queriendo ser generosos... una docena de prestaciones al día del tipo habitual en estos casos...

—¿Se refiere al puterío?

—¡Creo que nos entendemos de sobra! Quiero decir que incluso en el caso de que usted tuviese... cualquier actividad humanamente posible no podría justificar la inversión inicial...

Vasta protestó: las preguntas del juez sobrepasaban la mera acusación. Una vez más, se sentía en la obligación de aconsejar a su clienta que guardase silencio. Patrizia lo ignoró.

—Digamos que me ayudaron algunos amigos.

—¿Qué amigos?

—Amigos generosos.

—¿Como el Dandi? ¿Como el Libanés? ¿Como el Frío? ¿Como el Seco? ¿Como

los agentes de los servicios secretos que frecuentaban la plaza de los Mercanti?

Vasta alzó la voz. Patrizia lo aplacó con un gesto resuelto.

—¿Agentes de los servicios secretos? ¿Y si así fuese qué? Cuando me acuesto con alguien, no le pido la documentación. En cualquier caso, si es por eso, he estado en la cama con políticos, periodistas, futbolistas, escritores... ¡incluso policías! —concluyó con una sonrisa burlona.

Vasta revolvió los papeles que tenía delante, dio un puñetazo a la mesa y se lanzó al *incipit* de una de las escenas que lo habían hecho famoso en el Palacio de Justicia. ¡Ahora sí que estaba exagerando! ¡Se violaban con excesiva desenvoltura los principios constitucionales, y no sólo los de su clienta! Tenía que recordar al fiscal que la ley Merlin no castiga a los frequentadores de casas de citas, como tampoco a las mujeres que ejercen libremente la prostitución. La ley sólo castiga a aquellos que se lucran de forma indebida con la prostitución ejercida por otros. Cosa que no se producía en los hechos que estaban examinando. De manera que...

—¡De manera que nos vamos a dar un paseo a ver si nos calmamos! —estalló Borgia, quien acto seguido aferró a Vasta por un brazo y, haciendo caso omiso de sus protestas, lo arrastró fuera de la sala. Scialoja y Patrizia se quedaron solos. Ella cruzó las piernas.

—Lo siento —murmuró él.

—Dame un cigarrillo.

—Llegas en mal momento. Me he pasado a éstos —le contestó él mientras se sacaba del bolsillo un paquete de cigarros toscanos.

—Me las arreglo con éstos. Dame uno.

Scialoja encendió un cigarro y se lo pasó. Ella le dio dos caladas, enrojeció, reprimió un ataque de tos tragándose el humo, apretó los puños y volvió a aspirar.

—Puedo sacarte de aquí, incluso mañana —insinuó él.

—Tonterías. Tu juez no me soltará tan fácilmente.

—Créeme. Te prometí que cerraría el burdel. Pues bien, lo he hecho, ¿no?

—¿Y qué se supone que tendría que hacer?

—Hablar.

—¿De qué? ¿Del tiempo? ¿De fútbol? ¿De lo que a los hombres les gusta que les hagan las chicas de la plaza de los Mercanti?

—Podríamos empezar por la habitación con los micrófonos y el espejo sin azogue...

—A algunos tipos les gusta mirar, a otros escuchar...

—Sí, con dos espías como Zeta y Equis en circulación. Se trata de peces gordos, Patrizia. Tú no te puedes imaginar...

—¡No, eres tú el que no se lo puede imaginar, capullo!

—Háblame de la organización. De los muchachos. Del Dandi. De la venganza por

la muerte del Libanés. Te ofrezco la posibilidad de librarte de todos. ¡De todos a la vez, Patrizia!

—¿Y quién te ha dicho a ti que yo quiero librarme de ellos?

—Una vez me dijiste que si conseguía cerrar ese sitio te casarías conmigo...

—¡Debía de estar borracha!

—O quizá eras sincera.

—Yo soy siempre sincera.

Patrizia aplastó el toscano con un tacón y se levantó. Scialoja también. Ahora estaban muy juntos. El olor del tabaco ocultaba a duras penas el del cansancio de ella. Scialoja la sintió debilitada, pero no resignada. Alargó una mano para acariciarla. Ella se la aferró. La apretó con fuerza. Sus uñas se hundieron en la muñeca de él. Con la mano izquierda, Patrizia le dio una violenta bofetada. Scialoja retrocedió. Ella se precipitó hacia la puerta del cuarto.

—¡Guardia! ¡Quiero volver a mi celda! ¡Guardia, guardia, guardia!

Scialoja se había quedado atontado. Alguien abrió la puerta. Vasta y Borgia se aproximaban a pequeños pasos. Patrizia se volvió para mirarlo y le dedicó, en exclusiva, su carcajada más maligna.

VI

Cuando el Dandi, con los ojos fuera de las órbitas, fue a decirles que eran dos panolis, dos cabezas de chorlito, dos fanfarrones, Zeta y Equis recibieron sus insultos encogiéndose de hombros.

—¿Y qué podemos hacer? ¡Ese policía está loco!

—¡Protección, protección... una mierda de protección! ¡Se acabó el acuerdo, queridos!

—Haz lo que quieras.

—Sí, lo que quieras.

Si había pensado chantajearlos, cuando menos, hacerles sentir mal, el Dandi erró el tiro. Claro que para Zeta y Equis tampoco había sido fácil de encajar. Pero lo cierto era que el Viejo había dado órdenes de cortar y enterrar el asunto. La muerte del Libanés había sido una desilusión para él. El Frío parecía haber tomado las riendas del grupo, pero el Frío era un perro callejero, un perro vagabundo obsesionado por la venganza. No entendía algunas de las sofisticaciones alquímicas que contribuían a mantener en pie el gran juego. Con el Frío perdía el tiempo. Tal vez fuera posible recuperar en el futuro a Nembo Kid y al Dandi. En lo tocante al burdel, paciencia: volverían a abrir en otro sitio. Lo importante era que a Patrizia no se le escapasen desagradables revelaciones. El Viejo estaba seguro de que la puta no abriría la boca. El instinto le decía que resistiría. Sería recompensada en el momento oportuno. El gran juego no era sino una cuestión de momento oportuno. A veces el Viejo pensaba que todo debía de estar escrito en algún gran libro custodiado quién sabe dónde por una gran divinidad. Todo, absolutamente todo. Incluso la muerte del Libanés. Incluso el empecinamiento de un policía idealista. Todo, pero en particular el hecho de que estaban destinados a no conocer jamás su momento oportuno. En cualquier caso la orden era: retirada. Cortar, enterrar, retirarse.

El Dandi no tuvo más suerte con los suyos. Al Frío, al Negro y a los demás la suerte de Patrizia les importaba un carajo. El Frío hasta le recriminó sus encuentros con los dos espías.

—Pero si eran amigos del Libanés —se defendió el Dandi.

—No es una novedad que el Libanés se fiaba de gente equivocada.

—Fue un error, Frío, nos puede suceder a todos.

—No fue un error. Esos dos son una cruz. La política es una cruz. Basta un madero con un par de huevos y nos quedamos todos con el culo al aire. ¿Dónde están ahora tus protectores, dime, dónde están?

No, con el Frío era como jugar sin las cartas adecuadas. Ése tenía una sola cosa en la cabeza: venganza. Venganza a secas. Pero el sermón sobre el madero con el par de huevos no había caído en saco roto. Ese Scialoja: ¿a qué se dedicaban a jugar él y Borgia? ¿Se les había metido en la cabeza salvar a Roma! Uno no se podía acercar a ellos como a los secretarios del tribunal aficionados a esnifar. Como tampoco era posible comprarlos como al bueno de Santini, Fabio. Eran gente de otra pasta. En pocas palabras: gente con huevos. El Frío tenía razón. El Dandi había percibido una cierta admiración en su tono. Y admirar al adversario no es sino un modo retorcido de reconocer las propias deficiencias.

El razonamiento era, a ojos del Dandi, de una claridad meridiana: Scialoja había cerrado el burdel. El burdel era cosa del Dandi. Scialoja vencía al Dandi uno a cero. Scialoja se ríe. El Dandi refunfuña. Scialoja sube. El Dandi baja. Una cuestión de estima y de prestigio, vaya. El Dandi se preguntó si no sería el caso de recurrir a métodos más radicales. Se lo comentó al tío Carlo, una noche en la que él y el Maestro asaban un cabritillo en el jardín de la nueva villa de Zagarolo que el tío Carlo había comprado en contante haciéndose pasar por un rico ingeniero jubilado. El tío Carlo estableció, antes de nada, una premisa: aquel asunto era del Dandi y él no podía ni quería meter la mano en él. Pero dado que estaba de particular buen humor por el asesinato, cometido en primera persona, de ciertos canallas de Porta Nova, en Palermo, bien podía desperdiciar algún que otro consejo. Justo para hacerle entender que era hora de que aprendiese cómo razona un hombre de honor.

—En primer lugar: se trata de una historia de zorras. Y los hombres de honor no se mezclan con las zorras, a menos que quieran tirárselas. Sólo los rufianes explotan a las mujeres. Y nosotros no somos unos rufianes, somos unas personas honradas.

—Puedes acostarte con ellas —le aclaró ulteriormente el Maestro al percatarse de la mirada interrogativa del Dandi—, pero no puedes explotarlas.

—En segundo lugar —prosiguió el siciliano—, no se dispara a la bofia. Y no porque no se lo merezcan, porque son y serán siempre unos capullos y unos maderos, sino porque un madero muerto causa más daños que uno vivo...

—No se dispara a los policías a menos que uno tenga las espaldas bien anchas y protegidas —sintetizó el Maestro.

—¡Eso es! —continuó el tío Carlo—. Una cosa así puede convertirse en un quebradero de cabeza alucinante. Tal vez sea mejor comprarlos que eliminarlos...

—Podrías probar a corromperlos —sugirió el Maestro.

—Excluido. Es un tipo honesto —explicó el Dandi.

El tío Carlo asintió con la cabeza.

—En ese caso... el razonamiento de un buen cristiano, de una persona seria, es: urdir una calumnia contra el madero como, por ejemplo, que quería el dinero de la furcia, y hacerle perder familia y trabajo. Así se quita el vicio y se va a dar el coñazo

a Cerdeña.

—Cúbrelo de mierda hasta las orejas —resumió el Maestro.

—El magistrado y él son uña y carne... —se lamentó el Dandi.

El tío Carlo, que se deleitaba ya con el cabritillo y con el robusto tinto del Etna, consideraba el tema zanjado. Pero el Dandi no se resignaba.

—¡Yo la considero una cuestión de principios!

El tío Carlo se irritó.

—Pero ¿qué quiere éste? ¿La guerra de Troya?

La conversación empezaba a ir por mal camino. El Maestro intervino. Roma no era Sicilia. Había que tener en cuenta otras variantes.

—¿Qué coño dices?

—Me refiero al peso específico del Dandi en su organización. Si no hace algo, corre el riesgo de quedar como un gallina.

—¡Aaahhhh! ¡De forma que se trata de no hacer el ridículo! ¡Ahora lo entiendo!

El tío Carlo reconsideró la cuestión. Mejor darle alguna satisfacción. No había que permitir que esta cuestión interfiriese en los negocios.

—Los disparos están excluidos. Nosotros somos cristianos y no vivimos de las mujeres, no somos... ¿cómo es?... rufianes. Los auténticos cristianos dejan estas discusiones para los rufianes, tipos que hablan con el chicle en la boca, que sacan pecho, pero que sólo sirven para limpiar las celdas de la gente de bien. Y desde que el mundo es mundo, cualquiera que entienda un poco no entra en ese tipo de discursos, de tragedias, no se mezcla en ellas, son cosas de mujeres y las mujeres sólo valen la pena tumbadas, con las piernas abiertas, o de pie, ¡delante del fuego! Veamos... ¿quién es el dueño del burdel? ¿Tú?

—No, la propietaria es Patrizia.

—¿Tienes dinero invertido?

—No, la deuda inicial ya ha sido saldada.

—¡Entonces qué coño te importa! ¡De todas formas ya sabemos que basta agenciarse otra, todas las putas tienen el chocho frío y no se hable más!

No podía haber sido más claro. Había que deshacerse de Patrizia, no había más remedio. El Dandi exhaló un suspiro de alivio. El acreditado consejo de tío Carlo lo blindaba. Patrizia lo entendería. Era una mujer inteligente. Y, sin embargo, un sordo y preocupante ruido de fondo le zumbaba en los oídos. Por muy inteligente que fuese, Patrizia no dejaba de ser una mujer. Tenía que hablar con ella. Pero Vasta había prohibido cualquier contacto. No tardarían en ser interrogados. Si se limitaban a decir el mínimo indispensable, el asunto se deshincharía de forma espectacular. La única advertencia era que no exagerasen con el sarcasmo. Después de todo, esta vez eran unos simples testigos.

El abogado no se equivocaba. Borgia estaba deprimido. Scialoja hacía lo que

podía, pero ni siquiera Torquemada hubiese sido capaz de establecer una conexión entre el puterío y la banda de delincuentes. Interrogaron a Nembo, que les infligió una filípica sobre las necesidades fisiológicas del guerrero y sobre la técnica kundalini del reflujo del semen. El Búfalo refunfuñó una desoladora retahíla de «no recuerdo» y «me duele la cabeza» asistido por un médico y provisto de toda una serie de certificados en los que abundaban los sellos de algunos lumbreras de la medicina. El Seco dio a entender que había ayudado a una amiga en dificultades respondiendo a la solicitud de un amigo que, a su vez, era amigo de un tercer amigo: y, en cualquier caso, su intervención se había circunscrito a prestar una caución. ¿Qué podía hacer si su nombre era estimado en Roma, si todos aquellos desgraciados recurrían a diario a él...? Ojo Feroz se jactó de haberse a tirado a seis sin levantarse y se apresuró a precisar: ¡pero sólo como cliente, ¿eh?, sólo como cliente! El Frío se avergonzaba de que su nombre pudiese aparecer relacionado con una historia de putas. Scialoja lo provocó: ¿sabía que los espías frecuentaban la plaza de los Mercanti? ¿Qué diría el Libanés de semejante miseria? Cuando oyó nombrar al amigo muerto, el Frío tuvo que hacer un esfuerzo para contenerse. Scialoja sintió que le había rozado el corazón. La fidelidad, la lealtad, eran todo para él. Scialoja trató desesperadamente de deslizarse por esta brecha.

—La gente como ésa primero te usa y después te desecha. Si te va bien acabas dentro, en caso contrario te usan como blanco de tiro... prometen y prometen, pero sólo saben cobrar...

El Frío le dedicó una de sus miradas penetrantes, ceñudas, tan propias de él. Este muchacho en su día fue honesto, pensó Scialoja. A saber lo que lo apartó del buen camino. A saber si algún día será capaz de dar marcha atrás. El Frío, al final, se las arregló encogiéndose de hombros. El momento mágico había pasado. O tal vez se hubiese producido demasiado pronto.

Scialoja, como no podía ser menos, interrogó también al Dandi quien, judas por tres veces, admitió una «esporádica relación con la arriba citada Vallesi, Cinzia» y rogó, suplicó: que esta cosa, la relación, no llegue a oídos de mi amantísima esposa... se moriría, pobrecilla... Estaba claro que el Dandi y el Frío no se parecían en nada. Que no tardaría en producirse una fractura. Pero ¿y Patrizia? ¿De qué parte estaba Patrizia?

—Te han abandonado —le comunicó Scialoja mientras le pasaba el acta del interrogatorio del Dandi.

Patrizia dibujó un obsceno pene abultado y bigotudo en la parte posterior del folio, construyó un avión con él y se lo tiró a la cara.

—Pagarás por todos —insistió Scialoja. Ella pidió que la devolviesen a su celda.

Scialoja se reservó a los espías para el final. En el interior del local había sido instalada una habitación insonorizada llena de micrófonos. Desde la habitación de al

lado era posible mirar sin ser vistos, escuchar sin ser oídos. En un cuarto, cuya llave la propietaria declaró haber perdido, fueron encontradas varias películas en superocho y una caja llena de cintas. Scialoja estaba convencido de que Zeta y Equis habían usado el burdel para recoger información reservada. Borgia dudaba: se defenderían asegurando que eran unos sátiros insaciables, y puede que hasta unos mirones. En cualquier caso, había que esperar a ver qué resultaba de las películas y de la transcripción de las cintas.

Cuando les notificaron los hechos, los agentes secretos fingieron un cortés estupor.

—¡Nos espiaban!

—¡Increíble!

—Uno va a pasar una tarde relajante en un sitio con clase...

—Algunas chicas...

—Pero tú deberías saberlo, ¿verdad?

—En fin, ¡que uno va a divertirse un poco y acaba participando en una película X!

A pesar de que hervía por dentro, Scialoja simuló una educada indiferencia. Sonriente, incluso caballeroso, se despidió de ellos sin ni siquiera mencionarles la última gilipollez que habían organizado. Mejor esperar a los resultados, dejar para la próxima vez las preguntas serias: ¿qué hacíais en Bolonia? ¿Quién es ese viejo gordo delante del cual tembláis como si fueseis dos bastardos novatos? ¿Qué se siente cuando uno representa la cara sucia del Estado?

Llegó el informe del experto sobre el material secuestrado en la plaza de los Mercanti.

«A causa de un enojoso accidente de laboratorio, imputable al descuido del personal encargado de la limpieza», la mayor parte de las películas había sido irremediadamente destruida, corroída por una colada de ácidos que, según palabras del experto, hubiese hecho palidecer el recuerdo de la erupción de Pompeya. Sólo se habían salvado, por decirlo de algún modo, dos carretes. El contenido: «películas de carácter pornográfico que muestran la cópula de varios personajes entre los que se encuentra una actriz conocida en el género y numerosos compañeros de ambos sexos, así como otras prácticas contra natura». En cuanto a las cintas, algunas no pasaban de ser un revoltijo de ruidos de fondo incomprensibles mientras que otras eran «recopilaciones artesanales de fragmentos de música ligera». En conclusión, «el material audio grabado es irrelevante para la investigación. El audiovisual servía con toda probabilidad para excitar los apetitos sexuales de los clientes del local, como atestiguan los seis proyectores que se encuentran bajo secuestro judicial».

Scialoja y Borgia abrieron los brazos en señal de resignación. El enemigo tenía muchas caras. El enemigo se burlaba de sus esfuerzos. Los malos eran más fuertes

que los buenos.

—Pienso en esa mujer —aventuró Scialoja—, pagará por todos...

—¿Y qué?

—¿Le parece justo? Quiero decir... tal vez podría reexaminar su posición en el proceso...

—¿Me está pidiendo que la suelte?

—Después de todo...

—¡Una palabra más y le envío de vuelta a Módena!

Borgia era capaz de hacerlo. Scialoja se sentía cada vez más oprimido por su incapacidad para adecuarse. No conseguía tragar la sonrisita de Zeta y Equis. Examinó viejos documentos sobre el Negro. Se hizo enviar de Bolonia algunos dossiers reservados. Metió la nariz donde no debía. Buscaba algo que todavía no conseguía determinar. Material para otro informe, y tarde o temprano lo conseguiría. Cuando las aguas se calmaron, el Dandi obtuvo el permiso para un coloquio. Se presentó en Rebibbia con un gran ramo de rosas y tuvo que entregarlo en secretaría. Lo registraron. Lo escoltaron hasta el locutorio. En lugar de Patrizia lo recibió Ines del Trullo, la vieja lesbiana.

—Patrizia te pide disculpas, pero hoy no se siente nada bien. Lo siento, Dandi...

El Dandi recogió las flores y abandonó furioso la cárcel. A la mierda el Frío. A la mierda Patrizia. El Dandi llamó a Zeta y Equis: ¿no podían hacerle algo, una insignificancia, al capullo de policía ese? Zeta dijo que se lo pensaría. A finales de enero el Tapón se encontró por casualidad con Saverio Solfatara. El siciliano loco, el que había disparado al Libanés, se había introducido en una sala de apuestas de Prati. El Tapón llamó al bar de Franco. Respondió Aldo Bufones. La noticia corrió como la pólvora. Empezaron los preparativos para la emboscada. El Frío cogió una pistola y un gorro y partió solo, en moto. Llegó a la sala de apuestas en veinte minutos, saltándose todos los semáforos de Roma. Entró calándose el gorro sobre la frente, con la bala ya en el cañón y el arma en el bolsillo de la gabardina. Cogió al siciliano por los hombros y le disparó tres tiros delante de todos. Acto seguido salió con paso tranquilo, y subió de nuevo al sillín. Cuando regresó al bar de Franco, los demás seguían sin haber decidido a quién le correspondía la expedición.

—Devuélvela al depósito —ordenó al Dandi mientras le entregaba la pistola.

El Negro lo abrazó. El Dandi esquivó su mirada.

1981, invierno-primavera

RÍOS DE SANGRE

Nada más salir de permiso, el Sardo los convocó en casa de su hermana, un ático con vistas a la basílica de San Pablo que olía a asado y a *amatriciana*. Acudieron el Frío, el Dandi y Nembo Kid. El Sardo estaba más furioso y se mostraba más arrogante que nunca. Les soltó una retahíla de quejas mientras Rizo de Oro y Barbarella se divertían en el dormitorio, y un gato atigrado con un ojo de cristal montaba guardia con el lomo arqueado.

—Pero ¿qué se os ha metido en la cabeza? Compro, envío, veo esto, veo aquello, disparo, organizo, planeo... ¿qué se os ha metido en la cabeza? Os habéis hecho millonarios, y en dos años de manicomio sólo me habéis dejado ver las migajas... en Nápoles están cabreados por la historia del terremoto, y don Rafaele en persona me ha informado de que ese canalla de Treintamonedas se ha dirigido de nuevo a las viejas familias... ¿y a qué viene lo de la mafia? ¿Y esos locales, hoteles, restaurantes, «butiques» en el centro? ¿Y los cincuenta kilos de droga? ¿Sabéis que el último mes, en Castiglione, el pobre Rizo de Oro ha tenido que contentarse con la comida que dan en el trullo?

—Siempre hemos pagado con regularidad —protestó el Dandi.

—Yo no he visto que fuese el doble...

—¿Por qué, te correspondía?

—Sí, me correspondía. Recuerda que soy el jefe, capullo...

—Mario, escucha, mira que tu parte la tenemos en reserva... —intervino Nembo Kid.

—¡Gilipolleces! Por el momento se habla... digo se «habla» de pasta... pero lo que es verla... ¡nada! ¡Pero ahora va a cambiar la música, mis queridos muchachos! ¡Recordad que en Roma no se mueve ni una hoja sin el Sardo! Y quien ose cantar fuera del coro... ¡pam, pam! ¿Qué dices, Frío? ¿Te ha comido la lengua el gato?

—Todo se arreglará, Mario, tranquilo.

El Sardo se sirvió una bebida y se guardó muy mucho de ofrecer a los demás. Incluso las sillas se las habían tenido que coger solos.

—El Libanés nunca se enteró de cómo funcionaban las cosas. Quería hacerlo todo solo y ya veis cómo acabó. ¡Pero ahora la música va a cambiar, cabrones! Ahora me corresponde el doble, más un resarcimiento por los dos años de mierda que he pasado en el manicomio... Mañana nos reuniremos en casa de ese judas de Treintamonedas y como no tenga una buena explicación se las va a tener que ver conmigo. Mañana arreglaremos cuentas. ¡Los ratones han bailado de lo lindo, pero se acabó, el gato está

de vuelta! De momento necesito cien millones. Y un kilo de coca para unos amigos... Pero cómo ¿seguís aquí? ¡Raus, fuera!

El Dandi miró a Nembo, y Nembo miró al Frío. Hay gente que aprende a vivir y otros que, en cambio, se estropean sin remedio. El Sardo se estaba jugando alegremente todas las posibilidades de mantenerse en vertical durante algunos años más.

—¿Has dicho cien? —preguntó el Frío, simulando estar impresionado—. Mañana mismo los tendrás.

La reunión operativa se celebró en casa de Treintamonedas. El Sardo no podía haber elegido un momento peor para abandonar el cómodo refugio del manicomio. Después de la proeza de la sala de apuestas se había restablecido la confianza recíproca. Volvían a sentirse invencibles y, lo que era más importante, unidos. El Frío pidió a Treintamonedas que efectuase un control. El napolitano, encargado de los libros después de la muerte del Libanés, le dijo que todo estaba en orden.

—Se ha pagado hasta la última lira. Está incluso la parte de los negocios que ése ni siquiera se imaginaba... ¡vaya si perdió la cabeza! —exclamó en napolitano.

En cuanto a la pretensión de una parte doble, ni siquiera al Libanés, cuya autoridad era indiscutible, se le había ocurrido pedirla. Lo que equivalía a decir que no había ninguna razón para tener que negociar. Tal vez, si el Sardo la hubiese planteado de forma menos brusca, habrían podido discutir sobre ello. Pero dado el punto al que habían llegado las cosas, cualquier ulterior duda quedaba excluida.

El Frío se encargó de trazar el plan. El juez Borgia sabía demasiado.

Se lanzaría a por ellos en cuanto hiciesen algo. Así que el Sardo debía desaparecer literalmente.

—Los sicilianos disuelven los cuerpos en ácido —explicó Nembo Kid.

—No tenemos tiempo —le atajó el Frío—, cavaremos una fosa y lo meteremos dentro.

Ricotta se ocupó de ello: conocía el lugar adecuado, una cantera en la Salaria donde en unos tres o cuatro días el Ayuntamiento haría saltar las minas.

Se citaron en la Pirámide.

—El trabajo lo realizaremos en casa del Rata. Iremos todos. Necesitamos tres coches y dos motos. Se ocuparán los Bufones. Además nos harán falta coartadas. Mujeres, amantes, novias, jugadores, todo vale... basta que las cosas se hagan bien... ¡eso es todo, manos a la obra!

—¿Y Rizo de Oro? —preguntó el Búfalo.

—Es un pez insignificante —resopló el Dandi—, mejor dejarlo en paz...

—No —replicó el Frío—, nos ha visto hoy. Sabe demasiado. Que venga él también a casa del Rata.

—¡Entonces tendré que cavar un agujero doble! —concluyó Ricotta con

resignación. El Búfalo se echó a reír.

II

Los dedos largos y perfumados de Roberta recorrían la piel rugosa del Frío.

—Estás cambiando.

—¿Qué quieres decir?

—Te estás haciendo... más hombre...

—¿Por qué, no tienes bastante? —trató de bromear él. Roberta lo miraba con una mezcla de ternura y severidad.

—El humor no es tu fuerte, cariño.

—Tienes razón, perdona...

El Frío había enrojecido. Ella sonrió. Una tarde de amor, el primer momento de paz después de aquellos meses infernales. Como si la sangre de Saverio Solfara, por fin derramada, hubiese aplacado la sombra inquieta del Libanés. Roberta estudiaba ahora el reflejo de sus menudos senos en el gran espejo que había delante de la cama. Desde que ella se había mudado a la casa de Pigneto, ésta le parecía al Frío un auténtico hogar. Con muebles, electrodomésticos y un amplio cuarto de baño siempre resplandeciente. Nada que ver con la mansión de ese fanático del Dandi, la suya era una auténtica casa: a veces hasta acogedora, cálida.

—¿He engordado?

—Pero ¡qué dices!

—Me gustaría engordar.

—Pero si así estás estupenda...

—No me has entendido. Quiero un hijo.

—¿Con la vida que hago? ¡Ni hablar!

—No quieres dejar nada a tus espaldas, ¿verdad?

No era la primera vez que hablaban de ese tema. Roberta nunca era agresiva. Incluso cuando quería darle a entender que algo no funcionaba. Algo que tal vez se encontraba en lo más profundo, conseguía expresarlo siempre con esa dulzura que la caracterizaba.

—El otro día una terrorista dio a luz dos gemelos en la cárcel. Ella y su compañero fueron arrestados hace tres años... aprovecharon un proceso para hacer el amor... ¿sabes cuando los meten a todos en la misma jaula? Los demás compañeros los rodearon... y ahora tienen hijos.

—¡En las mismas barbas del juez! Nada mal, en cualquier caso...

—Escapa, escapa, amor mío. En cualquier caso, un día tendrás que detenerte, lo quieras o no. ¿Y sabes lo que encontrarás al fondo del camino?

—Un par de balas.

—No. Me encontrarás a mí...

A veces él también pensaba en ello. Retirarse. Empezar otro camino antes de que todo se precipitase. Pero ni siquiera el Puma había conseguido abandonar del todo y seguía traficando, con un pie dentro y otro fuera... y, tarde o temprano, ¿no llegaría el momento de pagar? Así que: ¿no era tal vez mejor seguir adelante hasta que se corriera el telón? El Frío se levantó de golpe y fue a meterse bajo la ducha. Roberta se quedó en la cama fumándose un cigarrillo. Lo contempló mientras se vestía con cuidado, camisa blanca, vaqueros, suéter, cazadora de piel. Este muchacho taciturno y afable que me ha robado el corazón. Un asesino.

—Si te preguntan —susurró el Frío mientras cogía una caja de bombones surtidos—, díles que hemos pasado el día juntos.

—¿Para quién son éstos?

El Frío levantó la tapa y metió en la caja la Smith & Wesson 357 magnum.

—Para un amigo.

El Sardo y Rizo de Oro se reunieron con el Frío, los Bufones y Ojo Feroz en la Pirámide. El Tapón, el Búfalo y el Esqueleto, en un Golf, y Nembo Kid, en una moto, estaban apostados en la avenida Giotto. Podían ver sin ser vistos. El Frío dijo que la policía les pisaba los talones y que la entrega del dinero y de la droga tenía que efectuarse en un lugar seguro. Para evitar malentendidos y pérdidas de tiempo, todos se abrieron la cazadora e hicieron ver que iban desarmados. El Sardo escupió al suelo y dijo que los seguiría con el Lancia blindado.

—Tú ve a firmar y espérame en casa —ordenó a Rizo de Oro.

El Frío y Ojo Feroz intercambiaron una mirada de complicidad. El Sardo se creía muy listo: para evitar sorpresas se había hecho acompañar de un testigo.

—Vamos.

Rizo de Oro montó en el Mini color berenjena e invirtió la marcha. El Dandi y Nembo Kid les concedieron un centenar de metros de ventaja y se dispusieron a seguirlos. El Tapón, el Búfalo y el Esqueleto se dirigieron directamente al tugurio del Rata, donde Ricotta los esperaba impaciente.

Cuando se lo encontró delante, grande, grueso y cohibido, el Sardo hizo una mueca de desdén.

—¡Así que tú también estás con ellos! ¡Pues vaya final de mierda!

—¡Igual que el que estás a punto de tener tú, Sardo!

El Frío, que se había retrasado con la excusa de recuperar su cazadora, sacaba en esos momentos algo de una caja de bombones. Tal vez el Sardo se percatase al final de que había caído en una trampa. Quizá no tuvo bastante tiempo.

Casi en ese mismo momento, en el otro extremo de la ciudad, Rizo de Otro saludaba al guardia de la comisaría después de haber hecho un garabato en el registro

de control judicial.

III

Informe judicial sobre el homicidio de Puddu Natale Mario, apodado Mario el Sardo y de Magnanti Flavio, apodado Rizo de Oro (a cargo del comisario Nicola Scialoja, Policía Judicial, en fecha 17 de febrero de 1981).

La investigación llevada a cabo sobre los hechos ha dado como resultado los siguientes elementos:

Hacia las 18:00 horas del 7 de febrero de 1981, en la calle de los Campani, nada más abandonar la comisaría de policía de la zona, donde había firmado en el registro de control judicial al que estaba asignado, MAGNANTI FLAVIO, apodado *Rizo de Oro*, sujeto con numerosos antecedentes penales, fue alcanzado por cinco tiros de pistola calibre 38 especial efectuados por dos o tres individuos que lo acechaban a bordo de una moto Kawasaki de gran cilindrada. A pesar de haber sido socorrido de inmediato, MAGNANTI entró ya cadáver en la policlínica Umberto I.

Las primeras averiguaciones pusieron en evidencia que MAGNANTI tenía relaciones de parentesco con PUDDU NATALE MARIO, apodado *Mario el Sardo*, desde su matrimonio con la hermana de éste, Barbara.

La misma noche del 7 de febrero de 1981, casi dos horas después de constatar el fallecimiento de MAGNANTI, algunos familiares de PUDDU se presentaron en la comisaría de San Paolo para manifestar su preocupación por la desaparición, desde hacía ya algunas horas, de su pariente.

PUDDU, internado en el hospital psiquiátrico judicial de Castiglione delle Stiviere, disfrutaba de seis meses de permiso experimental desde el 4 de febrero de 1981.

Se verificó que la noche del 6 de febrero de 1981, PUDDU y MAGNANTI habían recibido la visita de tres individuos romanos con antecedentes penales conocidos como DANDI, FRÍO y NEMBO KID.

Durante dicho encuentro se fijó una cita para el día siguiente entre MAGNANTI y PUDDU y DANDI, FRÍO Y NEMBO KID.

Así pues, el 7 de febrero de 1981 por la tarde, PUDDU y MAGNANTI salieron juntos tras decir a sus familiares que iban a ver a unos amigos. PUDDU añadió que tras aquel encuentro iba a recibir una importante suma de dinero.

En la noche entre el 7 y el 8 de febrero, la señora BARBARA MAGNANTI fue a ver al citado DANDI para pedirle noticias del hermano desaparecido y para acusarle de la muerte del marido. Según palabras de la propia mujer, el citado DANDI parecía «no saber de la misa la mitad» aunque era evidente que «estaba disimulando».

Con el fin de instruir el sumario, el personal de este departamento procedió a interrogar al citado DANDI y a su mujer, quien afirmó que su marido había permanecido en casa toda la tarde víctima de un cólico renal. A este respecto mostró el correspondiente certificado médico redactado la noche anterior al homicidio de MAGNANTI, del cual se desprende que, en efecto, al citado DANDI le habían prescrito tres días de descanso por cólico renal.

El individuo que responde al nombre de FRÍO fue asimismo interrogado y afirmó que había pasado la tarde y la noche con la señorita ROBERTA DE SANTIS, con la que convive. Dicha señorita confirmó esta circunstancia.

NEMBO KID, por su parte, estuvo en compañía de una tal MORAI, DONATELLA, con la que convive, durante toda la tarde y la noche de ese día.

Hasta la fecha (17 de febrero) sigue sin haber rastro del desaparecido PUDDU NATALE, MARIO.

El autor de este informe considera que PUDDU debe de haber sido víctima de un homicidio con ocultación de cadáver y que los dos hechos (homicidios PUDDU y MAGNANTI) están estrechamente relacionados entre ellos. El doble crimen se debe a las relaciones que el fallecido PUDDU mantenía con importantes elementos del hampa romano, como el LIBANÉS, asesinado por unos desconocidos en septiembre pasado, NEMBO KID, el DANDI, el FRÍO, el BÚFALO y algunos otros más. Todos ellos integran una amplia y aguerrida organización delictiva con numerosas ramificaciones dedicada al tráfico de armas y de droga. La eliminación de PUDDU se debe a un ajuste de cuentas en el interior de la organización, mientras que MAGNANTI fue asesinado tan sólo por su condición de testigo incómodo de los últimos acontecimientos.

Para completar el presente informe se subraya el hecho de que las coartadas procuradas por los tres sospechosos no resultan convincentes dado que las mismas se basan en las complacientes declaraciones de novias y amantes, por lo que las mismas no deben ser mínimamente tenidas en consideración.

En el informe original de Scialoja había muchas más cosas. Por ejemplo, que Mario *el Sardo* significaba Cutolo, y que Cutolo significaba camorra. Que la «amplia organización con numerosas ramificaciones», además de dedicarse al tráfico de armas y de droga, estaba relacionada con esos cabrones de los Servicios. Que también estaban involucrados algunos miembros de la extrema derecha. Que el Libanés había creado un monstruo de varias cabezas cuya fuerza estaban muy lejos de saber estimar. Borgia lo había convencido a presentar una versión más digerible.

—Conozco a los míos. No conviene poner de inmediato todas las cartas sobre la mesa. Limitémonos a los dos homicidios. ¡Para el fiscal será más que suficiente!

Trágico error, pobre Borgia. El fiscal leyó, sacudió la cabeza, le ofreció un cigarrillo y esbozó una sonrisa propia de hermano mayor comprensivo.

—Sé que te voy a causar una desilusión, pero con todo esto no vamos a llegar muy lejos...

El cuadro seguía basándose en meras suposiciones. Faltaban los testigos. ¿Y qué decir de las coartadas? ¡Fácil decir que las compañeras de los delincuentes no son de fiar! ¡Pero a ver quién se lo explica luego a un jurado! Esas mujeres, además, carecían de antecedentes... eran ajenas al ambiente, por lo visto... la mujer de... ¿cómo se llamaba? ¡El Dandi! La mujer del Dandi: era una devota, una señora dedicada en cuerpo y alma a las obras de beneficencia, amiga incluso del obispo... no, no, mi querido Borgia: lo siento, nada de órdenes de arresto. Con los tiempos que corren, además, con todos esos defensores de los derechos que nos acusan de querer instaurar un estado policial... había que tener muy presente el viejo dicho: mejor cien culpables en libertad que un inocente en la cárcel...

Santini, Fabio, quien por misteriosas sendas había conseguido un ascenso de un par de grados en el escalafón y un nuevo puesto en el Palacio de Justicia, le contó a Treintamonedas que el juez Borgia estaba fuera de sí. Al abandonar el despacho del fiscal le habían oído soltar entre dientes una retahíla de maldiciones, y a ninguno de los presentes se le había escapado una frase, más clara que las demás: «¡Qué defensa de los derechos ni que carajo! ¡Si se tratase de los rojos, los pondría a todos contra el paredón, y a la mierda las coartadas fiables!».

Ellos mismos, por otra parte, no se esperaban una reacción tan blanda por parte del Estado. Tras abandonar a toda prisa los respectivos escondites se precipitaron a la calle para recibir el merecido aplauso de la Roma del mal. Sabían que les aguardaba una secuencia de salvas de cañón: interrogatorios de rutina, el ceño severo de Vasta, el aire lúgubre de Borgia, la lívida desenvoltura de Scialoja. Nada más. La paranoia de las bombas los había guarecido en una especie de nicho. Los de arriba temían ya en exceso por sus sagradas posaderas como para ocuparse de la sangre que manchaba las calles. Igual que en aquella historia que les había contado Vanessa en la cena de celebración de Treintamonedas sobre las manadas de perros callejeros que

alborotaban el hospital Forlanini. Mientras no atacasen a los enfermos o a sus parientes, nadie les prestaba la menor atención. Hasta que, una noche, uno con el pelo jaspeado y tres patas tuvo la osadía de morder al asesor de Sanidad: en veinticuatro horas todos los perros fueron exterminados.

—¿Qué quieres decir? ¿Que tenemos que estar tranquilos a menos que queramos acabar como esos perros? —preguntó el Búfalo, tratando de dilucidar la moraleja de la fábula.

—O que tendremos que convertirnos en asesores —elucidó el Dandi.

En fin, que era un período en el que las cosas iban bien, lástima que durase tan poco.

A mediados de marzo, el Sultán le largó al Esqueleto una noticia sobre Nicolino Gemito: el muy canalla se había mudado con armas y equipaje a un ático en la colina Fleming. Dos tardes después, se presentaron allí. El Frío y el Tapón, en un Mercedes robado por el Rata, esperaban a quinientos metros para facilitar la fuga. El Dandi, con una ametralladora, los cubría desde la Kawasaki. El Búfalo y Ricotta habían aparcado en la calle junto al Citröen DS del Búfalo y esperaban delante del portal. Eran el grupo encargado de abrir fuego.

Nicolino Gemito, su hermano Vittorio y dos mujeres regresaron a casa a las seis. El Búfalo y Ricotta esperaron a que abriesen el portón y acto seguido tomaron la ofensiva. Apartaron a las dos mujeres y subieron las escaleras para dar alcance a los hombres. El Búfalo mató a Nicolino al primer tiro. Ricotta agarró a Vittorio que trataba en vano de responder al tiro. Las mujeres gritaban. El Búfalo y Ricotta descargaron otro par de cartuchos antes de regresar al portal.

Pero fuera circulaba en esos momentos, por pura casualidad, el coche patrulla de los agentes Bernardi y Dazieri, quienes habían elegido aquella calle porque normalmente era tranquila y apenas tenía tráfico.

Detonaciones secas, gritos femeninos, ruido de cristales rotos: los agentes bloquearon la calle con el Alfetta y corrieron, empuñando sus armas, hasta llegar a la altura del número 90. Por el rabillo del ojo, Bernardi vio que una potente moto invertía la marcha y se alejaba a toda velocidad.

—¡Cuidado!

El Búfalo y Ricotta se acercaban corriendo hacia ellos. Bernardi les dio el alto. Los dos delincuentes dispararon. Los agentes respondieron al fuego. Ricotta recibió una bala en un brazo y dejó caer la pistola con un grito de dolor. Su compañero le socorrió. Los agentes se aproximaban. El Búfalo trataba de abrirse camino disparando a tontas y a locas hasta el punto que el Colt le quemaba las manos. Los agentes se guarecieron a toda prisa detrás del Alfetta. Si hubiese estado sólo, el Búfalo tal vez habría conseguido escapar; pero Ricotta apenas lograba mantenerse de pie, y el brazo le sangraba copiosamente. Mientras tanto, los agentes ajustaron el tiro desde su

escondite: el Búfalo sintió un roce en la pierna y miró en derredor desesperado. ¿Dónde estaba el gilipollas del Dandi? ¿Por qué no sorprendía a aquellos maderos por la espalda? ¿Y los demás? ¡Demasiado lejos para intervenir! Otro silbido: los policías no tenían lo que se dice muy buena puntería, pero aquello no podía durar eternamente. Ricotta pesaba como el plomo y había comenzado a quejarse. A dos o tres metros de ellos había un portal. Movido por la desesperación, el Búfalo se arrojó dentro de él.

El agente Dazieri avisó por radio. Bernardi sacó de su garita a un portero aterrorizado.

—¿Dónde han ido?

—Arriba... por las escaleras...

—¿Hay otras salidas?

—No.

Estaban atrapados. Cuando el Mercedes del Frío se asomó más arriba, la calle era un enjambre de uniformes. El mismo comisario en jefe empuñaba el megáfono.

—Vamos —ordenó el Frío—, ha salido mal... ¡vamos, vamos!

Estaban atrapados. La vieja que habían sacado por la fuerza de su apartamento del cuarto piso lloriqueaba aferrada a su rosario. La casa apestaba a gato. El Búfalo estaba nerviosísimo.

—¡A mí no me cogerán!

—No digas gilipollecés, Búfalo, y pásame el teléfono.

Tumbado en el sofá con el brazo vendado, Ricotta se recuperaba a ojos vistas. Llamó al abogado Vasta.

—¿Qué hago? ¿Les pido un coche y cincuenta millones y les amenazo con matar a la vieja si no me los dan? ¿Eh? ¿Qué hago, abogado?

—Ríndete.

—¿Qué me rinda?

—Lo que has oído. No estás en una película americana, Ricotta. Te rindes y luego ya veremos...

—¿Qué ha dicho? ¿Qué dice el abogado? ¡Qué coño se supone que tenemos que hacer, Ricotta!

Ricotta lo ignoró por completo y marcó otro número.

—¿Treintamonedas? Soy Ricotta... eh, no demasiado bien... digamos que nos veremos dentro de treinta años.

Golpes violentos contra la puerta. El llanto de la vieja.

—¡Ahora salimos, no disparéis! —gritó Ricotta mientras se levantaba a duras penas del sofá.

Tenía un deseo irreprimible de echarse a reír. Se había acabado. Pero se habían divertido de lo lindo. Nicolino había estirado la pata, y esta vez no se salvaba. En

cualquier caso, había sido una bonita aventura. Con un mago de los códigos como Vasta, quizá aún se pudiese remediar. Eso sí, como el Dandi cayera en sus manos, era hombre muerto.

—Venga, Búfalo, vamos.

El Búfalo arrojó al suelo la pistola y lo siguió con las manos bien en alto.

IV

«Roma, calibre 9.» «Masacre en la capital.» «Western en el Fleming.» La prensa estaba desatada. De repente se habían convertido en protagonistas de una película de acción de título impactante.

El fiscal reivindicó el mérito de haber sido el primero en señalar, en medio del escepticismo general, «el inquietante salto de calidad de la criminalidad romana tradicional». Los viejos jefes de antaño sucumbían bajo la embestida de «una nueva generación de despiadados delincuentes». Pero las fuerzas del orden, a pesar de encontrarse sometidas a la dura prueba de la «emergencia terrorista», estaban «preparadas» para afrontar la ofensiva. Dicho esto, antes de hablar de «banda» o, peor aún, de mafia, como ya se osaba hacer de forma inapropiada, era mejor pensárselo bien.

Borgia había desempolvado el informe original de Scialoja. Él había sido el que había pronunciado con rotundidad aquella palabra —Mafia— delante del pelotón de periodistas excitados. La vanagloria del fiscal no le preocupaba demasiado. Sólo importaban los resultados. Los resultados, y el cambio de clima que se estaba produciendo. La gente debía darse cuenta de que no sólo hay terrorismo en este mundo. El terrorismo pasa. La mafia arraiga. Ése debía ser el punto de partida.

La batalla legal se anunciaba dura. El Búfalo y Ricotta sabían que tenían pocas esperanzas. Pero lo fundamental era que no saliera a la luz lo que había entre bastidores. Vasta debía limitar los daños.

El abogado tuvo una feliz intuición. Era necesario diversificar las estrategias procesales. Había que hacer pasar por loco a uno de los dos: el Búfalo, por descontado, dados sus precedentes y, por lo visto, irracionales explosiones de violencia. En cuanto a Ricotta, lo presentarían como la víctima del compañero. Además, para que la estrategia tuviese éxito había que eliminar cualquier posible sospecha de montaje, así que Vasta renunció a defender a Ricotta, que fue confiado a un colega del abogado.

—De esta forma, si las cosas salen como espero, ¡el Búfalo se las arreglará con diez años de manicomio!

—¿Y yo?

—Hazte a la idea de unos veintiséis o veintisiete años, menos imposible. En cualquier caso, no es cadena perpetua, ¿eh?

Así que el Búfalo, ayudado por el Niño, quien apenas lo había visto en el patio se había puesto a su disposición con un cálido y fraternal abrazo, escribió una carta a

Borgia.

Estimado Juez:

Maté a Nicolino Gemito porque ese canalla asesinó a mi buen amigo el Libanés. Desde la muerte del Libanés mi vida se había convertido en un infierno. Al principio soñaba con él durante la noche, blanco como una sábana, llamándome e invocándome, mientras yo sudaba y trataba de decirle, estás muerto, descansa en paz, qué puedo hacer por ti, pero él insistía y decía que su alma no reposaría en paz hasta que ese infame no hubiese pagado su deuda... luego empezaron las voces: lo oía a todas horas del día y de la noche, aquí dentro, en el cerebro, era el Libanés, gritando siempre la misma palabra: «¡Venganza! ¡Venganza!». Llegué incluso a perder el sueño, los amigos, la alegría de vivir... luego, al ver que no me decidía, empezaron las apariciones. La primera vez salió de la televisión, hacían una película, y me lo vi delante, con la cara reventada, manchado de sangre y de materia cerebral... repitiendo siempre la misma palabra, «venganza, venganza»... me había convertido en una larva humana, señor Juez, usted no puede entenderlo... veía al Libanés en el bar, en el mercado, en el cine, en el coche, por la calle... estaba triste y furioso, era un alma en pena... ¿cómo no atender su grito de dolor? ¡Hubiera sido como matarlo dos veces! Luego, aquella maldita tarde... había salido con el Ricotta, pobre amigo mío, él intentaba consolarme, tienes que ir al médico, me decía, tienes que cuidarte... esa tarde me los encontré, a él y al hermano, y a sus espaldas estaba el Libanés. Me miraba con aire indignado. Parecía decirme: «Pero ¿cómo es posible? ¿Yo sufro este tormento y ellos siguen todavía aquí?». Así que agarré a Ricotta y los seguimos, después sucedió lo que sucedió. ¡Lo siento, pero es la verdad!

Y Ricotta se personó por su propia voluntad y corroboró la versión. Aquella maldita tarde, cuando había visto a los Gemito, el Búfalo había enloquecido. Por completo. Y él, Ricotta, lo había seguido tratando de disuadirlo de sus intenciones. Pero era ya demasiado tarde: el Búfalo había empezado a disparar y los hermanos Gémito habían respondido al fuego... ¿qué podía hacer? También él había disparado y ahora estaba dispuesto a pagar por ello.

Borgia coincidió con Vasta en el bar y lo felicitó por la ingeniosa defensa. El abogado se hizo el longuis: hacía ya tiempo que no tenía ninguna relación con Ricotta, y el Búfalo sólo era un pobre demente. Borgia soltó una carcajada, los incriminó por homicidio premeditado, y transmitió los actos al juez. Vasta solicitó un informe pericial. El juez nombró dos peritos. Ahora les correspondía moverse a los que estaban fuera.

Patrizia olfateaba la cálida brisa de primavera. En la sección que ocupaban las terroristas se oyeron unas carcajadas. Patrizia siguió la dirección de las voces a través del jardín en flor de la zona destinada a las mujeres de la cárcel de Rebibbia. Una vieja reclusa condenada a cadena perpetua, una campesina que había asesinado treinta años atrás a un marido violento a golpes de podadera, alzó la mirada de las rosas trepadoras y le sonrió con la boca desdentada. Patrizia le devolvió el saludo. Aquella mujer no quería salir porque fuera no tenía adónde ir. ¿Le sucedería lo mismo a ella? Al principio había hecho planes para el futuro. Eran planes confusos. Marcharse, quedarse, volver a empezar, renunciar. Los había abandonado. A su modo, la cárcel también podía ser un lugar agradable. Palma le había echado el I Ching.

—Es curioso, Patrizia, dice que te has equivocado de vida.

—¡Vaya novedad!

—Dice que debías haber sido maestra. O monja.

Ya no respondía en los interrogatorios. Era perfectamente consciente de que su actitud no hacía sino empeorar la situación, pero lo cierto es que no tenía nada que decir a nadie. A nadie. Ni siquiera al Dandi. Ni siquiera a ese animal de policía que seguía escrutándola con ojos sombríos y alucinados, como si no dejase de preguntarse: «¿Quién eres, Patrizia? ¿Qué escondes en tu interior?». Pero ¿era tan difícil entender que no había nada que descubrir, nada, nada, sino sólo un vacío compuesto de rabia y resignación? Patrizia seguía avanzando, acariciada por el impetuoso sol de mayo. Se adentró sin problemas en el recinto de las «camaradas». Algo que estaba rigurosamente prohibido. Pero las carceleras cerraban de buena gana los ojos por la mujer del Dandi. Las carceleras no sabían, o fingían no saber, que hacía meses que Patrizia se negaba a verlo en el locutorio. Las terroristas tomaban el sol en bikini. El famoso sol de Rebibbia. En el aire flotaba un aroma a rosas y a aceite bronceador. Las terroristas leían libros aburridísimos de títulos incomprensibles y se mofaban de las cadenas perpetuas que esos tiñosos de los jueces habían descargado sobre sus esbeltas espaldas de jóvenes burguesas. Palma se separó del grupo y se acercó a ella con una sonrisa. Palma procedía de una buena familia siciliana, tenía veinticuatro años y estaba procesada por dos homicidios. La primera vez que se había asomado al jardín de la «sección especial», Palma la había avalado ante el resto de sus compañeras. Confianza instintiva: ella no había hecho nada para merecérsela. Había traspasado el umbral prohibido por pura curiosidad. Curiosidad y

también un feroz deseo de escapar del ambiente de las presas comunes. Jamás había conseguido vencer la desconfianza del grupo. Palma era la única que no la trataba como una apestada. Ni siquiera había intentado valerse de ella como correo o, como decían ellas, como «mensajera». Era lo más parecido a una amiga que había tenido jamás. En una ocasión, Patrizia la había provocado.

—¡Decís que queréis la revolución, que seamos todos iguales, y me consideráis una mierda porque no pertenezco a vuestro ambiente!

Palma había iniciado entonces una larga disertación sobre las relaciones entre burguesía, vanguardia, y bajo-proletariado. Patrizia había perdido la paciencia.

—¡La verdad es que tú eres una buena persona, pero las demás son una partida de cabronas!

Patrizia sacó del bolsillo de sus vaqueros una cajetilla de Marlboro, extrajo un cigarrillo para ella, y se la pasó a Palma.

—Pero entonces tú te quedas sin tabaco.

—Da igual. Ahora bien, te los fumas sola, ¿eh? ¡A esas capullas ni siquiera una calada!

Palma se echó a reír. Tenía una larga melena negra y una mirada serena. Una mezcla de dulzura y agresividad que enloquece a los hombres. Encendieron los cigarrillos. Palma estaba escribiendo su tesis de licenciatura en psicología. Tema: la evolución histórica de los modelos de mujer criminal. Patrizia se echó sobre la hierba. Palma le pidió que le refiriese sus sueños.

—¿Mis sueños? —saltó Patrizia.

—Los tuyos, los de las demás... lo que quieras.

—Las putas sueñan siempre con la misma cosa: una casa con un gran televisor, dos hijos, un hombre que no les pegue todos los días, sino tal vez sólo durante el fin de semana. Sueñan que las llaman «señoras» cuando van a hacer la compra. Vestidos bonitos, alguna que otra joya, un coche o dos... Sueñan con ser como tú o como tus amigas, ¡y no entienden eso de la revolución!

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Tú lo entiendes?

—Ya hemos hablado de eso, ¿no?

—Dime cualquier otra cosa.

—Ines del Trullo me hace siempre la cama y cocina para todas las de la celda. Me reserva los mejores bocados. Está cumpliendo una antigua acumulación de penas, y le gustaría que le dejase trabajar conmigo cuando salga.

—¿Lo harás?

—¡Ni hablar! Ines es una gilipollas. ¿Recuerdas a esa muchacha que te había dicho... la que metieron dentro la noche de mi arresto?

—¿Cómo se llama...?

—Adele.

—Eso es, Adele... ¿y bien?

—Ines quiso tirársela desde el primer momento que la vio. ¡Y al final lo ha conseguido!

Palma soltó una risita para disimular su embarazo. ¡Terrorista y moralista!

—Pero para lograrlo ha jugado sucio... —prosiguió Patrizia—, le pasó un par de dosis de heroína...

—¿Aquí? ¿En la cárcel?

—Pero ¿se puede saber dónde vives? ¿En la luna? Aquí, en la cárcel. ¡Abre los ojos, camarada! En fin, que cuando me enteré fui a ver a Adele y le dije que si la pillaba otra vez, haría que la metiesen en una celda con la Matrona...

—¿Y quién es esa Matrona?

—Una tipa que pesa ciento veinte kilos, que apesta como una alcantarilla y que obliga a las muchachitas a que le laman los pies...

—¡Oh, Dios mío!

—Pues sí. Y a Ines le he hinchado la cara a bofetadas...

—Pero ¿por qué?

—No me gusta, eso es todo. ¿Hace falta una razón?

Palma soltó una risotada. Patrizia la mandó a hacer puñetas. Palma le pidió disculpas.

—Bueno, la verdad es que es cómico... ese hombre tuyo, el Dandi, ¿acaso no es el que vende la mercancía?

—¿Y bien?

—¡Y bien, y bien, pues que es cómico! ¡Mientras él se hace rico ahí fuera con los drogas tú te dedicas a quitarle la materia prima aquí dentro!

Patrizia regresó a su celda de un humor pésimo. Palma no entendía nada. Aunque lo cierto era que ella tampoco entendía demasiado bien por qué hacía ciertas cosas. Le entraban ganas y basta. Podía hacerlas y basta. Y lo que más le cabreaba era que podía permitírsele todo porque era la mujer del Dandi. Ines le salió al encuentro abanicándose con un papel arrugado.

—¡Correo! ¡Correo para la hermosa Patrizia!

—¡Dame eso!

Era una carta del Rana. Patrizia se echó sobre el catre y se esforzó en descifrar la escritura menuda e irregular del viejo marica.

Te escribo desde el aeropuerto de Casablanca, Marruecos. ¿No era precisamente a Marruecos adónde querías ir la última vez que nos vimos, la noche aquella de los conejos? Soy Ingrid, la divina Ingrid de los trajes de chaqueta impecables y los ojos empañados de cachorro herido. El pequeño aeroplano está calentando sus ridículos motores. El hombre que amo me acaba de besar y según el guión debería entregarme al hombre que no amo pero que me necesita desesperadamente. Para este sueño que, entre otras cosas y a diferencia del

original, es en tecticolor y no en blanco y negro, he programado un final diferente y más alegre. Rick será el que partirá conmigo. El generoso, fascinante, encantador Rick. Y no ese pulpo hervido de Victor Laszlo. Victor Laszlo me importa un comino. Que le den por culo, al maricón, a él y a su revolución de opereta. Rick, Rick, ¡oh Rick! ¿Acaso no oyes el silbido de las alarmas? ¿No oyes el zumbido de los motores? ¡Que se enfrente Laszlo a los nazis! Tú y yo nos vamos. Tú y yo huimos. Tú y yo seremos felices. No nos volveremos a ver, Patrizia. No volveré a oír a tus dulces labios pronunciar las palabras de escarnio que tanto adoraba. Incluso los silencios rebosantes de vacío le iban bien a tu duro óvalo eslavo. Te echaré de menos, pero el destino ha tomado una decisión y en estos casos no se puede hacer nada. Nada, ¿comprendes? Huy, me llaman. Es Rick. Ya está a bordo del avión. El piloto gesticula. Tengo que darme prisa. Tengo que correr. Pero antes de que aparezca escrito *The End* quiero darte un consejo. Vete tú también, Patrizia. Vete con tu Rick. Quienquiera que sea. Dondequiera que te lleve, síguelo. Síguelo y no te detengas. Vive el momento. No dejes que este mundo de mierda te joda. Que se joda él. Que se joda todos. Y piensa de vez en cuando en tu devoto Rana.

Patrizia esbozó una sonrisa. ¡Viejo loco! ¡Viejo loco maricón y afectuoso! ¡Cuánto lo iba a echar de menos! ¡Ojalá consiguiese ser feliz! Patrizia se hundió en una especie de duermevela. Y soñó. Como no le había vuelto a suceder desde que era niña. Soñó algo que luego sólo pudo recordar confusamente: imágenes en movimiento, colores cálidos, aguas que fluían dulces, y los tiernos hocicos de unos animales.

1981

RIEN NE VA PLUS

Cada diez o quince días el Rata acudía a casa de Treintamonedas o del Frío para probar la mercancía. Si era coca, la lamía sobre la punta de los dedos. El caballo en cambio se lo inyectaba en dosis bajísimas, para evitar el riesgo de sobredosis. Como catador era inigualable. Sus juicios sobre el grado de pureza y sobre las sustancias para cortar la droga estaban a la altura de cualquier análisis químico. Según la calidad de la droga se establecía después el modo en que había que estirla para distribuirla, el precio para los mayoristas y los minoristas, y el previsible beneficio. Jamás había sucedido que la totalidad del cargamento no hubiese sido colocada antes del sucesivo encuentro. La cuota que le correspondía sobre el beneficio neto era miserable, y la reinvertía inevitablemente en más droga. Para carburar, el Rata necesitaba como mínimo un gramo al día. La tentación de aprovecharse de todo aquel don divino era muy fuerte, pero el Rata sabía que su supervivencia dependía de la honestidad comercial. Desde que Vanessa lo había plantado para salir con Treintamonedas su cotización en el grupo se había hundido. La verdad es que ni siquiera podía considerarse uno de ellos. Al margen de la droga, nadie lo buscaba nunca a menos que se tratase de algún asunto insignificante como robar una moto o trucar el motor de un coche. E incluso en estos casos, procuraban no informarle sobre el uso al que ello iba destinado. Se encontraba apenas un escalón por encima del último de los drogatas. No podía permitirse el menor paso en falso. Por eso, apenas se dio cuenta de los movimientos de Aldo Bufones, corrió a contárselo a Treintamonedas. Esa noche lo encontró en compañía de una Vanessa lánguida y zalamera. Pero bajo las carantoñas se veía a las claras el desprecio que sentía por él. Cualquier otro en su lugar, uno de ellos, el asunto de Aldo lo habría resuelto solo, cara a cara, de hombre a hombre; pero él ni siquiera era un hombre. Si lo hubiese sido, no habría perdido a Vanessa. Y no habría corrido a lloriquear en el hombro del mismo hombre que se la había quitado. Pero él era el Rata. Y le contó todo a Treintamonedas, y Treintamonedas lo dejó marchar con una palmadita en la espalda, y se apresuró a referírsele al Frío, y ahora el Frío lo estaba buscando. Al Rata le habría gustado poder huir, lejos, a mil kilómetros de aquella porquería, de aquella vida equivocada. Pero no se llega muy lejos con los bolsillos vacíos y el mono en la cabeza; lo pillarían en cualquier parte. Así que, tras una llamada telefónica destinada a tantear el terreno, un sábado por la tarde acudió a casa del Frío.

El Frío le pidió que hablase en voz baja porque Roberta no se había sentido bien aquella mañana, y en ese momento dormía. El Rata, para darse ánimos, se había

pinchado dos veces en una hora: ahora le fallaban las piernas y truncaba las frases. Apestaba, como en los viejos tiempos. El Frío abrió la ventana. El frío invernal le causaba escalofríos. El Rata tenía ganas de vomitar por lo que, más que contarle, le dio a entender lo que quería. El Frío tardó algunos minutos en darse cuenta. Sus preguntas insistían siempre sobre el mismo punto: ¿estaba seguro, seguro al ciento por ciento de lo que decía? Cuando la presión se hizo insostenible, el Rata se echó a llorar. Se asomó Roberta, pálida, en pijama, con el pelo enmarañado. El Frío la tranquilizó, la acompañó a la cama del brazo. El Rata tenía la garganta seca. El Frío regresó y lo estampó contra la pared. Cogió un revólver de un cajón e hizo girar el tambor. Luego se lo plantó en la frente y le ordenó que repitiese de nuevo toda la historia, de cabo a rabo, desde el primer soplo del camello de Torpignattara al momento en el que había repasado las cuentas. Y el Rata se lo repitió con un hilo de voz.

—Aldo obliga a los camellos a que le den la mercancía sin pagar, luego la estira con la manita, la revende por debajo de su coste y se queda con el dinero. La historia empezó hace seis o siete meses. Los camellos le tienen miedo porque ya le ha partido la cabeza a uno de ellos. Con este sistema ha vendido ya al menos un kilo de mercancía.

El Frío apartó el arma y, con repentina amabilidad, le preguntó si quería darse una ducha. El Rata tuvo entonces un ataque de paranoia.

—¡Me quiere matar! ¡Me quiere matar! ¡Mátame enseguida! Hazlo ahora... ¡Dios mío, me mata! ¡Virgen santa, me mata!

Su voz era estridente, alterada, de animal acorralado. Roberta protestó ahogadamente. El Frío abofeteó al Rata, le echó por la garganta un vaso de whisky y lo condujo con educación hasta la puerta. El Rata permaneció una hora temblando en la calle sin dejar de repetirse: «Estoy vivo, estoy vivo». Aquella noche se volvió a chutar y a medida que se iba calmando juró que acabaría con aquella vida. Juró que aquella era su última dosis, que pasaría página a la mañana siguiente, juró sobre todo aquello que podía jurar antes de que el sueño lo venciese.

Cuando, pasados tres o cuatro días desde el encuentro con el Rata, Roberta se sintió mejor, el Frío la llevó a un restaurante de pescado del Trastevere, un local perteneciente a unos calabreses endeudados hasta las orejas al que, según se decía, le había echado el ojo el Dandi. Había invitado también a Aldo Bufones, a quien acompañaba una muchacha delgada y medio colgada, vestida con una falda larga y el pelo lleno de abalorios. Se llamaba Dorotea y estudiaba arte aunque, según sus propias palabras, lo hacía tan sólo para seguir su karma. A Roberta le cayó bien, por lo que las dos muchachas no tardaron en entablar una animada conversación. El Frío observaba a Aldo. Estaba nervioso. Apenas tocó sus espaguetis con marisco, apuró media botella de vino blanco y, entre un vaso y otro, fue tres o cuatro veces al baño.

Pidieron pez espada a la parrilla. Aldo le montó una escena al camarero porque, aseguraba, éste le había mirado mal. Algunos clientes protestaron desde las mesas cercanas. Dorotea y Roberta, ensimismadas en su charla, parecían ajenas a todo. Cuando Aldo se levantó por enésima vez, el Frío lo siguió hasta el baño.

—Venga, Frío, que nos van a tomar por maricones —dijo Aldo mientras orinaba.

El Frío sonrió, se colocó detrás de él y lo tiró al suelo con un rodillazo en la espalda. A continuación le aferró con fuerza el cuello y le hundió la cabeza en la taza del váter.

—¿Por qué me has hecho esto, Aldo? ¿Por qué precisamen te tú?

Aldo forcejeaba furioso. El Frío lo soltó y lo incorporó.

—Pero bueno ¿qué pasa? ¿Te has vuelto loco?

—¿Por qué me has hecho esto?

—Yo no he hecho nada...

—Mira que lo sé todo. No me cuentes gilipolleces, Aldo, porque si hay alguien que te puede salvar, ése soy yo...

—Estás loco...

El Frío le soltó una bofetada. Aldo perdió el equilibrio. El Frío le cogió la cabeza y empezó a golpearla contra las baldosas.

—Si no haces lo que te digo, estás jodido, ¿comprendes? Jodido...

Llamaron a la puerta. El Frío gritó que su amigo se encontraba mal, y que se estaba ocupando de él. Aldo se había echado a llorar. El Frío mojó una toalla trató de taponar con ella las lágrimas y la herida. Lo ayudó a levantarse y lo acomodó sobre la taza. Aldo empezó a lamentarse.

—No sé qué me pasó... todos hacen lo que les viene en gana... no sé lo que me pasó, Frío...

—Escucha, Aldo. Ahora mismo vas, coges veinte millones y los depositas en la caja común.

—¡Pero si no tengo una lira, Frío!

—¡Te ayudo yo, tranquilo! Dejaremos de ingresarte la cuota por seis meses. Durante todo ese período seguirás con tu vida de siempre: coges la mercancía y la vendes en tu zona, sólo que sin cobrar una lira. Vuelve a entrar en vereda y verás como todo se resuelve...

—¿Y los demás?

—De los demás me ocuparé yo. Pero no hagas más gilipolleces, ¿de acuerdo? Ni una lira de menos, ni un gramo de droga de menos...

El Frío lo sostenía por los hombros cuando salieron del baño. Aldo había dejado de llorar pero las marcas y la palidez de su rostro llamaban la atención. El resto de los clientes los miraba mal. El Frío pagó la cuenta y se llevó a Roberta. Una vez en el coche ella estalló en sollozos. El Frío detuvo el coche y la abrazó.

—He abortado.

—¿Lo has hecho todo sola...?

—¿Por qué? ¿A ti qué te importa? Ni siquiera te has dado cuenta... Sólo se lo he dicho a esa muchacha... a Dorotea... y ella me ha entendido...

El Frío no supo qué responder. En casa ella le dijo que dormirían separados durante algunos días. El Frío se puso a ver una vieja cinta de *Mamma Roma*. De madrugada, Roberta fue a buscarlo.

—¡No les hagas daño, por favor!

El Frío llamó al Negro al amanecer. Pero nadie contestó.

II

Desaparecer. Eso les aconsejaba Zeta. Después de la bomba de Bolonia, saltaba a la vista que iban apretar las clavijas a la derecha. Y algunos jueces metomentodos empezaban a hacer extrañas preguntas sobre el misterioso final del Piojo. El Negro había metido en el Audi una maleta de dinero y una bolsa con armas. Zeta había procurado los documentos. Habían previsto una estancia de seis o siete meses en el Cantón Ticino. Mientras se acercaban al puesto fronterizo, el Negro canturreaba *Addio Lugano bella*^[27]. Sentía simpatía por los anarquistas, especialmente por aquellos que se construían día a día un destino de rechazo y derrotas. Guerreros, a su modo. A sus espaldas no dejaba gran cosa: sólo su mundo. Pero era un alejamiento provisional. Escribiría al Frío. Tal vez lo invitara a visitarlo durante aquel exilio provisional. Sentía lástima por el Búfalo, un luchador de raza. Pero honestamente había que reconocer que, desde un punto de vista militar, la acción había sido un desastre. Demasiadas emboscadas improvisadas: la calidad había salido perdiendo. Se habían enamorado de la sangre y habían dejado de reflexionar. Los sioux nunca abatían demasiados bisontes: el exterminio en masa era cosa de los estalinistas. O de los hombres blancos.

¿Y ahora qué? ¿Una barrera? El carabinero les dio el alto. Sin perder el aplomo, el Negro aparcó al margen de la calzada y le tendió el pasaporte recién estrenado.

—Oliver Benson, ¿eh?

—Sí.

—Tengo que registrar el vehículo. Lo siento, *monsieur Benson*... O prefiere que lo llame...

Cuando oyó pronunciar su verdadero nombre, el Negro entendió que lo habían traicionado. Zeta, ese bastardo sin honor. Tenía razón el Frío: no debía de haberse fiado. Su intención era levantar los brazos, pero el guardia debió de interpretar mal el gesto o tal vez había recibido órdenes. De la metralleta partió una ráfaga de disparos. El Negro sintió el dolor del plomo en las piernas y se acurrucó gritando:

—¡No dispare! ¡Estoy desarmado!

El carabinero siguió disparando. En el fondo cumple con su deber, pensó el Negro mientras perdía el conocimiento: las órdenes no se discuten.

Cuando se enteró de que el Negro había sobrevivido, el Viejo se encolerizó tanto que arrancó sin querer un brazo a la Bailarina de Düsseldorf, un modelo inspirado en la Coppelia de Hoffman. Y cuando se percató del punto al que lo había arrastrado la ira incontrolada, además de un lacerante remordimiento experimentó el violento

deseo de arrojar a Zeta a los cerdos.

—Se da cuenta de las consecuencias que podría sufrir si ese hombre...

Zeta tomó aliento. El Viejo empezaba a exagerar. En lugar de insultarlo debería preocuparse por las consecuencias que aquel contratiempo podían tener para él. A pesar de ello, decidió tranquilizarlo.

—El Negro no hablará. Es un hombre leal. Tal vez este... desagradable incidente nos cueste tan sólo una buena cifra.

—¡Opinión procedente de reconocidas cimas de sabiduría! —ironizó el Viejo.

Zeta estaba harto. Se despidió de él con un saludo militar y giró sobre sus talones.

¿Qué hacer? El Viejo ordenó a su secretario que le encontrase al mejor restaurador de madera de Roma, mejor dicho, de Italia, más aún, pensándolo bien se dirigiría a los comunistas checoslovacos ya que, a fin de cuentas, la Bailarina había sido concebida y elaborada en Bohemia. Y si bien era cierto que en ciento veinticinco años las cosas tienden a cambiar... e inclusive que las variaciones propenden más bien al deterioro... era imposible que no quedase ni sombra del viejo talento... ¿qué hacer? ¿Desembarazarse de Zeta? ¿Y soportar el ímprobo esfuerzo de tener que adiestrar a otro idiota del que servirse? Sólo tenía dos opciones: una acción rápida en el interior de la cárcel donde habían encerrado al Negro, o confiar en ese nietecito degenerado de Nietzsche. Lo pensaría. Pero ¿por qué tardaba tanto su secretario? La mirada triste de la Bailarina manca era una visión que desgarraba el corazón.

III

Cuando le pidieron que indicase a un experto que estuviese a la altura, el Mazzocchio, que todavía estaba resentido por la historia del profesor Sesudo, experimentó una gran satisfacción. ¡Si le hubiesen hecho caso cuando todavía estaban a tiempo! ¡Si no hubiesen sido tan presuntuosos! ¡Si hubiesen confiado un poco en él! Aun así les daba largas: las condiciones no eran tan buenas como hacía dos años. Perseverando en sus teorías sobre la «coalición de marginados», el profesor había encontrado por fin a alguien que le prestase atención: los jueces. Que lo habían metido en la cárcel con la acusación de ser uno de los artífices ocultos de la estrategia de bombas de la derecha. Al final, de todas formas, y después de unas largas negociaciones y de haberles arrancado la promesa de un par de gramos de coca, el Mazzocchio les dio un nombre.

Así fue como se pusieron en manos del profesor Cortina, un pedazo de hombre de voz atronadora y de modales bruscos que exigió ochenta millones de anticipo en negro.

—El juez ha elegido a dos buenos colegas. Mala gente. No prometo nada.

Haremos, veremos: el Frío no se sentía seguro y encargó a Treintamonedas que probara por otro lado.

El problema más urgente era, no obstante, el Dandi. El Búfalo no se había pronunciado pero Ricotta, desde la cárcel, clamaba a voz en grito un castigo ejemplar.

—Si ese capullo no se hubiese cagado de miedo, no nos habrían detenido. ¡Como dos y dos son cuatro!

Ojo Feroz, el Esqueleto y los Bufones tomaron abiertamente partido. El Dandi se había comportado como un canalla. Por miedo o por lo que fuese, poco importaba. Dos compañeros habían caído en manos de la pasma por su culpa. Había que castigarlo. Las propuestas iban desde la expulsión del grupo a una bala en la nuca. Pero el Dandi no era uno cualquiera. Nembo Kid y el Tapón dejaron bien claro que quien lo tocase se las vería con ellos. El Frío jamás se había sentido tan desesperadamente solo. Ante todo echaba de menos la sabiduría del Libanés y el consuelo del Negro. Ojo Feroz y los Bufones formaban parte de su pasado. El Dandi era el presente. El Dandi se había equivocado. Sin duda. Pero tocarlo significaba desencadenar una guerra.

Treintamonedas organizó una cena de reconciliación. Quedaron en que todos acudirían desarmados. Las voces se agolpaban: secas, contundentes, las de los acusadores; arrogantes, en ocasiones sarcásticas las del Dandi y los suyos.

- ¡Te asustaste!
- ¡No tuve tiempo de intervenir!
- La acción estaba mal organizada.
- Fue una cuestión de mala suerte.
- ¡Era más fácil disparar que escapar!

Incluso en el salón del napolitano, y hasta en la distribución de los sitios en la mesa, se palpaba que se estaban convirtiendo en dos cosas diferentes. Y el Frío se encontraba en medio, llorando por los muertos.

Por fin llegaron a un acuerdo. Treintamonedas intervino como mediador: el Dandi se haría cargo de los gastos legales, informe pericial incluido, y de la cuota de los dos arrestados durante todo el tiempo que durase la detención. Si bien sonaba a reconocimiento de culpa, era la única manera de evitar males mayores. Se despidieron con evidente tirantez: un raudo apretón de manos, fugaces inclinaciones de cabeza, miradas atravesadas.

El Dandi era consciente de que algo se había roto, tal vez para siempre. Pero, a diferencia del Frío, le traía sin cuidado. No había disparado por la espalda a los policías. Ciertas cosas se pueden hacer y otras, en cambio, no. Ésa era la lección de tío Carlo. Incluso el Libanés habría hecho lo mismo. Tratándose de Nicolino Gemito, bueno... ¡pero dos policías! Si les hubiese disparado, dos horas después le habrían saltado encima todos los uniformes de Italia. ¡Peor que las Brigadas Rojas!

¡En lugar de eso, había que pensar en el futuro! ¡En los negocios! El problema del Frío y del resto de los muchachos era que seguían viviendo de recuerdos. Y, además, esa historia de la venganza... ¡empezaba a parecer el cuento de nunca acabar! Pero ¿es que de verdad creían que existía un «más arriba» desde el que el Libanés les miraba y les bendecía? El Libanés... nadie lo había conocido mejor que él. ¡Cuántas cosas habían pasado juntos! Y pensar que ahora había quedado reducido a un trozo de carne podrida. Como el Sardo, como Rizo de Oro, como ese otro... ¿cómo se llamaba? ¡Ah, sí, el Terrible! ¡Qué miedo le habían tenido! A saber cómo lo estaría pasando ahora en compañía de los gusanos... Sí, podía haber disparado, y se había abstenido de hacerlo deliberadamente. Volvería a disparar, pero sólo en el momento oportuno. El tío Carlo tenía razón cuando afirmaba que la venganza es noble, pero los negocios son importantes. A ser posible, había que ir en pos de ambas cosas. En caso contrario, que los muertos descansasen en paz.

IV

De ambos cuernos hubo uno, el más saliente
que empezó a estremecerse murmurando
cual llama que una ráfaga en sí siente;
luego, la punta aquí y allá cimbrando
como una lengua que de pronto hablara,
echó fuera la voz y dijo: «Cuando...»^[28].

Había sido la memoria la que, un año después, lo había hecho regresar a Bolonia. La memoria, sí, y una nueva conciencia que se iba abriendo camino. Scialoja había aprendido a desconfiar de las apariencias. La captura del Negro había sido el último golpe. Scialoja no podía imaginarse a uno tan experto y curtido como el Negro dejando que una asustadiza patrulla lo llenase de perdigones como a un tordo en el curso de un control casual. El Negro sólo abría la boca para confirmar la versión oficial: trataba de escapar, me sorprendieron, tenía un arma, fueron más rápidos que yo y eso me ha traído hasta aquí. Scialoja no le creía. La bomba era fascista. El Negro era fascista. El Negro no podía haber puesto la bomba porque el 2 de agosto de 1980 estaba en la cárcel. Pero el Negro era uno de la organización que Borgia y él combatían. Zeta y Equis protegían a dicha organización. Zeta y Equis se encontraban en la estación pocas horas después de la explosión. La protección consistía en un intercambio de favores. Y sobre eso precisamente debían concentrarse. Favores. ¿Qué tipo de favores? ¿Hasta qué punto estaban dispuestos a exponerse? A Zeta y Equis les podía venir bien tener a mano gente dispuesta a todo. Intercambio de favores. ¿Qué tipo de favores?

Considera estirpe y ascendencia:
nacisteis no para vivir cual brutos,
sino para adquirir virtud y ciencia...

Scialoja había comentado su teoría a Borgia. Borgia lo había puesto en contacto con un fiscal de Bolonia. Bulgarelli era su hombre de confianza. Lo había escuchado con gran atención. El Negro hace o sabe algo. Zeta y Equis deciden cerrarle la boca. ¿Qué ha hecho el Negro? ¿Qué sabe el Negro? Algo muy, muy gordo, si de verdad habían decidido desembarazarse de él. Scialoja no conseguía imaginarse nada peor

que la masacre. Bulgarelli le había abierto nuevos horizontes. En Bolonia llevaban ya algún tiempo investigando sobre las conexiones entre los servicios secretos, los fascistas y la criminalidad. En Bolonia se tomaban muy en serio ciertas cosas. Consideraban su colaboración un «valioso estímulo investigador». ¿Por qué eran tan distraídos en Roma? ¿Era sólo distracción? En Bolonia se respiraba un cierto optimismo. Se susurraba, a media voz, que un pez gordo de la derecha estaba a punto de cantar, vencido por una dura reclusión. En Bolonia no creían que los Servicios hubiesen puesto la bomba. En todo caso, podían haber intervenido después. Para proteger, despistar, trincar, calmar. Y cuando Scialoja le había preguntado por qué, Bulgarelli lo había arrastrado hasta la calle. Mira esta gente, le había dicho, mira esta ciudad. La capital roja de Italia. Si consiguen doblegar a Bolonia, doblegarán a toda Italia. Así que se trataba sólo de eso: de detener a los rojos. A cualquier precio.

La breve arenga no tardó en dar frutos:
nada pudo a mi gente entusiasmada
frenar, y el viaje se aprestó en minutos;
popa a oriente, cambió nuestra remada
en juego de alas para el loco vuelo...

El grito de Bene. Su voz que perforaba las estrellas. La plaza enmudecida, las calles de alrededor enmudecidas. Cien, doscientos mil rostros anónimos, abandonados al vértigo, con el corazón encendido, recorrían como oficiantes de un antiguo rito el último viaje de Ulises. Bene cantaba para Bolonia. Bene cantaba para el mundo de los vivos. Bene cantaba para él. No había nada que entender. Es necesario vivir algunas cosas. Scialoja sintió que le apretaban un brazo. Bulgarelli tenía los ojos anegados en lágrimas. No habían doblegado a Bolonia. La estación había sido reconstruida. En lo alto, la luna competía con los reflectores que rayaban las torres repletas de autoridades que felicitaban al actor. Scialoja y Borgia no eran los únicos que veían las implicaciones, que intuían las conexiones. Aunque las pruebas se desvaneciesen, aunque la certeza se resquebrajase, había que seguir adelante.

El profesor Cortina les anunció que el examen del Búfalo se presentaba arduo.

—Vuestro amigo se ha hecho el listo durante los tests y mis colegas no se lo han tragado. De forma que han puesto por escrito que se trata de una bonita y genuina «simulación». Necesitamos un golpe de escena. El hecho es que no disponemos de la menor documentación a nuestro favor. ¡Y, por si fuera poco, el muchacho parece gozar de una salud de hierro!

La palabra «salud» le dio una idea a Treintamonedas quien, tras hablar con Vanessa, entregó a Cortina un voluminoso expediente algunos días después.

—¿Cree que podrán servir, profesor?

El profesor lanzó un rápido vistazo a los documentos.

—¿Ahora me decís esto?

—Bah, se nos había olvidado...

—¿También él se había olvidado?

—Él el primero, profesor... ya sabemos que no le rige la cabeza, ¿no?

Intercambiaron una mirada elocuente. El profesor aceptó otros quince millones y se despidió de Treintamonedas con una sonrisa tranquilizadora.

—Con la bomba que les vamos a echar, quedaremos bien protegidos.

Al día siguiente, Cortina mostró a los expertos la documentación. El Búfalo había nacido prematuro y en el momento del parto había sufrido una hipoxia transitoria con el consiguiente trauma neurológico. A consecuencia de ello, la funcionalidad de algunas áreas cerebrales se había visto gravemente comprometida. Cuando, a la edad de quince años, había empezado a presentar comportamientos extraños, había sido alejado del colegio e ingresado en una famosa clínica de la capital para ser sometido a observación. El dossier, que sus colegas habían puesto a disposición con gran diligencia, certificaba la presencia de focos de epilepsia y de una amplia zona de malacia en sede cortical. El Búfalo estaba, sin lugar a dudas, realmente enfermo. Los expertos encajaron el golpe. Cortina era una lumbrera cuya competencia quedaba fuera de toda discusión. La documentación estaba perfectamente en regla, con todos sus sellos, fechas y firmas.

Todo gracias a mi intuición, explicó Treintamonedas a los demás, y a la habilidad de Vanessa, que se había apoderado del dossier de un desgraciado fallecido diez años atrás y lo había unido al del Búfalo con la ayuda de un medicucho de nariz empolvada. El asunto había costado un buen montón de pasta pero, a fin de cuentas, ¡el que pagaba era el Dandi!

Y el Dandi pagaba porque no tenía problemas de dinero. El asunto de los terrenos en Cerdeña iba viento en popa. El Maestro era puntual en los pagos y el capital inicial empezaba a rendir unos buenos extras que Nembo Kid y él habían decidido, de común acuerdo, no compartir con los demás. Como decía el tío Carlo, era cosa de ellos, y de nadie más. El tío Carlo había apreciado su comportamiento durante el homicidio de Nicolino Gemito, y así se lo había hecho saber.

—Veo que el discurso que te hice sobre la pasma sirvió para algo. Tú estás a salvo, libre y en la calle, ¡lo de los demás es una cuestión de riesgo profesional!

También el Viejo había apreciado su sentido táctico y se lo había hecho saber a través de Zeta y Equis. Los espías se habían ofrecido a organizarle «alguna cosita» al policía. El Dandi, el nuevo Dandi había eludido el tema. Las cosas iban de maravilla. Las investigaciones acababan una tras otra en punto muerto. De nada servía, pues, azuzar al perro. Además, el policía le obligaba a pensar en Patrizia. Y aquél era un tema abierto que había que manejar con gran sensibilidad. El Dandi había dejado de intentar el coloquio que ella se obstinaba en negarle. Patrizia estaba a todas luces enojada y no se lo podía reprochar. Vasta se había resignado a esperar el transcurso de los plazos de reclusión preventiva: lo que suponía unos meses de paciencia. El Dandi estaba descubriendo el valor de la paciencia, el placer de jugar con el tiempo. Las palabras del tío Carlo le habían abierto amplias perspectivas. Había mucho que aprender de los hombres de honor. El Dandi estudiaba. Le giraba regularmente una cuota de los beneficios del negocio de los terreros al Seco, y también aquella vía le procuraba una gran satisfacción. Por eso, cuando Gina lo echó de casa en otoño, el Dandi le pasó treinta millones sin parpadear. Tal vez su mujer había encontrado un amigo, tal vez se pudiese empezar a hablar de divorcio. Tal vez, cuando Patrizia saliera de la cárcel le ofreciese como regalo una bonita boda. Pero una mañana en la que había pasado por su antiguo domicilio conyugal para recoger un cuadro futurista que tenía ganas de colocar en el *boudoir* de su nueva casa, se encontró cara a cara nada menos que con don Dante. El capellán de la cárcel había hecho carrera; ahora estaba al frente de una parroquia del Corso frecuentada por miembros de la más rancia aristocracia, actores y políticos. Con una gran sonrisa, don Dante le dijo que acababa de dar la comunión a su «Gina, su inestimable mujer, criatura de elevadísima devoción». Y le agradeció su cristianísima generosidad. El Dandi abrió los ojos desmesuradamente. El cura le aseguró que, para cualquier problema, tenía en él y en la sotana que vestía «a su mejor aliado». El Dandi interrogó a Gina. De los treinta millones, diez habían acabado en misas por la recuperación del Papa, herido algunos meses atrás por un delincuente turco. El resto del importe había sido destinado a obras pías para los pobres de la parroquia: señal tangible de júbilo por la milagrosa salvación del Santo Padre y tributo debido a la divinidad por su intervención que, sin duda, había resultado decisiva. El Dandi se encolerizó. ¿Qué modo era aquél de

malgastar el dinero? ¿Por qué no se compraba un bonito abrigo de pieles, como hacían todas, o hacía un buen viaje?

—¡Lo hago también por ti, por la salvación de tu alma! —le respondió su mujer con cara de pocos amigos.

El Dandi se dio por vencido: después de todo, si quería hacerse monja... ¡con tal de que ese cadáver de mujer se quitase de en medio!

Por aquel entonces, Treintamonedas pasó unos cuantos días en Nápoles, donde se reunió con el Bigotes. Ambos eran primos. El Bigotes, al igual que él, era de los que no tenía ningún empacho en cambiar de chaqueta a menudo y de buena gana: en un principio fue acólito de Giuliano di Forcella, luego se hizo cutoliano, y después de un breve período con el clan Mariano había vuelto con el Profesor hasta que, a raíz del asesinato de cinco criminaluchos en la zona de Toledo, había huido a Uruguay, país notoriamente acogedor y sin acuerdo de extradición. Ahora vivía como un señor rodeado de chicas en una hacienda de ensueño, y regresaba a Italia dos o tres veces al año con algunos kilos de coca para vender, cuestión de no perder la mano. Treintamonedas le contó las últimas novedades y, al abordar el delicado tema de las pruebas periciales, el Bigotes le aconsejó que no se metiese con el profesor Sesudo y los suyos.

—Ante todo, todos esos profesores son unos espías...

—¿Cómo espías?

—Sí, espías, agentes secretos, ¿cómo los llamáis en Roma? Averiguan sobre asuntos confidenciales y después los venden...

—Pero ¡qué dices!

—Ay, lo que oyes... en segundo lugar, a ese Sesudo, o lo matan en la cárcel o los de la Camorra se lo cepillarán en cuanto salga...

—¿Por qué?

—¡Porque hace el doble juego, por eso!

Por esa razón, una bonita mañana, Treintamonedas llevó al Frío a un despacho situado en las cercanías del Parlamento. Los recibió un cincuentón afectado y elegante que aseguró ser «gran amigo» del juez instructor, el mismo que tenía en sus manos la suerte del Búfalo. Con veinte millones les podía asegurar el resultado del proceso. El Frío lo habría dejado estar de buena gana —todo en aquel hombre, desde el olor a sacristía a la sonrisa empalagosa, denotaba hipocresía— pero Treintamonedas estaba tan seguro de lo que hacía que al final el montón de dinero pasó de unas manos a las otras.

Mientras tanto, la profecía del Bigotes se iba cumpliendo. Primero eliminaron a golpe de metralleta a los ayudantes de Sesudo. Radio Cárcel, que atribuía la acción a los napolitanos, posibles miembros tanto de la nueva como de la vieja familia, hizo correr la voz de que el profesor estaba encerrado en su celda, dispuesto a cantar.

Probablemente se trataba de una mentira, pero el profesor los había metido ya en demasiados líos. De esta forma, cuando poco tiempo después el tribunal de casación anuló todas las órdenes y fue excarcelado, los de la camorra lo cogieron y lo eliminaron con un buen corte en la garganta.

Patrizia fue puesta en libertad a finales de octubre. Algunos días antes de salir había salvado la vida a Palma, la terrorista. En la cárcel había corrido el rumor de que su compañero estaba a punto de arrepentirse. No quedaba más remedio que castigar aquella delación. Las rojas la aislaron. Palma habría podido pedir que la transfirieran. Pero no lo hizo. Desafió a las demás: estaba dispuesta a someterse al juicio del «tribunal del pueblo». Sus camaradas le tomaron la palabra, se reunieron y la condenaron a muerte: la consideraban sometida a su hombre, y por ello temían una posible traición. La cogieron durante el paseo de la tarde, seis de ellas se abalanzaron sobre ella, dos la sujetaban por los brazos y dos por las piernas, en tanto que las otras dos apretaban al cuello la cuerda pacientemente elaborada con los jirones de unos vaqueros rotos. Patrizia, al percatarse de que algo extraño estaba sucediendo, se había abalanzado gritando sobre el grupo. Palma daba ya las últimas boqueadas. Patrizia se puso a dar puntapiés, arañazos, mordiscos, tiró del pelo a una tipa menuda pero feroz, pellizcó tetas, les dio patadas en las nalgas, hundió los pulgares en los globos oculares de sus adversarias. La barahúnda alertó por fin a las carceleras. Patrizia se había colgado de una de las ejecutoras y le había hundido las uñas en la garganta. En vano, porque la tipa y su amiga seguían apretando la cuerda y Palma se iba poniendo cada vez más morada mientras sus piernas temblaban fuera ya de control. A pesar de los porrazos, ninguna de las dos cejaba. ¡Estaba claro hasta qué punto deseaban acabar con aquella desgraciada! Fueron necesarios seis agentes y dos carabineros de los duros para arrancársela de las manos. La llevaron a reanimación del policlínico. El día en el que le notificaron a Patrizia la orden de excarcelación, Palma regresaba a la enfermería fuera ya de peligro. Patrizia fue a verla. Palma llevaba un collarín ortopédico y cuando la vio le dedicó tan sólo un gélido saludo. Como revolucionaria, consideraba que el juicio había sido justo, y la condena equitativa. Casi estaba enojada con Patrizia por haberle salvado la vida. Patrizia se puso furiosa.

—¡Tienes veinticuatro años! Eres guapa, has estudiado... e insistes en perder tu tiempo con esas cabronas. ¿Te dije o no que eran unas cabronas? ¡Deberías hacer como tu amigo: denunciarlas a todas y mandarlas a tomar por culo, camarada!

—¡A tomar por culo tú, delincuente!

Patrizia se enterneció. Puede que haya matado a dos hombres, esta Palma, pero aquí dentro, entre todos estos lobos, es como una niña.

—He dejado un cartón de tabaco al jefe de la enfermería, y he hecho correr la voz de que estás bajo la protección del Dandi. Tal vez te concedan una celda individual. No puedo hacer más...

Palma exhaló un suspiro, acto seguido, una leve sonrisa frunció sus labios secos.

—Bueno, me voy —concluyó Patrizia—, dado que estoy libre, no quiero entretenerme demasiado. ¡No se vayan a pensar que me gustaría quedarme y me manden la cuenta! ¡Como en un hotel!

Palma se echó a reír. Patrizia casi había alcanzado la puerta cuando su amiga la llamó.

—Patri...

—¡Aahh, veo que has recuperado el habla! ¡Estupendo!

—¡No te eches a perder!

El Dandi la esperaba fuera de la puerta con su nuevo Porsche y una cesta de orquídeas. Patrizia se acercó a él sonriente, lo besó y, sin mediar palabra, le asestó una tremenda bofetada que lo hizo tambalearse. Acto seguido subió a toda prisa al coche, arrancó, y partió rozando al Dandi, que maldecía a todos los santos habidos y por haber.

VI

Scialoja dormía abrazado al almohadón. Patrizia lo velaba. Seguía con al mirada la curva de su nariz, acariciaba su pecho amplio y musculoso, descendía por las piernas recorriendo el contorno de un brazo marcado por las pequeñas heridas de sus juegos amorosos. ¡Amor! Patrizia se deslizó fuera de la cama, lo tapó y se dirigió al baño a encenderse un cigarrillo. La luz del espejo resaltaba su palidez. Se vio abatida, inquieta, volvió a sentirse fuera de lugar. Aunque, a decir verdad, ¿cuándo se había sentido de otro modo? Tal vez en la cárcel. En la cárcel no debes rendir cuentas a nadie de tu tiempo. Sólo a ti misma. Tal vez sea sólo esto lo que busco, pensó. Tal vez sea sólo aburrimiento. Patrizia se puso una gruesa bata, se metió en el bolsillo la cajetilla y el encendedor, y se dirigió a la puerta de cristal que daba a la terraza de la suite del Marina Grande. Al pasar por delante de la cama, lo vio aún dormido. Una vaga sonrisa flotaba en sus labios. Patrizia abrió y volvió a cerrar quedamente la puerta de cristal. Una ráfaga helada la hizo estremecerse. Un gajo de luna colgaba de lo alto del cielo. El mar arreciaba contra la frágil barrera rocosa. En el centro de la vasta extensión negra se intuían las luces de Capri. Le había dicho: «Siempre he querido ver Capri». Él se había apresurado a reservar un barco. En el último momento había anulado la excursión con un pretexto. Había estado ya una infinidad de veces en Capri. Con hombres, con mujeres, con mujeres y hombres cuyo rostro había olvidado. Pero recordaba sus risas. Sus bromas pesadas. El escarnio continuo. El dinero pasando de mano en mano. Por aquel entonces no se sentía desgraciada, pero tampoco feliz. Aunque, bien mirado, ahora tampoco experimentaba ni una cosa ni otra. Patrizia se encendió el segundo cigarrillo con la colilla del primero, que arrojó a lo lejos. Le habría gustado seguir su estela hasta la arena de la playa, más abajo. Pero el fuego murió a mitad camino. Después oyó el ruido que hacía la puerta de cristal al abrirse, y él apareció a sus espaldas. Instintivamente dejó caer la cabeza sobre su pecho. Scialoja la rodeó por los hombros y la besó en el cuello.

—¡Entra, aquí hace un frío terrible!

El macho tenía el torso desnudo. Patrizia se dejó llevar sonriendo.

—¿Estás preocupada? —le preguntó él mientras sacaba dos botellines de champán del minibar.

—No.

—¿Quieres que hablemos?

—Después —susurró ella.

Era la palabra que pronunciaba más a menudo aquellos días. Después. Lo había

abordado a la puerta de la comisaría, cerrándole el paso con el Porsche del Dandi.

—Vamos a tu casa —le había dicho—, quiero ver dónde vives.

Al ver el apartamento cercano a la universidad había arrugado la nariz. La nevera semivacía la había entristecido. Le había impedido que se diese una ducha.

—Quiero que estés tan sucio como yo. Quiero que sientas el sabor de la cárcel.

Habían hecho el amor como un hombre y una mujer. Él le había dado largos besos en el cuello y los senos. Se habían tomado con furor.

—Háblame de ti —le había pedido él.

—Después.

—¿Estaremos juntos... al menos un poco?

—Después.

—Tengo muchas cosas que decirte...

—Después.

Por la mañana lo había llevado a Positano. Él había palidecido al ver el Porsche. Pero la había seguido. Se había deshecho de todo y de todos con una llamada telefónica. Ahora estaba con ella. Y era feliz.

—Por los amores imposibles —propuso ella.

Patrizia apuró de un sorbo su copa.

—Ven aquí —le ordenó.

Él se arrojó a sus pies. Ella le arañó la mejilla. Él gimió de placer. Ella se aferró a su cuello y apretó. Él la tendió como si fuese una niña, una cestita de plumas. Patrizia, con los ojos abiertos, contemplaba el techo. No había vuelto a soñar desde aquella noche en la cárcel. Palma decía: no te echas a perder. El Rana decía: jódelos a todos. Patrizia estaba intentando ser una mujer, su mujer. Patrizia cerró los ojos. Él le susurraba palabras dulces, insultos. Patrizia abrió los ojos. Vio un rostro deformado por la tensión del placer, con las venas en relieve, con las gotas de sudor resplandeciendo sobre los músculos tensos por el esfuerzo de retrasar el orgasmo. Lo apartó con un estremecimiento de horror. Él no lo entendió. ¿Y cómo habría podido? Ella había visto a otro hombre. A uno de tantos.

—Hagámoslo por detrás —lo tranquilizó con un susurro ronco.

Scialoja la aferró por los senos. Se deslizó dentro de ella. Patrizia cerró de nuevo los ojos.

—Ven —suspiró—, lleguemos juntos... amor mío...

Poco antes del amanecer, Patrizia escribió una breve nota de adiós, recuperó la bolsa que había preparado la noche precedente, pagó la cuenta y le rogó al gestor, un viejo amigo del Rana, que mantuviese la boca cerrada. En el garaje le esperaba el Porsche del Dandi.

Cuando se despertó, Scialoja lo comprendió todo. Para sofocar el llanto se metió bajo una ducha helada. La nota la encontró mientras metía sus cosas

desordenadamente en la maleta. En la misma figuraba escrita una palabra, «armas», y una dirección.

VII

Mientras cenaban en el restaurante de siempre, el tío Carlo le preguntó al Dandi y a Nembo Kid si estaban dispuestos a «hacerle un favor».

El Dandi aceptó con los ojos cerrados. Al tío Carlo cada vez le gustaba más aquel muchacho. Nembo Kid, en cambio, le preguntó de qué tipo de favor se trataba mientras se servía la salsa de langosta. El tío Carlo, disgustado, le cedió la palabra al Maestro.

—Tenemos un problema con el Corbatero.

—¿Qué problema?

—Últimamente está un poco estresado. Ya no se comporta bien... no respeta los pactos...

El tío Carlo corroboró sus palabras con una amplia sonrisa. El Dandi comprendió que el destino del Corbatero estaba marcado.

—¿Por qué nosotros?

—Cada uno es amo en su propia casa —puntualizó el tío Carlo sin dejar de sonreír—, y en casa de los demás las personas bien nacidas no se sirven de beber solas. ¿Estáis de acuerdo?

El tío Carlo sabía de sobra que el Corbatero era un viejo amigo. Al confiarles ese trabajo les demostraba su estima, a la vez que los ponía a prueba.

El Dandi y Nembo Kid le dieron su palabra y tres noches después de la cena, acompañados por el Tapón, dispararon al Corbatero a la salida de Villa Candy.

Fue una cosa repentina y anómala. El Corbatero llevaba en el hampa veinte años. Estaba considerado un intocable. Las necrológicas se interrogaban sobre el fin violento de un «empresario hábil y sin escrúpulos» que tras un inicio «de oscuros contornos» vivía en el lujo y gozaba de la estima de la sociedad romana. El mismo Borgia pensó en una cuestión privada, quizá una historia de cuernos o, como mucho, la venganza de un usurero exasperado. A nadie se le ocurrió que ellos pudieran tener algo que ver. Jamás se había visto un homicidio tan limpio.

Sólo el Frío lo entendió al vuelo. Reconoció el estilo. En aquellos días se encontraba en la cárcel expiando el residuo de una pena de 1976. Mandó un mensaje a sus compañeros a través de Roberta, y los de fuera convocaron al Dandi. El Dandi tuvo la desvergüenza de negarlo todo: mientras disparaban al pobre del Corbatero, él asistía con una nueva amiga al concierto de Franco Califano. Incluso le había concedido dos autógrafos. ¿Es que el Califa también era sospechoso?

El Esqueleto y Ojo Feroz no se tragaron la historia.

—Fueron ellos.

—Claro que sí. ¡A saber qué lío tenían con ese desgraciado!

—¡Ésos están haciendo grupo aparte!

—¡Me gustaría controlar las cuentas, vaya si me gustaría!

—De las cuentas ya se ocupa Treintamonedas...

—¿Y tú te fías de ése?

Ah no, esta vez no podían desentenderse. El Frío sintió que se acercaba el momento de tomar una decisión. Hizo saber a los demás que iba a tomar medidas. Aquello no se podía retrasar más.

Y, sin embargo, eso fue precisamente lo que hicieron.

Poco antes de Navidad el Antiterrorismo precintó el depósito del ministerio.

1982, enero-abril

EL OLOR DE LA SANGRE

Durante la conferencia de prensa, el jefe de la policía explicó que habían encontrado las armas por pura casualidad. Brugli, el vigilante, había sido acusado en el pasado de pertenecer a la extrema izquierda. Un funcionario diligente había tenido la brillante idea de efectuar un control de rutina, uno de los muchos registros que se realizaban a la ligera. Sólo que al miserable le había bastado verse delante a cuatro cachas en uniforme de asalto para desmoronarse.

—¡Es culpa de Ziccone!

Ziccone por aquí, Ziccone por allá, llantos, cabezazos contra la pared, y al final los había acompañado al sótano donde aquéllos, al ver el arsenal, se habían quedado pasmados.

Un par de periodistas se atrevieron a preguntar si la brillante operación de la policía no se debía al soplo de un informador. Mientras el jefe de policía manifestaba *urbi et orbi* su desdén por aquella hipótesis, Scialoja se escabulló de la sala con una sonrisita de escarnio en los labios. Había acordado con sus superiores que no se presentaría de manera oficial. El jefe de policía apenas podía creer lo que estaba oyendo: a lo largo de sus años de carrera había visto a policías menos dotados que él matarse por un buen artículo en la crónica romana, y ahora que Scialoja tenía la oportunidad de aparecer en primera página... Pero Scialoja se había mostrado inflexible: forma parte de una estrategia, le había explicado, y, en cualquier caso, no quiero perjudicar a la fuente. El jefe de policía se había encogido de hombros: ¡contento él! Borgia se había limitado a soltarle una pulla.

—Veo que sus relaciones con la Vallesi están a pedir de boca, comisario.

Scialoja le había respondido con un rictus de amargura. Borgia había tenido un arranque de misericordia y se había dejado de bromas.

Sí, el soplo había sido el regalo de adiós de Patrizia. Scialoja la había buscado por todas partes. Ella se hacía la escurridiza. Scialoja no se resignaba a la idea de una historia sin futuro. La seguiría buscando. Tenía que encontrarla. Tenía que ceder. Habían hecho el amor como un hombre y una mujer. Ella se había abandonado en sus brazos. Pero ¿había sido auténtico, aquel abandono? Ahora se explicaba ciertos silencios, ciertas sonrisas vagas, su eterno postergar. ¡La había tenido entre sus manos y la había dejado escapar! ¡No había podido retenerla! Aunque, ¿sería alguien capaz de hacerlo? Scialoja reprimía a duras penas el tumulto que reinaba en su corazón tanto en los dolorosos despertares como en las noches de tormento. Tenía que encomendarse a la razón. Olvidarla. Concentrarse en la investigación. Scialoja se

metía en el despacho al amanecer y cerraba la puerta a sus espaldas a altas horas de la noche. Y la noche era negra. Y dura.

Ellos, mientras tanto, estaban metidos en un buen lío. Nada más sentarse delante del dirigente del Ucigos^[29], ese animal de Brugli (¡ffíate tú de los rojos!) había desgranado todos los nombres. Lo que supuso el arresto nocturno de Ziccone, Treintamonedas, el Esqueleto y Nembo Kid mientras que al Búfalo, que tenía ya sus problemas, y al Frío, que estaba a punto de ser liberado, les cayó una nueva y flamante orden de detención. A éstos, y no a otros, acusó el mentecato. La razón de que en el catálogo faltasen algunos asiduos frequentadores del ministerio como el Negro, Ojo Feroz o el mismo Dandi, quedaría para siempre rodeada de misterio.

Borgia, en cualquier caso, se frotó las manos y elevó de inmediato una imputación por tenencia de armas a la que se añadía otra por asociación delictiva, de acuerdo con lo dispuesto en el artículo 416 del código penal.

—Se está convirtiendo en una obsesión —bromeó Vasta—, cada vez que uno de mis clientes es acusado injustamente de algo se saca usted de la manga el delito de asociación... ¿sigue buscando a su fantasmagórica «banda», *dottor* Borgia?

—Siento curiosidad por ver cómo se las va a arreglar usted esta vez. ¡La acusación está bien fundada!

—Al final conseguiré demostrar la inocencia de mis clientes, como siempre.

Palabras que iban dirigidas a la galería y a aquel cretino del juez instructor. Pero, una vez en el locutorio, Vasta mudó la expresión afable por el ceño propio de las situaciones de mierda.

—La acusación de complicidad de Brugli es inatacable. Menos mal que Ziccone se ha comportado como un hombre, de no ser así estaríamos acabados. Hay que encontrar el modo de dar una nueva dimensión a los hechos...

—El problema es que ahí dentro hay pistolas ardiendo —observó el Frío.

Vasta se envaró y adoptó un aire profesional.

—Esas cosas no me conciernen.

El Frío se quedó de piedra: hacía ya tiempo que el abogado no se permitía con ellos ciertos juegucitos. Entre ellos las cosas estaban ahora claras como el agua.

—¿Qué pasa, abogado, retrocedes?

—Hay cosas que es mejor no revelar incluso al propio abogado —le atajó Vasta, mientras recogía sus notas y su maletín—, hablaremos dentro de unos días.

Que Vasta se escabulliese significaba que las cosas se estaban poniendo feas. Y, en cualquier caso, seguían teniendo el problema de las armas. En el depósito estaba la pistola del Tigame, la del Arenque y, sobre todo, la Tanfolio que había usado el Negro para eliminar al Piojo. ¿Quién había quedado en libertad? El Dandi, Ojo Feroz, los Bufones, el Tapón... y también el Rata, a pesar de que éste no contase nada, pobre capullo. Les correspondía encontrar una solución. Vanessa sacó un mensaje de la

cárcel. En la nota que la enfermera había escondido donde no se registra, el Frío había escrito: *al Dandi-ojo-Tanf.-Piojo-Negro*.

El Dandi se puso seriamente manos a la obra. Aunque sólo fuese porque aquel asunto le tocaba muy de cerca. Brugli, con el que se había cruzado en el ministerio, podía irse de la lengua en cualquier momento. El riesgo de que se produjese una oleada de arrestos era tangible. Y las consecuencias podían ser desastrosas. Como primera medida, todos desaparecieron de la circulación. Algunos de ellos optaron por encerrarse en un hotel, en el que se registraron con documentación falsa; mientras que otros, como Ojo Feroz, fueron a pasar el invierno a casa de unos parientes en las Marcas. Del tema de la droga quedó encargado, previa amenaza, el Rata: cuando se calmasen las aguas, tendría que justificar cada céntimo, o podía considerarse hombre muerto. La caja común fue confiada a Donatella, con la orden de ocuparse de los detenidos: cuota doble para el Búfalo y Ricotta, que no dejaban nunca de dar la tabarra.

El Dandi pidió ayuda a Zeta y a Equis. Los espías se encogieron de hombros: aquello no era asunto suyo.

—¿Ah, sí? Cuando necesitáis un favor todo es amigo por aquí, amigo por allá... y, ahora, ¿qué ha sido de vuestra cacareada amistad?

—Nosotros no tenemos la culpa de que os hayan cogido. Arreglaos solos.

—Mira que el Negro iba también al depósito...

—¿Y qué? ¿Qué coño me importa a mí el Negro?

—¡Entre esas armas está también el hierro del Piojo!

Zeta se encolerizó, pero ¿qué podía hacer? ¡Lo tenían cogido por los huevos! Si la cosa llegaba a oídos del Viejo, él y su socio estaban jodidos. Como poco, los encerraría en uno de sus juegucitos mecánicos. Zeta se precipitó a casa del tío Carlo: el siciliano estaba también involucrado en el asunto del Piojo, así que lo mejor era informarlo e intentar encontrar juntos una solución. El tío Carlo, sin perder la compostura, le dijo que reflexionaría sobre ello e invitó a cenar al Dandi.

—Una vez, en Palermo, pillaron a dos tipos. Había tres testigos, y a ellos los encontraron delante del cadáver con un fusil aún caliente. Pero un experto lo examinó, y el arma resultó ser *fasana*^[30].

—¿Qué significa *fasano*?

—Significa que era como *favuso*, cómo se dice... falso. No funcionaba. Como un trozo de madera. Jamás había disparado y jamás podría hacerlo. Los dos tipos fueron puestos en libertad con mil disculpas.

—Entiendo, tío Carlo. Pero ¿qué hicieron con los testigos?

—Nada, aseguraron que se habían equivocado, y se disculparon también.

No había nada más que añadir. Antes de despedirse del Dandi, el tío Carlo lo riñó afectuosamente por ir mal afeitado.

—Son días difíciles, tío.

—¡Ay, hijo mío, todavía te quedan muchos mendrugos por comer!

II

El Dandi vio el Porsche aparcado bajo la casa, alzó la mirada, la centró en las ventanas iluminadas del apartamento y comprendió que Patrizia había vuelto. Subió de cuatro en cuatro los escalones, jadeando a causa del esfuerzo ya que últimamente había engordado unos cuantos kilos. Inga, la austríaca que lo acompañaba desde hacía un mes lo seguía maldiciendo sobre sus tacones de aguja. Patrizia estaba sentada en el sofá, bajo el cuadro de Tamburi, con un vaso en la mano y las piernas cruzadas. Se había teñido de rubio. El Dandi gritó desde el umbral.

—¿Se puede saber cómo coño has entrado?

—Con las llaves —le respondió ella impávida.

—¿Quién es ésa?

Inga se había plantado en medio del salón con las manos en las caderas, y el ceño fruncido. Patrizia examinó a la furcia de un metro y ochenta, miró con desdén la chaqueta que apenas podía contener el abundante par de tetas, estigmatizó el exceso de maquillaje, olfateó afligida el exceso de perfume, y esbozó una sonrisa de escarnio.

—Dile a esa puta que se vaya. Tenemos que hablar.

—¿A qué puta?

El Dandi detuvo a la austríaca, la obligó a dar marcha atrás y consiguió librarse de ella con unas cuantas palabras melosas y con un sustancioso cheque. Cuando regresó al salón, Patrizia fumaba con deleite un cigarrillo. El Dandi había decidido hacerse el duro.

—¿Puedo preguntarte dónde coño te has metido estos meses?

—En la peluquería, ¿no se nota?

El Dandi se acercó a ella con el brazo extendido. Aquella mujer conseguía sacarlo de quicio.

—Si me rozas, aunque sea con un sólo dedo, no me volverás a ver.

El Dandi abrió los brazos en señal de resignación, y optó por esbozar una sonrisa diplomática. A fin de cuentas, había regresado. A fin de cuentas, nada más verla sólo había pensado en una cosa: tirársela.

—De acuerdo, de acuerdo. ¿Puedo sentarme, por lo menos?

Qué bien olía, Dios mío. El Dandi se sentía arder por dentro. Hizo una torpe tentativa. Patrizia lo rechazó.

—¿Se puede saber para qué has vuelto, coño!

—He perdido mi casa. Quiero otra. —Patrizia se levantó, miró en derredor, por lo

visto aquélla le gustaba—. ¡Ésta!

—Ya tienes las llaves. Entras y sales cuando quieres...

—Hablo de la propiedad, cariño. Paredes. Contrato. Escritura notarial. ¿Queda claro el concepto?

Patrizia arrojó primero un zapato, a continuación el otro. Se masajeó delicadamente el talón, luego, con un ademán repentino, se desabrochó la chaqueta. Debajo llevaba un sujetador escotado. De color carmín. El Dandi suspiró.

—¿Quieres la casa? ¡Es tuya!

Patrizia sonrió y se aproximó a él. El Dandi extendió una mano y la apoyó sobre el seno. Ella retrocedió.

—Ahora que lo pienso... una casa va bien para vivir, pero para trabajar...

—¿Qué es eso de trabajar?

—Trabajar para vivir, quiero decir...

—¿Quieres volver a abrir el burdel?

—Nada de burdel. Basta ya de espías y de muchachos de pistola fácil. Quiero una casa pequeña, discreta, con clase. Mía y sólo mía.

—Sin exagerar ahora, ¿eh?

Patrizia se quitó la falda. Lucía unas bragas minúsculas del mismo color del sostén. Se puso delante de él. Le aferró la cabeza rizada y la hundió entre sus piernas. Empezó a moverse lentamente...

—¡O todo o nada!

Embriagado por el olor de ella, el Dandi se debatía entre el deseo y la ponderación. Luchaba por convertirse en un jefe. Y convertirse en un jefe significaba poder permitirse caprichos propios de éstos. El Dandi sabía que no volvería a encontrar una mujer como ella ni aunque lo coronasen como octavo rey de la infame Roma. El Dandi se decidió. A la mierda el tío Carlo, a la mierda los muchachos y a la mierda los escrúpulos. Estaban hechos el uno para el otro. Lo sentía en su fuero interno. ¿Patrizia quería una casa? ¿Dos casas? Le compraría un edificio entero. Una calle. Una ciudad. Para eso servía el dinero. Para vivir. La vida era eso.

—Todo —gimió, tratando de deslizarse entre los pliegues de la tela roja.

Patrizia le apartó con delicadeza las manos y le apoyó una de sus largas piernas en el pecho.

—Todavía no te he oído llamar al notario, mi querido Dandi.

En el corazón de la noche, cuando las cosas habían vuelto a ser como en los viejos tiempos, inclusive la exigencia de Patrizia de que se duchase antes de cada sacrosanto polvo, en el corazón de la noche, cuando el Dandi roncaba exhausto y con el pene dolorido por el exceso de uso, Patrizia encendió todas las luces y lo sacó de la cama.

—¿Qué coño quieres ahora?

—Ese animal —le conminó Patrizia indicando a *Alonzo*, que daba vueltas inquieto en la jaula excesivamente pequeña ya para su condición de puma adolescente—, ¡quiero que te deshagas de él!

III

Las negociaciones con los peritos nombrados por el juez instructor corrieron a cargo de Zeta. Uno de los expertos en balística llevaba ya tiempo recibiendo dinero del Servicio, y no pudo negarse. Además de que, en cualquier caso, salía ganando con ello. El otro, un lombardo de aire franco, era un hueso duro de roer. Demasiado honesto como para que se pudiese hablar con él. O lo eliminaban —cosa que resultaba contraproducente y antieconómica— o encontraban otra solución. Borgia había ordenado un examen pericial comparado consistente en exhumar los casquillos y los proyectiles de los últimos cinco años de tiroteos. El perito aliado convenció a su colega de que se dividiesen la tarea. Mientras el lombardo se concentraba tranquilamente en las armas que no presentaban mayor problema, el otro neutralizaba las comprometedoras a base de ácidos, martillazos y sustancias corrosivas. Las puntas de los proyectiles, las ralladuras, y los cañones fueron nivelados, troquelados, y poco menos que destrozados. Cualquier cotejo con los homicidios precedentes se hizo imposible. Fue un modo brillante de limitar el daño. Sólo costó nueve millones de liras.

Del resto se ocuparon el Tapón y Ojo Feroz. Cuando Brugli obtuvo la libertad condicional en recompensa por sus revelaciones, fueron a buscarlo y le ofrecieron tan sólo dos liras para que se retractase. La alternativa —una bala en la nuca y un chapuzón en el río— no hizo falta mencionarla. Como prueba de su buena voluntad, Brugli les entregó una bolsa con tres semiautomáticas y un fusil ametralladora que, por razones que también el desconocía, había escapado al registro. A primera hora del día siguiente Borgia se lo encontró en el despacho con toda una cohorte de abogados y declaraciones. Ziccone no tenía nada que ver con el asunto y sólo se le podía achacar que le hubiese presentado al Búfalo. Éste, personaje terrible, espantoso y medio loco, iba y venía a voluntad y a veces lo acompañaba un amigo que él, por otra parte, desconocía. Brugli, aterrorizado por el registro y angustiado por las maneras violentas e intimatorias de la Brigada Antiterrorista, poco o nada respetuosa con sus derechos, se había visto obligado a desembuchar un nombre tras de otro.

—Los leí en el periódico, señoría, por eso los acusé. ¡Pero le juro por mis hijos que jamás los he visto!

Cuando el Búfalo se enteró de que había sido elegido como cabeza de turco, hizo añicos el televisor, arrancó la taza del váter, e incluso dobló dos barrotos de la ventana. Para calmar al increíble Hulk en acción fue necesario un equipo especial, y el Búfalo acabó en la enfermería con dos costillas rotas. El Frío fue a visitarlo en

compañía del Niño para explicarle que si habían pensado en él, era porque ya tenía sobre sus espaldas lo sucedido en el Fleming.

—¡Mira que si luego sale bien el examen pericial, lo de las armas lo resuelves también con la enfermedad mental!

El Búfalo no atendía a razones, y de no haber sido por las palabras persuasivas del Niño —el chico tenía un poder realmente mágico sobre sus nervios— se habría comido vivo al Frío en ese mismo momento. Al final, consiguieron convencerlo. Pero dentro de él el rencor no hacía sino aumentar.

A pesar de las fanfarronadas de Borgia, Treintamonedas, Nembo Kid, Ziccone y el Esqueleto fueron excarcelados. Cuando el abogado Vasta se presentó para cobrar sus honorarios, faltó poco para que Treintamonedas le diese unas cuantas bofetadas.

—¡Pero si esta vez lo hemos hecho todo nosotros!

—Eso no es exacto —insistió con frialdad el experto jurista—, la idea de dar una dimensión diferente a los hechos ha funcionado... ¡y la idea fue mía!

Al Frío, en cambio, no lo soltaron. Borgia había conseguido hacerse con una nueva orden: esta vez lo acusaban de sobornar y de intimidar a Brugli. Nadie ponía en duda que el asunto se resolvería en un abrir y cerrar de ojos. Pero al quedarse dentro, el Frío se perdió la fiesta en honor del Marrano Feliz.

El Marrano Feliz, un bruto corpulento y peludo, más próximo a un gorila que a un ser humano, había colaborado con el Escoria en tiempos del barón Rosellini. Se decía que era a él a quien había visto el rehén, circunstancia que supuso la condena a muerte del aristócrata. Las cosas no les iban muy bien a los tipos del Escoria: los quinientos millones que habían cobrado por el secuestro los habían despilfarrado de mala manera entre mujeres, viajes, coca y champán. Un par de ellos habían acabado desplomados en el empedrado durante un asalto fallido. Los demás se habían dispersado entre la cárcel y la heroína. El mismo Escoria malvivía a base de chantajes en la zona noroeste y eso era todo a cuanto podía aspirar después del embargo que había sido decidido a raíz del pésimo papel que había hecho con el pobre barón. El Marrano Feliz, tras un período de entradas y salidas del hotel de los barrotes, se había sorbido el seso. En primer lugar se había presentado nada más salir de la cárcel en casa de Treintamonedas y le había dado una tunda sin motivo aparente. A continuación había pedido quince millones a fondo perdido amenazando con denunciarlos por el secuestro si no se los daban. Para el Dandi y los demás, quince millones era una cantidad insignificante. Podían darle perfectamente esa limosna y desembarazarse de él cómodamente, pero el Marrano Feliz se había mostrado demasiado arrogante y por ello lo habían mandado a hacer puñetas después de haberlo molido a golpes. El Marrano Feliz se la había jurado, y dado que estaba aislado, y que era un cobarde y un canalla, la había emprendido con las mujeres. Para empezar se había presentado en la nueva casa de Patrizia, contando con la

complicidad involuntaria del idiota de Ojo Feroz al que se le había escapado la dirección. Cuando Patrizia le había dejado bien claro que no había nada que hacer, había tratado de tirársela a la fuerza. Por fortuna Patrizia era una auténtica artista con las uñas y la cosa no había pasado a mayores. El Marrano Feliz había atacado entonces a Barbarella, la viuda de Rizo de Oro. Patrizia se había hecho amiga de ella, pero Barbarella era mucho más débil. El asunto había terminado en una auténtica violación y la pobre todavía llevaba en la cara las marcas de la brutalidad del Marrano Feliz. De haberse quedado ahí la cosa, tampoco habrían tomado represalias: el Marrano Feliz era un ser insignificante, aún más insignificante que el Tigame, que el Arenque, era menos que nada.

Pero Nembo Kid daba la impresión de haber perdido el control desde que lo habían puesto en libertad. A causa de los problemas con Donatella, de los celos absurdos de ella; o de una partida de «boliviana rosa» que había ido a parar directamente a su nariz sin pasar ni por la calle ni por la caja común. O tal vez fuese tan sólo que su breve estancia en la cárcel le había aflojado algún tornillo. El caso es que Nembo iba buscando un enfrentamiento físico, sentía nostalgia de un enemigo, y deseos de oler a sangre.

—¡Yo mato al Marrano Feliz!

El Dandi se retiró del asunto. El Búfalo le hizo saber desde la cárcel que si tenía tantas ganas de encañonar con el fusil, bien podía tratar de ayudarlo a escapar. Estilo Prima Linea: ¿cómo era posible que los rojos consiguiesen hacer ciertas cosas y a ellos, en cambio, les saliese siempre el tiro por la culata? El Frío votó en contra de la ejecución. Si bien podían salir de rositas del hallazgo de las armas, aún quedaba sin zanjar el problema del arsenal. Llenar otro depósito de mitras, pistolas y fusiles era demasiado arriesgado. Cada uno de ellos debería ocuparse ahora de sus propias armas. Por descontado no se podían tener en casa. Había que encontrar escondites seguros y personas de confianza a las que pasar la patata caliente. Y era oportuno evitar los intercambios y la circulación de pistolas. Así como su reciclaje. Lo ideal era deshacerse de los hierros nada más usarlos. Las reservas aseguran la victoria: como el campeonato de fútbol. Por ello necesitaban muchas más armas de las que estaban acostumbrados a tener. Moraleja de la historia: en lugar de pensar en gilipolleces había que dar con las armas y procurar que no las encontrasen. Treintamonedas apoyó esta línea de acción, pero Nembo Kid la rechazó con dureza. Por el prestigio del grupo —porque el Marrano Feliz había ultrajado a sus mujeres y eso era intolerable— y por una cuestión personal.

—¡He decidido que lo mato y lo haré! Si no os parece bien, lo haré yo solo.

Al final dos de ellos, el Esqueleto y el Tapón, decidieron ayudarlo.

Patrizia se negó a prestarles la casa. Recurrieron entonces a Barbarella, quien organizó en un abrir y cerrar de ojos una fiesta con unas amigas e hizo correr la voz

de que sí, el Marrano Feliz había sido un poco brutal con ella, ¡pero qué hombre! ¡Qué poderío! Así pues, cuando el Esqueleto le llevó la ramita de olivo, el Marrano no se amilanó ante la perspectiva de una orgía gratis. Cualquier otro, en su lugar, habría tomado el primer vuelo para Río. Pero él se colocaba con *speedball*, chutes de tres partes de coca y una de heroína, como ese actor americano gordo que había muerto hacía algunos días. Un polvo para saltar a la estratosfera y otro para planear con inmensa dulzura. El flipe le llegaba a tal punto que pensó: ¡me temen! ¡Quieren estar a buenas conmigo!

Barbarella había tirado la casa por la ventana. Chicas, las mejores; droga, la más fina; champán, el más frío. Al Marrano Feliz se le concedió la posibilidad de llegar a las puertas del mejor orgasmo de su vida, cuando éste estaba apunto de producirse, el Esqueleto lo separó a la fuerza de su pelirroja y le dijo que lo necesitaba para un trabajito especial.

El Marrano Feliz lo siguió confiado y aún medio desnudo. Subieron a un Panda. El Tapón estaba sentado detrás y bromeaba, como si fueran dos amigotes. Nembo Kid los esperaba en Fregene. El Marrano Feliz se acercó a él con la mano tendida. Nembo efectuó el primer disparo desde el bolsillo de la gabardina, y el Marrano Feliz se desplomó con una rótula destrozada. Sin perder tiempo, el Tapón le ató las muñecas y los tobillos con un hilo de hierro. El Esqueleto disparó en la otra rótula. En tanto que el gusano se arrastraba tosiendo e implorando piedad, se hicieron dos o tres rayas a la par que comentaban la última hazaña de Falcao. El Marrano Feliz casi había alcanzado el Panda. Pero ¿dónde creía que iba, ese pobre desgraciado? Lo pusieron de pie, por decir algo, procurando no mancharse de sangre, y lo ataron a un tronco. El Esqueleto encendió la radio y metió una cinta de música disco. Nembo Kid tenía ganas de divertirse un poco con la navaja. Cada corte debía tener su motivo.

—Éste por Patrizia, por haberla ofendido. Éste por Donatella, a la que todavía le dura el susto. Éste por Barbarella, por la paliza que le diste, Marrano. Éste porque me caes mal. Y éste porque me da la gana.

El arma pasó después a manos del Esqueleto, que al final se la cedió al Tapón. Pero éste se negó: alguien debía vigilar por si se producía alguna llegada inesperada. No tardaron en hartarse. Era difícil saber si el Marrano Feliz, con la cabeza colgando y chorreando sangre, seguía con vida o no. Para mayor seguridad le dispararon tres tiros cada uno, luego metieron el cadáver en el coche y encendieron una buena hoguera. El Tapón los llevó de vuelta a casa en el Audi de Nembo. Conducía con mucha prudencia, y se sentía un poco molesto.

El cadáver semicarbonizado fue encontrado el día después. Scialoja convocó al Frío con el pretexto de un coloquio informal. Sin abogado.

—¡Vaya porquería le habéis hecho a ese desgraciado!

—Esta vez tengo una coartada a prueba de bomba.

—Hay quien ordena y quien ejecuta.

—Si lo dice usted...

—Sin embargo, hay algo extraño, ¿sabe? A lo largo de estos años creía haber aprendido un montón de cosas sobre ustedes. Usted, por ejemplo, es una persona... no diré que honesta... tal vez, si hubiese hecho otras elecciones en la vida, a esta hora... no lo veo torturando durante tres horas a un pobre desgraciado drogado hasta las orejas.

—¡Yo estaba aquí dentro!

—¡Ahí es precisamente adonde quiero llegar! Usted está aquí dentro, pero los demás están fuera. Usted es un líder...

—Pero ¿qué dice!

—¡Venga, vamos! Usted es un líder, igual que lo era el Libanés. En tiempos del Libanés una cosa tan... absurda jamás habría sucedido.

—¡Venga ya! ¡Ese rollo ya me lo has contado, madero! Si se trata de una acusación, quiero un abogado —protestó el Frío. Scialoja sonrió.

—Ahí fuera están perdiendo la cabeza. Sucede, ¿sabe? Es como una borrachera... tarde o temprano se acabarán matándose unos a otros...

—¡Guardia! —gritó el Frío mientras se ponía de pie de un salto—. ¡Guardia! ¡Quiero salir! ¡Quiero volver a mi celda!

El carcelero entró apresuradamente en la sala de visitas. Scialoja lo detuvo con un gesto brusco.

—Recuerde que manda quien está en la calle. ¡Y a quien está dentro... no tardan en olvidarlo!

El Frío regresó a la celda furibundo. Sí, aquel hijo de puta tenía vista. Y siempre había tratado de dividirlos. ¡Como si fuese necesario! La historia del Marrano Feliz era una gilipollez. Peor aún. Se habían comportado como unos críos que se divierten metiendo petardos en el culo del gato. Una chiquillada. Una trágica chiquillada. ¿Querían eliminar al Marrano Feliz? ¡Una bala en la cabeza habría bastado! ¿Qué necesidad había de encarnizarse con él?

Al tío Carlo, en cambio, aquella ejecución le recordó los buenos tiempos de la campaña contra los palermitanos. *Viddani*, los llamaba, campesinos rudos, carne de cañón. Al verse excluidos de forma sistemática de las decisiones más relevantes, los *viddani* habían decidido reaccionar. Limitarse a disparar a los palermitanos no era suficiente. Servía, pero no bastaba. Había que arrancar uñas, quemar pezones, meter los testículos en la boca, como se hace con los animales. Sembrar el terror. Hacerlo serpentear incluso en los salones barrocos de sus discretos y refinados círculos. Era el único lenguaje posible.

El Maestro estaba estupefacto.

—¡Son una potencia y aún se dedican a esas pequeñas carnicerías!

—No se olvide de una cosa, Maestro. Nosotros decimos: «quien nace redondo no puede morir cuadrado». La sangre es sangre, no sé si me explico. Y es bueno que la gente tenga miedo. ¡Satisface y procura alivio a la verga!

Una semana antes de Carnaval, en cuarenta y ocho horas encontraron en el Tufello a tres drogadictos con la baba en la boca y la jeringuilla en la vena. Dos de ellos pasaron a mejor vida, el tercero se salvó por milagro de la sobredosis. La prensa organizó un escándalo sobre la heroína letal. La policía se puso la máscara de los represores honestos, y cinco o seis camellos fueron a parar de golpe a Rebibbia. Convocaron al responsable de la zona, Bonalana, y el tipo se quedó de piedra. ¿Las tres víctimas? Viejos conocidos, pero hacía ya tiempo que no compraban. Se rumoreaba que habían acabado en manos de uno de esos curas que se ganan el paraíso salvando el alma de los colgados. Pero, a todas luces, el asunto no tenía nada que ver con aquello. Alguien estaba tratando de introducirse en el mercado. El Bonalana parecía estar al margen. Decidieron hacer algunas averiguaciones. Treintamonedas, que tenía en mano las riendas del negocio, se ocupó de ellas. Gracias al soplo del drogata superviviente, en dos días desenmascararon al canalla.

—A ver si adivináis quién es ese miserable. ¡Satanás! ¡Y la vende a un treinta por ciento menos que nosotros!

Si el Frío no hubiese estado dentro, las cosas habrían sido distintas. No tardarían en arrepentirse. Que Satanás debía pagar por ello, quedaba fuera de toda discusión. Pero éste no era el principal problema: tarde o temprano lo eliminarían. Por eso debían hacer funcionar el cerebro antes de dar cualquier paso. El hecho más grave era la muerte de los drogadictos. Sólo un idiota puede desentenderse de la muerte de un drogadicto. Y no por piedad, sino por una cuestión de mercado. Cada drogadicto muerto supone una fuente de ganancias menos. Aquel par de desgraciados la habían palmado por cambiar de proveedor. Así revientan esos colgados: pasando de un tipo de droga a otra sin preocuparse por la cantidad. Sucede porque no piensan. Son animales. Alguien tiene que cavilar por ellos. El Rata, el catador oficial, les había dicho que la heroína de Satanás tenía un grado de pureza excepcional. Era evidente que había canales que escapaban a su control. Antes de matar a Satanás había que encontrar al proveedor. Descubrir si tenía socios, conocidos o desconocidos. Obligarlo a cantar. Eso habría impuesto el Frío de no haber tenido las manos atadas en la cárcel. Y, en cambio, fuera hervían de excitación por el olor a sangre. Nembo Kid los arrastraba, y el Dandi le dejaba hacer. ¿Tenían a Satanás? ¡Había que liquidarlo! Entre otras cosas, todavía tenían pendiente aquella vieja cuenta de tiempos del Libanés. Satanás debería haberse quedado en Rieti, o donde demonios estuviese. Sabían que frecuentaba un garito de la zona de Tufello. El jueves de carnaval se presentaron allí y lo dejaron tieso a golpes de mitra y de revólver. Los tres que integraban el comando, Nembo, el Esqueleto y Ojo Feroz iban enmascarados: un

toque de clase sugerido por el mismo Nembo. Así, los testigos sólo pudieron decir que Goofy, Pluto y el Pato Donald habían bajado de un coche y que acto seguido habían rematado a Satanás. Amén.

IV

Después de aquellas pequeñas masacres, la inquietud que corroía a Nembo Kid se transformó en auténtico frenesí. Nembo había empezado a decir cosas extrañas: sobre los amigos de Milán y de Roma que, según él, no estaban a la altura; sobre aquellos a los que había que metérselo por el culo; sobre el hecho de que los hombres de verdad no se comprometen y no se someten a nadie. Exageraba con la coca. Perdía el control por cualquier insignificancia: una noche le dio una tunda a uno que había tropezado con él sin querer en un bar. Esperó a que el tipo apurase su consumición, lo retó, y le habría arrancado la cabeza a patadas si Treintamonedas no hubiese intervenido. La víctima regresó con dos amigos y una vieja Luger de antes de la guerra. Nembo Kid estaba con el Dandi. La Luger se atascó en el momento oportuno y la cosa no pasó a mayores. Nembo Kid pretendía organizar una expedición de castigo. El Dandi, con cara de pocos amigos, le recordó que él era el que había empezado.

—¡Además estoy harto de tus gilipolleces!

Incluso a Donatella le costaba reconocerlo. En la cama le pedía cosas cada vez más extravagantes y salía de sus encuentros irritado y enfurruñado. Cuando el tío Carlo lo mandó a Milán, todos exhalaban un suspiro de alivio.

Milán. Esta vez fue muy distinta del viaje precedente. Para empezar, Donatella no lo acompañaba, y eso le resultaba insoportable. Por si fuera poco, el Maestro había sido categórico: nada de contactos o de citas, especialmente con los viejos amigos. Olvidar ciertas direcciones y cierto tipo de reuniones. Utilizar documentación falsa. Demorarse lo indispensable en los sitios. Contactar de inmediato al Alemán, quien tenía las instrucciones para la fase operativa de la acción. Y, sobre todo, nada de coca y de locuras. ¡Lo habían tomado por un jodido fraile! ¿Por qué no habían mandado entonces al Dandi? En cualquier caso, los consejos del tío Carlo quedaban fuera de toda discusión. Nembo Kid no quería verlo sonreír. Así pues, nada de coca. El primer día lo pasó encerrado en el hotel. Cuando uno corta el consumo de golpe, la realidad cambia de ritmo. El paso de la vida, que antes corría a velocidad hiperbólica, empieza a fluir con líquida lentitud. La cabeza queda aprisionada en un círculo de hierro, el corazón se separa del tórax y se va a bombear aire por su propia cuenta. Nembo Kid se consoló pensando que la abstinencia era sólo una exigencia momentánea. El segundo día salió a dar una vuelta por las calles del centro. Milán desquiciada, con llovizna y hedor a coches. Veía a los edificios inclinarse peligrosamente, hasta el punto de que casi llegaban a aplastarlo; de los árboles —los escasos, míseros y enclenques árboles de judas milaneses—, partían unos dedos curvos que parecían

ansiosos por apresarlo. Cada mirada celaba un peligro. Caída la noche, de vuelta en el hotel, consideró que en esas condiciones no podía llegar muy lejos. Llamó al Maestro por teléfono.

—Sin droga no sigo adelante.

—¿Has llamado al Alemán?

El Alemán era un hombre menudo y atezado que debía su apodo a una tía que había colaborado con los alemanes y que había sido rapada al cero por los partisanos en 1945. Le dio las instrucciones y dos tarros de Valium. En uno estaba el sedante, en el otro la coca. Esnifó con avidez, y el mundo volvió a girar alrededor de su eje. La cita estaba fijada para el día siguiente. Por la tarde, Nembo Kid asaltó un negocio de lencería femenina de la Galleria. Pagó con una tarjeta de crédito en regla y se hizo enviar los paquetes al hotel. El tío Carlo no le había prohibido las mujeres. El portero lo puso en contacto con una agencia de azafatas. Milán tecnológica y avanzada. La chica que le mandaron tenía los ojos almendrados: un buen bocado, tal vez demasiado delgada, con las tetas pequeñas y al principio un poco comedida. Pero los billetes y la coca la desenfrenaron y Nembo Kid pudo permitirse algunos caprichos que no se atrevía a confesar a Donatella. Al final, completamente satisfecho, le regaló un camisón de seda. Acto seguido llamó al Maestro.

—Gracias. Va mucho mejor. Es para mañana.

—Atención. El tío Carlo está muy interesado.

El Alemán iba montado en una Suzuki de carreras. Nembo Kid admiró la línea del bólido y ciertas modificaciones del carenado, obra de un auténtico apasionado. Era una bonita moto. Una vez ejecutado el encargo le propondría un cambio. Pero tenía tiempo. El Alemán tenía una Browning semiautomática y un revólver de cañón largo. Nembo Kid eligió este último. Se pusieron los cascos, se subieron la cremallera de las cazadoras y arrancaron. La meta era una placita en las inmediaciones del barrio financiero. El Alemán puso el motor al ralentí. Le indicó un portal discreto, casi anónimo, presidido por un portero con galones.

—El Banquero es una persona rutinaria. Todas las mañanas, a las ocho en punto, sale de ese portal y sube al coche de servicio. El conductor no tardará en llegar. Aparca siempre ahí enfrente. Tenemos que pillarlo mientras cruza la calle para llegar al coche. Son cuarenta y cinco pasos. No tenemos mucho tiempo.

—No te preocupes.

El Thema blindado se detuvo al otro lado de la calle a las ocho menos cinco. A las ocho menos un minuto se abrió el portón, y el portero se irguió. El Alemán dio gas. Nembo Kid empuñó el revólver e hizo saltar el seguro. El Banquero pasó por delante del portero sin devolverle el saludo. Era un hombre pequeño, de aire altivo. El Alemán se lanzó en dirección a él. Nembo Kid adoptó la posición adecuada, protegió el brazo y, cuando la moto estuvo tan cerca que casi podía rozar el blanco, disparó

dos tiros seguidos. El Banquero giró sobre sí mismo y se desplomó. Pocos instantes después se volvió a levantar con una mano apoyada en el bajo vientre. Trataba de regresar al portal. Alguien gritó desde alguna parte. El Alemán dio media vuelta con la Suzuki. Nembo Kid apuntó. Tenía que rematarlo. La coca que había esnifado al amanecer le procuraba una perfecta lucidez. Su pulso era firme.

—¡Alto!

¿Quién había gritado? ¿Desde dónde? Vieron a un tipo en uniforme. En el centro de la calle. Con la espalda arqueada, las piernas abiertas, y empuñando una metralleta con ambas manos. Nembo Kid vaciló. Un golpe terrible lo arrancó del sillín. El arma le resbaló de la mano. Por el rabillo del ojo vio que el Alemán salía volando por los aires. La moto se le venía encima fuera de control. Buscó a tientas la pistola. En el pecho sentía un fuego devorador. Trató de acodarse. El segundo golpe lo dejó seco sin que tuviese tiempo de formular un último pensamiento.

El pequeño teatro mecánico en el que se representaba la escena del encuentro entre Tamino y Pamina estaba siendo subastado. El Viejo se mostraba indiferente a las divinas notas de *La Flauta Mágica*, que en cambio embelesaban a los espectadores ocasionales, hacinados en el patio de butacas. Pero a los coleccionistas, que, sentados en sus sillones de terciopelo rojo, se disputaban aquella maravillosa joya que había alegrado la infancia del gran duque del Palatinado, Mozart les importaba bien poco. Mayer alzó la paleta. El Viejo hizo una oferta superior. Mayer volvió a levantar la paleta. El viejo alzó la suya dos veces, con rabia. Un «oohhh» cargado de tensión recorrió el público.

—*Long distance call for you, sir.*

—*Italy?*

—*Yes, sir.*

—*I'll call back.*

—*They say it's very important, sir.*

—*Shut up!*^[31]

El director se retiró con una inclinación. Aquel viejo italiano era intratable. Algunas veces podía ser, sin embargo, increíblemente amable. El director regresó junto al teléfono y comunicó que el interlocutor no se encontraba disponible por el momento. Desde Roma, Zeta le rogó que lo volviese a intentar. Al final, el Viejo accedió a responder.

—¡Espero que lo que tiene que decirme sea de verdad de la mayor urgencia!

—Esta mañana, a las ocho, han herido al Banquero en un atentado.

—¿Y qué?

—Un vigilante que pasaba por allí en ese momento mató al fallido asesino. Era un tal... Nembo Kid... ¿le dice algo este nombre?

—¿Ha frecuentado últimamente un curso para humoristas? Difunda una nota oficial: el cobarde atentado... la atención de las fuerzas del orden... la inquietante presencia de un conocido miembro de la criminalidad romana... lo de siempre, vaya.

—¿Algo más?

—No dé más el coñazo, Zeta.

Mientras regresaba a la sala de subastas, se cruzó con Mayer cargado con el teatro bajo el brazo. Se intercambiaron un saludo.

—*Sorry. This time the winner it's me!* —sonrió el americano.

—*Next time I'll be luckier!*^[32] —replicó educadamente el Viejo.

Cuando se quedó a solas en la suite presidencial, anotó en su cuaderno: «28 de abril. Vivimos en una época degenerada. Incluso la mafia ya no es la de antes. No obstante, este mal sirve en parte para algo. Una pieza más que añadir al mosaico del caos».

VI

No era un asesino cualquiera. Uno de los jefes del hampa romana vuela a Milán para llenar de plomo a un pez gordo del mundo de las finanzas. El delito se decide y planea en Roma. La presencia de un *boss* del calibre de Nembo Kid tiene la doble función de asegurar el éxito de la empresa a aquellos que la han encargado y, por otra parte, de sellar el pacto de sangre de una alianza entre poderes. Milán y el poder del dinero. Roma y el Palacio. Las cuentas del Banquero estaban en números rojos. Su banco cumplía las órdenes del Vaticano. El río subterráneo que fluía entre Roma y Milán era un río de sangre y dinero. Estudiar, investigar, descifrar, comprender y golpear. Borgia y Scialoja regresaron de Milán cargados de esperanzas y de informaciones.

Durante los días sucesivos Scialoja trabajó en un informe sobre el asesinato de Nembo Kid rodeado del máximo secreto. Incluyó todo en él. La banda. Los espías. El tráfico de droga. A través de la centralita del hotel se descubrió que Nembo se había puesto en contacto desde Milán con un sujeto del que jamás habían oído hablar antes. Lo llamaban «el Maestro». Scialoja hizo algunas averiguaciones. El tal Maestro había nacido como un pequeño delincuente que, de repente, había dado un salto de calidad. Propiedades inmobiliarias. Terrenos. Sociedades financieras. Inversiones en Cerdeña realizadas a través de un pequeño banco que sólo tenía dos ventanillas: una en Milán, claro está, y la otra en Palermo. Scialoja trató de abrir un canal con sus colegas sicilianos. Pidió ayuda a Borgia. Se topó con un muro de desconfianza. Fueron necesarias dos semanas para que llegara la llamada de Palermo. Se disculpaban por el retraso, pero antes habían tenido que «conseguir algunas informaciones».

—Esos cabrones me han hecho el informe antimafia para asegurarse de que estaba limpio —se lamentó Borgia—, en cualquier caso, la información es succulenta: su Maestro es la mano derecha del tío Carlo.

—¿Y quién es ese tío Carlo?

—¿Tío Carlo? En una palabra, la mafia.

Scialoja incluyó el dato en el informe. Por otro lado, al hojear los primeros resultados sobre las armas halladas en el sótano, maldijo a toda la raza de los peritos. Entre una disertación y otra sobre la epistemología de la balística, los profesores habían logrado echarlo todo a rodar. Una materia grasa contaminante y causante del llamado fenómeno de la «tropicalización» había aparecido unida a ciertas huellas identificadoras que había que analizar. La historia del cartucho tropical había causado las carcajadas de los colegas de la Científica: un espíritu alegre colgó en una de las

paredes del despacho de Borgia el dibujo de un revólver descansando cómodamente en el atolón mientras saboreaba una bebida. A fin de cuentas, no se podía hacer gran cosa. Estaba escrito con toda claridad: las pistolas buenas jamás habían disparado, por lo que no servían para las confrontaciones. Y las que habían disparado se encontraban en tal estado que era imposible obtener de ellas ninguna información. No obstante, había sido posible hacer un milagro: habían secuestrado algunos cartuchos Winchester que resultaban extraños a causa de una particular alteración. Correspondían a los proyectiles que habían sido encontrados en el cuerpo del Piojo. Scialoja se concentró en esta circunstancia. El Piojo, otro crimen sin resolver a pesar de los ríos de tinta que habían corrido sobre la revista sensacionalista que dirigía, sobre sus relaciones con el poder y, mira tú por dónde, con los «Servicios». Seguro que al Piojo también lo eliminaron ellos. Seguro que él también había sido víctima de un «intercambio de favores». No había ninguna certeza: pero eso no le impidió redactar un volumen de trescientas páginas. El estilo no está nada mal, bromeó Borgia.

—Siempre podrá servir para la posteridad —replicó sombrío Scialoja.

Esta vez se había esmerado para no errar el tiro. Era de esperar una reacción viperina. Una semana después de la entrega del dossier, Scialoja recibió una llamada del Rana. Se encontraron en un aparcamiento del Prenestino, entre caravanas de gitanos y un vaivén de drogadictos, envueltos en un flamígero atardecer. Se dieron la mano.

—Entonces —preguntó Scialoja—, ¿cuáles son esas noticias tan clamorosas?

El Rana le pasó una bolsa de plástico llena de droga.

—Se la envían sus amigos Zeta y Equis.

Scialoja miró perplejo la bolsa. El Rana le indicó con un ademán que le echase una ojeada. Scialoja la abrió, hundió un dedo en la cascada de cristales blancos, y la probó. El Rana esbozó una sonrisa maliciosa.

—Peruana blanca. Un gramo. La calidad no es maravillosa: dado que el suministro era gratis, el Dandi ha exagerado con las anfetaminas.

—¿Qué significa?

—Yo le llamo y usted viene, porque espera tener noticias de Patrizia...

—No digas tonterías, Rana.

—No, escuche. Ellos saben todo. Esos dos saben siempre todo. De verdad...

Scialoja se encendió un cigarrillo. Algo le decía que podía fiarse del Rana.

—Así que Patrizia te ha abierto su corazón, ¿eh?

—Fue ese tipo del hotel, el hombre de Positano... bueno, a decir verdad no era precisamente Ricardo Corazón de León... y ni siquiera un amigo, si es por eso... luego, yo también, modestamente, algo había intuido ¿recuerda?...

El rictus, que pretendía ser sensual y de complicidad a la vez, hacía que resultase,

si cabe, aún más repugnante. Era sorprendente que pudiese mantenerse de pie. Y olía a ácido y a perfume.

—¿Qué tiene que ver Patrizia con esta historia?

—No sabe nada. A su modo, Patrizia es leal. O desleal, elija usted...

—¿Dónde está ahora?

—¿De verdad quiere saberlo?

—Sí.

—Ha vuelto con el Dandi... pero no se enoje, comisario. ¿Recuerda a Escarlata O'Hara? Nunca he entendido si prefería a ese merluzo embalsamado de Ashley o a ese hijo de la gran puta de Rhett... Sea como sea, ese par de cabronazos, los espías, tienen un plan. Cosas de la pasma. Nosotros nos encontramos, a mí me da un ataque, usted tiene buen corazón, se ofrece para acompañarme al hospital, me mete en su coche, yo deslizo en el interior del vehículo el sobrecito con la droga, luego me recupero, nos despedimos, muchas gracias, madero, no hay de qué, mi querido mariposón. Usted sigue su camino. Debajo de su casa se encuentra con una patrulla. Un control casual. Usted se ríe: vamos, somos colegas... pero ellos no cejan: lo han acusado... ¿entiende el juego? Oiga, esos dos se la tienen jurada...

Scialoja le pasó el cigarrillo. El Rana se lo agradeció. Dio dos caladas y tuvo un acceso de tos. Apagó el cigarrillo con rabia. Perdió el equilibrio. Scialoja se apresuró a sostenerlo. El Rana le sonrió mostrando unos dientes en franco mal estado.

—Ya ve, ni siquiera hace falta disimular...

—¿A qué debo su ayuda?

—¿Qué quiere que le diga? Lo hago por Patrizia, porque me han tocado los huevos, porque usted es un cachas, porque cada vez que toso escupo un trozo de pulmón, y el doctor dice que hay cosas en mi sangre que no funcionan pero no consigue entender cuáles, porque me gustan las películas de aventuras y en esta fase de mi vida me identifico con la divina Marlene en *El Expreso de Shanghai*... ¿recuerda? «¿Qué has hecho durante todo este tiempo?», le pregunta él. Y ella, parpadeando bajo el gran sombrero, misteriosa, hecha una puta: «Son largos, cinco años en China»... con la «ese» sibilante de Tina Lattanzi... ¿sabe?, la mujer que la doblaba... hay tantos motivos. ¡Elija usted el que prefiera!

Scialoja trató de aferrar la verdad esquiva de aquella mirada tiñosa. El Rana tenía unos ojos idénticos a los de Patrizia: ojos huidizos, que estaban con uno sin estar.

—¿Está dispuesto a denunciarles?

—Con todo el respeto, que le den por culo, comisario. La ley me produce náuseas.

—Ellos entenderán. Está corriendo un gran riesgo.

—Me importa un carajo. Es demasiado divertido.

Scialoja tuvo una idea. Arriesgada, desde luego, pero, tal y como acababa de decir

su salvador, demasiado divertida.

—Devuélvame la bolsa.

—¿Para qué la quiere?

—¡Démela, venga!

Scialoja le explicó su plan.

—Usted los llama, digamos, dentro de una hora y media. Les dice que ha habido un cambio en el programa. Que hemos estado en mi casa. ¿Entiende?

El Rana soltó una carcajada.

—Ahora me puedo morir contento. Por fin he encontrado a uno que está aún más harto que yo. ¡Lástima que no le gusten los hombres, *dottore*!

Scialoja volvió a casa. Por el camino compró un kilo de sal gorda en la tienda de la plaza Bologna. Se preparó un bocadillo con la media lata de atún que se estaba poniendo rancia en la nevera, abrió la última cerveza y se concentró en el tenis que retransmitían en la televisión. El tenis era el deporte más estúpido del mundo. El televisor era el electrodoméstico más estúpido del mundo. Unidos, constituían el antídoto más eficaz contra la ansiedad. Zeta y Equis echaron abajo la puerta unos minutos antes de la medianoche. Los acompañaba una brigada de forzudos en uniforme de asalto. Scialoja los recibió con una sonrisa sarcástica y les manifestó su disgusto por no poder ofrecerles otra cosa que no fuese el agua del grifo. Zeta lo informó de su derecho a contar con la asistencia de un abogado. Scialoja se encogió de hombros. El registro duró apenas unos instantes: Equis se dirigió de inmediato al dormitorio, cogió la bolsa y gritó: «¡Bingo!». Zeta fingió examinar con aire crítico el hallazgo. Fingió un estupor exagerado. Parecía una escena de *Las calles de San Francisco*.

—Michael Douglas tiene más estilo —le provocó Scialoja.

—¿Sabe cuál es la cosa más repugnante del mundo, comisario? —silbó Zeta con falsa indignación—. ¡Un policía corrupto!

—Santas y venerables palabras —corroboró Scialoja, mirándolo fijamente a los ojos.

Cualquier otro quizá habría entendido. Pero esos dos eran demasiado presuntuosos como para permitirse el lujo de pensar. Lo empaquetaron y se lo llevaron al Departamento Operativo donde les esperaba un suboficial del Grupo de Investigaciones Científicas que cogió la droga en depósito. Zeta llamó al fiscal adjunto de turno. Scialoja rechazó el abogado y se encendió un cigarrillo. Zeta lo hizo volar de sus manos. El fiscal adjunto se presentó con Borgia. Lo había despertado en plena noche: cortesía entre colegas, después de todo, Scialoja era su policía. Borgia montó una escena a los espías, que ni siquiera pestañearon.

—¿Y usted no dice nada? —gritó a Scialoja, quien por fin había conseguido encenderse en paz su cigarrillo.

—Me acojo a mi derecho a no responder... prefiero esperar los resultados del Narcotest.

Borgia captó la mirada irónica de su compañero y entendió. Al igual que Zeta. El fiscal y el espía abandonaron a toda prisa la estancia. En ese momento, el suboficial salía del laboratorio vestido con una bata blanca, y con aire visiblemente molesto. No reconoció, o fingió que no reconocía a Borgia, y apuntó con el dedo a Zeta.

—¡Buena, la droga! Me sacas de la cama, me obligas a encender las máquinas y todo por un miserable gramo de cloruro de sodio... molido en la batidora, para más inri... ¡Menuda broma!

Zeta lo aferró por un brazo y lo empujó hasta el laboratorio. Cerró la puerta a sus espaldas sin hacer el menor caso de las protestas de Borgia.

—¿Has mirado bien?

—¡Bromeas!

—¿No se puede realizar un contra-análisis?

—¡Lo que podemos hacer con esa sal es una pasta a la *amatriciana*!

—¿De verdad no se puede hacer nada?

El suboficial escrutó al espía. Observó su indumentaria de policía en noche de gala, el chaleco de firma pija, los resplandecientes mocasines de moda, los vaqueros marcando paquete. Aspiró el olor a colonia, consideró con disgusto el pelo cortado al rape. Soltó una carcajada y le dio una palmadita en la espalda.

—Ay, amigo, ¿cuánto os dan a vosotros, los espías, de prima especial? ¿Tres millones extra al mes? ¿Sabes lo que te daría yo? ¡Tres millones de patadas en salva sea la parte!

Scialoja fue puesto en libertad con mil disculpas. Borgia le preguntó por qué no había aclarado de inmediato el equívoco.

—No quería perderme la cara de Zeta en el momento de la revelación.

—¿Me redacta un pequeño informe?

—Cualquiera se puede equivocar.

Borgia maldijo. A veces sentía la tentación de estamparlo contra la pared.

—Me gustaría saber quién le ha sacado las castañas del fuego esta vez. ¿La consabida Vallesi, Cinzia?

—Negativo, señor juez. ¡Digamos que estoy en deuda con la comunidad gay!

1982-1983

SI VIS PACEM PARA BELLUM

I

Roberta lo esperaba en el portal. El Frío, a contra sol, dio algunos pasos vacilantes. Se besaron lentamente. Olía a fruta, a benévola calidez. El Frío tragó algo húmedo y trató de introducirle la lengua entre los dientes.

—Ahora no.

Era la primera vez que Roberta se resistía. El Frío la siguió hasta el coche sin hablar. Roberta se sentó al volante de su viejo Mini y embocó la calle con cautela.

—Estoy cansada.

—Bueno, ya pasó.

—¿Hasta cuándo? ¿Hasta la próxima vez que te cojan?

El Frío manipuló la radio. No se hablaba de otra cosa que de los «delitos clave» de los últimos días. Todas las emisoras execraban a Nembo y deploraban la muerte del camarada Pio La Torre^[33], fusilado en Palermo. De haber tenido un teléfono a mano, los habría llamado. Para desahogarse. Pero ¿a qué vienen tantas lamentaciones, capullos, acaso no sabéis que el mundo es así?

—¿Has oído lo que estoy diciendo?

Roberta estaba muy seria. El Frío se había esperado otro recibimiento. Se encerró en su caparazón.

—Has ahorrado bastante como para retirarte. Vámonos. Marchémonos de aquí. ¡Ya no soporto esta vida!

El Frío tuvo la tentación de confesarle que él también se sentía cansado. Tarde o temprano le caería una condena definitiva. Si se circunscribían a las menudencias, cuatro o cinco años como mucho. Pero si abandonaba todo, ¿cuánto podía durar? Ellos dos, quizá en un país extranjero, sin una lira... sin la calle... sin los amigos...

—Déjame aquí. Iré a casa más tarde.

Ella frenó en seco. El Frío trató de esbozar una sonrisa, pero le salió una especie de rictus torcido. Roberta se alejó a toda velocidad. Los próximos días se anunciaban duros.

—¡Frío, amigo mío!

El Dandi estaba en casa en compañía de su decorador: un maricón de unos sesenta años con el pelo teñido que lucía unos collares de estilo hippy.

—Le aconsejo vivamente que no coloque juntos un Mafai y un Vespignani... aquí quedaría bien un Masson. ¿Qué le parece?

—Ah, sí, de acuerdo... hablamos otro día, maestro. Acaba de llegar un amigo que hace tiempo que no veía...

El decorador recibió el cheque de seis ceros con la firma a vuelapluma del Dandi y se despidió con una cortés reverencia.

—¿Qué te parece, Frío?

—Has engordado.

—¡Me refería a la casa!

¡Ah, el museo! Con todas aquellas piezas bien alineadas, las paredes cubiertas de cuadros, un aroma a incienso y a cera, los altavoces escondidos tras las cortinas con melodías semejantes a las que flotaban en el picadero de Treintamonedas...

—Abajo he instalado una sala de billar... ¿quieres que juguemos una partida?

«Abajo» hacía referencia a un sótano dispuesto como taberna para organizar cenas, fiestas y todo tipo de farras. El Frío pasó la tiza sobre el taco y notó la jaula vacía y triste.

—¿Y ésa?

—¿Ésa? Ah, ésa... ¡pobre *Alonzo*! Se hizo demasiado grande, empezaba a dar guerra... en fin, que tuve que eliminarlo.

Aquel réquiem reflejaba a la perfección el carácter del Dandi, en el que se conjugaban hipocresía y violencia. El Frío efectuó una jugada de mala gana y se encendió un cigarrillo. Observó al amigo. Su aspecto era idéntico al que tenía durante la última cena con el Libanés. Sólo que ya no les unía el afecto de antaño. Le debía una justificación.

—Bueno, vaya, las cosas van bien. Ahora tú también estás fuera, así que...

Se hacía el loco, pero era evidente el remordimiento que sentía. El Frío apagó la colilla en un cenicero con un gallito azul. El Dandi frunció el ceño.

—Ten cuidado, perdona. Es una pieza firmada... cerámica de Grottaglie... me lo regaló el Pugliese... ¡aquí, querido, todo es de la mejor clase!

—Ah, ¿y es ésta la clase?

—¿Por qué, te parece mal? ¡En la vida hay que ascender!

—¿Y cuándo fue la última vez que ascendiste? ¿Cuándo acuchillasteis al Marrano Feliz? ¿O cuándo liquidasteis a Satanás sin ni siquiera preguntarle dónde había conseguido la mercancía? ¿Sabes lo que dice Radio Cárcel? Que una noche en la que estabais de mala leche quemasteis a un mendigo...

—¡Menuda gilipollez! —explotó el Dandi—. ¡Yo no sé nada!

—¡Claro, faltaría mas! Tú no te ensucias las manos, tú...

El Frío estaba fuera de sí. El Dandi probó con las maneras dulces.

—Está bien, Frío. Reconozco que los chicos han exagerado. Piensa en Nembo Kid: se nos fue de las manos, el pobre. Y era él el que los arrastraba. ¿Qué podía hacer yo? En cualquier caso, acabó como acabó.

—Supongo que de eso tampoco sabrás nada, ¿no?

—Si te digo...

—¡Nada de nada! ¡Se marcha, va a Milán, se aloja en un hotel de cinco estrellas con pasaporte diplomático, por poco se carga a un pez gordo de las finanzas y tú no sabes nada!

La cosa se ponía fea. Estaba claro que al Frío la cárcel se le había quedado atravesada. Imposible esquivar el tema. El Dandi decidió poner las cartas sobre la mesa.

II

El Frío explicó a los incondicionales que el Dandi había ocupado por su propia cuenta el lugar del Libanés.

—Tiene contactos y negocios que se niega a compartir, pero como no quiere líos, propone que sigamos juntos con la droga y con la caja común para los encarcelados y sus familias. En todo lo demás, nos disolvemos.

—¿También en lo tocante a las inversiones? —preguntó Ojo Feroz.

—En todo.

—¡A mí, más que al Libanés me recuerda al Sardo! —observó uno de los Bufones.

—No —le corrigió el Frío—. El Sardo pretendía el mando, él se está separando. Es distinto.

—¿Y quién nos asegura que uno de estos días no nos organiza una buena? —preguntó el Esqueleto.

—¿De ésas con las que os divertíais tú, el Tapón y Nembo? —lo fulminó el Frío que sospechaba de él tras la historia del Marrano Feliz.

El Esqueleto agachó la cabeza.

—Qué te puedo decir, Frío... no sé lo qué me pasó... Fue una gilipollez... ¡pero yo estoy contigo!

—¡Y nosotros también! —aseguraron los Bufones.

—¡Ya se ve! —afirmó Ojo Feroz.

—También el Búfalo y Ricotta están con nosotros... ¡el cabreo no se les ha pasado! —añadió el Esqueleto enfervorizado.

—Él cuenta con el Tapón.

—Sólo con él...

—Bueno, tal vez también con Treintamonedas, porque hace circular la droga...

—Y con el Seco, que hace circular el dinero.

—El Seco no pertenece al grupo. Se limita a echar una mano cuando hace falta.

—Pero ¡qué dices! Si lo controla todo.

—¿Y Treintamonedas? ¿Seguro que está de la otra parte?

—A saber con quién está Treintamonedas. Ése es como una peonza.

—Entonces, ¿a qué esperamos? Concertemos una cita y...

El Frío apaciguó los ánimos. A nadie le convenía una guerra. El Dandi no los había desafiado. Y, después de todo, su proposición era razonable. El Esqueleto parecía decepcionado.

—¿Razonable? Pero ¿es que ahora se las vamos a pasar todas a ese pedazo de mierda?

—Yo sólo he dicho que a nadie nos conviene una guerra. Ahora no...

—¿Y cuándo?

Cualquier momento podía ser el adecuado, aunque también era posible que éste no llegase nunca. En otras palabras, precisó el Frío, jamás habían tenido problemas con la droga. El mecanismo funcionaba y el dinero entraba puntualmente. No tenía sentido reñir ahora por eso. También era conveniente mantener la caja común. Hasta la fecha, tanto el Dandi como el Tapón habían ingresado su dinero con regularidad en el fondo para gastos.

—¿Quieres decir entonces que no ha sucedido nada?

No. Había sucedido lo que en su día predijo el Libanés, al que Dios ojalá tuviese en su gloria. Habían embocado caminos diferentes, pero en tanto se respetasen los acuerdos, podían continuar así. Como simples socios de negocios.

—Podemos vender juntos, comprar juntos, disparar juntos, incluso invertir juntos, ¡pero el Evangelio no dice que tengamos que acostarnos juntos!

Ésas habían sido las últimas palabras del Dandi. La lealtad al grupo se estaba convirtiendo en lealtad a los grupos: por una parte al del Dandi, por otra al de ellos. La campaña de adquisiciones estaba abierta, por supuesto. Por el momento ellos eran más numerosos, pero en este mundo no hay nada seguro. Así pues: que traficasen en paz con la mafia y los espías, mientras se comportasen como era debido no había inconveniente. En caso contrario, los eliminarían como al Sardo.

El Búfalo y Ricotta fueron informados en la cárcel, y se adhirieron al nuevo pacto. Treintamonedas les comunicó que prefería quedarse al margen. Era, y sería siempre, amigo de todos. En cuanto al Seco, fue a ver al Frío y le dijo que incluso el Búfalo le había confiado un poco de dinero para invertir.

—Los únicos que seguís sin fiaros de mí sois tú, el Esqueleto, Ojo Feroz y los Bufones... tus amigos no tienen ni una lira, cuanto más dinero les entra, más gastan... pero tú, en cambio, si quisieras...

El Frío lo mandó a freír espárragos, y el Seco juró que se la haría pagar con una sonrisa de sumisión en los labios. Después fue a ver al Dandi y le contó que sus amigos estaban confabulando contra él, pero sus advertencias cayeron en saco roto: «Esos cuatro miserables —le respondió el Dandi—, me importan un carajo».

Al final de la historia, el Frío volvió con Roberta, que estaba demasiado enamorada de él como para perderlo. Cuando ella, después de haber hecho el amor, le preguntó por enésima vez por qué hacía todo aquello, obtuvo una respuesta sincera:

—Porque así me siento libre.

III

Dos simples movimientos de fondos bastaron para que el Dandi y el Tapón se convirtiesen en propietarios oficiales del Climax Seven. Al Seco le correspondía también una cuota. Con el nuevo acuerdo los asuntos estaban tácitamente divididos. El Frío y los suyos controlaban férreamente el tráfico de droga y ponían todo tipo de peros a las cuentas de Treintamonedas. El Dandi había suscrito un contrato con uno de Lecce al que había conocido a través de sus paisanos, vendedores de hachís, lo que le había permitido entrar en el mundillo del videopóker, que amenazaba con convertirse en el negocio del siglo. Después habían incorporado al Esmirriado, un siciliano impulsivo que se estaba imponiendo en la zona de Primavalle. El Esmirriado había entrado con armas y dinero en el ambiente de la heroína y de las partidas de póker y, sin dejar de guardar un cierto respeto por el Frío, se había unido a Treintamonedas: amigo de todos, socio de cualquier tipo de bandera. En el ínterin, pasaron de una orgía por los Mundiales de España a una cena íntima ofrecida por el tío Carlo para celebrar dignamente la pequeña masacre de «ese gran cornudo del general Dalla Chiesa»^[34]. Evento que también reconfortó sobremanera al Maestro: hacía un año que las cosas no iban bien en Milán, donde un par de jueces estaban metiendo las narices en ciertas listas que debían permanecer secretas, y en Palermo, donde a esos infames de la Fiscalía se les había metido en la cabeza que había que compartir la información.

Durante una de estas veladas, el abogado Vasta —que ignoraba oficialmente la identidad del siciliano— había afirmado que los magistrados, una banda de rojos fanáticos como era público y notorio, acabarían pagando la loca perversión de arremeter contra las personas relevantes. Con un poco de paciencia los pondrían en su sitio. El tío Carlo había sonreído al oír aquella abierta declaración. Vasta se había apresurado a precisar que hablaba de forma puramente teórica.

—Quiero decir: existen las leyes, la defensa de los derechos... esos tipos no pueden pisotear esos derechos... cosas como ésa...

El tío Carlo, que en cualquier caso estaba siempre de buen humor, había asentido significativamente.

Todos parecían haberse olvidado del pobre Nembo Kid. Sólo Donatella seguía llorándole día y noche. Había adelgazado hasta el punto de quedar reducida a la sombra de la matrona imperial que había sido en su día. Patrizia tuvo la mala idea de invitarla a una velada con unos árabes acaudalados. Donatella le arañó en la cara, rompió dos cuadros de autor, y estalló en sollozos sobre el almohadón.

—¿Se puede saber cuándo piensas parar? —le preguntó Patrizia mientras trataba de taponar el arañazo.

Donatella dio rienda suelta a su pesar. ¡Era mi hombre! ¡Era una bestia, se le había metido en la cabeza que hiciésemos cosas sadomaso, pero era mi hombre! Cuando estábamos juntos, éramos como dos tigres furiosos. ¡Lo echo de menos, todo! ¡Los golpes, los besos, incluso las cuchilladas que me tocaba dar cuando se traía a la cama a alguna furcia! ¡Pero era mi hombre! ¡Jamás habrá otro como él! Patrizia le acariciaba el pelo: estaba encrespado, sucio, mojado. ¡Eso sí que era pasión! ¡Qué cosa tan rara! Recordó el dulce arrebató del policía. Pensó en los toqueteos del Dandi. Hombres entre los hombres, tan parecidos el uno al otro. Y ella, ella debía concederse eternamente. A saber dónde estaba la pasión, en qué parte del cuerpo. Entre las piernas no, en la cabeza no, en el corazón no. En otro lugar, por descontado. Tal vez se tratase de una glándula que sólo tenían algunos.

—Ya encontrarás otro —le dijo para consolarla—. ¡Mejor que él!

En lo más profundo de su corazón la envidiaba. Ella jamás había sentido en su interior aquella glándula.

IV

En un primer momento, el Viejo pensó en enterrar aquel asunto. A fin de cuentas, Scialoja era asunto exclusivo de Zeta y Equis. Pero luego lo reconsideró y ordenó que le llevaran al policía. El cambio de idea se debía a la calma que reinaba en aquel período. El Viejo detestaba la tranquilidad, aunque fuese relativa. Los brigadistas se fundían como la nieve al sol. Les había bastado catar la dureza de la cárcel para doblegarse. Una prudencial infiltración había hecho el resto. La rapidez con la que deponían las armas era emblemática. El problema de los rojos siempre había sido el mismo: falta de huevos. Sin contar a Stalin. El único que de verdad los había hecho temblar. El Viejo admiraba a Stalin. A pesar de que sus preferencias se inclinaban más bien por el pequeño y demoníaco Laurenti Beria, mano derecha del líder soviético. En cualquier caso, el terrorismo de izquierda había agotado su función histórica. Los sociólogos de corazón tierno empezaban ya a buscar el modo de «recuperar a la generación de la lucha armada». En pocas palabras: un tedio mortal. El Viejo, sin mesas ya sobre las que desplegar su mágica habilidad de tahúr, se sentía como un Rafael sin paleta, como un Thomas Mann víctima del pánico de la página en blanco. Por eso ordenó que le llevaran al policía a un despacho de cobertura con el escritorio abarrotado de falsos expedientes y de teléfonos mudos, donde le entregó el original del informe que había sido redactado después del asesinato de Nembo Kid. Scialoja recorrió con una mirada irónica el amplio ventanal que enmarcaba la cúpula de San Pedro, la actitud indiferente, pero en realidad vigilante, de Zeta y Equis, y el Viejo, impenetrable y compacto, que lo escrutaba con los párpados entornados mientras sus dedos rechonchos jugueteaban con un minúsculo lapislázu. Scialoja sacó de un bolsillo la bolsa con la cocaína y la colocó con delicadeza sobre el escritorio. El Viejo frunció el ceño.

—No falta nada. Quizá haya cogido un poco de humedad...

El Viejo movió imperceptiblemente la cabeza en dirección a Zeta. El agente se apresuró a meterse la droga en el bolsillo.

—Es la que pagamos con los fondos reservados, ¿recuerda? —se sintió obligado a precisar Equis.

—Os la dio el Dandi —rio secamente Scialoja.

El Viejo atajó la incipiente protesta de Zeta.

—Dejadnos solos.

Los dos espías salieron dejando a sus espaldas un rastro de malhumor. Scialoja cruzó las piernas.

—Veo que le gusta rodearse de gente de confianza.

El Viejo atrajo hacia sí una caja de madera, extrajo de ella dos puros habanos y ofreció uno de ellos a Scialoja.

—Gracias, prefiero los toscanos.

—En eso se equivoca. Coja uno. Es un auténtico Cohiba. Puede que sea un tópico, que los puros cubanos son los mejores del mundo, pero los tópicos no hay que despreciarlos.

Scialoja aceptó. Encendió el cigarro. Era fuerte y aterciopelado, con aroma a bosque y a coñac añejo.

—Excelente. ¡No me diga que se los manda Fidel en persona!

—*Touché!* —se rio el Viejo con una mueca que, a saber por qué, a Scialoja le hizo recordar al espantoso Rana.

—Esos dos lo han enredado —dijo Scialoja, retomando el hilo de la conversación.

—¡Bah! —gruñó el Viejo—. No me preocupa. Forma parte de las reglas. Detesto a la gente de confianza. La gente de confianza es leal y, por tanto, carece de fantasía. Si me hubiese rodeado de gente de confianza, a esta hora llevaría ya bastante tiempo bajo tierra.

—¿Y dónde está, en cambio? ¿En el tablón de mandos? ¿En la habitación de los botones? ¿En la rama más alta de la Sequoia? ¿Dónde demonios está usted?

El Viejo abrió los brazos.

—En un despacho que no existe, en un edificio que no existe, ocupado con una conversación que no existe... ¿le satisface la respuesta?

Scialoja hojeó el informe. Estaba lleno de subrayados, notas al margen, puntos exclamativos.

—Después de todo, estos documentos existen. ¡Y un día u otro tendrá que rendir cuentas de ellos!

—Tal vez sí, tal vez no... ¿sabe?, esa historia de «un día u otro» me recuerda una vieja poesía de Corneille... *La marquise*. La marquesa en cuestión es una cortesana... sabe a qué tipo de mujer me refiero, ¿no? Creo que usted las prueba de vez en cuando, ¿no?

—*Touché!*

Al Viejo le gustó el estilo. Empezaba a divertirse.

—Está bien —accedió—, volvamos a lo nuestro. Así pues, la marquesa es joven y hermosa y Corneille, en el ápice de su gloria, se muere por poseerla... ¡pero es tan feo, arrugado y viejo! En pocas palabras, la marquesa se ríe en su cara. El poeta decide vengarse. Escribe una canción: atenta, marquesa, hoy te mofas de mí porque eres hermosa y lozana, pero no olvides que un día tú también envejecerás y tu linda cara se cubrirá con las mismas arrugas que hoy me reprochas, que si patatín, que si

patatán... en fin, casi una amenaza, ¿no le parece? Pero escuche. Tres siglos más tarde... o cuatro, no soy muy bueno con las fechas, ¿sabe?... tres siglos después un espíritu iluminado llamado Tristan Bernard retoma la canción de Corneille y escribe la respuesta de la marquesa: de acuerdo, mi viejo Corneille, es posible que suceda lo que dices, ¡pero mientras tanto yo tengo veintisiete años y te desprecio! De una claridad meridiana, ¿no cree?

Scialoja lo había entendido a la perfección, pero decidió dar cuerda al Viejo.

—No. Se me escapa el sentido —susurró, volviendo a encender su cigarro.

El Viejo se enojó.

—¡Venga! Todo gira alrededor de la expresión «mientras tanto», que en francés se dice *cependant*... cabe la posibilidad de que un día un tribunal decida ocuparse en serio de ciertas cosas, es posible que se llegue a un proceso, incluso a unas cuantas condenas, pero mientras tanto... *cependant*... yo por descontado ya no viviré... y, mientras tanto... *cependant*... lo que había que hacer ha sido hecho...

—¿Y qué es lo que había que hacer? ¿Asesinatos? ¿Bombas? ¿Pequeñas masacres?

El Viejo se ensombreció.

—Añoraréis esta época que ahora os parece tan oscura.

—¿Añorar lo de Moro? ¿Al Piojo? ¿Bolonia?

—Ya verá. Usted tiene la suerte de vivir en estrecho contacto con los últimos hombres de verdad. Hombres que tienen pasiones e identidad. Pero, por desgracia, a todo esto le queda muy poco de vida. Se está cerrando una época y la que está por venir será del dominio exclusivo de los banqueros y de los tecnócratas. ¡Ah, y, cómo no, de esos chicos medio imbéciles de la televisión!

Scialoja apagó su cigarro.

—¿Para qué me ha hecho venir? No me está contando nada nuevo.

—Puede ser. Pero el problema es suyo, no mío. Usted se obstina en buscar una trama donde no la hay. Abandone esa absurda pretensión. El violín y el calendario reposan juntos sobre la mesa del anatomopatólogo y nada los relaciona más allá de la mera casualidad. Éste ya no es el siglo de Hegel. ¡Éste es el siglo de Magritte!

Scialoja se estaba hartando. El Viejo se dejó caer sobre el respaldo de su amplio sillón, y cerró los ojos. Su voz se convirtió en un murmullo casi inaudible.

—Le doy mi palabra de honor de que el aparato al que pertenezco no tiene nada que ver con la masacre de Bolonia.

—¿Palabra de honor?

—Entiendo que la cosa le pueda dejar perplejo, pero es así. ¡Se lo aseguro! Y le aseguro también que un día u otro... como dice usted... un día u otro la justicia le echará el guante al que colocó esa maldita bomba.

—¿Y los que ordenaron hacerlo?

—A menudo son los mismos que los ejecutores materiales.

—¿Está dispuesto a jurar también esto por su honor?

—¡Ahora me pide demasiado! —se rio el Viejo, dando una manotada sobre el escritorio.

Scialoja había alcanzado ya la puerta cuando el Viejo lo llamó. Su tono delataba premura.

—¿Quiere que le acompañen Zeta y Equis?

—¡Faltaría más! Como dice el proverbio: más vale sólo...

—Le entiendo. Pero le garantizo que no volverá a ser molestado por esa parte. Y... me gustaría volver a charlar con usted, comisario.

—¡Dado que este despacho no existe, tendrá que buscarme usted!

—¡Lo haré, puede estar seguro!

—¿Debo entenderlo como una propuesta de reclutamiento?

—¡Por el amor de Dios! ¡No sabría qué hacer con uno como usted!

—Gracias.

—No hay de qué.

Scialoja cerró la puerta a sus espaldas. Cuando se encontraba a mitad del pasillo desierto, al que daban toda una serie de puertas cerradas recién pintadas, recordó que todavía tenía que decirle una cosa al Viejo. Volvió sobre sus pasos. Entró sin llamar. El Viejo estaba haciendo sonar un carillón, un antiguo juguete en el que dos damiselas bailaban delicadamente. La irrupción lo pilló por sorpresa: Scialoja lo vio lanzar una mirada aterrorizada y cerrar de golpe la cajita mecánica como un niño al que acaban de sorprender entreteniéndose con un pasatiempo prohibido.

—Lamentaría que al pobre Rana le sucediese algún... accidente.

El Viejo se relajó.

—Vaya tranquilo —le atajó con una sonrisa maligna.

Estos encuentros con Scialoja se están convirtiendo ya en costumbre, pensó el Frío. El madero vestía un suéter de cuello cisne de color rojo. Se esforzaba por dividirlos sin saber que a esas alturas era ya inútil. Porque ellos estaban ya divididos. La banda se había desmembrado sin la ayuda de nadie.

—¿Qué puede decirme de Terenzio Gemito?

¿Y qué le podía decir? Nicolino Gemito tenía un sobrino. Terenzio. Uno que se ocupaba de sus asuntos sin meterse en los de los demás. No estaba implicado en la muerte del Libanés. Para confirmar el hecho, el Dandi y el Frío habían llegado incluso a encontrarse delante de la taberna Agustarello, en el Testaccio. Y no porque de repente volviesen a ser amigos, pero igual que se habían visto se habían despedido: en paz.

—Nada, comisario...

—Esta noche alguien le ha disparado mientras volvía a su casa...

—Lo siento, pero yo...

—Ha muerto. Seis balas calibre 38. Hay un testigo. Nos ha contado que Gemito fue atacado por un solo hombre. El asesino ha sido descrito como un individuo bajo, achaparrado, de cara redonda...

—¿Por qué me dice estas cosas? ¡Yo no soy un chivato!

—Mire aquí...

El Frío se encontró entre las manos un retrato robot realizado con carboncillo, y tuvo que hacer un esfuerzo para no saltar en su silla. Era idéntico al Tapón, o a su hermano gemelo. Y el Tapón era hijo único.

—¿Quién es? —suspiró con aire de hastío mientras le devolvía la hoja.

—Es inútil que se precipite a casa de su amigo el Tapón —susurró el policía con una sonrisa de exasperación—, tarde o temprano lo detendremos. Por éste y por los demás hechos. Les detendremos a todos. No se hagan ilusiones. Yo en su lugar trataría de salvar el pellejo mientras todavía está a tiempo...

Era una invitación, una oferta de delación. El Frío se encendió un cigarrillo y echó el humo en la cara del canalla.

—¿Puedo irme ya? En caso contrario, quisiera llamar a mi abogado...

Lo soltaron sin ulteriores comentarios. En la puerta de la comisaría se topó con el juez Borgia. Pasó de largo fingiendo que no lo había visto. Era evidente que aquello era un montaje. Era evidente que querían ponerlo nervioso.

Por la noche se presentó en el Climax Seven. En el local celebraban la fiesta de

cumpleaños de un democristiano liado con una furcia del mundo del espectáculo. El invitado de honor era un famoso cantante. El gorila, uno nuevo, no quería dejarlo pasar alegando que la cazadora y los vaqueros corrían el riesgo de no estar a la altura del ambiente. El Dandi remedió el problema y lo condujo al despacho. El Frío divisó unos caparazones de ostras sobre el escritorio. En el aire flotaba el perfume inconfundible de Patrizia, una mezcla exagerada de esencias florales y de sexo en estado puro. Envarados y con el pecho fuera, el Dandi y el Frío, más que dos viejos compañeros de armas recordaban a los árabes y a los judíos en la mesa de negociaciones. El Frío había preparado un sermón sencillo y contundente. El acuerdo se podía mantener siempre y cuando se respetasen los límites. Las acciones comunes debían decidirse de común acuerdo. El asunto de los Gemito afectaba a ambos grupos por lo que, en caso de que tuviesen que actuar contra uno de ellos, debían disponerlos juntos. Por ese motivo, el que había matado a ese desgraciado que, ante todo, jamás había movido un dedo en su contra, había violado las reglas.

—Y que conste, Dandi, que si por el momento hemos dejado al Tapón en paz, ha sido por respeto a ti...

El Dandi resopló, hojeó algo entre los folios que se apilaban sobre el escritorio y le arrojó a la cara un puñado de fotografías. En las mismas aparecían el Tapón y el Maestro, en esmoquin. El Tapón y el Dandi, con una copa en la mano. El Tapón y Patrizia, con vestido largo. El Dandi, el Maestro y un hombre grueso, vestido de gris, con el pelo al rape y ojos astutos e inquietantes.

—¿Quién es?

—Lo llaman el Viejo. Es uno que da órdenes. Pero es un contacto que no forma parte de la causa común.

—Mejor para ti. Ya he visto las fotos, Dandi. ¿Y qué? ¿Qué me dices del Tapón?

—Lo que te digo es esto, Frío. En primer lugar: anoche vino al Climax Seven el embajador americano. ¿Recuerdas las barras y estrellas? Ta-ta-ta-ta-tatta... En segundo lugar: todos estábamos aquí. Desde las siete a las cuatro de la mañana. El Tapón en primera fila. Si hubiese sabido que estaba a punto de suceder algo, te habría invitado también a ti... En tercer lugar: si a Borgia le da por incordiar, trescientas cincuenta personas pueden procurar una coartada al Tapón. Una auténtica coartada, mi querido Frío, y no como en los viejos tiempos. Y por último: ten cuidado, que con tanta sospecha te estás volviendo paranoico...

Estaba claro que el Tapón era inocente. Al igual que el Dandi y los demás. Restaba el hecho de que, gracias a esta bonita idea, tarde o temprano les adjudicarían un homicidio con el que, por una vez, no tenían nada que ver.

Procedieron a hacer averiguaciones. Se enteraron de que Terenzio Gemito debía una partida de cocaína en mal estado a un camello de la zona de Acilia, el Liante. Un tipo taimado, pequeño y rechoncho. Como el Tapón. Treintamonedas, que controlaba

la zona, lo invitó risueño a beber algo en el bar del Mercado de Abastos.

—Cuéntame la historia de ese Gemito, anda.

—No os habréis cabreado, ¿verdad?

—¡Noooo! ¡Quienquiera que lo haya matado nos ha hecho un favor!

—¡Fui yo! ¡No pagaba! ¡Os perjudicaba! ¡Había que darle su merecido! No me gusta farolear pero la verdad es que, cuando me empeño...

Con aquella ufana reivindicación, el Liente sentaba las bases para su afiliación al grupo y firmaba su condena de muerte. Nadie podía cometer la osadía de administrar justicia en nombre y por cuenta del grupo sin su permiso.

Con la excusa de que los jefes querían agradecerle en persona el interés demostrado, Treintamonedas invitó al condenado a reunirse con ellos. Se encontraron fuera del bar de Franco. El Liente, que se había puesto su mejor traje para la ocasión, fue invitado a subir a un Alfetta robado. Al volante iba el Frío. Detrás, el Esqueleto y Treintamonedas. El napolitano había insistido en acompañarlos. Cualquiera con menos perspicacia que él se habría percatado de que se estaba cocinando un arreglo de cuentas con todas las de la ley. Y las cuentas eran precisamente su problema. Las que le había enviado al Frío habían sido hábilmente maquilladas por un contable amigo de Santini, Fabio. Pero un examen más detenido sacaría sin duda a la luz la sisa sistemática que se operaba sobre las compraventas de droga. Treintamonedas consideraba que aquellas apropiaciones eran una compensación más que justa por la valiosa labor que desempeñaba en la gestión de las ventas y de la caja común. Pero los demás podían no compartir su opinión. Valía, pues, la pena mostrarse diligentes y enérgicos, desviar la menor sospecha.

Se dirigían hacia el norte, hacia la Mujer Muerta, un camino campestre al norte de Roma, una carretera poco transitada, absolutamente segura gracias a la gélida tarde invernal. Al Liente le habían dicho que se habían quedado tan impresionados con su hazaña que habían decidido presentárselo a un clandestino. El idiota hablaba por los codos, demostrando una envergadura como criminal que no iba a tardar en reducirlo a miasma. De repente, un Panda que circulaba en dirección contraria les hizo una señal con los faros.

—¡Vaya, es el Tapón! —comentó Treintamonedas.

—¡El Tapón! —exclamó el Liente—. Dime una cosa, Frío, ¿es verdad que nos parecemos como dos gotas de agua? ¿Eh? ¡Imagínate!

El Frío aparcó en el borde de la calzada. El Tapón les preguntó dónde iban. El Frío se encogió de hombros. El Tapón decidió seguirlos.

—Aquí va bien —dijo Treintamonedas algunos kilómetros después.

—¿Bien para qué? —preguntó receloso el Liente.

Treintamonedas, como un rayo, le rodeó el cuello con una cuerda. El Liente empezó a patalear, con un codazo hizo añicos la ventanilla, la lluvia de cristales hirió

al Esqueleto, que perdió los estribos.

—¡Deja que me ocupe yo, inútil!

Se abalanzó sobre el Liante, que forcejeaba jadeando, y le cortó la garganta a la manera de los árabes. El Liante se aflojó con un borboteo. Para mayor seguridad, el Esqueleto le hundió dos o tres veces la hoja antes de retirarla.

—¡Qué asco! ¡Estoy todo manchado de sangre!

El Frío comentó que habría sido más rápido levantarle la tapa de los sesos. El Esqueleto repuso que cuando un canalla debe morir, cualquier modo es válido. El Tapón llegó cuando todo había concluido, contempló la masacre, y les hizo notar su increíble parecido con el muerto.

—¿Has visto? Vaya suerte has tenido.

El Esqueleto hizo un aparte con el Frío.

—Liquidémoslo.

—¿A quién?

—Al Tapón.

—¿Ahora?

—Ahora, mañana, ¿qué cuernos importa? Tanto, has entendido ya cómo va a acabar la cosa...

El Frío lo asió por los hombros. El Esqueleto estaba empapado de sudor, y sus ojos habían quedado reducidos a dos cabezas de alfiler. Emanaba un hedor ácido y dulzón. Una pequeña bestia indomable. Mantener la situación bajo control resultaba cada día más difícil.

—¿Cuánta te has metido, eh? ¿Cuánta mierda te has metido?

—¡Vete al infierno, Frío! ¡Quitémoslo de en medio antes de que nos maten a todos, él y esa víbora del Dandi!

—No.

—¿Por qué?

—Porque cuando decidamos hacerlo tendremos que eliminar a los dos a la vez. Al Tapón y al Dandi. ¡De otra forma no sirve de nada!

El Esqueleto agachó la cabeza. Dado que la carnicería había dejado al Alfetta fuera de uso, regresaron a Roma con el Tapón.

Poco tiempo después, un explosivo de fabricación anónima hizo saltar por los aires el supermercado que el Seco tenía en la calle Oderisi da Gubbio. El Seco, aterrorizado, pidió protección al Dandi. Se supo entonces que desde hacía varias semanas lo bombardeaban con llamadas amenazadoras. El Dandi puso a su disposición un ático con la máxima vigilancia y cuatro especialistas en degüello elegidos entre los camellos del Laurentino. El Frío le hizo saber que sería oportuno averiguar la procedencia de aquella bomba. Si había uno del que era mejor no fiarse, ése era el Seco.

—A saber en qué líos anda metido y con quién. Al loro, Dandi. El Seco es una anguila.

El Dandi se encogió de hombros.

—Ya te lo he dicho, Frío. Te estás volviendo paranoico. Ves enemigos por todas partes y, sin embargo, no te das cuenta cuando un amigo te la gasta...

—¿Qué quieres decir?

—Que uno de estos días deberías mantener una conversación con el Rata.

1983

CANALLAS

I

El Frío se había llevado a Aldo Bufones a Castelporziano. Al mismo sitio donde había hablado una noche con el Libanés, el mismo donde había ido a penar con el Negro por la muerte del amigo. Lo había elegido porque lo consideraba un lugar sagrado. Aldo, que en esos momentos salía con una pequeña cantante de revista brasileña, iba todo engominado y elegante. «Un paseo —le había dicho el Frío para convencerlo de que lo acompañase—, charlaremos como en los viejos tiempos.»

El Frío aparcó al amparo de las dunas y se encaminó hacia el mar. En la palidez del atardecer se entreveía un cuarto de luna nueva. El Tirreno era una extensión llana en cuyo horizonte se divisaban algunas barcas de pescadores.

—Bueno, Frío, ¿qué tenías que decirme?

Aldo no veía la hora de regresar a Roma, donde tenía prevista una velada picante con su Filly. El Frío encendió un canuto y se lo pasó después de darle dos caladas. Aldo lo rechazó con una mueca de disgusto.

—¡Prueba esto y verás cómo recuperas el color!

Del bolsillo del chaleco Aldo extrajo una tabaquera llena de coca y una cucharita de plata. Echó un poco de polvo en ella y esnifó con voluptuosidad.

—¡Cosa fina, Frío! Si te digo lo que me ha costado en Bulgari una chuchería como ésta...

La tabaquera y la cucharita pasaron a manos del Frío.

—¿Dónde has comprado la coca, Aldo?

—¡Y a ti qué coño te importa, Frío! La mercancía es nuestra, ¿no? Toda la mercancía de Roma es nuestra... ¿es que no lo sabías?

El Frío levantó la tapa, observó por un instante los gránulos de intenso color rosa y a continuación, con un ademán seco, lo volcó todo en la arena.

—Pero ¿te has vuelto loco?

El Frío suspiró y lo miró apenado.

—He hablado con el Rata...

—¡Ese capullo!

—Me ha contado todo...

—¡Gilipollecés!

—¿Te refieres al kilo que mangaste la semana pasada, Aldo? ¿O al embolado que les has metido a los calabreses?

Aldo empezaba a entender. Miró a su alrededor, desesperado. El coche estaba cerca, pero las llaves las tenía el Frío. Y él estaba desarmado. Levantó las manos, en

señal de rendición.

—Ahora te explico, Frío.

El Frío lo atajó con un ademán sereno.

—¿Qué se te ha metido en la cabeza, Aldo? Ya te he salvado una vez...

—Te lo devolveré todo... hasta la última lira, te lo juro.

—El problema... el problema es que esta vez lo saben todos... el Dandi...

—¡Ése es un vil gusano, no te fíes de él!

—¿Y de quién me tengo que fiar, Aldo? ¿De los amigos como tú?

Lo dijo dulcemente, manifestando todo el dolor que lo embargaba. Aldo se arrojó a la arena, se arrastró hasta sus pies. ¿Recordaba cuando eran niños? Cuando robaban los talonarios de tiques del derbi y los vendían en las mismas narices de los tipos de la reventa oficial, y se guardaban dos para ellos e iban a apoyar al Roma bajo las banderas de la curva... ¿eh? ¿Recordaba a Cudicini y al otro, cómo se llamaba, el español, ese menudo y tiñoso...? ah sí, Del Sol... cuando habían ido por la noche a la timba de maestro Pepe que estaba detrás del parque Ramazzini, y no los querían dejar entrar porque eran demasiado pequeños y ellos, y Carlo, su Carletto, lo llamaba, organizaban tal barullo que al final acababan por dejarlos entrar en aquel templo del juego de azar, y ellos se lo agradecían y se lo pagaban robando las monedas que caían bajo las mesas de sacanete, y los adultos los miraban y no les decían nada, y por la noche en casa recibían una buena tunda, claro que ya entonces eran unos hijos de la gran perra, eh, Frío, ¿no te acuerdas, Frío?

El Frío escuchaba sin oír, le habría gustado estar a mil kilómetros y a la vez quería estar allí, y cumplir con su resolución, con lo que era justo hacer, con lo que había quedado decidido hacía ya mucho tiempo, antes de que cualquiera de ellos pudiese afirmar: he elegido... Mientras tanto Aldo había empezado a recordar la expulsión en Vitinia, eh, Frío... ¿Frío, recuerdas cuando robábamos las meriendas? Eh sí, en secundaria, donde todavía no entiendo cómo pudimos llegar... oh, cuando estábamos a punto de acabar el colegio... cuando a la entrada obligábamos a los pequeños a que nos diesen sus meriendas y a continuación las revendíamos con el portero... ¿Cómo se llamaba? Cotecchia, Catecchia... ayúdame, Frío...

—Esta vez no te puedo ayudar, Aldo.

Aldo lloraba ya. ¡Pero claro que había un modo! Se le acababa de ocurrir la idea, la idea que salvaba todo, una vida humana, coño, la valiosa vida humana de un amigo, y la situación, sí, la situación a la que se enfrentaba el Frío, que era un líder y claro, él, Aldo, lo entendía de sobra que había motivos, de lo contrario...

—Llévame a casa, Frío, tengo mis ahorros. Recojo a Filly y esta misma noche compramos los billetes para Brasil. Nos marchamos y nadie volverá a oír hablar de nosotros.

—Nadie te volverá a ver por ahí, amigo.

—Gracias, Frío, gracias, eres más que un hermano para mí, gracias... ¡dame un abrazo, hermano!

Se abrazaron. El Frío le disparó a través del bolsillo de la gabardina, con la 357 con silenciador que había preparado antes del encuentro. Aferrado a su espalda, Aldo se agitó. El Frío cometió el error de mirarlo a la cara. Tenía los ojos llenos de lágrimas y de estupor. Vio de nuevo el rostro del cordero, arrojó lejos el arma, que se la llevase el mar, maldita pistola, y maldita vida. Se sentía más sucio que un traidor.

La caja común pagó los gastos del funeral. Entre ellos era mejor no mencionar lo sucedido. Al Dandi y al Tapón les daba igual. Treintamonedas, como siempre, no tomaba partido, aunque, dado lo sucedido, dejó de retocar las cuentas durante un tiempo. El Búfalo y Ricotta, por su parte, habían dejado claro que lo último que les preocupaba era que hubiese un socio de más o de menos. El Esqueleto y Ojo Feroz, miembros de la banda desde un principio, se presentaron con una botella de whisky y una sonrisa forzada. Entendían lo duro que debía de haber sido para el Frío: pero a fin de cuentas había sido él el que había salido garante por Aldo, cuya la confianza traicionada, de forma que la ejecución era de su incumbencia. Quedaba por resolver el tema de Carlo Bufones. Uno que siempre había sido leal, pero al que no se le podía pedir que siguiese haciendo negocios con los asesinos de su hermano gemelo. El Frío fue a visitarlo dos días después del funeral y le soltó un discurso palmario.

—El Dandi está ya cabreado contigo. Coge tu parte y desaparece. Si quieres, mañana mismo te doy el dinero...

Carlo le escupió en la cara y lo llamó judas. El Frío se contuvo. Dos días después, Carlo retiró lo que le correspondía y compró a su mujer y a la viuda de su hermano dos permisos de peluqueras en Giardinetti.

II

El examen pericial del Búfalo duraba ya dos años y las cosas seguían sin resolverse. A Treintamonedas, que buscaba certezas, el profesor Cortina le suministró una buena dosis de pánico.

—Uno de los peritos es nuestro, pero con el otro no puedo hacer nada.

—¿Eso qué quiere decir?

—Si todo va bien, obtendremos la irresponsabilidad parcial.

—¿Y qué supondría eso?

—Veinte años de cárcel y unos cinco de manicomio... como mínimo.

—¡El Búfalo nos matará a todos, profesor!

—¿Y yo qué puedo hacer? El colega no cede...

—¿Hace falta pagar?

—¡Por el amor de Dios! ¡Es insobornable!

—¿Entonces? ¿Cuál es el problema?

—¡Tiene miedo!

—¿De qué?

—¡De acabar como el Sesudo!

—¡Pero eso es agua pasada! Nosotros somos gente diferente...

—¿Se lo explica usted a mi colega?

Se encontraban en un callejón sin salida. Treintamonedas y el Frío hicieron una breve visita a «su gran amigo» el juez, el mismo que había cobrado ya dos millones y se negaba a ponerse al teléfono. Para obtener audiencia, tiraron abajo la puerta del despacho; y para dejar bien claro lo cabreados que estaban lo colgaron del perchero de la pared y durante un cuarto de hora lo acariciaron a turnos con bofetadas y escupitajos. Después descubrieron que el tipo era sólo un intermediario. Si querían asegurar el resultado, tenían que hablar con el directo interesado: un «poderosísimo funcionario del tribunal» del cual «dependía todo». Dicho y hecho: el Frío y Treintamonedas metieron en el coche al «gran amigo» y lo escoltaron hasta la plaza Clodio. A las puertas del tribunal se toparon con el juez Borgia y su escolta, y todos, incluido el correo muerto de miedo, fueron obligados a presentar su documentación.

El «poderosísimo funcionario» resultó ser un antiguo secretario judicial. Al contemplar los cuadros de autor y las alfombras que decoraban el amplio y lujoso despacho en el cual habían sido recibidos, el Frío no pudo dejar de pensar en la pobreza monacal de la oficina de Borgia. Si la influencia y el poder se medían por la ostentación, se encontraban a buen recaudo. Pensamientos cuando menos extraños,

dado el momento y la ocasión, pero el Frío se dejaba mecer por ellos mientras permanecía ajeno a las negociaciones que estaba conduciendo Treintamonedas entre sonrisas y apretones de manos. Salieron del despacho con una lista de peticiones que enviaron directamente al Dandi. Éste se lo tomó a mal.

—Un Rolex... un busto romano antiguo de mármol... dos o tres abrigos de pieles... un escritorio de piel... un espejo de anticuario... pero ¿qué se le ha metido a éste en la cabeza? ¿Y quién nos asegura que no es un pufo?

Pero por el momento no se podía hacer nada más. En tanto siguiese vigente el acuerdo tenía que pagar.

Además, por aquel entonces estaba ocupadísimo con la historia del atentado al Seco. Habían sabido que la bomba había sido fabricada con un explosivo a base de polvo de mina y de dinamita. A petición de Treintamonedas, Santini, Fabio, quien a todas luces sabía ganarse el pan, había conseguido echar mano a unas actas de las que resultaba que el polvo podía pertenecer a una partida robada hacía algunas semanas en una cantera. Dicha cantera se encontraba en la zona donde el Esmirriado controlaba el tráfico de mercancía. El Dandi pidió al Esmirriado que efectuase algunas verificaciones. El Esmirriado lo llamó pasado un tiempo. Al Dandi le gustaba el Esmirriado. Era más joven que él, enérgico y parco en palabras. Como el Frío al principio, antes de que empezase a hervirle la cabeza con sus ideas paranoicas. El Esmirriado le dijo que la denuncia de robo era falsa y que el gerente de la cantera vendía el explosivo en el mercado negro. Todos habían echado mano del mismo: los rojos, los fachas, los peces gordos y la morralla. La denuncia coincidía con una compra efectuada por los hermanos Bordini. El Seco se quedó patidifuso al saberlo. Hasta entonces, su relación con los Bordini no había superado el mero saludo. Era inconcebible pensar en una agresión, menos aún en una represalia, ambas absolutamente carentes de motivo. O los Bordini se habían sorbido el seso, o el soplo del Esmirriado era mentira. El Dandi, que conocía bien al Seco y que no podía dar crédito a tanto estupor, puso al corriente a los demás. La reaparición en escena de dos viejos conocidos como los Bordini, de quienes habían sospechado ya en tiempos del asesinato del cuñado del Puma, aquel Angelito cuya muerte seguía envuelta en el misterio, convertía el asunto en una cuestión que afectaba a todo el grupo. Decidieron buscar a los Bordini: ¡cuando les echaran el guante iban a tener que darles más de una explicación! Enviaron mensajes a los camellos, registraron garitos, restaurantes y tabernas, pero los dos hermanos parecían haberse evaporado. Hasta que, una noche, una patrulla de la Brigada Criminal los encontró. Estaban bajo el «Árbol de la nieve», un gran roble frecuentado por cocainómanos y putas en el campo del acueducto Felice. Ambos muertos y empuñando un revólver. La escena hacía pensar en un duelo, y a pesar de que la idea hacía sonreír a más de una cabeza pensante de la pasma, el asunto fue archivado sin más.

III

Roberta se enteró por Aldo. Entre el Frío y ella se había abierto un abismo glacial.

Después de aquella noche de dos años atrás, la misma en la que había salvado la vida a Aldo, Roberta y Dorotea se habían frecuentado. Dorotea y Aldo se habían dejado casi enseguida. Ella había iniciado de nuevo sus estudios de arte e incluso le había pintado un retrato al Frío. Una cosa moderna que a él, a primera vista, le había hecho reír, si bien más tarde, al reflexionar sobre aquella cara deformada y alterada, le había hecho sentir una cierta inquietud.

—¿De verdad me ves así? —le había preguntado a Dorotea.

—Veo a una persona que está mal.

El Frío había respondido con una risita a sus palabras: ¿mal yo? ¡Pero si soy el rey de Roma! Después de la historia de Aldo, sin embargo, aquellas palabras le volvían a la mente. No conseguía quitarse de encima la losa que sentía en su interior. Había revivido mil veces la escena de aquel abrazo y si todavía hubiese creído en algo, habría pedido una sola gracia: poder revivir aquel maldito instante. Cambiar el final. Por encima de todo, lo atormentaba una pregunta: ¿por qué no lo había dejado marchar?

Mientras tanto, el Negro había salido en libertad provisional por motivos de salud. El encontronazo con los carabineros le había dejado como herencia cinco fragmentos de plomo que tras un largo vagabundear se habían asentado en la parte blanda del cerebro. Tenía problemas de equilibrio, lo oprimía un dolor de cabeza feroz que combatía a duras penas con dosis masivas de analgésicos. El Frío lo encontró más delgado y combativo.

—¡Sigo aquí, compañero, y eso es lo único que cuenta!

El Negro había llegado a un acuerdo directamente con el Viejo: protección a cambio del silencio, y nada de bromas. Su seguro de vida consistía en un informe que había entregado a una persona de confianza y que, en caso de muerte violenta o misteriosa, acabaría en manos de alguien con la debida competencia.

—¿No tienes miedo de que ellos lo encuentren antes?

—No les conviene. Yo respeto los pactos, y ellos lo saben.

En cuanto a su situación judicial, había confesado un par de asaltos y alguna que otra menudencia como comercio de objetos robados, blanqueo de dinero y tenencia de armas. Esperaba librarse con tres o cuatro años en total, y permanecer lo más posible en libertad durante los mismos.

—¿Y tú? ¿Cómo va?

El Frío le abrió el corazón. El Negro lo escuchaba afligido, su afilado rostro se retorció de cuando en cuando en un rictus de dolor.

—Yo también habría hecho lo mismo... o, pensándolo bien, tal vez no.

—Explícate mejor.

—Hablamos de canallas, traiciones, judas... pero tal vez en la traición haya también una cierta belleza...

—Yo nunca te traicionaría, Negro.

—¿Cómo lo sabes? Cuando tu vida depende de cinco minúsculas partículas de plomo que duermen, o fingen dormir en el cerebro, cuando hasta un bostezo o un escupitajo pueden enviarte al otro mundo así, de repente, mientras follas o estás tranquilamente en la cama... pues bien, compañero, ¡te aseguro que las cosas se ven muy diferentes!

—¿Me estás diciendo que ya no crees en nada?

—¡Al contrario! Antes no creía en nada. ¿Recuerdas todos aquellos discursos sobre la Idea... la Idea por aquí, la Idea por allá...? ¡gilipollecés! Ahora creo en un montón de cosas, Frío. ¿Quieres saber cuál es la más importante? Estar aquí, ahora, contigo...

El Negro preparó un té al hachís y le dijo que, considerando su estado de salud, estaba autorizado a poseer legalmente una cierta cantidad de drogas «con fines terapéuticos».

—¡Hasta con receta médica, Frío! Naturalmente, las recetas las firma un amigo de Vanessa y así nos procuramos un poco de mercancía fresca y legal para vender... una insignificancia, lo justo para no quedarnos al margen.

El Frío se echó a reír. ¡Bienvenido, viejo Negro de siempre! De repente llegó la policía para efectuar un control. El Frío se escondió en el baño. Cuando los agentes se marcharon, el Negro le dijo que había propuesto al Dandi y al Seco que invirtieran en ordenadores.

—¿Qué?

—Electrónica. El negocio del futuro. Piensa en una red de calculadoras aplicadas a las apuestas y al videopóker... ¿sabes que el Dandi se ha unido a los de Puglia?

—No me gusta el Dandi, ni tampoco el Seco...

—Te entiendo, Frío. Pero tú también tienes que decidirte: ¿de qué parte estás?

—¡Cómo de qué parte! Estoy conmigo mismo, Negro...

—Tú estás mal contigo mismo, compañero...

Touché, el Frío desvió la mirada.

IV

Resuelto el asunto de los hermanos Bordini, el Seco había vuelto a sus negocios a la vista de todos. El Dandi lo encontró en el despacho del director de banco donde, fuera del horario de oficinas, aquel gordo desplumaba a deudores en dificultades y condenaba sus almas al trescientos por ciento anual.

—¡Dandi, amigo mío! ¿Qué puedo hacer por ti?

—¿Sabes cuál es tu problema, Seco? ¡La presunción!

—Pero ¿qué dices?

—Piensas que los demás somos idiotas. Te crees el hombre más inteligente de Roma, ¿eh?

El Seco trató de articular una protesta. El Dandi, glacial y rabioso, arrojó del escritorio un montón de billetes y de cheques posfechados. El Seco empezó a temblar. El Dandi se sentó sobre el escritorio y se encendió un puro cubano: había empezado a fumarlos después de haber visto una película con Paul Newman, y hasta se había inscrito a un club de forofos de los cigarros habanos.

—Ahora te contaré lo que pasó con los Bordini...

Después del «duelo», el Tapón, el Esmirriado y él habían efectuado averiguaciones suplementarias. Aquella historia del tiroteo entre los dos hermanos podían tragársela los jueces, pero no la gente conocedora de la calle. Había bastado hacer algunas preguntas a las personas adecuadas, a aquellos que ahora, una vez muertos los Bordini, ya no tenían nada que temer de ellos.

—Yo me preguntaba: ¿cómo es posible que apenas se corre la voz de que estamos buscando a los Bordini esos tengan la buena ocurrencia de aparecer muertos? ¡Vaya un sentido de la oportunidad! Así se ahorran un montón de líos... un montón de preguntas embarazosas... porque si nosotros hubiésemos dado con los Bordini, habríamos sabido hacerles cantar. Así que me pregunto: ¿quién los mató? La respuesta es obvia: alguien que no quería que cantasen. Pero ¿por qué? Porque a saber lo que habrían largado...

El Seco se revolvió en su silla. El Dandi hizo caer sobre su barriga un montoncito de ceniza del cigarro, extrajo con parsimonia del bolsillo un revólver, y se rascó la frente con el cañón.

—El Tapón y el Esmirriado están esperando fuera. ¡Si llamas a uno de tus amigos en dos segundos, eres hombre muerto!

El Seco se derrumbó, convertido en una máscara de sudor. El Dandi dio una larga calada a su puro.

—Escúchame pues: tú, los Bordini y ese desgraciado de Angelito encontraréis un canal de mercancía que nosotros desconocemos. Y empezáis a vender. Angelito os la juega y lo liquidáis. Cogéis a Satanás. Nosotros lo descubrimos y adiós a Satanás. Nada grave. Seguí adelante. Hasta que les metes un embolado a los Bordini y ellos colocan la bomba. Nosotros nos enteramos y tú matas a los Bordini... sencillo, ¿no?

—Dandi...

—¿Y sabes de dónde salió el dinero para empezar todo eso? ¡Del tesoro del Libanés, mi pobre amigo! Lo sacaste de ahí...

—Dandi, yo... siempre he tenido dinero... es mi especialidad, ¿no?

—Puede ser, pero jamás tanto al mismo tiempo, pocholito. Nos has engañado, Seco. Nos la has jugado. Dime qué debo hacer...

—Dandi.

—Dandi, Dandi, Dandi... Lo que no entiendo —bramó el Dandi, aferrándolo por la pechera— lo que no entiendo es por qué te pusiste a hacernos la competencia desleal... ¿cuánto sales ganando con una cosa así? Migajas... el mercado nos pertenece... te hemos cubierto de oro, pero si tenías tu propio canal, ¿por qué no nos lo dijiste? Se juntaba todo... ahora dime, Seco, ¿qué debo hacer? ¿Qué debo hacer contigo?

El Seco comprendió que era inútil negarlo. Abrió los brazos con resignación y esbozó su consabida sonrisa empalagosa.

—¡Nunca encontrarás otro que sepa hacer circular el dinero tan bien como yo!

El Dandi soltó el seguro y le apoyó el cañón en la sien.

—Gilipolleces. Búscate otra mejor.

—No todos somos iguales.

—¿Quiénes?

—Los hombres.

—¿A qué te refieres?

—Yo no puedo estar a las órdenes de uno como el Frío.

—Yo no soy el Frío...

—Por eso estamos hablando ahora...

Poco a poco, el Dandi bajó el cañón. El Seco se enjugó la frente con un pañuelo bordado. Tenía hombres, y medios. Y un canal chino en el que nadie había reparado. Se había equivocado al no fiarse de él, desde luego, pero era culpa del Frío y de los tipos como él, el Esqueleto, los Bufones, Ricotta, Ojo Feroz... delincuentes callejeros, criminales de tres al cuarto... uno de estos días caerían inexorablemente. Gente tan ávida como estúpida. Si el Libanés no hubiese muerto, las cosas habrían ido por otro camino. A pesar de que él, el Dandi, ya no era tan «fiel» a un vínculo que había dejado de existir, las cosas habrían ido por otro camino... Los hombres no son iguales. Un puñado de desesperados no puede controlar toda Roma. Hay que seguir

adelante mediante acuerdos, disparar sólo cuando sea necesario, dejar a cada uno su espacio...

—Lo que dices no es ninguna novedad —comentó el Dandi.

Pero, mientras tanto, la pistola se encontraba de nuevo en el interior de su bolsillo y el Dandi se había acomodado en un sillón con un destello de interés en los ojos. El Seco fue directo al grano.

—No se la habrás contado a los demás, ¿verdad? Esta historia, quiero decir, no les habrás hablado...

El Dandi asintió con la cabeza, vagamente sorprendido por la pregunta.

—Eso quiere decir —concluyó el Seco triunfante—, que estás de acuerdo conmigo...

—Háblame de ese canal chino —dijo el Dandi, cruzando las piernas.

1983

OTROS CANALLAS

I

La noche en la que Gigio sufrió la sobredosis, Roberta estaba en paradero desconocido, el Frío miraba *Falcao* en el televisor y el resto celebraba la victoria en el campeonato. Se enteraron de que había sido el Bazzica, un camello de Treintamonedas. Cualquiera otro, en el lugar del Bazzica, se habría limitado a meterse en sus propios asuntos. Teniendo en cuenta, sobre todo, que la parentela del ilustre muchacho era famosa en el ambiente y todos sabían que el Frío había prohibido que vendiesen a su hermano cualquier tipo de droga. Pero el Bazzica, que en lo más profundo de su alma debía de albergar algo semejante a un sentimiento, se inclinó sobre el cuerpo que estaba sentado en la posición del púgil entre dos pilas de neumáticos que hacían las veces de entrada a un cementerio de automóviles abandonado, y se percató de que Gigio respiraba. Se encontraban en uno de esos terrenos grises donde el barrio de la Cassia dejaba de ser un arrabal y se convertía en campo. El Bazzica avisó a Vanessa, y Gigio ingresó en Villa del Mirto en menos de una hora. Nadie se atrevía a decirle al Frío que su hermano estaba con un pie en el más allá. Se necesitaban huevos. Lo hizo el Negro.

Cuando el Frío lo vio, encuadrado por la luz anaranjada e irreal del telefonillo, con semblante tenso, y diciéndole con dulzura «Baja, tienes que venir conmigo», lo siguió sin hacer más preguntas.

El Negro le explicó la situación a grandes rasgos. El Frío sintió una antigua punzada.

—Tengo que llamar a mi padre —susurró.

—Ya lo he hecho yo —lo tranquilizó el Negro.

La clínica se encontraba en Paioli, inmersa en un bosque de magnolias en flor. Delante de la puerta estaban su padre y su madre. El Negro y la enfermera se detuvieron a unos pasos de distancia. El Frío se encaminó resuelto hacia la habitación de su hermano. La madre tenía el pañuelo entre los dedos y los ojos enrojecidos. El padre le cerró el paso.

—Quiero verlo —dijo el Frío.

El padre se había interpuesto entre él y la puerta: un hombre menudo, consumido, con el pelo cano y una mirada furibunda y dolorida.

—Déjame pasar, por favor.

La madre le rozó un brazo. El padre se apartó cuanto apenas. En la penumbra azulada, Gigio tenía los ojos cerrados y el rostro marcado por una resignación rabiosa. No había vuelto a verlo desde lo de Roberta. Largos años de silencio y de

obstinación. El Frío pasó con delicadeza dos dedos sobre aquella frente de cordero, sobre la nariz afilada, acarició la barba descuidada, el pelo mojado. Lloró. Vanessa se asomó a la puerta.

—El doctor Spadaro quiere hablar contigo.

Fuera, el Negro fumaba apoyado sobre una pared cubierta de retratos de curas de todas las razas. Sus padres se sostenían el uno al otro. Vanessa lo condujo a los despachos de la dirección sanitaria. El doctor Spadaro era un cincuentón de buena apariencia, con los ojos pequeños e inyectados en sangre.

—Su hermano está fuera de peligro. No he encontrado marcas de pinchazos, de forma que no puedo considerarlo un toxicómano. Es evidente que quiso probar la emoción de inyectarse y le salió el tiro por la culata. Por esta vez se salva. Lo mantendré tres o cuatro días en observación y después se podrá marchar a casa.

El Frío le dio las gracias y le dijo que pagaría todos los gastos. Spadaro sorbió por la nariz.

—Considerando algunos de los hechos que me ha referido la señorita Vanessa, hemos estimado oportuno no informar del hecho a las autoridades...

Mientras regresaban, Vanessa le explicó que el médico esnifaba medio gramo al día.

—¿Cuánto pide?

—Quince millones por los cuidados médicos y por el silencio, y un poco de polvo de vez en cuando.

—Está bien. Dile a Treintamonedas que quiero ver a todos los camellos. Mañana a las once en su casa.

—¿Y a tu hermano?

—¿A mi hermano qué?

—Cuando se despierte... ¿debo decirle algo?

—No.

Sus padres seguían delante de la habitación. El Negro se había sentado en un sillón y hojeaba distraídamente una revista ilustrada. El Frío esquivó a su padre y se dirigió directamente a su madre.

—Está bien —le dijo, mirándola a los ojos.

La mujer se arrojó en sus brazos. El Frío la estrechó contra su cuerpo. Ella empezó a sollozar. El Frío apretó los puños. Le habría gustado consolarla, le habría gustado...

—Vamos, venga.

El Negro le había apoyado una mano en el hombro. El Frío se desasíó como pudo del abrazo de su madre y lo siguió a lo largo del pasillo que conducía a la salida.

—¿Damos un paseo? —le propuso el Negro.

—Quiero estar solo.

—Está bien.

—Negro...

—¿Sí?

—Gracias.

—Tú habrías hecho lo mismo por mí. Piénsalo bien y no hagas tonterías.

Las calles estaban abarrotadas de hinchas enloquecidos. Habían esperado aquella victoria durante cuarenta años. Cuarenta años sufriendo bajo el talón de esos cabrones del norte. Ladrones, corruptos, vendidos. Que hasta habían escupido sobre aquella única victoria. Decían que había sido una decisión de Macellone. Ladrones. Los hinchas se tiraban a las fuentes, ondeaban las banderas, rompían los escaparates. Los hinchas lloraban de alegría: a los hinchas les gusta sufrir, casi tanto como ganar. El Frío también era del Roma. Y en aquella victoria percibía desde hacía tiempo un sentimiento difuso de redención. Pero ahora estaba a miles de kilómetros de todo aquello. El rostro del cordero seguía atormentándolo. Subió a un autobús nocturno. Desde los tiempos del bachillerato no había vuelto a poner el pie en un transporte público. Cosa de miserables. Pero aquella noche las vibraciones del motor, el tintineo de los cristales en las paradas... todo esto lo tranquilizaba. Era como volver a casa tras una larga ausencia. Volver y percatarse de que nada había cambiado. Como si entre una cosa y otra no hubiese sucedido nada malo. Durante un cierto tiempo viajó solo con el conductor. Después subió un borracho y se le pegó.

—La otra noche se me apareció san Gaspar... ¿o era san Vicente? Dime, ¿qué piensas?, ¿era el santo o era una alucinación?

El Frío se hurgó en los bolsillos e hizo amago de ofrecerle dinero. El borracho lo rechazó ofendido.

Subieron dos jóvenes hinchas con los ojos desorbitados y unas latas de cerveza. El borracho se puso a hablar sin ton ni son. Los dos muchachos empezaron a insultarlo. El borracho los ignoraba, perdido en su delirio. Se produjo un empujón, a continuación otro. El borracho se tambaleó y se desplomó entre dos asientos. Los chicos se abalanzaron sobre él.

—Dejadlo en paz —dijo el Frío.

Los dos se volvieron, incrédulos, y soltaron una grosera carcajada. Acto seguido se concentraron de nuevo en el borracho, que trataba de recuperar la posición erecta. Sin mediar más palabra, el Frío se lanzó sobre ellos. Al primero lo aferró por los hombros, le dio la vuelta, lo asió por la cazadora y lo estampó contra la maquina de billetes. Al otro lo tiró al suelo con una patada en la entrepierna.

—Párate y abre las puertas —ordenó al conductor.

El hombre, que había seguido la escena a través del espejo retrovisor, se apresuró a obedecerle. El Frío arrojó a los dos gamberros a la calle.

—Arranca.

El autobús prosiguió su recorrido. El Frío ayudó al borracho a levantarse y le metió en el bolsillo todo el dinero que tenía. Luego hizo que el vehículo se detuviese de nuevo. Estaba hartó.

A la mañana siguiente, en casa de Treintamonedas, volvía a ser el Frío de siempre.

—Mierda. Sois unos pedazos de mierda. Ni siquiera tenéis valor para decir qué pasa. De no haber sido por el Negro... El Negro que tiene cinco trozos de plomo en la cabeza... Pedazos de mierda.

Ojo Feroz, Treintamonedas y el Esqueleto soportaban el chaparrón con la cabeza gacha. Los camellos temblaban de terror. Incluso el Tapón parecía lamentarlo seriamente. Sólo el Dandi se peinaba su recién estrenado bigote —un capricho de Patrizia— y pasaba de todo.

—Bueno, a fin de cuentas, la historia ha tenido un final feliz, ¿no? ¡La próxima vez tu hermano tendrá más cuidado!

—No habrá una próxima vez. Quien venda un solo gramo de droga a Gigio es hombre muerto. ¡Y ahora quiero saber quién se la dio!

II

A principios de verano el Búfalo fue repentinamente asignado al manicomio de Montelupo Fiorentino. Los expertos habían decidido someterlo a una observación psiquiátrica suplementaria «en terapia asistida mediante fármacos». La misma noche de su llegada, el conde Ugolino, un coloso de Viareggio del que se murmuraba que casi había desangrado vivo a un competidor en el tráfico de coca, le explicó el sentido de aquella oscura locución.

—¡Te atontan con pastillas y observan el efecto que produce!

—¿Y luego?

—Si sigues siendo el de siempre, te libras. Pero si te calmas demasiado... ¡dirán que estás «en tus cabales» y te la meterán por el culo!

—¡Pues yo esas pastillas no me las tomo!

—¡Como si fuera tan fácil! Ésos te las pueden meter en la comida, en el agua, y tú no te darás ni cuenta...

—¡Entonces estoy jodido!

—Pero ¡qué dices, romano! ¡Ración doble, dos dedos en la garganta y la jugada se la haces tú!

Al principio el Búfalo se tomó a mal su traslado. Una cosa era simular la enfermedad mental para librarse de la cadena perpetua y otra acabar entre locos de verdad. Pero no tardó en darse cuenta de que los locos de verdad eran muy pocos y que la mayor parte de los internos se encontraban allí por haber perpetrado unos delitos de risa: un ex guardia napolitano que tenía el vicio de masturbarse sobre las tumbas más recientes porque se lo habían ordenado las voces; un borracho que llevaba pagando seis años por el hurto de una caja de Branca añejo y que no saldría jamás porque no tenía familia; un drogata que había desplumado a un amigo y el día después le había devuelto el botín, por lo que era posible que el motivo de su encierro fuese precisamente esta extravagancia. El resto de los huéspedes del viejo y austero edificio estaban más o menos tan locos como él y esperaban la declaración de enfermedad mental como el aprobado en los exámenes. Pero estaban mal aconsejados. La locura que fingían era de manual: muecas, rugidos y penes al aire para escandalizar a los enfermeros a los que todo aquello les importaba un bledo. Hasta un novato se habría dado cuenta a primera vista de la simulación. Mejor permanecer al margen y no mezclarse con la masa. Sólo que entonces, ¿con quién iba a pasar el tiempo, hecho que, a fin de cuentas, constituía el problema principal?

Quitando al conde Ugolino, un buen tipo a menos que uno lo cabrease —era

capaz de levantar al Búfalo con un sólo brazo—, el único que parecía tener la cabeza en su sitio era Turi Funciazza. El siciliano, un muchacho despierto y taciturno, especialista en el ramo de las extorsiones, era uno de los mejores guardianes del orden de las bandas mafiosas de la plaza del Gesù. Arrestado tras una pequeña masacre ordenada por los aliados del clan Corleone, tras haber sido traicionado por un canalla al que le habían liquidado ya, en sentido literal, dos primos y tres sobrinos con ácido muriático, Turi era cortés pero reservado, hermético y, según el Búfalo, algo arrogante. Antes del encarcelamiento nunca había salido de Sicilia o, mejor dicho, de la provincia de Palermo y bajo su apariencia afable era posible adivinar lo que pensaba: todo aquello que no es Cosa Nostra, o es Estado o no es nada. El Búfalo, que en su casa estaba acostumbrado al respeto y al terror de los subordinados, se esforzaba por exagerar, pero el siciliano se limitaba a encogerse de hombros con una sonrisa de suficiencia.

—Para estar a nuestra altura necesitáis quinientos años, amigo.

Quinientos años porque, según explicaba Turi, ése era precisamente el tiempo que existía Cosa Nostra. Desde que tres hermanos aristócratas, Osso, Mastosso y Carcagnosso^[35] mataron en un duelo en toda regla al hermano del rey de España que les había ofendido.

—Pero ese miserable con la corona les condenó a muerte y Osso, Mastosso y Carcagnosso se vieron obligados a fugarse. Osso desembarcó en Favignana y fundó esa que vosotros denomináis la mafia... Mastosso en Nápoles y creó esa que vosotros llamáis la camorra; Carcagnosso organizó la primera *'ndrina* de Calabria... ¡así que mira si ha pasado agua bajo el puente! Por eso habla, habla cuanto quieras, romano, porque a ti y a los tuyos todavía os quedan muchos mendrugos por comer... No obstante, al oír el nombre del Dandi Turi tuvo una curiosa reacción, y dos días después se acercó a él con una amplia sonrisa y le estrechó calurosamente la mano. Había recibido información de la «familia». El Búfalo podía ser considerado una persona de confianza.

—¿Por qué no me dijiste antes que estabas en la banda del Dandi, amigo? ¡El tío Carlo lo lleva en palmas!

De esta forma, el Búfalo se granjeó su respeto y consideración por ser amigo del Dandi. ¡Y pensar que a él le gustaría regalar al Dandi un encontronazo con el conde Ugolino durante uno de sus arrebatos de rabia para ver si al toscano le gustaba tanto la carne humana como decían! ¡El Dandi, el canalla que le había arruinado la vida!

La revelación de Turi Funciazza obligó al Búfalo a liberar el cerebro de la inercia en la que lo había precipitado el prolongado esfuerzo de fingirse loco. El Dandi está fuera y comparte sus negocios con la mafia mientras el Búfalo se pudre en el manicomio. El Dandi sube mientras el Búfalo se hunde. El Dandi gana y el Búfalo pierde. El Búfalo venga al Libanés y paga. Al Dandi le importa un carajo la venganza

y no paga por nada. Sólo quedaba una posible consideración: el Dandi era un gran lameculos y el Búfalo un pobre gilipollas. El Dandi había hecho bien al mirar hacia delante, el Búfalo se había equivocado al pensar demasiado en el pasado.

Las vacaciones en Montelupo duraron unos quince días. Sobornando a un suboficial de la secretaría, el Búfalo se enteró de que el informe final «confirmaba los datos del estudio precedente». Así que todo había sido inútil. La noche antes de su regreso a Roma preguntó a Turi cómo se comportaría un hombre de honor con un rival demasiado entrometido pero a la vez demasiado poderoso como para enfrentarse a él empuñando un arma.

—Con astucia y humildad, amigo. Con la sonrisa y el veneno —fue la respuesta.

III

Después del encuentro en el «despacho-que-no-existe», Scialoja recopiló un poco de información sobre el Viejo. Las fuentes eran discordantes. El Viejo era el interlocutor privilegiado de la diplomacia paralela que unía estrechamente Italia y Estados Unidos. El campeón del anticomunismo visceral. El Viejo era un moderado. Aplacaba las diferencias de los extremistas con su serena sabiduría. También estaba bien visto al otro lado de Telón de Acero. No, el Viejo era un deshecho, un superviviente de otras épocas, un espejuelo, un hombre de paja que tenían aparcado en un miserable despacho de periferia sin fondos ni hombres. Nada más lejos de la realidad. Nunca como en el caso del Viejo el papel formal no se correspondía con el poder efectivo: mediocre y periférico el primero, oscuro e ilimitado el segundo. El Viejo era un espantapájaros que se agitaba en los momentos de crisis. El Viejo era el cruce de la historia secreta del último cuarto de siglo. Gracias a ciertos detalles recurrentes, que una y otra vez eran agigantados y ampliados como en las leyendas populares, Scialoja comprendió que el primer propagador de las habladurías era el Viejo en persona. Era él el que alimentaba las dudas inquietantes, los rumores estrambóticos, el respeto teñido de miedo o la risita irónica que invariablemente soltaba el interlocutor de turno cuando le mencionaban su nombre. El Viejo era un anarquista. El Viejo se divertía. A su modo, el Viejo había propuesto un acuerdo. Te daremos algo, o alguien, que llevarte a la boca, pero el juego déjasele a los mayores, todavía no eres lo bastante mayor. Las investigaciones abiertas por su informe seguían adelante a duras penas. Nadie tenía ya el valor de truncarlas, los tiempos habían cambiado. Pero entre un interrogatorio inusual, un examen distraído de la documentación y un artículo en los periódicos de izquierda que no tardaba en caer en el olvido, la trama se iba desvaneciendo, dispersa en los mil arroyuelos del perverso juego de las competencias. Sólo cabía la posibilidad de concentrarse, una vez más, en los homicidios y en las armas. El Viejo les había dado a entender que alguien iba a pagar. Aquellos que se obstinaban en permanecer en la calle. O aquellos que no eran lo bastante astutos como para deshacerse del pasamontañas y ponerse la chaqueta cruzada. Pero ¿el viejo sabía respetar los pactos? Zeta y Equis parecían haberse desvanecido en la nada. En alguna parte habían escrito que se encontraban en misión oficial en el extranjero. Al Rana no lo habían vuelto a molestar. Scialoja había ido a recogerlo una noche a las Termas de Diocleciano. Reducido a una larva, seguía prostituyéndose.

—¡Es la ley del deseo, guapo!

Mientras se bebían un whisky en un tugurio que había detrás de la estación, Scialoja se preguntó cómo era posible que en el mundo hubiese alguien con ganas de llevárselo a la cama. El Rana había insistido en invitarlo.

—Patrizia me ha pedido que le salude de su parte.

—¿Eso es todo?

—¿Qué se esperaba? ¿Una declaración formal de amor? Vaya a verla y mire a ver lo que consigue. ¡Dios mío, los hombres son insoportables! Hay que explicarles siempre todo, de la A a la Z. ¡Nunca dejan un resquicio a la imaginación, al misterio!

Así que ella quería verlo. Scialoja, sin embargo, no la buscó. Ni siquiera le preguntó al Rana cómo podía encontrarla. No movió un dedo para localizarla. La herida de Positano seguía abierta, aunque confiaba en que se tratase de un dolor sordo, intermitente, en vías de curación. Cuando ella le llamó a la comisaría, Scialoja estaba interrogando a un desequilibrado de Cinecittà, un majadero que había violado, estrangulado y quemado a una cría de catorce años. El Rana había muerto. Scialoja maldijo al Viejo, removi6 cielo y tierra para conseguir el informe del médico legal, y tuvo que hacer un esfuerzo para rendirse ante la evidencia, aunque al final no le quedó más remedio que resignarse. No, no había ningún misterio. El Rana había cogido un cintur6n y se había colgado de una viga. Había decidido acabar con su vida, eso era todo. Al abrirlo habían encontrado en su cuerpo más enfermedades que en un lazareto. Lo único que se podía decir a modo de réquiem era que había optado por abandonar la escena con elegancia al percatarse de que su abominable cuerpo ni siquiera podía ya realizar las funciones elementales.

Se encontró con Patrizia en el funeral. Bajo el chaparr6n, una orquesta de ocho músicos escoltaba al ataúd, que avanzaba sobre un carro con baldaquino, mientras ejecutaba sin gran habilidad algunas piezas de jazz. Scialoja reconoció *Oh When The Saints Go Marchin' In*, y después, mientras entraban en el cementerio de Prima Porta, una lánguida y desgarradora *Sophisticated Lady*. «Tocad esa canción —había escrito el Rana en su última carta a Patrizia—, en el fondo siempre me he sentido una dama sofisticada.» Exceptuando a los músicos, sólo habían acudido ellos dos. Las únicas personas que podían jactarse, por decirlo en alg6n modo, de haber tenido una relación con él. Aguardaron en silencio a que cerrasen el ataúd. Patrizia pagó a los músicos. La lluvia había cesado. Patrizia lo cogió por el brazo.

—Te encuentro bien.

—Yo no. Has engordado, te has pintado demasiado, no puedes llevar más joyas chabacanas encima... si sigues así, acabarás convirtiéndote en una de esas matronas de mafiosos...

—Qué poco amable eres. Todavía estás enfadado conmigo por la historia de Positano...

—¿Por qué? ¿Pasó algo en Positano?

Llegaron junto al Maserati de ella. Sin soltarse del brazo. Patrizia soltó una de sus risas guturales.

—Al Rana le gustaban las joyas. Decía que con ellas le recordaba a Cleopatra.

—Cleopatra acabó mal.

—A mí no me sucederá.

De repente, Patrizia le cogió la cabeza entre las manos y trató de forzar sus labios. Él sacudió negativamente la cabeza y la rechazó con delicadeza. Ninguna aceleración rítmica del corazón. Ningún deseo incontrolado, ninguna espada lacerante en el bajo vientre. Scialoja se sentía frío como la lluvia que volvía a repiquetear sobre el techo del lujoso Maserati.

—¿Te resulto repugnante? —preguntó ella con coquetería.

—Las cosas cambian.

—Vete a la mierda, quiero follar.

—¿Qué pasa, el Dandi te ha dado el día libre?

Patrizia se rio. Su mirada pasó gradualmente de la languidez a la desesperación, antes de tornarse de nuevo orgullosa y pérfida. Se abalanzó sobre él con furia sin importarle la lluvia. Le clavó los dientes en una oreja.

—El Frío quiere matar al Rata —susurró. Acto seguido se separó de él, subió al coche y se alejó haciendo chirriar los neumáticos.

Más tarde, Scialoja se percató de que Patrizia le había deslizado en el bolsillo un par de llaves.

IV

Si bien el Frío lo intentó varias veces, Giggio se negó a verlo a la salida del hospital. Así pues, lo único que podía hacer era mandar un poco de dinero a su madre y rogarle que convenciese a su hermano para que viajase al extranjero. Al final, Giggio dio su brazo a torcer y se marchó a Londres: a rehacer su vida lejos de toda aquella porquería, esperaba el Frío. Mientras tanto, no conseguían averiguar quién había sido el canalla que le había vendido la dosis. Tanto los llamamientos como la búsqueda habían resultado inútiles, vanas las amenazas y la adulación. Los otros no les prestaban ninguna ayuda. Era un asunto de familia y ni siquiera era difícil adivinar que, en su fuero interno, compartían la opinión del Dandi: cualquier drogata, habitual u ocasional, se la busca. ¿Acaso no era lo mismo que pensaba él antes de que Giggio sufriese la sobredosis? Pero alguien tenía que pagar por lo sucedido.

La madre le había dicho que en el período durante el cual se chutaba, Giggio estaba siempre sin una lira. A la salida de la clínica el hermano ya no tenía la moto que el Frío le había regalado una noche, muchos años atrás. Era de suponer que la había entregado a cambio de la dosis. El Frío hizo correr la voz de que alguien le había robado algo que le pertenecía. No era un asunto se que pudiese tomar a la ligera de forma que, una semana después, se presentó ante el Frío un ladronzuelo de Centocelle. Asustadísimo, el muchacho juró y perjuró que él no lo sabía, que si tan sólo se lo hubiese imaginado, que el vehículo le parecía limpio que, bueno, se lo había vendido al Cojo, un comerciante de objetos robados que gozaba de bastante consideración en el medio. El Frío le dio las gracias al muchacho y le dijo que si su información resultaba ser cierta, podía quedarse con la moto. El Cojo se puso también a su disposición: la moto no era robada y cuando el Rata se la llevó no se le ocurrió que... Gracias, está bien, con aquello tenía más que de sobra.

Así que había sido el Rata. Y ahora debía pagar. ¿Las pruebas? Pero ¿es que acaso necesitaban pruebas? Era todo tan claro, tan lineal...

Cuando lo vio delante del bar de Franco, el Rata entendió de inmediato que el Frío se había enterado. Las piernas le flaquearon, al tiempo que su sonrisa se desvanecía. El local estaba abarrotado de gente y el Frío no tenía ganas de meterse en líos por dispararle delante de tantos testigos.

—Ven conmigo —le dijo.

El Rata lo siguió sin poner reparos, sacudido por un temblor incontrolable. El Frío lo condujo hasta el Golf, le apoyó el arma contra el costado y le espetó:

—Ahora buscaremos un buen lugar para morir.

En aquel momento no era ya un hombre, sino una máquina.

Sólo que allí arriba, en el cielo, debía de haber en ese momento un arcángel ocioso y dispuesto a amparar con sus grandes alas a canallas de la ralea del Rata. El muy tarugo se había salvado ya aquella primera vez, cuando le había robado la bolsa al Libanés. Y el mismo Frío, le había otorgado la gracia en una segunda ocasión por la historia de Aldo Bufones. Al Rata había que cambiarle el apodo, a partir de esa tarde había que llamarlo «el favorito del paraíso». Porque, nada más embocar la autopista para Fiumicino, los detuvo la Fiat Uno de la policía.

El Rata, sin apenas poder dar crédito a lo que veían sus ojos, se puso a gritar: «¡Cuidado! ¡Va armado!». Los agentes de la bofia empuñaron las Beretta reglamentarias. El Frío, que sabía perder, entregó la calibre 9 con una leve sonrisa. Arma clandestina con el número de licencia limado. De esta forma, el aspirante a asesino y su afortunada víctima fueron a parar a Regina Coeli, a meditar sobre el poder de las fuerzas celestiales.

Ni el Frío ni el Rata sabían que el arcángel se llamaba Scialoja. Éste había necesitado algún tiempo para reparar en el Rata, un pez pequeño que todos desconocían, pero lo había hecho seguir por dos de sus muchachos de confianza y al final aquella incitativa había dado sus frutos. Scialoja se frotaba las manos. Además de lo que suponía ya de por sí el arresto, si conseguía trabajarse bien a ese Rata...

La captura del Frío no sólo apesadumbró al Esqueleto y a Ojo Feroz, que eran y que siempre serían sus sinceros amigos, sino también a Treintamonedas: en cuyo caso poco tenía que ver la amistad, lo que sentía era más bien pesar por la pérdida temporal del Rata. ¡A ver quién encontraba ahora un catador de su envergadura! El Dandi, por su parte, comprendió que había dado en el clavo al optar por alejarse de la banda. Si hasta el Frío, el único que por hígados y cerebro podía constituir una molestia, se enredaba con los problemas del flipado de su hermano, bueno, era evidente que él y los demás se encontraban ya en dos planetas diferentes. Ahora que el acuerdo con el Seco le garantizaba hombres y canales alternativos, había que deshacerse del lastre. Y para ello había que aprovechar el momento más propicio. No obstante, el Dandi no estaba muy seguro de querer desencadenar una guerra. Si lo que querían era asestarles un buen golpe, debían hacerlo de manera científica y definitiva. Sólo que con el Frío, el Búfalo y Ricotta entre rejas corrían el riesgo de dejar a sus espaldas unos peligrosos secuaces. El Frío era un adversario digno de todo respeto. El Búfalo era uno al que no había que perder de vista... además, Treintamonedas controlaba la red de vendedores. Con el napolitano se podía razonar. Quizá se pudiese evitar que la última palabra la tuviesen las balas: no sería ni el primer ni el último caso de disolución consensual de una banda criminal. No obstante, las cosas debían seguir su curso por el momento. El canal chino era ahora de todos, a pesar de que el Dandi se había reservado el control exclusivo de los suministros. Adquiría, por

ejemplo, tres kilos y declaraba dos a los compañeros. Su contribución a la caja se calculaba en base a ellos y el resto se lo repartía con el Seco.

Éste se había convertido en toda una potencia: no sólo era inigualable a la hora de hacer circular el dinero, cosa que ya se sabía, sino que además era muy hábil para adquirir y conservar los contactos justos. A medida que el acuerdo iba tomando cuerpo, el Dandi se sorprendía al constatar con sus propios ojos el número de gente que el Seco era capaz de controlar: funcionarios, policías, constructores, directores de banca, incluso dos o tres jueces. Muchos de ellos recibían sus correspondientes sobornos, otros eran víctimas de chantaje debido a sus costumbres sexuales, o pagaban en especie los altísimos intereses usurarios del Seco. ¡Los políticos, además! El Seco los untaba generosamente, salía a cenar con ellos, les procuraba muchachitas complacientes, y mientras tanto iba tejiendo una especie de red de intereses y complicidades de la que, como pescador experimentado que era, pensaba tirar cuando llegase el momento oportuno. Hasta un viejo zorro como el tío Carlo conocía al Seco. El Dandi lo había acompañado a ver unos terrenos en la costa de Sabaudia que interesaban a los socios milaneses del tío. Los acompañaba el Maestro. El tío Carlo había criticado el Ferrari color amarillo azafrán que el Dandi había recogido del concesionario tres días atrás.

—Es demasiado llamativo.

—Pero tío Carlo, perdone, el dinero sirve también para disfrutar de la vida, ¿no?

—Ten cuidado, hijo, que no se te suba a la cabeza.

Al Dandi le habría gustado replicarle, pero el tío Carlo cambió rápidamente de tema. Aquella mañana estaba de un humor espléndido: en Palermo acababan de hacer saltar por los aires a otro maldito magistrado que se había empeñado en organizar el trabajo de los fiscales con métodos modernos. *Pool*, llamaban a aquel grupo de gilipollas. Y el tío Carlo les había servido una buena ración de modernidad. Abordaron el tema del Seco al final del día.

—Un elemento interesante —le había advertido el Maestro—, pero no le des demasiada cuerda.

—¡La situación está totalmente controlada!

—Ya veremos.

¿De qué se preocupaba el Maestro? El Dandi sabía de sobra que el Seco tenía dos caras, que no era de fiar, que era un traidor vocacional. La época del Libanés y del Frío estaba tocando a su fin. Por decirlo en algún modo, ahora la lealtad era objeto de intercambios, y había que adquirirla a diario.

Para seguir manipulando los hilos del juego, el Dandi contaba con su capacidad de manipular a los hombres. A pesar de su dinero y de su diabólica habilidad para tratar con los poderosos, el Seco no sabía cómo se razonaba en la calle. Sus mismos secuaces, aquellos que engordaban gracias a sus ideas, lo respetaban como mucho,

pero no lo amarían jamás. El Dandi tenía pensado agenciárselos poco a poco. Sin que el Seco se percatase. El Seco era un hombre solo. El Seco podía ordenar un homicidio, pero nunca tendría el valor suficiente para enfrentarse cara a cara con un enemigo. El Seco carecía del físico y del estómago de un líder. Y si un día empezaba a dar la lata, la bala que aquella noche había vuelto al cargador seguía esperándolo...

Durante el primer interrogatorio sucesivo al arresto, el Frío declaró que se había ofrecido a llevar al Rata, al que conocía desde los tiempos del Libanés. Obviamente, ignoraba que el muchacho tenía un arma que, por si fuera poco, era clandestina. De haberlo sabido, y dados sus antecedentes y el conocido «interés» que despertaba en las fuerzas del orden, se habría guardado muy mucho de ofrecerle su coche y, había añadido en un alarde de ironía, su «amistad».

El Rata le había contado a Scialoja que el Frío quería matarlo. Pero se había encerrado en un obstinado mutismo delante del fiscal. Había superado la crisis de abstinencia en la celda de aislamiento, donde lo habían tenido encerrado durante cuatro días y cuatro noches. Cuando se había calmado, había solicitado que le dejaran ver al juez a la vez que suplicaba que lo metieran en una celda con algún compañero.

—O pensarán que me he convertido en un chivato, que estoy largando...

Scialoja le había sugerido con malicia que durmiese con el Frío. El Rata se había desmayado y habían tenido que llevarlo urgentemente a la enfermería. Otra investigación que corre el riesgo de finalizar en el momento de ver la luz, comentó Borgia. Pero Scialoja insistía: había que trabajarse al Rata. El asunto era singular. Que un delincuente de la envergadura del Frío hiciese subir a su coche a un ser insignificante como el Rata ignorando que éste iba armado era cosa de ciencia ficción. Además, ¿por qué iba armado el Rata? Era un drogadicto impenitente, con pequeños antecedentes por robo y venta de droga. El mero hecho de que se encontrase en el coche del Frío resultaba sospechoso. No. El Rata había dicho la verdad: el Frío quería matarlo. La intervención «casual» de la patrulla le había salvado la vida. Había que descubrir lo que el Frío tenía contra el Rata. ¿Qué podía relacionar a uno de los principales jefes con aquel desgraciado? ¿Qué motivo había para la venganza?

—Pero ése no habla —se quejó Borgia exasperado—. ¡No lo puedo torturar!

—El Rata está muerto de miedo. Devolvámoslo a la calle.

—¿A la calle? ¡Usted ha perdido el juicio, Scialoja!

—Escuche: es una ocasión de oro. ¡Fíese de mí!

Una semana después del arresto, el Rata fue puesto en libertad, oficialmente por motivos de salud. Apenas cruzó el umbral del hotel Regina dos veteranos se dedicaron a seguirlo las veinticuatro horas del día. Aquélla era otra idea de Scialoja: mantener la operación en el mayor de los secretos, veteranos aparte. Por esa razón Santini, Fabio, no pudo avisar a Treintamonedas de que el Rata estaba siendo

vigilado.

Al principio, el Rata los decepcionó. Los agentes refirieron que el tipo se pasaba todo el día encerrado en casa, con las puertas y las ventanas cerradas a cal y canto. En una ocasión, uno de los dos se había adentrado incluso en la vivienda de aquel tipo aprovechando un cortísimo paseo vespertino. Sus ojos habían vislumbrado un escenario indescriptible de suciedad y abandono: el Rata vivía prácticamente entre su propia basura.

Borgia titubeaba. Scialoja se obstinaba. Incluso estaba dispuesto a soltar al Frío para ver qué pasaba.

El Rata se dio cuenta de la intrusión del policía por unos insignificantes detalles. Y sus paranoias se multiplicaron. Veía al Frío por doquier. Temblaba bajo el sol. Si hubiese tenido un poco de agallas se habría pegado un tiro. Cualquier cosa con tal de acabar con aquella angustia que lo consumía.

Preocupado por su silencio, Treintamonedas se vio obligado a ponerse en acción. El napolitano trató de tranquilizarlo como pudo: nadie le tenía ojeriza, y mientras el Frío permaneciese dentro podía vivir con toda normalidad.

—¿Y cuándo salga?

—Entonces ya hablaremos. ¡El Frío no puede hacer siempre lo que le pase por las narices!

Pero el Rata no las tenía todas consigo. Treintamonedas recurrió al caballo.

—Cien gramos. De gran pureza. ¡Ochenta para vender y veinte para ti!

De nuevo a solas, el Rata miró el paquete y sintió la tentación de arrojar todo en la taza del váter. Pero al final prevaleció la avidez y después de un buen chute se sintió en paz con todo el mundo. Los dos policías intervinieron cuando lo vieron salir reluciente y recién afeitado. Se abalanzaron sobre él gritando: «¡Deténgase, policía!», pero el Rata se había desmayado ya con sólo verlos. Lo llevaron a su casa y encontraron la bolsa con la droga extendida sobre una mesa que cojeaba. El Rata recuperó el conocimiento, se percató de la situación y la bestia inmunda que lo tenía aferrado por el cuello alzó el vuelo. Dijo que quería ver al juez Borgia.

—Quiero confesarlo todo. Desde hace algunos años formo parte de una gran organización criminal con amplias ramificaciones...

TERCERA PARTE

1984

TODOS DENTRO

El Rata dictaba y Scialoja taquigrafiaba.

Los nervios, la voluntad, y la esperanza transmitían al muchacho una fuerza que jamás había soñado, ni remotamente, poseer. Después de tantos años, vislumbraba por primera vez una salida. Dejar a las espaldas el mono y la paranoia. Y si eso era considerado una canallada, tanto mejor. A fin de cuentas, ¿qué era lo que lo unía al Frío y a los demás? No sentía piedad por ellos. El primer nombre que dio fue el de Santini, Fabio.

—Podemos estar aquí hasta mañana, si queréis, pero mientras no detengáis al espía todo será inútil.

Suspendieron el interrogatorio, ordenaron que llevasen al chico bocadillos y cervezas, y se encerraron con llave en el despacho del director. Borgia quería meter de inmediato a aquel madero corrupto en la cárcel militar de Forte Boccea. Scialoja se opuso.

—Sólo tenemos contra él la palabra del Rata. Hay que verificar lo que ha dicho. De otra forma le bastará decir que es víctima de la venganza de un criminal y saldrá con las manos limpias. Si lo arrestamos ahora, el amigo nos joderá la investigación.

—Si permanece en libertad, nos la joderá igualmente.

—Depende...

Scialoja expuso su plan. El juez instructor se quedó horrorizado.

—¡Pero eso es ilegal!

—En ese caso le sugiero que vuelva abajo y prosiga con el interrogatorio. Nosotros nunca hemos hablado. Si todo va bien, en tres horas tendremos resuelto el problema Santini.

—¿Y si va mal?

Scialoja no contestó. Mientras bajaba por la mugrienta escalera que conducía a las habitaciones de seguridad, Borgia pensó que el juez joven e idealista que era antaño habría mandado a Scialoja al infierno. Peor aún: lo habría denunciado. Ahora, en cambio, le estaba dando implícitamente vía libre con su silencio. Y ni siquiera era la primera vez que protegía a aquel loco. ¿Sentimientos de culpa? Ni mencionarlos. Se enfrentaban a gente sin escrúpulos. Asesinos protegidos por una red invisible e insidiosa. En ciertos niveles, la defensa de los derechos es sinónimo de complicidad.

Scialoja entregó a Santini, Fabio, la orden de servicio debidamente sellada y firmada.

—¿Salerno? ¿Se puede saber qué voy a hacer en Salerno, comisario?

—Pero ¿es que no sabes leer, Santini? Vas, recoges a un brigadista que ha empezado a largar, y lo llevas a Rebibbia. Antes de mañana por la mañana.

—¡Pero eso es cosa del antiterrorismo!

—Tienen escasez de hombres y nos han pedido refuerzos.

—¿Y justo me habéis elegido a mí?

—¡Necesitaba un hombre de confianza! —le atajó Scialoja con una amplia sonrisa.

A la puerta de la comisaría, montados en un coche particular, había dos viejos zorros de la Brigada Criminal. Les habían encargado que se asegurasen de que Santini partía efectivamente rumbo a su improbable misión. Los de Salerno tenían orden de hacerle perder un poco el tiempo. Mientras el policía corrupto traspasaba la barrera de Roma Sur, otros dos agentes entraban con toda discreción en su apartamento, situado en el tercer piso de un edificio de la Garbatella.

Dos horas después, Scialoja recibió una llamada telefónica. Borgia lo vio colgar con una sonrisita de policía malvado.

—En la Garbatella hemos encontrado catorce gramos de cocaína y una pistola robada hace dos meses de la armería de la comisaría de Casilino. Mis hombres siguen allí.

Borgia firmó la orden de arresto y registro con un suspiro de alivio. Santini fue conducido a Forte Boccea, adonde llegó con un ojo tumefacto y la nariz hinchada. Los dos viejos zorros de la Brigada Criminal escribieron en su informe que la persona capturada, víctima de un repentino ataque de desesperación, había golpeado repetidas veces con la cabeza una ventana dotada con cristales antibalas.

Mientras tanto, el Rata dictaba y Scialoja taquigrafiaba.

—¿Habéis pillado a Santini? Entonces id a coger la mercancía. Todo empieza con los cien gramos que me secuestrasteis en el momento de la detención. *Brown Sugar* tailandesa. ¿Que cómo puedo estar tan seguro? Preguntad por ahí: ¿en toda Roma no hay una nariz, una vena más sensible que la del Rata! ¿El proveedor? Un pequeño empresario de Terni, llamado el Perilla. Tiene negocios con Bangkok, negocios honrados, pero dos veces al año como mínimo envía dos o tres kilos de heroína escondidos entre el algodón y el arroz y destinados a las mesas de la gente famosa. Ciento cincuenta gramos los reparte entre sus mejores amigos, todos adictos. El resto lo adquiere en bloque Treintamonedas. Treintamonedas no guarda nunca la droga en casa sino que se sirve de Maurone, un comerciante de neumáticos que tiene un almacén en el Quadraro. La mercancía está escondida en un nicho de madera disimulado con un panel en el que figuran las cuotas de las apuestas de caballos.

El Rata se había convertido en una ametralladora. Scialoja mandó una brigada y tres agentes especiales de la Antiasaltos —gente que no se dejaba impresionar por nada— a Terni, al almacén de Maurone en el Quadraro. Cuando el Perilla de Terni

vio su casa rodeada de agentes, trató de salir a tomar el aire por el tejado. Pero una teja suelta se interpuso y el Perilla, tras una caída tremenda, acabó en el hospital con un fémur hecho añicos: en el salón, junto a una colgada esquelética, encontraron los famosos ciento cincuenta gramos de *Brown Sugar*.

Maurone del Quadraro, un deshecho de la sociedad en libertad vigilada, recibió a los policías con expresión de duro. Los agentes, para no pillarse los dedos, fingieron un poco al principio hasta que «por casualidad» encontraron el escondite. Dentro estaba la heroína, un poco de coca y, por si no bastase, una Beretta semiautomática y un paquete de cartuchos Lapua. Así fue como Maurone, con la sonrisa congelada ante la perspectiva de un largo veraneo a cargo del Estado, acabó también esposado en el hotel Roma.

Mientras tanto, el Rata dictaba sin cesar. Scialoja taquigrafiaba, y Borgia anotaba los pormenores más relevantes, trazaba esquemas, intervenía para iluminar detalles en apariencia insignificantes que, sin embargo, podían resultar relevantes en el proceso.

Hasta que, alrededor de medianoche del segundo día, el muchacho se desplomó exhausto. El acta del interrogatorio tenía más de cien páginas. El policía pidió café y cruasanes calientes. Pero el Rata se había hundido en un sueño comatoso. Borgia se preguntó desde cuándo no habría dormido aquel desgraciado tan a gusto. Scialoja, más pragmático, le recordó que durante los últimos minutos el Rata no había hecho sino darle vueltas a los mismos hechos.

—Le hemos sacado ya todo el jugo. Es inútil continuar.

El Rata fue desviado al reparto especial de Rebibbia, a hacer compañía a los terroristas aficionados al canto. Antes de subir al Alfetta blindado y camuflado, el Rata miró fijamente a los ojos de Borgia.

—Yo me he fiado de usted, señor juez.

Borgia le tendió la mano esquivando su mirada. Sabía que apenas podía hacer nada por él, y por esa razón había sido honesto y le había hecho pocas promesas. Tal vez, si se hubiesen decidido a aprobar aquella ley sobre los arrepentidos de la que llevaban años hablando... en el caso del terrorismo se habían movido deprisa, pero el terrorismo molestaba a los políticos y, por tanto... en cambio, cuando se trataba de mafia inexplicablemente todos andaban con pies de plomo... El Alfetta se puso en marcha haciendo chirriar los neumáticos. Scialoja, que había presenciado la pantomima, le puso una mano en el hombro.

—¿Y ahora?

—Ahora informamos al fiscal general y seguimos adelante con las órdenes de arresto.

II

Las brigadas de Scialoja se movilizaron a la peor hora, cuando las defensas se han bajado y el lúgubre ruido del golpe de las armas contra la puerta de casa te hace maldecir el momento en el que optaste por la mala vida.

Pillaron a Ojo Feroz —quien después de una vida sexual poco menos que desenfrenada por fin se había comprometido de verdad— abrazado a su novia, una morenaza cubierta de joyas que regentaba un restaurante de Fiumicino.

—¿Dónde te llevan, cariño?

Mientras ella, melodramática, se retorció los dedos cubiertos de rubíes, su hombre se tapaba el miembro a la par que brincaba desesperado tratando de encontrar su camisa y sus calzoncillos sin dejar de insultar a la bofia. ¡Todo un espectáculo!

El Esqueleto, que dormía con la pistola bajo el almohadón, levantó los brazos cuando tiraron abajo la puerta y se declaró prisionero político. El jefe de la brigada soltó una carcajada y le dio una patada en las espinillas. El Esqueleto bajó los brazos y se encogió de hombros: jamás se había destacado por su sentido del humor.

A Treintamonedas lo encontraron en compañía de una atractiva muchacha de aire ingenuo y asustado. El napolitano dijo que se trataba de su enfermera personal, a la que había llamado urgentemente a causa de un cólico. Los policías la identificaron y la dejaron marcharse. Por otra parte, el Rata nunca había mencionado en las actas a una tal Vanessa. Treintamonedas ofreció una bebida a los policías y éstos la rechazaron. Cuando citó el nombre de Santini, Fabio, los agentes le comunicaron que ya había sido asignado a Forte Boccea. Entonces intentó sobornarles y se ganó un par de bofetadas. Resignado, preparó una maleta llena de certificados médicos y los siguió.

El Tapón, que todavía vivía con su madre, trató de esconderse en un armario pero fue delatado por un estornudo. Carlo Bufones protestó a gritos cuando enrollaron el cierre metálico de la tienda familiar con un pie de cabra. El pobre desgraciado no sólo llevaba varios meses fuera del grupo sino que además consideraba una ofensa que asociasen su nombre al de los canallas que habían asesinado a su hermano gemelo. Declaración que, mirándolo bien, era tan reveladora como peligrosa y que, por otra parte, no fue adecuadamente valorada en ese momento. Los maderos, implacables, sólo tenían una orden: encerrarlos a todos. De forma que se lo llevaron también a él y aquella frase incriminatoria no fue transcrita en ninguna de las actas.

Sólo el Dandi escapó a la redada. Según el Rata, el Dandi contaba con un refugio cercano a la Feria de Roma. Oficialmente se trataba de la casa de Patrizia, pero él

entraba y salía de ella cuando quería. Carecía de puerta blindada o de cualquier otro tipo de cierre especial. Desde su estancia en la cárcel, Patrizia odiaba los cerrojos. Por otra parte, en Roma no había nacido todavía un loco que se atreviese a molestar a la mujer del jefe. Scialoja entró gracias a las llaves que ella le había metido en el bolsillo durante el funeral del Rana. A pesar del peligro que implicaba aquella intromisión, el policía no pudo por menos que mirar admirado a su alrededor. Blanco por doquier, y unas cuantas piezas de diseño: tanta esencialidad sólo podía ser obra de un arquitecto, ¿o del tiempo? Scialoja apagó todas las luces, se encendió un cigarrillo, y se acomodó sobre el sofá que había frente a la puerta de entrada. Desde la época de Porta Maggiore, su palomita había recorrido un buen trecho. Y, sin embargo, estaba seguro de que seguía conservando en algún sitio el cofrecito con los objetos que encarnaban sus miserables sueños ordinarios y ávidos: las monedas, los anillos, la foto de Raquel Welch, el catálogo de las joyas de Bulgari, el folleto que prometía unas vacaciones en los mares del Sur... En cualquier caso, mientras sus hombres detenían a los jefes, él había decidido capturar al Dandi por su cuenta. Borgia lo habría definido una estúpida chulería. Y quizá lo fuese. Pero a la vez tenía que ver con la ruptura de cadenas, con el abandono de ciertas herencias, con juegos perversos que, en caso de no interrumpirse, pueden arrastrarnos a abismos desconocidos. Una elección ineludible. Instinto de conservación. Scialoja había descubierto que poseía una buena reserva cuando había comprado a un utilero del circo un frasco de aceite de hachís afgano. Tras la primera esnifada había sentido que se desdoblaba. Con la segunda había tenido la sensación de que el corazón se paseaba por la habitación. La tercera no había llegado a producirse ya que la droga había acabado en el váter. Tenía dieciséis años. Desde entonces no se había vuelto a hacer un canuto como Dios manda. Instinto de conservación. Para justificar su arrebató les había dicho a sus colegas que, dada la peligrosidad del Dandi, era mejor proceder en modo tranquilo, sin escándalos ni premuras. Pero mientras se deslizaba en la torpe inquietud de la espera se sorprendió acariciando con una sensación reconfortante, incluso afectuosa, el mango de la Beretta reglamentaria. Seguro que el Dandi iba armado. ¿Y si oponía resistencia? Quitó el seguro. Tal vez fuese necesario dispararle. Dicha perspectiva, pensó con un estremecimiento, no lo desconcertaba demasiado. Por otra parte, nadie le garantizaba que justo esa noche el Dandi decidiese hacer uso del «buen retiro». En caso de que no fuese así, procedería de manera ordinaria al amanecer. Con ello sólo perderían un poco de tiempo, nada más. ¡Pero qué solución hipócrita! Encendió un cigarrillo, un segundo, otro más. ¿Y si regresaba acompañado de Patrizia? Apartó de su mente aquella idea con el enésimo cigarrillo. Cuando, pasadas las tres, el Dandi apareció por fin, se topó con un Scialoja en estado de alerta, sombrío, que lo apuntaba con su pistola. El Dandi lucía una cazadora negra y botas de piel. Había engordado aún más, y empezaba a perder pelo. Buscó por instinto una vía

de escape. Scialoja se limitó a alzar el cañón y a apuntarle a la cabeza. El Dandi abrió los brazos, dándose por vencido.

—Date la vuelta y levanta las manos.

El Dandi lo obedeció. Scialoja lo registró con el arma apoyada en la nuca. El Dandi olía a colonia y ligeramente a sudor. E iba desarmado. Su tono era burlón.

—¿Qué te crees, que todavía voy por ahí con la artillería?

Scialoja le informó de que estaba arrestado. Tenía derecho a informar a su abogado. Tenía derecho a llamar a su familia. Cuando se disponía a notificarle la orden de arresto, el Dandi soltó una carcajada.

—¿Y para eso necesitas todo este montaje? Ah, ahora lo entiendo... es por Patrizia, ¿no?

Scialoja retrocedió un paso, como turbado por la evidencia. El Dandi aprovechó aquel momento para bajar los brazos. Scialoja lo volvió a apuntar con la pistola. El Dandi sonrió.

—No pretenderás disparar a un hombre desarmado, ¿eh?

—¡Me sorprende que digas una cosa así!

—¡Y qué tiene que ver! ¡Tú representas a la ley, coño! No puedes hacer ciertas cosas... ni tampoco las puedes pensar... como, por ejemplo, mato al Dandi y luego me tiro a su novia... porque es eso lo que quieres, ¿no?

—¡No te muevas!

—¿Y quién se mueve? Sólo quería decirte, antes de que te cabrees... que hay modos y modos de resolver las cosas... ¿quieres a Patrizia? ¡Pues cógela guapo! ¡Yo desaparezco y Patrizia es toda tuya! Y estamos en paz, ¿qué te parece?

—¡Eres un animal, Dandi!

—¿Y tú te crees mejor que yo? ¡Estás loco, amigo mío!

El Dandi avanzaba, paso a paso, sin dejar de hablar. Y el comisario retrocedía, paso a paso también. Hasta que tropezó con el sofá, perdió el equilibrio, trató de sostenerse con la mano izquierda y el Dandi se abalanzó sobre él. Un rodillazo seco, en el bajo vientre, y Scialoja se dobló en dos por el dolor. Un *uppercut* a la barbilla, la cabeza se le fue hacia detrás y la pistola le cayó de la mano. Scialoja intentó reaccionar, pero era como si la voluntad le fallase. A causa de los golpes, por descontado, o, quien sabe, tal vez se tratase de un sortilegio más sutil, un tirón de aquella cadena que no había logrado romper. El Dandi se abalanzó de inmediato sobre él, hurgó en sus bolsillos, encontró las esposas, se las puso en las muñecas. Mientras se levantaba, imperturbable, le asestó una patada en las costillas. A modo de afectuosa caricia. El Dandi recuperó la pistola.

—¿Sabes? —dijo mientras le apoyaba el cañón en la sien—, ¿sabes que sería muy sencillo dispararte ahora? Pues sí, *dottore*, me lo encontré en casa, le disparé... legítima defensa, ¿no? Cómo podía saber que se trataba de un policía... y por una

orden, además, cuando, a decir poco, cuando hay una orden que concierne al Dandi, sale la mismísima guardia a caballo con toda su fanfarria... y ése va y se mete solo solito en la boca del lobo... pues sí, no estaría nada mal... ¡pero no se puede!

El Dandi se levantó, puso el seguro, retiró el cargador de la culata de la semiautomática. Su tono era sinceramente lastimero.

—¡No se puede! Tiene razón mi amigo... disparar a la pasma sólo acarrea problemas... pero yo, en cambio, saldré de esta historia tan impoluto como un monaguillo... ¡y con Patrizia a mi lado! Bueno, cretino: el Dandi coge su sombrero y se despide. Pero antes, sin embargo... un pequeño capricho...

La patada lo pilló de lado, a la altura de la carótida. Scialoja sintió el gusto amargo del vómito y de la sangre, giró los ojos, llegó a tiempo de vislumbrar la sonrisa de su adversario, después todo se oscureció.

Lo despertó un aroma afrutado, con un fondo agridulce de canela. Patrizia estaba sobre él. Scialoja divisó la luz de la mañana que se filtraba a través de las ventanas. ¿Cuánto había dormido?

—Quítame las esposas...

Trató de desasirse, pero una terrible punzada en el costado lo arrojó de nuevo al suelo. Scialoja cerró los ojos. Le dolía la cabeza.

—Patrizia...

—Después.

Abrió de nuevo los ojos. Patrizia le levantó con delicadeza los brazos e hizo pasar la camisa por encima de sus manos esposadas. Cálidos y premurosos, los dedos de ella recorrían los músculos de su espalda. Se demoraban en el hueco de las axilas.

—Has adelgazado.

—Tú también.

—He seguido tu consejo. No me gusta jugar a la muñequita del gánster.

—Eres la muñequita del gánster. Y deberías de volver a teñirte el pelo de oscuro. El rubio te hace parecer más vulgar.

—Vale, no exageres. Tengo las llaves de las esposas.

III

Mantener la calma. Esperar a que pase el temporal. El tiempo jugaba a su favor.

Según el abogado Vasta, las cosas no estaban tan mal como parecía. Claro que tendrían que enfrentarse a una infinidad de acusaciones, y esta vez iban a tener que pagar por algo. Pero se trataba de una menudencia: los hechos más específicos, para entendernos. La acusación los había ahogado en el océano del delito de asociación. Y ellos los aislarían sin prisas, los extraerían del montón, los analizarían y los eliminarían uno a uno.

Adepto convencido del *divide et impera*, Vasta mantuvo la defensa del Búfalo, del Frío, del Esqueleto y de Ojo Feroz, y repartió a los demás según el grado, el rango y la función entre un batallón de abogados más o menos duros. En cuanto al Dandi, mientras siguiese en paradero desconocido no había por qué preocuparse. Ya decidirían sobre eso en su momento.

Durante todo un mes, los carceleros vieron los corredores invadidos por una pléthora de profesionales en loden, chaqueta cruzada a cuadros, y maletín de piel. Todos pasaban por los largos interrogatorios de Borgia y todos salían de ellos con el entrecejo fruncido y la sonrisa a flor de piel. El juez instructor se engañaba si pensaba dividir a la acusación haciéndola contradecirse: entre ellos se comportaban como caballeros. Exceptuando al Rata, claro está, pero eso era harina de otro costal. Los detenidos no lograban seguir el consejo de Vasta sino a costa de un gran esfuerzo: pocas pretensiones, renunciar al sarcasmo, en el peor de los casos negarlo todo. A fuerza de encontrarse con ese juez cada vez más sombrío y resuelto, el temperamento se impuso. Empezaron a cachondearse hasta el punto de hacer temblar los sólidos muros de Rebibbia. El Frío justificaba casa y coches con la herencia de un tío de América. El Búfalo, se proclamaba contrario por motivos religiosos al consumo de cualquier tipo de droga, incluyendo el tabaco, y pretendía que su declaración constase en acta mientras echaba el humo del enésimo Marlboro en la mismísima cara del juez. Ojo Feroz aseguraba que si tenía en casa un revólver con la numeración borrada, era por culpa de «todos esos pícaros que andan sueltos...», y el Tapón atribuyó los doscientos millones en contante que habían encontrado en su casa a la «pensión de mi madre». Cosas por el estilo. Cuando Borgia se encolerizó delante del Búfalo, quien se había puesto a recitar con aire inspirado el Padrenuestro, Vasta se vio obligado a intervenir y a partir de ese momento, para evitar mayores problemas, se produjo una retahíla de «me acojo a mi derecho a no responder» que frenó el ritmo de los interrogatorios.

A medida que pasaba el tiempo el asunto se iba perfilando con mayor nitidez. Vasta no ocultaba su optimismo. Llegó el momento de pasar al segundo acto. El sacrificio de los peones para conseguir el jaque mate.

Los abogados de la morralla siguieron el consejo de Vasta y solicitaron un careo entre sus clientes y el Rata. Todos los camellos acusaron al arrepentido: no había un solo gramo de droga que hubiesen secuestrado, que hubiesen vendido, que hubiesen esnifado o que se hubiesen chutado que no hubiese pasado por manos del Rata. Él era el motor de todo. Reconocían el trapicheo y con ello ponían en peligro el comodín de la acusación. Una semana después del último careo, Treintamonedas solicitó que lo interrogasen. Confesó la adquisición de la partida de *Brown Sugar*, vendiendo alegremente al Perilla, y se apresuró a precisar que el Rata era su minorista de confianza. Lo había hecho todo solo. Era, según precisó con su consabida amabilidad, un hombre de negocios por cuenta propia. Si había algún tipo de asociación, ésta sólo incluía al Rata. Y ni siquiera le tenía ojeriza: pobre muchacho, tan solo y tan maltrecho que para probar la mercancía hacía acudir a los drogatas a su casa y les inyectaba directamente. Incluso menores, señoría. Él, por su parte, había aprendido la lección: la droga es una porquería, la droga hace daño. ¿Aspiraciones para el futuro? Pagar su deuda con la justicia y rehacer su vida. Ni que decir tiene que el Perilla, «al verse confrontado a la evidencia de los hechos» prestó «una amplia y detallada declaración». Sí, había traído un kilo de mercancía de Tailandia. Sí, la había cedido en parte a Treintamonedas. Pero no sabía nada más. ¿El Rata? Jamás lo he visto u oído hablar de él, lo juro por lo que más quiero en el mundo.

Con la documentación en la mano, Vasta llamó a la puerta del fiscal. En lo tocante al triángulo Treintamonedas-Perilla-Rata, la fase instructora podía darse por concluida. Se trataba de un hecho aislado de tráfico, por de muy de altos vuelos que fuese. La solicitud: archivo y formalización inmediata de la instrucción. Y a los que habían confesado, arresto domiciliario. El fiscal llamó a Borgia.

—Vasta tiene razón. El juicio sobre este caso se puede iniciar ya. Por lo demás, las pruebas dejan bastante que desear. Tu arrepentido habla de los homicidios de oídas. Los acusados se callan. Lo veo negro.

Borgia desplegó lo mejor de su arsenal dialéctico. Hizo un recorrido por todos los hechos sangrientos de los últimos años. Enfatizó la furiosa búsqueda de comparaciones que estaba realizando, se jactó de algunos «resultados inesperados». Al final consiguió arrancarle algunos días de prórroga. Por la noche se presentó en casa de Scialoja. El comisario lo invitó a entrar con una sonrisa cohibida. Desde que el Dandi había desaparecido casi no se habían vuelto a hablar. El informe sobre el fallido arresto había desaparecido del cuarto piso de Palacio de Justicia. Scialoja había atribuido esta pérdida a un soplo providencial. En cuanto a las rozaduras y a las contusiones, se había tratado de un accidente fortuito causado por la explosión de un

neumático. Borgia estaba un poco harto de las chifladuras del policía aunque en el fondo envidiaba su carencia de escrúpulos. Siempre y cuando obtuviese algún resultado, claro está. En cualquier caso, no estaba dispuesto a que le tomaran el pelo. Fuera como fuese, sin embargo, ambos se encontraban a bordo del mismo barco. Había que resignarse: a Scialoja había que tomarlo como era, con su ética sinuosa de policía y sus recurrentes tempestades hormonales. Además, aquella noche necesitaba un verdadero amigo. Borgia sacó de su maletín una buena botella de grapa y juró que jamás abandonaría su puesto antes de haber visto el fondo.

—¡Lo que no consigo digerir es la sensación de haber traicionado a ese desgraciado del Rata!

—No se lo tome a mal... —lo consoló Scialoja—, el muchacho no es lo que se dice un santo... Además, no nos lo ha contado todo...

—¿Y usted qué sabe?

—Siempre pasa lo mismo con los arrepentidos. Se deshacen de los amigos y ponen en peligro a los enemigos. Hay que cruzar los dedos y no creer a pies juntillas en lo que dicen.

—¿El peso de la experiencia contra el valor de la inconsciencia? —ironizó Borgia resentido.

Scialoja la dejó pasar. Siempre llegaba el momento en el que cualquier magistrado, aunque fuese el mejor, recordaba que él era Su Señoría.

IV

No, el Rata no lo había contado todo. No mencionó al barón Rosellini porque le convenía ya que, aunque sólo fuese por las dos llamadas telefónicas que había efectuado desde Florencia, se arriesgaba a que lo acusasen de complicidad en un secuestro y en un homicidio. No mencionó a Vanessa: por el antiguo amor que, en el último momento, había prevalecido sobre el instinto de venganza. No mencionó al Esmirriado, no mencionó al tío Carlo y al Maestro, no mencionó al Seco y tampoco al Negro: porque una nulidad como él desconocía estas cosas y, pensándolo bien, había sido una bendición mantener al margen a aquel infame.

El Dandi se escondía en el Circeo. Un amigo del Seco, un constructor napolitano relacionado con los Casalesi, alquilaba durante todo el año una residencia de dos pisos en el paseo marítimo de Sabaudia. El Seco y el Esmirriado lo mantenían constantemente al día sobre la andadura de la investigación. Pero el aislamiento le pesaba. Desde la cristalera de la terraza se divisaban las villas de los intelectuales de izquierdas. Desiertas durante toda la semana, durante el fin de semana se llenaban de caras conocidas. Una noche en la que celebraban una fiesta por un premio cualquiera, el Dandi se presentó con una botella de dos litros de champán. Dijo que era un industrial. Los admiraba muchísimo. La cultura era todo. Superada la timidez inicial, sacaron unas copas y lo invitaron a unirse al brindis. El Dandi hizo un aparte con un famoso director y le confesó que el cine había sido siempre su sueño. El director observó con vago desdén a aquella especie de advenedizo y le preguntó con educación sobre los papeles que prefería.

—No soy un actor. Lo que quiero es producir películas.

—Se necesitan miles de millones, querido.

—El dinero no es un problema.

—¿Y qué película tiene pensada?

—Una historia sobre el hampa.

—Eso son americanadas —le interrumpió con brusquedad el director.

Entonces, pensó el Dandi mientras regresaba furibundo a casa del napolitano, ¡iré a América y me compraré todo Hollywood! Se había comportado como un fanfarrón, de acuerdo, pero le costaba soportar toda aquella soledad. Cuando acudió a entregarle ciertos documentos seguros, Zeta le aconsejó que se expatriase. ¡Mira tú por donde! ¡Para acabar como el Negro! No, el Dandi no pensaba mínimamente en escapar. Pasado un mes, se presentó una mañana en casa de Patrizia.

—Pero ¿estás loco? Mira que te están buscando... aquí salimos a registro

diario...

—¡Cierra los ojos!

Patrizia obedeció. El Dandi se colocó detrás de ella y Patrizia sintió que algo frío resbalaba alrededor de su cuello.

—Ahora puedes mirar.

—¡Qué bonito! —reconoció ella mientras admiraba el collar de perlas—, pero ¿cómo lo has conseguido?

El Dandi esbozó la sonrisa de las grandes ocasiones.

—Un detalle. Desnúdate. Estoy a punto de reventar.

—Antes la ducha.

—Como la primera vez, ¿recuerdas?

A Patrizia se le escapó una sonrisa de ternura. Mal que le pesase, tenía que reconocer que lo había echado de menos. El Dandi regresó del baño mojado, desnudo, y preparado. Patrizia se tendió sobre las sábanas negras, abrió las piernas y cerró los ojos. El Dandi se arrojó gimiendo sobre ella. Permanecieron tres horas en la cama. Al final, el Dandi se separó de ella con un larguísimo beso. No sabía si volvería, ni tampoco cuándo, pero después de aquel encuentro se sentía como Superman después de deshacerse de la ropa de Clark Kent.

Por la tarde pasó por el bufete de Vasta y firmó el nombramiento. A las siete llegaba a la villa del Maestro. El tío Carlo lo bendijo desde lo alto de sus catorce años de prófugo.

—Sigue escondido, no te fíes de nadie y si algo te huele mal, recuerda: mejor una reclusión honesta que una bala repentina.

El Dandi le preguntó por el pequeño Danilo. El Maestro se iluminó.

—¡Todavía no ha cumplido cinco años y ya está aprendiendo a leer! He contratado una institutriz americana porque hoy en día sin el inglés no se llega a ninguna parte. ¡Mi hijo es un niño prodigio, lo siento!

El tío Carlo tosió discretamente. Había llegado el momento de pasar a temas más serios. El negocio de los terrenos en Cerdeña había procurado ya un beneficio de doscientos millones.

—¿Los quieres o los reinvertimos, Dandi?

—Mitad y mitad. Necesito un poco de dinero para los abogados.

—No sabes cómo te comprendo —suspiró el tío Carlo—, los abogados son como las putas. ¡Te chupan la polla y la sangre!

El Maestro les comunicó que había dos kilos de mercancía para distribuir. El Dandi pidió una semana para reorganizar el sector, que había quedado desmantelado tras los arrestos. El Maestro se ofreció para hacer llegar diez tipos de Palermo. El Dandi no parecía convencido.

—¿Y qué pueden saber éstos de cómo funcionan las cosas en Roma? Apenas

pongan el pie en la calle los cogerán.

El tío Carlo se mostró de acuerdo y le concedió una semana. Pero ni un día más: dejar el mercado sin suministro durante demasiado tiempo podía generar apetitos indeseados.

—Lo conseguiré —prometió el Dandi.

—Estoy seguro —dijo el tío Carlo.

El Seco, el Negro, el Esmirriado y Vanessa lo esperaban en Villa Candy. La adquisición de la mansión del Corbatero después de que éste pasase a mejor vida había sido un toque de clase del Seco. El Negro les informó sobre los sectores del juego y del videopóker: todo en orden, las timbas funcionaban con normalidad y los recaudadores pagaban puntualmente. El Seco ilustró la situación general. Las revelaciones del Rata habían acabado con toda la red de tráfico de las zonas Centro-Sur, Trastevere-Testaccio en Palocco, Infernetto, Ardeatino, hasta Ostia. Pero el área Roma Norte-Flaminio había quedado prácticamente intacta.

—En teoría, sí —repuso Vanessa—, pero los clientes tienen miedo y la mercancía está enmoheciendo.

—Hay que convencerlos de que vuelvan a la venta —comentó el Dandi.

—De eso me encargo yo —aseguró el Esmirriado.

—¿Crees que lo lograrás?

—Garantizado. Primero lo intentaremos por las buenas, y en caso de que no funcione pasaremos a las violentas.

—Y doblaremos el precio —sugirió el Seco—, hace cuarenta días que en Roma no se ha vuelto a ver una dosis. En la calle están enloqueciendo.

El Dandi pensó en los viejos tiempos. En la sabiduría del Libanés.

—De eso nada. Haremos circular mucha y a mitad precio. Jugaremos con ellos durante una semana. Hemos de conseguir que todos vuelvan con nosotros. Todos juntos. Después iremos aumentando el precio poco a poco.

—Así perderemos dinero —protestó el Seco.

—No, si la mercancía es abundante y el flujo ininterrumpido.

—¿Y quién dispone de tanta mercancía? Los canales se han secado...

—Eso es asunto mío —le respondió con dureza el Dandi, mirándolo a los ojos. El Esmirriado sonrió.

—Estoy contigo, Dandi.

—Yo también —corroboró el Negro.

El Seco no daba su brazo a torcer.

—Pero ¿por qué? De esa forma inundaremos el mercado... ¿qué prisa hay?

—Necesitamos liquidez, Seco —le explicó con calma el Negro, que había captado la onda—, los de dentro están cabreados.

—¡Ah, los de dentro! —comentó el Seco con desdén.

—Treintamonedas todavía no ha visto una lira —intervino Vanessa.

El Dandi miró al Negro. El Negro le indicó con un gesto de la cabeza al Seco. Éste, interesado por la contabilidad, extrajo una calculadora del bolsillo y se puso a teclear furibundo.

—Déjanos solos, Vanessa —ordenó el Dandi sin perder la compostura.

La muchacha salió contoneándose. El Dandi arrancó la calculadora de manos del Seco y la estampó contra la pared.

—No me digas que no has pagado los gastos a los de dentro.

—Ha habido ciertas dificultades, Dandi...

—No me digas que no has pasado su parte a las familias.

—Vamos, Dandi...

El Dandi le dio una bofetada. El Seco se tambaleó tratando de mantener el equilibrio. El Dandi le dio otra. El Seco cayó al suelo.

—¡Dandi, basta! —dijo el Negro.

El Dandi hizo un esfuerzo para controlarse.

—Cuando uno de nosotros acaba entre rejas, se generan ciertas obligaciones, Seco. Obligaciones que hay que respetar. Mañana por la mañana envías los cheques y distribuyes su parte a las familias. ¿Queda claro?

El Seco se levantó ayudado por el Negro y el Esmirriado. El odio hizo brillar sus ojos. Pero la prudencia se impuso. Mejor no insistir. El Seco se achicó, se tornó humilde, solícito.

—Tienes razón, he cometido un error. Pensé que era mejor dejar las cosas como estaban hasta que regresases... por una cuestión de respeto, Dandi, créeme...

El Negro sofocó una carcajada mezcla de desdén y admiración. ¡Menudo era el Seco! ¡El magnífico rector del Ateneo de las serpientes!

—¡Eso es una gilipollez! Ahora te digo yo lo que pensaste: éstos están dentro y nosotros fuera. ¡Que se jodan! Se te ha ocurrido declarar la guerra en el peor de los momentos, Seco. En los periodos más débiles hay que permanecer unidos... ¿y si el Búfalo se mosquea y empieza a largar? ¿Y si el Frío se arrepiente? ¿A que no has pensado en esas cosas? Y en el Tapón, que es de los nuestros, ¿has pensado en él?

—Está bien, Dandi, he aprendido la lección. —El Seco se arrodilló tendiéndole la mano—. ¿Amigos como antes?

El Dandi ignoró el gesto.

—Yo vuelvo a la playa —anunció, dirigiéndose a los otros dos—. Cuento con vosotros.

Antes de marcharse escupió en el suelo. El Seco cerró los ojos: apostaba su casa, sus cuentas bancarias, sus tienda, sus locales, todo aquello que había acumulado, a que un día u otro se la haría pagar.

1984

SOLEDADES, HOSTILIDADES

I

Somos los chicos de hoy
almas en una ciudad
en los cines vacíos
de marcha en algún bar
y caminamos tan solos
en la noche oscura
a pesar de que el mañana
a veces nos asusta...

El director había concedido dos horas extras de televisión. Era la primera vez que el Frío se asomaba a la vida corriente desde que Borgia le había revocado la prohibición de recibir visitas. Los reclusos habían acudido en masa a presenciar el final del festival de San Remo. No quedaba un sólo sitio libre. Los demás se habían acomodado en primera fila. El Búfalo charlaba con el Niño. Treintamonedas y el Tapón compartían un cigarrillo. El Esqueleto y Ojo Feroz armaban jaleo acompañando las exhibiciones de los cantantes con bromas y silbidos. El Frío permaneció de pie al fondo de la sala, absorto en las imágenes que desfilaban por la pantalla.

Yo sé que algo cambiaré
que alguien nos regalará
una tierra prometida
un mundo distinto
donde crecerán nuestras ideas
nunca nos cansaremos
ni nos detendremos
siempre en busca de nuestro camino...

El chico era jovencísimo y tenía un fuerte acento romano. Arrancaba las notas a la guitarra con una energía arrolladora. El ritmo de aquella melancolía cargada de violencia reprimida penetró en el corazón del Frío. *Somos jóvenes de hoy gitanos de profesión...* Roberta no respondía a sus cartas. Todavía no había pedido permiso para visitarlo. El muchacho parecía mirarlo desde el otro lado de la pantalla con una

expresión de huraño escarnio. Yo tengo mi guitarra, mi rabia, mi astucia, le decía, ¿y tú qué tienes? Tú que te crees el rey de Roma, ¿qué tienes?

Una tierra prometida
un mundo distinto
donde crecerán nuestras ideas...

—¡Huy, el Frío está ahí! ¡Eh, Frío, ven aquí!

Ojo Feroz lo había visto y ahora gesticulaba silbando como un pastor de cabras. El Frío agitó una mano en ademán de saludo.

—¡Venga Frío, ahora te dejamos una silla libre!

Ojo Feroz le dijo algo al marroquí que había sentado a su lado. El africano sacudió vigorosamente la cabeza. Ojo Feroz le dio un empujón. El marroquí acabó encima del Esqueleto. Los dos amigos lo cogieron por brazos y piernas y lo hicieron volar hasta las filas de detrás. Alguien protestó. Ojo Feroz se volvió y les lanzó una retahíla de insultos. Se hizo el silencio. El marroquí se levantó, dolorido y asustado. Los guardias los observaban sin intervenir. Ni siquiera ellos tenían los huevos suficientes para enfrentarse a los amos de la cárcel.

—¿Entonces? —gritó el Esqueleto, alzando bien en alto la silla recién conquistada.

El Frío se acercó a ellos con aire indolente. El muchacho romano se inclinaba para recibir los ensordecedores aplausos del público.

«¡Eros Ramazzotti! ¡*Tierra Prometida!*», gritaba el presentador.

El Frío intercambió un fugaz saludo con el Tapón y Treintamonedas, y cuando llegó delante del Búfalo le tendió la mano. El Niño se había levantado en señal de respeto. El Búfalo no se movió. Se limitó a asentir con la cabeza, mientras lo miraba divertido.

—¡Veo que ya te has aburrido de jugar a la Bella Durmiente del Bosque!

El Frío le puso la palma abierta bajo la nariz. El Búfalo decidió a estrecharla. Al final, el Frío tomó asiento entre el Esqueleto y Ojo Feroz.

—¿Qué le pasa al Búfalo? —preguntó con un suspiro.

—Está cabreado —dijo el Esqueleto en voz alta.

—¡Pues vaya una novedad! —comentó Ojo Feroz.

—Está cabreado porque todos estamos dentro y el Dandi no —precisó el Esqueleto.

—Eso no me gusta nada.

—Ya sabes cómo es el Búfalo. Se le pasará...

En el escenario abarrotado de claveles había ahora una cantante con la cara redonda y una vocecita de gata en celo. El Frío dejó de seguir la retransmisión. El

Búfalo se la tenía jurada al Dandi, a él, al mundo entero. El Búfalo se estaba convirtiendo en un problema serio. Justo en el momento en el que era imprescindible permanecer unidos... pero ¿qué más daba? ¿Habían estado realmente unidos alguna vez? Sí, tal vez, en una ocasión, cuando el Libanés vivía, pobre amigo... después... el deseo por Roberta se hizo desgarrador. ¿Cómo decía ese muchacho? Una tierra prometida, un mundo distinto... El Frío sintió una punzada en el fondo de la nuca y se volvió hacia la izquierda. El Búfalo lo miraba con una sonrisa arrogante mientras hacía el signo de la pistola con el índice y el pulgar.

II

El Dandi estaba negro. Los recursos habían sido rechazados. Todos debían permanecer en la cárcel.

—¡Y luego lo llaman el Tribunal de la Libertad! ¡Pues vaya mierda de libertad! ¡Eso es un pelotón de ejecución!

Vasta trató de calmarlo.

—Ya conoce el dicho: los perros no se muerden entre ellos... es gente de Roma, hay que entenderlos... no han querido enfrentarse a la Fiscalía... ya tengo preparada la documentación para el tribunal de casación. ¡Verá como ahí otro gallo nos canta!

—Puede ser. Pero mientras tanto nosotros te seguimos pagando. ¡Así que mientras paguemos trata de ganarte el pan!

Pero esta vez Borgia debía de haber ido hasta el fondo, porque en el tribunal de casación las cosas no cambiaron demasiado. Al contrario, si uno leía la orden —catorce páginas repletas de comentarios sarcásticos y bofetadas dirigidas a Vasta, a los abogados y a todos ellos—, daba la impresión de que habían perdido toda esperanza. «Declaraciones de la mayor fiabilidad». «Colaboración obtenida gracias a un profundo trabajo interior». «Altísimo grado probatorio de los indicios...» «Verificaciones extrínsecas a la citación por complicidad...»

El Dandi estaba fuera de sí.

—Pero bueno, ¿es que ahora santifican a los canallas?

Una vez más, Vasta trató de calmarlo. Se encontraban ante un inesperado y desgraciado giro de la jurisprudencia. Era muy probable que los recientes sucesos terroristas y la renovada inquietud sobre la mafia siciliana hubiesen endurecido los espíritus. La orden era sencillamente reprobable: estaban pagando por la exasperación del clima político. Esos jueces habían prestado un mal servicio a la justicia, pero se trataba sólo de una fase transitoria. Había que tener paciencia. Los plazos se alargaban y al final todo volvería al razonable cauce de la lógica jurídica. Y una vez en ese terreno, Borgia sufriría la enésima amarga derrota.

El Dandi no atendía a razones. El mero hecho de que Vasta se expresase como un leguleyo significaba que las cosas no podían ir peor. Había que buscar nuevas vías. Toda aquella verborrea tenía un único sentido: la hora de Vasta tocaba a su fin. El abogado lo escrutaba a través de los gruesos cristales de sus gafas con unos ojitos gélidos y gelatinosos.

—¿Queréis cambiar? Hacedlo. Hay más abogados en Roma que magistrados en toda Italia...

El Dandi se dirigió a Zeta y Equis. Los agentes se tomaron su tiempo y pidieron instrucciones al Viejo.

El Viejo se mostró por una vez indeciso. Si uno razonaba con lucidez, la conclusión era que la situación general se estaba normalizando. Los comunistas habían sido enviados a la oposición y aunque seguían armando mucha bulla, su influencia se iba reduciendo poco a poco. El inevitable declive era ya imparable: unos cuantos años más y las banderas con la hoz y el martillo acabarían en el mercadillo de Porta Portese. El terrorismo rojo y negro había entrado en un remolino autodestructor del que nunca iba a poder salir. Entre los arrepentimientos, las delaciones, las defecciones y los arrestos, la generación de 1970 había sido cancelada. En cuanto a la mafia, ésta nunca había supuesto un auténtico problema. La mafia era algo más que una mera institución: era una necesidad histórica. Al final siempre era posible llegar a un acuerdo con ella. Italia navegaba tranquila hacia los años noventa suavemente mecida por el ritmo de comedia de la antigua cuadrilla de poderes en eterno conflicto. Sí, la nave va: y si la nave va, ¿quién necesita a los piratas? Si uno razonaba con lucidez, había que librarse de una vez por todas de aquella vulgar banda de gánsteres rehabilitados. Pero éste era tan sólo un aspecto del dilema: el más aparente, el más banal. Al Viejo le repugnaban los razonamientos lúcidos. La espiral de la serpiente en un campo ensangrentado era su logo heráldico preferido. Ouroboros, la serpiente que se muerde la cola, el símbolo con el que soñaba. El coro del *Falstaff* de Verdi —todo es burla, todo hombre es víctima del engaño— la más alta definición de sabiduría jamás concebida. Sí, todo es burla. Todo hombre es víctima del engaño. Sujetar los hilos del juego. Hacer bailar a los aliados, incluso a los más incómodos. Porque nunca se sabe lo que puede suceder mañana, y unos cuantos piratas de recambio siempre pueden resultar útiles. Pero también, por decirlo de algún modo, por amor al arte: para preservar de cara a las futuras generaciones ese viento irracional e imparcial que constituía la base más sólida de su poder. Un poder único, sin origen y sin salida. La forma más perfecta y conseguida de anarquía. Una invención suya, pero sin legado para la posteridad. Una vez muerto el Viejo, moriría también el sistema. La eternidad era el único enemigo que nunca conseguiría derrotar. Las arrugas se multiplicaban sobre su rostro. Su final se asemejaría al de la Bella Elena de los diálogos de Luciano: un cráneo vacío, que hasta los gusanos menospreciarían. Mientras tanto había que seguir jugando. Mientras tanto había que ayudar y proteger al Dandi. Sin perder de vista su propio interés. En el mercado del coleccionismo los autómatas habían alcanzado precios hiperbólicos. Acababa de adquirir un modelo que todavía funcionaba de la Máquina de Lectura que Agostino Ramelli había proyectado en 1598 y que un sorprendente artista polaco había realizado cuatro siglos después. No era un original y, considerándolo bien, no tenía mucho que ver con el resto de piezas de su colección. ¡Pero aquel artefacto de madera y tornillos que, mediante una

sencilla presión en los pedales, hojeaba doscientos tomos antiguos era de una belleza extraordinaria! Había sido un capricho, de acuerdo. ¡Pero sin caprichos la vida es algo, como mínimo, mezquino! En cualquier caso, sus fondos estaban agotados. De forma que si el Dandi quería ayuda, iba a tener que pagar.

III

Cuando Ricotta llegó a Regina Coeli a mediados de marzo se encontró con una situación terrible. El Esqueleto y Ojo Feroz formaban un tándem, en tanto que el Tapón iba a la suya. El Búfalo hablaba solo con el Niño, y el Frío permanecía siempre encerrado en su celda contando las cucarachas de las paredes. Por doquier caras largas, gruñidos, pullas. Ricotta era un buen chico. Sufría en lo más hondo al verlos tan tristes, cabreados y exhaustos. Habló con el Búfalo, habló con el Frío, volvió a hablar con el Búfalo, luego otra vez con el Tapón y con el Frío, y al final, engatusando a un guardia solícito, consiguió reunirlos a todos alrededor de una mesa.

—Pero bueno ¿qué os pasa, amigos? Los de fuera han recuperado el control. Roma sigue siendo nuestra, como antaño. Recibimos nuestra parte con regularidad y a nosotros dos, Búfalo, que llevamos dentro más tiempo, nos pagan incluso el doble. ¿Se puede saber qué coño es lo que no funciona?

—Quiero ver al Dandi aquí dentro. Como a los demás —rugió el Búfalo.

—¡Y dale! —estalló el Tapón—. ¿Quieres meterte en la cabeza de una vez que el hecho de que el Dandi siga en la calle es como el maná para nosotros? Si lo cogen, ¿quién nos quedará fuera? ¿Treintamonedas? ¿El Negro? Solos no bastan, no tienen huevos...

—Al menos —masculló el Búfalo—, Treintamonedas ha pasado algo de tiempo a la sombra... ¡y Vasta incluso lo sacó!

—¡Cálmate, Búfalo! ¡Estamos ya hasta las narices de esa historia del Dandi!

—¡Háblame como se debe, lameculos!

El Tapón se puso de pie de un salto. El Búfalo escupió al suelo.

—¿Qué pasa, buscas pelea?

Ojo Feroz y el Esqueleto no querían intervenir. Ricotta se interpuso entre los dos y pidió disculpas al Tapón en nombre del Búfalo. A continuación lanzó una mirada desesperada al Frío. El Frío sacudió la cabeza, se levantó, y abandonó la reunión sin decir una palabra. Ricotta se pasaba la vida intentando apaciguarlos. Pero no tardó en comprender que era en vano. Ricotta, que no soportaba la soledad y el silencio, se hizo entonces amigo de Tonchino, un brigadista de la vieja guardia con los ojos almendrados.

Cosa extraña, porque ellos por los terroristas, sobre todo los rojos, sentían lástima a la vez que un cierto desprecio. Pero Tonchino era diferente. Tonchino era un tipo abierto. Tocaba extrañas canciones con la guitarra y leía libros a mansalva. Tenía dos condenas a cadena perpetua sobre sus espaldas y veinte procesos abiertos. Era pobre

de solemnidad, hasta tal punto que Ricotta se apiadó de él y, sin que lo supieran los demás, empezó a pasarle una parte de su cuota.

Un día, Ricotta vio que Tonchino copiaba una cosa de un libro.

—¿Qué es? ¿Una nueva proclamación de lucha armada?

—Poesía —respondió el otro a secas.

—¿Poesía?

—¡Sí, Rico, poesía! ¡Hasta Mao escribía versos!

—¿En serio? Ah, ahora lo entiendo: ¡dado que con las metralletas os ha salido el tiro por la culata, ahora la revolución la hacéis con la poesía!

Tonchino se echó a reír y le lanzó el libro.

—¡Ten, un poco de cultura!

Ricotta echó un vistazo al volumen y se iluminó.

—¡Ah, Pasolini! ¿Sabes que lo conocí? ¡Un gran tipo!

—¿Sabes que era comunista?

—Si es por eso, también era homosexual. Pero sobre gustos no hay nada escrito, ¿verdad? Además, ¿qué tiene que ver eso con la revolución?

—La verdad es que yo tampoco lo sé —le respondió Tonchino pensativo—, pero siento que aquí dentro intentan anular mi naturaleza humana. Y la poesía me ayuda a recordar que existo. Que todavía estoy aquí, vaya...

A Ricotta se le escapó una mueca burlona. ¡Mi naturaleza humana! Pues sí... pero, en cualquier caso, el brigadista podía resultarle útil.

—Escucha, tú que sabes poesía... hazme un favor, ¿puedes escribirme una carta?

Tonchino se dulcificó.

—¿Tienes novia?

—¡Ojalá! Pero si me echas una mano, puede que encuentre una...

Hacía tiempo que pensaba en Donatella. Hermosa mujer, ardiente y apasionada. Nembo Kid le había jugado una mala pasada dejando que le llenasen el cuerpo de balas en Milán. Pero, quién sabe, tal vez se hubiese cansado ya de la viudedad. Y a veces, dos palabras bien dichas, en el momento adecuado...

—Está bien, empecemos: ¿qué quieres que escriba?

—Bueno... sí, eso es: que aquí dentro la vida es una mierda, que si pienso en ella, siento una cosa en la entrepierna, como los críos... ¿Qué te parece? ¿Es un poco fuerte para empezar?

—¡Déjame trabajar a mí, delincuente! —dijo Tonchino riéndose.

Donatella se encolerizó cuando leyó la primera carta. ¡Qué se creía ese animal de Ricotta, al que las mujeres rehuían porque, además de dar miedo,apestaba! Pero, ay, Ricotta no era de los que se rinden con facilidad: las cartas llovían sin cesar, y Tonchino tenía alma de poeta. Y dale que dale, erre que erre, hasta que al final Donatella pidió una entrevista en la que Ricotta le pareció menos feo de lo que

recordaba, poco menos que cordial, e incluso torpe en la ruda timidez que suele caracterizar los tanteos iniciales. En fin, que entre una carta y un beso robado, pasados dos meses estaban juntos. Ricotta, en un arrebató de sincera devoción, entregó a Tonchino toda su parte del mes. El brigadista le dio las gracias y lo invitó a cenar esa misma noche. A media tarde, sin embargo, y sin previo aviso, Tonchino hizo su bolsa y subió a un camión celular. Destino desconocido. Ricotta se quedó de piedra. Una semana después leyeron en los periódicos que se había arrepentido y que sus declaraciones habían servido para derribar la red de irreductibles de Turín. Seguro, masculló Ricotta, que la buena idea se la di yo. Pero aun así no le guardó rencor: después de todo, estaba con Donatella gracias a él.

IV

Cuando Zeta y Equis le contaron la propuesta del Viejo, el Dandi se mostró receloso.

—A ver si lo entiendo: vuestro jefe necesita ciertos documentos, y dado que los mismos están en un sitio al que él no tiene acceso, organiza un pequeño asalto...

—Llamémoslo más bien recuperación —repuso Zeta picado.

—Disculpa... amigo... en el colegio no se me daba bien lengua... ¿qué estaba diciendo? Ah, sí, la recuperación... en fin, que se reúnen unos cuantos muchachos y se organiza esa recuperación... el acuerdo está claro: «vosotros el dinero y yo la documentación». Sólo que en el momento crucial al jefe de estos recuperadores le da por quedarse con los papeles y por empezar a jugar sucio con vosotros...

—Veo que has centrado el problema —reconoció Zeta.

—¡Sí lo has pillado! —corroboró Equis.

—Y por eso me necesitáis ahora. Para recuperar lo recuperado...

—Precisamente.

—¿Y quién es ese tipo?

—Lo llaman el Larinés.

—¡Vaya por Dios!

—¿Lo conoces?

—Hace años estuvimos juntos en el colegio...

—Entonces, ¿sí o no?

Perplejo, el Dandi se encendió un cigarrillo.

—Lo que me pregunto es: si ese elemento os molesta tanto, ¿por qué no os ocupáis vosotros mismos de él?

—Eso no te concierne.

El Dandi masticó su chicle antes de escupirlo con un gesto absoluto desprecio. Sentía unas ganas inmensas de mandarlos a la mierda. Tal vez con una noble salida del tipo: «el Dandi no traiciona a los viejos amigos». El Larinés, en realidad, le importaba poco menos que un comino. Era un hijo de perra, un delincuente de chicha y nabo. Había tenido una buena ocasión y no había sabido aprovecharla. Lo que más le molestaba era que el Viejo y sus secuaces lo siguiesen tratando como el macarra que había sido en su día y que hoy se negaría a ser. Un peón al que podrían sacrificar el día menos pensado. Ya no quería depender de nadie. Quería salir con las manos limpias tanto de ésta como del resto de las historias. El Viejo era el único que podía ayudarlo.

—Está bien. Hablaremos cuando el trabajo haya sido realizado.

Se había visto obligado a aceptar. Pero lo iba a hacer de mala gana, deseando casi que algo se torciese a última hora. El asunto, en sí, no presentaba grandes dificultades. El Larinés no tomaba particulares precauciones y nunca se separaba del maletín donde, con toda probabilidad, guardaba los documentos que interesaban al Viejo. El Dandi sólo tuvo que desempolvar el viejo pasamontañas, procurarse un hierro limado, robar un coche, esperar a que el Larinés acabase de divertirse con su amiguita, una polaca a la que visitaba todos los viernes por la tarde en Torvajánica, disparar un par de balas al objetivo, y culminar «la recuperación de lo recuperado». Desmontó la pistola y la arrojó al mar. Tal vez el Larinés siguiese con vida. Lo había dejado agonizando. Había disparado sin ton ni son, sin pretensión de matarlo. Entregó el maletín a Zeta con una mueca de desprecio. El suceso no le había alterado particularmente: como mucho un ramalazo de miedo, la angustia de toparse con una barrera, la rabia impotente de haber sido relegado de nuevo al puesto de sicario a sueldo. ¡Él, el Dandi! Por la noche, de vuelta en el refugio de Sabaudia, se enteró por el telediario que el Larinés no se había salvado. Por primera vez en muchos años el Dandi se sintió un miserable, y bebió hasta reventar.

Unos días después, Zeta y Equis le entregaron un opúsculo y una semana más tarde tuvo que acudir a un edificio que daba a Villa Balestra. Lo introdujeron en una estancia oscura y un grupo de encapuchados lo acribilló a preguntas. El Dandi recitó de memoria las fórmulas que había leído en el opúsculo mientras unas risitas educadas recalaban sus faltas gramaticales más garrafales. Tras jurar por tres veces lealtad a cierto gran arquitecto, las luces se encendieron, los invitados se quitaron las capuchas y celebraron con un alegre aplauso la incorporación del nuevo adepto. El Dandi miró en derredor decepcionado y más bien molesto por aquella payasada. Zeta y Equis le presentaron al resto de sus hermanos: un político, un actor, un profesor universitario, un médico, y Miglianico y Grattantini, dos abogados, caras famosas en el Palacio de Justicia. Vasta los había definido en una ocasión como «parachoques de lujo». El Dandi se preguntó si no habría cometido un trágico error. Zeta le ofreció una bebida en un vaso de papel. El Dandi consideró con disgusto el moscatel de cuatro perras: ¿por una porquería como ésa había eliminado al Larinés? Miglianico lo cogió por el brazo.

—Una ceremonia frugal de acuerdo con el espíritu de la Hermandad...

—¡A mí me ha costado cara!

—Hace tiempo conocí a un amigo tuyo... Nembo Kid... él también era un hermano...

—¡Y acabó como un miserable!

—Bueno, sí, pero a ti te irá mejor, no te preocupes.

El Dandi se rascó. El abogado se echó a reír y le dio una palmadita en el hombro.

—Fíate. ¡Todo se resolverá!

El Dandi comunicó a los de dentro que habían cambiado de abogado. El Búfalo y el Frío permanecieron fieles a Vasta. El resto lo siguió. Diez días después de la ceremonia de los encapuchados, el juez instructor decretó el arresto domiciliario para Treintamonedas. Si bien había que reconocer que la argucia era mérito de Vasta y que el planteamiento del asunto era también obra suya, el Dandi no pudo por menos que considerar una señal del destino aquella particular secuencia temporal. Una señal positiva, por fin. Vanessa hacía todo cuanto podía, y también el Esmirriado se estaba desviviendo, pero recuperar a aquella partida de colgados era una tarea merecedora de desesperación. Con Treintamonedas de nuevo en circulación, las cosas cambiaban. Ahora sí que podrían volver a poner en marcha la venta. El Larinés no tardó en caer en el olvido: como de costumbre, el Dandi había hecho lo que correspondía.

La RAI retransmitía en directo los funerales de Enrico Berlinguer. Al jefe de los comunistas se le había reventado una vena durante un mitin. Una vida al servicio de la democracia, decían los comentaristas. Muerte causada por el estrés. Un ataque y todo había terminado. Como la bala que te acecha al otro extremo de la calle donde vives. A fin de cuentas, la historia se repite. El final es ineludible. El Frío seguía la retransmisión en la sala común y se preguntaba qué era lo que podía empujar a cien mil personas a arrancarse el pelo por un trozo de carne muerta. Incluso Giorgio Almirante, el fascista, había rendido homenaje a su irreductible adversario de siempre. ¿Quién había sido aquel hombre? ¿Qué había hecho? ¿Por qué su ataúd se veía ahora rodeado de tanto amor, de tanto pesar? Si pensaba en su funeral le venían a la mente el rostro austero de su padre, las lágrimas de su madre, y se preguntaba si Gigio acudiría a él... ¿desde cuándo no había vuelto a tener noticias suyas? ¿Desde cuándo había empezado a sentirse tan desesperadamente solo? ¿Qué es lo que convierte a un hombre en un ser amado y feliz, y qué es lo que, en cambio, hace de él un canalla? El carcelero le dio unos leves golpecitos en el hombro.

—Al locutorio. Tiene visita.

—¿El abogado?

—Una visita, no sé nada más.

El Frío lo siguió de mala gana. Cuando la vio, sin embargo, las rodillas la flaquearon, y tuvo que apoyarse en los hombros del guardián.

—¿Se encuentra bien?

—Todo bien, jefe —dijo, recuperando el control. Pero su tono jactancioso delataba una cierta inseguridad: deseo, tal vez esperanza, por descontado miedo.

Roberta estaba sentada, pálida y circunspecta, al otro lado del cristal divisorio.

—¿Cómo estás? —le preguntó. Iba vestida de blanco.

El Frío apoyó las manos sobre el cristal. Y no poder tocarla. No poder tocar aquellos ojos que ardían de cansancio, aflicción, desilusión.

—Tirando —suspiró al final, dejándose caer sobre la silla—. ¿Y tú?

—Así.

—¿Estás con alguien?

Roberta se crispó.

—¿Crees que en Roma hay alguien dispuesto a salir con la mujer del Frío?

Un desprecio velado, un reproche. Y, sin embargo, jamás había habido violencia entre ellos. Ella sabía que nunca la habría.

—Pero a ti te gustaría... otro, quiero decir...

—No. Pero no quiero seguir siendo la mujer del Frío.

—Me lo imaginaba. Todo este tiempo...

—He encontrado un trabajo.

—¿Qué trabajo?

—¡No tiene nada que ver con lo que hacen tus amigas! Un auténtico trabajo... y he empezado a estudiar otra vez...

—Muy bien. Te deseo mucha suerte.

Roberta se arrojó sobre el cristal con un arranque de rabia.

—Pero ¿no entiendes que para ti... para nosotros... mientras sigas aquí dentro... no hay... no hay...?

Apenas podía contener las lágrimas. Unas feas arrugas de amargura deformaban las comisuras de sus labios, antaño tan frescos. El Frío notó los granos, que una leve capa de maquillaje disimulaba a duras penas.

—Futuro. No hay futuro —dijo completando la frase—. Pero es mi vida, Roberta.

El Frío llamó al carcelero e hizo que lo condujera de nuevo a su celda. Mejor dejarse así, sin malgastar más palabras. No podía soportar el desgarró.

El Búfalo les cerró el paso en el corredor del ala número tres.

—Sólo dos minutos, guardia...

El vigilante se apartó con discreción. El Frío extendió las manos hacia delante.

—No es el momento, Búfalo.

El Búfalo sacudió la cabeza.

—Lo sé, lo sé. Roberta ha venido y ahora estás destrozado. Sólo quería decirte que te entiendo... y que lo siento...

—Gracias.

El Búfalo encendió un canuto y se lo pasó. El carcelero abrió los brazos, en un ademán de resignación. El Búfalo le indicó con un gesto que no se alterase: teniendo en cuenta el dinero que recibía cada mes, lo menos que podía hacer era entender cuándo era el momento de cerrar los ojos.

—Yo no te guardo rencor, Frío. Quería decírtelo.

El Frío asintió con la cabeza. En su fuero interno, se sofocaba.

—En tu opinión, el Dandi no se está comportando mal, ¿eh?

—No. No se está comportando mal.

—Pues bien, habrá que llegar a un acuerdo, ¿no?

—El acuerdo ya existe, Búfalo. Nosotros somos el acuerdo.

—Puede que tengas razón, Frío. En cualquier caso...

El guardia se acercó a ellos, nerviosísimo.

—Mirad que de un momento a otro pasará la inspección...

El Búfalo apagó el canuto y resopló. Luego, de repente, se abalanzó sobre el Frío

y lo abrazó. El Frío venció el impulso de estamparlo contra la pared y le devolvió el abrazo sin demasiada convicción. El carcelero consiguió llevárselo por fin. Astucia, paciencia, veneno, el Búfalo se rio en su fuero interno mientras extraía otro canuto del bolsillo. Esto no ha hecho más que empezar. El muro no se derriba a cornadas.

Aquella noche, el Frío hizo acudir a su celda a Ricotta.

—Dile a Donatella que tengo que hablar con Vanessa. Cuanto antes.

Ricotta le aseguró que le transmitiría el mensaje durante la visita del viernes.

1984-85

EL PASADO Y EL FUTURO

El tren saltó por los aires en el túnel. Hacía justo un año que el Rata había cantado. El tren saltó por los aires. Quince muertos y treinta heridos. El telediario interrumpe el maratón de las fiestas. Ediciones extraordinarias que abofetean las mesas engalanadas. El tren saltó por los aires. El tío Carlo se sirvió un vaso de *zibibbo*^[36] y sonrió.

—Feliz Navidad y mis mejores deseos. ¡Y Padre, Hijo y Espíritu Santo!

El Maestro estaba asustado. Si bien estaba acostumbrado a no hacer preguntas, esta vez la sumisión a las reglas no pudo con la curiosidad. Al principio el tío Carlo lo ignoró, no obstante, cuando el Maestro volvió a la carga dejó de sonreír, lo miró a los ojos y susurró un proverbio en auténtico dialecto siciliano. Cuando el amigo no la oye la primera vez, de nada sirve repetir la pregunta. El Maestro estaba asustado. Pensó en el pequeño Danilo. El niño crecía sano, robusto, inteligente, inteligentísimo, a decir verdad. Una flor iridiscente de invernadero que gracias a la luz que emanaba de sus cualidades podría ofuscar el recuerdo de su origen incierto. Pero todo esto corría el riesgo de venirse abajo si lo acusaban de haber cometido un atentado. En ese caso, poco importaría que su hijo tuviese el cerebro de Einstein, a ojos de los demás se convertiría para siempre en el hijo de un asesino. El Maestro estaba asustado. El tío Carlo no había dejado traslucir nada durante los días precedentes. Ni siquiera la menor señal de inquietud. Le habían ocultado aquella terrible historia. No sabía nada de ella, no había participado mínimamente en ella. ¡Pero a ver quién se lo contaba a los jueces! El tío Carlo se estiró y se encendió un puro.

—¡Esos cabrones nos estaban tocando los huevos! ¡Ahora se lo pensarán dos veces!

El Maestro estaba cada vez más asustado. Por primera vez, y eso que llevaban trabajando juntos una infinidad de años, consideró la posibilidad de que el tío Carlo estuviese loco.

También el Viejo se inquietó al enterarse de la noticia. Era impensable que se pudiese llevar a cabo una acción de ese tipo sin que él fuese informado. La ausencia de reivindicaciones podía significar que la derecha estaba implicada. A diferencia de los rojos, perennemente ocupados en redactar prolijos y aburridísimos documentos, los fascistas predicaban y practicaban la mística del gesto, la idea sin palabras. ¿Se trataba entonces de grupos incontrolados, según la terrible expresión de moda? Poco probable. La bomba era fruto de una tecnología avanzada. Patrimonio de unos cuantos, refinadísimos especialistas cuyas prestaciones estaban reservadas a un

estrecho círculo de selectos clientes. Fuera como fuese, aquello indicaba la existencia de un fallo en el sistema de seguridad interior. O los mandantes eran extranjeros y alguno de los suyos le hacía el doble juego. Pero el teléfono del Viejo hervía con las manifestaciones de desprecio que los representantes de los principales Servicios se habían apresurado a hacerle llegar. Los israelíes aseguraban estar espantados con aquel exceso de violencia ciega y gratuita. Los árabes juraban y perjuraban que los acuerdos de no-beligerancia en el interior del territorio nacional eran más válidos que nunca. Los de la Agencia se quedaron pasmados: en Italia la época de las bombas había concluido hacía ya algún tiempo. Y las legiones de banderas rojas que invadían la plaza gritando con impotencia la rabia de una Bolonia nuevamente herida, eran a decir poco un engorro. El resto de los Servicios no contaban.

Zeta resolvió el enigma en unas cuantas horas. Se trataba de un grupo que había surgido para urdir aquella acción. El mismo estaba compuesto por sicilianos y napolitanos. La mafia y algunos francotiradores de la camorra. El Viejo frunció el entrecejo. Según aseguraba Zeta, era una especie de estrategia diversiva: dado que los jueces estaban cavando hondo, algunas cabezas bien pensantes del crimen organizado habían decidido apuntar a lo alto. De esta forma, mientras todos se entretenían persiguiendo al nuevo terrorismo, ellos podrían recuperar sin mayores molestias el control del territorio.

—Error —le corrigió el Viejo—. El objetivo es otro.

—¿Cuál?

—Una negociación. Apuntan a lo alto para doblegar al Estado.

—¿Y qué ganan con eso?

—Protección. Acuerdos. Negocios. Leyes más benévolas.

En cualquier caso, un escenario interesante, una variante inédita, casi colombiana. En pocas palabras, intrigante. Zeta preguntó si debía preparar un informe para los jueces de Bolonia. El Viejo se quedó horrorizado.

—¡De ninguna manera!

—¿Debemos ayudarlos?

—¿A quién?

—A ellos... el grupo...

—Ni hablar.

—¿Entonces?

—Entonces —suspiró el Viejo—, observaremos lo que suceda. ¡Prestando la mayor atención a la evolución del caso, por supuesto!

Zeta esbozó una sonrisa maligna. Había reservado la noticia más apetitosa para el gran final.

—El detonador...

—¿Sí?

—Es obra del Holandés. Le han dado mil millones.

Si lo que pretendía era hacerle perder la calma, Zeta erró el tiro, porque el Viejo se limitó a encogerse de hombros.

—Ya sabéis cuál es el procedimiento. ¡Buen trabajo!

II

El Dandi, en cambio, no sentía el menor interés por la bomba. Aquélla prometía ser una Navidad estupenda. Treintamonedas había recuperado el control del tráfico de droga. El canal siciliano, los proveedores sudamericanos y chinos habían empezado a funcionar a todo tren. Las redes que habían quedado dismanteladas por las revelaciones del Rata habían sido reactivadas con la introducción de nuevos elementos: gente del Esmirriado y del Seco que venía a añadirse a una buena cantidad de camellos bajo arresto domiciliario o en libertad provisional. El Negro controlaba el videopóker y había vuelto a meter un pie en las partidas de póker. El Full'80 era más que nunca el local de moda. El Seco había echado el ojo a un par de comercios del centro y a ciertos terrenos de la periferia cuyo valor, según se decía, no tardaría en estar por las nubes. Incluso el sempiterno conflicto con el Búfalo parecía estar en vías de resolverse: el riguroso respeto de las obligaciones y un generoso aumento de la cuota jugaban a su favor. Los de dentro no podían, desde luego, lamentarse, e incluso los más cabezotas habían acabado por convencerse de que cuando se jugaba respetando las reglas el grupo salía beneficiado. Excluyendo a Scialoja y a Borgia, claro está. Esos dos no querían ni oír hablar de dar su brazo a torcer. Cada día llegaba una nueva orden de arresto, quizá por un hecho antiguo y ya olvidado y, sobre todo, sin una prueba que fuese más allá de la mera presunción: Fulano y Mengano son uña y carne. Mengano es un enemigo declarado de Zutano. Zutano muere, de forma que los asesinos son Fulano y Mengano. El mero hecho de que las cosas hubiesen podido suceder realmente así no era algo susceptible de interesar a un juez normal. Faltaban las pruebas, amén. Pero Scialoja y Borgia no eran normales. Algo no funcionaba en sus cabezas. El Dandi se había preguntado a menudo si al salvar al policía no había cometido un terrible error. Luego, al recordar los sabios consejos del tío Carlo, imaginaba un futuro diferente y se resignaba. Paciencia. Espera. Y, al final, victoria. Aunque lloviesen las órdenes de arresto. Aunque la fecha de la audiencia se postergase.

—Inútil hablar de eso al menos hasta finales del año próximo —profetizó Miglianico—. Vasta también está de acuerdo.

—¿Conoces a Vasta?

—Claro. Un magnífico colega. Pero también un iluso. Todavía no ha entendido que los procesos se ganan fuera de los tribunales.

El Dandi confiaba en obtener la absolución, pero estaba preparado para cualquier eventualidad. Iba desarmado, para evitar el riesgo de un tiroteo, y llevaba siempre

consigo un sobre con los análisis y el diagnóstico acordado con su hermano médico. ¡Había pensado en todo! Pero la noche de Navidad no pudo resistirlo más y se presentó en casa de Patrizia. Lúcido, perfectamente afeitado, con su cuello de toro a punto de reventar entre el esmoquin y la pajarita. Patrizia se esperaba aquella visita. Lo recibió sola, con un vestido de noche. Bailaron abrazados, esnifaron un poco de coca, hicieron el amor, después se sentaron a la mesa. Ellos dos solos, con una empalagosa melodía de fondo, y una mesa larga, velas y un refinadísimo bufet de Ruschena: langosta, ostras, Crystal y Chablis, estrúdel y mousse de chocolate. Cuando los de la Brigada Móvil, en uniforme de asalto, derribaron la puerta, Patrizia le estaba contando sus proyectos para un salón de belleza y un gimnasio en la zona de via Veneto.

El Dandi, rodeado de agentes, felicitó al jefe de la brigada. El tipo se apartó con aire sombrío y detrás de él, en el hueco de la puerta, se perfiló la figura desgarrada de Scialoja. Le había costado convencer a los demás. Había tenido que inventarse un soplo inexistente. Había jurado que la noche de Navidad el Dandi iría a casa de su chica. Había apostado y había ganado. Pero no había habido ningún chivato. La verdad era que también él, aquella noche, había sintonizado la frecuencia adecuada.

—¿Qué hacemos con la mujer? —preguntó el jefe de la brigada.

—Nada —le respondió Scialoja, mirando a Patrizia.

Ella apartó la mirada. El Dandi realizó una breve inclinación, se comió la última Marennes-Oleron y lo siguió con una sonrisa burlona en la cara. Cuando Miglianico le habló de cáncer, Borgia soltó una sonora carcajada. El abogado puso la expresión indulgente y contrita del abogado obligado a enfrentarse a un poder ciego y obtuso, pero que en su fuero interno es perfectamente consciente de la justicia moral de su solicitud.

—El cáncer es una enfermedad insidiosa, señor fiscal. Anida en los recovecos de nuestro organismo y golpea cuando uno menos se lo espera, en ocasiones sin remedio...

—¿Y en este caso?

—En este caso nos encontramos con una forma rarísima de tumor de pseudo Hodgkin... que en la mayor parte de los casos resulta letal...

—Casi siempre...

—Claro, el momento es delicado... todavía tengo impresas en los ojos las espantosas imágenes de la bomba del tren... comprendo su justa preocupación por la salvaguardia de la colectividad, pero... no quisiera que mi cliente, que se encuentra gravemente enfermo, acabase pagando los platos rotos...

Demasiado enfermo incluso para aguantar un interrogatorio. Según el diagnóstico de un ilustre oncólogo, el profesor Gustavo Blinis, el Dandi se encontraba al final de sus días, en un estado previo a la agonía. Quizá, si pudiese recibir el tratamiento

adecuado, someterse a una terapia intensísima y cara, ser asistido por un personal cualificado las veinticuatro horas del día, se podría retrasar... pero sólo retrasar, ¿eh?, en ningún caso evitar, desde luego... el *exitus* ineludible...

La realidad que Borgia tenía ante sus ojos era bien diferente. Lo que veía era un mayúsculo criminal de uno y ochenta de estatura, de noventa y dos kilos de peso, cubierto de oro en el momento del arresto, educado y cordial con los agentes que habían interrumpido su dorada rebeldía, una casa de ensueño, una mujer beata y una amante puta, pero puta con clase, y sobre todo podrida de dinero. Borgia tenía ante sus ojos la imagen del aplauso espontáneo con el que el ala número tres había recibido la entrada del Dandi: un aplauso que se había convertido en ovación cuando él había alzado el brazo en señal de saludo, y que de ovación había pasado al rítmico repiqueteo de las escudillas contra los barrotes de hierro de las celdas... un concierto para el Dandi... y para su abogado... Miglianico: un hombre con un pasado controvertido a caballo entre la subversión y la extorsión, imputado, en su tiempo, por haber obtenido mediante fraude tanto la inscripción en el colegio de abogados como el mismísimo diploma de licenciatura en Derecho. Absuelto por insuficiencia de pruebas, como la mayor parte de sus clientes. Y, sin embargo, era célebre su escasa familiaridad con los códigos y la pandectas. Así que la absolución llegaría por otras vías. Vías que el Dandi había optado por recorrer abandonando al bueno de Vasta, uno de la vieja escuela, un sinvergüenza, pero honesto en el fondo... el Dandi ha cambiado de cordada, pensó Borgia, el Dandi ha dado un salto cualitativo... ¿quién está con él? ¿Quién ha cambiado a Vasta por un embaucador perfumado como Miglianico? ¿Qué está pasando en el grupo?

—En segundo lugar, *dottore*, y para extrema seguridad de la defensa solicito para mi defendido un examen médico-legal y nombro desde este mismo momento como asesor al profesor Blinis...

Borgia se declaró contrario a la excarcelación por motivos de salud y se opuso asimismo a la concesión del arresto domiciliario. ¡Cáncer! Pero existía documentación al respecto —¡qué bien manejaban esos muchachos la documentación!— y el juez instructor ordenó de oficio el examen pericial.

El Dandi fue sacado del aislamiento y fue conducido a la enfermería. Al entrar en ella se topó con el Búfalo, quien la abandonaba después de uno de sus controles periódicos. Se miraron, cohibidos. El Búfalo rompió el silencio.

—Siento que te hayan cogido, Dandi.

El Dandi sorbió por la nariz y lanzó un pequeño silbido de desdén.

—No digas gilipolleces...

El Búfalo se quedó pensativo por unos instantes, y a continuación hizo ademán de darle un puñetazo.

—A decir verdad, no veía la hora de que te jodieran también a ti...

—¡Ahora sí que te reconozco!

El Dandi se echó a reír. El Búfalo también se rio. Sellaron la paz armada con un tenso apretón de manos. El Búfalo le pasó al Dandi un par de porros y el Dandi le pagó con una papelina de coca. El control era cosa de risa. Patrizia le había dado una caja de puros habanos y otra de champán que él había compartido con los médicos y las enfermeras. Tenían tiempo de sobra para el examen pericial: Miglianico le había asegurado que éste no se llevaría a cabo. Lo importante era que las cosas funcionasen fuera, pero para ello los negocios estaban ya en buenas manos: palabra de Donatella, quien, una vez firmada la declaración de convivencia con Ricotta, iba y venía como si fuese un correo de las Brigadas Rojas. Bastaba esperar. Con calma y sin hacer idioteces. La situación interna mejoraba. El Búfalo había dejado de dar la lata. El Esqueleto, Ojo Feroz, Ricotta y él habían adoptado la costumbre de jugar todas las noches al póker. Ricotta los desplumaba con regularidad: si bien le costaba distinguir un trío de una escalera, tenía una suerte acojonante. El Frío, no obstante, seguía siendo un fantasma indescifrable. Se había dejado ver por la enfermería en una sola ocasión. Macilento como un esqueleto, había permanecido en el umbral, escrutando el cuarteto de jugadores, indiferente a sus llamadas. Tras intercambiar un vago ademán de saludo con el Dandi, había regresado rápidamente a su celda.

—¿Qué le ocurre? —había preguntado el Dandi.

—Mal de amores... —había contestado Ricotta mientras recogía el dinero que había ganado en la última baza—. Roberta lo ha dejado.

—Mala suerte —había puntualizado el Esqueleto—. Está buscando una salida pero le ha salido el tiro por la culata.

—Él también quiere fingirse enfermo —había intervenido Ojo Feroz—. ¡Pero no todos tienen la suerte de encontrarse con un bonito cáncer como el del Dandi!

Todos se echaron a reír. El Dandi había distribuido unos puros. Ricotta se había encontrado con un póker servido en bandeja. En fin, que se estaban divirtiendo como en los viejos tiempos. Lástima lo de las mujeres, pero bueno, si el carcelero hacía la vista gorda... sí, se divertían. Hasta que un maldito día encerraron también al Seco y la historia dio un vuelco.

III

Su perdición había sido el asunto de los terrenos del este. La cosa había empezado con el Barracuda: rufián en su día, regenerado gracias a su matrimonio con una viuda rica y ahora movido por aspiraciones que, a todas luces, iban más allá de sus posibilidades. Los terrenos pertenecían a un viejo aristócrata gagá que pedía por ellos poco menos que la luna. Después, el marqués, el conde, o lo que demonios fuese aquel tipo, había perdido la cabeza por una de las jacas de las antiguas cuerdas del Barracuda, una brasileña tan apasionada como caprichosa, y de la luna las pretensiones habían descendido a unos quinientos millones más que razonables. El negocio era suculento: la esperanza radicaba en el carácter urbanizable del suelo, que incluso el *Messaggero* consideraba inminente. El espejismo consistía en un enorme centro de servicios con grandes oficinas que serían alquiladas a precio de oro al sector público. Listo para servir. Mirándolo bien, una vulgar historia de ladrillos y fajos de billetes, un clásico romano, la más banal de las especulaciones. Sólo que el Barracuda ni siquiera se podía permitir medio soborno. De forma que se había desvivido para encontrar un socio. El Seco lo había calado a primera vista: un bobalicón, un papanatas con pinta de chapucero, un lelo patentado. Pero mientras tanto, de entre los muslos de una antigua pupila del rufián había salido un documento preliminar, denominado vulgarmente promesa de venta, que por una parte debilitaba la posición del Barracuda, que estaba sin blanca, y por otra la fortalecía, ya que sin él saltaba todo el asunto. El Seco se había presentado ostentando su pública condición de dispensador de créditos y de amistades, y en un abrir y cerrar de ojos habían constituido una sociedad para la explotación de los terrenos. El Barracuda aportaba los papeles, el Seco la liquidez, y los beneficios se repartían al cincuenta por ciento. Pero el Seco no tenía la menor intención de compartirlos. No tenía ningún inconveniente en tratar de igual a igual con el Dandi mientras ese delincuente siguiese siendo el más fuerte en el ambiente, pero mantener la palabra dada a un capullo como el Barracuda habría supuesto una pérdida considerable de estilo. El Seco era un artista del juego al alza, y el dinero en contante era su arma más insidiosa. Empezó con un modesto aumento de capital: gastos imprevistos causados por un adjunto codicioso, le dijo al Barracuda para justificarse. Y el socio, para no ser menos, hipotecó la casa de la viuda. Tres meses después se planteó la necesidad de un nuevo y más consistente aumento: esta vez la culpa la tenía el Comité regional de control, quien tenía algo que decir sobre la variación del plan de ordenación urbana. Los banqueros a los que se había dirigido consideraron demasiado inseguras las

posibilidades de éxito del negocio y negaron la financiación al Barracuda. El Seco, todo un amigo, le dijo que no se enojase y asumió la totalidad del aumento de capital: a cambio, el Barracuda le cedió el veinticinco por ciento de sus cuotas. Al final, el mismo día en el que el ayuntamiento aprobaba la recalificación urbana, el Seco asestó el golpe de gracia: un megasoborno de trescientos millones. Desesperado, el Barracuda le confesó su intención de dirigirse a los usureros. El Seco, jefe reconocido de aquella confraternidad, lo disuadió con maneras afables. Tras apurar una botella de Est-Est-Est y derramar unas cuantas lagrimitas, el veinticinco por ciento restante de la sociedad cambió de manos. Al Barracuda sólo le restaba la hipoteca y la esperanza de poder cancelarla un día vendiendo el miserable garaje que el Seco le había permitido mantener en el futuro centro comercial. La enésima victoria al Monopoli se le subió a la cabeza al Seco, que empezó a jactarse ante los demás de haber desplumado a aquel mentecato. La noticia circuló, adornada cada vez con más detalles. Y dado que el Seco no gozaba precisamente del afecto de todos, uno que se la tenía jurada se encargó de referir al Barracuda el pormenor más picante: que los banqueros, esos pérfidos que le habían negado el crédito para un negocio que no podía ser más seguro, figuraban todos, sin excepción, en el libro de pagos de su ex socio. El Barracuda recordó haber sido antaño matón de medio pelo, se presentó en casa del Seco y lo estampó contra la pared. El Seco se salvó de la tunda gracias a la costumbre de tener siempre al alcance de la mano a un par de gorilas. Pero echaba humo. Así que en primer lugar mandó a dos de sus muchachos a que quemasen el coche del Barracuda, acto seguido canceló la hipoteca sobre el domicilio conyugal y exigió su pago inmediato. El Barracuda compró en Porta Portese un revólver de tercera mano y se puso a rondar al Seco, jurando *urbi et orbi* que le iba a saltar la tapa de los sesos. El Seco hizo circular el rumor de que el Barracuda había perdido el juicio: una lástima, porque tenía una bonita mujer y dos hijos y sería terrible que un día, presa de un ataque de locura, les hiciese daño. El Barracuda recibió el mensaje, arrojó la pistola al río y se calmó durante un tiempo. Pero después prevaleció el honor: mandó a su mujer y sus hijos a casa de un pariente en Australia y un buen día, trajeado como para un funeral, cruzó el portón de la calle Genova y empezó a largar con un amigo de la policía. Durante los meses en los que había estado en contacto con el Seco había tenido ocasión de escuchar, ver, grabar, notar, intuir. Tenía muchas cosas que contar: empezó con el asesinato del Angelito, pasó al tráfico de droga, al misterioso origen de la riqueza del Seco, para rematar con el embolado que le había metido en la historia de los terrenos. Ésta era, en realidad, la única acusación seria que implicaba directamente al denunciante. Polvo blanco él, el Barracuda, nunca había visto; se hablaba de criminales de dieciocho quilates, pero él no se había encontrado con ninguno. Todo se basaba en referencias ajenas. Al Seco le bastaría con afirmar que la acusación nacía del rencor de un empresario fracasado contra un exitoso hombre de

negocios para que lo soltasen esa misma noche. Pero el Seco no sabía nada de arrestos, registros, órdenes y cárceles. El Seco carecía de antecedentes. Las esposas le aterrorizaban. En el curso del primer interrogatorio, entre admisiones a medias, revelación de nombres eminentes, amenazas y lágrimas, el Seco se metió solito en un buen lío. El juez Morales, un viejo zorro que en un principio era propenso a liquidar aquel asunto lo antes posible, empezó a considerar con mayor atención las declaraciones del Barracuda. Se dispuso un careo. El Barracuda pontificaba, lúcido y resuelto, mientras el Seco vomitaba injurias, sudado y jadeante. El abogado le aconsejaba que se callase, y el Seco lo mandaba a hacer puñetas. El fiscal le hacía una pregunta, y el Seco le respondía maldiciendo al Barracuda y a sus antepasados. El asunto se ponía feo. Cuando la historia llegó a sus oídos, el Dandi se encolerizó. Era evidente que el Seco estaba perdiendo los nervios. El Barracuda no había mencionado por el momento la relación que los unía. El Dandi ni siquiera sabía qué cara tenía aquel grandísimo hijo de puta. Por el momento. ¿Y si de repente recordaba una conversación? ¿Una llamada telefónica? ¿Una alusión? Como si no bastase con que el cerebro financiero del grupo hubiese acabado en la cárcel: ¡además tenían que aguantar una crisis histérica! El Dandi se puso en contacto con los hermanos que seguían fuera. Pero aquéllos le hicieron saber a través de Miglianico que tenían las manos atadas. El juez Morales era inabordable. Todas las solicitudes eran invariablemente rechazadas. El juez Morales había intuido que el Seco estaba a punto de derrumbarse y lo mantenía en el más absoluto aislamiento. Desde su celda, éste escribía cartas y más cartas a sus viejos amigos influyentes. Cartas que regresaban una y otra vez sin respuesta al remitente. El juez Morales había intuido que aquella pequeña estafa de los terrenos podía abrir una gran investigación. El Seco jugó una carta desesperada y prometió veinte millones al recluso encargado de barrer, el único que tenía acceso a la zona de aislamiento, si le daba dos bofetadas y un par de patadas en los huevos. El barrendero no quiso arriesgarse a que le cayera una pena suplementaria en vísperas de su excarcelación. Pero el rumor circuló. El Búfalo pagó y consiguió entrar en la celda del Seco.

—¿Qué es esa historia de que ofreces dinero por recibir una paliza?

—Tengo que salir de aquí o me volveré loco.

—¿Y quieres acabar en el hospital?

—En la enfermería. Quiero ir a la enfermería. Ver gente. Pensar. Si paso aquí una semana más yo...

—¿Qué haces? ¿Cantas?

—¡Antes me mato!

El Búfalo se encendió un porro. El Seco rechazó la oferta.

—No quiero colocarme, Búfalo. ¡Quiero salir!

—Que te ayude el Dandi, entonces, dado que sois uña y carne...

El Seco empezó a insultar al Dandi. Un *play-boy*. Un inútil. Lo habían atrapado como a una mosca porque no podía privarse de aquella puta. Un dictador. Si el Búfalo supiese cómo hablaba de ellos, del resto de los muchachos...

—¿Por qué? ¿Cómo habla de nosotros? —preguntó el Búfalo repentinamente interesado.

El Seco le leyó el pensamiento, comprendió que tal vez todavía le quedaba alguna esperanza y adoptó una expresión inspirada.

—Búfalo... de no haber sido por mí... ¡él habría permitido que os pudrierais aquí dentro!

—¿Tú? ¿Se puede saber qué has hecho tú?

—¿Quién crees que impuso la parte para los reclusos? ¡Yo! ¿Y quién crees que controla hasta la última lira de vuestro dinero? ¡Yo! ¡Ese canalla incluso me ha pegado!

El Búfalo no le creyó ni por un momento. El Dandi era demasiado astuto como para exponerse en un momento tan crítico. Todos sabían lo que había pasado. Si había una serpiente, más venenosa incluso que el Dandi, ése era el Seco. No obstante, una cosa es creer porque uno es gilipollas, y otra creer por propia voluntad. Especialmente cuando las heridas siguen abiertas. Especialmente cuando, con la ayuda de una serpiente, el futuro te ofrece en bandeja una ocasión irrepetible.

—A ver si lo entiendo: tú quieres una buena zurra...

—¡Sí, Búfalo, sí! Pero ve con cuidado, ¿eh?

—¡Dentro de los límites de lo posible, amigo! —se rio el Búfalo mientras se arremangaba. El Seco cerró los ojos a la espera del primer golpe.

IV

Por apenas unos cientos de metros, la investigación sobre la bomba de Navidad le correspondía a la Fiscalía de la República de Florencia. Metros que podían resultar fatales para el Viejo y su cordada, dado que desde hacía ya algún tiempo habían perdido parte de su influencia en esta zona. Dos mentes avispidas del Antiterrorismo habían conseguido echar el guante al Holandés antes de que Zeta lo localizase. El Holandés había entreabierto su maleta de secretos comprometedores. Salió a colación el tío Carlo. Una mañana de marzo, tras quince años de prófugo, lo capturaron en una villa de la Appia junto a su leal Maestro. En la meticulosa agenda de direcciones que el mafioso conservaba en un viejo cuaderno a cuadritos figuraba un número de teléfono en clave. Tras varios intentos fallidos de estimular en algún modo la colaboración del tío Carlo —quien, para abreviar las formalidades, en el momento del arresto se había fingido sordo—, los hombres de Antiterrorismo se dirigieron a un célebre profesor, un gran experto en la resolución de enigmas. El código fue resuelto en una tarde. El número que se descubrió al hacerlo pertenecía a una sociedad inmobiliaria fantasma sita en la zona de Castelli. Un escuadrón en uniforme de asalto irrumpió en la misma. Al entrar sorprendieron a Equis vigilando el lugar. El espía apeló a la solidaridad entre colegas y los agentes le concedieron la posibilidad de usar el teléfono. Pero en lugar de la voz, tal vez iracunda del Viejo, al otro extremo de la línea no respondió nadie. Mientras la inicial perplejidad de los policías se iba transformando en una creciente y peligrosísima forma de suspicaz curiosidad, y arreciaban las preguntas, Equis trataba frenéticamente de ponerse en contacto con Zeta. En vano. Entonces intentó localizar al resto de sus colegas, menos conocidos, descendiendo, a cada llamada, por el escalafón hasta llegar a sus propios subordinados. En balde. Era como si lo hubiesen borrado de la lista. Un hombre que había dejado de existir. Incluso en la centralita «pública» de la organización no respondía nadie. Cuando, al final, uno de la patrulla había susurrado con nerviosismo la palabra «atentado», Equis había solicitado que lo pusieran en contacto con el policía.

—Yo no tengo nada que ver con esa bomba, explícaselo tú —le había implorado Equis cuando por fin, alrededor de la medianoche, habían localizado a Scialoja.

—¿Por qué yo?

—Porque a ti te creerán. Saben que no somos amigos. ¡Yo no tengo nada que ver, te lo juro! Nosotros nunca hemos colocado una bomba...

—¿Debería creerte?

—¡Haz lo que quieras pero sácame de aquí!

—¿Por qué?

—Porque a cambio puedo darte una cosa que te interesa mucho.

—¿A qué te refieres?

—¡Al Dandi!

—¿Y además?

—Al Viejo. Te ofrezco un contacto. Una conexión. Serás famoso. El policía más famoso de Italia...

Scialoja se encendió un cigarrillo y se lo pasó. El espía le dio dos caladas con avidez.

—¿Cómo piensas conseguirlo?

—Con la ayuda del Larinés, al que Dios tenga en su gloria...

Cuando lo vio aterrizar en su casa al amanecer, chorreando a causa de la lluvia y con ojos de alucinado, Borgia pensó que Scialoja estaba perdiendo el juicio. Su mujer, indignada por aquella increíble violación de su intimidad, se refugió en el dormitorio con los dos hijos que lloriqueaban. Borgia pronosticó con un suspiro de amargura las inevitables consecuencias de aquello: peleas, malhumor prolongado, tensión doméstica, arduas tentativas de reconciliación, la acusación fulminante de descuidar la familia a causa del trabajo, que si patatán, que si patatán, y sintió que odiaba a aquel misionero pirado con la gabardina. Trató de persuadirlo de aplazar aquella conversación, incluso intentó, aunque sin demasiada convicción, conducirlo a la puerta. Pero Scialoja lo arrojó a un feo sillón de estilo sueco de los años sesenta y no le dejó mover un músculo hasta que finalizó con su perorata.

—El Larinés es un magnífico falsificador, uno de los mejores de la ciudad. Recibe dinero del Viejo. Se sirven de él para ciertos trabajitos sucios. Durante el secuestro de Moro montó para ellos la pista falsa del lago de la Duquesa. ¿Recuerda el famoso comunicado apócrifo de las Brigadas Rojas que envió a media policía italiana a buscar el cadáver del presidente en el lago helado? Pues bien, lo hizo él. El hecho es que la Duquesa se encuentra en las proximidades del municipio de Gradoli. Lo que intentaban era, en cambio, ocultar otro dato que, éste sí, era cierto: Gradoli era el nombre de la calle donde, en un apartamento que los registros habían pasado por alto, se escondían los cabecillas de las Brigadas Rojas. Y la cosa no se acaba ahí. Una vez realizada la obra maestra del comunicado, el Larinés volvió a desaparecer. Hasta que un buen día le pidieron otro servicio: organizar un asalto cuyo objetivo era en apariencia el botín, pero a través del cual trataban en realidad de obtener ciertos documentos que interesaban al Viejo. El Larinés organizó una banda y efectuó el golpe. Sólo que en lugar de entregar los documentos se los quedó e intentó chantajear al Viejo. Éste se cabreó. Llamó al Dandi y le ordenó que eliminase al Larinés y que recuperase la documentación. Así mataba dos pájaros de un tiro: por un lado volvía a

poseer aquello que le interesaba y por otro se libraba de un testigo incómodo...

—¿Cómo te has enterado de todas esas cosas? —exhaló Borgia, tuteándolo sin darse cuenta.

—Equis. Es mi fuente.

Borgia cerró los ojos. La historia era coherente. Explicaba alguno de los misterios de los últimos años. Suministraba una clave de lectura. Encajaba perfectamente en el mosaico. La historia era de una coherencia tremenda. Borgia deseó una vida menos turbulenta: un traslado a la sección de lo civil, una notaría, un modesto puesto universitario.

—Habría que informar al fiscal... susurró.

—¡No podemos perderlos de vista! —estalló Scialoja—. ¡Hay que intervenir ahora! ¡Hoy mismo! Equis es una pista caliente... Tiene nombres, fechas, sedes, cuentas cifradas... ¡no hay que darles tiempo de reorganizarse! Golpeémosles ahora, sin perder tiempo...

—Hay que verificar...

—Ya lo haremos... pero antes hay que neutralizar al Viejo...

—Si el Dandi no confirma...

—¡Ofrezcámosle un acuerdo!

—¡Esto no es América, Scialoja!

—¡Maldita sea, ahora no es el momento de andarse con escrúpulos!

Borgia cerró los ojos. Sentía que algo se le escapaba. Tal vez para siempre. Habría debido hacer caso al policía. Secundar su intuición. Cubrir su estrategia de asalto. Pero le faltaban agallas, eso era todo.

—Prepáreme un informe —le ordenó secamente.

1985-1986

EPIDEMIAS

La tunda que envió al Seco a la enfermería se la colgaron al recluso barrendero. Por otra parte, ¿quién sino él podía violar el aislamiento? El jefe de zona confirmó que no se habían producido movimientos sospechosos: exceptuando los diez o quince minutos durante los cuales el barrendero había limpiado la celda, nadie había tenido contacto alguno con el Seco. Y era entonces cuando se había producido la fechoría. El móvil lo balbuceó el mismo Seco, saliendo a duras penas de la torpeza en la que le habían sumido los sedantes: una palabra de más que, en uno de sus recurrentes momentos de debilidad, se le había escapado frente al rechazo de un favor igualmente ambiguo. El olor a chamusquina dejó al juez Morales sin aliento. Hizo todo lo posible por hacer cantar al barrendero, pero no hubo forma. Entre pasar seis u ocho meses extra en la cárcel o la venganza del hampa la elección era evidente. El hombre confesó un viejo rencor hacia aquella bola de grasa, recibió la condena y los veinte millones que, en cualquier caso, el Seco ya había hecho llegar a su mujer, y el enredo salió redondo. Morales hizo todo lo que pudo por hacer revocar la asignación a la enfermería. Pero los médicos no se mostraron de acuerdo: el director se opuso con todas sus fuerzas; un par de monjas de corazón tierno soltaron unas cuantas lagrimitas y al final el fiscal se vio obligado a ceder. Ni siquiera el Dandi se tragó aquella historia. Por un lado, la nueva situación carcelaria del Seco lo protegía de ulteriores y perniciosos ataques de histeria. Por otro, la dinámica de lo sucedido le preocupaba sobremanera. Porque el Seco le aseguró que no había habido ningún montaje: estaba dispuesto a pagar para que alguien le pegara, sí, pero no al Búfalo, por descontado. Aquello había sido fruto de su propia iniciativa. El arrebató de un loco peligroso.

—Pero ¿se puede saber por qué?

—¡Y yo qué sé! —lloriqueaba el Seco—. Empezó a insultarme... a insultarte... ¡el Búfalo te odia, Dandi! Dice que le hemos robado su dinero ¡pero Dios es testigo de que no falta ni una lira! Luego... luego dejé de entender lo que pasaba, me zurraba... ¡la de golpes que me dio, madre mía! ¡Un loco, como te digo, un loco!

Loco para los jueces, tal vez. Pero no para el Dandi, que lo conocía demasiado bien. El Búfalo estaba rumiando algo. Había fingido resignación, pero en su interior anidaba como siempre el consabido, inquebrantable y antiguo odio. El Dandi decidió que había que aclarar aquella historia a toda costa antes de que todos tuviesen que pagar las consecuencias. El Tapón, el Esqueleto y Ojo Feroz trataron de contactar con el Búfalo. Pero llegaron tarde. El Búfalo iba ya camino del manicomio judicial. Al final le habían declarado enfermo mental por la historia de los hermanos Gemito.

Que la situación se hubiese resuelto era mérito exclusivo del buen trabajo de equipo, del peloteo de Vasta y, como siempre en este mundo, de la suerte.

Porque lo que había sucedido era que Baldissera, el psiquiatra que no quería dar su brazo a torcer, el que creía sin sombra de duda en la habilidad para fingir del Búfalo, había solicitado un puesto como jefe de reparto en un hospital del norte. Presidente de la comisión examinadora, ni que decir tiene, el eminente profesor Cortina. Baldissera se había presentado ante el colega con el rabo entre las piernas.

—No quisiera que mi visita pudiese ser interpretada como un intento de autorrecomendación...

—¡Faltaría más! —había sonreído Cortina—. No puedo por menos que descubrirme ante un profesional de tu envergadura...

—Por otra parte, tampoco me gustaría que los enfrentamientos que hemos tenido puedan pesar de forma desmesurada en tu decisión...

—¡Puedes estar tranquilo! Entre personas inteligentes siempre es posible llegar a un acuerdo...

Tres días después de aquella conversación, Baldissera dimitió del equipo de peritos por «incompatibilidad de opiniones», así mataba dos pájaros de un tiro: por un lado quedaba bien y por el otro hacía saltar el examen pericial por los aires. Para determinar si el Búfalo estaba loco de verdad, había que empezar desde cero. Aplastado entre Borgia, que le metía prisa, y Vasta, que le sugería prudencia, el juez empezaba a hartarse. Se reservó la decisión.

Entonces Vasta tomó la iniciativa. El Búfalo, además de la muerte de los hermanos Gemito, tenía sobre sus espaldas una docena más de imputaciones. Una de ellas, un viejo asalto anterior incluso a los tiempos del Libanés, un asunto del tiempo de Maricastaña que, por una extraña zarabanda de competencias había escapado de manos de Borgia para acabar vegetando entre un fiscal del Antiterrorismo y un viejo y derrengado juez instructor. Vasta explicó que, en su opinión, su cliente estaba loco. Y si estaba loco a la hora de cometer el homicidio, no podía estar en su juicio durante el asalto. De forma que había que realizar también un examen psiquiátrico en relación con el asalto. El juez consideró razonable la propuesta y fijó la audiencia para el nombramiento del perito. Treintamonedas y el Negro realizaron una breve visita al influyente personaje al que untaban desde hacía dos años sin resultado alguno. En una mano llevaban un abrigo de pieles y un Rolex, y en la otra los hierros. El influyente personaje captó de inmediato el ultimátum y el doctor Polistena fue nombrado perito en la audiencia. Se trataba de un joven profesional que acababa de finalizar su especialización con un docto trabajo sobre las esquizofrenias paranoides inspirado en los clásicos del género: en particular el Cortina, en su edición de 1971. Polistena visitó al Búfalo, su ayudante le entregó los tests y el diagnóstico fue pronunciado en un abrir y cerrar de ojos: esquizofrenia paranoide, claro está, y

absoluta irresponsabilidad mental. Vasta buscó al juez del caso Gemitó y le vertió el razonamiento: si el Búfalo no estaba en sus cabales durante el asalto, ¿cómo era posible que hubiese sido declarado cuerdo en relación con el homicidio? El juez convocó a Polistena y a otro aparente inepto e ipso facto les concedió treinta días para que llevasen a cabo un examen suplementario. Un mes después el Búfalo era declarado de nuevo totalmente incapaz de discernimiento y voluntad. Una obra de arte. El proceso se mantenía, pero la acusación más grave había quedado anulada. Borgia estaba furioso. Y furiosamente redactó un recurso de apelación sobre el que abrigaba bien pocas esperanzas. Sabía que, una vez abierta la brecha de la enfermedad mental, el efecto en cadena corría el riesgo de resultar devastador. El Búfalo fue embarcado de noche en el coche celular con la asistencia de un médico y de una enfermera, y una oferta de Valium que rechazó con desdén. Loco, pero no chocho. Volvería a ver a los demás durante la audiencia. Entretendría la espera perfeccionando el acuerdo de hierro que había sellado con el Seco. Su dinero estaba a buen recaudo. Y tarde o temprano el Dandi sería suyo.

II

El Negro se enteró por Vanessa de los problemas del Frío. Las reglas de prudencia desaconsejaban los contactos directos, pero había que hacer algo por el amigo en desgracia. El Negro se acordó de Mainardi. Se habían frecuentado durante el bachiller, por asuntos menores, como limpiar la casa de los respectivos padres aprovechando la ausencia de éstos durante el fin de semana, o romper el cráneo a los rojos a bastonazos. Nada particularmente excitante y, además, poco después se había calmado. La última vez que se vieron fue con ocasión del raspado a la novia de uno de sus viejos colegas del Eur. Mainardi, que por aquel entonces se encontraba en su segundo año de Medicina, no se había echado atrás. Ahora, gracias al apoyo de su padre, un famoso cirujano plástico, trabajaba en una clínica en las afueras de Roma. Cuando el Negro fue a verlo, Mainardi se mostró primeramente desdeñoso. Ante lo cual, al Negro no le quedó más remedio que refrescarle la memoria, y el doctor acabó por dejarse de tonterías. Se presentó al Frío con un permiso sanitario especial apañado por el influyente personaje.

—¿Quién te envía?

—El Negro.

—¿Cómo está?

—Te manda saludos. Me ha dicho que me ponga a tu disposición. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Tengo que salir.

Mainardi le prometió que estudiaría la situación. Pero incluso un novato se habría dado cuenta de que la salud del Frío era de una fortaleza a prueba de bombas. De hospitalización ni hablar, a menos que efectuase una clamorosa falsificación con la que se arriesgaba a jugarse la carrera. Aun así, presentó un informe lo suficientemente ambiguo que convenció a Borgia a ordenar su traslado a la enfermería para la realización de «ciertas pruebas». El Frío acabó de esta manera junto a dos enfermos graves, el Dandi y el Seco. Quienes no parecía que se muriesen de ganas de verlo. El Esqueleto y Ojo Feroz, que si bien no estaban ingresados en ella, se movían por la enfermería como Pedro por su casa, lo acusaban abiertamente de ocuparse sólo de sus asuntos. El Seco le dirigía saludos zalameros, pero apenas se daba media vuelta lo ponía verde. Cosa extraña, el más expansivo fue el Dandi. Pero por un motivo: estaba preocupado, casi obsesionado por el Búfalo. Y buscaba informaciones, noticias, quizá hasta un apoyo. El Frío le dijo sin tapujos que Ojo Feroz y el Esqueleto tenían razón.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que quiero decir es que, sí, que yo me ocupo de mis asuntos y no quiero problemas. No quiero mezclarme en vuestras historias.

El Dandi siempre había pensado que los verdaderos hombres se reconocen en los momentos más duros. En el pasado, el Libanés y el Frío eran inigualables en cuestión de cerebro e hígado. Luego el Libanés se había dejado llenar el cuerpo de plomo y el Frío se iba convirtiendo día a día en una larva. Se había derrumbado en el momento más duro. Doblegado por la cárcel. Aferrado al sueño de una fuga imposible. Marchito antes de tiempo. Era un espectáculo que lo entristecía a la par que lo exaltaba. A veces el recuerdo de épocas pasadas lo hundía en un humor melancólico, casi crepuscular. Pero el Dandi era un hombre del presente, no del pasado. De ahí su exaltación: caído el Frío, no quedaba nadie, aparte el Búfalo, capaz de inquietarlo. El mismo Seco era demasiado canalla como para representar un peligro. Los demás seguían el rebaño.

—Déjalo estar —ordenó.

El Frío los observaba hundido en una cama que abandonaba cada vez con menor frecuencia y de mala gana. Se dejaba devorar por el tiempo, incapaz del menor impulso de energía. Lo consumía un deseo corrosivo que sólo alcanzaba a intuir confusamente: Roberta, algo cálido y duradero, aire puro, alejarse de toda aquella mierda, hombres auténticos, amigos y no unos capullos deseosos de joderse entre ellos. Observaba y anotaba. El Seco movía sus cartas con la habilidad de un prestidigitador. Cuando no actúas, comprendes. El Esqueleto y Ojo Feroz, esos pobres gilipollas, miraban ya al Dandi con otros ojos. Lenta e inexorablemente, el Seco los estaba enfrentando. El Seco jugaba a dividirlos para así poder comerse sólo el pastel. Y el Dandi estaba demasiado pagado de sí mismo como para poder percatarse de sus maniobras. Cuando ajustaran cuentas... porque un día u otro ajustarían cuentas... sólo podría contar con el Tapón. Un perro fiel, ceremonioso, de confianza. ¡Pero los demás! Los demás estaban dispuestos a traicionar, primero a él, después tal vez al Seco, y para finalizar incluso a ellos mismos. A su mente regresaba la siniestra profecía del Puma. Había robado, matado, arrojado su vida al viento. Una noche, mientras el Dandi dormía, el Seco levantó su cabecita de la consuetu y kilométrica carta de protesta y le hizo un ademán amistoso. El Frío se aproximó. Había decidido aclarar el problema.

—Tengo un negocio a la vista, Frío...

—¿Ah sí? Qué interesante...

—Un negocio seguro.

—¿Se lo has contado al Dandi?

El Seco se enfurruñó. Su tono subió una octava, hasta casi convertirse en un lamento femenino.

—¡No quiero hablar con ése! ¡Es un cabrón! Tú, más bien...

El Frío le aferró la garganta y le indicó con el índice que se callase. Al Seco se le escapó un borboteo espumoso.

—Escúchame bien, pedazo de mierda: tus trucos no sirven conmigo. Di otra palabra, una sola... y te arranco esa lengua de serpiente y te la hago tragar a patadas, ¿está claro?

El Seco asintió frenéticamente. El Frío soltó su presa y se fue a dormir.

III

Los magistrados, pensaba el Viejo mientras Borgia le tendía educadamente la mano, no deberían ser demasiado inteligentes. Su padre lo decía siempre. Su padre era un alto oficial de la Marina. Un héroe de guerra. En el mismo rellano de su casa, sita en el centro de Nápoles, vivía un magistrado. Un hombre anciano, alto, canoso, de porte erguido, siempre ceñudo y vestido con exquisitez. Jamás un pelo fuera de su sitio, colores cálidos y bien entonados, gestos circunspectos y, cuando menos, altivos. Maggiulli... Massulli... Maioli, sí, el juez Stefano Maioli. Gran cazador y consumado jugador de bridge. Su padre se lo indicaba con una mezcla de respeto y condescendencia. Maioli: magnífico magistrado; como hombre, más bien gilipollas. Así tienen que ser los magistrados: un poco gilipollas y no demasiado inteligentes. Maioli jamás habría osado convocarlo a las nueve de la mañana. En tiempos de Maioli, una cosa semejante era inconcebible. Pero, sobre todo, un hombre de la clase de Maioli nunca se habría presentado con un suéter de cuello alto y barba de dos días.

—Disculpe mi aspecto, *dottore*, pero si hubiese pasado por casa a cambiarme, me habría desplomado sobre la cama y usted habría hecho el viaje en balde. El caso es que esta noche mi hijo... el mayor, tengo dos, ¿sabe?... Mirko y Teresa... como le iba diciendo, Mirko ha tenido un ataque de otitis... ¡si hubiera visto cómo lloraba, pobrecito! En fin, lo hemos tenido que llevar a urgencias pasadas las cinco y, entre una cosa y otra, sólo hace media hora que...

El Viejo asintió con la cabeza, con una sonrisa comprensiva en sus finos labios. Maioli no se habría permitido esgrimir una excusa tan vulgar. Es más, pensándolo bien, el magistrado Maioli ni siquiera se habría permitido tener hijos.

—La razón que le ha traído hasta aquí... de la documentación... se desprenden algunas referencias... necesito verificar... ¿desea un cigarrillo?

Tacto, educación, un cierto estilo. Y mucha, excesiva, vaguedad. El Viejo empezaba a sentir una cierta simpatía por Borgia. Seguía siendo un muchacho. Los jueces como Maioli, en cambio, éstos nacen ya con el pelo cano y una mueca de condescendencia.

—Le agradecería que me ahorrara los preliminares...

—¿Una subasta de sus famosos autómatas? —dijo una voz burlona a sus espaldas.

El Viejo ni siquiera hizo ademán de volverse. Se limitó a extender los brazos con ademán hierático.

—El comisario Scialoja... —empezó a decir Borgia más bien avergonzado.

—Ya hemos sido presentados —le atajó el Viejo con una sonrisita de desprecio—. Sí, comisario. Ha dado en el clavo. Feurbrunner saca a la venta un precioso modelo del *Jugador de ajedrez de Francfurt*, a.D. 1787. Me encantaría ir...

Scialoja dio la vuelta al escritorio y se sentó junto al juez instructor. Borgia lo observaba más bien perplejo.

—¿Ha oído hablar de un tipo llamado «el Larinés»?

—Vagamente.

Scialoja se lanzó a un asalto tan vehemente y desconsiderado que el Viejo no tardó en dejar de escucharlo. Prefería concentrarse en las fisonomías. Al igual que sobre muchos otros, el Viejo tenía en su poder un voluminoso dossier sobre Borgia. Noticias confidenciales, rumores de pasillo, análisis de las disposiciones, las inevitables escuchas telefónicas y los micrófonos. Sabía, por ejemplo, que el habitual jueguito de la acusación de filocomunismo nunca funcionaría con Borgia. El juez no tenía ninguna relación con esos gansos de Magistratura Democrática. Era un hombre de orden. Un moralista políticamente descolorido. Lo que constituía su fuerza, a la vez que su limitación. Scialoja, por su parte, se agitaba descompuesto en el interior de su traje de grandes almacenes que apenas podía contener su masa muscular. Cigarro apagado entre los dientes. Aire de duro pulido. Frente alta, ojos oscuros, penetrantes. Un tipo atractivo, pero de eso se había percatado ya. Uno puro, también esto lo sabía, y, por si fuera poco, con la loable tendencia a saltarse a la torera el procedimiento. La primera vez que lo había visto lo había comparado con san Jorge en el acto de fulminar al dragón. Un guerrero que contaba con la ayuda de Dios. Ahora que lo estudiaba con mayor atención, le parecía distinguir nuevos fulgores, surgidos de una fría llamarada. Menos furor y una mayor racionalidad. Con un leve aroma a cinismo. El jovencito estaba creciendo, se estaba haciendo un hombre, perdía la inocencia. Aprendía, con resultados inmejorables, a ser un canalla. En conjunto, el juez y su madero formaban una bonita pareja. Pero ello todavía no bastaba para complicarle las cosas al Viejo. Esta vez no, por lo menos. Y es que a ambos les faltaba algo. Sintetizando en un modo brutal, aunque incisivo, que no habría desagradado a su socio de la Agencia, Scialoja tenía huevos, pero carecía de poder. Borgia tenía poder, pero carecía de huevos. A fin de cuentas, no eran sino hombres de una sola dimensión. Leales servidores del Estado. Puaj.

—¿Ha acabado? —preguntó educadamente el Viejo, aprovechando una pausa de Scialoja—. ¿Sí? Bien. Pues ahora, si tiene un poco de paciencia, *dottor* Borgia, quisiera contarle otra historia... la verdadera historia...

El Viejo, con estudiada parsimonia, hizo saltar el cerrojo de su maletín y se entretuvo con un fino dossier.

—Podría hablar durante horas de un agente a mi servicio al que tuve que apartar del mismo por una serie de graves incumplimientos y porque al mismo le habían

diagnosticado una depresión psicótica... de su resentimiento... de las calumnias que lleva difundiendo desde hace meses sobre mí... me limitaré a entregarle estos documentos. Estúdielos con la diligencia que todos le reconocen, y verá que todo este asunto le aparece en su real dimensión: ¡una colosal pompa de jabón!

Borgia se había atrincherado detrás de una sonrisita medrosa que tenía todo el aire de ser una *excusatio non petita*. A fin de cuentas, todos los magistrados tenían algo de Maioli. Scialoja, el proletario, gritó con toda la rabia que llevaba en el cuerpo.

—¡Usted ha protegido a los asesinos de Moro! ¡Ha ordenado que matasen al Larinés! ¡Equis ha hablado! ¡No conseguirá hacerlo pasar por loco!

—¡Ahora basta, Scialoja! —se rebeló Borgia y a continuación se dirigió al Viejo con mayor comedimiento—: Naturalmente, *dottore*, se trata tan sólo de una hipótesis investigativa que...

—Le agradezco la puntualización, señor juez. No quisiera que su hábil colaborador, del cual he podido apreciar en el pasado sus múltiples cualidades, se deje traicionar por un arrebato de improvisación e impulsividad...

Scialoja lanzó una mirada iracunda al juez instructor quien, precavido, la esquivó. El Viejo escudriñaba a Scialoja. Si hubiese sabido leer el mensaje implícito en sus palabras, lo habría descifrado de la siguiente manera: ahora no, muchacho, y todo no. Sabes algo, pero no es suficiente. Eres una ramificación del gran río. Confórmate con permanecer en él durante un cierto tiempo, no exageres. Pero el policía estaba poseído por uno de esos demonios roñosos que escapan al control de la razón. El Viejo experimentó un intenso deseo de incorporarlo al juego. Todo aquel aroma de idealismo ofendía su refinado sentido del olfato. El Viejo se prometió intervenir cuanto antes. Una pizca de sana podredumbre no le iría mal a aquel jovenzuelo.

La conversación tocaba a su fin. Borgia consultaba los documentos y sobre su rostro enflaquecido y marcado se iban dibujando dos expresiones contradictorias: conciencia y alivio. Borgia sabía que Scialoja había dado en el blanco. Pero el Viejo le procuraba una explicación satisfactoria. La falta de pruebas lo eximía de la obligación de proceder. Scialoja entendió la situación, se quedó de piedra y salió dando un portazo. ¡Miserable juez! El Viejo sintió la tentación de explicarle dónde estaba el truco. Era evidente que el arresto del Holandés había desencadenado una reacción en cadena. Él había sabido reaccionar a tiempo. Había sacrificado a Equis, el anillo más endeble de la cadena. Una zancadilla certera. La única incógnita era el factor tiempo. Si aparecían con una orden antes de que hubiese tiempo de elaborar el dossier sobre el agente trasladado... El Viejo se levantó, apoyándose en los brazos del sillón. A Borgia, en ese momento, le recordó a un paquidermo exhausto en cuyos ojos empañados se ahogaba el pesar por la antigua vitalidad volatizada.

—Pero ¿quién es usted en realidad?

El Viejo batió sus largas pestañas blancas, inclinó la cabeza y no respondió.

Después de todo, aquélla era la única pregunta que tenía sentido.

Veinticuatro horas después, el fiscal general retiró la investigación sobre la muerte del Larinés a Borgia y la puso en manos de un joven colega de éste. En diez días aparecieron informadores, nombres, fechas, números. Seis criminales de baja estofa fueron arrestados en rápida sucesión. Todos confesaron haber participado en un gran asalto ideado por el Larinés que, no obstante, afirmaron, se había quedado con parte del botín violando los acuerdos. Jamás se descubrió cuál de ellos había realizado los disparos fatales, pero el caso fue de todas formas resuelto. Equis fue absuelto de todas las imputaciones y declarado incapaz de discernimiento y voluntad. Cuando las acusaciones se calmaron, el Viejo envió a Borgia una copia dedicada de la *Estrategia del golpe de Estado* de Edward Luttwak. Un texto ya antiguo pero no por ello carente de vitalidad. En la página treinta y tres había una frase subrayada: «El golpe de Estado consiste en la infiltración de un sector limitado, pero crítico, del aparato estatal y del empleo de ésta con el fin de substraer al gobierno el control de los restantes sectores». Ésta era la respuesta a la pregunta de Borgia. Eso era lo que el Viejo llevaba haciendo toda su vida. Controlar. Eso era el Viejo. Un controlador. Ni de derechas, ni de izquierdas. Sin gobiernos que socavar y reemplazar con pálidas copias de los anteriores. Sólo para sí mismo. Para siempre contra la humanidad bastarda que se negaba a comprender y aceptar. Un controlador anarquista.

IV

El Negro no se resignaba. Tenía que haber un modo de salvar al Frío. Recurrió de nuevo a Mainardi. Pero el médico no quería saber nada.

—¡Me he informado! ¡He hablado con el abogado! Todas esas gilipolleces que hicimos cuando éramos unos críos... bueno, ¡pues han prescrito! ¡No me arriesgo a nada y no quiero saber nada de esa historia!

Se encontraban en el ático de Mainardi, en el Fleming. El Negro abrió la cristalera y sacó al doctorcito a dar un paseo por la terraza. Mainardi seguía protestando airado. El Negro lo levantó en brazos y lo dejó colgando con medio cuerpo fuera de la barandilla.

—¿Cuántos metros crees que hay de aquí a la calle?

—¡Bájame! ¿Estás loco?

—Dime, tú que eres médico: ¿crees que la palmarías?

Mainardi gritaba socorro y forcejeaba pero el Negro, implacable, seguía empujándolo, centímetro a centímetro.

—Puede que la cosa quedase en un par de fracturas... ¡piensa qué mala suerte, si te quedaras paralítico! Toda una vida en silla de ruedas... bueno, no será tan trágico... ¿qué debería decir yo con todo el plomo que llevo en el cuerpo?

—¡Bájame, animal! ¡Haré todo lo que quieras!

—¡Así me gusta, amigo!

Dos noches más tarde, el Frío se inyectó directamente en la yugular una jeringuilla de sangre infectada. Provenía de un árabe cubierto de granos al que no daban más de seis meses de vida. Los médicos de San Camillo le encontraron los ganglios linfáticos hinchados y certificaron la veracidad de la platina. El Frío era víctima de un adenocarcinoma difuso del sistema linfático.

Scialoja acudió a verlo al hospital.

—No sé cómo lo ha hecho pero sé la razón. Porque está harto de la cárcel, harto de su vida, harto de todo... es comprensible... hasta para un policía. Sólo quiero decirle que hay formas menos cruentas de liberar la conciencia, suponiendo que usted haya tenido una alguna vez.

El Frío se dio media vuelta. En el San Camillo no querían tenerlo: dieciséis hombres de escolta, la sala abarrotada, los otros pacientes que protestaban, el peligro de represalias, la confusión... sólo quedaban dos alternativas: la libertad provisional o el arresto domiciliario en un establecimiento donde pudiesen tratarlo. Mainardi puso a su disposición la clínica donde trabajaba. Cuando todo estaba listo para la

salida del Frío, se produjo un pequeño inconveniente. La clínica estaba dispuesta a recibir al Frío siempre y cuando recibiese... con carácter de donación... de uno o varios benefactores... una cierta máquina de elevado precio...

—¿Cómo de elevado?

—Cuarenta... cuarenta y cinco, para ser más exactos.

—Imagina que una noche sales de tu casa y uno... ¿cómo se llaman? Un gamberro te atropella con su coche...

—No depende de mí —se apresuró a puntualizar Mainardi—. Es una decisión del Consejo de Administración... por otra parte, o lo tomas o lo dejas...

El Negro decidió tomarlo y se dirigió a Treintamonedas.

—¿Quieres pagar con la caja común?

—Para eso está, ¿no? Para ayudar a los compañeros en dificultades... ¡saca el dinero, venga!

Pero Treintamonedas le daba largas. El importe era considerable. Primero había que consultarlo con los demás. En los últimos tiempos se habían gastado mucho dinero con el Frío. Entre su parte y los diferentes gastos sanitarios, su cuota estaba prácticamente agotada...

—¿Me estás diciendo que el Frío está sin una lira?

—¡Es verdad!

—¡Sólo con el videopóker entran a diario setenta millones y tienes el valor de negarme cuatro perras para el Frío!

—¡No te calientes, Negro! Tal vez podamos conseguir unos diez millones...

El Negro perdió la paciencia.

—¡Me gustaría echar un vistazo a las cuentas, Treintamonedas!

El napolitano se mostró humillado y ofendido. El Negro le atajó antes de que iniciase la consabida jaculatoria. Todos sabían que desde que el Seco estaba dentro y él llevaba la caja se había enriquecido de una manera vergonzosa. Que no se hiciese el listo ahora. Lo sabían hasta las piedras. La villa de Capri. El apartamento en Positano. Los tres coches en el garaje. Las semanas en Punta Roja con la enfermera. La barca en Fiumicino...

—¡Pero tú deliras, Negro! Tengo algunos problemas con la justicia que...

—¡Pero qué problemas, payaso! ¡En el proceso montaste un número, te cayeron seis años, y ahora incluso andas suelto! ¡Paga y acabemos de una vez!

Treintamonedas pagó. Compraron la máquina. Mainardi llamó al Negro.

—Ya está. Tu amigo está en Villa Poggioli.

—¡Te has salvado la vida, guapito!

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—¡Hágala, doctor, se lo ruego!

—Has cometido auténticas locuras para sacar a ese Frío... ¿puedo saber por qué?

El Negro suspiró.

—No lo entenderías. Eres de otra pasta...

La noche en que llevaron al Frío a la clínica, el Seco exhaló el riesgo de un suspiro de alivio. La lealtad inoxidable de aquel muchacho podía convertirlo en un serio problema.

No bien llegó a la clínica, el Frío escribió a Roberta: «Estoy fuera, te quiero, ven».

A base de darle, el Seco encontró a alguien dispuesto a responder a sus desesperadas llamadas. Un par de politicastos, a los que la historia de los terrenos de la periferia del este les había abierto el apetito, intrigaron para que lo transfiriesen a un centro clínico del norte. Ambiente tranquilo y reservado, vigilancia cordial, posibilidad de comunicar con el exterior *ad libitum*. Todo un chollo, vaya. La antesala del arresto domiciliario, por no decir la libertad. El Seco aprovechó para establecer tibios contactos con el Barracuda. El gran acusador seguía cabreado, y ese estado no iba a cambiar jamás. Pero la fase instructora se prolongaba y el Seco, carta tras carta, se esforzaba incansable por reblandecerlo, prometiéndole el oro y el moro. Sólo el Dandi salió mal parado con su historia del cáncer: enfermo sí, sentenciaron los médicos, pero no tan grave como para no poder ser debidamente asistido en un centro penitenciario. El Dandi no se lo tomó demasiado mal. El proceso estaba a punto de comenzar. Y estaba ganado de antemano: tanto fuera como dentro de la sala. Miglianico lo garantizaba. Saldría por la puerta principal. Con la cabeza bien alta. Absuelto. O, en el peor de los casos, con un leve perjuicio. Pero después de que se marchase el Seco, el Esqueleto y Ojo Feroz habían dejado de frecuentar la enfermería. Mientras deambulaba en búsqueda de noticias, el Dandi se topó con Ricotta.

—La tienen tomada contigo.

—¿Otra vez? ¿Qué pasa ahora?

—Las historias de siempre. Dicen que pagas mal, que te haces el tonto.

—¿Alguna vez te ha faltado algo conmigo?

—No, nunca, pero...

—Pero ¿qué?

—Ya sabes de qué pasta están hechos...

—De mala pasta. Muy mala. Pero esta vez se han pasado, Ricotta. Ni una lira más. ¡Y si no les gusta, que se cabreen con Treintamonedas, la caja la tiene él ahora!

Ricotta desvió la mirada. El Dandi tenía sus motivos. Pero los otros le remachaban siempre la misma cosa, todos los santos días, a él, que quería ser amigo de todos.

El Maestro se dejó ver también por la enfermería algunos días. Desde su detención empalmaba un sobreseimiento con otro. Sólo le quedaba una acusación por asociación mafiosa genérica, pero la misma no tardaría en resolverse como las demás. Para el tío Carlo la historia era bien diferente: le habían caído dos condenas a cadena

perpetua y una acusación por atentado.

—Pero ese hombre es de otra raza. Mira *La piovera* y disfruta como un niño cuando un policía salta por los aires.

El Dandi le confesó sus preocupaciones. El Maestro le aconsejó que desconfiase del Seco.

—¡Ése no tiene huevos para meterse conmigo! —replicó el Dandi con aire de suficiencia.

—Huevos puede que no, pero no le faltan ni el cerebro ni el veneno necesarios. ¡Ten cuidado!

¿Y si el Maestro tenía razón? Y si el Seco... ¿Era posible que todo hubiese sucedido en sus mismas narices sin que él se hubiese percatado de nada? Pensándolo bien, ahora comprendía el sentido de ciertas miradas, de ciertas risitas, de ciertas pullas de doble sentido. Intentaban aislarlo sin que él se diese cuenta. Pero ¿qué era lo que le echaban en cara? ¿Qué era más listo que ellos? ¿Qué no había malgastado todo su dinero en orgías y gilipolleces? ¡Desagradecidos! ¡Inútiles! ¡Idiotas! Después de que él había combatido con el Seco para mantenerlos, para mantener al grupo unido... mejor hubiera sido dejarlos en manos de su propio destino... merdosos, capullos... ¡Seco, bastardo! Pero si pensaba mantener en pie una organización con aquella partida de ayudantes de chicha y nabo... Si el Frío, el único que todavía razonaba, no hubiese caído en aquella depresión...

El proceso empezó por fin. Ricotta entró en la jaula con el Esqueleto y Ojo Feroz. El Búfalo, algo más gordo, sonriente y moreno, se reunió con ellos el segundo día y fue recibido con calurosos abrazos. Evitaban al Dandi y al Tapón como si tuviesen la tiña. Sólo intercambiaron con el Frío un vago ademán de saludo. El Dandi le enviaba mensajes en cadena a través del Tapón, pero el Frío llegaba y se volvía a marchar en camilla y durante la audiencia permanecía tumbado bajo una áspera manta con el borde numerado de la administración. Indiferente a todo el guirigay de jueces, secretarios, infames, abogados, mujeres, novias...

El Rata habló durante tres días seguidos, confirmando punto por punto todas las acusaciones. El Búfalo no le escuchaba. Observaba al Dandi, observaba al Tapón, observaba al Frío, y de vez en cuando intrigaba en voz baja con Ricotta.

Al final del interrogatorio, mientras esperaban su traslado a la cárcel en el sótano del Palacio de Justicia, el Búfalo propuso que matasen al Dandi.

—¿Y cómo? —preguntó Ojo Feroz—. ¿Con las manos?

Con una pérfida mueca, el Búfalo extrajo de su pantalón un largo punzón de acero con el extremo bien pulido.

—Regalo de un amigo —se rio, guiñando un ojo—. ¡El conde Ugolino!

—¡El de Dante Alighieri! —intervino Ricotta. Bromeaba para tratar de sofocar el pánico que lo invadía.

—¿Cuándo? —preguntó el Esqueleto.

—Por mí mañana mismo.

—Yo estoy de acuerdo.

—Yo también —corroboró Ojo Feroz.

—¿Y el Tapón? —osó decir Ricotta.

—Ay, Ricotta, si no rechista, tanto mejor, en caso contrario... ¡lo liquidamos también a él!

Ricotta intentó que lo reconsideraran. Era una locura. Les iba a caer a todos cadena perpetua. ¿O pensaban hacerlo pasar por un accidente?

—¿Y a mí qué me importa? ¡Estoy loco!

—¡Pero yo no, coño! —machacó Ricotta.

El Búfalo se encogió de hombros.

Pero el argumento de la cadena perpetua había abierto una brecha. Ojo Feroz propuso que lo meditasen un poco. Ricotta golpeó los barrotes para llamar la atención de un agente.

—¡Tengo que ir al baño, jefe!

En el vestíbulo, el Frío esperaba en la camilla. En dos palabras, Ricotta le puso al corriente de la proposición del Búfalo. El Frío sacudió la cabeza.

—No estás de acuerdo, ¿verdad? ¡Yo tampoco! ¡Es una infamia! ¿Cómo se puede matar así a uno como el Dandi? ¡El Búfalo está pirado de verdad!

—Me importa un carajo —lo atajó el Frío—, eso es asunto vuestro.

El Frío regresó a la clínica. Roberta lo estaba esperando. Lucía un suéter de cachemir y una minifalda de cuadros escoceses, medias blancas y zapatos sin tacón. El Frío sintió que el corazón le daba un vuelco y esbozó una tímida sonrisa. Los agentes que lo escoltaban lo acomodaron sobre la silla de ruedas. El Frío les rogó que los dejaran solos. Los agentes salieron. Roberta permanecía de pie en el rincón opuesto de la habitación. Qué guapa era, Dios mío. Jamás le había parecido tan guapa y atractiva. Roberta indicó la silla de ruedas y sus ojos se empañaron de lágrimas. El Frío miró en derredor, acto seguido apartó la manta, y se levantó con un gesto atlético.

—¡Pero si puedes andar!

—Claro que ando. Aunque oficialmente me están dando quimio...

—Creía que... te estabas muriendo...

El Frío se aproximó a ella, le tomó una mano y se la pasó por la cara.

—Era el único modo de conseguir que volvieras...

Roberta se arrojó en sus brazos. Se dieron un largo beso cargado de cosas por decir. Pero cuando él trató de deslizar una mano bajo su falda, ella lo rechazó.

—Amor...

—No, no, déjame... no funcionará... no tenemos futuro...

—¡Saldré de aquí! —rugió el Frío—. El proceso acabará pronto... saldré... ya lo verás... y entonces...

—Entonces te pondrás a buscar una pistola... volverás de nuevo a la calle... te reunirás con tus viejos amigos...

—He roto con ellos.

Roberta estalló en sollozos. El Frío le acariciaba el pelo con dulzura, respiraba su perfume dulce y delicado, sentía cómo lo iba invadiendo una nueva fuerza. Lo conseguiría. Lo conseguirían. Los dos juntos. Detrás de la puerta se oyó una discreta tos. El Frío volvió a su silla de ruedas y se tapó las piernas con la manta. Un agente se asomó a la puerta.

—¿Se encuentra mal, señora? ¿Necesita algo?

Roberta hizo un ademán negativo. El agente se retiró. Roberta y el Frío se miraron y se echaron a reír. Lo conseguiría. Lo conseguirían. Los dos juntos.

Mientras tanto, el Ricotta había tomado una decisión.

—¡Las cosas se complican, Dandi!

—¿El Búfalo?

Ricotta asintió. El Dandi le dio las gracias, prometió un millón al enfermero de turno y llamó al bufete de Miglianico desde el teléfono interno.

—Tengo problemas. Informa a Zeta.

—Yo me ocupo, tranquilo.

1986

PRECIPICIOS, FUGAS

Acudió a abrirles una chica con unos leotardos negros. Alta, delgada, con dos grandes ojos color avellana y un enjambre de diminutas pecas que iluminaba la hendidura que separaba sus dos generosos senos. Mientras Scialoja, confuso, trataba de improvisar una explicación, Patrizia se asomó. También llevaba puestos unos leotardos.

—Todo va bien, Palma. Es un viejo amigo.

La muchacha se apartó con una mirada de perplejidad. Patrizia le explicó que Palma era su maestra de yoga.

—Vuelvo en cuanto acabe la lección, querido. Acomódate.

Las dos chicas se alejaron dejando a sus espaldas un penetrante olor a mujer y a sudor que excitaba malos pensamientos. Scialoja se dejó caer pesadamente en un incómodo sofá. La casa había cambiado. El mármol macizo había sustituido a la madera. Los cuadros firmados habían sido reemplazados por batik con imágenes de la guerra de los Pandava. En el aire flotaba un vago aroma a incienso. Patrizia estaba en pleno período oriental. Después del arresto del Dandi, ambos se habían visto con regularidad. Como amantes clandestinos experimentados, habían transcurrido tardes enteras de sexo electrizante sin apenas intercambiar palabra. Habían hecho uso de hoteles, moteles, casas de conocidos. Jamás, en virtud de un acuerdo tácito, en aquella casa. Después él se había impuesto dejar de desearla. Bajo la mirada enfurruñada de Arjuna, Scialoja se encendió mecánicamente un cigarrillo. Aspiró la mitad con un suspiro de rabia. Su media oscilaba entre dos o tres cajetillas al día. Los fines de semana pasaba a los puros. Hacía meses que no iba al gimnasio. Cada vez más a menudo sentía en el fondo de sus pulmones un silbido inquietante. Miró en derredor buscando en vano un cenicero. Nada. Hasta los objetos de decoración parecían haber desaparecido: exceptuando un pequeño Buda barrigudo y risueño que parecía bendecir la estancia desde lo alto de una vitrina, por lo demás, vacía. Apagó la colilla y se la metió en el bolsillo. Guiado por el eco de un ahogado jadeo, se adentró en el apartamento. Sobre el tapete que cubría a lo largo el parque, las muchachas ejecutaban la «posición del perro»: brazos extendidos hacia delante, pecho arqueado, nalgas levantadas. Casi una invitación. Tuvo la impresión de que Patrizia lo miraba con malicia y desvió los ojos. Palma se levantó de un salto, visiblemente irritada.

—Así no se puede. ¡Falta concentración!

Scialoja se retiró con cautela. Las muchachas llegaron casi de inmediato. Palma estaba molesta.

—Podemos continuar mañana —se disculpó Patrizia.

—Mañana tengo un interrogatorio.

Palma se marchó sin ni siquiera saludar. Scialoja había presenciado la escena cómodamente instalado en el sofá. Patrizia se le acercó y lo besó con delicadeza en la frente, envolviéndolo con su aroma.

—Me ducho y soy toda tuya.

Él le apretó con fuerza un brazo.

—Me marcho.

—¿Por fin te concedes unas vacaciones?

—Me traslado a Génova.

—¿Para qué?

—Como jefe de la Digos.

—¡Ah, la política! Entonces, tal vez puedas echar una mano a Palma. Ella era miembro de las Brigadas Rojas, ¿sabes?, y ahora está intentando... cómo se dice... reinsertarse... le estoy echando una mano.

—¿Sois amigas?

—Mucho.

—Está celosa de ti.

—La cárcel produce unos extraños efectos.

Patrizia se sentó en el regazo del policía. Scialoja se hundió en su pecho. Ella le acarició el pelo. Permanecieron así, abandonados el uno al otro durante un tiempo infinito. Le habían concedido cuarenta y ocho horas para tomar una decisión. A juzgar por la carta de nombramiento debían de considerarlo una especie de salvador de la patria. La oferta: promoción a jefe adjunto de policía; un despacho de dirección; mucha documentación y relaciones públicas. Coordinar el trabajo de los subordinados. Informar directamente a las dos o tres excelencias de turno. Fuera del montón, proyectado hacia objetivos extremadamente ambiciosos. La noticia había corrido como la pólvora. Sus colegas lo miraban de través. Scialoja: el típico ejemplo de fulminante carrera constelada de fracasos. Pensaban en una maniobra de Borgia. En protectores ocultos. Tonterías. La verdad era que en Génova había alguien que lo estimaba. Eso era todo.

—Tienes algunas canas —dijo ella de repente.

—Y tú te has vuelto a teñir de oscuro.

—¡Te has dado cuenta! —se rio ella feliz.

La mano de Patrizia se deslizó bajo la camisa. Scialoja se puso a lamer las gotitas alrededor de su cuello, hasta llegar a la hondonada almizcleña de sus axilas. Patrizia gimió. Scialoja recordó la sonrisa del Dandi durante el interrogatorio sobre la muerte del Larinés. Una sonrisa benévola, casi de camaradería. La camaradería de dos hombres que se acuestan con la misma mujer. Todo aquello era un error. Lo era desde

la primera vez. Hicieron el amor con una extraña ternura. Saboreó en ella un dulce abandono que evocaba la paz, las límpidas mareas, una libertad sin límites. Al acabar le habría gustado preguntarle: ¿me echarás de menos? Pero se contuvo. Así estaba bien. Patrizia quiso hacerle el I Ching.

—No entiendo qué demonios buscáis todos en Oriente —estalló él—. Quizá una religión que os permita hacer lo que os venga en gana sin tener que rendir cuentas a la voz de la conciencia.

—El Negro dice que el yoga es la madre de todas las virtudes.

—El Negro es un asesino.

—Tú ves asesinos por todas partes.

—¡Y tú haces como si no los vieras!

—En cualquier caso, desde que hago yoga duermo muy bien y follo incluso mejor.

—Se ve que has encontrado tu camino.

Patrizia se retrayó, herida por su amargura. Scialoja sintió el deseo de disculparse. De abrazarla y de mecerla hasta convertirla de nuevo en una niña. O en uno de esos animalitos de peluche que había visto hacía muchos años en la madriguera de una persona bien diferente y, a la vez, tan parecida a ella. Decirle, sencillamente: está bien, está bien, no te pediré nada más... Cogió las moneditas y las lanzó con los ojos cerrados.

—¡Mira! *Siau Ko*... ¡La perseverancia del pequeño!

—¿Qué demonios significa?

—Lee.

—«La perseverancia es ventajosa. Hay que hacer cosas pequeñas, y no cosas grandes. El pájaro que vuela trae el mensaje: no es bueno aspirar a lo alto. Es bueno permanecer abajo. Mucha suerte.»

—Es una señal de retirada —le explicó Patrizia.

—¿Algo así como: abandona?

—Dice: «Aquel que durante una época de acontecimientos extraordinarios no sabe conformarse con las pequeñas cosas sino que pretende, movido por el anhelo, seguir siempre hacia delante, atraerá sobre sí la desgracia de los hombres y de los dioses, porque se alejará del orden de la naturaleza...».

—¡Gilipollecés! ¿Por qué no le preguntas a tu libro sagrado si hago bien marchándome?

Patrizia lo miró a los ojos, repentinamente seria.

—Aquí dice que antes deberías tener una pequeña conversación con Treintamonedas.

II

A medida que pasaban los días, el Frío se iba empobreciendo a ojos vistas.

Entre los honorarios de Vasta, la sangría que suponían las mensualidades de la clínica, los regalitos a los policías que cerraban un ojo, aunque a menudo fueran los dos, había tenido que vender ya dos señores coches, un todoterreno, la moto e incluso el Rolex. El Pescadilla, un camillero cocainómano, se ocupó de colocar la mercancía. A su modo, era un buen tipo que se limitaba a quedarse con el quince por ciento de los beneficios netos. Le quedaban un par de casas, y la villa de sus padres. Pero esas cosas eran intocables. Excluido. De seguir así, ¡acabaría pasando apuros! Treintamonedas le había quitado un treinta por ciento de su parte. El motivo oficial eran las quejas de los demás por el gasto que generaban toda aquella «sofisticada maquinaria». Son lentejas; si quieres las tomas y si no, las dejas. Treintamonedas se estaba comportando como un chacal. Pero al Frío le daba igual. Dinero aparte, la vida no era tan terrible. Los controles eran discretos; las visitas médicas, de cuya coordinación se encargaba Mainardi, eran pan comido. El Frío había roto definitivamente con los compañeros encarcelados. Desde que había hecho las paces con Roberta se había negado a presenciar las audiencias. Proyectaba el futuro. Y el punto doloroso era precisamente éste. Roberta había dejado el trabajo y ahora iba a verlo todos los días. Hacían el amor, veían la televisión, fumaban un canuto, pedían la cena a un restaurante o ella se presentaba con una pizza y el Frío hundía sus dientes en la *Pettinicchio* filamentosa y bebía cerveza caliente con el entusiasmo del muchacho que nunca había sido. Pero la conversación acababa siempre versando sobre el mismo tema.

—Vayámonos —decía ella—. Que tus amigos te ayuden y nos marchamos.

—¿Y dónde, si se puede saber?

—Donde quieras. Vendes las casas...

—¡De eso ni hablar!

—Tengo un poco de dinero ahorrado...

—Así acabaré en la lista de los perseguidos y eso será nuestro final... tú no conoces a esa gente. ¡Me seguirían hasta el fin del mundo!

—Pues te cambias la cara.

—¡Tú has visto demasiadas películas americanas!

La fuga se había convertido en una auténtica obsesión para Roberta. No conseguía entender por qué él se mostraba tan obstinado. Pero el Frío quería salir con las manos limpias de todo aquello. Vasta le había garantizado una condena benévola.

Saldría con la cabeza bien alta. Empezarían de nuevo juntos. En su ciudad. En Roma. El Frío no conseguía imaginarse en ningún otro lugar.

Un día fue a visitarlo el Negro. Él y Roberta no se conocían. El Frío los presentó en son de burla.

—Roberta, éste es mi único amigo. ¡Negro, ésta es mi única mujer!

Roberta estudió con cierta frialdad a aquel joven amable y bien educado que a veces perdía el equilibrio a causa del plomo que llevaba en el cuerpo. Consideraba un peligro todo lo que pertenecía al pasado del Frío.

—Tengo que hablar contigo —dijo el Negro muy serio. El Frío miró a Roberta. Ella cogió su bolso y salió por la puerta sin saludar.

—Bonita mujer —comentó el Negro.

—Todavía no te he dado las gracias por...

—Creo que ya hemos tenido un par de veces esta conversación, Frío.

El Frío le ofreció una bebida. El Negro negó con la cabeza. Permanecieron en silencio durante unos momentos. El Negro tenía algo importante que decirle. Estaba buscando la mejor manera de abordar el tema. El Frío se encendió un cigarrillo. El Negro se lanzó.

—Márchate.

—¿Cómo?

—Márchate. Escapa. En dos días puedo procurarte unos pasaportes. Si tienes algo que vender, yo me ocuparé de eso.

—Pero ¿qué dices? Vasta me ha asegurado...

—Vasta sólo dice chorradas —silbó el Negro cortante—. ¿Quieres saber cómo acabará el proceso? Al Dandi y al Tapón les caerán unos cuantos años, y al Búfalo, por mal que vaya, la incapacidad parcial. El resto pasaréis en la cárcel el resto de vuestros días. La cosa se está poniendo fea, Frío.

—Sí, lo sé, el Búfalo, el Dandi, y todas esas historias... pero yo me mantengo ahora al margen y...

—No lo estarás mientras sigas aquí dentro, Frío. Aquí va a correr sangre. Y al final el más despabilado se quedará con el pastel. Hazme caso. ¡Coge a tu chica y desaparece!

—Se ha acabado todo, ¿eh?

—Así es.

El Frío se sentía aliviado. Extraño. Tiempo atrás, la idea de que las cosas pudiesen pudrirse le habría causado indignación. ¡Pero ahora todo aquello quedaba ya tan lejos!

—Negro, yo...

—Márchate, Frío. Tú no eres un comerciante, eres un guerrero. Márchate mientras sigas estando a tiempo.

—Tú ya has elegido, ¿verdad?

El Negro hizo un vago ademán. Se abrazaron.

—Te quiero, Negro.

—Yo también, pero márchate.

III

El Dandi volvió al proceso después de dos meses de ausencia. Habían transcurrido encerrado en la enfermería, vigilado día y noche por el Tapón y por dos marroquíes que le costaban un millón al día y que sólo servían como aparato escénico: todos sabían que si el Búfalo se decidía a pasar a la acción se escabullirían dejándolo en la mierda. Las llamadas al abogado le costaban otro millón. Se estaba desangrando, pero la jugada era decisiva. El enfrentamiento se debía resolver de algún modo. Necesitaba algo que poder arrojar al plato de las negociaciones. Fuera las cosas iban de mal en peor. Según decía el Negro, Treintamonedas robaba ya a manos llenas. Había comprendido el clima que se vivía en la cárcel. Pensaba en la pensión, el muy canalla. Pero el Búfalo no daba señales de vida. Al final, sus colegas no lo habían secundado.

—Digamos que la condena a muerte ha sido suspendida —había sintetizado Ojo Feroz.

El Búfalo hervía de rabia. Tendría que haberle hecho un agujero en la barriga el primer día. Solo. Sin que nadie pudiese importunarlo. El Dandi también había considerado la posibilidad de asestar el primer golpe, por supuesto. Pero Miglianico le había aconsejado que mantuviese la calma. Zeta estaba tratando de encontrar una solución. El Dandi regresó al proceso el día en el que Borgia inició su informe. Zeta le había dado vía libre la noche anterior. El Dandi pidió que lo metiesen en la celda que ocupaban los demás. Su entrada fue acompañada de gruñidos y risitas. Ojo Feroz hizo ademán de cortarse el cuello. El Búfalo se llevó la mano a la entrepierna. Ricotta se interpuso entre ellos.

—¿Estás loco?

—Ahora iré al baño. Quiero que vengáis uno a uno.

—¿El Búfalo también?

—No. Él no.

El Dandi llamó a los carceleros y pidió que le abriesen la jaula. Mientras bajaba los escalones que conducían al sótano, vio que Ricotta intrigaba con los demás. El Búfalo sacudía vigorosamente la cabeza. Pero al final, uno a uno, todos lo siguieron. El guardia los dejó solos a la entrada de los retretes.

—Dime, ¿qué coño quieres?

—Sí, ¿qué coño quieres, cabrón?

—Ladrón.

—Soplapollas.

—¡Te voy a partir en dos, capullo!

—Bastardo.

El Dandi esperó a que se desahogasen, a continuación les anunció, con voz serena, que uno de ellos podía fugarse. Los dejó pasmados. Ricotta fue el primero que recuperó el habla.

—¿Uno? ¿Y por qué no todos?

—Porque la persona que me ayuda no puede hacer más.

—¿Y se puede saber quién es «esa persona que te ayuda»?

—Unos amigos. Gente de fuera. ¿Entonces?

—¿Por qué no se lo has preguntado al Búfalo? —le provocó el Esqueleto.

—Porque a él le caerá la incapacidad parcial y en cinco años estará fuera. Limpio.

—Es un enredo —refunfuñó el Esqueleto—, ¡nos está embaucando!

—¡Mira que el favor pensaba hacértelo justo a ti! —ironizó el Dandi.

—¿A mí por qué?

—Porque así dejarás de soltar gilipolleces. Y porque siempre me has resultado simpático...

El Esqueleto se quedó sin habla. Pero era evidente que la proposición le tentaba. Por el momento habían dejado de insultarlo. Como si por un instante hubiese recuperado la vieja autoridad que tenía sobre ellos. Ricotta resopló.

—Dandi... pero si... supón que voy... ¿qué me sucederá después?

—Apenas pongas el pie fuera es asunto tuyo. Aquí, en cualquier caso, la condena es segura. Pero podemos arriesgarnos con los indultos y la acumulación de penas... además, está a punto de salir la nueva ley de prisiones... tú eliges...

—¿Te lo ha dicho tu abogado?

El Dandi asintió. A Ricotta le angustiaba aquella alternativa.

—Si me echan, pongamos, treinta años... ¿cuánto conseguirá quitarme ese abogado tuyo?

—Calcula unos quince o dieciséis años menos...

—Yo casi, casi, me quedo.

El Esqueleto lo apartó con un empujón.

—¡Es una trampa, amigos! ¡No le hagáis caso! ¡Puede que consiga hacer salir a uno de nosotros pero luego, cuando esté fuera, lo matarán!

—¿Y qué gano yo con eso?

—¿Y qué ganas ayudándome a escapar? ¿Por qué no vas tú, entonces, ya que esa cosa es tan segura?

—Porque a mí me van a absolver —replicó el Dandi sin inmutarse—. O como mucho me caerán tres o cuatro años...

—¡Será arrogante! ¡Ni siquiera ha salido la sentencia y ya da el proceso por ganado!

—Los procesos se ganan en los pasillos, Esqueleto.

—¿Y a qué se debe que tú seas el único que va al pasillo mientras que a los demás nos toca entrar en la sala?

—Se ve que soy mejor que vosotros. Estoy empezando a hartarme. Decídetes.

—Iré yo —dijo Ojo Feroz.

El Dandi dijo que a él le daba igual. Habría preferido que se tratase del Esqueleto, un enemigo más difícil, más resuelto. Pero así estaba bien. El Esqueleto soltó un par de idioteces más. Ojo Feroz lo mandó a hacer puñetas. Borgia acababa de pedir la cadena perpetua. La decisión estaba ya tomada.

—¿Y cuándo sería?

—Hoy. Escúchame bien...

Al final de la audiencia, a Ojo Feroz, en lugar de los aros y la cadena, le pusieron un par de esposas ordinarias. Mejor dicho, las apoyaron y no las cerraron con llave: con un par de movimientos se las podía sacar solo. Los reclusos se dirigieron al sótano. Ojo Feroz cerraba la fila. A la entrada de los baños, justo donde se habían puesto de acuerdo con el Dandi, Ojo Feroz se quedó rezagado. Nadie le hizo caso. Esperó a que la fila se alejase y acto seguido se quitó las esposas y regresó a la sala. Los jueces, los abogados, los militares y el público la habían desalojado ya. En aquel desorden de papeles rotos y hedor a humo y a pies sólo quedaban dos hombres. Lo estaban esperando. Abrieron la puerta de la jaula con una llave nueva y reluciente, lo flanquearon, y lo condujeron despreocupados fuera del tribunal, ante la mirada hastiada de los agentes de guardia. Un tercer hombre los aguardaba en el aparcamiento del Palacio de Justicia, sentado al volante de una discreta Peugeot. Le indicaron con un gesto que se acomodase en el asiento posterior.

—Entonces —preguntó con jovialidad el conductor mientras arrancaba el motor—. ¿Dónde vamos, Esqueleto?

—¡Que yo soy Ojo Feroz!

El hombre cambió de inmediato de expresión. Miró preocupado a los otros dos tipos, soltó una palabrota a media voz, y se adentró nervioso en el denso tráfico vespertino. Ojo Feroz se asustó y se acurrucó en el asiento. Pero no sucedió nada. Media hora después lo descargaron en Torrimpietra y le dijeron que, si lo volvían a detener, no debía decir nada de ellos. Se las había arreglado solo aprovechando un momento de distracción de la vigilancia. Así de sencillo. Desde un teléfono público, Ojo Feroz llamó a su viudita.

—Soy yo. ¡Estoy libre!

Su fuga ocupó los titulares del telediario de la noche. Hilo conductor: la alarma por el desmesurado poder del crimen organizado. Ricotta le destapó al Dandi una botella de champán.

—¡Eres un tío grande, amigo! ¡Al primero que hable mal de ti le corto el rabo!

El Esqueleto y el Búfalo riñeron de mala manera y dejaron de hablarse. Llevado por la vergüenza y la rabia, el Esqueleto se hizo unos cortes en los antebrazos y pasó la noche en el hospital. Borgia llamó al Viejo, pero una amable secretaria le informó de que el *dottore* estaba en Estambul asistiendo a una cumbre europea sobre seguridad. Al día siguiente, el magistrado acusó públicamente a los servicios secretos durante el proceso. El Dandi, sentado en el trono entre el Tapón y Ricotta, dedicaba al Búfalo una sonrisita de escarnio cada vez que sus miradas se cruzaban.

IV

El Frío se evadió la noche en la que el mundo se interrogaba angustiado sobre la nube de Chernobyl. Una semana antes, Borgia había sustituido a todos los agentes por unos tipos más rígidos. Tal vez se oliese algo. El Frío había pasado los últimos tres días sin moverse de la cama. Le habían pasado el orinal. Se negaba a comer. Jadeaba. En su delirio invocaba al Libanés y a su madre. Masticaba semillas de ricino y tabaco que le suministraba el Pescadilla, el enfermero, para hacerle subir la fiebre. Mainardi lo visitaba cada tres horas. Salía de la habitación sacudiendo la cabeza. En presencia del jefe de la vigilancia y en voz bastante alta, informó a Roberta de que el enfermo se encontraba en fase terminal. Roberta representó la escena de la llorosa aspirante a viuda. El jefe de la vigilancia, conmovido, se ofreció para llamar a los familiares. Roberta lo empapó con sus lágrimas y con un toque de clase consiguió que un agente la acompañase a casa: pobrecilla, pedirle que soportase todo aquel dolor era excesivo. El jefe de la vigilancia redactó un informe pormenorizado y contactó con el fiscal para pedirle instrucciones en relación con una autopsia que, sin duda, no tardaría en producirse. Llegado el momento, el Frío embozó el váter con un montón de trapos, se metió dos dedos en la garganta y vomitó sobre las mantas. Luego soltó un interminable y desgarrador aullido. Los guardias se apresuraron a llamar a Mainardi. El Frío seguía vomitando. El médico dijo que había un baño utilizable en la planta baja. El Frío fue colocado en una camilla y conducido al piso de abajo. Mainardi entró con él en el retrete. El Frío se quitó el pijama. Bajo el mismo llevaba un par de vaqueros y una camisa limpia. No quería presentarse sucio a la gran cita con la libertad. Estrechó la mano de Mainardi y le dio un puñetazo en la mandíbula, lo bastante fuerte como para dejarle una bonita marca. Saltó por la ventana. El Negro lo esperaba en el interior de un coche aparcado en la explanada. El médico había dejado un camino de tierra abierto y sin vigilancia. Adelante, en una primavera que olía a gas de escape y a almendros en flor. El aroma de la resurrección.

Los periódicos pasaron de la alarma a la mofa descarada. Justicia colador, cero seguridad, y la culpa de todo la tenían, como no podía ser menos, los magistrados. La laxitud era excesiva. Al igual que la protección de los derechos. ¿Cómo habían podido creer en la enfermedad de un *boss*? Claro: al principio todos se rasgaban las vestiduras con el llanto humanitario por aquel pobre tipo caquético... y ahora que el Frío se había largado, los mismos que antes se lamentaban estaban dispuestos a jurar que se habían dado cuenta de inmediato, ¡faltaría más! Y si hubiese dependido de ellos... El más cabreado era el fiscal general. Con una historia semejante se jugaba

seriamente el puesto. Convocó a Borgia y le echó un chorro. No le gustaba quedar como un idiota.

—Debería haber dispuesto una mayor vigilancia. Dos evasiones en un mes. Es un escándalo. ¡Somos el hazmerreír de todos!

—Haremos averiguaciones.

E hicieron averiguaciones. Para ello destacaron un grupo mixto de policías y carabineros que se ocupó del asunto las veinticuatro horas del día. Colocaron micrófonos. Interceptaron teléfonos. Siguieron a parientes y amantes. Sacaron de quicio incluso al abogado Vasta, quien les mandó gélidamente al infierno: el Frío era sólo un cliente y él no tenía por costumbre acostarse con sus clientes. Así que todo fue en vano. Roberta se presentó en la comisaría y denunció la desaparición de su novio. Estaba preocupada. Temía, dijo, que sus viejos amigos lo hubiesen eliminado. El agente de servicio llamó por teléfono a Scialoja. Scialoja le respondió que redactase la denuncia y que la dejase marchar. Borgia se encolerizó cuando lo supo. Le oyeron gritar que había que arrestarla, acusarla de complicidad, presionarla para que hablase, por Dios. Hizo llamar a Scialoja. Éste le contestó que estaba ausente por motivos de servicio. Lo acribilló a mensajes. Que quedaron sin respuesta. Scialoja no podía perder tiempo. Con Borgia, no. No había renunciado a Génova para perder tiempo. Habían estado cerca, cerquísima del corazón del sistema. Tan cerca que podían oler perfectamente la peste a podrido. Y en ese momento Borgia había retrocedido. El magistrado no alcanzaba a creer que aquel terrible hedor pudiese existir de verdad. Se había negado a reconocerlo. ¡Y Borgia era uno de los mejores! ¿Podría perdonarlo alguna vez? No tenía importancia. La pregunta correcta era: la próxima vez, ¿cómo se comportaría? Scialoja se imaginaba una estrategia menos directa. La misma fuerza de las cosas los conduciría de nuevo al Viejo. Una vez más: al corazón del sistema. Y en ese momento ya no sería posible titubear. Su carta se llamaba Treintamonedas. Había ido a verlo. Una, dos veces. Había percibido en sus ojos el miedo, la traición. Pero cuando, violando todas las reglas, arrancando aquel resto de legalidad del cual todavía se sentía parte, le había propuesto un acuerdo, el napolitano había sacudido negativamente la cabeza.

—¡Ni hablar, *dottore*, ellos son aún los más fuertes!

Eso dijo Treintamonedas. Lo desmentiría. Con el Estado Mayor en la cárcel, Treintamonedas se había convertido en amo absoluto de la situación. ¿Se habría aprovechado de ello? Seguramente: el sentido ético no debía de ser su mejor cualidad, siempre y cuando lo tuviese. Pero lo más importante era que los demás creyesen que su amigo les estaba robando. Scialoja sabía que ellos tenían la cárcel bajo control. Había individuado a dos o tres carceleros de mala fama y los había enfrentado a la cruda realidad: o colaboraban o los haría saltar por los aires. Los carceleros no habían tenido mucha elección. De forma que ahora Radio Cárcel

acusaba abiertamente a Treintamonedas de ser un ladrón. Dos hombres de absoluta confianza lo seguían como si fueran su sombra. La orden era: limitarse a vigilar, no intervenir en ningún caso. El árbol había sido zarandeado. El fruto caería apenas madurase. Por eso había renunciado a Génova. Por eso. Y por ella, por supuesto.

También ellos buscaban al Frío. Tanto el Búfalo como el Dandi hicieron lo posible por contactar con el fugitivo. El Frío en libertad era una baza a jugar en una partida que seguía abierta. Un valioso aliado y un peligroso enemigo: había que determinar cuál de las dos cosas era. Para Roberta empezó un período de continuas visitas. El Búfalo le envió a la hermana del Esqueleto; el Dandi, a través de Ricotta, a Donatella.

—No sé nada —respondía ella una y otra vez—, lo siento.

Treintamonedas, en cambio, acudió en persona, después de dar una larga vuelta para despistar a los agentes que llevaba siempre pegados a sus talones. Desde que el Frío estaba fuera, vivía permanentemente aterrorizado. La visita del policía no había hecho sino llevar su angustia al paroxismo. En los últimos tiempos había saqueado la caja común. Ojo Feroz no le causaba problemas. Había pasado para cobrar una buena cantidad y luego había desaparecido. Ahora estaba en el extranjero, en la Costa Azul. Tarde o temprano se le acabaría el dinero y entonces volvería a dar señales de vida. Pero el Frío era una cosa muy distinta. El Frío no se tragaría sus mentiras. Treintamonedas estaba pensando seriamente en dejarlo todo. Su primo el Bigotes le había hablado de una *fazenda* en Brasil. Sol, plátanos, coca y playas tropicales. Con todo lo que se había embolsado, podía marcharse incluso al día siguiente. Siempre que consiguiese llegar vivo al aeropuerto. Siempre que el Frío no hubiese salido resuelto a eliminarlo. Aunque tal vez todavía fuese posible llegar a un acuerdo. Roberta lo dejó hablar, y a él, a diferencia de los demás, no le dijo ni sí ni no. Treintamonedas se había presentado con un maletín lleno de dinero. Dinero que podía servirles. El Frío le había dado instrucciones precisas. Aceptó el maletín y le prometió que, en caso de que tuviese noticias, ella misma lo buscaría.

El Frío recuperaba sus fuerzas en la buhardilla que su colega Cerilla tenía en Trastevere. Cerilla era un viejo amigo del Negro. Uno que no levantaba sospechas. Cerilla era un compañero en el más amplio sentido de la palabra. El origen de su amistad con el Negro era un misterio. Cerilla tenía un trabajo regular, pero se había puesto a su disposición. Cerilla sabía quién era el Frío, pero no hacía preguntas. Cerilla estaba deprimido: su mujer lo había dejado. Pasaba las horas viendo la televisión y haciendo solitarios con las cartas. El Frío esperaba a que las aguas se calmasen. Tenía los pasaportes y un poco de dinero en contante. El Negro le había procurado los *traveller cheques*. Cerilla coincidía casualmente con Roberta en ciertos trayectos preestablecidos del metro o recogía con aire distraído una copia del *Messaggero* abandonada en un banco público de Villa Pamphili, leía el mensaje de

Roberta, lo destruía y lo refería. El Frío estaba delante de la pantalla cuando salió la sentencia. Tal y como había previsto el Negro, el grupo del Dandi había salido bien parado. Al Búfalo lo habían vuelto a declarar loco. En cuanto al resto, una escabechina. Entre cinco y ocho años para los camellos. Ojo Feroz y él, juzgados en rebeldía, dieciocho cada uno. El Puma quince, al igual que Carlo Bufones. Y aun así podían estar contentos: la mayor parte de los homicidios se habían archivado por insuficiencia de pruebas. Era evidente que los jueces habían recurrido a la asociación para delinquir y al tráfico de droga. Un único consuelo: el tribunal había dado también una buena tunda a ese canalla del Rata. El Frío no le guardaba ningún rencor. Si, en su momento, el Rata hubiese tenido más suerte, tal vez no habría causado problemas a nadie, y su vida habría ido por otro camino. Pero ¿habría sido eso positivo? A mitad verano el Frío le dijo al Cerilla:

—Han dejado de seguirnos. Lo hacemos mañana.

—No nos volveremos a ver...

—¡Te lo deseo!

Roberta lo hizo subir a las nueve a un BMW que había alquilado. Cerilla no quiso recibir nada a cambio del favor. Sólo se sentía triste por tener que volver a su soledad. Pasaron la frontera suiza y llegaron a Frankfurt. El Frío se había aclarado el pelo. El empleado del aeropuerto se concentró en aquel sudamericano delgado y rubio. El señor Neto-Alves, decía su pasaporte. El nerviosismo de la elegante mujer que lo acompañaba lo había hecho sospechar. El Frío esbozó una sonrisa e indicó el reloj. De la fila que serpenteaba a sus espaldas se elevó un coro de gruñidos. El empleado le devolvió el pasaporte sacudiendo la cabeza. Roberta sólo se relajó después de que el Boeing hubiese despegado. Entonces le cogió una mano y se la apretó con fuerza.

—¿Te arrepientes?

—No.

—Has perdido todo...

—Te tengo a ti.

—¡Somos pobres!

—Somos riquísimos, cariño.

VI

Tras obtener el sobreseimiento, el Búfalo fue enviado de nuevo al manicomio. Antes de abandonar Rebibbia pasó a despedirse de Ricotta, quien estaba bastante deprimido a causa del estacazo de los treinta años.

—Venga, Ricotta, ahora que ha sido aprobada la ley Gozzini verás como a ti también te hacen una rebaja.

—Eso dice el Dandi...

—¡Menudo es!

—¿Qué quieres que te diga, Búfalo? ¡Creo que te equivocas!

—Puede ser. En cualquier caso, quería darte las gracias.

—¡Pensaba que estabas cabreado conmigo!

—¡Pero qué dices! ¡Si me has salvado!

El Búfalo le dijo que había tenido toda la razón al oponerse a su plan. Eliminar al Dandi en la cárcel habría sido una funesta gilipollez.

—A mí no me faltan las ideas, no creas —le confió en un arrebató de sinceridad—. Es que voy demasiado deprisa. Y cuando me paro a pensar, entiendo que si reflexiono durante un momento...

—Está bien, es agua pasada —se exaltó Ricotta esperanzado—. Creo que es el momento de hacer las paces...

—Por mí de acuerdo —suspiró el Búfalo—, ¡pero el Esqueleto está que bufa!

—¡Yo hablaré con él!

—¡Está bien, cuídate, hermano!

—¡Tú también!

¡La paz! Ricotta era un auténtico ingenuo. El hecho es que las cosas, o se hacen hasta el fondo, o es menor no hacerlas. Las cosas a medias son las que arruinan al mundo. Y la impulsividad. Pero, por otra parte, ¿cómo concebir al Búfalo sin ella? Tenían que hacer las paces, sí: pero consigo mismos. Encontrar un acuerdo entre el deseo de hacer y los medios a disposición. La primera había ido mal. La segunda tenía que salir bien. No habría una tercera. Astucia, veneno. Y paciencia. Tenía que aprender del Seco. En el manicomio se encontró con el conde Ugolino y con Turi Funciazza. El toscano estaba haciendo las maletas. Tras cinco años de encierro habían decidido que ya no era socialmente peligroso. Casi trituró al Búfalo con su vigoroso abrazo. El conde salía el viernes y tenía ya planeado un pequeño asalto para el sábado por la noche.

—Un ricachón con una mansión en Versilia... ya sabes cómo son estas cosas:

¡estoy sin blanca!

Tiro Funciazza, en cambio, parecía más bien apático. El juez se había negado a concederle cinco miserables días de permiso a causa de los cargos que aún tenía pendientes. El Búfalo, con cautela, le hizo saber que tenía una cierta disponibilidad para invertir en heroína.

—Se puede hacer —asintió el siciliano—, pero desde aquí dentro no...

—Por supuesto —respondió el Búfalo, guiñando un ojo—. Necesitamos la libertad. ¡Y no sólo para esto!

Miglianico se restregaba las manos, reivindicando el mérito de un éxito histórico.

El Dandi reconoció que, si bien la apelación confirmaba el primer veredicto, el plazo para la preventiva finalizaría en siete u ocho meses. Y con la pena expiada casi por completo. No obstante, no estaba en absoluto satisfecho con la sentencia.

—¡Bueno, la verdad es que me esperaba un mayor agradecimiento!

—¿Y por qué? El Búfalo ha sido declarado loco porque ya lo estaba. Ricotta estaba jodido de antemano porque lo pillaron in fraganti. Al Frío y al resto les han dado una buena paliza. ¡Para acabar así más nos hubiera valido quedarnos con Vasta!

Miglianico puso cara de ofendido.

—Pero ¿qué te esperabas? ¿Qué os esperabais todos?

—¡Dijiste que tenías en la mano a todos los jueces de Roma!

—A todos no. A algunos. A éstos no, por ejemplo.

—No hemos ganado, abogado. Sólo ganaremos cuando caiga la asociación...

Porque, pensaba el Dandi, ahora que era una celebridad, ahora que el Búfalo se podría de nuevo en el manicomio y que el Frío, según aseguraba el Negro, disfrutaba del sol del Caribe... ahora la asociación debía morir. Y era necesaria una muerte de verdad, una muerte en el más amplio sentido de la palabra. También en ámbito legal: había que certificar por escrito que ellos jamás habían constituido una banda. Era el único modo de garantizar un futuro para sus proyectos. Miglianico empezaba a entender.

—Lo que me pides es un poco excesivo...

—Dado lo que te pago, me parece lo mínimo. Dices que eres hermano, ¿no? Muévete entonces.

Esta decisión fue el motivo de que mandase un mensaje al Negro cuando se enteró de la absolución del Seco.

—Salúdalo de mi parte. Con afecto.

A pesar de todo lo que les había hecho, había decidido dejarlo con vida una segunda vez. Lo necesitaba. El Seco iba a jugar un papel muy concreto en la nueva vida que tenía planeada para sí mismo, para Patrizia, para los suyos. Mientras tanto, y hasta que fuese puesto en libertad, todo debía seguir como antes. No se debían repetir episodios tan desagradables como el del Búfalo. Había que conservar una apariencia

de máxima confianza. En la cárcel circulaban feos rumores sobre el napolitano. Había llegado la hora de intervenir. Por eso le pasó al Negro otro mensaje.

—Treintamonedas. Hay que darle una lección. Se está pasando.

Treintamonedas estaba de pésimo humor. El Frío se la había jugado. Había temido que lo quisiese matar y en cambio ese lameculos le había sacado doscientos millones y ahora se lo estaba pasando en grande a su costa. Se había topado con el policía dos o tres veces. En el café. En la calle Laurentina, mientras buscaba a un camello renuente para ponerlo en su sitio. El comisario se limitaba a sonreírle con una carita insolente, de monito: como si dijese «corre, corre cuanto quieras, tarde o temprano acabarás aquí». No, tenía que marcharse, había llegado el momento. Pero Vanessa se oponía. Tenía miedo tanto de quedarse como de partir. Miedo del presente y del futuro. Miedo de todo, hasta de su propia sombra. Y era un miedo que paralizaba. Así no se podía seguir adelante. Los días se consumían en medio de toda aquella tensión. Él insistía para convencerla, y ella le salía con cualquier excusa. Una noche, mientras volvía a casa después de firmar en la comisaría, le dispararon desde un coche en marcha. Si hubiesen querido matarlo, no habrían apuntado tan alto. Le había parecido reconocer una silueta familiar en el interior del vehículo. A la mañana siguiente fue a ver al Negro. Lo encontró haciendo yoga inmerso en un nauseabundo aroma a incienso, y le soltó el discurso que se había estudiado durante la larga noche de paranoia que había transcurrido esnifando y bebiendo como un descosido. En sustancia era esto: quizá las cuentas no hubiesen sido demasiado rigurosas en los últimos tiempos. ¡Pero lo habían dejado tan solo! Solo con la responsabilidad de la caja y de la gestión del tráfico, y con todos aquellos líos que estaban sucediendo en la cárcel... a pesar de todo, su lealtad quedaba fuera de toda discusión. Y si había algo que no funcionaba, ¿por qué no hablar de ello abiertamente, como se suele hacer entre caballeros? El Negro lo dejó desahogarse, acabó el ejercicio y a continuación lo escrutó con sus fríos ojos.

—Pero ¿qué estás diciendo, Treintamonedas? No te entiendo...

—Ayer por la noche me dispararon.

—¿En serio? Habrán sido unos borrachos... por otra parte, ¡cuando uno cumple con su obligación, no debería tener nada que temer!

Treintamonedas entendió que la cosa se estaba poniendo negra, negrísima más bien. Decidió apresurarse. Si Vanessa no quería seguirlo por las buenas, la raptaría. Había que distribuir un último cargamento, ocho gramos de Peshawar que había depositado en casa de un macarra de Tor Bella Monaca, el Chola Podrida. Mercancía de la banda, pero después de lo que le habían hecho no se merecían ni una lira. Tenía la caja, tenía la droga, tenía los documentos. ¿A qué esperaba? Llamó por teléfono a Chola Podrida y le dijo que la vendiese de inmediato, esa misma noche, a los calabreses del Montagano.

—¡Pero si éstos nos dan la mitad!

—¡Y qué más da! Quiero el dinero en casa a medianoche. ¡Muévete, venga!

Treintamonedas no sabía que hacía ya un poco de tiempo que Chola Podrida era objeto de las atenciones de Scialoja. El agente que interceptaba las llamadas captó ésta a las siete y media. A las nueve y cuarto una patrulla procedente de Giardinetti aporreó la puerta de la casa de Chola Podrida. El macarra alzó las manos y pronunció una única y devastadora frase:

—Yo soy sólo morralla, *dottore*. Quien paga es Treintamonedas.

—¡No me digas! —replicó Scialoja con una sonrisa de tiburón.

Lo detuvieron esa misma noche. Cuando los agentes a las órdenes de Scialoja irrumpieron en su casa, el napolitano recordó el milagro de san Jenaro. Esa sangre que parece de piedra y que, inevitablemente, se licúa cuando llega el momento. Una señal divina.

—Quiero ver al juez —imploró.

Borgia se presentó en la comisaría al amanecer. Lo esperaba Scialoja con semblante petrificado. Los dos hombres se miraron durante un buen rato, acto seguido Borgia le tendió la mano derecha. Scialoja se la estrechó con cálido vigor. Sobraban las palabras. Todo empezaba de nuevo.

—*Dottore* —sonrió Treintamonedas—, ¡yo les diré todo, pero olviden a Vanessa!

1987

INDIVIDUOS Y SOCIEDAD

I

TRIBUNAL CIVIL Y PENAL DE ROMA

Sección especial para la revisión de las medidas en materia de libertad personal de los imputados e indagados.
Procedimiento penal n.º 5/87 RGPM.

EL TRIBUNAL

en su decisión sobre la solicitud de revisión presentada por los defensores de (omitido) contra la orden de arresto n.º 5/87 ejecutada el (omitido), y una vez oídas las partes, observa:

El objeto de la presente revisión se agota en la valoración de las declaraciones de (omitido), llamado —de forma significativa— TREINTAMONEDAS, con evidente referencia al personaje evangélico responsable de la traición a nuestro señor Jesucristo; individuo implicado con tenacidad y protervidad en numerosos y graves delitos, y repentina e inexplicablemente animado de un inopinado deseo de «colaboración» con las fuerzas del orden.

En caso de que el verdadero o presunto «arrepentimiento» no sea debido a un auténtico despertar de la sensibilidad y de la madurez social y moral del individuo en cuestión, supuesto que no resulta demostrado en el presente caso, el mismo se reduce, siempre y cuando no se esté mintiendo a los jueces, al intercambio entre la propia libertad y la de los demás (delación de noticias verdaderas) y, por tanto, a una ventaja de carácter personal, sustancialmente inspirada en la anteposición del propio interés al de terceras personas que implica la misma actitud mental que hizo optar al sujeto por la criminalidad.

Ello obliga a una extrema cautela en la valoración de las declaraciones examinadas de cuya veracidad hay que dudar escrupulosamente (omitido).

Se debe verificar que la búsqueda de «beneficios» y ventajas no haya dado lugar a falsas referencias a individuos considerados de especial interés para los solicitantes (omitido).

Se debe eliminar la desagradable, pero inevitable, sensación de que el «colaborador» ha aprovechado la ocasión para vengarse de unos enemigos reales o supuestos (omitido).

Es necesario investigar puntual y rigurosamente sobre cada uno de los puntos indicados en el preámbulo de las revelaciones (omitido) teniendo en cuenta que no se puede deducir ningún índice válido de credibilidad de la gravedad y del número de hechos revelados por la fuente y que han resultado ser verdaderos: ¿cómo se puede saber con certeza cuántos hechos conoce realmente la fuente y cuántos ha silenciado, y si los que ha silenciado no son precisamente los hechos más relevantes y los que le perjudican en mayor grado? (omitido)

Existen numerosas y significativas contradicciones entre la constatación judicial recientemente efectuada por el tribunal de casación de esta ciudad y algunas de las declaraciones de (omitido), llamado TREINTAMONEDAS, hasta el punto de que las mismas justifican la sospecha más que legítima de que dichas declaraciones no estén dirigidas a favorecer la justicia sino a perjudicar los procesos en curso.

Aún menos (omitido) puede ser considerada como prueba de veracidad de la acusación la minuciosidad de las declaraciones y la inclusión en ellas de numerosos pormenores, verdaderos o verídicos, incluso en el caso de que los mismos se correspondan con las modalidades demostradas de los asuntos en cuestión descritos, dado que, en cualquier caso, no existen elementos de verificación directa e inmediata de las funciones que atribuye a cada uno de ellos el declarante.

(omitido) No basta afirmar que Fulano o Mengano poseían un vehículo que fue visto en los alrededores del lugar donde se produjo el homicidio de Zutano para deducir que Fulano y Mengano participaron, de acuerdo con lo referido, en el homicidio en cuestión.

(omitido) Por último, hay que destacar que los datos sobre lugares, modalidades y tiempos de ejecución de los delitos y de los encuentros y contactos entre los diferentes sujetos pueden constituir elementos incluso de distracción que induzcan a las investigaciones a rodear el verdadero objeto de las mismas sin jamás penetrar en él, a perseguir la verosimilitud perdiendo de vista la verdad (omitido).

POR ESTOS MOTIVOS

las órdenes de arresto emitidas por el fiscal en relación con (omitido).

Treintamonedas no era creíble porque era un delincuente y carecía de conciencia. Treintamonedas no era creíble y basta. ¡Investigar sobre los móviles psicológicos! Pues vaya: como si un arrepentido fuese un pobre infeliz. Si era un pobre infeliz, ¿qué demonios tenía entonces que contar? ¡Una mierda! Su valor consistía precisamente en que era una basura, en que estaba corrompido por dentro, podrido, en que era un ser inmundo. Cuanto más se hubiese ensuciado las manos, más sería capaz de joder. ¿Cómo era posible que esta lógica funcionase con los terroristas y que en cambio, cuando se hablaba de gran criminalidad, todos se transformasen en una partida de tremebundas Hijas de María? Borgia se percató de que había cometido un error decisivo. Cuando le habían echado el guante al napolitano, se había consagrado al trabajo en cuerpo y alma. Había creído en él. Había vuelto a creer en la justicia, en sí mismo, en definitiva. Había acumulado una noche tras otra, abriendo entre él y su mujer un abismo peligrosísimo, a un paso del abandono. Había olfateado un viento de redención y, quién sabe, la oportunidad de retomar el hilo de aquel discurso interrumpido por la verdad de conveniencia que el Viejo había dispuesto para él... Un trágico e imborrable error. Cuatro meses de minuciosas investigaciones anulados por un miserable trozo de papel. Y de nuevo todos en la calle. Menos los condenados. Pero éstos tal vez lo remediasen con la apelación. Y, en caso extremo, con la casación. Se había enterado de que el tío Carlo no se perdía ni un capítulo de *La Piovra*. Lo habían oído decir que la doctora Silvia Conti era una mujer con notables atributos. En un momento de desasosiego, al enterarse de la quinta o sexta condena a cadena perpetua, había murmurado que, en caso de reencarnación, le gustaría ser juez. Pero había que darle la vuelta al razonamiento. El que se había equivocado de oficio era él, Borgia. Habría tenido que ser un mafioso. Hermosas mujeres, dinero a mansalva, mansiones, yates. Y, sobre todo, éxito social. Suntuosas cenas con personajes irreprochables. Quizá en aquel famoso restaurante donde, según se decía, el Viejo había hecho instalar un sofisticado equipo para chantajear a los invitados más respetables. Y el mayor de los placeres: tener a los abogados cogidos por los huevos, aplastarles la cabeza, a esos gusanos.

Cansado de asentir durante aquel interminable desahogo, Scialoja le aconsejó que se tomase unas vacaciones.

—¿Vacaciones? Mañana mismo dimito. Pero antes iré a ver a esos finos exégetas del derecho y los colgaré de la pared.

—No diga tonterías. No quisiera tener que arrestarlo.

—Usted o cualquier otro... quizá, si soy culpable, puedo salir bien parado. Mejor dicho, saldré bien parado por ser culpable. ¿Recuerda la historia de Pinocho y el juez?

—Tómese una semana libre. Vaya a Punta Roja con su mujer.

—Es una idea. Pero antes tengo que sacar las oposiciones...

—¿Qué oposiciones?

—Las de notario, mañana empiezo los cursos.

Scialoja esbozó una vaga sonrisa.

—¿Quiere ser notario! ¡Usted!

—¿Por qué, le parece extraño? Los notarios ganan mucho dinero y por lo general, llegan a viejos. A nadie se le ocurre organizar un referéndum para quitarlos de en medio. Nadie los espera bajo su casa para acribillarlos a balazos. ¡A mi edad tengo que pensar en la familia! Y, en lo que a mí concierne, la investigación ha llegado a su fin.

II

La investigación había llegado a su fin, de acuerdo. Pero el canalla seguía vivo y coleando. Había que eliminarlo. Cada día de vida de aquel bastardo era un insulto para todos los demás. Todos sin exclusiones. Ante un cerdo semejante se olvidaba cualquier tipo de discrepancia. Ojo Feroz había regresado adrede de la Costa Azul. Él y el Esmirriado vigilaban delante de la casa búnker del barrio periférico de Morlupo donde Treintamonedas disfrutaba del arresto domiciliario. Iban armados hasta los dientes. Ojo Feroz estaba excitado por el olor a pelea. El Esmirriado, recién salido de la cárcel, estaba encolerizado. Pero la empresa parecía desesperada. Borgia había dispuesto que cuatro coches abarrotados de maderos se turnasen cada seis horas. Dos agentes se alternaban en casa de Treintamonedas. Le hacían la compra, controlaban a cualquiera que se acercase a más de cien pasos de la casa. Una auténtica fortaleza. El Esmirriado se encendió un porro.

—Tendríamos que hacer como Cutolo, cuando puso una bomba al canalla que le estaba excavando la fosa.

—¿Tú estabas?

—Era mi zona, no lo olvides.

—¡Pero si todavía apestabas a leche!

—¡Eso quiere decir que empecé muy pronto!

Siguieron vigilando. Si pudiesen encontrar alguna brecha en el sistema de seguridad... la más insignificante distracción podía constituir una ocasión preciosa... no necesitaban mucho... bastaban unos cuantos minutos... a pesar de que todos habrían preferido tomárselo con calma...

—Mis amigos de Milán, cuando pillan a un desgraciado como ése, primero le cortan una mano y después la otra. Acto seguido le cortan la polla y se la meten en la boca. Llegados a ese punto, si están de buen humor, le dan el golpe de gracia...

—¿Y si no?

—Si no mean bien a gusto y luego sumergen el paquete en ácido muriático. Las balas son caras.

—Justo. Eso es lo que hay que hacer —dijo Ojo Feroz.

—A veces descubren después que el capullo estaba limpio.

—Entonces...

—Entonces nada. En cualquier caso, se sospechaba de él. Y con la sospecha basta, ¿no crees?

—¡Bah, sobre Treintamonedas dudas, desde luego, no hay!

—No, no hay... ¡eh, mira quién llega!

Era Vanessa. Treintamonedas la había mimado como a un bebé. En las actas no se mencionaba ni por asomo su nombre, ¡y eso que podía contar más de una cosa! No obstante, Borgia, que para ser un magistrado tenía un buen par de pelotas, la había detenido también. Y por eso la enfermera disfrutaba ahora, al igual que todos ellos, de la benevolencia del Tribunal de la Libertad. Ahora la tenían a tiro. El Esmirriado sacó el arma.

—Calma. ¡A esta distancia corres el riesgo de fallar!

—¡Yo no he fallado un tiro en mi vida!

—Bueno, pero no tenemos la certeza de que ella esté involucrada.

—¡Y qué más da! Follan juntos, ¿no? ¿Qué más quieres?

El Esmirriado apuntó meticulosamente. Un agente se interpuso entre él y el blanco. La puerta de la casa se entreabrió. Otro agente asomó la cabeza, aferró a la mujer y tiró de ella hacia dentro. El Esmirriado bajó la pistola.

—Ahora tendremos que esperar a que salga.

Pero Ojo Feroz no estaba convencido. El Esmirriado lo miró con aire de conmiseración.

—Ahora lo entiendo. ¡No te gusta disparar a las mujeres!

—Pero ¿qué dices? Yo... esto, bueno, nunca lo he hecho.

—Si es por eso, yo tampoco. Pero ¿qué significa eso? No se trata de una tipa cualquiera. ¡Es la mujer del infame!

—Tal vez sea mejor que se lo digamos al Dandi...

—Si no quieres hacerlo, vete a dormir. Me ocuparé de todo.

—¿Piensas que no tengo bastantes huevos?

Pasadas dos horas, la puerta se abrió de nuevo. Los agentes repitieron la pantomima. Vanessa se metió por un largo y tortuoso callejón. El Esmirriado y Ojo Feroz habían visto el Alfetta de la mujer y esperaban a bordo de la Range Rover. Vanessa dio marcha atrás y arrancó en dirección a Roma. La siguieron con los faros apagados.

—¡Quizá ella también lleve escolta!

—Te gustaría, ¿eh, Ojo Feroz?

Vanessa los condujo a la vieja casa de Treintamonedas.

—Increíble. ¡O se siente demasiado segura, o es una inconsciente!

—Esto no me gusta. Yo iré. Tú quédate y me cubres. Si sucede algo, escapa.

El Esmirriado hizo saltar la cerradura y subió al segundo piso. Golpeó la puerta con los nudillos.

—Policía, señora...

Vanessa se apresuró a abrir, envuelta en una toalla rosa. Al ver al Esmirriado apuntándola con la semiautomática palideció y trató de cerrar la puerta. El Esmirriado

la hizo a un lado y entró. Vanessa perdió la toalla en la maniobra. El Esmirriado se quedó petrificado. No se la imaginaba tan guapa. Una tía capaz de cortar el hipo. Un olor a hembra que le hacía perder la cabeza.

—¡Yo no tengo nada que ver! ¡Yo no quería! Lo hizo todo él... yo quería avisarte, pero me detuvieron... díselo a los demás, Esmirriado... haré todo lo que quieras... ¡te lo ruego!

—Ven aquí.

Vanessa se adelantó vacilante. El Esmirriado enfundó el arma.

—Ven aquí, no tengas miedo.

El Esmirriado empezó a desabrocharse la camisa. Vanessa esbozó una tímida sonrisa. El Esmirriado se abalanzó sobre ella y hundió la cara entre sus grandes senos.

Ojo Feroz dormitaba en la Range Rover. El Esmirriado golpeó la ventanilla. Ojo Feroz se sobresaltó y empuñó la pistola. El Esmirriado se identificó. Ojo Feroz notó la presencia de la muchacha y se ensombreció.

—¿Qué pasa? ¿La matamos en otro sitio?

—Todo está arreglado —lo tranquilizó el Esmirriado—. Ella está limpia. ¡Y ahora está también conmigo!

Ojo Feroz soltó una carcajada. De haber sabido que aquello iba a acabar entre besos y abrazos, se habría quedado en la Costa Azul.

III

La sentencia de apelación puso en la calle al Dandi y al Tapón. Las condenas fueron confirmadas, pero para entonces la pasma había agotado su prima. Pena totalmente expiada y adiós muy buenas. Al Tapón le habría gustado poder abandonar el juego.

—¡Me atengo a la sentencia, qué más da!

Pero el Dandi tenía otros planes. Cambiar de vida. Como había hecho el Frío. Pero sin prisas. Y sin fugas. Rico, y no pobre de necesidad. Como un hombre respetable, y no como un prófugo al que perseguía la policía de medio mundo. Todo el dinero que había acumulado durante aquellos años de inteligente y cauta administración debía servir para alcanzar un único objetivo: borrar su fama de criminal. Desde la última incursión de Borgia creía ciegamente en Miglianico y los suyos. El miserable final que habían conocido las declaraciones de Treintamonedas era un signo elocuente del poderío de sus nuevos aliados. Había que presentar un recurso de casación para tumbar definitivamente a la asociación. Su certificado de antecedentes penales debía volver a ser inmaculado. El Dandi estaba harto de controles y registros. De los feroces testaferros. De tener que llevar siempre consigo certificados falsos y frascos de pastillas salvavidas que agitar en las narices de la Brigada Criminal en caso de inesperado arresto. Jamás volvería a la cárcel. El Dandi quería gestionar por su cuenta todas las actividades. Actividades que, por otra parte, debían ser perfectamente legales. O casi. En un plazo razonable de tiempo, vaya. Al principio quedaría una cierta zona gris y luego, más tarde... Mientras tanto había que cortar de forma tajante con el pasado. Algunos momentos serían más difíciles que otros. Pero el Dandi se tenía en demasiada estima como para preocuparse por las posibles complicaciones.

Dos días después de salir de Rebibbia, convocó una reunión en el Full'80. Acudieron el Seco, más flácido y grasiento que nunca; el Negro, retorciéndose a causa de los dolores que le causaba el cambio de estación; el Tapón, con un hilarante sombrero; el Esmirriado y Vanessa, convertidos ya en pareja oficial. El Dandi les expuso la situación en dos palabras.

—La sociedad se disuelve. El Esmirriado se ocupará del tráfico.

—¿Tú con cuánto te quedas? —preguntó el Esmirriado.

—Con nada.

—¿Con nada?

—Con nada. La red y los suministradores son tuyos: gestiónalos como quieras. Incluidos los contactos del Seco y cualquier otro canal del mercado. Pero a partir de

ahora el personal es cosa tuya. Te corresponde a ti decidir si darles una parte y cuánto. Haz lo que quieras. Nosotros nos quedamos al margen. A partir de hoy la droga es de tu sola incumbencia.

El Esmirriado quiso saber algunos detalles antes de aceptar. El Dandi le aseguró que seguirían siendo amigos y que, en caso de necesidad, podían echarse una mano. Pero se acabó la caja común. Se acabaron los negocios a medias. Se acabaron las obligaciones recíprocas. Se abrazaron. El Dandi besó a Vanessa en las mejillas.

El Negro pidió información sobre el videopóker.

—Todo sigue como antes —lo tranquilizó el Dandi.

El Negro asintió. El Dandi se quedó a solas con el Seco. El Dandi se encendió un cigarrillo y le soltó el humo a la cara. Sabía hasta qué punto detestaba el Seco el olor a tabaco. El Seco tosió.

—Hemos renunciado a un montón de dinero, Dandi.

—¿Te refieres a la droga? Ya no la necesitamos. El juego rinde más y con él no nos arriesgamos a pasar veinte años en la cárcel... déjame echar un vistazo a la contabilidad...

El gordo le mostró un libro imponente y empezó a parlotear sobre inversiones, préstamos, garantías, fideicomisos, créditos a recuperar, acciones maravillosas. El Dandi le preguntó a cuánto ascendía exactamente el capital.

—No entiendo la pregunta...

—Si decidiese venderlo todo, ¿cuánto recibiría a cambio?

El Seco disparó una cifra. El Dandi frunció el ceño.

—¿Tan poco?

—Mira que en una clasificación de los ricos italianos estaríamos entre los primeros...

—¿Estaríamos?

El Seco se enjugó una gota de sudor.

—Me refería a nuestro dinero, claro está...

—Y yo sólo al mío, claro está... ¿cuánto es mío y cuánto es tuyo?

—Bueno, así, de buenas a primeras...

—Escúchame bien: la mitad exacta de todo... y digo todo... la transfieres a una cuenta extranjera a nombre de Gina. Cuando todo esté listo, te la llevo y la hacemos firmar. El resto sigue administrándolo como siempre. Pero quiero la mitad de todo lo que entre de los negocios, ya sean antiguos o nuevos, en esa famosa cuenta... ¿está claro?

—¡Ni hablar, eso es un asalto! —estalló el Seco.

—¡Vaya con el Seco! ¡Mira cómo se envalentona con sólo rozarle la cartera! Serías capaz de todo por dinero, ¿verdad Seco? ¡Traidor!

El Seco cerró los ojos y aferró los brazos del sillón. Pero el Dandi no tenía

ninguna intención de ponerle las manos encima a aquella asquerosa bola de grasa. Sin dejar de reírse, el Dandi se encendió otro cigarrillo. El Seco se esforzó para atinar con las palabras. Su tono se tornó solícito, humilde.

—Sigues enfadado por la historia de la cárcel...

—¿Quién, yo?

—¿Qué otra cosa podía hacer? ¡Ya sabes cómo es el Búfalo! Fingí estar de su parte para evitar daños mayores... ¡Yo no resisto en la cárcel, Dandi!

—¡Pobrecito!

—Bueno, pero ahora que estás aquí... todo va bien, ¿no? Haremos lo que tú digas y...

El Dandi dejó de reír. Su mirada se endureció.

—Recuerda que sigues vivo, es porque te necesito, pedazo de mierda. ¡Y sólo mientras me sigas haciendo falta!

Con el Maestro, en cambio, no hubo nada que hacer. Se encontraron en un cine de reestreno, eran casi los únicos espectadores de *Érase una vez América*. El Dandi había elegido la película por consejo del abogado. Miglianico tenía razón: la película no era, lo que se dice, muy reciente y en algunos momentos resultaba de una lentitud exasperante. Pero hablaba de ellos. Pasada una hora, había entendido ya cómo iba a acabar la cosa. James Woods se la metería por el culo a Robert De Niro. La amarga lealtad de De Niro le tocaba los huevos. Apeataba a derrota. Casi parecía que el director se hubiese inspirado en el Frío. El Dandi se veía como el ganador. El final era decepcionante, sin embargo. ¡Menuda tabarra con el remordimiento! ¡Si pudiese liquidar el asunto como James Woods, a buenas horas se iba a arrepentir él! Patrizia se había llevado a una amiga. El Maestro ni siquiera se había dignado a mirarla. Qué hombre tan extraño. Fiel hasta la muerte a su mujer, una mujer apagada que rara vez se dejaba ver en público. Si lo que quería era ponerlo de buen humor con el sexo, el tiro le había salido por la culata.

A la salida, metieron a las dos chicas en un taxi. El Dandi y el Maestro se fueron a beberse un whisky a la plaza Navona. El Dandi confesó que pensaba a menudo en el cine. No bromeaba, cuando se había dirigido hacía ya varios años a aquel famoso director.

—¿Quieres ser productor?

—¿Y por qué no? Podría ser conveniente incluso para vosotros. Un modo limpio y elegante de hacer circular la pasta.

—El cine está en crisis. Sólo se pierde dinero.

El Dandi sacaba a colación un proyecto tras otro, y el Maestro se los iba echando por tierra inexorablemente. El Dandi empezó a pensar que aquello iba a ser más duro de lo que pensaba. El Maestro lo escrutó con perplejidad.

—¡Por lo visto te quieres desmarcar del grupo!

—Pero ¡qué dices! Yo...

El Maestro se encendió un cigarrillo y suspiró.

—Te entiendo. De verdad. Yo también lo he pensado. Muchas veces. ¿Por qué crees que estoy tan preocupado por mi hijo? Desmarcarse... es imposible. ¡No se puede!

El Maestro le explicó que las relaciones con sus antiguos compañeros no le interesaban en absoluto.

—Pero con nosotros es diferente. Es una cuestión que me afecta personalmente. Yo te he respaldado...

—Mira que el asunto de los terrenos sigue en pie. Del dinero no se discute. Todo seguirá siendo como antes. Pero...

—Pero —lo interrumpió resuelto el Maestro—, ya no quieres ensuciarte las manos...

El Dandi asintió. El Maestro dejó el chicle en el cenicero y dio un sorbo a su whisky.

—Si mañana te pedimos que distribuyas un kilo de mercancía, tienes que hacerlo. Y si es necesario hacerle un favor a alguien... cualquier tipo de favor, a quien sea... tienes que hacerlo...

—Conozco las reglas, Maestro, pero...

—Y si no lo haces, si no te comportas bien, alguien tendrá que hacerlo en tu lugar. Normalmente le corresponde a aquel que ha salido garante por ti. E incluso en este caso no es seguro que, después... los dos... el garante y el garantizado... acaben de mala manera.

—¡Te olvidas de que yo no soy un afiliado!

—Precisamente por eso no puedes negarte...

—¿Y si alguien ocupa mi lugar?

—¿Quién?

—El Esmirriado... le he pasado el tráfico de la mercancía...

—El Esmirriado no va bien. Es demasiado impulsivo. Y a los jefes no les gusta. Ha tenido ciertas historias allí abajo... no es posible. Lo siento, Dandi...

El Dandi comprendió que por mucho que empujase jamás podría romper aquella red. La sensación de impotencia lo enfureció. El Maestro le arrojó un salvavidas.

—Informaré de tu situación. Tal vez estén dispuestos a pasarse sin ti. No sería la primera vez. ¡Pero tú procura no hacer gilipolleces!

—¡Ni por lo más remoto!

—Y otra cosa...

—Dime.

—Tienes mucha suerte, hermano. ¡Si el tío Carlo no estuviese entre rejas, mañana te despertarías en Prima Porta!

IV

«CORRIERE ROMANO»

¿LA MAFIA? ¡CONVIENE AL ESTADO!

El comisario Nicola Scialoja de la Policía Judicial se confiesa con nuestra periodista
Sandra Reynal

Roma, 27 de diciembre de 1987.

El comisario Nicola Scialoja, director de la Policía Judicial llama al camarero y le pide el tercer Martini de la tarde. Una multitud de aspirantes a actriz asalta el Hemingway, el local de la calle de las Coppelle que desde hace tiempo es meta preferida de la nomenclatura cinepolítica de la capital. El estruendo es enorme. Scialoja mira con interés a una modelo rubia abrazada a un célebre productor. Llega el camarero. Scialoja apura de un trago su cóctel y pide inmediatamente otro. ¡Soporta bien el alcohol, comisario, le felicito! Enciendo la grabadora.

Comisario Scialoja, hace años que usted se empeña en organizar procesos contra la llamada «mafia romana». Hace algunos meses, la magistratura romana excarceló de golpe a cuarenta personas que usted había arrestado sosteniendo que las acusaciones eran inverosímiles. ¿Quién tiene razón? ¿Usted o los jueces?

Si el Tribunal de la Libertad hubiese aplicado la misma regla de juicio a los terroristas, Moretti se encontraría hoy en día en la calle. Los jueces no leyeron adecuadamente la documentación. O, peor aún, la leyeron y decidieron mirar hacia otra parte.

Esas acusaciones son muy graves.

Lo que sucedió también lo era. Por otra parte, entiendo su pregunta. Usted está acostumbrada a pensar que el error judicial consiste en arrestar a un inocente o, peor aún, en condenarlo. ¡Y en cambio todos los días sucede precisamente lo contrario: se pone en libertad a auténticos indeseables!

Comprendo su punto de vista. Después de todo, usted es un policía. Pero prefiero seguir creyendo que es preferible tener a cien culpables en libertad que a un solo inocente en la cárcel.

Yo respeto todas las opiniones.

¡Menos mal! En cualquier caso, en varios ámbitos se deplora una pérdida generalizada de las garantías democráticas. A la gente no le gusta vivir en un estado policial. Por ese motivo muchos aplauden la inminente entrada en vigor del nuevo código...

¿Muchos? ¿A quién se refiere? ¿A los mafiosos que lo están celebrando ya? ¿A sus cómplices políticos que por fin pueden exhalar un suspiro de alivio? ¿A los abogados que amasarán millones deslizándose por los entresijos del procedimiento? Se los recomiendo, ¡son los incondicionales del proceso jurisdiccional!

Y, sin embargo, gracias al nuevo proceso Italia se alineará con los sistemas europeos más avanzados...

¿Quiere saber cuándo seremos realmente europeos? Cuando por fin nos libremos de la perversa conexión entre política, criminalidad, empresarios corruptos, servicios secretos desviados... cuando logremos extirpar este cáncer... si es que lo conseguimos...

¿De verdad estamos tan mal, comisario? ¡Mire que hace apenas unos meses Italia se ha convertido en la quinta potencia industrial del mundo occidental!

Si usted lo dice...

¿No será que está enojado con su país porque si todo se ajusta a la legalidad un policía ambicioso como usted tiene menos posibilidades de destacar?

Escuche usted. Estuvimos a un paso del corazón putrefacto de todo este asunto. A sólo un paso. Llegamos a él por casualidad, indagando sobre el homicidio de un criminal de baja estofa. Descubrimos cosas increíbles. Un hilo que partía de aquello que yo llamo la «mafia romana», pasaba por el asesinato de Moro, la masacre de Bolonia, diez años de homicidios, para ir a parar al búnker de un servicio especial directamente dependiente del aparato estatal. Una sección que oficialmente no existe, con un jefe fantasma en el que confluyen los mayores misterios de la historia reciente. Y nosotros estuvimos a punto de poder reescribir esa historia. Pero luego... luego uno de nosotros se retiró. Los nombres carecen de importancia. Nos hicieron entender que no era posible sobrepasar un cierto límite. Esa persona captó el mensaje y se comportó de acuerdo con lo que el mismo quería transmitir. Y ahora estamos de nuevo como al principio. Puede que este país sea rico, como dice usted. ¡Pero está podrido por dentro, créame!

¡Reescribir la historia! ¡Qué objetivo tan ambicioso! ¿No cree usted que el propósito de reescribir la historia supera con mucho las funciones propias de un magistrado y de un policía?

Dado que nadie más lo hace...

De forma que comparte usted de lleno la teoría del complot. Tengo la impresión de estar escuchando a un representante de la oposición. Y, sin embargo, usted sabe que un cierto sector político lleva ya varios años tratando de perseguir las «masacres del Estado». En vano...

Escuche, yo soy un servidor del Estado. No alcanzo a imaginar al Estado colocando bombas o derribando aviones. Si bien algo es cierto: cuando se produce un hecho clamoroso, los aparatos de los que estamos hablando son capaces de reconstruir el escenario y de determinar las responsabilidades en poco tiempo. Suponiendo que no lo supiesen ya de antemano. En cualquier caso, ¿cuál debería ser el comportamiento responsable... legal... de un organismo estatal que tuviese conocimiento de graves hechos de sangre? Prevenir, en caso de ser posible; reprimir, en caso de que la prevención haya fracasado. Lo primero que habría que hacer sería informar a la magistratura...

¿Y esto no se hace?

Jamás. Si lo saben de antemano, no intervienen. Si se enteran después, lo ocultan. Si no pueden evitarlo, procuran que el ambiente resulte irrespirable mediante documentos falsos, ambiguos, pistas que no conducen a ninguna parte...

Pero ¿no podría ser tan sólo que la calidad técnica deja mucho que desear, que falta preparación, que la superficialidad es excesiva? Usted sabe que existe una edificante literatura sobre nuestros servicios de seguridad...

Ésa es una maldita estratagema. Se hacen pasar por idiotas para salir bien parados. En realidad son la flor y nata de los canallas.

Pero ¿a qué se debe ese modo de proceder?

A grandes rasgos, se trata de una cuestión política. Pretenden mantener el orden. Controlar la situación para que nada cambie. Los que ponen las bombas podrían resultarles útiles. Y por ello dejan que lo hagan. Los usan. Los miman. Todo depende del anticomunismo. El impulso inicial fue el miedo a los rojos. Personalmente hace años que no voto. Pero me espanta pensar que para tener alejados a gente como Amendola o Berlinguer sea necesario meterse en la cama con los asesinos. Proteger a los traficantes de droga. Pagar a terroristas neofascistas. Dar vía libre a la mafia.

¿Es eso lo que hacen?

Sí. Se apresuran a involucrar a todos los que gozan de una cierta fuerza para imponerse en el mercado. Y cuando ya no saben qué hacer con ellos, los sueltan. Esto sucede, decía, en líneas generales. Porque también están aquellos que participan en el juego por amor al arte, por decirlo en algún modo.

¡No me diga!

Escuche, en ciertos niveles, el ejercicio del poder se convierte en un arte, en un fin en sí mismo. Se avanza por inercia, o porque no se puede dar marcha atrás, o porque resulta divertido mover las fichas sobre el tablero. Los fines... siempre que éstos hayan existido alguna vez... se difuminan, se desvanecen, se pierden de vista. Lo único que sobrevive es un gran y trágico juego... si pienso en ciertos dirigentes a los que he conocido... gente que vive en la sombra y viste de gris... sólo puedo compararlos con el doctor Strangelove... ¿recuerda la película de Kubrick? La bomba por la bomba, o algo así...

Puede ser. Pero vayamos a lo concreto. ¿Qué piensa usted de la opinión recurrente que afirma que la mafia... o las mafias, si lo prefiere, son realidades endémicas con las que es necesario convivir?

No se sale a cenar con el cáncer. El cáncer hay que extirparlo.

¿Cree usted que es posible hacerlo?

La pregunta que hay que hacerse es otra: ¿cree usted que hay voluntad de hacerlo?

Algo provocadora, ¿no le parece?

La mafia conviene. Muchos salen ganando con ella.

Escuche, dado que ve las cosas tan negras... ¿nunca ha pensado cambiar de oficio?

¡Ni por asomo! ¡No tengo ninguna intención de abandonar mi puesto, al contrario, pienso seguir adelante!

¿Y con qué intención, si me permite?

Con la de hacer la vida imposible al mayor número de canallas posible.

Nicola Scialoja, comisario jefe de la Policía Judicial es un hombre que desconoce la duda. Según él, Italia es una democracia de soberanía limitada, dominada por una oligarquía de corruptos, asesinos y mafiosos unidos por el cemento del anticomunismo. Su contundencia impresiona. Su fe en sus propias capacidades profesionales parece tan inamovible como, a juzgar por los resultados, mal correspondida. La historia italiana, la historia de un país que en la última década de este siglo se presenta sólido, compacto, rico y próspero, prosigue a su lado y él, indiferente a ella, le da la vuelta según su personalísima visión de las cosas. Scialoja es un hombre obsesionado por el Mal. Podemos entenderlo —¡a lo largo de su vida profesional debe de haber presenciado muchas cosas!— pero, desde luego, no justificarlo.

Como ciudadana, me asusta la idea de que un hombre semejante tenga el poder de

decidir sobre mi destino.

SANDRA REYNAL

Dos horas después de la publicación del suplemento dominical del *Corriere Romano*, Scialoja fue suspendido de sus funciones. Sus declaraciones habían desencadenado una auténtica barahúnda institucional. Se anunciaban interrogaciones parlamentarias. Los responsables de los servicios de seguridad habían difundido notas furibundas. El presidente de la comisión sobre atentados exigía una audición inmediata. Los colegas de Palermo y Milán, protegidos por el anonimato, habían hecho saber que, si bien no estaban de acuerdo con la forma, compartían en lo esencial sus palabras. El abogado que el sindicato policial había contactado a toda prisa aconsejaba un tajante desmentido, seguido de una querrela contra la periodista. Scialoja le había explicado que no era posible: el artículo reproducía fielmente sus palabras. Ambos se habían visto. Él había empujado el codo y había dicho aquellas cosas. Ella había dicho porque las pensaba.

—Si las condiciones son éstas, la posibilidad de salir bien parados de este asunto es mínima. Puedo demorar el proceso, pero tarde o temprano tendrá que pagar.

Scialoja había descolgado el teléfono. Ahora su cama estaba impregnada con el perfume de Patrizia. Hacía frío, pero no había querido que encendiesen la calefacción. Estaba oscuro, pero prefería permanecer con las luces apagadas. Patrizia había ido corriendo a su casa después de haber visto el telediario de la tarde. Vestía un suéter de cuello alto rojo que resaltaba la línea maliciosa de sus senos, y una suave falda de cuadros escoceses. El pelo recogido en la nuca, sin una gota de maquillaje, parecía la clásica chica de la puerta de al lado. Una chica de la puerta de al lado buena, afectuosa, de corazón tierno y dispuesta a consolar al héroe afligido. Con la cabeza hundida en su regazo, Scialoja le había contado el mínimo indispensable. Había una vez una muchacha llamada Sandra Belli. Había hecho fortuna en París. Había regresado con un apellido nuevo y con un trabajo prestigioso, enviada por un importante periódico. Le había agradecido cierto favor que él le había hecho en el pasado. Él la había esquivado. Habían transcurrido juntos una agradable velada, quizá demasiado ética. Ella le había jugado una mala pasada, lo había jodido.

—Pero ¿por qué lo ha hecho? Tú la ayudaste...

—Puede que alguien se lo haya pedido. Puede que uno de tus amigos.

—No puede ser, me habría enterado.

—O quizá no podía soportar la idea de estar en deuda conmigo...

—Deberías partirle la cara.

—¿Para qué? ¡Ahora ya no tiene remedio!

Patrizia no conseguía entender su resignación. Casi parecía feliz, como si se hubiese quitado de encima una losa.

—¿Y ahora qué harás?

—No lo sé.

—Tomémonos unas vacaciones. Marchémonos juntos a alguna parte. Como aquella vez, en Positano...

Scialoja le acarició una mejilla.

—Patrizia —susurró—, cuando vi a Sandra, después de todos estos años, lo primero que pensé fue en llevármela a la cama. Habría dado diez años de mi vida por tirármela...

En la oscuridad, sintió que Patrizia se ponía tensa. Sintió su deseo de desasirse. La aferró por las muñecas. Se las apretó con fuerza.

—Pensaba en nosotros dos, ella y yo, en la cama. En esta cama, o en un hotel, o en un portal, o en el asiento de un coche... ¿qué más da? No pensé en otra cosa durante toda la noche. Ella que vuelve y yo que me la tiro. Y Sandra no es la única. Me sucede siempre, ¿sabes? Cada vez más a menudo. Con todas las mujeres con las que me topo. Quisiera llevarme a todas a la cama...

Patrizia lo apartó con gesto resuelto.

—No tengo ganas de escucharte.

—En cambio tienes que hacerlo —prosiguió él sin cambiar de tono—, porque en todas las demás mujeres sólo veo a una sola. A ti.

—Quiero un cigarrillo —dijo ella quedamente—, quiero algo de beber.

—Eres la única que deseo.

—Puedes tenerme cuando quieras.

—Pero jamás conseguiré convertirme en lo más importante de tu vida.

Patrizia abandonó la cama con un escalofrío. Recogió el abrigo de pieles y el bolso, y se encendió un cigarrillo.

—Ya sabes dónde me puedes encontrar —le espetó.

Él la dejó marcharse.

Dos muchachos del Campo dei Fiori se la restituyeron al Dandi en el corazón de la noche. El ojo derecho, entornado, estaba hinchado y había adquirido un tono azulado.

—Estaba montando un número con un marinero. Menos mal que el camarero la ha reconocido, de otro modo la habrían arrestado. Hemos tenido que recurrir a la fuerza porque no quería soltarse...

El Dandi consideró con cierta repulsión el suéter desbocado, las medias desgarradas y el penetrante olor ácido y dulzón, y acto seguido bendijo a los dos muchachos.

—Ah, otra cosa, Dandi...

—¿Qué pasa ahora?

—El Jaguar... ¡si supieses en qué estado ha quedado!

—Los asientos completamente reventados.

—La radio arrancada.

—Y alguien ha orinado dentro.

El Dandi arqueó una ceja.

—Está bien, he entendido, ¡y ahora desapareced!

Borracha más allá de cualquier posible decencia. Completamente colocada. Una sonrisa de loca, de maldad, que le alteraba los rasgos. Y aquella frase, que repetía sin cesar entre risas y eructos:

—¡Lo más importante de mi vida! ¡Lo más importante de mi vida!

El Dandi sabía que, en ciertos casos, era mejor abstenerse. Dejó que se desahogase: a fin de cuentas, ¿cuánto podía durar en el estado en el que se encontraba? Tras diez minutos de letanía, Patrizia se desplomó sobre la moqueta. El Dandi la desvistió y la metió en la cama. Al verla desnuda, sucia, con los labios resquebrajados, el pelo seco y la respiración entrecortada... a ella, que cuidaba tanto las formas, que todavía seguía enviándolo a la ducha cada santa vez... le entraron unas ganas indescriptibles. Empezó a desnudarse. Al fin y al cabo, era suya, ¿no? Pero Patrizia se quejó entonces suavemente, con un gemido casi infantil, y el deseo se transformó en un tierno pesar. De forma que fue a invernar en el sofá de dos metros que acababa de recoger de la tienda de muebles de la calle del Pellegrino. Eso sí, la tapicería del Jaguar la iba a pagar ella. Y con su dinero.

1988

LA CERTEZA DEL DERECHO

I

El Esmirriado hizo saber a los que estaban dentro que, por él, el acuerdo seguía vigente. Que se olvidaran, sin embargo, de la buena vida de antaño. La canallada de Treintamonedas había tenido sus consecuencias. Los drogatas no se distinguían precisamente por su heroicidad. Alguno que otro se había perdido por el camino. Otros habían partido para el largo viaje con billete de sólo ida, vía chute. Había que reorganizar la red de tráfico e integrar en ella a los chicos de Primavalle. La cuota se redujo drásticamente. El Esqueleto rechazó desdeñoso aquella especie de limosna y empezó a buscar gente dispuesta a hacer el trabajo sucio. El Esqueleto todavía gozaba de un cierto prestigio, pero nadie le hacía caso. El Dandi era un intocable. Hasta los marroquíes más desesperados y los gitanos que no temían ni a Cristo Nuestro Señor se negaron. El pingüino los había hecho entrar en vereda. Era el número uno. Único y solo. El Esqueleto se encontró con el Búfalo durante un traslado por motivos procesales.

—Yo cuando salga, lo mato.

—Si sales... ¿cuánto te ha caído?

—¿Y eso qué más da? Esperamos la casación.

—¡Eso sí que son dientes, Esqueleto! Lástima que cuando te tocaba morder, te limitases a ladrar.

—Tú mucho hablar pero ¿qué haces? ¿Renuncias?

—¡Tal vez me estoy volviendo pacifista!

El Esqueleto siempre había tenido la lengua demasiado larga. Pero las amenazas son inútiles si uno no sabe después llevarlas a la práctica. Amenazar sólo sirve para azuzar al enemigo. El Búfalo tenía sus planes. El Seco lo mantenía informado de la situación. El Dandi se estaba envaneciendo a toda velocidad. Estupendo. El Seco pagaba. Con generosidad y sin hacer preguntas. Por otra parte, el dinero era suyo. ¡Que intentase colarme sólo una! No, no, el tiempo pondría las cosas en su sitio. Mientras tanto, la medida de seguridad transcurría alegremente. La casación tampoco le asustaba ya tanto: como mucho le confirmarían los diez años. Habían pasado ya casi cinco. Se había convertido en el amo del manicomio. Sólo le igualaban el conde Ugolino, que iba y venía, y Turi Funciazza, que confiaba en que una última argucia lo salvaría de la inevitable pena a cadena perpetua. Los tres mosqueteros. Champán, llamadas telefónicas, y putas un par de veces al mes procuradas por el toscano. Para no perder la costumbre, simplemente. Por lo demás, seguía con el mayor de los escrúpulos las prescripciones de la comisión médica, no había recibido ni un sólo

castigo desde 1986, y al final de cada sesión el médico lo felicitaba por los progresos que estaba realizando. Sentía ya en la tripa el olor a libertad. Y aquella dolorosa espina que lo llevaba atormentando desde que era un niño cada día le hacía menos daño.

A Ojo Feroz lo pillaron como a un idiota en casa de la viuda. Porque estaba escrito que tarde o temprano un par de tetas lo perderían. ¡Adiós a la Costa Azul! Pidió que lo dejaran ir al baño, esnifó la última raya de coca que le había sobrado de la noche anterior, y siguió con una mueca burlona a la patrulla en uniforme de asalto.

—Ay comisario, me habéis rebobinado, pero da igual, esta vez no tardaré en salir.

—¡No hay dos sin tres, Ojo Feroz!

¡Por lo visto le había tocado el único policía bromista de Roma!

Lo metieron en la celda con Ricotta, que, pobre desgraciado, se negaba a resignarse.

—¡No puedo creer que el Dandi me haya hecho una cosa semejante! ¡Todo esto es idea del Esmirriado, ese siciliano de mierda!

—¿Llevas una vida aquí y todavía no te has enterado? ¡El Dandi es un pedazo de mierda!

—¡Pero si te ayudó a salir!

—Y ahora me han vuelto a coger. ¡Estamos empatados!

—¡Sea como sea, yo no me lo creo!

Pidió a Donatella que se encargara de las lamentaciones. Se vieron en casa de Patrizia. El Dandi aquel día se encontraba en plena forma. Soltaba una broma tras otra mientras buscaba frenéticamente la camisa que combinase con una inverosímil corbata de regimiento.

—Se le ha metido en la cabeza entrar en política —suspiró Patrizia con aire de mofa mientras se limaba las uñas.

—¿Y bien? ¿Qué tiene eso de extraño? Si Cicciolina lo ha conseguido, no veo por qué no puedo lograrlo yo también...

Donatella soltó una carcajada y sacó prudentemente a colación el tema de la cuota. El Dandi se mostró fraternal, tranquilizador. En primer lugar, que saludase a Ricotta de su parte. Un auténtico amigo, de esos que no se olvidan. Hablaría con el Esmirriado y todo se resolvería. Mientras tanto, y como prueba de buena voluntad, le rogaba que aceptase treinta millones. Al margen de la cuota, como una especie de resarcimiento por el malentendido. Ricotta se frotó las manos y dedicó al Ojo Feroz un sacrosanto corte de mangas.

—¡Ahí tienes! ¡Y tú que decías que era un pedazo de mierda!

—¿Y qué? Te ha hecho una graciosa concesión...

—¡Déjalo ya, venga!

—¡Eres un ingenuo, Ricotta! Ése cree en el «divide y vencerás»: hoy me toca a

mí y mañana te tocará a ti, ¡y verás cómo al final nos la mete a todos por el culo!

II

EL TRIBUNAL SUPREMO DE CASACIÓN DE ROMA EL TRIBUNAL PENAL DE APELACIÓN DE ROMA (Omitido)

El gran inquisidor Tomás de Torquemada inició en 1460 una serie de disquisiciones sobre la confesión y sobre la acusación del cómplice: *legítima, vitiosa, libera, coacta, simplex, qualificata*^[37]. Dichas definiciones pretendían resolver de manera definitiva el proceso sin importar que la confesión o la acusación fuesen realizadas o no en condiciones de libertad. Y, lo que es más grave, en ellas se legitimaba, se auspiciaba más bien, el empleo de la tortura.

Un triunfo, así pues, para la tortura que se vio de esta forma legalizada y sometida a un completo, refinado y detalladísimo ceremonial con el fin de arrancar la confesión y las acusaciones a los cómplices (omitido).

La experiencia de la Columna infame^[38], del vía crucis del comisario de Sanidad Guglielmo Piazza, que después de resistir a la tortura y movido por la promesa de impunidad o de reducción de la pena (omitido), señaló como *untore*, «culpable de la peste», al zapatero Mora, inocente por naturaleza, demuestran que la confesión y la acusación de los cómplices sólo tuvieron un marcado carácter determinante durante el proceso inquisitorio medieval (omitido), mientras que el actual renacimiento del respeto hacia la persona humana ha llevado a considerar carente de interés en la determinación de la verdad, objetivo último y efectivo del proceso, la delación.

(omitido) ¿Cuál es, entonces, la figura del «arrepentido» en el presente procedimiento? ¿Quién es este (omitido), llamado «Rata», cuyas palabras estarían poniendo en juego la libertad de un considerable número de imputados?

Éste, un delincuente congénito y un toxicómano, consumidor declarado de cocaína, de heroína y de cualquier otra posible e imaginable sustancia psicotrópica, de acuerdo con sus mismas confesiones y con la conducta manifestada en el interior de la cárcel, así como por su comportamiento global durante sus encuentros con los investigadores, demuestra unas características mentales anómalas y, sin duda alguna desequilibradas. Las dificultades de adaptación demostradas desde su más tierna infancia, los deplorables resultados escolares, la incapacidad para obtener y para conservar, en caso de haber tenido, un trabajo digno, la desazón manifestada hacia una afectividad madura, la incapacidad de actuar como un ciudadano responsable, de aceptar las normas sociales, la inclinación hacia las actividades ilegales, los innumerables arrestos, los desarreglos en la esfera emotiva con frecuentes episodios depresivos y maníacos hasta llegar incluso a un intento de suicidio en la cárcel, la irresponsable tendencia a la toxicomanía, todos ellos son elementos integrantes de una debilidad mental con rasgos de carácter antisocial que confirman ampliamente una anormalidad psíquica grave, aún más aguda debido a unas nefastas influencias ambientales en las que subyace un déficit intelectual definible como «debilidad mental».

(omitido) Tampoco coadyuva a un diagnóstico favorable de desarrollo cerebral normal del sujeto la circunstancia, referida por él mismo, de haber utilizado a toxicómanos como cobayas con el fin de «probar» la pureza del estupefaciente que pretendía vender: hecho que el sujeto en cuestión había experimentado en primera persona.

Si bien no se pueda excluir una cierta propensión de (omitido), conocido como «el Rata», a la mentira y a la fabulación, el abundante número de anomalías presentes en sus declaraciones hacen sospechar, por la inusual consistencia de sus relatos, la cantidad de revelaciones acusatorias, las contradicciones presentes en su discurso, la confusión de ideas demostrada incluso en las actividades cotidianas realizadas en el reducido ambiente carcelario, la presencia en este personaje de una verbosidad paroxística acompañada de una pérdida de ideas en un estado de debilidad.

Es sabido que en la verbosidad acusatoria el mitómano concibe las ideas a tal velocidad que no consigue dominarlas, dando así vía libre a un modo de pensar desordenado en el que las imágenes se suceden sin interrupción y en el que el poder superior de concentración y las tendencias determinantes no son capaces de ejercer la acción directiva que les corresponde según las normas del pensamiento lógico.

(omitido) Así pues, si bien la confusión de ideas difiere de la fuga de las mismas, es cierto que en ambos casos —y el (omitido), llamado «el Rata», presenta los dos tipos de desviación— el resultado es un índice de conciencia alterada, de pensamiento obsesivo, de estado delirante, de confusión disociada que, en cualquier caso conlleva la imposibilidad de creer en el fabulador y en sus historias imprecisas y deformadas.

III

Miglianico y Vasta recibieron juntos la sentencia que negaba la existencia de una asociación con fines delictivos. Vasta se precipitó a dictar una declaración para la prensa.

—Hoy es un día magnífico para mí pero, sobre todo, para la justicia. Por enésima vez ha quedado demostrado que los teoremas contruidos sobre las declaraciones del arrepentido de turno no resisten la criba de la mejor jurisprudencia. Espero que esta lección sirva de advertencia a todos aquellos que aún se obstinan en insistir con métodos obsoletos y condenados por la historia... y confío en que, con la próxima entrada en vigor del nuevo código de procedimiento, basado en el principio acusatorio, acabe de una vez por todas con el innoble abuso de la institución de la citación en complicidad...

Los periodistas anotaron sus palabras con diligencia. Miglianico cogió a Vasta del brazo con una sonrisita maligna.

—Querido colega, te felicito por este enésimo triunfo de la legalidad.

—El que te felicita soy yo, querido colega, dado que sigues este proceso desde hace cuatro años y ni siquiera te has dignado a leer un papel...

—Querido colega, dada tu experiencia deberías saber que en este mundo los papeles sirven poco más o menos que para nada...

—Yo en tu lugar procuraría no atribuirme méritos que no me corresponden... especialmente fuera de nuestro ambiente, querido colega...

—Pero ¡qué dices! ¡Si supieses cuánto me ha costado este proceso!

—Tonterías, eminente colega. Tú no has desembolsado ni una lira. La sentencia está limpia de polvo y paja.

—¿Me equivoco o me estás llamando fanfarrón, querido?

—Es evidente, querido.

—¡Deberías tener un espíritu más deportivo, querido, considerando que la única condena definitiva te la has llevado tú!

—A decir verdad, querido, a ti también te han dado una buena tunda...

—¡Todo estaba previsto, mi querido colega, todo estaba calculado!

—Adiós, colega.

—Hasta la vista, colega.

Pero el mérito de que la asociación hubiese sido borrada del mapa no era ni de Vasta ni de Miglianico, ni de la legalidad, ni de la confraternidad, o como diablos se llamase. El mérito correspondía en exclusiva al difunto Libanés. El Dandi estaba más

que convencido. Había sido el Libanés el que había barrido de golpe todas aquellas gilipolleces que volvían locos a los calabreses y a los mafiosos. Pinchazos de alfiler, incisiones con un cuchillo, tatuajes rituales, imágenes quemadas, chorros de cera, juramentos sobre todos los santos del paraíso... cosas medievales... el Libanés había sido un hombre práctico, uno que pensaba en el futuro. Y, de hecho, los jueces habían sintonizado, ya que en la motivación de la sentencia habían escrito: pero ¿qué clase de asociación puede ser ésta si sus miembros no juran? ¿Si se matan alegremente unos a otros? ¿Si ni siquiera tienen una sede social, y cuando tienen que planear algún homicidio se reúnen en el bar de debajo de casa? Una asociación romana, les habría contestado el Libanés, con su inolvidable sonrisa, ¡nosotros no somos gente de gorra y *lupara*^[39]! Pero es que los jueces, además, habían superado sus mejores expectativas. ¿El depósito de armas? Sí, puede que existiese y que fuese usado con regularidad, pero lo único que probaba era que aquellos criminales habían encontrado un cómodo escondite para la artillería. Por si fuera poco, al Rata y a Treintamonedas los habían tratado como dos carroñas putrefactas. ¡Claro que ni siquiera él se esperaba una victoria tan aplastante! Hasta la mercancía del Perilla había acabado hundiéndose en el mar de certeza del Derecho. El Rata había dicho: id. Los maderos habían ido y habían encontrado tanto al Perilla como a la mercancía. Pero si el Rata estaba loco, ¿quién había entregado aquella droga al Perilla? ¿El Espíritu Santo? No. La verdad es que los arrepentidos repugnaban a todos. Incluso a ciertos jueces. A los buenos. A los que razonaban como auténticos hombres. A veces parecía que entre aquellos dos mundos, el de la calle y el de los palacios, no existiese a fin de cuentas una distancia tan considerable. Ésa era otra de las razones por las que el Dandi no veía la hora de dar el gran salto. En el fondo era posible ser iguales. Bastaba ponerse de acuerdo sobre las premisas. El Dandi se sirvió una nueva copa de Crystal y brindó por su juez ideal. Uno con el que beber a gusto y tal vez incluso follar a gusto. Estaba disfrutando del mejor cumpleaños de su vida. La villa del Seco, requisada para la ocasión, resplandecía con una iluminación digna de Hollywood. Al Dandi le divertía humillar a su socio. Se había regodeado con la expresión aterrorizada del dueño de la casa que acaba de ser declarado persona *non grata*. La orquesta tocaba sobre el estrado alternando las melodías más duras con las baladas del pianista. La organización había causado una cierta tensión con Patrizia. Ella se había encaprichado con Venditti. Decía que las canciones románticas le metían en el cuerpo una extraña sensación. Él habría preferido a Amedeo Minghi. A continuación había resoplado, Venditti no me gusta, es un jodido rojo. Patrizia le había hecho escuchar *Grazie, Roma* y el Dandi, conmovido hasta las lágrimas, había decidido reconsiderar la situación. Pero cuando hizo su propuesta al mediador de un mediador de uno que aseguraba ser amigo personal de la estrella, le respondieron que Antonello se negaba a actuar en fiestas privadas. El Dandi pensó que sería divertido comprar la casa

discográfica y despedirlo a patadas. Entonces le propuso a Patrizia el Califa. Ella no daba su brazo a torcer: o Venditti o nadie. Al final renunciaron a los nombres famosos y se conformaron con algo menos complicado. Y no para ahorrar, sino para evitar líos. Por otra parte, aquéllos eran unos excelentes profesionales procurados por su viejo amigo el Sultán. El Dandi no había renunciado a la idea de dedicarse al cine. Financiaba al Sultán, que tenía una cierta experiencia en aquel sector, para que éste pudiese poner en pie su proyecto. Sería una historia de sexo y violencia. Una historia sobre la calle. Un modo de ganar dinero contando la aventura de un puñado de hombres con huevos. Gente dispuesta a todo. Al final sólo uno de ellos saldría bien parado. Él. Para el papel de protagonista había pensado en Al Pacino. ¡Y en lo que podía costar! Entretanto, el Sultán había conseguido para la velada un grupito de aspirantes a actriz. Puede que incluso alguna de ellas fuese puta a tiempo parcial, pero los invitados tenían derecho a divertirse. Pagaba el Dandi. Podía permitírselo. El Maestro paseaba solo por el jardín. El Dandi le ofreció una bebida. Casi no se habían vuelto a ver desde aquella noche de hacía un año. Nadie del lado siciliano había dado señales de vida. El Maestro lo protegía en silencio. El Maestro estaba de un humor sombrío. Aceptó la copa de champán y esbozó una media sonrisa.

—¿Es cierto que se han jodido a Ricotta y al Frío?

—El Frío desapareció sin pagar la última cuota y ese caballero de Vasta hizo caer el recurso. En cuanto a Ricotta... bueno, la historia de los hermanos Gemitto estaba ya más que liquidada. Ahora que es definitivo veremos qué podemos hacer con la ley Gozzini y las acumulaciones... o algo por el estilo...

—¿Y los demás? El Búfalo, el Esqueleto...

—El Esqueleto está acabando de expiar una antigua acumulación. Ojo Feroz todavía tiene que pagar por la evasión. En cualquier caso, los demás no cuentan.

—Desde luego no se puede pedir más...

—¡Eso parece!

—Me gustaría poder decir lo mismo...

El Maestro estaba preocupado, más aún, angustiado. Protegía al Dandi a la par que se protegía a sí mismo. Allí abajo algunos estaban perdiendo la cabeza.

—Pero bueno, Maestro, ¿se puede saber qué te corroe? ¿Es por ese hippy que han tumbado en Trapani? ¿Ese de Lotta Continua^[40] que hablaba en la radio?

—No, en eso no hemos tenido nada que ver, no...

—¿De verdad?

—Lo prometo. No. El problema es ese juez que mataron la semana pasada...

—No es el primero. Además, según parece se lo merecía, ¿no?

—Sí, estoy de acuerdo... la mayoría del jurado recibía dinero de los de abajo. Él se dio cuenta y ¿sabes lo que hizo? Atrancó las puertas de la estancia del consejo y los retuvo hasta que pronunciaron el veredicto que quería él...

—Bueno, en ese caso...

—De acuerdo, pero ¿qué tenía que ver con todo eso su hijo inválido?

—¿También lo mataron a él?

El Maestro asintió pensativo con la cabeza. Le contó que el tío Carlo, al enterarse de la noticia, había exclamado: «¡Bendito sea Dios! Esa criatura no se podía quedar sola». En fin, que, según el Maestro, el tío Carlo estaba exagerando. El Dandi convino, pero estaba demasiado contento como para dejarse influenciar por su mal humor. Le ofreció educadamente más champán, una chica, una raya de coca, lo que quisiese, vaya, con tal de que dejase de lloriquear. Pero el Maestro, con la misma educación, le dijo que prefería volver a casa.

—Ha sido un día duro. Y Danilo tiene mañana una prueba de piano.

El Dandi lo contempló mientras se alejaba, agachado, ansioso e inquieto. Saltaba a la vista que el Maestro, a medida que el hijo crecía, se iba embobando más y más con él. Él no quería saber nada de ese tipo de preocupaciones. Por eso había elegido a una como Patrizia.

IV

El *disc jockey* del Full'80 mezcló *La isla bonita* con música discotequera completamente desinhibida. Rossana pareció despabilarse.

—Tengo ganas de bailar.

—¡A tus órdenes, princesa!

El doctor Mainardi la siguió hasta la pista. Sus andares eran todo un espectáculo. Se habían conocido en una fiesta. Ella lo había mirado de arriba abajo. Él se había percatado de su tendencia a pasarse con el alcohol. A medianoche, Rossana apenas podía mantenerse de pie. Mainardi había conseguido acorralarla al borde de la piscina.

—Eres un cóctel único de yegua purasangre y pantera con los bigotes todavía ensangrentados por la última presa...

Ésta era su frase de exordio. Rossana había ladeado la cabeza a la vez que soltaba una estúpida risita. Mainardi había pensado que estaba completamente borracha. Demasiado colocada como para resistirse. La había cogido por la cintura y mientras trataba de arrancarle un beso ella lo había hecho caer al agua de un empujón.

—¡A ver si así se te refrescan las ideas, idiota! Yegua, pantera... ¡detesto a los animales!

Mainardi no se había dado por vencido. Por otra parte, estaba en juego algo que podía cambiarle la vida. Rossana era la hija de Ugo Lepore. El profesor Lepore. Propietario y único administrador de las Casas Asociadas: once clínicas de superlujo distribuidas entre Roma, Florencia y Bolonia, más una serie de homólogas en España y Grecia. Un auténtico imperio de la venda y de la cureta que un día acabaría siendo en buena parte, al menos un tercio, de aquella despampanante rubia que se contorsionaba en el círculo de las luces psicodélicas bajo las ardientes miradas de los macarras de discoteca.

La recuperación había sido lenta y fatigosa, pero al final había conseguido domarla. El matrimonio estaba previsto para el mes de noviembre. Mainardi apuntaba al *gran slam*. Lepore sentía una cierta simpatía por él. El Negro —después de todo, mejor tener como amigo a un tipo así— le había dado a entender que algunos de sus amigos podrían estar interesados en invertir en las clínicas. Si la situación fuese propicia. Si se encontraba al interlocutor adecuado. Mainardi se imaginaba ya en el puente de mandos. Había ideado un plan que solucionaría el resto de sus días. Mientras tanto, ganancias. Después, pasado un período de tiempo razonable, un divorcio impecable, propio de personas civilizadas. Jamás había pensado pasar con

ella toda su vida. No quería a Rossana. Ni siquiera la encontraba simpática. Al contrario, si tenía que ser sincero, en su fuero interno la detestaba. En la cama era una fuerza de la naturaleza, de acuerdo. Pero quitando eso... un auténtico concentrado de lo peor del alma femenina. Perezosa, perennemente aburrida, ávida de sensaciones fuertes, inconstante, dispuesta a coquetear con todas las drogas posibles e imaginables... La clásica hija malcriada de un *self-made man* más acostumbrado a manejar la porra que el bisturí. Aquella noche, además, Rossana estaba, si cabe, más insoportable que nunca. Problemas con las dobles puntas y con el dobladillo de la falda, problemas con el maquillaje y con el perfume de Chanel, problemas con una amiga y con una subasta de arte, problemas con el padre y con los estudios, colgados de forma permanente. Problemas con el universo mundo que no se resignaba a plegarse de inmediato a sus deseos. ¡Ya se la metería él, la sogá al cuello! Y luego, ¡fuera! Con una así sólo se podía sobrevivir con una acción estratégica del tipo coge el dinero y escapa. Mientras tanto, el baile parecía haberla relajado un poco. Mainardi le sonrió. Detestaba bailar, pero también esto formaba parte de la dura escalada hasta la cima. El pijo que llevaba unos cuantos minutos dando vueltas alrededor de ellos, eligió ese preciso momento para aterrizar en su pie.

—¡Disculpe!

—¡Tenga cuidado!

El joven, con una sonrisa triste en los labios, casi había hecho una reverencia para mostrar su pesar. Mainardi cogió a Rossana por un brazo y la arrastró algunos metros más allá. A pesar de que la música era frenética, Rossana parecía embelesada, con aquella sonrisa errante pintada en la cara. Mainardi la conocía de sobra. Era una señal de peligro. Rossana se había percatado de algo... o de alguien... y este algo... o alguien... había hecho brecha en su eterno y extenuado *spleen*... Siguiendo la dirección de su mirada casi se dio de bruces con la cara del pijo. Con una serie de movimientos y pasitos se había aproximado de nuevo, y ahora trataba incluso de interponerse entre la pareja...

—¡Estoy harto! —gritó tratando, en vano, de hacerse oír por encima del estruendo obsesivo de aquel ritmo.

—¡No te entiendo!

—¿Nos vamos?

—¿Por qué? ¡Yo me estoy divirtiendo!

Al final, Rossana invitó al pijo a su mesa.

—No quiero molestar...

—Pero ¡qué dice! ¿Qué tiene de malo bebernos algo juntos?

—Tal vez preferiríais estar solos...

—De eso nada, ¡síéntese, por favor!

Por si fuera poco, ahora le tocaba poner a mal tiempo buena cara. A Rossana le

encantaba provocarlo, igual que detestaba que la contradijesen. De buena gana habría borrado a patadas aquella empalagosa sonrisa de la carita imberbe de ese lechuguino marca Armani. Pero no podía montar una escena. Ella no se lo perdonaría. Hubiera sido como marcar un autogol a unos segundos del final del partido. El joven era menudo, sin un pelo fuera de su sitio, *charmant* por naturaleza. Dijo que se llamaba Pietro. Que era estudiante de Derecho, que aquél era su segundo año como oyente. Rossana se rio y pidió champán.

—Si no os importa, me gustaría invitaros —se apresuró a decir el joven—, pero antes... si me disculpáis... tengo que hacer una llamada...

Mainardi lo siguió con la mirada. Tal y como se imaginaba, el lechuguino se dirigió al baño.

—Vengo enseguida.

—¿Qué pasa? —se rio Rossana—. ¿Es la hora de la próstata?

Ja, ja. Ríe, guapa, ríe. Ahora verá ese estudiante. El muchacho se estaba enjuagando las manos. Al verlo llegar por el espejo se volvió con una expresión de embarazo. Mainardi se aproximó a él risueño, y cuando lo tuvo a su alcance lo aplastó contra el lavabo. Por los ojos del muchacho cruzó un destello de genuina maldad. Pero Mainardi estaba demasiado ocupado con su misión como para percatarse.

—Escúchame bien, capullo. Me estás tocando los huevos. ¿Lo entiendes?

El muchacho se aseguró de que la chaqueta estuviese en perfecto orden, se atusó el pelo negro y liso, y extendió los brazos.

—Podía habérmelo dicho con mayor amabilidad...

—Esfúmate, ahora, ¿está claro?

—Tal vez la señorita no esté de acuerdo...

—Pero bueno, ¿aún sigues aquí? ¿Lo entiendes o no? ¡Fuera, fuera! *Raus!*

El muchacho no parecía mínimamente turbado. Al contrario, daba la impresión de estarse divirtiendo como nunca. Una posibilidad que Mainardi no había tenido en cuenta. Por otra parte, una cosa era un empujón, y otra bien distinta una pelea cuerpo a cuerpo. El enfrentamiento físico no era su fuerte. Quizá el muchacho fuese cinturón negro de kárate. Además, una paliza era altamente desaconsejable: ¡si no podía correr el riesgo de montar una escena, no digamos una bronca! Pero ahora había llegado ya demasiado lejos. Otro paso en falso y aquel enano se carcajearía en sus propias narices. ¿Cómo se lo tomaría Rossana? Decidió cambiar de método.

—Escucha —dijo en tono melifluo—, ponte en mi lugar... uno está pasando una bonita velada en agradable compañía cuando, de repente, aparece un capullo y se pone a dar la coba a su prometida...

—¡Me habéis invitado vosotros! —suspiró con suavidad el muchacho.

Mainardi se puso furioso.

—¡Ahora sí que me has tocado las pelotas! ¡Llamaré al Negro y le diré que te saque de aquí a patadas en el culo!

—¿El Negro?

—Sí. Es el dueño. ¡Y es uno que, además, no se anda con bromas, mi querido estudiante de los huevos!

El muchacho meditó por un momento, acto seguido se encogió de hombros y le tendió la mano.

—Está bien. Me he equivocado. Perdona. ¿Sin rencores?

Sin rencores. Mainardi regresó a la mesa envalentonado. Rossana ni siquiera había probado el champán.

—¿Y el chico?

—Ah, ése... me ha dicho que me despida de ti, que se tenía que marchar...

—¡Lo has echado tú!

—¿Yo? Pero ¿qué dices? Me tropecé con él y me rogó que te dijese... pero ¿adónde vas?

Rossana había cogido su bolso y se había levantado de un salto. Mainardi arrojó sobre el mantel tres billetes de cien liras y salió en pos de ella. Una vez en la calle, la encontró gracias al repiqueteo que producían sus pasos furiosos sobre el pavimento.

—¡Rossana, amor mío!

El golpe le alcanzó por detrás, en la base de la nuca. Cayó de rodillas, ensordecido como si le hubiesen disparado en los oídos un petardo de Nochevieja, e instantes después se encontró con algo metálico en la boca. Un objeto duro, con un desagradable sabor a aceite rancio. Era el cañón de una pistola. Mainardi trató desesperadamente de levantar la cabeza, pero en ese momento le llegó un segundo golpe, luego un tercero, el arma le aplastaba la garganta, y una arcada casi lo sofocó.

—¡Procura no ensuciarme, animal!

El muchacho había retirado la pistola, y ahora controlaba que no le hubiese alcanzado ninguna salpicadura. Pero todo estaba en perfecto orden. El muchacho armó la pistola y se la apoyó en la sien. Mainardi volvió a vomitar.

—Ahora escúchame bien. Si no te disparo enseguida, es porque no quiero ensuciarme el traje. Es un bonito traje y no quisiera estropearlo. No es por la sangre, ¿sabes?, ¡el problema es que las manchas de cerebro luego no hay quien las quite!

Mainardi se echó a llorar. El muchacho suspiró y puso el seguro.

—¡Venga, vamos! Por esta vez lo dejamos así. Pero si te vuelvo a ver, eres médico muerto. ¡Y lávate, que das asco!

El muchacho lo cogió por las axilas y lo ayudó a levantarse.

—Otra cosa. Si ves al Negro, salúdalo de parte del Niño.

Mainardi buscó con la mirada a Rossana. Estaba apoyada contra el Volvo, con un cigarrillo entre los dientes. No parecía mínimamente alterada por el espectáculo que

acababa de presenciar. El muchacho enfundó la pistola y se acercó a ella.

—¿Asustada?

—¡De eso nada!

—¿Te acompaño a casa?

—¿Tan pronto?

—Propón algo, entonces...

—¡Quiero ver el mar!

—Me gusta el mar.

—Podemos coger mi coche.

—Te mereces algo mejor.

El Niño robó para ella el Testarossa de un árabe y la llevó a Fregene. Pasearon por la playa cogidos de la mano. El Niño le contó su historia. Ella le dijo que a los catorce años se había escapado de casa con una amiga. Habían vivido juntas durante tres meses. La amiga se chutaba. Para poder pagarse la droga se habían prostituido y habían hecho una película porno.

—Soy rica —dijo ella.

—Yo también. Me gusta el dinero...

—¿Y además del dinero?

—Muchas más cosas. Los coches. La ropa. Bailar. Los gatos. La droga. El olor del mar. La emoción. Las mujeres guapas. Pero te advierto: soy infiel y estoy un poco loco.

—¡Creo que nos vamos a entender de maravilla!

Hicieron en amor en el pinar. Al amanecer, él la llevó a casa y después aparcó el Testarossa en el mismo sitio en el que lo había robado. Mainardi se presentó en casa del Negro con la cabeza vendada. De Rossana no había ni rastro. El padre le había dicho que se había marchado de casa. El Negro aguantó resoplando sus lamentaciones y al final le comunicó fríamente que sus desgracias le importaban un comino.

—Yo no soy un alcahuete, doctor...

—¡Pero es mi novia!

—Era. Ahora está con el Niño.

—¿Qué debo hacer?

—¿Me lo preguntas a mí? Recupérala, si puedes. Pero si quieres un consejo, olvídala. ¡El Niño tiene el corazón a la derecha!

Los dos tipos que lo habían recogido una hora antes —menudos, taciturnos, venenosos, gitanos, con toda probabilidad— lo depositaron delante de una puertecita en cuya placa figuraba escrito PRIVADO, dándole a entender que su tarea terminaba en ese preciso momento. Scialoja se hurgó en los bolsillos, como si estuviese buscando algunas monedas para la propina. Pero algo en la mirada cortante del gitano más bajo le indicó que era preferible ahorrarse los chistes. Entró sin llamar.

—Siéntate —le ordenó el Dandi.

Scialoja se encendió un cigarrillo. A pocos metros debajo de ellos, en el lujoso restaurante del Full'80, asesinos y poderosos manejaban fraternalmente el tenedor, unos junto a otros, a la espera de pasar a la discoteca adyacente. Antes de que lo llevaran ante el boss había visto a una princesa de sangre real compartir su pan con el Tapón. El Negro, *face to face* con un famoso presentador de la televisión, había levantado irónicamente su vaso en ademán de saludo para después volver de inmediato a jugar con los restos de una copa de caviar. Y aún había más: dos modelos, por llamarlas de algún modo, que fingían divertirse como locas con las incomprensibles bromas de un árabe con gafas de espejo. Un ministro, visiblemente achispado, que manoseaba a dos señoras de desbordantes senos. Una legión de guardaespaldas acampados en los rincones más remotos del restaurante, y que no hacían el menor esfuerzo por pasar desapercibidos. Un muchacho de rostro inmaculado lo había mirado a los ojos, susurrando algo divertido a una rubia de aire aburrido. Ella había soltado una carcajada: una risa ronca, gutural. Una risa estruendosa.

—¡Siéntate! —repitió el Dandi con el tono de alguien que está agotando una reserva de paciencia ya de por sí escasa.

Scialoja trató de recordar dónde había visto antes a aquel pipiolo. Una cara demasiado correcta como para ser auténtica. Pero aquella tarde había bebido bastante y apenas podía enfocar las imágenes, y, además, aun en el caso de que lo recordase, ¿de qué serviría? Permaneció de pie, saboreando una calada tras de otra. El Dandi resopló.

—Como quieras. Así que, se trata de esto...

—Déjame adivinar: has decidido arrepentirte y estás a punto de largar...

—¿De verdad crees que lo haría contigo? —rió el Dandi—. Pero bueno ¿te has mirado al espejo? ¡Pareces un mendigo!

Scialoja observó el suéter desbocado, los vaqueros que pedían a gritos una

lavadora, la barba de dos días. Al Dandi no le faltaba razón. Últimamente se había abandonado. Una y otra vez se repetía que se trataba tan sólo de una fase transitoria. Pero él era el primero que empezaba a dudarlo. Miró en derredor y eligió un silloncito de piel roja junto al escritorio de anticuario.

—¡Vaya, por fin! Veamos, no dispongo de mucho tiempo, así que escúchame bien: con los hombres que te tocan los huevos tienes dos alternativas: o los matas o los eliminas...

¡El Dandi citando a Maquiavelo!

—¿De dónde te has sacado eso? —lo provocó.

—De la experiencia. ¡Y de este cerebro! —rugió el Dandi, rozando la sien con su dedo índice—. Pero bueno, no puedo perder tiempo contigo. Con todo lo que tengo que hacer... pues bien, hoy en día, uno no se cubre lo que se dice de gloria por quitar de en medio a uno como tú. Estás prácticamente arruinado. Acabado. Jodido. Tienes dos condenas y en apelación un montón de cosas pendientes. Has perdido hasta el colchón. Como policía y hombre vales menos que nada. ¡Y te lo mereces, porque has hecho llorar a más de uno! ¡Yo en tu lugar me pegaría contigo y adiós muy buenas! Así que, ni siquiera comprándote hago, a decir verdad, un gran negocio. No obstante, incluso en medio de una situación como ésta puedes considerarte un tipo afortunado. Porque, como alguien decía en esa película, «alguien me quiere en lo alto»... en fin, tú me entiendes, ¿no?

El Dandi dio un puñetazo en el escritorio.

—Te compro. ¡En pocas palabras: he decidido que trabajes para mí!

Scialoja soltó una carcajada. El Dandi se dejó caer sobre el respaldo de su asiento.

—¡Ríe, ríe, eso está bien! Pero bueno, nada serio, ¿eh?, ¡que no se te suba a la cabeza! Al fin y al cabo, sigues siendo un traidor. ¡Si supieses lo que me ha costado convencer a los demás! Pero, en fin, cuando al Dandi se le mete una cosa en la cabeza... algún trabajito de vez en cuando, vaya, lo justo para que te puedas pagar a esa tipa que tanto te gusta...

Scialoja cerró los ojos y trató de sopesar fríamente la situación. Sentía deseos de agujerear la barriga de aquel gran bastardo. Buscar el arma, o que alguien le dijese dónde podía encontrarla. Usarla. Ejecutarlo allí mismo, en su propia guarida. Donde se sentía más seguro. Y después, al infierno con todo. Podría alegar legítima defensa. La voz del Dandi descendió hasta convertirse en un susurro maligno.

—Sé lo que estás pensando. Sólo tienes que intentarlo. Y eres hombre muerto. Esta vez no será como en casa de Patrizia. Acéptalo, te he salvado la vida en dos ocasiones. Inténtalo y... pum, pum... ¡eres hombre muerto!

El Dandi imitó el gesto de la pistola. Scialoja apretó los puños. Jamás creerían en la legítima defensa. Le condenarían a cadena perpetua. Alguno de sus amigos lo estrangularía bajo la ducha. Tenía que sobrevivir. Una imagen de Patrizia —su modo

de abrocharse el sujetador después de hacer el amor— le arrancó una vaga sonrisa.

—¿Entonces?

—Me lo pensaré.

Ella era al mismo tiempo el fugaz triunfo y la larga deriva. Debía de haber una botella en algún rincón de su casa. El Dandi se había concentrado en una especie de libro de contabilidad. Alzó distraído la mirada.

—¡Cuando te hayas decidido me mandas una tarjeta postal!

En el bar de la discoteca le dijeron que invitaba la casa. Insistió en pagar el whisky doble. Los gitanos se materializaron a sus espaldas. Los siguió con docilidad. En el centro de la pista golpeada por las luces psicodélicas se encontró cara a cara con el muchacho y con la rubia sofisticada.

—Te conozco —gritó, tratando de superar el estruendo de la discoteca.

—¿Cómo dice?

—Eres el Niño.

—¡No le entiendo!

Sujetó a la rubia.

—¿Sabe que este tipo es un asesino?

Ella sacudió la cabeza esbozando una sonrisa cohibida. Los gitanos lo alzaron por los hombros. Debía de haber una botella en algún rincón de su casa.

1989

LA LIBERTAD

I

Así va la vida. Ésta es Roma. En lugar del bar donde en el pasado eras el rey, un café abarrotado de mocosos que ni siquiera se dignan a mirarte. En el club caras nuevas que cuando haces ademán de saludarles te esquivan como si fueses seropositivo. Miradas de reojo, risitas entre dientes. Todos van a la suya, alineados y protegidos por el Dandi, ese grandísimo bastardo. Así es la vida. Ésta es Roma. Estás en el trullo y piensas: cuando salga, os vais a enterar. Sales y eres un don nadie. El respeto muere en la cárcel. Con dos liras en el bolsillo y una rabia por dentro capaz de dejar seca a una serpiente cascabel al primer mordisco. El Esqueleto se sentía como el ruso de Porta Portese que le había vendido el hierro: un superviviente. El ruso escapaba del comunismo, él de la suerte. Y del pasado. Sí, un superviviente. Un miserable. Con la casa secuestrada. Obligado a dormir en las pensiones de detrás de la estación. Se había gastado la mayor parte del dinero que le restaba en una Makarov y en una bolsa de cartuchos oxidados. Habría podido encontrar algo mejor a cambio del Rolex. Pero antes muerto con el Rolex que vivo sin él. En primer lugar se dirigió al Seco. Éste le recordó que la sociedad había sido disuelta. De las cuotas se ocupaba ahora el Esmirriado.

—¿Si te disparo, cambiaría algo?

—¿Y qué ganarías con eso? Aquí no encontrarás dinero. ¡Más te valdría organizar un asalto!

—Yo me cargo a ese bastardo. Échame una mano, Negro.

—Pensaré en ello. Mientras tanto, no hagas gilipolleces.

Apenas el Esqueleto salió por la puerta, el Seco puso al Dandi sobre aviso. Porque, a fin de cuentas, ¿qué ganaba sponsorizando a uno como aquel saco de huesos? Bastaba ver en qué estado se encontraba para comprender que, como mucho, le quedaban unos dos o tres días de vida. El Dandi le agradecería el gesto. Aquella manifestación de lealtad lo impresionaría favorablemente. Poco a poco, su desconfianza iba desapareciendo. El golpe final... porque era obvio que tarde o temprano se produciría un golpe final... tenía que llegar como el ángel del cuento, ese que pasa diciendo amén y deja al niño malo con la boca abierta y sin poder volver a cerrarla.

El Dandi envió al Tapón en calidad de mediador. La delgadez del Esqueleto, su barba larga y sus ojos alucinados daban miedo. El Tapón le entregó diez millones. El Esqueleto escupió sobre los billetes y prendió uno de cien liras.

—¿Pretendes comprarme con esta miseria, Tapón? ¡Pues sí que has acabado mal,

coño! ¡Tú y el pingüino me recordáis a Don Quijote y Sancho Panza!

—¿Qué es lo que quieres exactamente?

—Quiero el treinta por ciento, un pasaporte y un billete para Sudamérica...

—Te quieres pirar... como el Frío, ¿eh?

—¡Mejor pirarse que quedarse aquí a lamerle el culo a tu amo!

—El treinta es demasiado, Esqueleto...

—¡La libertad cuesta cara!

—El treinta es una canallada, Esqueleto...

—¡Peor es una bala en el cuerpo, Tapón!

El Tapón refirió punto por punto el mensaje. Ver a un viejo compañero tan malparado lo había conmovido. Trató de defenderlo.

—Es sólo un colgado. ¡Le damos doscientos millones, lo subimos al primer avión que salga para Río, y aquí paz y después gloria!

El Seco se valió de su dulce perfidia.

—Claro que sí, está solo, no asusta a nadie... nadie le hará caso... ¡debe de estar realmente colgado! Todas esas amenazas... aunque la verdad, Dandi, ¡te debe de odiar de una manera! En fin, ¿crees que es conveniente dejar suelto a un pirado así?

El Dandi miró al Negro.

—A mí me da igual. Lo único que pienso es que si decidimos hacerlo, hay que actuar enseguida. Y bien.

—Es un viejo compañero... —insistía el Tapón.

El Dandi comprendió que la decisión le correspondía sólo a él. Por otra parte, era el jefe, ¿no? ¿Qué habrían hecho en su lugar el Libanés y el Frío? Pregunta vana. El Libanés y el Frío jamás habrían disuelto la sociedad. El Tapón tenía razón: el Esqueleto era un viejo compañero. Pero ¿cuántos viejos compañeros habían muerto por el camino a manos de otros viejos compañeros? ¿Lamentaba alguien su pérdida? ¿Quién recordaba a Satanás? ¿Y a Treintamonedas, el traidor? ¿Acaso no era él también un viejo compañero? Y aun así los había engañado sin pensárselo dos veces. Lo de viejo compañero era una expresión sin sentido. Compañero justo era ya otra cosa. Pero ¿quién está en lo justo y quién se equivoca? El Frío había eliminado a uno de los hermanos Bufones sin darle demasiadas vueltas. Sí. Pero el hermano Bufones robaba. El gemelo Bufones violaba las reglas. El Esqueleto, el pobre, se sentía una víctima... pero ¿víctima de qué? Era fácil acusar al Dandi de haberse enriquecido mientras él seguía siendo un miserable. ¡Que se enfadase entonces con Nuestro Señor, quien no había dado muestras de gran generosidad a la hora de concederle el cerebro! ¿Acaso no le habían dicho todos que para salir adelante había que razonar, invertir, hacer circular el dinero...? Delincuente de mierda, se había puesto morado de coca, así que ¿de qué se quejaba? Si les hubiese pedido ayuda con humildad, avergonzado, tal vez... pero no... toda esa arrogancia... ese aire desafiante... ¿creía

acaso, el Esqueleto, que al empeñarse en ser un ciudadano de bien él, el Dandi, había olvidado de lo que era la calle? ¿Pensaba que se había convertido en un blando por el mero hecho de que hacía años que no disparaba? ¿Y bien? Disparar es como conducir un coche: una vez que has aprendido es para siempre. ¡Y ahora basta de parloteo! Él era el jefe. Y había tomado una decisión.

—O nosotros o él —concluyó el Dandi—, pero tenemos que planearlo bien. Las sospechas recaerán de inmediato sobre nosotros. Lo haremos dentro de dos días. El Maestro ha alquilado el Full para celebrar el cumpleaños de su hijo...

Los carabineros se presentaron en el Alberone un cuarto de hora después del crimen. El cuerpo del Esqueleto seguía caliente y había incluso un testigo ocular, un viejo que en ese momento salía de un ultramarinos con un litro de leche y que no dejaba de gemir de miedo. Dijo que había visto llegar una moto de gran cilindrada. Los dos que la montaban llevaban mono negro y casco integral. El que iba detrás le había disparado dos tiros en la espalda a aquel señor tan delgado, y éste ya no se había vuelto a levantar. La investigación acabó sobre la mesa del juez instructor de turno, un viejo que ni siquiera se molestó el levantarse de la silla para efectuar la inspección de rigor. Ahora que Scialoja había caído en desgracia y que Borgia se dedicaba a seguir la pista de los comerciantes que rateaban con los impuestos, un homicidio como aquél no le interesaba a nadie. Treintamonedas, que había leído la noticia en un suelto del *Messaggero*, escribió una carta al fiscal general: ha sido el Dandi. El Esqueleto había salido con los bolsillos vacíos de la cárcel y con ganas de vengarse. Sus compañeros, simplemente, se le adelantaron. Habrá más cadáveres. Pero Treintamonedas, era, claro está, un testigo poco fiable, no cualificado, psicopático y un sinfín de cosas más. No obstante, dos agentes verificaron sus afirmaciones. El Dandi, con el que se encontraron en el curso de una velada en el Full'80, se mostró encantador, les ofreció de beber y aprovechó la ocasión para arrojarles a la cara la cinta de la fiesta de cumpleaños: mientras el Esqueleto estiraba la pata, el Estado Mayor del Imperio del Mal brindaba a la salud de un muchachito. El caso fue inmediatamente archivado por «desconocimiento de los autores del hecho».

Ojo Feroz acabó de expiar su pena el mismo día del funeral. Antes de retirar su bolsa y la paga, pasó a saludar a Ricotta. Éste lloraba por el amigo muerto. Ojo Feroz le dio una palmada en el hombro.

—¡Pero si ya no os hablabais!

—¡Y eso qué tiene que ver! ¡Seguía siendo mi amigo!

—Se dice que el Dandi envió a dos de fuera... a dos napolitanos, por lo visto. Les dio cincuenta millones para que hiciesen el trabajo.

—No me lo creo. ¡El Dandi no puede haber hecho una cosa semejante!

—Pues sí que... ¡ahora resultará que el Esqueleto se ha suicidado!

—El Dandi no. Él es justo... son los que le rodean... ¡bastardos!

Ojo Feroz se rio de buena gana.

—Ay Ricotta... ¿sabes que me has recordado al Libanés? Una vez, mientras hablábamos de Mussolini...

Ricotta sorbió por la nariz.

—¡El Libanés! ¡Menuda obsesión tenía con Mussolini!

—Pues sí. Bueno, como iba diciendo: Líbano hablaba y hablaba, el Duce por aquí, el Duce por allá, que si construyó los ferrocarriles, que si efectuó los saneamientos, y la batalla del trigo, y las casas, y los barrios... Pero bueno, Líbano, le dije, si ese Mussolini era tan bueno, ¿cómo es posible que lo colgasen como a un ternero? ¿Y sabes lo que me contestó?

—¿Qué te contestó?

—¡Me contestó que fueron los suyos! ¡Lo traicionaron! Él no estaba al corriente de ciertas cosas... ¡no tenía tiempo! Él pensaba en el destino de la nación... ¿y sabes lo que le dije yo? Le dije: mira, Líbano, puede que haya pasado eso de verdad, pero si un jefe no sabe elegir a sus hombres... ¡la mierda es suya!

—No sé, Ojo Feroz... lo que digo es que si el Libanés siguiese vivo, jamás habría sucedido una cosa así... como tampoco habría sucedido si el Frío aún estuviese con nosotros... tengo la sensación de que los que vienen después son siempre peores...

—¡Ay Ricotta, tengo la impresión de que ese Pasolini no te hizo ningún bien!

Se abrazaron.

—¿Y ahora qué harás? —le preguntó Ricotta.

—Me voy, y luego ya veremos.

Cuando se enteró de la muerte del Esqueleto, el Búfalo abrió los brazos en señal de resignación.

—¡Hablabas demasiado!

—¡Amén! —se rio el conde Ugolino. E hincó el diente con fuerza en la pierna de jabalí que acababan de sacar del horno de las cocinas.

II

Todo empezó con una punzada en el brazo derecho. Luego vinieron las pérdidas de equilibrio, el torbellino en los ojos y, al final, la cosa más dura de soportar: la desaparición progresiva de aquel sentido de invulnerabilidad, de aquella expectativa de eternidad que nunca lo había abandonado durante su larga vida. El Viejo tuvo suerte: la secretaria se había asomado para desearle buenas noches. Lo vio cianótico y boqueando, con una mano sobre el autómata Jugador de Ajedrez y otra sobre una plaza del Popolo de Piranesi, y media hora después el jefe de la unidad de reanimación lo declaraba fuera de peligro. Una menudencia, en definitiva. Ni siquiera había sido necesario el desfibrilador.

—Y ahora descanse, se lo ruego. Reposo absoluto. Anule todos los compromisos y que no se le ocurran extrañas ideas. Esta vez se ha salvado, ¡pero la próxima podría ser la definitiva!

Maldición. Con todas las cosas que le quedaban por hacer. Con todas aquellas que jamás había hecho y que posponía una y otra vez. Con todas las ocasiones perdidas, los remordimientos ocultos en un remoto rincón de su corazón... la palabra «corazón» le provocó un acceso de rabia. La advertencia era como un golpe bajo a la clepsidra, una aceleración inesperada hacia el precipicio, un importante desgarró a la piel de zapa... ¿Tenía algún sentido, todo aquello? ¿Era la voz de Dios, la que llamaba a su conciencia, o, por el contrario, se trataba del banal desgaste de un viejo armatoste consumido por el tiempo?

Zeta fue a visitarlo al tercer día. A pesar de que se mostró solícito, era evidente que se sentía decepcionado por su rápida recuperación. Zeta aspiraba a la sucesión. Con tal de hacerle la cama, estaba inclusive dispuesto a pasarse a la izquierda. Pero el Viejo recuperaba con orgullo sus fuerzas. Estaba convencido de que, después de todo, detrás de aquella señal había un mensaje. Apresúrate, le decía aquella voz. Apresúrate todo lo que puedas. Pero límitate a hacer lo que verdaderamente deseas. Años atrás, si alguien le hubiese hecho aquella fatídica pregunta, habría respondido sin vacilar: lo quiero todo, y de inmediato. El mundo entero. El poder absoluto. La eternidad. Con el pasar del tiempo, sin embargo, la gama de sus ambiciones se había restringido peligrosamente. Pero la intensidad del deseo se había dilatado de forma desmesurada. Algunas veces experimentaba incluso un agudo e intenso dolor físico. Ahí era precisamente donde confluían los dos extremos, y el infarto se convertía en una exhortación desesperada. Apresúrate. Ahora quería carne joven y fresca. Quería una colección de cuadros de época que poder contemplar a solas en el silencio acolchado

de su estudio. Quería una Coppelia de tamaño natural que llevase incorporado un mecanismo cilíndrico con las melodías originales de Léo Delibes. Quería bañarse desnudo en Marrakech. Quería morir durante un gran atracón de placer, con una última carcajada maligna. Todo lo que quería tenía un precio. El más alto. Y, sobre todo, quería jugar, maldita sea, jugar. El Viejo pidió un teléfono.

El primer garito que cerraron fue el de la calle Merulana. Las máquinas fueron secuestradas y precintadas, el gestor, un viejo ladrón con treinta años de cárcel sobre sus espaldas, fue denunciado por ejercicio del juego de azar y violación de la libertad condicional. En el lapso de una semana cayeron el Ostiense, Pietralata, calle Livorno, los Prati Fiscali y los Orti di Trastevere. El Dandi, furibundo, montó una escena a Miglianico. El abogado se reunió con Zeta en el parque del Jardín Botánico. El agente fumaba un grueso habano y estaba de un humor de perros.

—Yo no tengo nada que ver. Órdenes del Viejo. Tenéis que hablar con el Peludo.

—¿Cómo está el Viejo?

—Completamente ido. Menos mal que la jubilación está a la vuelta de la esquina.

El Peludo era la última obra de arte del Viejo. Una especie de camorrista: mínimamente pulido para que no causase una mala impresión en ciertos ambientes, pero con un fondo de brutalidad que le confería un estimable valor en caso de negociaciones, digamos, complejas. Cuando el Dandi se enteró de viva voz de que, para garantizar la protección de los garitos, el Peludo pretendía el veinte por ciento de los beneficios netos sobre las máquinas, lo estampó contra la pared. El Peludo se desasió con un movimiento de judo que tiró al Dandi al suelo. Se encontraban en el bufete de Miglianico. El Dandi se levantó blandiendo un pesado cenicero de ónix. El abogado se interpuso entre ellos. Tenían que ser razonables. Llegar a un acuerdo. La guerra no beneficiaba a nadie. Ni al Dandi, que se arriesgaba seriamente a ver diezmada su principal fuente de ingresos, ni al Peludo y a los suyos, porque si las timbas se cerraban, el daño era mutuo.

—Si la vaca no da leche, ¿qué bebe el campesino? —concluyó Miglianico, rememorando sus remotos orígenes.

Pero el Dandi no dio su brazo a torcer. El Peludo se despidió de él levantando el dedo del corazón y asegurándole que tarde o temprano tendría noticias suyas. El Dandi trató por todos los medios de ponerse en contacto directo con Zeta, pero éste no se presentó ni siquiera a dos reuniones de la hermandad. Una semana más tarde arrestaron al Negro y lo acusaron falsamente de blanqueo. El Dandi comprendió entonces que el otro era el lobo, y habló de nuevo con el Peludo con expresión de cordero.

—Está bien, pero, mientras tanto, y dado lo mal que te has portado, el veinte de antes ahora es un treinta por ciento.

El Dandi pagó. Hervía de rabia, pero el Peludo no era el Esqueleto. El Peludo era

intocable. Desde un cierto punto de vista, el Peludo era un socio. ¡Pero cuánto le pesaba! Su vida de hombre de negocios se estaba llenando de desagradables sorpresas. A veces llegaba a pensar que la de delincuente era más fácil. Aun así, tardó poco en recuperarse de la historia del Peludo. El valor de los terrenos en Cerdeña estalló por fin. Todas las ventas habían sido concluidas. El Maestro le había propuesto que reinvirtiera su parte de beneficios.

—Pero puedes retirarlos también. En Palermo dicen que no hay problema.

—En ese caso, si no te importa, los retiro.

¿Quién habría sido capaz de renunciar a una ocasión semejante? ¡Un nuevo paso hacia la libertad!

III

¿La libertad? Consiste en no tener límites.

El Búfalo salió del manicomio el mismo día en el que la juventud alemana derruía el muro de Berlín. Cinco días de permiso, obtenidos gracias a la intercesión de una monja sensible y a la autorización del profesor Cortina, que juraba sin avergonzarse sobre la carencia de peligrosidad social del sujeto. El abrazo del conde Ugolino casi lo hizo añicos. Turi Funciazza se limitó a un fugaz apretón de manos. El siciliano tenía el ánimo por los suelos. Se aproximaba la casación y empezaba a perfilarse la perspectiva de la cadena perpetua. El Búfalo le regaló el último frasco de coca. Se hicieron una raya y acto seguido el Búfalo le dijo que necesitaba su consejo sobre una cuestión de reglas.

—Venga pues —aceptó el siciliano con aire de hastío.

—Turi, ¿qué pasa cuando uno que no es de la familia mata a uno que sí lo es?

—¿Se puede saber quién es el idiota?

—Sólo es una pregunta... ¿qué le hacéis?

—La pregunta está de más. La familia es la familia, y quien no pertenece a ella es poco menos que una mierda. ¡Coño, romano, habla claro!

—El Dandi —recalcó el Búfalo, mirándolo a los ojos.

El Turi soltó una especie de gruñido de perplejidad.

—El Dandi no es de la familia...

—Entonces no hay problema...

—Pero es amigo de la familia...

—Entiendo. ¿Necesito su permiso?

—A veces sí, a veces no. Hay que preguntar...

—¡Y te lo estoy preguntando!

—¿Qué quieres que te diga? El Dandi es amigo del tío Carlo, pero tío Carlo está dentro... y en Palermo no todos están de acuerdo con él... fuera, el que controla ahora las cosas es el Maestro... hay que hablar con él... a veces te dicen que no hay que insistir... o en cambio la familia te hace el favor y tú se lo debes a la familia... ya te diré...

Fuera lo aguardaba un Mercedes nuevo y reluciente. Regalo del Seco. El Búfalo arrojó la bolsa al gitano con la cara cosida que lo había saludado con un ademán de respeto y se encaminó a pie hacia el Bar de la Luna. Dos años y medio de cárcel. Seis de manicomio. Los procesos. Las sentencias. La rabia. La resignación. De nuevo la rabia, aún más contundente. El pensamiento. El cartel del pequeño local lo atraía

como un imán. Lo había contemplado durante seis largos años desde la ventana de la sala común. Había visto envejecer y curvarse a su anciano dueño. Su esposa, una mujer menuda y vestida de negro, había desaparecido un día. Un letrero en el cierre metálico informaba sobre su fallecimiento. Luego el dueño había vuelto a abrir, más curvado y marcado que nunca. Los guardias de la cárcel entraban en grupos y luego salían rascándose la entrepierna. Por la noche, antes de cerrar, una furcia triste se detenía a contar el dinero para el último vaso de *grappa*. Veranos, primaveras, inviernos, otoños... sol y nieve... estaciones pasadas observando. Soñando. Sentía ya el sabor del vino en el corazón. La libertad era como una borrachera. Apartó la cortina, como si quisiese echar una ojeada al interior del local, luego la soltó. No tenía ganas de beber. Quería dilatar hasta el infinito el breve período de tiempo que le habían concedido. Quería recuperar el tiempo que le habían robado. Quería todo el tiempo del mundo. Un permiso no es la libertad. En cuanto al pasado, que todo permaneciese tal y como lo había imaginado. En su recuerdo. Borrachera incluida. El Búfalo regresó al Mercedes. Un cansancio infinito imprimía a sus movimientos una extenuante lentitud.

—Llévame a ver al Seco —ordenó al gitano.

Luego se arrellanó en el asiento y cerró los ojos. No intercambiaron ni una sola palabra durante todo el trayecto. El gitano había puesto una cinta de música calé. Mecido por los violines y las guitarras, seducido por las voces lastimeras de ardientes mujeres, el Búfalo se hundió casi de inmediato en un sueño sin sueños.

El Seco lo abrazó y simuló darle un puñetazo a modo de broma.

—Situación contable.

El Seco disparó una cifra. El Búfalo se encendió un cigarrillo.

—¿Tan poco?

El Seco le largó la consabida letanía. Con todo lo que estaba sucediendo, era un milagro que no estuviesen pasando hambre. El Dandi se había convertido en una especie de bestia. Ya no se podía razonar con él. Controlaba hasta la última lira, se llevaba todo a la boca, sólo pensaba en sus negocios y los demás tenían que conformarse con las migajas. Era peor que en tiempos del Sardo. Peor que en la noche de los tiempos. Y quien no estaba de acuerdo acababa como el pobre Esqueleto. Un dictador: en eso se había convertido su jefe. A ese paso, todo cuanto habían construido quedaría reducido a un montón de ruinas. El Búfalo lo atajó con gesto resuelto.

—Quiero cincuenta en contante y un par de documentos en regla.

—¿No piensas volver al manicomio?

—No.

—Te buscarán...

—¿Cuánto necesitas para procurármelo todo?

—Dos, tres días...

—De acuerdo. Dentro de tres días. En el Champiñón. Mándame al gitano. Me cae bien.

El Seco se enjugó una gota de sudor.

—¿Y... el Dandi?

—Salúdalo de mi parte. Dile que me dedicaré a tomar el aire por algún tiempo. No tengo intención de crear problemas.

—Mejor así.

El Seco representaba el papel del mediador reconciliado, pero la decepción se reflejaba en su boca de culo de gallina, en los tics de su rubicundo semblante.

—Ah, otra cosa, mándame a dos putas.

Las muchachas llegaron por la tarde. Tuvieron que aporrear la puerta durante un buen rato para despertar al Búfalo. Éste contempló a las dos rubias tetonas en minifalda y medias de red. Le dijeron que no había límites: ni de tiempo ni de prestaciones. El Búfalo extrajo un par de billetes de cien mil y las mandó a casa disculpándose por la molestia.

—¡Pero si nos han pagado ya!

—No importa.

A solas, en casa, se sentía más seguro. Después de todo, seguía teniendo una casa. Una mujer pagada por el Seco se la mantenía en orden. En la nevera había comida fresca. Por la noche fue a firmar a la comisaría y después se metió en el primer cine que encontró. Proyectaban una comedia sexy. Durmió durante casi toda la proyección. Seguía durmiendo cuando la empleada del local lo zarandó sin demasiadas contemplaciones. Durmió durante los cinco días que duró el permiso. Únicamente salió para firmar y para retirar el paquete que el gitano, puntual y silencioso, le entregó delante del Champiñón. Durmió hasta que finalizó el plazo previsto para reingresar en el manicomio. Sólo cuando el telediario dio la noticia de la evasión se sintió por fin libre.

IV

Apoyado en un elegante bastón cuya empuñadura reproducía en una cabeza de lebre, aureolado por las llamas que ascendían de la chimenea coronada por un Vermeer — un Vermeer auténtico o la obra de arte de un falsificador de clase—, el Viejo le comunicó que la posibilidad de jubilarse en buenas condiciones sólo había sido concedida a un puñado de privilegiados.

—¿Debería sentirme honrado? —murmuró Scialoja con frialdad.

—Debería sopesar fríamente la situación. Hace un mes era usted una especie de deshecho humano, un alcoholizado que se arrastraba de un tugurio a un puente. Hoy, en cambio, es usted un hombre preparado.

Tendría que haberle replicado: ¿preparado para qué? Pero se limitó a levantar con ademán irónico la taza de té.

—En ese caso, ¡por mi retorno a la vida!

El Viejo se apoderó con cierta dificultad de un largo atizador y se agachó para remover las brasas. Cansado por el esfuerzo, con la respiración entrecortada, se desplomó sobre un mullido sillón tapizado por una coquetona tela rosa. Había adelgazado. Tenía las mejillas rojas y hundidas. Jadeaba. Un hombre a las puertas del gran salto, pensó Scialoja.

—No espero gratitud. Le dije ya una vez que la gratitud es un sentimiento que aborrezco. Pero pretendo... exijo que usted me escuche. ¡Después, al final, la decisión es suya!

Scialoja dejó la tacita sobre la mesita, entre la pantalla sujeta por un malicioso amorcillo, y la foto enmarcada del Viejo de joven, con uniforme y gorra de paracaidista. ¿Realmente había elegido? Un mes antes, un tipo al que llamaban el Peludo le había arrancado de malas maneras su último litro de Olevano dulce. Desde entonces vivía como huésped en aquella casa, entre rústica y pretenciosa, que se asomaba a la dulce campiña de Umbria. Dos hombres y una mujer, una especie de criada, según le había parecido entender, se turnaban para vigilarlo. Le habían impedido beber alcohol y fumar. Había sido obligado a recorrer diez, a veces incluso veinte kilómetros en el campo, seguido de sus guardianes montados en un todoterreno. Guardianes armados: si les hubiese dado la ocasión, a buen seguro habrían probado encantados la eficiencia de sus pistolas. Los primeros días los había transcurrido sumergido en una especie de niebla etílica. Había opuesto un mínimo de resistencia pasiva. Simplemente para dejar claro que su condición era, a todos los efectos, la de un prisionero. A medida que el deseo de beber disminuía, había

empezado a mirar en derredor buscando una posible vía de escape. Había tratado de ganarse a sus guardianes con la astucia, recurriendo a la simpatía humana. En vano. Pasados quince días, el cuerpo había vuelto a rugir como en los viejos tiempos. Empezaba a despertarse solo, al amanecer, algunos minutos antes de que sus carceleros acudiesen a sacarlo de la cama con un brusco zarandeo. Había vuelto a afeitarse. Había experimentado con sorpresa el deseo de dar largos paseos entre claros y pendientes, de disfrutar con el olor de la tierra en invierno, las lluvias repentinas, el lejano resplandor del rayo. Uno de los últimos días, al atardecer, había entrado en sintonía con el campanileo de los animales que regresaban de los pastos. Sus mugidos le habían producido una extraña sensación: el pesar por algo que se alejaba para siempre, por un lado, y la excitación que sentía de joven al imaginarse las aventuras maravillosas, únicas, que le regalaría el porvenir. Había tratado de describir aquella sensación al menos rudo de sus guardianes, quien le había sonreído por primera vez. Y ahora el Viejo, protegido por su sillón, le decía que no sabía qué hacer con su gratitud.

—Le escucho.

El Viejo asintió con la cabeza.

—He tenido dos infartos, *dottor* Scialoja. Y el mismo número de comunicaciones judiciales. Pero ése no es el problema...

El Viejo estaba molesto por las reacciones ante la caída del Muro. Le irritaba aquel clima de momento previo al espectáculo que corría el riesgo de ahogar los años más emocionantes de su existencia. El austero, trágico juego anárquico a cuya construcción había dedicado cada gramo de su energía superior, transformado en una alegre opereta de disfraces. Magistrados obtusos y devotos de una insulsa fe legalitaria, que en su fuero interno babeaban por pasar a la historia como los astutos Sherlock Holmes que por fin habían resuelto el misterio del Gran Enigma Italiano. Comunistas que bramaban ante el rapto de la democracia. Halcones democristianos que reivindicaban el anticomunismo militante bajo el paraguas de la OTAN. Democristianos palomas que se interrogaban en el confesionario sobre las distorsiones de la Alianza Atlántica. Socialistas que golpeaban a diestro y siniestro mientras embocaban directos un camino tapizado de lingotes. Y todos en procesión hasta su puerta: pero ¿por qué no dimite? Pero ¿por qué no se aprovecha de las ventajósimas condiciones que se le ofrecen? Una pensión más que digna... un espléndido aislamiento...

Y todos preguntándose, con el pánico en el blanco de los ojos: ¿hablará? ¿Habrá dejado escrito algo en alguna parte? ¿Y si un día se decidía a cantar? Gusanos. Asquerosos e inmundos gusanos. ¡Figurantes de comedia a la italiana!

Se privaba del dolor a las víctimas y del honor a los asesinos. Así, alegremente. A la italiana.

Y ese ballet de almas inocentes que provoca el orgasmo de los periodistas de mala muerte del régimen... Editor & Gran firma: cómo contribuí a la caída del Muro.

Modesta propuesta para erigir otro, más robusto y resistente. ¡Y humanitario, claro está! Pero qué sabrán, qué sabrán...

El Viejo no hablaría. Y esto lo alegraba un poco, a la par que lo entristecía también un poco. Se la llevaría consigo a la tumba, esta alegría cruel de saber, y de saber que era el único que sabía... El Viejo y sus secretos... los rojos y los fachas... ¡puaj! Que se les pudriese la sangre con su silencio, a los subhumanos... Pero algo debía perpetuarse, en cualquier caso. Un legado, una herencia, no, mejor dicho, un patrimonio...

De repente, con un impulso violento y tierno, el Viejo le tomó la mano y se la apretó paternalmente.

—Usted debe hacer algo por mí.

Ojo Feroz había regresado porque se había quedado sin blanca, y el Búfalo había sido su salvación. El Niño se había hartado de Rossana: demasiado empalagosa. Además, le gustaba la aventura. Punto y basta. Compraban la mercancía al hermano de Turi, en Palermo, y al Turco. Pippo Funciazza les hacía un precio de amigo. El Turco era un contacto del conde Ugolino. Cuando era joven había sido un idealista de los Lobos Grises^[41]. Se jactaba de conocer personalmente a Ali Agca. Sus condenas ascendían a trescientos años de cárcel. Había sido declarado oficialmente muerto en un tiroteo. La policía había mostrado un cadáver desfigurado. Pero el Turco había llegado a un acuerdo con los Servicios. Éstos le habían procurado una nueva identidad, armas y dinero. A cambio, él había prometido la piel del líder de los separatistas kurdos. Una bala tan grande como una casa. Una vez recibido el dinero, el Turco había liquidado a su contacto y se había refugiado en los Balcanes. Pasaba armas a los movimientos más o menos nacionalistas y más o menos libertarios que estaban alimentando la masacre en Yugoslavia. Tras la caída del comunismo, las rutas de los Balcanes se habían convertido en unas autopistas por donde circulaba de todo. El rico Occidente se proveía de cualquier tipo de cosas en el supermercado de los negocios sucios. Putas y mano de obra mal pagada para los padres. Heroína de cualquier clase y grado para la prole. El Turco no era de fiar y trataba de engañarlos por todos los medios. El Búfalo se dijo que un día u otro acabaría pagándosela. Entretanto les ayudaba a mantenerse a flote. Globalmente, el Búfalo y los suyos hacían circular de dos a tres kilos de mercancía al mes. Vendían sólo en Toscana, gracias al apoyo de ciertos amigos del conde Ugolino. El Búfalo procuraba mantenerse alejado de Roma. A causa del Dandi, afirmaba, el Niño no tenía nada personal contra el Dandi. Se conocían, pero jamás habían intimado. Si el Búfalo había decidido eliminarlo esta vez, él no tenía nada que objetar. Por encima de todo, el Niño amaba la acción. Y no entendía las razones de tamaña prudencia.

—¿El Dandi molesta? ¿Y qué problema hay? ¡Vamos y nos lo quitamos de en medio!

Pero el Búfalo decía que había que esperar. Sólo él sabía lo que estaba esperando. Mientras tanto, una vez detraídas las cuotas de Pippo Funciazza y del Turco, sobraba bastante como para darse a la buena vida. Y eso era precisamente lo que hacía el Niño: una mujer diferente cada noche, grandes cogorzas, esnifadas de coca capaces de hacer reventar la nariz, carreras en sentido contrario por la autopista. No había rareza por la que no se sintiese atraído. Porque el Niño era, él mismo, extraño.

Cuando se trastornaba, resultaba incontrolable. Un Búfalo joven, aunque más limpio y más canalla. Una noche lo pillaron con un travesti. Ojo Feroz le había tomado el pelo: ¿no le daba miedo el sida? El Niño había sacado la pistola. El Búfalo lo había mirado directamente a los ojos. El Niño se avergonzaba, pero estaba decidido a no dar su brazo a torcer. Mientras el travesti trataba de escabullirse con un chillido de terror, el Niño le había disparado a una pierna. El travesti había soltado un grito y se había cagado encima. El Búfalo se había acercado al Niño, y le había asestado una patada en la entepierna. El Niño había permanecido de pie apretando los dientes. El Búfalo lo había provocado.

—Si fueses un hombre, me habrías disparado.

El Niño había bajado la pistola. Habían llenado de dinero los bolsillos del travesti y lo habían descargado a las puertas del hospital. Después habían quemado el coche, todo manchado de sangre. No había sido divertido. El Búfalo había convencido a Ojo Feroz de que entrase en sociedad. Pasaban regularmente dinero al Seco. El correo era el Niño, quien podía ir y venir cuando quería dado que había pagado ya su deuda con la justicia. Todo un logro de la reeducación, siempre impecable, siempre solícito. Ahora bien, de eso a convertirse en un hombre... Cada vez que volvía a ver a Rossana, sentía náuseas. Pero follaban siempre. Todavía no había encontrado una que la superase en la cama. Un día, sin embargo, la refinería fue descubierta y Pippo Funciazza se dio a la fuga. Mandó a un chico con un mensaje urgente desde su refugio de Cinisi. Necesitaba dos kilos de mercancía. El correo había sido alertado ya. Si el Búfalo conseguía resolver la situación la familia le quedaría enormemente agradecida. El Búfalo se puso en contacto con el Turco. Decidieron verse a dos kilómetros del aeropuerto de Ronchi dei Legionari. El chico estaba nerviosísimo. Era evidente que Pippo estaba pasando por un mal momento y que por ello se veía obligado a recurrir a gente de aquella ralea. El Turco llegó puntual a la cita. Debía de haberse oído algo, porque dijo que tenía la mercancía, pero que el precio se había doblado. El chico le respondió que aquello era una extorsión, y le invitó a pensárselo dos veces: no le convenía ponerse en contra de ellos. El Turco soltó un escupitajo.

—No tengo miedo. Italianos de mierda. Tomar o dejar.

El Niño se movió. El Búfalo le puso una mano en el hombro y apretó con fuerza. Sabía que el muchacho llevaba la pistola cargada en el bolsillo de la gabardina.

—Está bien. Aceptamos. ¿Dónde está la mercancía?

—¿Dónde está el dinero?

El Búfalo hizo una seña al chico. El chico hizo saltar la cerradura del maletín. El Turco asintió con la cabeza, esbozó una amplia sonrisa triunfante y los invitó a seguirlo. La droga estaba en el coche, a cien metros de ellos. Mientras se encaminaban hacia él, el chico hizo un aparte con el Búfalo.

—¿Por qué has dicho que sí? ¡Es demasiado cara! Pippo se cabreará...

—Déjame hacer mi trabajo, cretino.

El Turco abrió el maletero y sacó tres bolsas de *Brown Sugar*.

—¿Y el dinero?

El Búfalo extrajo el revólver y le disparó en la frente.

—¡Hostia! —exclamó el chico, jadeando.

Ojo Feroz recogió las bolsas. El Búfalo esperó a que el chico se hubiese calmado, y a continuación le pasó las bolsas y el maletín, y le dijo que saludase a Pippo de su parte.

Más tarde, mientras regresaban a Toscana, el Niño le pidió perdón al Búfalo.

—Por la historia del maricón...

—Eso es agua pasada.

Dos días más tarde, Pippo Funciazza le hizo saber que a la familia le importaba un comino lo que le sucediese al Dandi. El Búfalo lo invitó a cenar en un restaurante de lujo. Por primera vez desde que había salido del manicomio, lo vieron reír. Se bebió solo casi media botella de *Veuve Cliquot* y anunció solemnemente que el *Dies Irae* estaba próximo. Sólo faltaba esperar la salida del conde Ugolino: cuestión de semanas, quizá de días.

VI

Apenas puso el pie en su nuevo despacho, Scialoja experimentó un agudo deseo de beber. Miró en derredor buscando una botella. Para calmarse se impuso cuarenta flexiones. Ascesis. Pureza. Estar a la altura de la tarea. Tenía un cuarto de baño personal. El espejo le devolvió la imagen de un cuarentón endurecido, con el pelo a cepillo, los ojos límpidos, un poco indiferentes. Sus colegas y subalternos acudieron en procesión a homenajearlo. Se libró de ellos con la dosis adecuada de disponibilidad y cortesía. Por la tarde le entregaron la nota de Borgia. La bienvenida al jefe de policía adjunto. Experimentó un secreto placer que se obligó a no manifestar, sobre todo al juez. Cenó un yogurt y jamón de York.

Las querellas habían sido retiradas. Las acciones civiles abandonadas. El procedimiento por calumnia archivado. La suspensión del servicio transformada en promoción al campo de honor. Jefe de policía adjunto, Scialoja, Nicola. Estar a la altura de la tarea encomendada. Había sido el Viejo, el que le había enviado a Sandra Belli. El que lo había hundido en la mierda. El que le había aferrado por el pelo y lo había puesto de nuevo en circulación. Una lección. Una trama. Un juego. Lo que el Viejo le pedía: manejar el juego. Hacerles bailar, saltar, arder, arruinar.

—Usted está listo. Tendrá hombres, medios, asistencia. Puertas abiertas por doquier y ningún obstáculo.

El Viejo se había quedado impresionado con la entrevista. La comparación con el doctor Strangelove le había adulado.

—No tardarán en producirse algunos cambios. Aprovéchelos. Usted será el electrón libre. No se justifique con nadie, permanezca ajeno a todo y a todos. Se producirán algunos cambios, pero a continuación todo volverá a ser como antes. Peor que antes. Esta sucia humanidad nunca cambiará. Mientras tanto... ¿recuerda? Mientras tanto, *cependant*... gane terreno. Suba en el escalafón. Libérese de cualquier forma de tutela...

—¿También de la suya?

—Oh, bueno, yo seguiré echándole una mano incluso desde el más allá...

El Viejo se había despedido de él con una especie de tímida caricia.

—Joda a todos los bastardos que pueda —habían sido sus últimas palabras.

Se lo debía todo al Viejo. De haber tenido tiempo, se lo habría pagado crucificándolo. Pero la muerte sería indefectiblemente más rápida.

Pidió un ordenador de última generación y encargó a un par de secretarios de confianza que se ocupasen del archivo completo de las investigaciones, desde el

secuestro del barón a la evasión del Búfalo. Cuando le entregaron el aparato, vio cumplido un deseo que albergaba desde hacía varios años. Se introdujo en la memoria central y tecleó la palabra «Rolex». Zumbando, el aparato se puso manos a la obra y extrajo una lista de trescientos quince documentos. No había un sospechoso arrestado o registrado que no hubiese exhibido uno. Por no hablar de los cadáveres. Míster Rolex. La marca auténtica, el tatuaje ritual que tanto obsesionaba a los jueces penales. De no ser por ellos, la joyería Bedetti & Bandiera habría tenido que cerrar sus puertas. Pero había cosas más serias que hacer. El nombre de Patrizia aparecía en dos o tres informes. Le sorprendió comprobar que aquel nombre no suscitaba en él ninguna emoción. Había cosas más serias que hacer. Pasó horas relacionando frenéticamente los datos. En los últimos meses, la guardia financiera había llevado a cabo un excelente trabajo. Un nuevo juez estaba siguiendo el flujo de capitales provenientes del juego de azar. Una vez más, se prometió ir a verlo. Muchos hilos aparentemente inconexos se alejaban del Dandi y convergían en el Seco. El Dandi sale, entra el Seco. El Dandi trataba de desmarcarse. Se estaba construyendo una imagen de empresario por encima de las partes. El Seco era el hombre del futuro. El Búfalo libre: un electrón libre. Sonrió: había usado la misma jerga del Viejo. Empezó a redactar un informe sobre los bienes del Seco. Solicitaría su confiscación de acuerdo con la antigua ley antimafia. Directo al alma, es decir, a la cartera. Tras una noche en la que se había privado del sueño, volvió a concentrarse en tres nombres. Seco-Dandi-Búfalo. El Seco entra, el Dandi sale... Un impulso incontrolable... al menos por el momento... lo condujo al teléfono. El Dandi respondió a la décima llamada.

—¿Quién es?

—Scialoja.

—¡Ah, vaya! Si llamas por el puesto de trabajo, llegas tarde. Me acabo de hacer cargo de un nuevo tugurio...

—Si yo fuese el Seco, le pediría un favor al Búfalo.

—¿Ah sí? ¿Y qué favor?

—Tu cabeza.

—Esos dos sólo sirven para hacerme una mamada.

—Buena suerte, Dandi.

—Que te den por culo, madero.

Se lo imaginó colgando con rabia el auricular, enmarañándose el pelo, echando una ojeada al Rolex y luego, quién sabe, tal vez tirándose a Patrizia. La fría indiferencia que sintió en lo más hondo de su corazón le asustó.

VII

Turi Funciazza había hablado con el Maestro. El Maestro había enviado un mensaje a Palermo. Los de Palermo no habían contestado. El Maestro sabía que aquel silencio tan sólo podía significar una cosa. Técnicamente, el asunto no le concernía desde el mismo momento en el que el negocio de los terrenos había concluido y la sociedad había sido disuelta. Era posible que los sicilianos se hubiesen enojado por los intentos de separación del Dandi. Pero el Maestro era un sentimental. Sentía una viva simpatía por el Dandi. Era un fatuo, se le habían subido los humos, se daba aires de gran señor, a veces rayaba el ridículo, con aquella aspiración suya, obsesiva y casi grotesca, de lograr una inalcanzable respetabilidad. Pero, en cualquier caso, quienquiera que lo sustituyera no iba a ser, desde luego, mejor que él. Técnicamente, habría debido mantener una actitud neutral. La misma actitud neutral e indiferente por la que había optado la familia. Pero por el mero hecho de ponerlo sobre aviso no violaba ninguna regla. El Maestro seguía buscando al Dandi, cuando lo arrestaron por una vieja historia de extorsión. A un financiero de Milán, un Fulano al que habían criado, subvencionado, salvado incluso en dos o tres ocasiones de la bancarrota, le había dado por tener escrúpulos de conciencia y había empantanado a media familia. Encerrado en una celda de aislamiento, al Maestro sólo le quedaba una oportunidad: la hermandad. Se lo comentó al abogado durante la visita.

—El Dandi corre peligro. Tienes que hablar con el Viejo.

Pero el Viejo le respondió que se dirigiese al *dottor* Scialoja, y se negó a recibirlo. El Viejo parecía haber perdido la razón. No podía entender cómo era posible que no consiguiesen desembarazarse de él. Cada día se mostraba más loco e incontrolable. La relación que le unía a aquel policía resultaba incomprensible. Y peligrosa. El Viejo había perdido la razón y la patata caliente se encontraba ahora en sus manos. En vista de cómo estaban las cosas, el abogado Miglianico decidió que la estrategia más sabia era la del avestruz. En el fondo, el interés del Maestro era puramente personal. En el fondo, ya no se podía contar con el Viejo. En el fondo, el Dandi era un arrogante y su destino le traía sin cuidado.

Cuando el conde Ugolino fue oficialmente declarado sano y salió del manicomio, el Búfalo fue a ver al Seco y le dijo que quería reunirse con el Dandi. El Seco le pidió tiempo. Como mínimo diez días. Había que mover las cuentas para recuperar todo lo posible. Había que poner a punto un complejo mecanismo de sociedades y facturaciones. Una parte del patrimonio iría a parar, en cualquier caso, a los herederos del Dandi, pero todavía era posible poner a salvo la mayor parte del mismo. Además,

desde que se dedicaba a la buena vida, el Dandi era prácticamente inabordable. El tiempo también le serviría para observar sus movimientos. Incluso había dejado de frecuentar el despacho del Seco.

—Lo único cierto es que va a menudo al Pagnottone...

El Pagnottone era un restaurante de Pairoli especializado en pescado. El Niño fue a comer allí con Rossana y aseguró que la cosa no planteaba el menor problema.

—Podemos ir incluso esta misma noche.

—¡Mira que está siempre abarrotado! —protestó Ojo Feroz.

—¿Y qué? ¡Cuatro Kalashnikov y verás dónde acaba toda esa gente!

—¡Pero si van incluso familias con niños! ¿Que pretendes, disparar también a unas criaturas indefensas?

—Ya sabes lo que dice la canción: mejor morir de pequeños... [42]

El Búfalo se opuso al plan. Y no porque tuviese algún tipo de escrúpulo moral sino porque cuando se dispara a un niño se paga. Los niños son sagrados. Como los policías, los magistrados, los curas. El Niño aguantó el sermón, pero no estaba en absoluto convencido. El Búfalo le dijo que de vez en cuando había que fiarse de la experiencia. Hay cosas que se pueden hacer y otras que, en cambio, no se pueden hacer. Hay personas que pueden permitirse todo, y otras que tienen que detenerse a tiempo. Los límites te salvan la vida.

—¡Coño, Búfalo! Menuda cultura te has echado en ese manicomio... se ve que te sobraba tiempo, ¿eh?

—Ríe, ríe. ¿Sabes quién me enseñó todo esto? ¡El Dandi, ni más ni menos!

El Seco necesitó diez días para maquillar los libros de contabilidad. Un sábado por la mañana llamó por teléfono al Búfalo, que dormía en una nave de la Laurentina.

—Pasa a firmar hoy los últimos poderes. Y esta noche a las siete vas a Savona, el anticuario de la calle Coronari, y retiras dos cristaleras.

1990

DANDI'S BLUES

I

La mañana de su último día, sumergido en el *jacuzzi*, el Dandi se sentía rebosante de una energía ilimitada. Había llegado el momento de librarse de toda la basura del pasado. Empezaba una nueva vida. Había trabajado duramente, pero ahora el engranaje estaba listo para funcionar por sí solo. El dinero limpio superaba a los ingresos por usura y máquinas tragaperras. Podía desmarcarse sin correr peligro alguno. Las ganancias que le habían procurado los terrenos habían sido reinvertidas sin trampa ni cartón. Dos fábricas de vaqueros, una cadena de lavanderías, un hotel en las termas de Abano, un complejo urbanístico en el Gargano, un centro turístico de ensueño en el que estaban interesados varios jeques del petróleo. La lista de las propiedades que controlaba, bien directamente, bien por persona interpuesta, se alargaba día a día. Podía permitirse salvar, por puro capricho, un restaurante al borde de la quiebra en pleno centro histórico. Sólo porque los propietarios, dos ancianitos con un pie en la tumba que intercambiaban mensajes de amor y apelativos cariñosos, le resultaban simpáticos. Podía permitírsele todo. Era el número uno. El Dandi planeaba un futuro de viajes y de alegre serenidad. Seguía dándole vueltas al cine. Había despedido a aquel inútil del Sultán, que sólo servía para chupar dinero que, inevitablemente, iba a parar a su insaciable nariz. Se había presentado a un auténtico productor con un montón de fajos y una propuesta sensacional. Las negociaciones estaban en curso. ¡El cine! Se acabaron las pistolas. Se acabó la cárcel. ¿Retirarse? ¡Y por qué no! Había dado ya mucho a todos, era justo que ahora pudiese disfrutar de los frutos... Se acabó el videopóker. Se acabó la usura y las partidas amañadas. Sería tan generoso en el abandono como lo había sido en el triunfo. El único, el invencible, el predestinado. El Dandi pensaba en una libertad sin condiciones. El empleado filipino le anunció la visita del Negro. El Dandi lo recibió en bata, tumbado sobre la nueva *chaise-longue* de piel de pecarí.

—Bonita, ¿eh? Pertenece a Rock Hudson. La usaba para follarse a sus amiguitos...

—Murió de mala manera.

—No soy supersticioso —dijo riendo el Dandi—, ¡además tenemos gustos diferentes! ¿Puedo ofrecerte algo?

—Un té. Sin azúcar.

Obedeciendo a un ademán del Dandi, el filipino se alejó silenciosamente. El Negro le entregó el maletín con los ingresos de la semana y se acomodó en la punta del sofá de diseño.

—Tenemos un problema en Nomentano. Un policía se puso chulo. El Tapón trató de llegar a un acuerdo con él, pensaba que se trataba de una cuestión de regalos, pero el tipo lo arrestó. Miglianico lo sacó de inmediato, naturalmente, pero mientras tanto la sala de videopóker ha quedado bajo secuestro...

El Dandi hizo un gesto vago.

—Creo que deberías hablar con el Peludo... —concluyó el Negro.

Ramón sirvió el té. El Negro dio un largo sorbo al líquido hirviendo. El Dandi le dijo que se retiraba del negocio de las salas de juego.

—¿Hablas en serio?

—Hoy me reúno con el Seco por el tema de los poderes. Para vosotros no cambia nada. Al contrario: ¡una boca menos que alimentar!

—Te veo muy seguro...

—¡Y tan seguro! No pongas esa cara... ven, te quiero enseñar una cosa...

El Dandi cogió al Negro del brazo y lo condujo al piso de abajo.

—¿Quieres saber por qué compré este palacio? Por el simple motivo de que mi madre... a quien Dios tenga en su gloria... se rompió el espinazo sacando brillo a las escaleras de una cierta marquesa de mierda... digamos que se trata de una especie de compensación... sólo la rehabilitación me costó quinientos millones... mira, éste es el salón de fiestas...

El Negro no pudo por menos que maravillarse. Todas las piezas eran auténticas, y todas habían sido dispuestas con un gusto exquisito. ¡Menudo camino había recorrido, el muy tunante! El Dandi le leyó el pensamiento y sonrió.

—Como ves, al final he vuelto a Tor di Nona. ¡Como el amo!

En la planta baja, justo al lado de la puerta cochera del siglo XVII, el Dandi había reestructurado las habitaciones de la servidumbre. Y ahora poseía una rutilante *salle de jeu* con un gimnasio bien equipado, un billar, un picadero para las urgencias —en caso de que a algún amigo le entrasen ganas de echar un polvo—, con espejos circulares y sábanas de raso negro, sala de baile con sitio para el *disc-jockey* y una pista, y una sala de proyecciones con pantalla gigante.

—Para disfrutar del cine en santa paz... ¡considérala tu casa, Negro! Y, por último, una colección de libros antiguos y raros... incluso hay una copia del que me dio el profesor... ¿te acuerdas del profesor?

—*Los Protocolos de los sabios de Sión...*

—Eso es. Vale un montón de dinero. Incluso lo he ojeado un poco... Negro, ¿tú creías de verdad en esas cosas?

El Negro no respondió. El Dandi empezaba a hartarse de aquel humor tan lúgubre.

—Bueno, Negro, si eso es todo... estoy muy ocupado...

—El Búfalo ha vuelto.

—Peor para él. Lo cogerán.

—Esa cita en la tienda de Savona...

—¿Sí?

—Yo en tu lugar no iría. No es seguro.

—¿Quién? ¿Savona? ¡Pero si lo salvé de la quiebra! No, no, Savona es honrado...

—El Búfalo está cabreado, Dandi.

—El Búfalo, el Búfalo, el Búfalo... me recuerdas a ese madero, Scialoja... el Búfalo debería dar gracias a la Virgen por no estar ya un metro bajo tierra...

—Sin embargo, está aquí. Y lo acompañan Ojo Feroz y el Niño...

—Con Ojo Feroz estamos en paz. En cuanto al Niño... ¿se puede saber quién es?

—Es uno capaz de todo.

Pues sí, el Negro parecía decidido a ponerlo de mala leche. De no haber sido porque era un viejo colega...

—¿Quieres entender de una vez que esos cuatro tarados no me dan miedo? ¡No pueden hacerme nada! ¡Apestan a carroña! Yo soy el Dandi... el Dandi, ¿lo entiendes? Yo he procurado el camino y la seguridad a una banda de macarras... ¡Roma me pertenece! ¿Y sabes por qué? Porque la he hecho yo, a Roma. ¡De verdad! Antes de que llegara yo no había nada, aquí pacían todos, todos... sicilianos, calabreses, marselleses, chulos, capaces tan sólo de roer los huesos bajo la mesa de los ricos... Antes de que llegara yo sólo había usureros de mala muerte y delincuentes que se cagaban encima ante el primer carabinero con un par de pelotas... ¡tú también, Negro! Con todas esas gilipolleces, que si la Idea, el Gesto, la Revolución... tú también aceptabas mi dinero... igual que los ministros, los abogados, los jueces, los comandantes con sus bonitos uniformes... si piensan que me asusto por cuatro miserables...

El Dandi gritaba. No estaba acostumbrado a que lo contradijesen. Gritaba cada vez más fuerte, hasta el punto que se le oía en todo el Trastevere. Pero el Negro no parecía impresionado en lo más mínimo.

—Nos vemos a las siete en Savona. El Tapón vendrá conmigo. Más vale ser precavidos.

—Si te veo te disparo, Negro, en serio.

—¿Cuánto tiempo hace que no llevas pistola, Dandi?

—¡No te pases, Negro!

—Tú eres el jefe. Pero yo rondaré por allí, por si acaso. Te llamo después.

Cuando se quedó solo, el Dandi se puso los vaqueros de Armani, la camisa de Battistoni con el monograma, unas gafas de espejo, una chaqueta con el escudo del club de remo, el Rolex y la cadena con la imagen de la Virgen en una medalla oval en la que estaba grabada la frase PROTEGE A MIS SERES QUERIDOS. Cogió el maletín y las llaves de la moto. Fuera, el sol de marzo resplandecía. Don Dante estaba a la entrada

de la basílica.

—Le beso las manos, padre.

—¡Bendito seas, hijo! Te he dicho mil veces que no uses esas palabras...

—¡Entonces le beso la sotana, monseñor!

Don Dante tiró a dos muchachitos andrajosos que jugaban a la pelota en la entrada y lo condujo a la sacristía. El Dandi extrajo del bolsillo el cheque ya cumplimentado y se lo entregó mirando al suelo, y con la mano trémula de humildad. Gina no quería saber nada del divorcio. Miglianico le había advertido sobre la posible venganza de una mujer herida y, sobre todo, víctima de manías religiosas. La única vía era la Sagrada Rota. Que a su vez pasaba por aquel religioso ávido e hipócrita.

—¡Vamos, hijo!

—Para los pobres...

—¡Ah, los pobres! Si supieses lo duro que es para un pobre cura como yo... ¡me paso los días combatiendo para librar de manos de Satanás a esas desgraciadas criaturas!

El cura le arrancó el cheque de las manos. Leyó la cifra. Palideció.

—Tengo muchos pecados que hacerme perdonar, padre...

—Tu solicitud ha sido aceptada —susurró don Dante, apresurándose a esconder el cheque bajo un portafolio de tafilete—. La audiencia del tribunal eclesiástico ha sido fijada para el próximo mes...

Patrizia todavía estaba en la cama.

—Una noche de mierda. Tres sudamericanos hasta el culo de coca. Amigos del Esmirriado, dijeron. Unos garrulos que todavía no sé lo que pretendían, del tipo mira-que-paquete... se corrieron después de dos minutos salpicando por todas partes y después no querían abrirse...

Cuando el Tapón le había dicho que ella había vuelto a ejercer el oficio, el Dandi la había abofeteado. Patrizia no había tenido ningún inconveniente en reconocerlo.

—Me aburría. Has engordado.

Jamás la domaría por completo. Cada vez que, ocupado con sus asuntos, bajaba la guardia, ella se le escurría entre los dedos. Puta por vocación. La única persona en toda Roma que podía mandarlo tranquilamente al infierno. Su mujer. Un buen combate, no obstante. Que al final ganaría él. Como siempre.

—¿Qué haces? Tengo sueño...

Estaba excitado, el Dandi. Por el olor a cama y a cansancio, el cansancio vigilante de Patrizia. La tomó con violencia.

—En junio nos casamos. Y tú dejarás de trabajar.

Patrizia lo apartó crispada.

—Ni hablar. Ya sabes lo que pienso...

—Serás la mujer del Dandi. Y la mujer del Dandi no es una puta.

Patrizia se atusó la larga melena. Un suspiro divertido sacudió sus menudos pechos.

—¡Si soy una puta, entonces págame como se debe!

El Dandi cogió el maletín y le arrojó encima una cascada de billetes arrugados. Dinero sucio y asqueroso que había pasado por manos de empleados miserables, y altivos profesionales. Patrizia cogía los billetes a puñados y se los metía en la boca, bajo las axilas perfectamente depiladas, entre las piernas.

—Confiesa que jamás habías visto tantos —susurró, ronco, poniéndola boca abajo.

La tomó de nuevo, y esta vez Patrizia pareció participar con mayor pasión.

—¡Di que te acostarás sólo conmigo! —jadeó, mientras se corría.

Patrizia se lo quitó de encima con una sonrisa maliciosa.

—¡Eso significa que con los demás lo haré en el sótano... o en el retrete!

Le obligó a marcharse: estoy esperando al embajador, dijo, ése al que le gusta que le den latigazos.

—¿Y si le disparo en la entrepierna?

—¡Tú ya ni siquiera te acuerdas de cómo es una pistola!

Era la segunda vez que se lo decían en pocas horas. ¿Querían darle a entender algo? Pero el Dandi estaba demasiado ocupado con la libertad como para pensar en la vida. Regresó a su casa. En el contestador automático tenía dos mensajes de Miglianico y uno del Negro. El abogado lo convocaba a una reunión de la hermandad. El amigo le rogaba que lo llamase una hora antes de la cita en Savona. En cualquier caso, dejaría también un mensaje en casa de Patrizia. El Negro era un paranoico. Aunque tal vez pudiese ofrecer algunas migajas al Búfalo para quitárselo de encima. Idea fugaz. El Dandi ya no negociaba. El Dandi no tenía miedo de nada, ni de nadie. Para la reunión de Miglianico eligió un traje de piel de Versace, zapatos a medida *made in London*, un gabán ligero y en el meñique derecho, bien a la vista, el anillo de la logia. El abogado parecía preocupado. El Dandi notó que un raudal de gotitas de sudor perlaba su impecable moreno de lámpara. Sacó de la cajafuerte un capirote negro, el delantal y la pequeña espada, y lo invitó a seguirlo al enmohecido salón que reservaba a los clientes de poca monta.

—Ven. Te esperábamos sólo a ti.

Eran cuatro. El Dandi intercambió un gélido ademán de saludo con el Peludo. Era la primera vez que veía a los otros tres. Físico de gimnasio, cara de pijos, arrugas visibles bajo una capa de maquillaje aplicada a toda prisa. Hermanos de Milán, dijo el abogado, y añadió que, dadas las circunstancias, podían saltarse el ritual.

—De acuerdo, pero démonos prisa.

Uno de los tres nuevos, el que parecía investido de mayor autoridad, el jefe, en pocas palabras, hizo gala de la clásica sonrisa de vendedor de alfombras, mostró un

calco e inició su explicación.

—Dado que los mundiales de fútbol se celebrarán, como usted ya sabe, dentro de unos meses, el consorcio que representamos, y que agrupa a un *pool* de empresas especializadas en la realización de infraestructuras altamente especializadas...

El Dandi le hizo una seña para que abreviara. El milanés se hizo un lío. Miglianico asumió el mando de la situación.

—Se trata de reestructurar una estación de metro y de construir y equipar cuatro edificios de servicios. Los hermanos han ganado el concurso...

—Les felicito, pero ¿que tengo que ver yo con todo esto?

El milanés carraspeó.

—El contrato ya ha sido firmado. Por desgracia, el consorcio que representamos sufre una momentánea crisis de liquidez...

—¡Ah, ahora lo entiendo! —rio el Dandi—. ¡No tenéis ni una lira para las obras!

—Dicho así suena un poco brutal —suspiró el milanés—, ¡pero es exacto!

En resumen, que le estaban proponiendo una asociación en pérdida. Los del norte aportaban los documentos firmados y él la pasta. El Dandi se encendió un cigarrillo. Echó el humo a la cara del abogado.

—¿En qué fase se encuentran las obras?

—Deberíamos empezar dentro de una semana...

—Explícame una cosa, abogado: si estos todavía están en pañales, ¿cómo van a tenerlo todo listo para los mundiales? ¡Es imposible!

Miglianico se frotó las manos.

—¿Y quién ha hablado de acabar? Lo importante es ponerse en marcha...

—¿Crees que este embrollo aguantará?

—Italia ganará el mundial y, cuando lo haga, nadie se preocupará de ciertas menudencias.

—Italia me importa un comino. A mí, sólo me importa Roma.

Carcajada general. El abogado cogió del escritorio una carpeta llena de documentos e invitó al Dandi a firmar. Riesgo cero. Protección a trescientos sesenta grados en todos los sectores: político, bancario, judicial. Cuando quería, Miglianico sabía ser convincente. El Dandi empezó a vislumbrar el lado bueno de todo aquel asunto.

—Me lo pienso y os lo digo.

La sonrisa se desvaneció de la cara del lombardo al tiempo que iluminaba la del abogado.

—Amigo mío, hermano... la lenteja no crece sin agua... y si llueve demasiado tarde, la lenteja muere...

El Dandi firmó. Ya en el pasado se había fiado de Miglianico y no se había arrepentido. Salió sin saludar. El Peludo se precipitó en pos de él. El Dandi fingió no

verlo y apretó el paso.

—Una palabra, Dandi...

—Si lo dices por las salas de videopóker, habla con el Seco. Yo lo he dejado.

—No se trata de las salas. Hay un problema...

—¿Otro?

—¿Recuerdas la historia del Piojo?

—Toda Roma sabe que yo no tengo nada que ver con él...

—Bueno, he oído decir que hay un juez que piensa otra cosa...

Parecía una cosa seria, dijo el Peludo. El juez era uno de la nueva generación. Un comunista. Absolutamente incontrolable. Se decía que se llevaba bien con Scialoja. Habían iniciado una nueva investigación y esta vez estaban mirando las cosas con lupa.

—Pero la cosa se puede abortar ya en los informes de la Policía Judicial, sólo que hay que moverse deprisa...

—¿Cómo de deprisa?

—A toda velocidad...

El Dandi abrió el talonario de cheques. El Peludo se horrorizó.

—¿Un cheque? ¿Estás loco?

—¡Qué coñazo, Peludo! Mañana te pasas a ver al Tapón...

—Mañana podría ser demasiado tarde...

El Peludo le ofreció el radioteléfono que tenía instalado en el Alfetta.

—¿No tienes miedo de ser interceptado?

—¿Y por quién? ¿Por mí mismo?

El Dandi llamó al Tapón y le dijo que preparase treinta millones para el Peludo.

—Dentro de media hora, Peludo.

—Media hora es todo lo que necesito.

—Si no te importa, vuelvo a llamar.

—Es todo tuyo —dijo el Peludo antes de alejarse.

El Dandi llamó al Negro. No hubo respuesta. Entonces probó en casa de Patrizia. Ésta respondió a la décima llamada. Con la voz arrastrada, cabreadísima.

—Soy yo...

—¿Acaso hay necesidad de decirlo? ¿Qué pasa? Estoy trabajando...

—Te deseo.

—Lo siento, no me queda un solo hueco libre.

—¿Ni siquiera uno?

—Hoy no, estoy agotada...

—¿Me ha llamado alguien?

—No soy tu secretaria.

—Si llama el Negro...

—Si llama el Negro, lo invito a una quina.

Patrizia colgó con una carcajada profunda, gutural. El Dandi se sintió molesto. Patrizia estaba exagerando. Un buen combate, de acuerdo, siempre y cuando fuese él el ganador. Espera a que te conduzca ante el altar, querida... También en casa del Seco se vio obligado a firmar una pila de documentos. Concluido el robo, el Seco sirvió champán y propuso que brindasen por la amistad. El Dandi sólo se mojó los labios. El Seco se había puesto dos nuevos dientes de oro. Lucía una camisa rosa y un clavel en el ojal. El Dandi le preguntó si sabía algo de la historia del Búfalo.

—Estuvo aquí —le dijo el Seco, mirándolo fijamente a los ojos.

—¡Pues vaya miedo!

El Seco se echó a reír.

—Ya sabes cómo es el Búfalo... dice que tiene un negocio en Grecia... le presté dinero... supongo que él y sus amigos se habrán marchado ya...

—¡Dinero tuyo, espero!

—Por descontado, Dandi, jamás me permitiría...

—Muy bien, sigue así y vivirás cien años...

A las siete menos cuarto —había pasado por casa para una nueva sesión de jacuzzi— se encontró en el portal con el Negro.

—Ah, Negro, según parece, el Búfalo se ha marchado.

—Eso dicen...

—El Peludo asegura que hay problemas por la historia del Piojo.

—Hablaré con él.

—Entonces hasta mañana, Negro...

—Adiós, Dandi.

Apretón de manos. De nuevo en la moto. Faltaban diez minutos para la cita. Savona ingresaba el dinero y pasaba a ver al transportista. La entrega estaba prevista para las once. Ramón se ocuparía de ella. El Dandi tenía pensado darle una pequeña lección a Patrizia. Había exagerado, sí. Una pequeña lección, antes de poner Roma a sus pies. Las cristaleras eran preciosas. De ensueño. El toque de clase que faltaba. Las esperaba desde hacía seis meses. Estaban en casa de una famosa actriz, Sarah Bernhardt, la amante del gran D'Annunzio. Poeta y legionario, uno igual de habilidoso con la pluma que con la espada. Tal vez un día rodase una película sobre él. Tenía que acordarse de decirle al director que las filmase. Cuando hiciese su película. Pronto. Muy pronto.

A las siete menos un minuto entró en dirección contraria en la calle de los Coronari. Ojo Feroz tocó dos veces el claxon del Fiat Tipo. En el extremo opuesto de la calle, una Honda 750 con los faros apagados se puso en marcha. La conducía el Niño. El conde Ugolino, sentado detrás, apuntó. El Dandi pasó bajo el arco de luz de un letrero luminoso. Al oír el disparo, el Búfalo esbozó una leve sonrisa y se

encendió un cigarrillo.

II

REPÚBLICA DE LOS SANTOS AMETISTA Y TODARIANO

Reverendísima Eminencia:

Por expreso deseo de la *nobildonna* Gina***** me atrevo a solicitar a este Vicariato de Roma el *nulla obstat* para que el difunto marido de la misma pueda ser sepultado en una de las cámaras mortuorias situadas en los subterráneos de la basílica en cuestión.

El entierro será efectuado por artesanos y obreros de este sector, que coadyuvaron en el pasado en la sepultura de los últimos sumos Pontífices en el Vaticano.

El difunto fue generoso con los pobres que frecuentan la basílica, con los sacerdotes y los seminaristas, y en su memoria la *nobildonna* Gina***** seguirá llevando a cabo obras de beneficencia y contribuirá, sobre todo, a la realización de obras diocesanas.

El difunto *****, figura popular en la ciudad, en la que era conocido por el apodo de *Dandi*, falleció en Roma hace unos días.

Al presentarle mis respetos con profunda reverencia, le solicito su santa bendición para mí, para los sacerdotes que colaboran en el servicio pastoral de la basílica, y para los pobres a los que acudimos.

don DANTE DECENZA, rector

VICARIATO DE ROMA

Prot. n° 4456/90 RSE

Este Vicariato declara, en materia de su competencia, el *nulla obstat* para que el cuerpo del *****, llamado *Dandi*, fallecido en Roma, sea sepultado en una de las cámaras mortuorias situadas en los subterráneos de la basílica de los santos Ametista y Todariano.

Firmado
(x) el Vicario

III

El Búfalo, Ojo Feroz y el Niño lo celebraron con un viajecito a Amsterdam. Algunos días antes, el Niño se había ligado a una rubia en una discoteca. Se habían gustado. Rossana le había montado una escena. El Niño la había mandado a hacer puñetas. Rossana había roto con él. Gherda no le había puesto ninguna objeción cuando él le había preguntado si podía albergar a un par de amigos durante algunos días. Durante el trayecto se habían exaltado recordando la acción. Los dos coches con Ojo Feroz y el Búfalo cortando la calle, listos para intervenir en caso de que el asesino errase el tiro. La moto del Dandi avanzando con arrogancia en dirección contraria. El único tiro del conde Ugolino, «un tiro de estocada» que había centrado al blanco en el corazón. El Dandi había recorrido unos quince metros antes de desplomarse. Una moto conducida por un cadáver: un toque de clase que le habría gustado al estimado difunto.

La holandesa se había llevado dos amigas. Negras, pero de buen ver. Se dejaban meter mano y reían en el reservado del *coffe-shop* abarrotado de colgados de todas las razas y edades. El Búfalo y Ojo Feroz no entendían una sola palabra, a diferencia del Niño, que chapurreaba algo de inglés. La situación era excitante. Fumaban porros y se aturdían con té de maría. En Holanda lo hacían todos. Prácticamente en las mismas narices de la policía. Bastaba no exagerar. Ojo Feroz aseguró que Holanda era su país preferido.

—¡Quiero vivir y morir aquí!

El Búfalo le soltó una bofetada en la nuca.

—Porque eres idiota. ¡El día que vendan la droga en los estancos hemos acabado!

El Niño dijo que quería mandar una tarjeta postal al fiscal Borgia.

—Eso, listo —masculló el Búfalo—, así mañana tendremos aquí a la Interpol.

—Yo le daría un canuto a Borgia —dijo Ojo Feroz, riéndose—, ¡quizá así empiece a entender cómo se vive!

—Añadid dos caladas para Scialoja —convino el Búfalo.

La imagen del magistrado flipando les hizo delirar. Empezaron a reírse sin poder parar. Contagiaron a las chicas. La cosa siguió adelante durante una semana. Pero no podía durar para siempre. Había que pensar en los negocios.

IV

—¡Me lo han matado, Dios mío! ¡Ha sido el Frío, ese bastardo! —gritaba el Seco durante el solemne funeral, tirándose del pelo.

La versión de aquella bola de grasa circuló como la pólvora, mientras don Dante pronunciaba la homilía y Gina, con una estola de luctuoso visón, miraba en derredor y con sus ojos fríos recogía el homenaje de la Roma, la mala y la buena, que cuenta. Allí estaban el Baboso, el Babosito, el Moco, Malaliento y Pececito. Allí estaban Cachezio con Basura, Miguita, Pilón y Striozzo con la Vieja. Y también estaban el Cebra, el Fresa, el Delgado y Zimbo; el Kilowatio, Cabrita y Bardocchietto, Yerba, Taddú, Tubo-de-Goma, Melle, Ballena, y Staccaletto. Habían acudido además Tripa, el Cornudo, Minino, Nuerga, el Enano, Toro, Carambola, el Campesino, el Tetudo, la Blanca, el Pigmeo, el Búho, el Queso, Marisa la Mamona, Garrafa, Cabecita, Darè, Adolfo —también llamado el Fürhere con bigotes—, el Pato, Pocacosa y Bonachón. El Zagheria, el Zamondo y el Barón. Y Gallito, Mirella la Albina, Pietro el Barón, el Lobežno; y Marrano, Huevoseco y Gianni la vaca, y muchos, muchos más, y una guardia de honor de gitanos y gente que nadie había visto hasta entonces. Era una mañana fría, de llovizna y viento penetrante, que horadaba las sienas. Desde un apartamento del segundo piso de la vieja plaza, y valiéndose de unos prismáticos de precisión, Scialoja seguía la comedia humana del dolor mientras sus hombres observaban, anotaban, filmaban. Les había ordenado que se mantuviesen alejados del escenario. La larga caza había llegado a su fin. El Dandi era un jefe. Un hombre que, a su manera, tenía un proyecto. Merecía un cierto respeto. Detendría a sus asesinos. Sería la irónica y tardía mano de la venganza. Al Viejo le habría gustado. Sí, estaban todos. Los tiburones, las sardinas y el plancton. Sólo faltaba Patrizia. Scialoja estaba convencido de que ni siquiera debía de haber hablado con la viuda. Era capaz de entender por sí misma que su presencia estaba de más. El Tapón no conseguía contener las lágrimas. El Esmirriado estaba rodeado por un escuadrón de macarras vestidos de negro. Donatella sostenía la corona firmada por el Ricotta. Éste había llorado al mirar el telediario. Porque, si bien era cierto que después de lo que le había hecho al Esqueleto, nadie podía hablar bien del Dandi, con la muerte de éste la película acababa mal, y al Ricotta no le gustaban los finales tristes. Como no podía ser menos, el Negro estaba también allí y no miraba a nadie a la cara; sólo clavó sus ojos en los del Seco. Y el Seco tembló: había entendido que el otro sabía, y que bastaría una palabra suya para joderlo. El Negro estuvo a punto de decirla, aquella palabra, pero se lo pensó dos veces y al final volvió la cabeza hacia el otro lado y

permaneció en silencio. Antes habría tenido que explicar por qué había fingido creerse la historia de la supuesta fuga del Búfalo a Grecia. Por qué no había advertido al Tapón. Por qué no había protegido a su jefe hasta el final. Por qué no lo había detenido la última vez que se habían visto. Por qué se había precipitado a casa de Patrizia y, tras acomodarse con la música de fondo y un buen vaso de quina, le había hablado de la Historia y de la Vida, y del Hombre del Destino, y le había dicho que no existe ningún Hombre del Destino, que todo está escrito en el río sagrado de la vida, que fluye, fluye inexorablemente llevando consigo y para siempre el Bien y el Mal... Ni siquiera habían follado. Patrizia se caía de sueño. Cuando el Negro comprendió que ya no lo escuchaba, salió de puntillas. En el fondo, el Seco y él estaban hechos de la misma pasta. No creían en nada. Detestaban los sueños. Ese único sueño que había engañado primero al Libanés, después al Frío y, por último, al Dandi. El sueño de construir algo destinado a durar. Pero no se construye sobre la nada. La partida no la ganan los héroes jóvenes y hermosos. La partida la gana quien se queda en el campo cuando los demás ya están hartos. Y, por lo general, aquellos que resisten ese segundo de más son los canijos, las bolas de grasa, los contables, los mezquinos por los que no darías ni una lira. En esta vida todo está escrito. Todos buscaban al Frío, pero nadie sabía dónde estaba. Se apostaron algunos hombres. Siguieron a sus padres. Pusieron Roma patas arriba. Nada. El Niño regresó y no tardó en comprender que no había problemas. Nadie pensaba que el servicio al Dandi era obra de ellos. Y todos buscaban al Frío. El Niño estaba a punto de ir a dar la buena noticia a sus colegas, cuando Rossana le arrancó una última cita. Se vieron en el Zodiaco. Rossana se había atiborrado de sedantes y de alcohol. Estaba hinchada, despeinada, incluso se había lavado mal y de ella emanaba un hedor a cama y a cabra que repugnó al Niño. Cuanto más se apretaba ella contra su cuerpo, más se preguntaba él cómo era posible que en el pasado hubiese podido desear a un cadáver semejante. El Niño se avergonzaba del mero hecho de que lo viesan acompañado de una fulana como aquélla. La sacó a rastras del local: ella apenas podía mantenerse en pie. Mientras paseaban por la Panorámica, Rossana le arañó de repente una mejilla. El Niño trató de controlarse y se limitó a apartarla. Pero Rossana atacó de nuevo. El Niño la alzó y la estampó contra algo. Rossana agujereó la balaustrada de madera y cayó a la calle que había debajo. Pasaba un camión. No tuvo tiempo de frenar. El Niño la vio desintegrarse bajo el impacto de aquella masa imponente y entendió que la atmósfera se estaba enrareciendo. Los habían visto juntos. La familia de ella estaba al corriente de su relación. El Niño lo lamentaba profundamente. Habría preferido un final diferente, pero ahora era demasiado tarde para remediarlo. Esa misma noche, llamó al padre de Rossana desde el aeropuerto e intentó explicarle que sólo había sido un maldito accidente. Una semana más tarde, embarcó en Amsterdam, rumbo a Kenia.

Todos buscaban al Frío. Carlo Bufones encontró a Gigio.

El Frío dejó caer el auricular y se pasó una mano por la frente. Sentía unas enormes ganas de llorar. Pero no podía hacerlo. Allí, delante de aquellos sudamericanos acaudalados y de los turistas europeos que abarrotaban el Paloma Blanca y saboreaban las lasañas regadas con robusto vino chileno, no. Delante de Roberta, que seleccionaba sonriendo las notas mientras bromeaba con los clientes habituales, no. El Cerilla alzó la cabeza de los libros de contabilidad y le dirigió una silenciosa pregunta.

—Me voy a casa —explicó—, nos vemos mañana.

Su madre había gritado al teléfono sin perder el aliento. A Gigio lo habían encontrado medio carbonizado en la carcasa de un Alfetta, bajo el puente Mammolo. El Negro decía que había sido visto en compañía de Carlo Bufones. Pero no lo repetiría jamás bajo juramento. Su madre lo había maldecido. El Frío caminaba en la noche templada evitando las bandas de borrachos que berreaban canciones haciendo tintinear las botellas contra los muros resquebrajados de Managua. El Frío se imaginaba la escena. Gigio le habría suplicado piedad mientras Carlo alzaba el cuchillo y lo hundía en su tierna juventud de cordero. Porque el Frío no había tenido piedad de Aldo, y por eso le pagaban ahora con la misma moneda. ¡Hermano, hermano, ni siquiera me despedí de ti!

Alcanzó tambaleándose la cama presidida por una gran mosquitera, y se hizo un ovillo entre las sábanas frescas de lavanda. Los domésticos debían haberse olido la tormenta, porque no los oía ir y venir como solía ser habitual, y acallaban sus voces siempre alteradas. Empezaron los temblores. El sudor frío. El médico decía que no había por qué preocuparse. Por el momento no, al menos. En cualquier caso, había que vigilarlo. Pero el Frío sentía aumentar los nódulos día a día. Crecían, y un día reventarían. La sangre infectada que se había inyectado para escapar de la cárcel circulaba por sus venas. Hacía un año que Roberta y él usaban el preservativo. No había habido más mujeres. Jamás las habría. Pero ¿por qué había vuelto Gigio? Sonó el teléfono. Dolores se asomó. Alguien buscaba al señor Álvarez. El Frío le ordenó que se marchase con un gesto resuelto. El señor Álvarez. Así lo llamaban ahora. Había sido Alves, Neto, y Tabarrón. Había aprendido el español y el portugués. Había pasado seis meses con el Bigotes en la frontera, vigilando los cargamentos de coca. Pero no había tardado en percatarse que aquello ya no era de su incumbencia. Y lo había dejado. Se había topado con un grupo de viejos colegas del Negro, torturadores que pasaban de una dictadura a otra con sus bigotes negros, sus gafas de espejo y una

caravana de putas apestosas. No se habían gustado. A Roberta le recordaban las calaveras pintadas en las banderas de los piratas. Ahora tenía el restaurante y los documentos en regla que el Cerilla había conseguido en nombre de la antigua solidaridad con los sandinistas. Después, el Cerilla había tratado seriamente el suicidio. Lo habían salvado a tiempo, pero había perdido la palabra. Les ayudaba a sacar adelante el restaurante. Nunca había tenido problemas con Roberta. Sólo una discusión, hacía ya muchos años. Un chileno exiliado se había dejado caer por el Paloma. Era un tipo menudo, rollizo. Aseguraba ser escritor.

—¿Y qué libro está escribiendo? —le había preguntado Roberta.

—La historia de la amistad entre un gato y una gaviota. El gato cría a la pequeña gaviota, de forma que ésta piensa que es también un minino. Entonces el gato le hace entender que una gaviota no es un gato. Y le enseña a volar.

Roberta se había quedado encandilada y había insistido en ofrecer la cena al chileno y su compañera. Más tarde, el Frío le había dicho que, en su opinión, la historia del gato no tenía ni pies ni cabeza.

—No entiendes nada, eres un animal.

—¡Venga ya! Será un cuento para niños...

Al oír la palabra «niños» Roberta había estallado en sollozos. El Frío había comprendido entonces que, por mucho que se amasen, siempre existiría esa losa entre ellos. Se había comportado con ella en manera aún más dulce. Y la pesadumbre no había tardado en pasar. Pero se trataba de viejas historias. Agua pasada. Ahora tan sólo quedaba la cara desfigurada del cordero y su inmenso dolor. Hay cosas de las que uno no puede escapar. Tarde o temprano se acaba por pagar todo. El Frío se dirigió al teléfono y pidió línea para hablar con Italia.

Cuando le contaron lo de las llamadas, Scialoja no se inmutó demasiado. Conocía al Frío, los conocía a todos. Podría prever sus movimientos con los ojos cerrados. El Frío no tenía nada que ver con aquella historia. Hacía años que el Frío se había despedido de ellos. Era la cabeza de turco. La muerte de Gigio lo demostraba. La verdad era otra: el Dandi sale, el Búfalo abre la puerta, entra el Seco. El rastro conducía hasta Nicaragua. Un país endiablado, donde hasta era posible que el Frío se hiciese pasar por perseguido político. Mandó un mensaje a la Interpol. La policía de Managua llamó a la puerta del respetado señor Álvarez. Un mero control de rutina, dijo el oficial, casi temeroso por aquella intromisión.

—Dejadlo estar. Soy yo —dijo el Frío.

Scialoja voló de incógnito a Managua.

—A usted no tengo nada que decirle. Quiero ver a Borgia.

El comisario regresó a Roma. A Borgia se lo habían tumbado sin piedad en dos oposiciones a notario, y se había resignado a ir tirando con los delitos financieros. Cuando vio aparecer al policía, le amenazó con tirarlo por la ventana. Scialoja cerró

con calma la puerta del despacho, se quitó la chaqueta y se desabrochó el cinturón.

—Con todos mis respetos, *dottore*, ¡ahora sí que me ha tocado usted los huevos!

El vuelo para Sudamérica partía a las seis de la tarde. Borgia pasó a recoger a su hijo a la puerta del Liceo francés. El chico charlaba con un amiguito.

—Éste es Danilo, papá. ¡Gana todos los premios!

El pequeño le tendió la mano con un gesto exageradamente circunspecto.

—Danilo... ¿qué más? —se rio Borgia, intrigado por aquel niño alto, repeinado, y de mirada serena.

Al oír el apellido, Borgia palideció. Alzó los ojos y se encontró cara a cara con el Maestro, impecable con su gabán de alta costura.

Epílogo

ROMA, 1992

Un sábado por la tarde del mes de septiembre, a la caída del sol, Scialoja y Patrizia se encontraron en el Tre Scalini de la plaza Navona.

—Me alegro de verte —dijo ella, sonriendo y besándole en la mejilla.

—Yo también.

—¡Estás estupendo!

—Tú también.

Las palomas volaban. Los turistas los rozaban indiferentes. El disco agonizante del sol teñía de rojo las fuentes. Él lucía una chaqueta cruzada oscura. Ella llevaba un abrigo gris antracita de Armani y pocas joyas de exquisito gusto. Una tranquila pareja de profesionales al final de una jornada laboral. Ella jugueteaba con un *tartuffo* al chocolate. Él bebía distraído un zumo de naranja. Ella le dijo que había empezado a estudiar. Leía libros. Ya no trabajaba. Ahora tenía un gimnasio en el centro. Un sitio exclusivo y con una clientela selecta.

—Me alegro —aprobo él.

Ella ostentaba las marcas de un bronceado perenne bajo una melena cuadrada recién cortada. Se había vuelto a teñir de rubio. La piel, de una tersura artificial, hacía sospechar la intervención de un hábil cirujano. Aunque tal vez, pensaba Scialoja, tal vez ni siquiera hubiese necesitado el bisturí. Quizá todo hubiese resbalado por ella sin dejar huella. Pensamiento fugaz. Patrizia hablaba por los codos. Había recuperado su antiguo nombre. El pasado estaba enterrado. Su tono alegre, excitado, delataba la felicidad que le producía aquel encuentro. Él no tenía mucho que decirle. Ella permitió que la acompañase un rato. Cuando llegaron junto al Jaguar aparcado en la calle del Anima, él reconoció el modelo y la matrícula. Era una de las joyas del parque automovilístico del Seco. En un par de meses, el tribunal se pronunciaría sobre la solicitud de secuestro.

—¡Así que estás con el Seco!

Ella giró los ojos, con una expresión de niña traviesa.

—Tiene pocas pretensiones y resuelve muchos problemas. Y, además... la vida sigue adelante, ¿no?

—Eso parece —comentó escuetamente él.

—¡La puerta siempre estará abierta para ti, madero!

Ella había buscado sus labios. Él la había besado sin entusiasmo. Ella le había entregado un manojo de llaves. Como aquella vez, en el funeral del Rana.

—Pero llámame una media hora antes —había añadido, pragmática.

Mientras la veía alejarse, se había dado cuenta que ya no reconocía su olor. Se confundía con el de las decenas de mujeres que le gustaba coleccionar. Con la misma maníaca dedicación con la que el Viejo se había consagrado a sus autómatas. Pero el Viejo era fiel a sus amores, en tanto que él se desembarazaba de ellas después de una noche. Una sola noche: ésa era la regla. Se deshizo de las llaves tirándolas a una

papelera. Más tarde, mientras se cambiaba para cenar con el ministro del Interior, recordó los viejos tiempos, y se preguntó cómo había podido desear perder su alma por Patrizia. Agua pasada, en cualquier caso. Diez meses atrás, el tercer infarto había quitado al Viejo de la circulación. Poco tiempo después, Scialoja había recibido un paquete anónimo. Contenía los diarios del Viejo. La nota que los acompañaba rezaba: «¡Buen juego!». ¡Buen juego! Sí, el Viejo tenía razón. El juego era mucho más excitante que cualquier otra aventura. Le había bastado dejar caer alguna que otra alusión, una broma casual, un guiño oportuno... y aquellos que debían entender habían entendido. ¡Él tenía en su poder los diarios del Viejo! ¡Era el depositario de la historia secreta de la República! Podía hacer saltar ministros, asar en la parrilla a hombres de negocios de apariencia intachable, provocar escándalos inauditos. Podía hacer casi todo. Tenía el poder. Era el poder. Se había difundido el pánico. Scialoja había hecho un vago llamamiento a la calma. Se realizaría una limpieza, sí, pero sensata. Había casos que era imposible resolver. Otros que sólo podían resistir una verdad a medias. La continuidad en las intenciones quedaba fuera de toda discusión, al igual que la lealtad a las instituciones. Le habían creído o, al menos, habían fingido creerle. No tenían alternativa. Él tenía el poder. Él era el poder.

Mientras se anudaba la corbata, se preguntó si era mejor aceptar la oferta del ministro —director de los Servicios, o jefe de la policía, como usted prefiera— o reservarse para las próximas elecciones políticas, en las que la oposición esperaba arrasar. Los jueces de Milán se estaban agitando. Él fingía no darle importancia. Se vislumbraba un terremoto en las altas esferas. Pero, tal y como había dicho el Viejo, se produciría algún cambio y luego todo volvería a ser como antes. Seguiría la línea del Viejo. Permanecer en la sombra. En un despacho periférico, protegido por una sigla anodina, con un puñado de criminales dispuestos a saltar al menor parpadeo. ¡Ah el juego, el juego! ¡Estrujarlos con sus manos, ser el anónimo, indiferente árbitro de sus destinos!

Pero mientras entraba en el ascensor, después de controlar por última vez el nudo de la corbata, experimentó una pequeña y dolorosa punzada en lo más profundo de su corazón. El pinchazo de un alfiler, nada más. Qué extraño. En el momento de la victoria, ¿de qué oscuros recovecos del pasado emergía aquel incomparable sentimiento de derrota?

Créditos

El Frío fue extraditado a Italia y colaboró con la justicia. En los meses sucesivos, Ojo Feroz, Ricotta y Donatella optaron también por la vía del arrepentimiento.

El Búfalo fue arrestado algunos meses después. Una patrulla de la policía lo sorprendió en un coche cargado de armas. Jamás se supo a qué estaban destinadas.

Gracias a las declaraciones de los arrepentidos, el Búfalo, el Tapón, el Negro, el Seco, Carlo Bufones y muchos otros fueron condenados a largas penas de detención.

El patrimonio del Seco fue confiscado. El Seco acumuló otro en poco tiempo.

El Maestro, Zeta y el Peludo fueron absueltos de todas las imputaciones.

El conde Ugolino murió de SIDA.

El abogado Miglianico siguió ejerciendo con éxito la profesión. El abogado Vasta se jubiló.

El Rata vive con nombre falso en otra ciudad.

Treintamonedas fue asesinado mientras salía de un bar.

El Niño nunca fue capturado.

Patrizia sigue al frente del gimnasio y presenta un programa televisivo de *fitness* en una red de canales locales.

El asesinato del Piojo jamás se resolvió.

El juez Borgia fue transferido a una sección civil del Tribunal de Apelación.

El *dottore* Nicola Scialoja dirige la Oficina de Logística e Información sobre Criminalidad del Ministerio del Interior. Vive en un lujoso ático de la calle Chiana. Sigue soltero.

Los personajes

Los de la calle

EL LIBANÉS, el fundador.

EL FRÍO, EL DANDI, los jefes.

EL BÚFALO, un muchacho particularmente inquieto.

NEMBO KID, uno con los contactos adecuados.

EL SECO, uno que sabe hacer circular el dinero.

TREINTAMONEDAS, un napolitano en Roma.

EL RATA, el catador.

EL TAPÓN, EL ESQUELETO, RICOTTA, OJO FERROZ, los gemelos BUFONES, EL ESMIRRIADO, el resto de los muchachos.

MARIO EL SARDO, un jefe sin carisma.

RIZO DE ORO, su ayudante.

EL PUMA, un granuja de la vieja guardia.

EL NEGRO, un nazi.

EL NIÑO, SELLERONE, otros nazis.

TÍO CARLO, el jefe de la mafia.

EL MAESTRO, un hombre de honor.

TURI FUNCIAZZA, otro mafioso.

RAFFAELE CUTOLO, el profesor.

SANTINI, FABIO, un policía corrupto.

SANDRA BELLI, una periodista con un pasado revolucionario

EL MAZZOCCHIO, ZICCONE, BRUGLI, EL SULTÁN, EL BONALANA, los soldados de a pie.

EL CONDE UGOLINO, un asesino toscano.

EL *dottor* MAINARDI, un médico ávido.

EL CERILLA, un amigo taciturno.

EL RANA, un marica sensible.

ALONZO, un cachorro de puma.

EL TERRIBLE, EL TIGAME, EL BARÓN ROSELLINI, EL ARENQUE, EL MARRANO FELIZ, EL ANGELITO, EL LEJÍA, LOS HERMANOS GEMITO, EL PIOJO, EL LARINÉS, EL LIANTE, SATANÁS, GIGIO, las víctimas.

Las mujeres

VALESI, CINZIA, en su profesión PATRIZIA, la mujer del Dandi (y no sólo).

ROBERTA, la mujer del Frío.

DONATELLA, la mujer de Nembo Kid.

VANESSA, la enfermera.

ROSSANA, una joven rica y desmadrada.

INES, una reclusa.

PALMA, una terrorista.

Los del palacio

NICOLA SCIALOJA, comisario de policía.

EL *dottor* BORGIA, su fiscal.

EL VIEJO, un hombre que no existe.

ZETA, EQUIS, EL PELUDO, los espías.

VASTA, MIGLIANICO, los abogados.

El coro

Psiquiatras, criminólogos, expertos en balística y toxicología, fiscales, jueces, neofascistas, jugadores de azar, actores, cantantes, secretarios judiciales, correos, camellos, carabineros, policías, guardaespaldas, traficantes, mafiosos, periodistas, miembros de las Brigadas Rojas, turcos, productores cinematográficos, furcias, párrocos, esposas.

Mi especial agradecimiento a Bruno Pari, «*er più de li macellari*», el mejor de los carniceros, por las lecciones de «romanidad» y a P. G. Di Cara por la cita de Bernardo Provenzano y la revisión de los diálogos en siciliano.



GIANCARLO DE CATALDO, vive en Roma. Es juez en el Tribunal de Casación de esta ciudad y ha escrito novelas, relatos, escenografías, ensayos y textos teatrales.

Notas

[1] Calle que, en las ciudades que atraviesa el Tíber, sigue el curso de dicho río. (*N. de la T.*) <<

[2] Se trata de una popular historieta italiana de terror creada en 1962. Diabolik pertenece a la categoría de los antihéroes característicos de este tipo de cómics, y planea sofisticados crímenes y robos junto a su mujer, Eva Kant. (*N. de la T.*) <<

[3] Se denomina así a los miembros de las organizaciones mafiosas que han recibido la consagración llamada «santa». (*N. de la T.*) <<

[4] Durante los años setenta, Raffaele Cutolo *O' Proffessore* trazó desde la cárcel de Poggioreale, donde permanecía encerrado por homicidio, su proyecto de reorganizar la camorra napolitana. De esta forma surgió la NCO o Nueva Camorra Organizada. Debido a su poder creciente, las viejas familias napolitanas se aliaron formando la Nueva Familia. La guerra entre las dos organizaciones fue despiadada y concluyó a principios de los años ochenta con la derrota de la NCO. (*N. de la T.*) <<

[5] Modo en que se denomina a los soldados de la Camorra Napolitana. (*N. de la T.*)

<<

[6] Pier Paolo Pasolini: escritor y director de cine italiano de ideología marxista cuya obra cinematográfica fue objeto de numerosos procesos. Fue asesinado el 2 de noviembre de 1975 por el delincuente Pino Pelosi, quien en el 2005, en el curso de una entrevista televisiva, declaró no ser el autor del crimen. Las circunstancias de su muerte todavía no han sido esclarecidas. (*N. de la T.*) <<

[7] Nombre que reciben, en la jerga criminal, las cárceles de Rebibbia y de Regina Coeli. (*N. del A.*) <<

[8] Autonomia Operaia fue un movimiento de la izquierda extraparlamentaria o revolucionaria activo en Italia entre 1975 y 1978. (*N. de la T.*) <<

[9] *Dottor, dottore*. Título con el que se llama en Italia a cualquier persona que haya realizado estudios superiores. (*N. de la T.*) <<

[10] Organización criminal de Calabria, similar a la Camorra. (*N. de la T.*) <<

[11] Célebre imitador de la época. (*N. de la T.*) <<

[12] Francis Turatello fue un delincuente que durante los años setenta controló los garitos y el mundo de la prostitución en Milán. Después de su arresto en 1977, se produjo el enfrentamiento entre los partidarios de éste y los de su antiguo lugarteniente, Epaminonda *el Tebano*, lo que originó una guerra que ensangrentó la ciudad italiana con más de sesenta asesinatos. (N. de la T.) <<

[13] Francesco de Martino, líder del Partido Socialista Italiano en aquella época. (*N. de la T.*) <<

[14] Clan de la *'ndrangheta*, la mafia calabresa. La *'ndrina* está constituida por una familia de sangre que controla un territorio particular, en general un pueblo o el barrio de una ciudad. Varias *'ndrine* juntas integran una «Local». (N. de la T.) <<

[15] Se refiere a la calle donde Aldo Moro fue secuestrado y donde cinco hombres de su escolta fueron asesinados por las Brigadas Rojas. (*N. de la T.*) <<

[16] Organización terrorista de carácter obrero y estudiantil que estuvo activa en Italia a finales de los años setenta. (*N. de la T.*) <<

[17] En la calle de Botteghe Oscure y en la plaza del Gesù se encuentran, respectivamente, las sedes de los partidos comunista y de la democracia cristiana italiana. (*N. de la T.*) <<

[18] Timbal de arroz al horno, especialidad napolitana. (*N. de la T.*) <<

[19] Se refiere a la bandera de la República de Salò, o República Sociale Italiana, creada por Benito Mussolini en el norte del país, todavía en manos de los alemanes, cuando las tropas aliadas ocuparon el sur. Duró de 1943 a 1945 y Mussolini fue su único jefe de Estado. (*N. de la T.*) <<

[20] La Xª Flottiglia era una unidad fascista célebre por sus excesos con los partisanos, su nombre es seguido aquí por el grito de guerra fascista. (*N. de la T.*) <<

[21] Libro antisemita escrito por los servicios secretos del Zar a finales del siglo XIX.
(N. de la T.) <<

[22] En referencia al color del fascismo. (*N. de la T.*) <<

[23] Movimento Social Italiano, heredero oficial del fascismo de Mussolini, contestado en la época por toda una serie de grupos más radicales. Del mismo surgió Alianza Nazionale, partido que formó gobierno con Berlusconi. (*N. de la T.*) <<

[24] Santuario situado en las afueras de Roma. (*N. de la T.*) <<

[25] Se refiere al DC9 que cayó al mar en las proximidades de esta isla el 27 de junio de 1980. En el accidente murieron 81 personas y sus causas estuvieron rodeadas durante muchos años de un gran misterio. Las investigaciones demostraron con el tiempo que el avión se había visto envuelto en una persecución entre aviones de la OTAN y un caza libio. (*N. de la T.*) <<

[26] Sandro Pertini, presidente de la República Italiana de 1978 a 1985. (*N. de la T.*)

<<

[27] Se trata de una famosa canción italiana cuyo autor fue el anarquista Pietro Gori y que llegó a convertirse en símbolo de este movimiento. (*N. de la T.*) <<

[28] *Divina comedia*, Dante Alighieri, versión poética de Abilio Echeverría, Alianza Editorial, 1995. (N. de la T.) <<

[29] Oficina general para investigaciones generales y operaciones especiales. (*N. de la T.*) <<

[30] En dialecto palermitano en el original. (*N. de la T.*) <<

[31] —Una llamada de larga distancia para usted, señor.

—¿De Italia?

—Sí, señor.

—Dígales que les llamaré luego.

—Dicen que es muy importante, señor.

—¡Cállese! (*N. de la T.*) <<

[32] —Lo siento, ¡esta vez he ganado yo!

—¡La próxima vez tendré más suerte! (*N. de la T.*) <<

[33] Pio La Torre: Miembro relevante del Partido Comunista Italiano que en 1982 fue asesinado por la mafia en Palermo a causa de su proyecto de ley contra los patrimonios mafiosos. (*N. de la T.*) <<

[34] Carlo Alberto Dalla Chiesa, general de los carabinieri y gobernador de Sicilia conocido por su lucha contra el terrorismo en Italia durante los años setenta. Fue asesinado junto a su mujer en el curso de una emboscada mafiosa. (*N. de la T.*) <<

[35] Osso, Mastosso y Carcagnosso, fórmula del antiguo juramento de sangre de la Camorra. (*N. de la T.*) <<

[36] Vino blanco dulce. (*N. de la T.*) <<

[37] Legítima, viciada, libre, obligada, simple, cualificada. (*N. de la T.*) <<

[38] Se refiere a la «Storia della Colonna Infame» relato escrito por Alessandro Manzoni sobre un caso judicial del siglo XVII. Durante la epidemia de peste que sufrió Milán en 1628 algunas personas fueron acusadas injustamente de ser «untori», es decir, de difundir la enfermedad untando sobre la puerta de las casas un unguento maléfico. Fueron torturadas y confesaron a pesar de ser inocentes. Por eso con la palabra «untori» se designa hoy en día a la persecución de personas acusadas injustamente, en particular de daños sociales. *(N. de la T.)* <<

[39] Fusil de cañón recortado que en el pasado era el arma básica de la mafia. (*N. de la T.*) <<

[40] Nacida en otoño de 1969 tras una escisión del *Movimento operaistudenti* de Turín, fue la mayor formación extraparlamentaria de izquierdas de la época. (N. de la T.) <<

[41] Organización turca de extrema derecha de la que era miembro el agresor del papa Juan Pablo II. (*N. de la T.*) <<

[42] Canción popular italiana. (*N. de la T.*) <<